



Doctorado en Historia

Tesis para defender el grado de Doctor en Historia.

Título: *El Diario* de la noche. Prensa, modernidad y fascismo en la Montevideo de entreguerras (1923-1935).

Autor: Mauricio Bruno

Directora: Mónica Maronna

Montevideo, 22 de noviembre de 2025.

Montevideo, 22 de noviembre de 2025.

Estimados miembros de la Comisión de Posgrado de la FHCE

Por este medio doy mi aval para la presentación de la tesis elaborada por Mag. Mauricio Bruno, *El Diario de la noche. Prensa, modernidad y fascismo en la Montevideo de entreguerras (1923-1935)*”, para culminar el programa de doctorado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Cordialmente,

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Mónica Maronna', with a horizontal line drawn underneath the name.

Dra. Mónica Maronna

A mi madre y a mi padre, que me enseñaron los libros y los diarios.

Reconocimientos

Esta tesis forma parte de una línea de investigación desarrollada por el Centro de Fotografía de la Intendencia de Montevideo (CdF) —donde trabajo desde el año 2008, actualmente como coordinador de Investigaciones— dedicada a generar conocimiento sobre los autores, productores, espacios de circulación y efectos de las imágenes que conforman la iconosfera montevideana, uruguaya y de América Latina. A su vez, fue financiada por una beca de doctorado que obtuve en la edición 2020 de la convocatoria realizada por la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII). Sin las políticas públicas para promover y ejercer la investigación científica encarnadas en ambas instituciones, no habría sido posible.

Mónica Maronna fue la tutora que había esperado que fuera, por su conocimiento del tema, el período y los problemas relevantes a mi objeto de estudio así como por su inteligencia para saber cuándo y cómo orientarme y cuándo y cómo dejar que me perdiera. Me ayudó a nombrar y a entender los terrenos que debía recorrer, me dió herramientas y confianza para hacerlo y no dejó de velar por mi ni de llamarme la atención cuando fue necesario.

José Rilla, Vania Markarián y Ernesto Bohoslavsky evaluaron el proyecto de tesis, advirtieron sobre riesgos que no había percibido y sugirieron caminos o herramientas para afrontarlos o evitarlos, según fuera lo más conveniente. Vania, en particular, cuando defendí ese proyecto y con pocas pero certeras palabras me dió un talismán para encontrar fuerza cada vez que creí que no valía la pena.

Wilson Gonzalez, Antonio Pereira, Florencia Soria, Camille Gappene, Ivonne Calderón, Verónica Fernández Damonte, Otavio Daros, Sandra Gayol, Juan Buonome, Emiliano Gastón Sánchez, Gabriela Barolo y Manuel Muniz aportaron preguntas, críticas, bibliografía y fuentes que me ayudaron a repensar o enriquecer cuestiones vinculadas a la historia de los medios, la prensa y la cultura. Alexandra Nóvoa, Elisa Rodríguez, Jazmina Suárez y Yoana Risso —mis compañeras del área Investigación del CdF— leyeron avances de la tesis, hicieron preguntas e indicaron bibliografía que ajustaron el foco de la investigación. Magdalena Broquetas y Gerardo Caetano me invitaron a discutir avances en el Grupo de Estudios Históricos sobre las Derechas en Uruguay, coordinado por ambos e integrado entonces por Fernando Adrover, Luciana Bauzá, Leonor Berná, Javier Correa Morales, Marcia González, Camilo López Burián, Diego Hernández, Virgina Martínez, Marcos Rey, Matías Rodríguez Metral y Álvaro Sosa; de esa experiencia obtuve la indicación de fuentes

importantes y orientación para desarrollar los aspectos modernistas de la cultura política fascista. Isabella Cosse señaló diferentes apuestas narrativas ensayadas por la historiografía contemporánea que sirvieron de orientación para mi escritura y ayudó a esclarecer los límites y potencialidades de las fuentes con las que trabajé. Ana Mauad generó un espacio de discusión —y compartió bibliografía— sobre cultura visual que me sirvió para pensar la afectividad específica de los artefactos visuales. Inés Cuadro, Pablo Rocca, Raquel Pollero, Antonio Romano, Carolina González Velasco, Milita Alfaro, María Eugenia Jung, Pascual Muñoz, Carolina Porley, Ramiro Rodríguez Barilari, Raúl Jacob y Magdalena Coll aportaron datos y me orientaron en la búsqueda de bibliografía específica sobre la historia política, social y cultural de Montevideo; mención especial merece Ana María Rodríguez Ayçaguer, que —tanto cuando fui su alumno en 2005, su ayudante en 2009 o su colega más adelante— siempre ha estado a un click de distancia para reconstruir la filiación política y familiar de los más conspicuos o ignotos protagonistas de nuestra historia.

Laureano Buttenbender, Guillermo Bregante, Wilmar Umpierrez y Andrés Fernández estuvieron atentos a mis preguntas sobre su experiencia —naturalmente muy alejada en el tiempo al de mi objeto de estudio— en los archivos o en la redacción de los diarios de Seusa. El testimonio de Horacio Añón fue clave para acercarme al universo laboral, intelectual y sentimental de los periodistas y los obreros gráficos que vivieron durante las décadas en que los diarios eran el objeto cultural masivo más relevante de Montevideo.

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y la de Ciencias Sociales de la Universidad de la República fueron los espacios académicos donde aprendí —como estudiante, docente e investigador— el oficio de la Historia. Lo/as docentes y ex compañero/as de estudio y trabajo de quienes recibí consejo u orientación son tantos que no podría indicar sus nombres sin olvidar alguno, pero sí quiero señalar cinco que han sido referentes decisivos. De Ana Frega aprendí que los restos del pasado no son prueba de nada salvo que medie una operación historiográfica que los transforme en evidencias; de Álvaro Rico, que la Historia es un argumento sobre lo real que oscila entre lo que se induce de evidencias siempre incompletas y lo que deduce del saber acumulado por los que investigaron antes que nosotros; de Aldo Marchessi, que las preguntas más simples y en apariencia inocentes son las más productivas y de Carlos Demasi que, más allá de cualquier teoría, en la última instancia la historia son personas que hacen lo que pueden con lo que tienen. Mención aparte merece Nicolás Duffau, que además de referente, coautor de alguna de mis primeras escrituras y director —junto a José Rilla— del seminario donde se incubó esta tesis, es mi

amigo desde los primeros años de nuestra formación y fue el compañero cuya manija me impulsó durante los tiempos más duros de la licenciatura.

El efecto sobre mi vida de haber trabajado tantos años y desde muy joven en el CdF es tan profundo que me resulta difícil de describir. Ha sido tan formativo como una segunda familia, con lo bueno y lo malo que tienen las familias, pero en todo caso como una de esas de las que, a fin de cuentas, vale la pena formar parte. Esta tesis, además de inscribirse en una línea de investigación institucional, es efecto residual e indirecto pero indudable de las miles de horas que he pasado, junto a decenas de compañerxs, haciendo cosas para transformar el mundo de las imágenes que nos rodea. Mi comprensión de la afectividad que tienen estos artefactos —que muchas veces he trasladado, quizá arriesgando de más, a otros objetos culturales— deviene menos de la teoría que de las conversaciones con las decenas de hacedorxs de fotografía que han trabajado allí y no necesariamente sacando fotos —aunque también— sino ejerciendo todos los roles que hacen a la vida institucional, desde la dirección y administración hasta la atención del público, pasando por la planificación, producción y comunicación de actividades, el desarrollo de prácticas educativas, la gestión de procesos, la curaduría y el montaje de exposiciones, la edición de libros y la preservación, digitalización y documentación de fotografías patrimoniales. A riesgo de pecar de injusto por la omisión de otros nombres, Isabel Wschebor y Magdalena Broquetas fueron mis maestras cuando empecé a trabajar allí; Magdalena, especialmente —antes, durante y después— ha sido una compañera, una directora y una referente tanto en el campo de la historia de la fotografía como en el de las derechas; sin dudas, la historia cultural de la política que ensayo en este tesis no habría emergido sin sus consejos a veces imperativos pero siempre pertinentes. Con Alexandra Nóvoa, desde hace muchos años, hemos sido apoyo mutuo en nuestras investigaciones y en el impulso —junto a colegas radicados en la Universidad de la República— de un campo de estudios académico sobre la historia social y cultural de las imágenes tecnográficas; sin nuestras conversaciones cotidianas sobre autores, enfoques, fuentes y problemas de investigación y sin los espacios de discusión que coordina al interior del CdF, muchas de mis ideas no habrían germinado.

Decidí que iba a ser historiador en 2002, cuando cursaba sexto en el Liceo de Piriápolis. Mucho de esa decisión —diría todo si no fuera por la crisis que a mitad de ese año golpeó al país y que a muchos nos funcionó como caldo de cultivo para mirar el pasado— se lo debo a Yamandú Orsi. Por los equívocos que puede acarrear su mención estoy tentado a borrar su recuerdo pero sería injusto desconocer que con ese profesor de Historia que hacía muchas preguntas y no daba respuestas aprendí el gusto por el razonamiento histórico y que

mi primera investigación —que fue parte del examen final obligatorio— surgió de su aliento; fue el placer de esas semanas tejiendo hipótesis entre libros lo que me llevó a inscribirme en la carrera de Historia a los pocos meses.

Algunos años después, en el taller de investigación que coordinaba en la fundación Vivian Trías, Carlos Machado me enseñó que había formas valiosas de aproximarse al pasado que no se aprendían en la Universidad. Allí aprendí a leer diarios con ojos de historiador y a escribir solo lo que es pertinente y necesario. También que la vida se trata de hacer lo que uno quiere sin joder a la gente.

Cuando empecé esta tesis atravesaba —aunque no lo supiera— una depresión que casi me hace abandonarla. Adriana Gandolfi, por entonces mi psicóloga, me ayudó a descubrir la enfermedad y a tomar las decisiones que me llevaron a curarla. Sin su fino manejo de una profesión y un método que tiene tanto que ver con la historiografía, esta tesis habría naufragado. Lucía Mariño, que era entonces y sigue siendo —a falta de una palabra mejor para describir nuestra relación— mi pareja, fue tenaz en su insistencia de que sí estaba capacitado y sí tenía la energía para hacer una investigación como la que había imaginado. La eventualidad de que el tiempo que llevamos viviendo juntxs casi coincida con el de la escritura de esta tesis ha mezclado no pocas veces —casi siempre con su anuencia— al fascismo y a la cultura mediática con la preparación de los ingredientes para la cena; de esa cocción a cuatro manos surgieron soluciones que un rato antes me habían parecido imposibles y preguntas que me obligaron a revisar cosas que creía resueltas. Le debo el capítulo que no me animé a escribir sobre masculinidades y derechas modernas, la diaria emoción de esperarla en el cuarto a que llegue bailando, la alegría de verla estrujar a la gata en momentos cualquiera y la escucha con los ojos abiertos. No el amor, que es mutuo.

Como una estrella distante, mi familia siempre ha estado presente. Mi tía cree en todo lo que hago de una manera irracional e inflexible. Mis abuelas me cuidaron, me quisieron y todavía me llevan de la mano. Con mi hermano y mi hermana podría ir a la guerra. Mi padre y mi madre me han apoyado siempre, muchas veces sin comprender ni compartir; me dan orgullo.

Noviembre de 2025.

Reconocimientos	4
Resumen	13
Summary	14
Introducción	15
1. Bitácora: hacia una historia cultural de la política en la Montevideo de entreguerras	25
1.1 La experiencia del tiempo	25
1.2 La experiencia del espacio	29
1.3 Cultura escrita	34
1.4 Cultura visual	47
1.5 Cultura política	54
1.6 Excurso metodológico	57
2. “El libro de cabecera del pueblo son los diarios modernos”.	76
El Diario y los diarios	76
2.1 Crear y educar al pueblo	93
2.2 Proteger al pueblo	99
2.3 Competir por el pueblo	103
2.4 Un vendedor	110
2.5 Un represor	132
2.6 Un diario popular	143
2.7 Un diario para el hombre de la calle	158
2.8 Un lector plebeyo	178
2.9 Un diario moderno	192
2.9.1 Crónica	192
2.9.2 Entretenimiento y ficción	206
2.9.3 Primicia y simultaneidad	212
2.9.4 Fotografía	222
3. “El pasado me ha engañado, el presente me atormenta, el porvenir me espanta”.	235
El Diario y la época	235
3.1 Destino, esoterismo y azar	241
3.2 Caos, decadencia y depresión	253
3.3 Tecnologías de la comunicación, héroes y muchedumbres	266
3.4 Montevideo: las dos caras de la metrópoli	280
3.5 La muerte de la “mediocracia”	318
3.6 Entre la crueldad y el ridículo: el comunismo y los sindicatos	332
3.7 La solución fascista	341
3.8 La revolución de marzo	354
Conclusiones	361
Fuentes	366
Entrevistas	366
Diarios y revistas	366
Informes sobre prensa	367
Novelas	367
Bibliografía	368

Archivos e historiografía	368
Historia del Uruguay	368
Modernidad y tiempo histórico	371
Montevideo y “ciudad metropolitana”	372
Cultura escrita	374
Cultura visual	384
Cultura política y derechas radicales	389

Las tesis simples no son forzosamente simplistas, aunque al investigador a veces lo asustan porque lo parecen.

José Pedro Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, 1989.

Las ideas y las opiniones no 'nacen' espontáneamente en el cerebro de cada individuo: han tenido un centro de formación, de irradiación, de difusión, de persuasión, un grupo de hombres o incluso una individualidad singular que las ha elaborado y las ha presentado en la forma política de la actualidad.

Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, 1929.

Nunca hasta ahora una época ha estado tan enterada acerca de sí misma, si estar enterada significa tener una imagen de las cosas que se les asemeja en el sentido de la fotografía. [...] Tan violenta es la afluencia de las colecciones de imágenes, que acaso amenaza con aniquilar toda conciencia que pudiera haber de sus rasgos decisivos.

Siegfried Kracauer, *La fotografía*, 1927.

La permanente, infaltable, diaria, campaña de desprestigio contra el Colegiado, a base de anécdotas en que aparecía incapaz o impotente para gobernar y a menudo caído en ridículo, fue un elemento muy importante para crear un clima nacional que acabó con aquél régimen. Y, en este sentido, tienen razón quienes le imputan responsabilidad principal en su caída violenta.

Carlos Manini Ríos, *Una nave en la tormenta*, 1972.

*Se para frente a un quiosco
lo distrae un titular
y sigue
como siempre
como todo en la ciudad.*

Jaime Roos, *El hombre de la calle*, 1991.

Resumen

Hacia la década de 1930, de acuerdo a las percepciones de los contemporáneos, Montevideo dejó de ser la “pequeña aldea” que era a comienzos de siglo para volverse una “complicada ciudad moderna”. Ese proceso de modernización abarcó dimensiones que fueron desde lo arquitectónico y urbanístico hasta las identidades y roles de clase y género, pasando por las prácticas políticas, los espectáculos públicos y la conexión material y simbólica de los montevideanos con el resto del mundo. Esta investigación postula tres hipótesis concatenadas. La primera, que la prensa periódica fue un agente central en la formación y difusión de la cultura política en y sobre ese proceso durante el período comprendido entre el fin de la Gran Guerra y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial; la segunda, que uno de sus principales exponentes fue *El Diario* “de la noche”, un vespertino editado por la Sociedad Editora Uruguay Sociedad Anónima (Seusa) a partir de 1923 como parte de la política comercial y de propaganda del sector riverista del Partido Colorado; la tercera, que la importancia de este diario indica la expansión entre sectores medios y populares de una cultura política fascista en Montevideo durante ese período y que esa popularización es un factor insoslayable para la explicación del golpe de Estado del 31 de marzo de 1933. Para probarlas, indaga en las relaciones entre prensa, cultura y política en Montevideo durante el período de entreguerras; en las novedades introducidas por el *El Diario* en el campo periodístico montevideano; en sus relaciones con el Estado, los partidos políticos y otras empresas comerciales; en las estrategias que utilizó para conquistar y formar a sus lectores; en los sectores sociales que lo consumieron y en sus prácticas de lectura, mirada y atención; en sus relaciones de colaboración/competencia con otras empresas periodísticas; en los recursos gráficos y textuales que puso en práctica para la elaboración de sus narrativas; en los sentidos que esas narrativas construyeron sobre el mundo —y la ciudad— *moderno* y en sus propuestas de intervención política —en el amplio sentido del término, que remite a los actos individuales y colectivos en pos de conservar o cambiar los sentimientos, las ideas, las normas y las instituciones que regulan el funcionamiento de una sociedad.

Palabras clave: prensa, modernidad, cultura de masas, fascismo.

Summary

By the 1930s, according to contemporary perceptions, Montevideo had ceased to be the “small village” it was at the beginning of the century and had become a “complex modern city.” This modernization process encompassed dimensions ranging from architecture and urban planning to class and gender identities and roles, including political practices, public entertainment, and the material and symbolic connection of Montevideo residents with the rest of the world. This research posits three interrelated hypotheses. The first is that the daily press was a central agent in the formation and dissemination of political culture in and about this process during the period between the end of the Great War and the beginning of World War II; the second, that one of its main exponents was *El Diario* “de la noche”, an evening newspaper published by the Uruguayan Publishing Company Incorporated (Seusa, by its Spanish acronym) from 1923 onwards as part of the commercial and propaganda policy of the Riverist sector of the Colorado Party; the third, that this importance indicates the spread of a fascist political culture among the middle and working classes in Montevideo during that period and that this popularization is an unavoidable factor in explaining the coup d'état of March 31, 1933. To test them, inquire the relationships between the press, culture, and politics in Montevideo during the interwar period; the innovations introduced by *El Diario* in the field of journalism in Montevideo; its relationships with the state, political parties, and other commercial enterprises; the strategies it used to win over and shape its readers; in the social sectors that consumed it and in their reading, viewing, and attention practices; in its collaborative/competitive relationships with other journalistic companies; in the graphic and textual resources it used to develop its narratives; in the meanings those narratives constructed about about the modern world and city and its proposals for political intervention—in the broad sense of the term, which refers to individual and collective actions aimed at preserving or changing the feelings, ideas, norms, and institutions that regulate the functioning of a society.

Keywords: press, modernity, mass culture, fascism.

Introducción

A primera hora de alguna noche de julio del año 1920, el pintor, escritor y dibujante Mario Radaelli —en ese momento, además, secretario de redacción de la popular revista *Mundo Uruguayo*— caminaba por el centro de Montevideo cuando en el interior de un tranvía vio algo que le llamó la atención: multiplicadas “en la claridad fulminante del [tranvía] eléctrico que pasa” (la referencia tecnológica era una concesión a su imaginario futurista) se distinguían las manos tendidas de todos los pasajeros sosteniendo una misma cosa, la silueta “pequeña, nerviosa, extractada, eléctrica [del] diario moderno”.¹

Algunos años después —pero en un plano ficticio de la realidad— sonó el teléfono en la redacción de un diario bonaerense. La llamada era para el secretario y la cursaba una voz ansiosa de informarle que minutos antes se había suicidado Remo Erdosain, uno de los hombres más buscados por la policía de Buenos Aires. Se estaba imprimiendo la edición de la medianoche (la última actualización de noticias que los porteños recibirían hasta la mañana siguiente) y por eso, al instante, mandó parar las rotativas y en un trozo de papel cualquiera escribió las palabras que debían titular a todo lo ancho de la primera página el principal acontecimiento de la jornada: “en el tren de las nueve y cuarenta y cinco se suicidó el feroz asesino Erdosain”. Después, escribió un breve copete ampliatorio (un poco resumen de lo que le habían dicho por teléfono, otro poco especulación de lo que, según su experiencia, debían estar haciendo el juez y la policía en ese momento), mandó a un cronista y un fotógrafo a reportear y fotografiar a todo aquel que hubiera visto u oído el disparo y al final, ya resuelta su tarea, se relajó y encendió un cigarro. Se le acercó entonces el jefe de revendedores, un veterano canillita que tras oír la confirmación de sus sospechas le ordenó —con la templanza de quien se sabe sabedor, por oficio y experiencia, de cuáles son las noticias capaces de colmar el ansia de información del habitante de la ciudad moderna— el trabajo del día siguiente: “macanudo. Mañana tiramos cincuenta mil ejemplares más...”.²

Entre ambas escenas puede representarse el principal problema sobre el que trabaja esta investigación: la capacidad de la prensa visual y escrita para procesar las múltiples

¹ Rada [Mario Radaelli], “Miciano”, en *Mundo Uruguayo*, 15 de julio de 1920, p. 7. Sobre la trayectoria de Radaelli en la prensa uruguaya, ver Francisco Bustamante, “El magazine ilustrado Mundo Uruguayo y las ilusiones y pesadillas urbanas de una modernidad periférica”, en María Inés de Torres (edit), *Territorios en disputa: prensa literatura y política en la modernidad rioplatense*, Montevideo, Prodic Universidad de la República, 2015, pp. 38-40; Riccardo Boglione, *De traje atrayente: diseño gráfico uruguayo y modernidad en libros y revistas*, Montevideo, gegen pres, 2024, pp. 262-264.

² Roberto Arlt, *Los lanzallamas*, Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora S.A., 1972, pp. 163-164 [1a edición: 1931].

experiencias subjetivas que alojó la *ciudad moderna* durante los años álgidos en que Montevideo fue percibida con arreglo a ese concepto y para devolverlas no ya al sujeto sino a la comunidad como un relato totalizador y coherente, como una cultura si no *de*, por lo menos *para* las masas. Radaelli, como un imposible conocedor de las tesis que cincuenta años después formularía Benedict Anderson acerca de la importancia de la prensa para la formación de esas comunidades imaginadas que son las naciones, observaba el hecho de que “toda la población de Montevideo” estaba mirando lo mismo y al mismo tiempo y que en esa “atención múltiple” —pero concentrada en una sola cosa— radicaba “la unidad espiritual de nuestra población”.³ Arlt —como bien lo señaló Ricardo Piglia en sus reflexiones sobre las rupturas y continuidades entre esos dos géneros literarios que son la novela y el periodismo— estaba ficcionando algo que, por su experiencia como cronista policial en varios exponentes de la prensa bonaerense, había visto —y hecho— en repetidas ocasiones: el proceso mediante el cual la densidad de los acontecimientos y la contingencia de la historia eran reducidas a un estereotipo y en esa forma ofrecidas a la comunidad como una síntesis de sentido, que en este caso resumía la compleja vida de Erdosain en la simple fórmula “feroz asesino”.⁴

Esta investigación postula tres hipótesis concatenadas. La primera, que la prensa periódica fue un agente central en la formación y difusión de la cultura política en Montevideo durante el período comprendido entre el fin de la Gran Guerra y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial; la segunda, que uno de sus principales exponentes fue *El Diario “de la noche”*, un vespertino editado por la Sociedad Editora Uruguaya Sociedad Anónima (Seusa) a partir de 1923 como parte de la política comercial y de propaganda del sector riverista del Partido Colorado; la tercera, que esa importancia indica la expansión entre sectores medios y populares de una cultura política fascista en Montevideo durante ese período y que esa popularización es un factor insoslayable para la explicación del golpe de Estado del 31 de marzo de 1933.⁵

³ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre los orígenes y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991 [1983]. Cabe agregar que Radaelli no estaba promoviendo la pluma de algún literato o la voz transcrita de algún referente político sino las caricaturas cargadas de “humorismo” de un dibujante en boga. Por eso, no era la *lectura* sino la *atención* y la *mirada* los factores determinantes de esa unidad. Y cabe agregar también que trece años después, en las páginas del diario vespertino que más tarde circulaba por las calles de Montevideo —y que la memoria urbana, por esa razón, bautizó como *el diario de la noche*— sería el propio Radaelli uno de los encargados de forjar y conducir “la unidad espiritual de nuestra población” en apoyo a la “Revolución de Marzo”, que sus grabados imaginaron como un nuevo amanecer de los tiempos.

⁴ Ricardo Piglia, *Escenas de la novela argentina*. Programa de televisión producido por la Biblioteca Nacional y Televisión Pública de Argentina, 2012. En línea: <https://www.youtube.com/watch?v=fpTjISG4Pso> [Acceso: 27 de marzo de 2017].

⁵ Cabe decir algunas palabras sobre el proyecto político-comercial en cuyo marco fue concebido *El Diario*. Seusa fue creada en mayo de 1917 a impulso del dirigente del Partido Colorado Pedro Manini Ríos, con el fin de publicar un diario —a la postre, *La Mañana*— que fuera a la vez vocero de su sector (el riverismo) y opositor al

A los efectos de intentar probarlas, indagaré en las relaciones entre prensa, cultura y política en Montevideo durante el período de entreguerras; en las novedades introducidas por el *El Diario* en el campo periodístico montevideano; en sus relaciones con el Estado, los partidos políticos y otras empresas comerciales; en las estrategias que utilizó para conquistar y formar a sus lectores⁶; en los sectores sociales que lo consumieron y en sus prácticas de lectura, mirada y atención; en sus relaciones de colaboración/competencia con otras empresas periodísticas; en los recursos gráficos y textuales que puso en práctica para la elaboración de sus narrativas; en los sentidos que esas narrativas construyeron sobre el mundo —y la ciudad— *moderno* y en sus propuestas de intervención política —en el amplio sentido del

liderado por José Batlle y Ordóñez; en particular, respondió a los debates en torno al proyecto de reforma constitucional elaborado por la Asamblea Nacional Constituyente que se sometería a plebiscito en noviembre de ese año. De acuerdo a Raúl Jacob, el primer capital de Seusa fue aportado por unos sesenta accionistas cercanos o pertenecientes al riverismo y a la Federación Rural, que dividieron sus aportes en tres franjas: mil, quinientos y doscientos cincuenta pesos. Entre quienes participaron de la primera franja (diez personas) estaban el propio Manini, los ganaderos Ovidio Morató y Luis Ignacio García (padre e hijo) y el comerciante Vicente F. Costa, que a su vez sería administrador de *La Mañana* y luego también de *El Diario*; en la franja del medio (28 personas) estaban el industrial Julio Mailhos, el ganadero José Pedro Santayana, el bodeguero Juan Campisteguy y la sociedad “Viuda e hijos de Medardo Rodríguez”; en la franja más baja (22 personas) figuraban el presidente de la Federación Rural José Irureta Goyena, el industrial Buenaventura Caviglia y el periodista y político Héctor Gómez, que co-dirigiría *La Mañana* con Manini y más adelante sería el director de *El Diario* hasta su muerte en 1931. Manini Ríos nació en Montevideo en 1879. En los primeros años del novecientos ingresó al diario *El Día*, donde fue jefe de redacción y director. En 1905 fue electo diputado por Montevideo, en 1911 fue designado ministro del Interior y en 1913, tras alejarse del batllismo, renunció y pasó a ocupar su cargo como senador electo por Flores. En 1919, durante la presidencia de Baltasar Brum, volvió a ocupar el cargo de ministro del Interior y en 1923 fue designado ministro de Relaciones Exteriores por el presidente José Serrato. Entre 1920 y 1940 fue varias veces ministro plenipotenciario o jefe de misiones diplomáticas. Gómez nació en Dolores, el 13 de julio de 1880. Su padre era José Luis Gómez, un juez militar y su madre, Guillermina Sanguinetti. Cursó estudios de Derecho y Ciencias Sociales en Montevideo, donde conoció a Manini en 1896, quien lo incorporó a la redacción de *El Día*. En los primeros años del novecientos ocupó un cargo en la Dirección General de Instrucción Primaria y en 1903 fue designado secretario de la Dirección General de Correos y Telégrafos del Uruguay. En 1904 formó parte del ejército del sur al mando del coronel Pablo Galarza —al igual que Manini— durante la guerra civil producida tras el levantamiento armado del Partido Nacional. En 1905 fue electo diputado por Canelones, en 1907 formó parte del Consejo de Patronato de Menores y Delincuentes y ese mismo año, cuando Manini viajó Europa con Batlle y Ordóñez, pasó a ser director de *El Día*, rol que desempeñó hasta 1913. Entre 1907 y 1913 fue presidente de la Liga Uruguaya de Fútbol y en varias oportunidades presidió la “comisión del team” (1916, 1917 y 1926, por ejemplo) que era la encargada de formar el plantel de jugadores para los campeonatos y definir los once titulares antes de cada partido. En 1911 fue uno de los integrantes de la recién creada Comisión Nacional de Educación Física. Volvió a ser electo diputado en 1908, 1911 y 1922 hasta 1928. (Raúl Jacob, *La quimera y el oro*, Montevideo, Arpoador, 2000; “En sus 105 años, La Mañana evoca a su fundador”, *La Mañana*, 29 de junio de 2022; Carlos Manini Ríos, *Anoche me llamó Batlle*, Montevideo, Imprenta Letras SA, 1973, p. 278; Atilio Garrido, *Héctor Gómez. Hombre de acción*, Montevideo, Ediciones de la AUF, 2015).

⁶ El uso de “lectores” no supone concebir a aquellos que adquirirían y/o usaban los diarios como meros decodificadores de textos. Con ese término —que respeta la forma en que el propio diario solía referirse a aquellos que lo consumían, más allá de que también usó, en menor medida “espectadores”— busco sintetizar una diversidad de prácticas que por su puesto incluían la lectura, pero también la percepción de imágenes (que no es mismo que la *lectura* de imágenes, de acuerdo a la escuela alemana de estudios visuales, según el acto de ver es organizativo de la realidad y previo al lenguaje), la interpretación de los diversos elementos gráficos y materiales que componían el objeto “diario” y la transformación de ese objeto en un elemento de la cultura oral mediante el voceo que los canillitas hacían de las principales noticias de la jornada o las tertulias del café o el boliche donde esas noticias se discutían y reinterpretaban. No obstante, en algunos pasajes elegiré el término “consumidores”, para enfatizar en las prácticas comerciales supuestas en la producción y circulación de diarios.

término, que remite a los actos individuales y colectivos en pos de conservar o cambiar los sentimientos, las ideas, las normas y las instituciones que regulan el funcionamiento de una sociedad.

Como toda operación historiográfica, la periodización y la espacialidad definidas requieren algunas puntualizaciones. La primera es la categoría escogida para nombrarlas: *Montevideo de entreguerras*. Contra otras que la historiografía ha propuesto —y en algún punto, canonizado— para comprender los años que abarca esta investigación (“Uruguay del centenario”, “Uruguay del novecientos” o “Uruguay batllista”), el énfasis en la espacialidad *montevideana* antes que *uruguaya* aspira a resaltar la dimensión más *urbana y metropolitana* que *nacional* de la estructura de sentimiento contenida y producida por los diarios vespertinos, en particular por *El Diario*, cuya circulación pocas veces excedió los límites de la capital del país.⁷ La definición de la temporalidad con arreglo a sucesos —las guerras mundiales— que, en sus consecuencias directas, suelen considerarse más bien laterales a la historia política y social del Uruguay, responde a la voluntad de poner el foco en el universo transnacional de referencias que *El Diario* empleó para significar la experiencia metropolitana, en el cual el imaginario de las guerras mundiales jugó un papel estructurante: la primera como parteaguas de un mundo nuevo y caótico que exigía cambios radicales; la segunda, como apocalíptico destino de la humanidad en caso de que esos cambios no se produjeran.

La segunda puntualización es la definición de esa categoría como una “época” y un “régimen de historicidad”, esto es, como un campo caracterizado por la emergencia, consolidación y decadencia de una serie de experiencias y discursos en relación al tiempo.⁸ Esto no implica definir el período como un bloque monolítico, pero sí afirmar que el énfasis en los cambios (a modo de ejemplo: la crisis financiera de 1929 y sus consecuencias económicas y políticas, la alternancia de sectores y partidos políticos en el control de las diferentes esferas de gobierno y, especialmente, el retorno del batllismo al gobierno en 1930) antes que en las permanencias conspira contra la percepción de la presencia sostenida de las emociones, las ideas y los deseos que hacen a una cultura política, cuyos cambios son mucho menos abruptos. En otras palabras —y a riesgo de simplificar en demasía la cuestión aunque con el compromiso de complejizarla más adelante— en *El Diario* (en los diarios *modernos*, en general, de esta época), paradójicamente, las novedades eran menos importantes que las

⁷ El concepto de *estructura de sentimiento* fue acuñado por Raymond Williams y describe los sentimientos, actitudes e ideas compartidos por los integrantes de una comunidad, cuya forma específica suele ser señalada con mayor precisión por aquellos que no forman parte de ella. Esa estructura “es tan sólida como lo sugiere el término [...] pero actúa en las partes más delicadas y menos tangibles de nuestra actividad” (Raymond Williams, *La larga revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003 [original, 1961, p. 57]).

⁸ Sobre los conceptos de época y régimen de historicidad, ver el apartado 1.1 de este trabajo.

permanencias: se trataba de un artefacto que reducía la singularidad a los moldes preestablecidos, a fin de volver legible —y por lo tanto predecible— la experiencia.

La tercera puntualización refiere al período concreto que abarca esta investigación, que va desde el 6 de julio de 1923 hasta el último día del año 1935. La primera fecha indica la puesta en circulación del primer número de *El Diario*. La segunda requiere más explicaciones, ya que no se corresponde de manera exacta con ningún cambio sustancial en la estructura de sentimiento o en la cultura política de la época. Una opción más lógica hubiera sido concluir la investigación en 1933, aprovechando la coincidencia entre el golpe de Estado promovido —entre otros— por *El Diario* y el inicio de su primer proceso de renovación, que implicó muchas más páginas, nuevas secciones y recursos gráficos. La opción de continuar hasta 1935 responde a la necesidad de investigar tres asuntos: los tres años donde muy probablemente se produjo su consolidación como el impreso de mayor circulación de Montevideo, el inicio de su posicionamiento oficialista en el marco de la dictadura de Terra y algunas coyunturas potencialmente reveladoras de los vínculos entre las empresas periodísticas, como la huelga gráfica de 1934.

Esta investigación debió enfrentar un obstáculo de origen, que es la ausencia de documentación institucional relativa a la empresa editorial propietaria de *El Diario*.⁹ Esto limitó el abordaje de algunas cuestiones que solo lateralmente pueden conocerse mediante otras fuentes —como su financiamiento, las relaciones entre su dirección, los políticos y empresarios que controlaban la editorial y los sindicatos de obreros gráficos y de canillitas, o las etapas, los actores y las tecnologías involucradas en el proceso de producción de noticias— y obligó a extremar el uso de la fuente principal disponible: la colección de impresos de *El Diario*, conservada en la Biblioteca Nacional y organizada en tomos encuadernados que contienen los números de uno o dos meses por año.

El relevamiento de esa colección fue realizado mediante una lectura a la vez diacrónica y sincrónica. Diacrónica en el sentido de leer con el extrañamiento con que se habitan las costumbres de un país extranjero, de ahondar no solo en lo dicho sino también en los silencios, las sugerencias y las revelaciones involuntarias, es decir, en todo aquello susceptible de iluminar los aspectos de la política y el funcionamiento del diario que sus propietarios y directores no tuvieron intención de informar pero que, sin embargo, se cuele en

⁹ Además de consultar los archivos públicos disponibles en Montevideo, indagué a ex trabajadores de *El Diario*, a historiadores que han investigado sobre el período o problemas similares y a la familia Manini Ríos, que tuvo un rol dirigente en Seusa desde sus inicios y que en los últimos años ha vuelto a poner en circulación un producto periodístico —el semanario *La Mañana*— que es heredero de sus iniciativas en el campo de la prensa durante el siglo XX. Ninguna de esas gestiones dió resultados.

sus intervenciones; sincrónica en el de simular de la mejor manera posible la apropiación que hicieron los contemporáneos, atenta a los pactos de consumo —vale repetir: de lectura, de mirada, de atención— propuestos por las diferentes secciones y a los posibles efectos de esa apropiación en las emociones, pensamientos y comportamientos —en la cultura— de sus lectores. Para ello relevé cada número de forma completa, desde el primer titular hasta el último resultado de la lotería, pasando por las crónicas costumbristas y policiales, los sueltos, telegramas y editoriales, los comentarios sobre los estrenos de teatro y cine y los fotorreportajes de partidos de fútbol o sobre la miseria de los sectores populares, sabiendo que si bien es muy poco probable que algún lector contemporáneo lo abordara de esa manera, sí es probable que todas las páginas tuvieran el suyo y que por lo tanto todas sean potencialmente un camino para acercarme al objeto de estudio; lo hice, además, con un ojo en el autor/productor y otro en el lector imaginado, a fin de entrever la relación entre las intenciones del objeto —de los textos, las imágenes, los gráficos— y las apropiaciones de sus destinatarios.¹⁰

Teniendo en cuenta que para esta investigación resultaba imposible abordar la colección completa, seleccioné un universo de números de acuerdo a dos criterios. Por un lado, escogí los que circularon durante algunas coyunturas políticas, sociales, culturales o internacionales que la bibliografía (no exclusivamente la historiográfica; también la periodística, los ensayos y las memorias) ha considerado relevantes del período 1923-1935, bajo el supuesto de que en ellas podrían emerger síntesis de las percepciones que *El Diario*

¹⁰ Corresponde una temprana advertencia sobre los autores: si un diario es, al mismo tiempo, una tribuna desde la que se expresan voces particulares y una institución que —en sus reiteraciones, en sus moldes, en sus énfasis, incluso en sus apropiaciones— formula una voz propia aunque no exenta de contradicciones, en esta investigación me he decantado por privilegiar el segundo de estos aspectos. Esto quiere decir que no profundizaré en las trayectorias de sus directores, redactores, cronistas, corresponsales, colaboradores, dibujantes y fotógrafos, aunque haré alusiones a ellas cuando sea estrictamente necesario. Cabe, sin embargo, dejar constancia de las firmas que identifiqué por lo menos una vez (con respecto a algunas, como se verá, no logré superar el seudónimo), aunque más no sea como punto de partida para futuras investigaciones. Cronistas y redactores: Horacio Abadie Santos (*Galf*; *Maese Nicolás*); Américo Agorio (*Ombú Curá*; *Mecus*); Adolfo Agorio; *Alex*, Enrique H. Aubriot (*Good Fellow*; *Rouge*); Alfredo Basso; *Bulbus*; *Calepino*; *Caracú*; *Chispero*; Vicente F. Costa; *John Coco*, *Dardo*; *El espectador*, *Espinaca*; Juan Carlos Faig (*El cojo quiñones*); *Gubellini*; Daniel Herrera y Thode (*Juan Copete*); *Kim*, *Laurita*; Carlos César Lenzi; Horacio López Vignart (*El pinche*); *J.G.*; *Madame de Lys*; *Mor*; *Fray Martín*; *El negro lucho*; *Nick*; *La señora fat*; J. Lanzberger; *Marchis*; *Migueliyo er lipiaor*, *El Mudo*; Enrique W. Orecchio (*Alter Ego*); *El otro*; *Okey*; Vincete Pomés (*Duc De Fleury*); José María Peña (*Tristán*); *Petronhilo*; J.C. Rodríguez Prous; Alfredo Rodó (*Diablo cojuelo*); *Silver*. Corresponsales: *Adriana*, Luis Araquistain; G. C. Agrati; *Austral*; Antonio E. Barbagelata; P. Bardet; G. Bessedovsky; Corpus Barga; Manuel Bueno; Julio Camba; Jules Carrère; César Juarros; E. Ramírez Ángel; E. Gómez Carillo; A. S. de Montiel; *Ignotus*; *H.L.*; Geo London; Horacio Maldonado; Aristóbulo Melian; Attila U. Moriconi; A. Ortiz Vargas; Charles Richet; Alejandro Sux; Nicolás Urta; Alfredo Varzi (*FAD*); *Maese Zapata*; Antonio Zozaya; Alfredo Zuanino. Dibujantes: Alfredo Berta; Bagaria; *Livio*, Teodoro Miciano; Mario Radaelli; Ortiz Garzón; Julio E. Suárez; Severino. Fotógrafo: Anselmo Carbone. Colaboradores eventuales: David Alfaro Siqueiros; Francisco Eduardo Artucio; Roberto Arlt; José Pedro Bellán; Alfredo Mario Ferreiro, J. M. Podestá; *Rix*; Elena Rossi Delucchi, Ricardo Bier; *Guillermo Tell*.

puso en circulación sobre la época.¹¹ Por otro, relevé todos los números correspondientes a dos meses escogidos casi al azar (me limité a rotarlos año a año, de manera de que todos estuvieran representados por lo menos una vez) de cada uno de los años comprendidos por la periodización, en el entendido de que los indicadores de la estructura de sentimiento y la cultura política de una época emergen en cualquier coyuntura y no necesariamente con arreglo a los “sucesos relevantes”.

Puesto que la suerte de una investigación historiográfica no depende solo del planteo del problema, las hipótesis y las preguntas —más el relevamiento y sistematización de las fuentes— sino también de las implicaciones epistemológicas de la narrativa mediante la cual se elaboran sus resultados, cabe realizar por lo menos tres puntualizaciones sobre la escritura de este trabajo. La primera: que en línea con algunos aspectos de lo que Jorge Marco ha definido como la escritura de “diarios de campo etnográficos”, enfatizaré —especialmente en la primera y la segunda parte— más en el razonamiento histórico que en el relato, lo cual implica que concebiré al lector no como el destinatario de un producto acabado sino como un compañero de viaje con el cual compartiré tanto los resultados como el proceso recorrido para alcanzarlos (las preguntas, las posibles respuestas y el razonamiento entre ambas); en la tercera parte, por el contrario, relataré la época definida por *El Diario* como si equivaliera a lo real, a fin de reproducir de la mejor manera posible la experiencia que sintetizó para sus lectores. Para reconstruir algunos aspectos del objeto de estudio recurriré, por otra parte, a lo que Iván Jablonka ha definido como “ficciones de método”, sin que ello implique engañar al lector (“la ficción no es verdadera, porque no existe, pero tampoco es falsa, porque no entraña intención alguna de engañar”) ni relajar el abordaje científico.¹²

La segunda puntualización tiene que ver con la presentación del aparato erudito. Por razones que explicaré con más detalle en el excursus metodológico, la gran mayoría de mis afirmaciones será probada e ilustrada con referencias a muchas de sus evidencias

¹¹ Solo para nombrar algunas: el temporal que dañó la costa de Montevideo en julio de 1923; el asesinato de un hinchado de fútbol en noviembre de 1924; la llegada del aviador Ramón Franco a Montevideo en febrero de 1926; el asalto al cambio Messina en octubre de 1927; el estreno del tango *Adios mi barrio* en febrero de 1930; el campeonato mundial de fútbol de julio de 1930; el paro patronal de enero de 1931; el “complot” comunista de febrero de 1932; el nombramiento de Adolf Hitler como canciller alemán en enero de 1933; la publicación del diario *Uruguay* en febrero de 1935.

¹² Jorge Marco, “La voz del historiador. El ‘yo’ en los relatos historiográficos (1980 - 2023)”, en *Anuario* N° 39 / ISSN 1853-8835 / 2023; Iván Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 195. Este tipo de escritura no es novedoso en la historiografía uruguaya. Para nombrar solo el ejemplo más emblemático, es reconocible en la producción de José Pedro Barrán centrada en las sensibilidades. Entre otros: José Pedro Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, Tomo 1 “La cultura ‘bárbara’ (1800-1860)”; Tomo 2 “El disciplinamiento”, Montevideo, Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias, 1989 y 1990; José Pedro Barrán, *La medicalización de la sociedad*, Montevideo, Nordan Comunidad, 1993; José Pedro Barrán, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del novecientos*, Montevideo, Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias, 2009.

documentales, pero a fin de evitar una profusión de notas al pie de tal envergadura que volviera el trabajo ilegible, he optado por agrupar todas las referencias a un aspecto común del objeto de estudio en una sola nota y por incluir —en la medida de lo posible— no más de una nota por párrafo. De esta forma —y si bien presentaré las referencias en orden correlativo a su cita en el párrafo correspondiente— al lector no le será siempre sencillo conocer a cuál corresponde cada una, lo cual mella la erudición del trabajo pero favorece la presentación de sus resultados.

La tercera refiere al rol de las imágenes, que aparecerán insertas en el cuerpo del texto y cuyo fin será doble: apuntarán, por un lado, a que el lector pueda acceder de manera inmediata a la visualidad analizada en las páginas circundantes; por otro, a transmitirle algo de la sensación que podía originar en los lectores contemporáneos su exposición reiterada al poderoso imaginario visual puesto en circulación por *El Diario*.

La investigación se divide en tres partes. En la primera describiré —a modo de bitácora o mapa intelectual— las ideas principales que la orientaron, acompañadas de las referencias a lo/as autore/as y disciplinas que las crearon —o que crearon ideas similares en las que se basan o con las que discuten las que pongo en práctica— y a los libros o artículos en que pueden consultarse¹³; además, plantearé las implicaciones —los riesgos y las oportunidades— de su apuesta metodológica y narrativa.¹⁴

En la segunda, analizaré el proyecto —político, comercial, comunicativo— de *El Diario*. Para ello, me detendré en sus autopercepciones sobre los roles y responsabilidades de un *diario popular y moderno*, en las estrategias que llevó a cabo para producir sus contenidos con arreglo a esas definiciones, en sus relaciones con otras empresas periodísticas, con los sectores comerciales y con el aparato de estado, en el tipo de lector imaginado y en las prácticas de consumo de prensa escrita y visual dominantes en ese momento. La aclaración de que este apartado incluye tanto al objeto de estudio (*El Diario*) como a las prácticas en que su producción estuvo inserta (los diarios) responde a la necesidad de resaltar el relativo solapamiento entre ambos asuntos, es decir, el hecho de que si bien *El Diario* —por razones

¹³ Cabe señalar el carácter ficticio de este procedimiento, que organiza de manera lógica o necesaria una experiencia, por lo menos en parte, caótica. La pluralidad de fuentes en que abrevan las preguntas e hipótesis que dirigen una investigación y los métodos y teorías que la conducen solo puede ser acotada a una bitácora —por exhaustiva que sea— a riesgo de producir una imagen sesgada del trabajo intelectual, de la que quedan fuera todas aquellas que no pueden sistematizarse. A fin de cuentas, no se sabe nunca a ciencia cierta de dónde vienen las ideas, si de la lectura atenta de la más actualizada producción académica, de la síntesis de sentido revelada por una novela, de la conversación casual con un/a una colega sobre nuestros respectivos dilemas profesionales o de cualquier otra de las interacciones a las que día a día nos vemos expuestos.

¹⁴ Mis reflexiones sobre este último aspecto deben mucho al seminario de investigación “Lidiar con el archivo. Estrategias, dilemas, avatares en el oficio de la historia”, dictado por Isabella Cosse en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República en agosto de 2024.

que buscaré demostrar— fue un agente transformador en el campo de la prensa uruguaya, no dejó de pertenecer a un universo más amplio de prácticas y referencias.

En la tercera parte me detendré en la relación de *El Diario* con la estructura de sentimiento y la cultura política de la Montevideo de entreguerras. En sus lecturas decadentistas sobre los avatares de vida urbana y el panorama internacional, la revolución tecnológica y de los medios de masas, las relaciones de género y de clase social, los tipos de organización política disponibles y sus alternativas, intentaré demostrar la forja o por lo menos la expansión significativa de una cultura política antibatllista entre las clases medias y los sectores populares, conectada con los imaginarios —y los aparatos de propaganda— de los fascismos europeos.

En contra del escepticismo positivista que ponía en duda la fiabilidad de tal o cual documento, [Marc] Bloch hacía valer, por un lado, los testimonios involuntarios; por el otro, la posibilidad de aislar dentro de esos testimonios voluntarios, un núcleo involuntario, y por ende, más profundo.

Carlo Guinzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio*, 2005.

1. Bitácora: hacia una historia cultural de la política en la Montevideo *de entreguerras*

El objeto de estudio de esta investigación se ubica en el cruce de dos coordenadas: 1) la ciudad moderna, entendida como una particular experiencia del tiempo/espacio y 2) la cultura política, entendida como las disputas por la significación de la experiencia y las condiciones, los medios y los discursos mediante los cuales esas disputas suceden. Cada una constituye un cúmulo de problemas sobre el que existe una producción intelectual inabordable, por lo cual he restringido esta bitácora sólo a aquellas que me han permitido conectarlas en función de mi objeto de estudio.

1.1 La experiencia del tiempo

El abordaje de Marshall Berman sobre la modernidad y el modernismo ha sido clave para definir el encuadre temporal de esta investigación, por lo menos por dos motivos. Primero, porque aporta una definición del tiempo que me ha permitido comprender las lecturas y actitudes sobre la época producidas y/o puestas en circulación por *El Diario*. En *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Berman define a la modernidad no como un período de la historia sino como una experiencia particular del tiempo y del espacio, de las relaciones entre las personas y de las potencialidades y peligros de la vida:

ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos.

A su vez, su definición del modernismo como los valores y las visiones surgidas al calor de la modernidad según las cuales el individuo puede ser, además de objeto, sujeto de ella —o sea, alguien capaz abrirse paso en la vorágine de la vida y cambiar aquello que lo está cambiando— resulta fundamental para comprender la actitud de *El Diario* con respecto a su época, que no se limitó a contemplarla como quien se entrega al destino sino que la hizo objeto de su práctica política. El segundo motivo es su análisis de los escritos de Charles Baudelaire dedicados a París durante el período de las reformas urbanas diseñadas por Georges-Eugène Haussmann, que permite trazar conexiones entre la ciudad material que se

estaba transformando y la ciudad textual que los parisinos estaban consumiendo y asimilando mediante la prensa de masas:

mientras Baudelaire trabajaba en París, las obras de modernización proseguían a su alrededor, sobre su cabeza y bajo sus pies. Baudelaire se veía no sólo como un espectador, sino también como un participante y protagonista en esta obra en marcha; su propia obra parisiense expresa este drama y este trauma. Baudelaire nos muestra algo que ningún otro escritor ve tan bien: cómo la modernización de la ciudad inspira e impone a la vez modernización de las almas de sus ciudadanos. Es importante observar la forma en que aparecieron por primera vez los poemas en prosa de *El spleen de París* como folletines compuestos por Baudelaire para la prensa de tirada masiva, diaria o semanal [...]. El folletín [...] aparecía en la primera página o en las páginas centrales del diario, justo debajo, o enfrente del editorial, y se suponía que sería una de las primerísimas cosas que leyera el lector.

Un rol similar al de esos escritos jugaron los miles de textos e imágenes que los diarios montevideanos pusieron en circulación cotidianamente durante los años en que la ciudad atravesaba una transformación material —inspirada en la que Haussmann había diseñado para París— que desafiaba las percepciones que los montevideanos tenían sobre su entorno.¹⁵

Los planteos de Claudia Gilman acerca de las condiciones históricas en las que es posible la emergencia de un objeto de discurso y los de Francois Hartog y Reinhart Koselleck en torno a la dimensión construída del tiempo histórico me han servido para abstraer los elementos sustanciales de la “época” o el “régimen de historicidad” característicos de la modernidad montevideana de entreguerras.¹⁶ La primera de estas categorías define un campo temporal que circunscribe los discursos decibeles, aceptables y legítimos en cierto período de la historia. La segunda, de acuerdo a Hartog

intenta brindar una herramienta heurística, que contribuya a aprehender mejor no el tiempo, ni todos los tiempos ni el todo del tiempo sino, principalmente, momentos de crisis del tiempo, aquí y allá, justo cuando las articulaciones entre el pasado, el presente y el futuro dejan de parecer obvias.

¹⁵ Marshal Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004 [1982], pp. 1, 2-3, 146.

¹⁶ Cabe resaltar que uso la expresión *Montevideo de entreguerras* en un sentido similar al que Vania Markarián le da a la de *68 uruguayo* en el título de su estudio sobre la historia política y cultural del movimiento estudiantil uruguayo a fines de los años sesenta, a fin de resaltar la dimensión global/local de los acontecimientos (Vania Markarián, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Montevideo, Estuario Editora, 2022).

En Montevideo, durante los años que abarca esta investigación —y sino en términos generales por lo menos sí en el campo de las derechas— las ideas sobre las relaciones entre pasado, presente y futuro entraron en crisis; tomando prestadas las categorías de Reinhart Koselleck, podemos decir que se trató de un tiempo donde el espacio de experiencia (el pasado vuelto presente por la elaboración racional y por el comportamiento inconsciente de los sujetos) dejó ser funcional para explicar los acontecimientos de la vida cotidiana y el horizonte de expectativa (el futuro vuelto presente por la esperanza, el deseo, la voluntad y el temor) dejó entrever tanto un apocalipsis como un nuevo amanecer de los tiempos.¹⁷

Existen innumerables abordajes sobre la cultura política de nuestro tiempo que —una vez superada la tentación de descartarlos debido a sus pretensiones más ensayísticas que propiamente historiográficas— contienen herramientas útiles para abordar el objeto de esta investigación. A riesgo de ignorar matices y visiones críticas con respecto a esta idea, ello se debe a cierta similitud entre las percepciones dominantes sobre la actualidad y el mundo occidental durante el período de entreguerras. Para solo nombrar algunos trabajos que ponen el acento en la experiencia del tiempo y permiten realizar extrapolaciones productivas, cabe mencionar los ensayos de los historiadores Aldo Marchesi y Vania Markarián, del sociólogo François Dubet y del escritor Martín Kohan (respectivamente: *El tiempo no para*, *La época de las pasiones tristes* y *La vanguardia permanente*), así como la novela *Desierto Sonoro* de Valeria Luiselli. Marchesi y Markarián invitan a pensar la actual crisis del paradigma democrático en América Latina como una crisis del régimen de historicidad inaugurado en los años ochenta del siglo XX y proponen interpretarla en el marco de una temporalidad más amplia que la del llamado “pasado reciente”, abarcativa por lo menos de todo el siglo XX y de las disputas entre izquierdas y derechas por lo sentidos de la modernización de América Latina, lo cual implica un marco teórico coincidente con el de esta investigación. Dubet analiza el crecimiento, en la actualidad y especialmente en los medios digitales, de lo que denomina “pasiones tristes” (resentimiento, indignación, odio, ansiedad) como una respuesta de época al cambio en el régimen de desigualdad, esto es: no necesariamente al aumento de la desigualdad sino a la ruptura de las narraciones que la organizaban en torno a la idea de clase social y a la constitución de los fragmentos de esa ruptura en una serie de sufrimientos

¹⁷ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003, pp. 35-36; Francois Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad Iberoamericana, A.c., 2007 (2003), p. 21; Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993, pp. 333-357.

íntimos que desdibujan conflictos sociales antes delimitados y empujan a encontrar enemigos y adversarios entre sujetos que comparten experiencias cotidianas:

así como en épocas pasadas las desigualdades sociales parecían inscritas en el orden estable de las clases y sus conflictos, hoy en día no dejan de multiplicarse las brechas, las segmentaciones y las desigualdades, como si cada individuo estuviera surcado por varias de ellas. En el vasto conjunto que engloba a todos los que no están en la cima ni en el fondo de la jerarquía social, las disparidades ya no se superponen de manera tan nítida.

El enfoque tiene el valor de destacar el carácter social de las emociones políticas y permite preguntarse sobre las narraciones que entraron en crisis en la Montevideo de entreguerras, cuando también las “pasiones tristes” ocuparon un lugar importante de la escena político cultural encarnada por los medios de masas. Kohan, desde los estudios literarios, describe aquello que tiene de “nuevo” la experiencia del tiempo actual y en ese gesto ofrece un programa de estudios sobre el período de entreguerras que alerta sobre la necesidad de aprehender en su conjunto a la revolución tecnológica y a la de los medios de comunicación, a la subjetividad, a las emociones y a la experimentación política:

estos tiempos [...] son tiempos en los que lo nuevo impera y define un estado de cosas de transformación intensificada y continúa. Una aceleración de vértigo en el trazo de las innovaciones se produjo en las tecnologías, y más precisamente en las vinculadas con la conexión y la comunicación. Los cambios tecnológicos, en su amplitud, en su velocidad y en su profundidad, cambiaron a su vez unas cuantas cosas, todas decisivas: ni la presencia ni la ausencia, ni la distancia ni la proximidad, ni el pasado ni el presente, ni el saber ni la información, ni la memoria ni el archivo son lo mismo que eran antes. Tampoco lo son, por ende, los cuerpos y las subjetividades. Ni tampoco, en consecuencia, el control social y la soledad, el consumo y el entretenimiento, el adentro y el afuera, la instantaneidad y la impaciencia, la contemplación y el silencio, la afectividad y las pertenencias, los modos de ser.

Luiselli, en tanto, propone una descripción en clave poética de la crisis actual que contiene no pocas coincidencias con la forma en que los montevideanos analizados en esta investigación percibieron la de su época:

algo cambió en el mundo. Hace no mucho tiempo, algo cambió, y lo sabemos. No sabemos cómo explicarlo todavía, pero creo que todos podemos sentirlo, en algún lugar hondo de nuestras vísceras o en nuestros circuitos neuronales. Experimentamos el tiempo de manera distinta. Nadie ha logrado captar realmente lo que sucede ni por qué. Tal vez es sólo que sentimos la ausencia de futuro, porque el presente se ha vuelto demasiado abrumador y por tanto se nos ha hecho imposible imaginar un futuro. Y sin futuro, el tiempo se percibe nada más como una acumulación. Una acumulación de meses, días, desastres naturales, series de televisión, atentados terroristas, divorcios, migraciones masivas, cumpleaños, fotografías, amaneceres. No hemos entendido la forma exacta en la que ahora se experimenta el tiempo.¹⁸

1.2 La experiencia del espacio

Estas experiencias ocurrieron en un espacio específico: la ciudad, o más precisamente, la *ciudad moderna*. Para la definición de esta entidad y en particular para su contraste con las ciudades latinoamericanas de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX me ha resultado fundamental el libro de José Luis Romero *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas* en donde estudia los efectos de la inclusión de América Latina en el mercado mundial y ofrece un mapa que delinea y conecta la renovación de sus estructuras urbanas —incluyendo las tecnologías del transporte y la comunicación—, arquitectónicas y de sus espacios de socialización y esparcimiento; la expansión de su trama y la aparición de los “suburbios”; los cambios en su estructura de clases; las causas y efectos de la multiplicación de su población y del aumento de la alfabetización. La descripción de ese proceso en Montevideo desde un punto de vista que privilegia las dimensiones urbanística y arquitectónica pero no descuida el análisis de factores sociales, económicos y demográficos, puede encontrarse en *El Montevideo de la expansión (1868-1915)*, de Ricardo Álvarez Lenzi, Mariano Arana y Livia Bochiardo; en la misma línea pueden mencionarse los clásicos aportes de Alfredo Castellanos y la dupla Carlos Altezor y Hugo Baracchini, *Historia del desarrollo edilicio y urbanístico de Montevideo (1829-1914)* e *Historia urbanística y edilicia de la ciudad de Montevideo* respectivamente.¹⁹

¹⁸ François Dubet, *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y al resentimiento y desalienta la lucha por una sociedad mejor*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020, p. 12; Martín Kohan, *La vanguardia permanente*, Buenos Aires, Paidós, 2021, p. 181; Aldo Marchesi y Vania Markarián, *El tiempo no para*, Montevideo, Ediciones del Berretín, 2025; Valeria, *Desierto sonoro*, Madrid, Sexto Piso, 2019, pp. 107-108.

¹⁹ José Luis Romero, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001, pp. 247-368; Ricardo Álvarez Lenzi, Mariano Arana y Livia Bochiardo, *El Montevideo de la expansión (1868-1915)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986; Alfredo R. Castellanos, *Historia del desarrollo edilicio y*

Sin embargo, a los efectos de esta investigación resultan más significativos aquellos estudios que han abordado el cruce entre las dimensiones material y virtual de las ciudades. O, en otras palabras, que se han preocupado por dimensionar el punto hasta el cual las representaciones —visuales, textuales o de otra naturaleza— han jugado un rol determinante en la definición de la estructura material de las ciudades.

En esa línea, el cruce entre los conceptos de *ciudad*, *modernidad* y *modernización* ha sido abordado por Adrián Gorelick en numerosos trabajos que proponen una historia cultural de los fenómenos urbanos centrada en las representaciones, la materialidad, las diversidad de fuentes desde las que ambos aspectos pueden interrogarse y los diálogos entre la metodología de diferentes disciplinas. La tensión productiva entre ciudad imaginada y ciudad real que descubre en el pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento me ha servido como guía para esta investigación en tanto permite advertir sobre el carácter a la vez ficcional y productivo de la Montevideo representada en las páginas de *El Diario*, resultado en parte de la experiencia —digamos, material— de sus autores pero mucho más del efecto en sus percepciones de las ciudades que no habían experimentado pero conocían “virtualmente” por efecto de la cultura global de masas, como París, Londres o Nueva York:

se sabe que Sarmiento, a mediados del siglo XIX, usó la ciudad como anclaje polar de la civilización frente a la doble barbarie de la naturaleza americana y el pasado español; y se sabe también que cuando escribió en el Facundo esa metáfora de tanta resonancia futura, todavía no había conocido la ciudad moderna que le servía de modelo, Buenos Aires. Pero ese desconocimiento no hace más que mostrar la funcionalidad ficcional del artefacto ciudad en el pensamiento sarmientino y, me atrevo a decir, por extensión, en la cultura americana: no hace falta conocer la ciudad, ni hace falta que las ciudades realmente existentes cumplan efectivamente con los principios de ese imaginario, ya que para él la ciudad es la modernidad y la civilización por definición, más allá de las características reales que encarne en cada momento.²⁰

urbanístico de Montevideo (1829-1914), Montevideo, Junta Departamental de Montevideo - Biblioteca José Artigas, 1971; Carlos Altezor y Hugo Baracchini, *Historia urbanística y edilicia de la ciudad de Montevideo*, Junta Departamental de Montevideo - Biblioteca José Artigas, 1971.

²⁰ Adrián Gorelick, “Ciudad, modernidad, modernización”, en [Universitas humanística](#), ISSN 0120-4807, [Nº. 56, 2003](#), págs. 10-28; ver también: Adrián Gorelick, *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; Adrián Gorelick, *Correspondencias. Arquitectura, ciudad, cultura*, Buenos Aires, SCA/nobuko, 2011.

Con respecto a Montevideo, los abordajes sobre las relaciones entre la ciudad material e imaginada provienen de varias disciplinas (Arquitectura, Historia, Estudios literarios, por nombrar solo los más evidentes) y se han centrado en prácticas de representación y representaciones diferentes.

Gerardo Caetano, Cecilia Pérez y Daniela Tomeo, en su investigación sobre la obra de arquitecto Eugenio Baroffio al frente del Departamento de Arquitectura del Municipio de Montevideo durante las primeras décadas del siglo XX, han propuesto el concepto de “ciudad batllista” para estudiar las relaciones entre el proyecto político de reforma urbana promovido por José Batlle y Ordóñez y sus efectivas realizaciones materiales. Esa ciudad vendría a ser la encarnación/representación de un modelo de ciudadanía sustentado en los ideales republicanos (reivindicación de la política y en especial de la política de partidos, del laicismo y de una idea de libertad positiva; concepción de la ciudadanía como participación en los asuntos públicos; énfasis en el gobierno de las leyes; separación tenue o borrosa entre las esferas pública y privada) promovidos —aunque no exclusivamente— por el reformismo batllista desde comienzos del siglo. Prueba de su predominio en la cultura montevideana de entreguerras puede ser su presencia incluso en la imaginación política de los sectores antibatllistas, aunque cabe destacar —en parte, ese el objetivo de esta tesis— su reformulación por parte de algunos de ellos en clave decadentista y por lo tanto poner en duda su hegemonía ya en los años veinte.²¹

Aunque de menor ambición en cuanto a su objeto —que no es la ciudad toda, sino algunos de sus espacios/tiempos, coincidentes en parte con los de esta investigación— cabe mencionar los aportes de Alicia Torres del Corral acerca del paisaje urbano como elemento significativo para la construcción de identidades. En sus libros *La mirada horizontal. El paisaje de Montevideo* y *El Paisaje y La mirada. Historia del Parque Rodó 1896-1930* advierte sobre la función antes productiva que pasiva del acto de mirar y, en consecuencia, de la dimensión política del paisaje, que más que como un fenómeno natural debe ser entendido como el resultado de operaciones de significación extendidas sobre el espacio. En una línea similar, Cecilia Ponte y Susana Antola han analizado el despliegue de un relato nacional en el espacio público de Montevideo —a través de políticas públicas e iniciativas privadas de monumentalización y reformulación de estructuras urbanas— durante los años circundantes al centenario de la jura de la primera constitución del Estado uruguayo; a los efectos de esta

²¹ Gerardo Caetano, Cecilia Pérez, Daniela Tomeo, “Baroffio, arquitectura y primer batllismo: las bases físicas de un modelo de ciudadanía”, en AAVV, *Eugenio P. Baroffio. Gestión Urbana y arquitectónica. 1905-1956*, Montevideo, Facultad de Arquitectura - Universidad de la República, 2010, pp. 23-38.

investigación, el trabajo permite vincular los debates producidos en ese contexto acerca de la planificación y regulación del crecimiento de la ciudad con las imágenes y los relatos circulantes en la cultura global sobre la experiencia de las grandes metrópolis europeas y estadounidenses. El mismo problema ha sido abordado por Gerardo Caetano y Santiago Medero en su estudio sobre las imaginaciones del futuro montevideano contenidos en diversos proyectos de planificación urbana propuestos —no de manera exclusiva pero sí mayoritaria— por arquitectos e ingenieros a lo largo de los siglos XIX y XX, particularmente en el elaborado por el equipo liderado por Mauricio Cravotto en 1930. Jorge Myers ha interpretado la producción de este tipo de imaginarios como “el anhelo [montevideano] de ser [una] cosmópolis” y ha reparado en su contradicción con la ciudad material evidenciada por las fuentes fotográficas que muestran una ciudad mucho más “aldeana” de lo que los contemporáneos veían, en nada parecida a las metrópolis “reales” como Londres, Nueva York, París o San Petersburgo; si bien olvida la extensa visualidad sobre la Montevideo de entreguerras producida bajo los códigos creados para narrar la vida metropolitana (fotografías aéreas, rascacielos, aglomeraciones urbanas) cuyo consumo por parte de los montevidianos debe haber alterado su experiencia directa sobre las cosas, destaca la importancia del notorio contraste entre el *antes* y el *ahora* de esa ciudad, que cualquier persona mayor de treinta años podía notar en el acelerado crecimiento urbano.²²

Desde la historia cultural existen algunos trabajos en los que se apoya y con los que dialoga esta investigación. Una mirada productiva para pensar las relaciones entre imaginación y materialidad puede encontrarse en la vasta obra de Milita Alfaro sobre el carnaval de Montevideo, aunque cabe detenerse en su libro *Jaime Roos. El Montevideano. Vida y obra*, donde historiza el vínculo entre la ciudad y la producción musical del cantante. A

²² Alicia Torres del Corral, *El Paisaje y La mirada. Historia del Parque Rodó, 1896-1930*, Montevideo, Cal y Canto, 2000; Alicia Torres del Corral, *El paisaje costero de Montevideo*, Facultad de Arquitectura (Udelar) - Banda Oriental, 2007; Susana Antola, Cecilia Ponte, “La nación en bronce, mármol y hormigón armado”, en Gerardo Caetano, *Los uruguayos del centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación (1910-1930)*, Montevideo, Taurus, 2000, pp. 220-242; Gerardo Caetano, Santiago Medero, *Nuestra Montevideo. Fascículo XV: Montevideo futura*, Montevideo, Intendencia de Montevideo, 2024, pp. 24-27. Dice Myers: “Lo que sorprende es que esa representación —común en la literatura de ciudad referida a Londres, París, Nueva York o San Petersburgo/Leningrado— haya tenido un auge tan temprano en Montevideo. Si se coteja la representación escrita de la ciudad con fotos y cartas postales de la época, lo que se ve, lo que ellas muestran al ojo del siglo XXI, es un espacio urbano que impacta por razones exactamente contrarias: por sus calles vacías y sus veredas escasamente pobladas. Esa distancia entre la visión escrita y la imagen fotográfica de la ciudad no alcanza para desautorizar la primera, ya que la representación imaginada sintetizaba dos efectos mentales simultáneos: el choque de lo moderno, que se sintió más por una experiencia diacrónica, por la comparación entre un antes y un después, que por otra sincrónica entre ciudades (aunque esta segunda no estuviera nunca del todo ausente); y el anhelo de modernidad, que insuflaba toda la experiencia uruguaya de la época con el encanto del futurismo, de la utopía tecnológica de una ciudad futura que se sentía próxima, al alcance de la mano” (Jorge Myers, “Montevideo: el anhelo de ser cosmópolis”, en Adrián Gorelik, Fernanda Peixoto (orgs), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2016 pp. 116-133).

través de la exposición de la forma en que Roos se nutre de la experiencia urbana y la sublima musicalmente —con lo cual incide sobre una experiencia “que termina involuntariamente pareciéndose a su reinención en clave poética”— Alfaro explora el principio de que la realidad y sus representaciones se producen mutuamente. El libro refleja en varios pasajes cómo la producción y la circulación de diarios es constitutiva de la experiencia urbana. La bohemia compartida del cantante con los murguistas —que, en palabras de Washington *Canario* Luna, siempre son “vendedores de diarios”— y con “esos [periodistas] que escriben en las páginas de turf o de fútbol, o los noteros, los que levantan noticias, [que] tenían mucha carretera encima, muchas historias que inevitablemente aparecían arriba del mostrador” se traduce poéticamente en la conformación del sujeto urbano que suele protagonizar sus canciones, un varón con “boliche” y “calle”, que circula por la ciudad y que en ese acto capta su “latir”, que entiende cómo son las cosas por experiencia y no por reflexión o estudio. Mención aparte —quizá anecdótica, quizá síntesis de sentido— merece la genealogía de la canción *Y es así (tres situaciones)*, que abre con la expresión “leyendo mentiras en los titulares” y que Roos afirma haber compuesto luego de ver a un hombre sentado a la mesa de un bar leyendo *El Diario*.²³

Otro antecedente relevante en esa línea es el libro *Escenas de la vida cotidiana. El nacimiento de la sociedad de masas (1910-1930)*, de Daniel Bouret y Gustavo Remedi. Allí definen el concepto de “vida cotidiana” como los comportamientos que las personas ejecutan a menudo y mediante los cuales encarnan y actualizan una cultura; a su vez, proponen que fue hacia la segunda y tercera década del siglo XX cuando se produjeron una serie de cambios significativos en la vida cotidiana —si no necesariamente en Uruguay, por lo menos sí en Montevideo, que es el marco espacial de su investigación— que implicaron el nacimiento de la sociedad de masas, entre los cuales puede nombrarse la aparición de los sectores medios y de una clase obrera con mayor organización y poder, la masificación del consumo, la expansión de la democracia política, el surgimiento del público y la ciudadanía, el desarrollo de la ciudad, los espacios públicos y los medios de comunicación, la popularización de los deportes y del acceso a los espectáculos del centro (cafés, teatros, cines). El libro aborda los medios de masas —especialmente los diarios y las revistas ilustradas— más como fuentes que como objetos cuyo estudio resulta necesario para definir los bordes entre lo real e imaginario de la vida cotidiana que representaban, si bien incluye algunas referencias al efecto que su consumo pudo causar entre los contemporáneos. A su vez, presta mucha más atención a las

²³ Milita Alfaro, *Jaime Roos. El Montevideano. Vida y obra*. Montevideo, Planeta, 2017, pp. 121, 214, 217.

cosmovisiones celebratorias de la modernidad —muchas veces encarnadas en anuncios publicitarios de empresas que más que reflejar una realidad lo que hacían era promover el consumo de sus bienes y servicios— que a las críticas que alimentaron la reacción de 1933. No obstante, constituye un valioso mapa de la estructura de sentimiento montevideana en los años veinte y treinta que me ha permitido identificar cuánto de “original” y cuánto de “climático” había en las lecturas de *El Diario* sobre la época.²⁴

El abordaje de Montevideo como un lugar construido en el cruce de los usos y recorridos de las personas y las representaciones circulantes en los diarios, las revistas y la radio puede encontrarse en *Prendidos al dial. La radio en Uruguay, de la periferia al centro de la cultura (1922-1940)* de Mónica Maronna. En su capítulo introductorio aborda de la proliferación de impresos y el auge de espectáculos audiovisuales y performáticos como el carnaval, el cine y las *troupes* como espacios de producción cultural donde se fue definiendo un perfil de la ciudad cuyas relaciones con las transformaciones urbanísticas, económicos y demográficas de la ciudad no pueden postularse meramente como de causa-consecuencia.²⁵

1.3 Cultura escrita

El análisis de la producción y apropiación de esta ciudad imaginada requiere del auxilio de conceptos y estudios sobre los medios de comunicación que exploran las formas y la historicidad de los procesos mediante los cuales las personas sintetizan la experiencia. En ese sentido, además de apoyarse en algunos textos fundantes sobre la historia social de los medios de comunicación en occidente desde el siglo XVIII en adelante²⁶ esta investigación se ha centrado en aquellos que han abordado problemas análogos desde los estudios sobre cultura escrita y visual.

En *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Peter Fritzsche analiza la sinergia constructiva entre ciudad y la cultura de masas. Fundamentando la importancia de la prensa diaria como artefacto para la “legibilidad” de las ciudades, señala:

los diarios de principios del siglo XX eran, ante todo, textos metropolitanos: presentaban la metrópoli a los lectores, la volvían accesible y producían

²⁴ Daniela Bouret, Gustavo Remedi, *Escenas de la vida cotidiana. El nacimiento de la sociedad de masas (1910-1930)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009.

²⁵ Mónica Maronna, *Prendidos al dial. La radio en Uruguay, de la periferia al centro de la cultura (1922-1940)*, Montevideo, Planeta, 2022, pp. 13-49.

²⁶ Carlos Barrera (coord.), op. cit., ; Frédéric Barbier, Catherine Bertho-Lavenir, *Historia de los Medios: De Diderot a Internet*, Buenos Aires, Colihue, 2007; Asa Briggs, Peter Burke, *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, Madrid, Santillana, 2002.

espectáculos que la abarcaban en su totalidad. En cambio, los medios que surgieron después, como la radio y el cine, se orientaron a asuntos nacionales, mientras que internet tiene un carácter claramente transnacional.

Para Fritzche, en la “ciudad metropolitana” —categoría que aplica a Berlín pero que resulta funcional para pensar la Montevideo de entreguerras— los periódicos organizaban, suprimían y distorsionaban las experiencias urbanas y proclamaban al resultado de ese trabajo como la imagen completa de la realidad. Esa imagen estaba delineada más en términos estéticos que políticos: concebía la ciudad como un espectáculo, un ente con respecto al cual los ciudadanos eran menos participantes que espectadores, lo cual sentó las bases para una cultura del consumo —grandes cines y tiendas del centro, estadios para miles de “espectadores”, parques de diversiones, diarios de gran tirada— que desactivaba los conflictos étnicos o de clase y forjaba una perspectiva homogénea de las cosas —una sociedad de masas— contra la cual debieron resistir las identidades barriales y gremiales: “en parte, la ciudad textual organizó la ciudad de cemento con la creación de un conjunto de lectores cada vez más parecidos en sus formas de pensar y actuar” y esa unidad fue más un producto del espectáculo urbano que del fervor nacionalista. Sin embargo, a la vez, el periódico presentaba múltiples —y no pocas veces contradictorios— puntos de vista. Su formato y circulación era caótico como el de la vida urbana: las noticias de primera plana se codeaban unas con otras con cierta incomodidad y en su yuxtaposición alteraban las jerarquías de lo que se consideraba importante; la rápida sucesión de artículos recreaba la multitud de extraños que circulaba por las calles; la voz única y autorizada era reemplazada por la multiplicidad de narradores y la crónica política por el relato de historias personales; los titulares atrapantes y los verbos de acción remitían al trepidante ritmo urbano; el formato de las primeras planas, con su énfasis en los asuntos dramáticos y sorprendentes, intensificaba las experiencias; la sucesión de ediciones —matutina, vespertina, nocturna— transformaban a la ciudad en un espectáculo sin fin. Paralelamente, las transformaciones de la ciudad material estimularon la lectura de periódicos: los avances tecnológicos acarrearón mejoras en la iluminación de los espacios cerrados —primero con lámparas de gas y luego eléctricas— y mayor accesibilidad a gafas para leer; el crecimiento de la esfera pública burguesa proporcionó mejores condiciones para la lectura: cafés, parques, salas de espera, viajes en tren, bibliotecas, librerías, clubes de lectura; el “nuevo público” de las ciudades —inmigrantes rurales en Alemania; extranjeros en Montevideo— necesitó de una guía para entender la vida en sus nuevos hogares y fueron las noticias locales y los anuncios publicitarios —más que los análisis políticos— los que

cubrieron esa demanda. Todo esto redundó en que el diario metropolitano se convirtiera en la principal fuente de información y entretenimiento para los habitantes de las ciudades: era barato —en gran medida porque lo subvencionaba el sector comercial mediante los anuncios— se conseguía en los quioscos o por suscripción y más que ocuparse de los grandes temas parlamentarios, reflejaba las penurias, las dificultades y las alegrías más comunes de los comerciantes, obreros y sus familias, con un estilo ágil y entretenido.²⁷

El cruce entre vida urbana y prensa de masas también ha sido abordado de manera productiva a los efectos de esta investigación por Dominic Kalifá y Lila Caimari, ambos en relación a la historia del crimen y sus representaciones. En *Crimen y cultura de masas en Francia, siglos XIX y XX*, Kalifá propone una heurística del concepto de cultura de masas que trasciende los términos en que fue formulado. Si bien el término apareció en Europa occidental durante el período de entreguerras a partir de los ensayos de Siegfried Kracauer, Walter Benjamin, Theodor Adorno y Max Horkheimer —quienes, a grandes rasgos, lo usaron como recurso para describir la función destructora de la razón y la conciencia crítica operada por las industrias culturales como el cine, la radio, los diarios, revistas y novelas— Kalifá lo aplica a otros contextos espacio-temporales en tanto lo concibe como una relación particular de la sociedad con los medios culturales de que se vale para organizar su existencia; en esta línea, la cultura de masas podría remontarse, por lo menos en Europa, al siglo XIX, cuando comenzó una clara ola ilustrativa: las calles de las ciudades comenzaron a llenarse de carteles que mezclaban arte y publicidad; las viñetas, los grabados, las tiras cómicas comenzaron a saturar libros, fascículos y diarios de cinco centavos y las fotografías ganaron peso en los modos de imaginar el mundo; 1836 podría ser el año simbólico de la era mediática, cuando el diario *La Presse* bajó la suscripción de 80 a 40 francos, obligó a los anunciantes a pagar la diferencia y abrió las puertas del periódico a la literatura a través del follétin; la aparición de *Le Petit Journal* en 1863 podría ser un símbolo de la consolidación de ese proceso, por su bajo precio, su venta por número que rompía la lógica elitista de la suscripción y su sistema de representación basado en la gacetilla, la oralidad y la espectacularización del mundo. Sobre esta base, Kalifá estudia el vínculo entre los procesos de significación de las reformas urbanas de Haussman en París y las lecturas sobre la criminalidad propuestas por la prensa de masas. Caimari, por su parte, ha propuesto una historia *del* crimen y de la ciudad *desde* el crimen en la Buenos Aires de entreguerras que explora las relaciones ambivalentes entre prácticas y representaciones (densificación y crecimiento urbano, percepciones de la modernidad,

²⁷ Peter Fritzsche, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 12, 23, 36, 52-53, 68-69, 138, 209.

disponibilidad de nuevas tecnologías del control y la comunicación, lenguajes de la cultura de masas) y sus resultados en términos de configuraciones imaginarias y materiales del orden social.²⁸

El clásico estudio de Raymond Williams *La larga revolución* está en la base de las pretensiones de esta investigación de que la experiencia pasada puede abordarse —parafraseando la pregunta de Jacques Le Goff, aunque redirigiendo el foco desde lo temporal a lo temático — sin cortar la historia en rebanadas. De acuerdo a Williams

podemos aprender mucho de la vida de otros lugares y tiempos, pero ciertos elementos, me parece, serán siempre irrecuperables. Aún los que son recuperables se rescatan siempre como abstracciones, y esto es de crucial importancia. Conocemos cada uno de ellos como un precipitado, pero en la experiencia vital del tiempo todos los elementos estaban en solución, como partes inseparables de una totalidad compleja.

El estudio de los diarios puede ser una buena coartada para acercarse a una dimensión del pasado menos abstracta y más “en solución”, puesto que constituyen objetos en los que cualquier campo que uno quiera recortar (la política, la economía, la sociedad, el género, las artes, las ideas, el tiempo libre) tiene lugar en sus páginas siempre en estrecha relación —incluso física: nuestros ojos se deslizan por sus páginas como la mirada del *flaneur* por la ciudad— con los otros. Como el migrante que aprende la lengua de un país extranjero habitando los espacios que frecuentan los locales y acostumbrándose a su habla, podemos aproximarnos a la cultura del pasado sumergiéndonos en los diarios y oyendo sus conversaciones. Para Williams existe:

un sentido particular de la vida, una comunidad particular de experiencia que apenas necesita expresión, a través de la cual se transmiten de alguna manera, dándoles alguna coloración específica y distintiva, las características de un modo de vida que un analista externo podría describir. Por lo común somos muy conscientes de ello cuando advertimos los contrastes entre las generaciones, que nunca habla del todo ‘el mismo idioma’, o leemos una relación de nuestra vida hecha por una persona ajena a la comunidad u observamos las pequeñas diferencias de estilo, en el lenguaje o el comportamiento, de alguien que ha aprendido nuestras

²⁸ Dominic Kalifá, *Crimen y cultura de masas en Francia, siglos XIX y XX*, México, Cuadernos Secuencia, 2008, pp. 9-12, 55-58; Lila Caimari, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros policías y periodistas en Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012; Lila Caimari, *La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires 1880-1940*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

maneras pero no se educó en ellas. [Ese sentido particular de vida es una] estructura de sentimiento: es tan sólida como lo sugiere el término estructura pero actúa en las partes más delicadas y menos tangibles de nuestra actividad. [...] Esa estructura de sentimiento es la cultura de un período: el resultado vital específico de todos los elementos de la organización general. Y en este aspecto, las artes de un período, si consideramos que incluyen enfoques y tonos característicos de la época, son de la mayor importancia.

La selección de *El Diario* como objeto de estudio de esta investigación y la hipótesis de que debe ser considerado un pilar de la estructura de sentimiento de la Montevideo de entreguerras —época de la cual la “tradicción selectiva” operada por la memoria ha limado, por lo menos para los años previos a 1930, sus aristas más conflictivas— es deudora del estudio de Williams sobre la prensa popular en Inglaterra:

cuando comenzamos a estudiar [la década de 1840 en Inglaterra] lo primero y más sorprendente que salta a la vista es la magnitud del trabajo operado sobre ella por la tradición selectiva. [...] Es habitual pensar en *The Times* como el diario característico de la época y extraer de su práctica nuestras ideas sobre el primer periodismo victoriano. Con seguridad *The Times* era el principal diario, pero los más leídos en esa época eran los periódicos dominicales.

Esos periódicos —como hizo *El Diario* en Montevideo décadas después— se especializaban en las noticias deportivas y policiales y en ellas aparecían títulos como “Osada conjura e intento de violación”, acompañada de “un amplio grabado y apoyado por un pormenorizado relato”. La circulación total de estos periódicos era mucho mayor que la del *Times* y esa circulación es más relevante a la hora de definir la cultura real del período que el prestigio del *Times* derivado a su abordaje de la alta política. A esto que hay sumar que —por lo menos en Inglaterra— el “período de entreguerras fue el verdadero inicio de la expansión de la prensa diaria hacia la clase obrera”, lo cual se produjo, en primer lugar, de acuerdo con el contenido y los métodos tradicionales de los periódicos dominicales vigentes desde el siglo anterior —folletines, almanaques, historias de asesinatos— y segundo, en términos de las nuevas bases económicas de los diarios, que circulaban con pérdidas y las compensaban con los ingresos de la publicidad ‘masiva’”.²⁹

²⁹ Jacques Le Goff, “¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?” México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 2017; Raymond Williams, *La larga revolución...* op. cit., pp. 56-57, 62, 175.

En su amplia producción dedicada a la historia de la lectura y de los impresos, Roger Chartier ha propuesto que la circulación multiplicada de lo escrito transforma las formas de sociabilidad, autoriza pensamientos nuevos y modifica las relaciones con el poder. Para abordar esos problemas ha propuesto un programa de estudios sobre la cultura escrita que supone la intersección de por lo menos tres prácticas: descifrar las disposiciones y estrategias contenidas por los textos, ya sean canónicos u olvidados; historiar los objetos (libros, diarios, revistas, etc.) que llevan la comunicación de lo escrito; discriminar los usos y significaciones diferenciadas que se hacen de los textos a partir de las prácticas de lectura: Esta investigación recorrerá sobre todo el primero de ellos, aunque apuntará a los otros dos en aquellos momentos en que las fuentes lo hagan posible.³⁰

En relación de las prácticas de lectura, algunas de las estrategias sugeridas por Robert Darton acerca de cómo entender los procesos internos mediante los cuales los lectores dan sentido a las palabras han resultado útiles para esta investigación. En su *Historia de la lectura* plantea que es posible descubrir algunas nociones básicas de lo que las personas del pasado creían que pasaba cuando leían estudiando por lo menos dos asuntos: cómo fue retratada la lectura en obras de ficción, autobiografías, escritos polémicos, cartas, pinturas y obras impresas contemporáneas; cuáles eran los valores asociados a esa práctica en los anuncios publicitarios sobre diarios, libros, revistas. En esa línea, analizaré las experiencias de lectura —de libros, diarios, revistas, carteles, películas— de las que dió cuenta *El Diario* como vía para acercarme a las formas en que ese mismo diario era leído, tomando en cuenta las prevenciones de Fritzsche sobre la multiplicidad de lecturas que habilitaban los periódicos: si bien poseían características distintivas orientadas a guiar a sus lectores —titulares, columnas, subtítulos, imágenes y otros elementos tipográficos—, el acto de leer no se deduce del texto en sí y por lo tanto es problemático postular una sola interpretación o un solo uso compartido por todos los lectores, ya que había quienes leían en profundidad, quienes solo lo miraban por arriba, quienes leían fragmentos de distintos artículos, quienes solo veían los titulares, quienes empezaban por la sección deportes o los avisos clasificados, quienes lo usaban como fuente de entretenimiento y quienes precisaban de ellos para obtener información de vital importancia, como conseguir trabajo; también había quienes los usaban para envolver pescado o hacer gorros de carpintero. Esto obliga a responder una pregunta metodológica: ¿en qué

³⁰ Roger Chartier, *El Mundo como Representación. Historia Cultural: entre práctica y representación*. Editorial Gedisa, Barcelona, 1992; Roger Chartier, “¿Qué es un libro? ¿Qué es leer?”, Revista *Anales*, Séptima Serie, No 6, junio 2014; Roger Chartier, *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones de Roger Chartier*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

poner el acento? ¿en la autonomía interpretativa de los lectores o en el texto como proveedor de pautas que guían su interpretación? Para Fritzsche, los dos enfoques son válidos, dependiendo de qué se esté analizando; como él —cuyo problema de investigación también era la creación de la identidad metropolitana— pondré el acento en las formas en que la lectura está inscrita en los textos.³¹

La vasta obra de Beatriz Sarlo sobre las relaciones entre ficción de masas y subjetividad popular también aporta claves para entender las prácticas y los efectos de la lectura. En *El imperio de los sentimientos: narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, aborda el corpus de producciones escritas —que, en varios aspectos, puede asimilarse a los contenidos de *El Diario*— constituido por los cientos de miles de folletines y revistas baratas que circulaban en los quioscos del Río de la Plata dirigidas a mujeres, adolescentes y jóvenes de sectores medios y populares. La importancia de indagar en las estructuras sentimentales de estas producciones radica en que

la ficción y también la poesía no sólo se construyen con materiales ideológico-experienciales que, de algún modo, forman parte de un patrimonio común transformado estéticamente, sino que los textos mismos funcionan como formadores activos de fantasías sociales. Identificaciones morales y psicológicas se suscitan en el proceso de lectura y es posible pensar que tengan una permanencia más duradera que la del momento del consumo y el placer. Huellas de la literatura en sus lectores y también marcas de los lectores en la literatura.

Sarlo propone algunas hipótesis explicativas del éxito de la ficción breve y los folletines de los diarios y por lo menos una de ellas resulta productiva para entender la lectura de los diarios en sí, más allá de sus secciones: se trataba de escritos que no exigían varias sesiones de lectura, fáciles de terminar en uno o dos viajes en tren o en tranvía y sin la necesidad de aprender un mundo complicado y lleno de personajes como el de la novela, lo cual es coincidente con —y en parte causante de— una revolución en las modalidades de lectura que implicó el pasaje una lectura intensiva —practicada por un público más refinado y próximo al campo intelectual— a una lectura extensiva consistente en el tránsito veloz de un texto a otro antes que en la relectura de las páginas favoritas de un libro ya leído antes: “lectura veloz, más de placer que de aprendizaje; lectura para gozar, para comentar con los pares y estar

³¹ Robert Darnton, “Historia de la lectura”, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 177-208; Peter Fritzsche, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 59-60.

enterado”. Por otra parte, en *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* cruza el enfoque de Berman sobre la modernidad con las particularidades de esa experiencia del tiempo en una metrópolis periférica y propone a la cultura popular bonaerense de los años veinte como una frontera entre la modernidad y el arcaísmo. No obstante lo polémico del concepto —que podría sugerir, en la noción de “periferia”, un supuesto centro de la cultura global y en la oposición entre modernidad y arcaísmo una noción evolucionista de la historia asimilada a la experiencia del mundo occidental—, el enfoque resulta valioso para abordar el eclecticismo de la cultura popular, por ejemplo como lo hace acerca de la obra del escritor y cronista Roberto Arlt, que a su juicio debe leerse como la producción de alguien que no tenía los saberes legítimos (lenguas extranjeras, cultura tradicional y letrada) pero sí los callejeros o populares (literatura en ediciones baratas, traducciones piratas, manuales, revistas de divulgación, catálogos de aparatos, centros de ocultismo) y que de ello derivó un mundo imaginario donde convivían y se contaminaban la ciencia y la tecnología con el esoterismo y la alquimia.³²

La irrupción de la modernidad en América latina desde un marco cronológico más amplio —que advierte contra las tentaciones de encontrar el origen de este proceso en las tres primeras décadas de siglo XX— es abordada por Victor Goldgel en *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*. Allí plantea que el boom de periódicos producido en la primera mitad del siglo XIX fue la primera revolución de la imprenta a gran escala en la región y que eso reflejó y a la vez construyó las ideas de “novedad” y “actualidad”: cuando el periódico, los barcos a vapor, las líneas cablegráficas y las agencias de noticias hicieron que los acontecimientos del mundo fueran conocidos por un público amplio de manera rápida y continua, el presente dejó de ser un instante inaprensible y empezó a cobrar espesor, transformándose en “la actualidad”. El mismo problema es abordado por Lila Caimari en varios trabajos acerca de la dimensión cultural y material de la circulación de noticias —mediante impresos, cables y cartas— en el espacio rioplatense a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, que permiten constatar que por lo menos ya la en década de 1890, cuando la telegrafía submarina adquirió relevancia en la economía informativa de los diarios, se empezó a experimentar un tiempo acelerado y una distancia corta en el conocimiento y consumo de lo que sucedía “en el mundo”.³³

³² Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos: narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires, Catálogos, 1985, pp. 9-50; Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003. Ver también: Beatriz Sarlo, *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.

³³ Víctor Goldgel *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013; Lila Caimari; “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa

Sin desmerecer la importancia de esta periodización amplia sobre la modernidad cultural rioplatense, la investigación de Emiliano Gastón Sánchez sobre las actitudes de la prensa porteña ante la Gran Guerra ha señalado cómo esa coyuntura implicó un salto en los procesos de modernización periodística en aspectos tales como el tiraje de los diarios, la multiplicación y diversificación tanto de publicaciones circulantes como de los servicios puestos en disposición por las agencias internacionales de noticias y la importancia de las imágenes en las narrativas propuestas. A esto debe sumarse lo que denomina como la emergencia, en ese contexto, de una “mirada plebeya” sobre la guerra, que puede resumirse en la percepción —para miles de curiosos sedientos de “novedad”— del conflicto como un espectáculo mediático. Este concepto resulta útil para indagar en las prácticas de lectura embebidas en la producción de la prensa de masas más allá de la coyuntura bélica. Si bien el autor advierte sobre los riesgos de establecer cortes demasiado tajantes entre la “cultura de las elites” y la “cultura popular”, la categoría bien puede nombrar al lector de nuevo tipo (“plebeyo”) que asoma en los escritos de Sarlo, alguien que se enfrenta a los textos en períodos de tiempo breves y de manera fragmentada, que hace de la lectura una práctica oral y colectiva y cuyo origen social serían los sectores alfabetizados masivamente a partir de las campañas emprendidas por el Estado a fines del siglo XIX. Un concepto similar maneja Tomás Cornejo en su historia cultural de Santiago de Chile en el tránsito entre los siglos XIX y XX para englobar tanto a las producciones que los sectores populares produjeron en clave contestataria al orden social burgués como a aquellas en apariencia menos politizadas o interesadas en el debate social y económico contingente cuyo motor era preponderantemente comercial.³⁴

La “vecindad informativa” entre Montevideo y Buenos Aires que ha destacado Caimari justifica el énfasis de esta investigación en un estudio de caso sobre la historia cultural de la prensa bonaerense. La historia del diario *Crítica* en la década de 1920 de Sylvia Saítta reflexiona sobre las formas en que el periodismo masivo y comercial de comienzos del

en los diarios porteños del siglo XIX”, en Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Tercera serie, núm. 49, segundo semestre de 2018, pp. 81-116; Lila Caimari, “Derrotar la distancia. Articulación al mundo y políticas de la conexión en la Argentina, 1870-1910”, en Estudios Sociales del Estado | Vol. 5 N° 10, 2do Semestre 2019, pp. 128-167; Lila Caimari, “Rasgos de una vecindad informativa”, en Mercedes García Ferrari, Carolina González Velasco, Mariela Rubinzal (editoras), *Política y cultura de masas en América Latina: espacios, escalas, temporalidades*, Buenos Aires, Los Polvorines - Universidad Nacional de General Sarmiento, 2023, pp. 85-112.

³⁴ Emiliano Gastón Sánchez, *Batallas de tinta y papel. La prensa de Buenos Aires ante la primera guerra mundial*, Buenos Aires, Tren en movimiento, 2024, pp. 9-80; Tomás Cornejo, *Ciudad de voces impresas. Historia cultural de Santiago de Chile, 1880-1910*, Ciudad de México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Santiago de Chile: Biblioteca Nacional de Chile - Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2019, p. 27.

siglo XX reorganizó la cultura y la política en Buenos Aires. Lo hace a través del estudio de las estrategias de captación de un público ampliado, los cambios en las relaciones entre escritores, políticos y público, la profesionalización de la figura del periodista y la renovación de los formatos periodísticos y la tecnología. De sus conclusiones debe destacarse el relativo carácter novedoso de los vespertinos (en comparación a los matutinos); la aparición de una “prensa popular” que incorporó los rasgos más salientes del “nuevo periodismo” estadounidense y se autopostuló representante legítima de los “intereses populares” en una sociedad de masas que estaba conformándose; la espectacularización de la política y la concepción de los votantes como consumidores; el uso de la crónica y la fotografía como estrategias para definir su carácter moderno y la periodización que ubica en el bienio 1932-1933 la consolidación de este tipo de periodismo. Su estudio me ha resultado fundamental a efectos comparativos en tanto la de *Crítica* fue una experiencia innovadora en su campo con la cual *El Diario* mantuvo evidentes relaciones de emulación-competencia.³⁵

Si la prensa de masas de inicio del siglo XX fue un factor concurrente a la sensación de que el mundo se estaba achicando al ritmo que aumentaba la velocidad de los acontecimientos, esto no se debió solamente a las innovaciones tecnológicas que aumentaron la interconexión entre lugares lejanos del globo. También incidió la renovación en los modos de escritura periodística que surgieron al calor de ese proceso. La escritura veloz e improvisada que exigían los periódicos formaba parte del ritmo agitado de la vida urbana y por eso el período 1890-1930 fue la edad de oro del novelista escribiendo en periódicos y experimentado estilos de escritura equivalentes a los estados provisorios y fluctuantes de la realidad, como el folletín, el suelto y en particular la crónica, que instaló una forma de escribir breve, informal, plagada de modismos y expresiones coloquiales, impresionista y centrada en los detalles, que reflejaba en términos textuales la materialidad fluida de una ciudad rápida, móvil, inaprensible. La emergencia de ese proceso también ha sido abordada por Peter Fritzsche y —para el caso del mundo hispano y América latina a partir de los primeros años del siglo— por Ángel Rama, Susana Rotker, Jorge Rivera y Héctor Borrat.³⁶

La historiografía sobre la prensa uruguaya cuenta con una larga historia aunque sus abordajes desde la perspectiva de la historia cultural son escasos. Entre ellos deben destacarse las investigaciones de Wilson Gonzalez Demuro sobre prensa y cultura política en

³⁵ Sylvia Saïtta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2013.

³⁶ Peter Fritzsche, *Berlín 1900...*, op. cit.; pp. 52-53, 114-120; Susana Rotker, *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1992; Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1988; Jorge Rivera, *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel, 1999; Héctor Borrat, *El periódico, actor político*, Barcelona, Gustavo Gilli, 1989, p. 123.

Montevideo durante los primeros años de las guerras de independencia y de Camille Gapenne sobre la mediatización del Mayo francés de 1968 operada por la prensa uruguaya. González, además de ofrecer un mapa de la historiografía sobre la prensa uruguaya desde 1880 y diagnosticar algunos de los problemas que han conspirado contra la consolidación de este campo —entre los que cabe mencionar la escasez o ausencia de archivos y las desigualdades en cuanto a su volumen, importancia y estado de conservación; la relativa ausencia de diálogo interdisciplinar entre la Historia, las Ciencias de la Comunicación y los Estudios literarios y el uso muchas veces aporreado que la historiografía ha hecho de la prensa en tanto fuente— analiza a los periódicos en su doble carácter de actores y fuentes de los procesos políticos y en relación con elementos de la cultura material —como las tecnologías de imprenta disponibles—, con factores sociales como los procesos de alfabetización y escolarización y con las formas de sociabilidad y consumo que estimularon prácticas específicas de lectura. Gapenne analiza la red de actores que participaron —a través de diarios, revistas y semanarios— de la producción, circulación y recepción en Uruguay de las representaciones sobre las masivas protestas estudiantiles y sindicales que tuvieron lugar en Francia durante mayo y junio de 1968.³⁷

Desde un enfoque rioplatense cabe mencionar *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910* de William Acree, que ofrece un mapa sobre las relaciones entre públicos, textos e identidades a lo largo del siglo XIX rioplatense mediante un análisis de la circulación y recepción de lo escrito en estrecha relación con las de lo visual y lo oral. Más vinculada al marco cronológico de esta investigación es el estudio de Mirta Zaida Lobato sobre la prensa obrera rioplatense en el tránsito entre los siglos XIX y XX, donde propone una “historia social, cultura y política sensible” de la experiencia de las clases trabajadoras a través del análisis de los diarios que produjeron sus organizaciones y las prácticas de lectura que ensayaron sus integrantes. El énfasis en el sentido pedagógico de estas producciones y su función constructora de identidades me ha resultado útil para examinar el vínculo de *El Diario* con sus potenciales lectores, pues si bien este diario no estuvo exclusivamente dirigido a los trabajadores, si hizo *del pueblo* —concebido en un doble y ambiguo sentido que mezcló “la comunidad nacional” con “los sectores populares”— su principal espacio de circulación y lo hizo con la intención explícita de disputar los sentidos que el batllismo, los partidos de izquierda y las organizaciones sindicales habían construido

³⁷ Wilson Gonzalez Demuro, *La prensa de Montevideo. 1814-1825. Imprentas, periódicos y debates públicos en tiempos de revolución*, Montevideo, CSIC Biblioteca Plural; Camille Gapenne, *La fabrique del mayo francés. 1968-1974: la construcción de un evento internacional en Uruguay*, Montevideo, Crítica - Asociación de Historiadores del Uruguay, 2025.

sobre la experiencia de las clases trabajadoras. Para el mismo período cabe señalar también las tempranas reflexiones de Carlos Rama sobre el impacto de la aparición del diario *El Día* en el campo de la prensa montevideana a fines del siglo XIX y las José Pedro Barrán y Benjamín Nahum sobre la “cultura letrada popular” en la Montevideo del novecientos, a la que si bien conciben separada de forma quizá demasiado tajante con respecto la cultura letrada de las elites, analizan en claves que aún resultan importantes, como el promedio de diarios impresos por habitante, la competencia por el público mediante el precio de venta y los proceso de subjetivación política masiva que habilitaron. Más cerca en el tiempo, Mónica Maronna ha destacado la correlación entre las modernizaciones de la prensa y de los partidos políticos uruguayos durante el período 1890-1919. Su enfoque propone que el abaratamiento y la ampliación del tiraje de los diarios, su ocupación del espacio público —mediante el voceo de los canillitas o los carteles que adelantaban las noticias en las sedes de los diarios— y la variedad de sus contenidos destinados a los sectores populares se adosaron —y no sustituyeron— a su función de tribuna político-partidaria, lo cual conectó a amplios sectores de la población con los discursos de los partidos políticos y preparó la ampliación de la ciudadanía que se verificó con la constitución de 1917. En esa línea, Martín Palacio Gamboa y Lorena Patiño han propuesto a *El Día* como un “artefacto de mediación cultural” diseñado por el batllismo para expandir y popularizar su proyecto político.³⁸

Las relaciones entre prensa, política y cultura popular en Montevideo también han sido abordadas por Gerardo Leibner en su historia política y social del Partido Comunista del Uruguay hacia mediados del siglo XX. Su estudio sobre las relaciones del diario *El Popular* con la “ideología social popular-montevideana” tiene muchos puntos de contacto con esta investigación. Leibner sostiene que *El Popular* —al igual que su breve pero exitoso antecesor, *Diario Popular*— fue parte de una estrategia de “popularización” de los comunistas uruguayos, quienes sin renunciar a su condición de vanguardia de las clases trabajadoras aspiraron a crearla ya no desde una explícita superioridad moral y ontológica con respecto a la

³⁸ William Acree, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2013; Mirta Zaida Lobato, *La prensa obrera. Buenos Aires y Montevideo*, Buenos Aires, Edhasa, 2009; Carlos Rama, *Historia social del pueblo uruguayo*, Montevideo, Comunidad del Sur, 1972, p. 124; José Pedro Barrán, Benjamín Nahum, *Batlle, los estancieros y el imperio británico. Tomo 1: el Uruguay del novecientos*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1979, pp. 140-142; Mónica Maronna, “La prensa uruguaya en tiempos de modernización”, Sara Ortellii (coord.), Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (editor), *América del Sur en la época de la Revolución Mexicana. Procesos políticos, sociales y culturales*. Volumen 1, México, Universidad Autónoma Metropolitana - CIESAS, 2014, pp. 235 – 265; Ana Frega y Mónica Marona, “La opinión pública como espacio de disputa”, en Nuria Tabanera y Marta Bonaudo (coords.), *América Latina. Desde la independencia a la crisis del liberalismo*, Vº 5, Madrid, Marcial Pons Ediciones de Historia, 2014, pp. 185-215; Martín Palacio Gamboa y Lorena Patiño, “Un hombre como un pararrayos. La dirección a distancia de Batlle en *El Día*”, en Santiago Medero y Gerardo Caetano (coords.), *Todos los viajes de el viaje. Los años de Batlle y Ordóñez en Europa y su travesía por Oriente (1907-1911)*, Montevideo, Planeta, 2025.

cultura de los sectores populares sino en conexión estrecha con sus intereses y deseos. Esto implicó que *El Popular*, antes de vocero del Partido Comunista —o más bien, para ser un vocero efectivamente escuchado por los trabajadores— debía ser un diario ágil donde el lector pudiera encontrar la información que le resultaba útil para su vida cotidiana: deportes, policiales, juegos de azar, cartelera de espectáculos, avisos de servicios, resultados y pronósticos de carreras de caballos. Si bien excede con mucho al objetivo de esta investigación, cabe postular a modo de hipótesis que una comparación entre esta propuesta y la que Seusa había puesto en circulación treinta años antes mediante *El Diario* probaría una apropiación o aprendizaje comunista de la experiencia político-cultural de la derecha filofascista.³⁹

Existen algunos estudios de caso sobre diarios o revistas populares de Montevideo publicados durante los años veinte. Francisco Bustamante ha propuesto algunas conexiones entre la aparición de la revista *Mundo Uruguayo* en 1919 y la producción de sentidos sobre la modernización tecnológica en la cultura de clases medias mientras que Federico Docampo, en su abordaje sobre la vanguardia artística encabezada por Juan M. Filartigas, ha señalado algunos datos sobre la propuesta periodística y el tiraje del diario vespertino *Imparcial* —que, como *El Diario* aunque con una propuesta diferente, significó una ruptura con la tradición de la prensa escrita— a mediados de los años veinte.⁴⁰

Desde una perspectiva centrada en la historia del delito, Yvette Trochón y Daniel Fessler han estudiado la dimensión espectacular del crimen en Montevideo durante las primeras décadas del siglo XX a partir de las crónicas policiales publicadas por la prensa diaria. En la misma línea se inscriben las investigaciones de Verónica Roldós acerca de las lecturas sobre la ciudad y la época puestas en circulación por la revista especializada en crimen *Al rojo vivo* en los años sesenta del siglo XX y la de Nicolás Duffau acerca del rol de diarios y folletines en la construcción del “bandido” como sujeto violento, indeseable y temible a fines del siglo XIX.⁴¹

³⁹ Gerardo Leibner, *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011, pp. 286-299.

⁴⁰ Francisco Bustamante, op. cit., pp. 31-63; Federico Docampo, *Vanguardia uruguaya y americanismo. Juan M. Filartigas y su grupo del diario Imparcial. 1924-1925*. Monografía de pasaje de curso para el Seminario de Literatura Uruguaya sobre vanguardia uruguaya impartido por Pablo Rocca en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Año 2008. En línea: <https://www.fhce.edu.uy/images/SADIL/monografa%20docampo.pdf>. Acceso: 26 de julio de 2014.

⁴¹ Yvette Trochón, *Cosecha de sangre. Crímenes que conmovieron al Uruguay del siglo XX*, Montevideo, Fin de Siglo, 2008, pp. 7-18; Daniel Fessler, *Delito y castigo en Uruguay (1907-1934)*. Tesis para defender el título de Doctorado en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad de la República, 2019, pp. 87-99 [en línea: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/22659>. Acceso: 2 de setiembre de 2024]; Nicolás Duffau, *Armar al bandido. Prensa, folletines y delincuentes en el Uruguay de la modernización: el caso de El Clinudo. (1882-1886)*, Montevideo, CSIC Udelar, 2014; Verónica Roldós Serrano,

Mediante abordajes que cruzan la memoria, la crónica y la reflexión sobre el trabajo periodístico existen trabajos que —no obstante su carencia de preguntas y metodologías diseñadas con arreglo a los requerimientos de las ciencias sociales y humanas— aportan datos contextuales relevantes para esta investigación. La *Historia de la prensa en Uruguay. Desde La Estrella del Sur a Internet* del periodista Daniel Álvarez Ferrerjans contiene un panorama sobre las novedades introducidas por *El Diario* en el campo periodístico uruguayo hacia los años veinte; Roque Faraone produjo un estudio pionero sobre la composición y las relaciones comerciales y políticas de la prensa montevideana que indica algunas especificidades de los vespertinos con respecto a los matutinos y aporta cifras de circulación de los principales diarios a fines de los años cincuenta; Jacinto Duarte describió las principales características de un “diario moderno” (fórmula que *El Diario* uso para definirse desde sus inicios) desde un punto de vista que cruzó la lectura de manuales de periodismo —sobre todo estadounidenses— con reflexiones surgidas a partir de su experiencia como tipógrafo y además escribió una historia de la publicidad gráfica en Uruguay que incluye consideraciones sobre la evolución de las tecnologías de imprenta; Alma Espert escribió una historia del Sindicato de Vendedores de Diarios y Revistas que repasa en las relaciones entre los canillitas y las empresas periodísticas durante las décadas del veinte y treinta; las memorias del cronista policial Ignacio Domínguez Riera describen la cooperación entre periodistas y policías hacia mediados del siglo XX. En relación a las utilidades de la memoria para esta investigación, también debo destacar el testimonio que me brindó el diseñador gráfico Horacio Añón sobre el funcionamiento, la circulación y las prácticas de lectura de los diarios montevideanos en los años cincuenta y sesenta.⁴²

1.4 Cultura visual

Puesto que *El Diario* fue diseñado tanto como objeto *de lectura* como *de mirada* —esto es, como soporte de comunicación que apostaba al poder de las imágenes y a la

Crónica de tiempos violentos: la construcción de la noticia policial en Montevideo El caso de la revista Al Rojo Vivo (1965-1971), Tesis de Maestría presentada a la Maestría en Información y Comunicación, Facultad de Información y Comunicación de la Universidad de la República [en línea: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/48163>. Acceso: 31 de julio de 2025].

⁴² Daniel Álvarez Ferrerjans, *Historia de la prensa en Uruguay. Desde La Estrella del Sur a Internet*, Montevideo, Búsqueda - Fin de Siglo, 2008, pp. 466-474; Roque Faraone, *La prensa de Montevideo (estudio sobre algunas de sus características)*, Montevideo, Facultad de Derecho - Universidad de la República, 1960; Jacinto Duarte, *El diario moderno*, Montevideo, edición del autor, 1948; Jacinto Duarte, *Dos siglos de publicidad en la historia del Uruguay*, Montevideo, edición del autor, 1958; Alma Espert, *Del grito del canilla al silencio del quiosco*, Montevideo, edición de la autora., s.f. [2000 aprox.]; Ignacio Domínguez Riera, *Calibre 38 largo. Crónicas de las viejas comisarías*, Montevideo, Arca, 1988, Horacio Añón, entrevista realizada por Mauricio Bruno para esta investigación, 18 de setiembre de 2019.

función de la visualidad como sintetizadora de la experiencia— esta investigación se apoya en una amplia producción realizada desde varias disciplinas sobre cultura visual, historia de las imágenes y en particular —dado su peso en la visualidad de *El Diario*— de la fotografía.

Los estudios sobre cultura visual funcionan en un campo disciplinar y metodológico aún incierto, pero a grandes rasgos pueden dividirse en tres vertientes que no son forzosamente excluyentes. En las formulaciones iniciales del campo realizadas —entre otros— por W. J. Mitchell y Martin Jay en Estados Unidos a fines de los años ochenta y comienzos de los noventa del siglo pasado, aparecieron en clave heurística como una superación del clásica historia del arte y como un desdoblamiento de los estudios culturales; su objeto, en consecuencia, fue la diversidad ya no de los textos sino del mundo de las imágenes, las representaciones visuales, los procesos de visualización y los modelos de visualidad, con un énfasis particular en esto último, o sea, en *las experiencias de ver* entendidas como prácticas sociales y por tanto diferentes en función de su contexto histórico. Más adelante Chris Jenks y Nicholas Mirzoeff entendieron a la cultura visual no como un campo de estudios abierto al abordaje de múltiples experiencias históricas y sociales sino como un concepto definitorio de la cultura occidental; en esa lectura, Occidente —especialmente en la era contemporánea— es la formación socio-histórica definida por el “ocularcentrismo”, esto es, por la primacía de la mirada para dividir el mundo entre una naturaleza “exterior” y una mente “interior” —lo cual se traduce en el principio metodológico del empirismo— y por sus consecuencias en tanto “descubrimiento” y reordenamiento del mundo; para Mirzoeff, la cultura visual debe ser el estudio crítico de la cultura global de la visualidad, o sea, de la tendencia moderna de definir la existencia a partir de aquello que puede ser visualizado. Si en estos dos abordajes el estudio de la cultura visual no puede desgajarse del todo del de otras expresiones culturales —por ejemplo de la cultura escrita, que provee marcos interpretativos para las imágenes—, en las definiciones de la escuela alemana de los estudios visuales inaugurada por Gottfried Boehm en los años setenta del siglo XX las imágenes y la visualidad adquieren una dimensión específica e irreductible; para Boehm existe una organización significativa del mundo que no depende del lenguaje oral ni escrito —un contrato mudo y sensorial mediante el cual el sujeto capta aquello que el mundo dice en sus silencios, es decir, todo aquello que no puede ser sintetizado mediante las palabras— sino de la percepción, definida no como el registro de lo que está presente en la superficie de las imágenes sino como el reordenamiento de esos elementos operado por la memoria. La visualidad, entonces, es más bien una “precaria y coherente” simultaneidad de datos alineados por la memoria; esa simultaneidad es coherente porque la memoria le confiere un sentido a

los datos captados por la mirada y es precaria porque ese sentido está en constante actualización; si mediante el lenguaje —escrito— los sujetos organizan el mundo en tanto saber o discurso, esto no quiere decir que ahí comience (o se agote) el trabajo cognoscitivo humano, ya que mediante la percepción (y antes del lenguaje) lo conocen y se ven afectados por él. Las tres perspectivas resultan útiles para pensar a *El Diario*: la primera en tanto permite abordarlo como objeto visual significativo no por sus características estéticas sino por su amplia circulación y consecuente relevancia cultural; la segunda, en tanto permite enfatizar en su papel dentro del proceso de ocularcentrización de la cultura montevideana; la tercera, en tanto advierte sobre la especificidad de la mirada como proceso de significación y obliga a pensar en la prensa como un agente de producción de sentido que no puede reducirse a la cultura escrita. Mi aproximación híbrida a las categorías de los estudios visuales debe mucho a la experiencia de la historiografía visual brasileña.⁴³

También cabe mencionar los antecedentes conformados por el campo que desde los años ochenta del siglo XX se ha dado en llamar la “nueva historia de la Fotografía”, una línea de trabajo que privilegia el estudio de la producción, circulación y usos sociales de las fotografías en estricta relación con los marcos económicos, tecnológicos, políticos, sociales y culturales de cada época, que tiene algunos de sus principales exponentes en los historiadores Jean Claude Lemagny y André Rouillé, Marie-Loup Sougez y Michel Frizot.⁴⁴

⁴³ Una buena síntesis de estos debates puede encontrarse en: Paulo Knauss, “O desafio de fazer História com imagens: arte e cultura visual”, en *ArtCultura*, Uberlândia, v. 8, n. 12, p. 97-115, jan.-jun. 2006 y Francisco Das Chagas Fernandes Santiago Júnior, “A virada e a imagem: história teórica do pictorial/iconic/visual turn e suas implicações para as humanidades”, en *Anais do Museu Paulista*, São Paulo, Nova Série, vol. 27, 2019, p. 1-51. e08. Algunos estudios metodológicos y de caso producidos en esta línea son Charles Monteiro (org.), *Fotografia, história e cultura visual*, Rio Grande do Sul, Edipucrs, 2012; Ana Maria Mauad, Mariana Muaze, Marcos Felipe de Brum Lopes “Prácticas fotográficas en el Brasil moderno: siglos XIX y XX”; en Ana Mauad, John Mraz, (coords.), *Fotografia e historia en América Latina*, Montevideo, CdF Ediciones, 2015; Ana Maria Mauad, “O olhar engajado: fotografia contemporânea e as dimensões políticas da cultura visual”, en *Revista ArtCultura*, Uberlândia, v. 10, n. 16, p. 31-48, jan.-jun. 2008; Ana Maria Mauad, “Sobre as imagens na História, um balanço de conceitos e perspectivas”, en *Revista Maracanan*, vol. 12, n.14, p. 33-48, jan/jun 2016.

⁴⁴ Jean Claude Lemagny, André Rouillé. *Historia de la Fotografía*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1988. Marie-Loup Sougez (coord.), *Historia general de la fotografía*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2007; Michel Frizot, *A new history of photography*, Köln, Könemann, 1998; Michel Frizot, *El imaginario fotográfico*, Serieve, 2009. Otros trabajos que me han servido como guías teórico-metodológicas, son Pilar Amador, “La imagen fotográfica y su lectura”, en: Pilar Amador, Jesús Robledano y Rosario Ruiz (eds.). *Segundas Jornadas: Imagen, Cultura y Tecnología*, Madrid, Editorial Archiviana, 2004, pp. 225-239; Pierre Bourdieu. *Un arte medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*, Barcelona, Gustavo Gili, 2003; Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Critica, 2005; Félix del Valle, “Perspectivas para el tratamiento documental de Fotografía”, en: Pilar Amador, Jesús Robledano y Rosario Ruiz (eds.). *Primeras Jornadas de Imagen, Cultura y Tecnología*, Madrid, Editorial Archiviana, 2002, 165-177; Gisèle Freund, *La fotografía como documento social*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2006, Boris Kossoy; *Fotografía e Historia*, Buenos Aires, La Marca, 2001; Javier Marzal Felici, *Cómo se lee una fotografía: interpretaciones de la mirada*, Madrid, Cátedra, 2009. Bernardo Riego. “La historiografía española y los debates sobre la Fotografía como fuente histórica”, en: Ayer, No 24, Marío P. Díaz Barrado (ed.), Madrid, 1996, pp. 91-111; Juan Miguel Sánchez Vigil, *El documento fotográfico: historia, usos y aplicaciones*, Gijón, Ediciones Trea, 2006.

El universo de investigaciones producidas en torno a los ejes de la cultura visual y la nueva historia de la fotografía es inabarcable, pero cabe mencionar algunos antecedentes sobre las relaciones entre imágenes, visualidad y producción de sentido que me servirán de base para analizar los posibles efectos de *El Diario* sobre sus lectores.

La tesis de doctorado de Sandra Szir sobre el proceso de masificación de la cultura visual de la Argentina a fines del siglo XIX y comienzos del XX a través del estudio de *Caras y caretas* —la revista ilustrada más popular del Río de la Plata en ese momento— ofrece un repertorio de preguntas y una base metodológica que inspiran en parte a esta investigación. Szir indaga cómo las imágenes operaron como agentes de construcción de sentido en estrecha relación con los textos y explora tanto las aspiraciones, gustos, conocimientos, cultura, educación, prácticas y competencias de sus autores como las condiciones materiales, comerciales y culturales de sus procesos de producción y circulación y las prácticas de lectura ensayadas por los públicos. Con algunos puntos de conexión con esa línea —aunque centrada en un objeto diferente— la tesis de doctorado de Cora Gamarnik ofrece un mapa sobre el universo de la prensa porteña desde inicios del siglo XX donde destaca la aparición del fotoperiodismo, las funciones comerciales de las empresas periodísticas y las prácticas de visualidad —entre las cuales el uso documental fue uno entre otros— que ensayaron con la fotografías. Para el caso mexicano durante las primeras décadas del siglo XX, John Mraz ha estudiado cómo la fotografía —mediante planes estatales orientados a la generación de una cultura visual específica y la colaboración de medios de comunicación privados para la circulación de esas imágenes— incidió en la construcción de la identidad nacional, demostrando que si la nación es —de acuerdo a Benedict Anderson— una "comunidad imaginada" y si las formas que adopta esa imaginación dependen de los medios técnicos y las estrategias discursivas de que disponen las sociedades en diferentes contextos históricos, el estudio de las imágenes resulta fundamental para entender este problema en una época donde se globalizan los relatos visuales a partir de las posibilidades que ofrecieron la prensa ilustrada, el cine y otras formas de producción y difusión de imágenes mecánicas.⁴⁵

En su trabajo sobre la doble y simultánea dimensión descriptiva y performativa de las fotografías, André Rouillé formula un marco teórico que resulta clave para investigar la creación, la superposición y las disputas entre imaginarios producidos en relación a una

⁴⁵ Sandra Szir, *El semanario popular ilustrado Caras y Caretas y las transformaciones del paisaje cultural de la modernidad. Buenos Aires 1898-1908*, Tesis de Doctorado, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2011. En línea: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1886>; Cora Gamarnik, *El fotoperiodismo en Argentina de Siete días ilustrados a la agencia Sigla*, Buenos Aires, Pretéritos imperfectos, 2020, pp. 21-59; John Mraz, *México en sus imágenes*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2014.

misma realidad material. Su propuesta supera las definiciones ontológicas de la fotografía —que históricamente la han concebido o como ficción o como vestigio de la realidad—, propone las categorías de *virtualidad* y *actualización* para pensar sus relaciones con la materia y aporta un marco de inteligibilidad para pensar la forma en la cual las imágenes producidas sobre un objeto (a modo de ejemplo, como en este caso, una ciudad) lo modifican aunque no influyan sobre su estructura material:

la pronunciación-actualización de una palabra siempre es una creación desemejante e infinitamente variable, en ningún caso, su reproducción. Del mismo modo, fotografiar una ciudad no se limita a reproducir sus edificios, sus transeúntes o sus escenas urbanas. La ciudad existe bien materialmente: se puede recorrer el espacio, estudiar el mapa, admirar los edificios. Pero esta ciudad material no es accesible a la mirada o a la fotografía sino a través de puntos y ángulos de vista que sí son inmateriales. Cada recorrido por la ciudad despliega una infinidad de vistas efímeras que se deshacen con el movimiento, que cambian con las perspectivas, que varían con los puntos de vista. Inmateriales, estos objetivos o blancos de la mirada no son cosas, no pertenecen a la ciudad, sino que llegan a atribuirse a ella para multiplicarla, para hacerla entrar en variaciones infinitas. Una misma ciudad (material) encierra tantas ciudades (virtuales) como objetivos, perspectivas o recorridos. Las tomas fotográficas no son la reproducción de fragmentos de la ciudad material, sino actualizaciones (infinitas) de esas ciudades virtuales (infinitas). Son menos registros que desaceleraciones.⁴⁶

Donald Lowe, en su *Historia de la percepción burguesa*, propone que la revolución fotográfica del siglo XIX significó el inicio de una profunda alteración de la percepción, no solo por la precisión de lo que podríamos llamar su información visual —la capacidad de la fotografía de representar *las cosas* de manera mucho más exacta que cualquier medio anterior— sino por la de multiplicar y descontextualizar esa información. Para él, la relativa expansión de la lectura —y la mirada— de diarios y revistas en comparación con la de libros a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, sumada a la aparición de la radio y el teléfono, significó para los contemporáneos una saturación de información y una exposición simultánea a noticias inconexas de varias partes del mundo que no fue acompañada de claros

⁴⁶ André Rouillé. “Las tensiones de la fotografía”. En *La Fotografía, entre documento y arte contemporáneo*, Herder, Ciudad de México, 2017, pp. 251-299.

esquemas interpretativos, lo cual contribuyó a la sensación de vivir una realidad fragmentada e inexplicable.⁴⁷

Gilbert Cohen-Seat y Pierre Fougeyrollas, en sus estudios sobre el cine y la televisión, proponen el concepto de *iconosfera* para dar cuenta del medio ambiente visual específico que habita un conjunto de personas y de sus efectos sociales y culturales. Con ello puede vincularse el concepto de *imagen pobre* propuesto por Hito Steyerel para dar cuenta del torrente de imágenes en baja resolución puesto en circulación durante los últimos veinte años por la revolución digital; ese concepto puede adaptarse para pensar la visualidad fotomecánica de la prensa ilustrada del siglo XX en tanto pone el acento no en los efectos de la *imagen decisiva* —aquella que, en función de algún atributo especial, vendría a ser más potente que la media y tendría, por lo tanto, el poder de conformar una subjetividad— sino en el de las millones de imágenes en apariencia poco significativas, que define como una forma particular de percepción “que prospera en lapsos de atención comprimidos, que se basa en la impresión antes que en la inmersión, en la intensidad antes que en la contemplación, en las vistas preliminares antes que en las versiones finales”.⁴⁸

Los dos tomos del libro *Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales* editados por el CdF han proporcionado claves teóricas y metodológicas para el abordaje de la historia de la fotografía en Uruguay así como avances de investigación que han servido como mapa de ruta para este trabajo. En el primero de ellos, Magdalena Broquetas historizó el largo proceso de incorporación de fotografías a los medios de prensa y puso el acento en la relativa novedad que en cuanto a intencionalidad y protagonismo de las imágenes significó la aparición del diario *La Mañana* en 1917, veta que luego sería profundizada por *El Diario*; en el segundo, exploré la ruptura radical en cuanto al uso de las fotografías operada por diarios y revistas montevideanos en los años veinte y treinta.⁴⁹

Por fuera de ese proyecto pero con una evidente relación intelectual cabe mencionar la investigación de Broquetas sobre el rol de las fotografías producidas y puestas en circulación por la revista *Mundo Uruguayo* en el marco de las políticas de construcción de identidad nacional desarrolladas en torno a los centenarios celebrados en 1925 y 1930; allí puso de manifiesto la importancia de las revistas ilustradas como artefactos culturales capaces de

⁴⁷ Donald Lowe, *Historia de la percepción burguesa*, México, Fondo de Cultura económica, 1986.

⁴⁸ Gilbert Cohen-Seat-Pierre Fougeyrollas, *La influencia del cine y la televisión*, México, Fondo Cultura Económica, 1967; Hito Steyerl, *Los condenados de las pantallas*, Buenos Aires, Caja Negra editora, 2014, p. 45.

⁴⁹ Magdalena Broquetas, “Fotografía e información. Las imágenes como modelo, ilustración y documento. 1840-1919”, en Magdalena Broquetas (coord.), *Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales*, CdF Ediciones, 2011, p. 144-174; Mauricio Bruno, “Entre la información y el entretenimiento. Fotografía y medios de comunicación en la sociedad de masas (1930-1966)”, en Magdalena Broquetas y Mauricio Bruno (coords.), *Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales*, Montevideo, CdF Ediciones, 2018, pp. 90-133.

extender un imaginario nacional estructurado en torno a la supuesta excepcionalidad del país con respecto al resto de América latina. También mi tesis de maestría y la de Alexandra Nóvoa, ambas sobre el rol de diferentes instituciones públicas en la producción de propaganda e imaginarios sublimes —la primera dedicada al Consejo Nacional de Turismo durante la dictadura civil-militar (1973-1985) y la segunda a la Oficina de propaganda informaciones del gobierno municipal de Montevideo entre 1915 y 1930—, y la investigación coordinada por Broquetas sobre la historia visual del anticomunismo en Uruguay.⁵⁰

Si bien la ruptura fundamental que representó la aparición del *El Diario* —en términos de cultura visual— dentro del panorama de la prensa uruguaya fue la importancia que confirió a las fotografías (especialmente en la portada), esta investigación también toma en cuenta los otros tipos de ilustración que usó para construir sus narrativas y algunas características de su diseño gráfico. Para el abordaje de esos aspectos han resultado importante las consideraciones metodológicas de Sandra Szir acerca del abordaje del texto-imagen en las publicaciones periódicos ilustradas y —en el último tramo de esta investigación— la historia del diseño gráfico uruguayo elaborada por Riccardo Boglione, que si bien excluye a los diarios de su objeto de estudio, alerta sobre el impacto visual masivo de las tapas de libros y revistas en la Montevideo de las primeras décadas del siglo e invita a preguntarse sobre los usos y alcances de las tapas de los periódicos, especialmente de uno como *El Diario*. Además, como ha señalado Mariana Amieva, “esta historia cultural no utiliza las imágenes como fuentes, sino que está narrada *en imágenes*”, lo cual es un recurso metodológico fundamental para acercar al lector a —para *afectar al lector con*, podríamos decir— la cultural visual que constituye su

⁵⁰ Magdalena Broquetas, “Fotografía e identidad. La revista “Mundo uruguayo” en la conformación de un nuevo imaginario nacional en el Uruguay del Centenario”, en *Artelogie*, N° 7, Abril de 2015; Mauricio Bruno, “Esto es Uruguay” Fotografía, imaginario nacional y consenso durante la dictadura uruguaya. El caso del Consejo Nacional de Turismo (1975-1983), [en línea] Tesis para acceder al título de Maestría en Historia Política. Montevideo: Udelar. FCS, 2018, en línea: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/27581>. Acceso: 6 de agosto de 2025. Alexandra Nóvoa, *La fotografía municipal de Montevideo y su rol en la construcción de un imaginario nacional. Similitudes y diferencias en relación al archivo fotográfico de la Prefectura de Río de Janeiro. (1915-1930)*, Tesis para acceder al título de Maestría en Ciencias Humanas, opción Estudios Latinoamericanos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo: Udelar. FHCE, 2019, en línea: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/39133>. Acceso: 6 de agosto de 2025; Magdalena Broquetas (coord.), *Historia visual del anticomunismo en Uruguay*, Montevideo, CSIC - Udelar, 2019, en línea: https://www.fhce.edu.uy/images/comunicacion/publicaciones/Historia_visual_del_anticomunismo_en_Uruguay_-_final.pdf. Acceso: 6 de agosto de 2025. Sobre el rol de la oficina de propaganda de informaciones del municipio de Montevideo en la producción de un imaginario sobre la ciudad a lo largo del siglo XX —pero especialmente entre 1915 y 1950— existe una abundante producción bibliográfica y expositiva producida por el Centro de Fotografía, de la cabe destacar los cinco libros de la serie de libros *Gelatina y Plata* (en línea: <https://issuu.com/cmdf/stacks/14b2ed7b710f48d3b37f847a582b4671>. Acceso: 6 de agosto de 2025) y la exposición *El archivo liberado* (en línea: <https://cdf.montevideo.gub.uy/exposicion/el-archivo-liberado>. Acceso: 6 de agosto de 2025).

objeto. Con más modestia, lo mismo pretendo con las ilustraciones que aparecen intercaladas en el texto.⁵¹

1.5 Cultura política

Esta investigación postula que la producción, circulación y consumo de la prensa diaria —y de *El Diario* en particular— fue una cuestión central de la cultura política de la Montevideo de entreguerras, en entendido de que —no exclusivamente pero sí de manera significativa— por esa vía se procesaron las disputas por lo que Álvaro Rico ha definido como *el sentido común ciudadano*, o sea, por las categorías intelectuales que organizan la vida de una comunidad. En *Cómo nos domina la clase gobernante*, Rico plantea que una de las formas más eficaces del ejercicio del poder democrático consiste en su capacidad de trasponer su discurso como “sentido común” mediante los recursos y las herramientas provistos por el Estado:

el sentido común definido como el “más común de los sentidos” nos explica la complejidad social a través de “lugares comunes” que proveen seguridades, asentando así las razones de la obediencia ciudadana en fórmulas triviales compartidas por todos, opiniones inofensivas y creencias no problematizadas. En una palabra, como dice Antonio Gramsci, nos permite siempre “identificar la causa exacta, simple y al alcance de la mano”.

Si bien elaborada para interpretar la obediencia social al régimen político instaurado en Uruguay tras la dictadura civil-militar de 1973-1985 —y con el necesario complemento de una perspectiva la considere no solo el resultado de operaciones intelectuales sino también sentimentales, en la línea la historia política de las emociones que ha desarrollado Sara Ahmed— esta herramienta resulta útil para abordar las creencias, afectividades y comportamientos políticos de las sociedades de masas en otros contextos; para el caso de esta investigación, será un guía para la búsqueda de la apropiación del régimen de historicidad fascista en Montevideo a partir de 1923 y de sus efectos sobre la cultura política.⁵²

⁵¹ Sandra Szir, “Entre el arte y la cultura masiva. Las ilustraciones de la ficción literaria en *Caras y Caretas* (1898-1908), en Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (comp.), *Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009, p. 109-139; Riccardo Boglione, op. cit.; Mariana Amieva, “Historia cultural en imágenes: *De traje atrayente*, de Riccardo Boglione”, en *La Diaria*, 6 de diciembre de 2024.

⁵² Álvaro Rico, *Cómo nos gobierna la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura. Uruguay. 1985-2005*, Montevideo, Trilce, p. 85; Sara Ahmed, *La política cultural de las emociones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.

La producción intelectual sobre el fascismo realizada desde las ciencias sociales y humanas es amplísima en sus objetos particulares de estudio e interpretaciones, por lo cual me centraré solo en algunos abordajes que han priorizado sus aristas culturales e ideológicas.

En línea con lo que sostuvieron Zeev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Asheri, esta investigación postula que el fascismo no fue algo meramente circunstancial en relación a las consecuencias de la Gran Guerra en Europa y que su esencia no debe definirse por su carácter de reacción antiliberal o antimarxista; por el contrario, fue (*ha sido*, dicen, quizá destacando el carácter abierto de esta historia) un fenómeno cultural antes que una fuerza política,

un proyecto no conformista, vanguardista y revolucionario [...] una fuerza rupturista, capaz de arremeter contra el orden establecido y de competir eficazmente con el marxismo en la mente y en la preferencia, tanto de los intelectuales, como de las masas.

En la misma línea puede citarse la definición de Roger Griffin, para quien el fascismo es un “ultranacionalismo palingenésico”, esto es:

la añoranza visceral de que se produzca un cambio radical y una regeneración que sólo puede explicarse en parte por causas de crisis sociopolíticas objetivas, y que tiene una profunda dimensión simbólica y psicológica. [...] Las expectativas palingenésicas [...] son [...] unos impulsos psicológicos fundamentales de la violencia fascista, que preceden a la formulación de su misión transformadora y de sus políticas específicas en términos sociopolíticos.

Contra la resabida imagen de los fascismos de entreguerras como una suerte de neobarbarie y negación de la racionalidad moderna, Robert Paxton ha interpretado su proyecto de regeneración cultural y superación del decadentismo como el intento de crear una *modernidad alternativa*, lo cual también pone el énfasis en el carácter productivo antes que reactivo del fascismo.⁵³

⁵³ Zeev Sternhell, Mario Sznajder, Maia Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994, p. 3; Roger Griffin, *Fascismo. Una introducción a los estudios comparados sobre el fascismo*, Madrid, Alianza Editorial (edición en formato digital), 2019; Roger Griffin, *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010; Robert Paxton, *A anatomía do fascismo*, Sao Paula, Paz e Terra, 2007. Una síntesis del estudio sobre las relaciones entre fascismo y modernidad en: Roger Griffin, "Modernity, modernism, and fascism. A 'mazeway resynthesis'." *Modernism/modernity*, vol. 15 no. 1, 2008, p. 9-24. *Project MUSE*, <https://dx.doi.org/10.1353/mod.2008.0011>. En una línea diferente, aunque también vinculada a los fenómenos culturales, cabe mencionar algunos aportes sobre el rol de propaganda y los medios de comunicación en las prácticas de producción de consenso ensayadas por el fascismo y el nazismo: Robert Gellately, *No solo Hitler. La alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2005; Federico Finchelstein, *Breve historia de la mentira fascista*, Buenos Aires, Taurus, 2021.

Con respecto al caso uruguayo, el tomo 1 de la historia de las derechas coordinado por Magdalena Broquetas y Gerardo Caetano contiene una síntesis actualizada de las investigaciones que han abordado la presencia del fascismo, el nazismo y otras corrientes de extrema derecha en Uruguay en los años veinte y treinta; en línea con otros trabajos que han abordado ese problema, coinciden en destacar su influencia cultural en sectores sociales específicos y diplomática en las esferas de gobierno, en el marco de lo que Gerardo Caetano y José Pedro Barrán han definido respectivamente como una recepción “amortiguada y más bien marginal” del fascismo en Uruguay o como una “simpatía culposa” por parte de las clases conservadoras. En palabras de Caetano y Broquetas:

a excepción de algunas agrupaciones de escasa proyección, organizadas al margen del espectro partidario, en Uruguay no tuvieron cabida movimientos antiliberales de importancia como los que contemporáneamente desplegaron su acción en otros países del Cono Sur latinoamericano, levantando la bandera en contra de la democracia multipartidaria y a favor de un Estado corporativo.

Los propios autores señalan, no obstante, que las agrupaciones empresariales y los sectores políticos que promovieron el golpe de Estado de 1933 “no permanecieron del todo ajenos a [...] una cultura transnacional fascista”. Tomando como base esos antecedentes, esta investigación invita a ampliar el marco de actores sociales posibles de ser considerados agentes o participantes de esa cultura y a pensar en la apropiación montevideana que hizo *El Diario* como una estrategia para incorporar a los sectores medios y populares. También alienta la hipótesis de que si bien hay pocos elementos para afirmar que el fascismo fue un movimiento o una organización política significativa en la Montevideo de entreguerras, sí hay suficientes para sostener que existió y disputó la hegemonía batllista en esa forma *precedente* —podríamos decir en palabras de Sternhell— que son los fenómenos culturales, lo cual bien podría explicar la postura (¿pasiva? ¿complaciente?) de la sociedad uruguaya ante el golpe de Estado de 1933, que a juzgar por la narrativa de su largo proceso de legitimación puede ser leído como el intento de iniciar una modernidad alternativa a la batllista y no meramente como la restauración de valores tradicionales asociados a la premodernidad.⁵⁴

⁵⁴ Magdalena Broquetas y Gerardo Caetano, “Introducción”, p. 21; Marcia González, “Pedro Manini Ríos y la conformación de la derecha colorada”; Valerio Giannatasio, “Vínculos diplomáticos entre la Italia de Mussolini y Uruguay”; Juan Andrés Bresciano, “La colectividad italo-uruguaya y el fascismo. Producción discursiva y medios de prensa durante el período interbélico”, Cecilia Pérez Mondino, “Falangismo y franquismo en Uruguay: espacios, redes y voceros”; Fernando Adrover, “Antisemitismo y xenofobia en los años 30”; María Magdalena Camou, “Influencia y presencia del nazismo en el Uruguay de los años treinta”, en: Magdalena Broquetas, Gerardo Caetano, *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay*, Montevideo, Banda Oriental, 2022; Gerardo Caetano, *La República batllista. Ciudadanía, republicanismo y liberalismo en Uruguay*

1.6 Excurso metodológico

Si bien no se solapan, las fuentes y el objeto de estudio de esta investigación pueden llegar a confundirse: *El Diario fue* agente de producción de sentido de una época y *es* vestigio de ese proceso. La afronta de este riesgo entraña la necesidad de sustraer las cosas embebidas en las palabras —lo *real*, digamos, inserto en los signos que lo refieren— evitando la tentación de postular una relación directa y transparente entre ambos universos. Para realizar esa operación me he apoyado en la clásica reflexión de Arlette Farge sobre el abordaje historiográfico de los archivos judiciales, donde plantea algunas prevenciones sobre su lectura que incluyen, por comparación, a la de los impresos:

el impreso es un texto, entregado al público, intencionadamente. Está organizado para ser leído y comprendido por numerosas personas; intenta anunciar y crear un pensamiento, modificar un estado de cosas con la exposición de una historia o de una reflexión. [...] Nada tiene que ver con el archivo [judicial] huella en bruto de vidas que de ningún modo pedían expresarse así, y que están obligadas a hacerlo porque un día se vieron enfrentadas a las realidades de la policía y de la represión. [...] A veces, se ha comparado este tipo de archivo con las “breves”, el apartado de los diarios que informa sobre ciertos aspectos insólitos de la vida del mundo. El archivo [judicial] no es una breve [...] es la compilación [...] de palabras pronunciadas, cuyos autores, obligados por el acontecimiento, nunca imaginaron que un día las pronunciarían. En este sentido fuerza la lectura, ‘cautiva’ al lector, produce en él la sensación de aprehender por fin lo real, de no examinarlo a través del *relato sobre el discurso de...*⁵⁵

(1910-1933). Tomo 1, Montevideo, Banda Oriental, 2011, p. 176; Gerardo Caetano, *La República conservadora. Tomo 1. La “guerra de posiciones”*, Montevideo, Fin de Siglo, 1992, pp. 175-185. Ver también: Raúl Jacob, *El Uruguay de Terra. 1931-1938*, Montevideo, Banda Oriental, 1983; Gerardo Caetano y Raúl Jacob, *El nacimiento del terrismo (1930-1933)*, Montevideo, Banda Oriental, 1989; Gerardo Caetano y Raúl Jacob, *El nacimiento del terrismo. Tomo 2: camino al golpe (1932)*, Montevideo, Banda Oriental, 1990; Juan Antonio Oddone, *Uruguay entre la depresión y la guerra: 1929-1945*, Montevideo, FCE, 1990; Alfredo Alpini, *La derecha política en Uruguay en la era del fascismo. 1930-1940*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 2015; Juan Antonio Oddone, “Serafino Mazzolini, un misionero del fascismo en Uruguay (1933-1937)”, en Ercoleb Sori (comp.), *Le Marche fuori dalle Marche. Migrazioni interne de emigrazione all'estero tra XVIII e XX secolo*, Ancona, Quaderni de Proposte e Recherche, 1998, pp. 566-580; Ana María Rodríguez Ayçaguer, *Un pequeño lugar bajo el sol. Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguaya. 1935-1938*, Montevideo, Banda Oriental, 2009; José Pedro Barrán, *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*, Montevideo, Banda Oriental, 2004.

⁵⁵ Arlette Farge, *La atracción del archivo*, Valencia, Edicions Alfons el Magnam, IVEI 1991 (1989), pp. 10-12.

Si los textos impresos están, inevitablemente, condicionados por una intención y una estrategia, cabe preguntarse de qué están capacitados para hablar en tanto fuentes, qué tipo de *aprehensión de lo real* son capaces de producir, qué dice un diario *de las cosas* y que dice *de sí mismo*. A primera vista, asumir la presencia en mis fuentes de una intención y una estrategia supone un obstáculo para acceder al sustrato de las cosas (¿cómo puedo saber qué hay detrás de las palabras si ellas mismas fueron pensadas como un velo?). Intentaré demostrar, sin embargo, que la intención de un texto impreso, ese “intento de anunciar y crear un pensamiento, de modificar un estado de cosas”, también puede ser un camino, más sinuoso quizá, para aproximarse a las cosas; incluso una ventaja, si parto de constatar que *El Diario* fue diseñado para el consumo de personas que —de acuerdo a sus productores— eran crédulas y manipulables y tan es así que esta creencia aparece descarnada en su asunción de que el revestimiento *espectacular* (exagerado, distorsionado, tendencioso) que colocaba sobre los hechos era lo que efectivamente querían esos lectores: cuando “en son de queja” un lector lamentó que la atención pública —y la del propio diario— estuviera concentrada en el Gran Premio Ramirez y no en temas más importantes, *El Diario* señaló que

El pueblo es así [...]. Hoy vive pendiente de las cuatro patas de un caballo famoso, [mañana] se desgañita hasta enronquecer marginando una cancha de *football*, hace nutridas y monstruosas manifestaciones políticas, llena los teatros cuando la gran ópera, acude al muelle a recibir a un sabio o un asesino famoso y se apeñuca tras el féretro de un gran literato.

En la misma línea, meses después, cuando un hombre fue asesinado tras un partido de fútbol, culpó a la cultura del espectáculo (“nuestra muchedumbre consagra como a seres superiores a los hábiles atletas y se les admira en la cancha, en la calle, en el café, en el teatro”) sin hacerse cargo de que ningún producto cultural como la prensa estaba haciendo tanto por fomentar ese fanatismo. “EL DIARIO es un diario de muchedumbres” diría algunos años después, en pos de justificar su estilo de comunicación ágil, veloz, ubicado en las antípodas del carácter solemne de “los vetustos y nacarados textos”, y estaba dirigido no al pensamiento sino “al sentimiento”, lo cual oponía veladamente razón y corazón y se colocaba —porque solo el que formula un enunciado de ese tipo puede colocarse ahí— del lado de la primera. Y en 1935, cuando Gabriel Terra fue objeto de un atentado y herido en el hipódromo de Maroñas, no tuvo empacho ni en falsear la información que iba transmitir a esas crédulas y emocionales muchedumbres ni en reconocerlo:

a pesar de tener los detalles precisos preferimos [...] afirmar que [Terra] había salido ileso del incalificable atentado. La suspicacia popular y es lógico y humano que así sea, es grande siempre. Era por lo tanto necesario llevar una palabra de absoluta calma al pueblo ansioso de saber lo que había ocurrido. Para evitar todo matiz y firmes en el deseo de contribuir a serenar los ánimos, dijimos que el doctor Terra estaba ileso.

Imposible no conectar esto con el caso de *Cholita*, una hipotética lectora de revistas imaginada en 1930 que había forjado sus ideas sobre la vida en la lectura de la prensa y era objeto de burla por ello. *El Diario*, entonces, señalaba que el imaginario de la prensa era ficticio; que sus lectores, de todos modos, lo tomaban por la realidad y, por último, que ni siquiera se darían por aludidos si se burlaba de ellos por eso.⁵⁶



Detectar esto es constatar una ventaja: la fuente asume a su lector (y hoy su lector soy yo) crédulo y manipulable. De ahí, la siguiente hipótesis: la fuente jugará a cartas vistas, revelará de sí —de la intención de sus productores, del poder que lo anima— mucho más de lo que revelaría si me creyera a su altura, como esos adultos que hablan de más frente a los niños porque no creen que sean capaces de entender sus conversaciones; si bien tiente descartarla por lo simple (parece una un ingenuidad creer que el impreso *dice lo que parece*

⁵⁶ “El pueblo es así”, en *El Diario*, 6 de enero de 1924, p. 3; “En la intensificación industrial está el éxito de nuestra independencia económica”, en *El Diario*, 3 de diciembre de 1935, segunda sección, p. 1; “Chulerías”, en *El Diario*, 3 de noviembre de 1924, p. 3; “‘EL DIARIO’ y el atentado de ayer”, en *El Diario*, 3 de junio de 1935, p. 1; “Cholita había admirado en las ilustraciones de las revistas...”, en *El Diario*, 18 de enero de 1930, portada (imagen 1).

que dice), también es una oportunidad: si puedo probar que *El Diario* en tanto fuente es indicativo de *El Diario* en tanto objeto de estudio (en tanto agente para la formación de la cultura política) esta investigación tiene un campo fértil.

El prospecto del diario —publicado el 6 de julio de 1923, en su primer número— ofrece otro anclaje: “no es el lector quien hace al diario, sino el diario que hace sus lectores”.⁵⁷ Parece una frase al pasar, un simple formalismo o un firulete para embellecer la escritura. ¿Cómo transformarla en algo más? Primero, indagando a qué se refiere: no hablaba —otra hipótesis— de crear lectores desde un punto de vista meramente cuantitativo, sino del lugar de la iniciativa en la relación entre un producto cultural y sus lectores: no debían ser los lectores quienes, mediante la demanda, determinaran de qué y cómo iba a hablar *El Diario*; debía ser *El Diario* quien, mediante su oferta, definiera de qué y cómo iban a pensar y sentir sus lectores. ¿Dónde buscar los restos de esta operación? Recuerdo entonces la hipótesis primera: el desprecio, la idea de que existía una “muchedumbre” fácilmente manipulable sugiere que el procedimiento de subjetivación popular que el riverismo ensayó a través de *El Diario* debe haber sido poco sutil y que, por lo tanto, los restos no están —o no están solo— en los archivos privados a los que no he podido acceder, sino también en el “archivo público”, en el propio diario, a simple vista, disponibles para quien quiera reparar en ellos.

Asumido esto, la fuente revela infinidad de infinidad de pruebas: forjar lectores era, para *El Diario*, explicarle a esas muchedumbres cuál era su lugar en el mundo y reubicarlas cuando se perdían. Las vecinas del Barrio Sur que en mayo de 1933 protestaron el cierre del asilo maternal N° 1 —porque la alternativa que el gobierno ofrecía para sus hijos era un hogar lejano— estaban, de acuerdo a *El Diario*, “desorientadas”; no entendían que el cierre obedecía

al deseo razonable [de] reducir el presupuesto del [Consejo de Salud Pública], cosa completamente lógica y en absoluta concordancia con la política puesta en práctica por el doctor Terra, [ya que] podría significar un ahorro de varios centenares de pesos por concepto de alquileres.

Para mostrarle a sus lectores que las vecinas, luego de su queja, habían entrado en razón, *El Diario* publicó una extensa crónica del caso que cerraba con su (¿real? ¿supuesto? ¿sobreinterpretado por el cronista a fin de oír lo que necesitaba?) testimonio, mezcla de arrepentimiento e iluminación, como si después del desconcierto inicial y gracias a *El Diario*

⁵⁷ “A modo de programa”, *El Diario*, 6 de julio de 1923, p. 3.

hubieran entendido que su lugar en el mundo implicaba no quejarse sino aceptar y hasta aplaudir un acto del poder que las afectaba objetivamente: “lo que pasa es que todas nosotras estábamos acostumbradas a tener el Asilo a la vuelta de casa [...] [Ahora] estamos conformes con el cambio, porque no se trata más que de una pequeña molestia que casi ni se siente”. Los vecinos de los “suburbios” de Montevideo que en 1934 protestaban la carencia de servicios básicos ya no tenían derecho —como antes del 31 de marzo de 1933— a culpar por ello a la inoperancia del gobierno municipal;

deben comprender que Montevideo es una ciudad exageradamente extendida en relación a su población total [lo cual] hace todos los servicios más costosos y los ponen por fuera de las posibilidades del Municipio, ya que la capacidad impositiva de una población es siempre la misma, esté ella encuadrada en cien manzanas o en trescientas;

por lo tanto, debían “colaborar personalmente [con el Municipio] en el arreglo de caminos, calzadas, etc.” Y en 1931, cuando dos camiones cargados de pan y carne fueron asaltados y saqueados en el Cerro, *El Diario* entendió que “el fantasma de la miseria total” que sobrevolaba a los obreros de esa localidad —desempleados súbitamente por el cierre de varios frigoríficos— explicaba, en parte, el hecho; suspicaz, sin embargo, de su posible origen comunista (“¿no habrá oculta una mano negra? [...] Varios ‘comisarios del pueblo’ distribuyen después el pan y la carne obtenidos por tan soviético procedimiento”) señaló que “nada puede justificar el grave atentado contra la propiedad”. Vale la pena detenerse en este señalamiento, porque de acuerdo a los términos en los que fue formulado cabe suponer que estaba dirigido no a los lectores en general, sino directamente a los asaltantes, como si *El Diario* se hubiera sentido en la necesidad de explicarle a “los obreros desocupados o miembros de sus familias” —en combate tácito con los comunistas que habrían fogueado el asalto— la primacía del derecho de propiedad sobre la necesidad de comer:

el hambre es mala consejera [...]. Pero, ni en esta situación ni en ninguna puede admitirse el principio de que los actos realizados bajo la inspiración de un mal consejo, aunque sea el hambre o cualquier otra necesidad orgánica quien lo formule, deban ser aceptados como lícitos. Todo lo contrario. [...] Hay delito, evidentemente, en los sucesos que venimos comentando, aún admitiendo que en ello han sido

actores personas sin trabajo, mal aconsejadas por las crueles necesidades provenientes de la difícil y angustiosa situación en que se encuentran.⁵⁸

También hay pruebas de que forjar lectores significó elaborar un sentido alternativo de las demandas populares —construir otro “pueblo”, otra “muchedumbre”; incluso, llegó a decir sobre la población de la Villa del Cerro, otro “proletariado”—, desafiante del que habían construido las izquierdas. Quizá el signo más claro de esta apuesta fue la sección “Vida cerrense”, que empezó a publicarse en noviembre de 1929, donde los textos usaban una primera persona del plural que hablaba desde la localidad (“nuestra numerosa población” o “nuestro pueblo”) y confundía expresamente la voz de cronista con la de los vecinos, asumiendo el principio de que “cada artículo periodístico es la voz de miles de ciudadanos transmitida por el alto-parlante de la prensa diaria, y no una simple ocurrencia de cronistas desocupados”. Allí se advertía de manera didáctica sobre las falacias del comunismo (“el comunismo universal es un enorme desastre [...] Lejos de asegurar a las masas del pueblo una proporción mayor de la riqueza [...] disminuye la parte que la gran mayoría recibe ahora”), o se burlaba de sus militantes (“los comunistas criollos invitan a la ‘cachada’ [...] Decirle a ellos ‘macaneadores’ nomás, es como pisarle la cola a un gato rabioso, se enfurecen que da risa”). También negaba la eficacia de la huelga como procedimiento para mejorar la vida del “proletariado local” —incluso, en ocasiones, el derecho a ejercerla— y proponía alternativas, como hizo con los obreros del abasto en julio de 1930, a quienes amonestó por haber “dejado sin carne a la población” antes de recurrir a la mediación de los poderes públicos.⁵⁹

El Diario, entonces, puede ser una fuente para investigar la intervención política de *El Diario*. Opaca, como todas, pero quizá menos de lo que implica la advertencia de Farge sobre las funciones estratégicas de los impresos, diseñadas siempre, cabe recordar, para otros lectores, no para nosotros. Lo *real* que se esconde en sus palabras no son las cosas de las que habla (¿aceptaron tan de buen grado las vecinas del Barrio Sur la clausura del asilo maternal que tanto necesitaban?) sino sus funciones estratégicas. *El Diario* —amplíemos: el texto impreso o, mejor, cualquier fuente— dice no del mundo sino de la relación de su productor con el mundo.

⁵⁸ “Está solucionado el caso del asilo ‘Juan R. Gómez’”, en *EL Diario*, 12 de mayo de 1933, p. 14; “La labor edilicia y la cooperación vecinal”, en *El Diario*, 19 de noviembre de 1934, p. 3; “¿El comunismo en el Cerro?”, en *El Diario*, 28 de julio de 1931, p. 10.

⁵⁹ “Vida cerrense. Alegría obligatoria”, en *El Diario*, 22 de enero de 1930, p. 2; “Vida cerrense. El comunismo universal es un enorme desastre”, en *El Diario*, 22 de enero de 1930, p. 2; “Vida cerrense. Dando palos a la cola”, en *El Diario*, 28 de enero de 1930, p. 7. “Vida cerrense. La población atraviesa un período de intensa crisis económica” y “Vida Cerrense. No hay derecho”, en *El Diario*, 12 de julio de 1930, p. 5.

Lo dicho hasta ahora indica las potencialidades de un abordaje diacrónico de los impresos. ¿Qué ventaja podría reportar un abordaje sincrónico, esto es, concentrado no tanto en los pliegues de las palabras y las imágenes sino en la experiencia inmediata de su consumo? Tal como señala Farge, el contacto material con aquellos restos del pasado que han sobrevivido al paso del tiempo merced a la acción de las personas que los instituyeron en objetos de archivo provoca, incluso antes de la formulación de las preguntas que pueden transformarlos en fuentes, la sensación de una súbita familiaridad con un mundo extraño que alimenta la curiosidad e induce conexiones sensibles e intelectuales imprevistas. No soy el lector para el cual *El Diario* fue destinado (¿no lo soy en absoluto? ¿cuánto de esta hipótesis se desmiente cuando encuentro a un cronista de 1929 decir que “para el sociólogo del futuro, que deberá estudiar las características que acusó nuestra época, la crónica diaria será su mejor fuente de informes”⁶⁰) pero leo diarios desde niño y sé que los cambios ocurridos en este objeto durante el último siglo no han sido tan fundamentales —dejemos de lado los últimos quince años, quizá, cuando se ha hecho notorio su proceso de extinción— como para sostener que mi experiencia en relación a ellos deba ser sustancialmente diferente a la de los sujetos que estudio. Uso, por otra parte, el objeto cultural contemporáneo equivalente a un diario de la década de 1920: el teléfono inteligente. Lo llevo como un apéndice y no soy tan diferente en mis consumos a ese oficinista público que en 1935 agarró el diario después de la siesta no para “leer el editorial de ‘La Mañana’ o los comentarios de la oposición [o] la situación internacional o el estado de los mercados” sino para “saber cuánto pagaba el caballo al que ayer le jugó medio y medio en la segunda” o a ese “peatón impaciente” tan propenso a provocar accidentes de tránsito por su tendencia a “lee[r] en medio de la calzada [...] pudiendo esperar a hallarse en su casa para leer el periódico”. Intuyo que algo de esto puede ser una ventaja en relación a mi objeto de estudio. Más aún cuando tengo acceso a objetos de la colección que bien podrían ser los que usaron los lectores para los que sí estaba destinado. Por su puesto que el contexto es diferente —nadie los consumía sentado en la sala de la Biblioteca Nacional, encuadernados, uno tras otro de principio a fin y correlativamente— pero el contacto con la materia permite un tipo de abordaje que la digitalización no. Dice Lila Caimari, en su reflexión sobre la historiografía y los archivos:

en áreas donde la materialidad del objeto es parte de la reflexión, como la historia del libro o la prensa, la investigación con imágenes en pantallas requiere previsibles

⁶⁰ “Signos de nuestra época”, en *El Diario*, 31 de enero de 1929, p. 3.

resguardos sobre la distancia entre la experiencia de lectura del investigador y la de los sujetos se investigan.

Y agrega Farge, contraponiendo la tensión insalvable entre preservación —para la cual la reproducción del documento es clave— e interpretación:

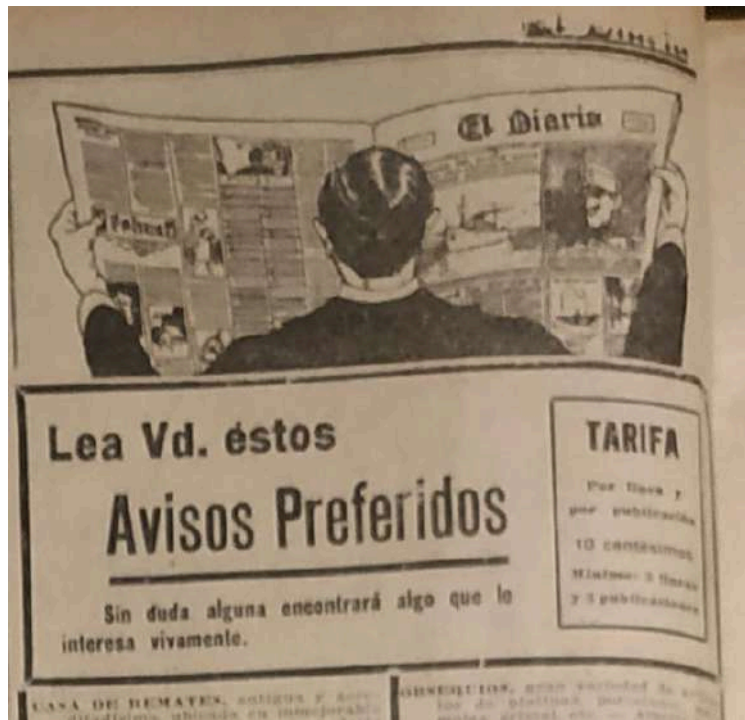
no se pueden fotocopiar los manuscritos del siglo XVIII, demasiado frágiles, la modernidad los capta solamente a través de microfilms o microfichas, indispensables pero dañinos para los ojos. Compulsar el archivo, hojearlo, ir de atrás adelante, se hace imposible con esa técnica despiadada que cambia sensiblemente su lectura y por lo tanto su interpretación. Útiles para su conservación, esos sistemas de reproducción de archivo suponen seguramente otras fructíferas formas de plantear preguntas a los textos, pero harán que algunos olviden la aproximación táctil e inmediata al material, la sensación pensable de las huellas del pasado. El archivo manuscrito es un material vivo, su reproducción microfilmada es un poco letra muerta, aun cuando se haga indispensable.⁶¹

Leer el diario *en papel* es, primero, tocar esas frágiles hojas amarillas que se rasgan si uno las pasa demasiado rápido, nada parecidas a las de los libros y revistas “serios” —gruesas o satinadas— que suelen resistir mejor el paso del tiempo; es prestar atención a esos faltantes de tinta que impiden la lectura de algunos pasajes y preguntarse si son efecto de la historia —como lo amarillo del papel— o defectos de origen y terminar aceptando que son lo segundo en la mayoría de los casos, ya que dos páginas de un diario de hace cien años impreso el mismo día pueden presentar situaciones opuestas en cuanto a este asunto; es constatar, a partir de esos datos que no podrían obtenerse de la versión digital de ese mismo objeto (el segundo sí, siempre y cuando la persona encargada de la digitalización no se hubiera visto tentada a “corregir” el contraste de la imagen para compensar la tinta faltante), su baratura incluso antes de hacer cualquier tabla comparativa de precios.

Es también la condición de posibilidad de una lectura que oscila entre la comprensión macroscópica y la obsesión microscópica. Quien lee un diario no va —como suele condicionar un libro— “de atrás para adelante”; por el contrario, como el oficinista público que en 1935 quería conocer el resultado de las carreras, “salva cuatro páginas” apenas lo toma entre sus manos y va a lo que le importa. Leerlo en papel obliga a imitar algo de ese gesto:

⁶¹ “Las intimidades del horario de verano en las oficinas públicas”, en *El Diario*, 2 de diciembre de 1935, p. 10; “Los accidentes de tránsito”, en *El Diario*, 12 de julio de 1934, p. 3; Lila Caimari, *La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, p. 83; Farge, Arlette, op. cit., p. 17.

uno lo mira primero “por arriba” —y cabe aclarar que esto no lo permite ninguna pantalla, a no ser una de 60 por 80 cm. donde pudiera verse de un golpe de vista y a tamaño real la doble página—



y sólo después se sumerge en el fragmento de su interés, para volver a la mirada comprensiva y luego otra vez a la obsesiva, para pasar de golpe una o dos páginas y quizá desandar el camino con la misma rapidez ante la detección súbita de una conexión que no se habría descubierto sin ese vaivén, como la que aparece entre la portada, el editorial y una nota “informativa” de la edición del 10 de junio de 1926, todas animadas por la promoción de un nuevo modelo de estufa eléctrica y reveladoras de una práctica que no consideré significativa durante los primeros tiempos del relevamiento pero a la que a partir de entonces aprendí a detectar: el carácter estructurante y no meramente accesorio de la función publicitaria de un diario, que —entre publicidad “oficial” y “no tradicional”— podía llegar a determinar la mitad del contenido de un número, lo cual pone en tela de juicio la hipótesis de su función fundamentalmente político-partidaria y obliga a prestar especial atención a sus usos comerciales.⁶²

⁶² “Las intimidades del horario de verano en las oficinas públicas”, en *El Diario*, 2 de diciembre de 1935, p. 10; “Lea Ud. estos Avisos Preferidos”, en *El Diario*, 1 de julio de 1924, p. 10 (**imagen 2**); “Calefacción económica y elegante”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, portada; “Hay que prevenir”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, p. 3; “La lucha contra el frío. El maravilloso invento de la calefacción”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, p. 5 (**imágenes 3, 4 y 5**)



3

Hay que prevenir

Una vez más hablamos sobre la prevención, de que el Consejo Nacional de Higiene divulga entre el público, en la misma forma que se hace durante los meses del verano, las medidas higiénicas que se deben adoptar para hacer frente al maltrato de la salud, a los grandes fríos que se aproximan.

Apreciamos, que una parte de las enfermedades que sobreviene la gente en esta época, informados cada de grave consecuencia, y los peligros que corre, se debe a la ignorancia general sobre las medidas oportunas a adoptarse para combatir el frío, contra el cual, no sólo basta abrigarse.

Los datos argentinos llegados hoy, nos demuestran con el ejemplo de los bromes, la razón que nos ayuda al pedir un poco de silencio al Consejo de Higiene, que por las razones que inviste esta la sociedad debe obligarlo a no abandonar ningún esfuerzo, para prevenir el mal que amenaza a todos, en un clima variable como el nuestro, el rigor del invierno.

En Buenos Aires, según la prensa, han recordado a quienes aumentan las aficciones pulmonares y en las vías respiratorias y así el tema del día, es de que han dado origen a la llamada "gripe", así como "tracheitis", luego "bronquitis" y hasta, a veces "Estripo".

Otro detalle que justifica nuestra preocupación frente a la evidente ignorancia del público, es la carencia alarmante de individuos vacunados, por encontrarse en sus viviendas con traseros sucios, cambiando de lugar en el día, varios vasos en Buenos Aires algunos de ellos fatales, debido a que también se desconocen las medidas que deben adoptarse, por una persona intoxicada por el ácido carbónico.

Los conocimientos generales, divulgados en forma indigesta, no sólo aprovechan a quien los posee, ya que esto puede crear ansiedad y quinta pánico, las consecuencias inmediatas, es una forma de mediocridad, sino que transmutándose entre la gente del pueblo, de generación en generación, tiende a formar parte de sus hábitos, de un determinado carácter, que no se debe borrar por completo, si nos preocupa el prevenir fríos y mortal de la vida.

4

5

La combinación de estas lecturas —la diacrónica y la sincrónica— sobre un universo de fuentes cercano a los mil números permite la exhumación de infinidad de evidencias. Llegado el momento de organizarlas y disponerlas en un relato historiográfico surge la pregunta: ¿con qué economía? ¿con cuál criterio definir cuáles y cuántas deberían ser expuestas? Dice Caimari:

quien investiga sabe que son las voces del archivo (no la suya, o no evidentemente la suya) las que tienen que hablar en un argumento que sí es suyo. Sabe también que, para funcionar en el argumento, [cada] pieza [del archivo] deberá quedar bien engarzada en su escritura. Así, mientras selecciona, va imaginando una intriga, la *dispositio* más rendidora: cómo administrar esta evidencia para persuadir sin forzar ni apabullar, cómo convencer con naturalidad, casi distraídamente, cómo transmitir la intensidad de la certeza sin recurrir a la enumeración de hallazgos que aplanan y adormecen. Se recolectan muchísimas piezas, demasiadas. El momento tarda, pero un día llega. Es una prueba dura: hay que elegir cuál de todas verá la luz del sol, y resignar las demás. [...] En el momento de escribir (de renunciar), lo que parecía tan eficaz —la multiplicación del detalle, la fuerza de lo concreto, la repetición que convence por su propia recurrencia, la evidentísima verdad que emana del contacto físico con los materiales— deja de funcionar por sí solo. Después de los excesos sensoriales de la acumulación, llega el ejercicio de sobriedad y estilización. Y aunque se sabe (siempre se ha sabido) que ese ejercicio estaba en el horizonte, no es fácil

separarse del archivo-mundo con el que se ha convivido (en el que se ha vivido) durante meses o años. Intensa, por momentos abrumadora, esa experiencia parece incomunicable.⁶³

Sin embargo, ¿qué pasa cuando una fuente informa *por reiteración*? ¿Qué pasa cuando la evidencia no es la fuente sino la experiencia del archivo? Es cierto que no puedo reproducir la experiencia de los lectores de diarios de hace cien años, pero tampoco puedo negar que mi experiencia de archivo —mi exposición reiterada y sostenida por lo menos a lo largo de dos años al estímulo de esta fuente— indica que *El Diario* —podría ampliar: cualquier periódico— en su disputa por la cultura política operaba como el boxeador que aspira a ganar por puntos y no por nocaut. No era el texto, la foto, la revelación *decisiva* lo que vendría a constituir el punto fuerte de su intervención político-cultural, sino la repetición podríamos decir *hipnótica* de un punto de vista. Esta impresión se fundamenta o por lo menos adquiere mayor solidez cuando encontramos pruebas de que no se trata necesariamente de un efecto colateral de la producción de un diario, sino que puede llegar a ser un objetivo de sus productores. Carlos Manini Ríos —redactor de *El Diario* desde 1929 y director desde 1944— señaló en 1972 sobre el rol que jugó *La Mañana* de cara al golpe de Estado de Gabriel Terra, en palabras que bien podrían comprender la operativa de *El Diario* (el subrayado me pertenece):

la prensa hace opinión, es incuestionable. [...] La *permanente, infaltable, diaria*, campaña de desprestigio [de *La Mañana*] contra el Colegiado, a base de anécdotas en que aparecía incapaz o impotente para gobernar y a menudo caído en ridículo, fue un elemento muy importante para crear un clima nacional que acabó con aquél régimen. Y, en este sentido, tienen razón quienes le imputan responsabilidad principal en su caída violenta [...] En consecuencia, el contralor de un diario que tenga lectores, especialmente si los tiene diseminados en distintos sectores de opinión y no es leído casi exclusivamente por los correligionarios [...] es de mucha importancia para formar el clima.

¿Cómo transmitirle esa experiencia al lector? ¿Cómo demostrar el efecto acumulativo si no es al menos reflejando esa operación, esto es, exponiendo múltiples piezas del archivo cuyos contenidos se reiteran y superponen entre sí?⁶⁴

⁶³ Lila Caimari, *La vida en el archivo...* op. cit., pp. 10-11.

⁶⁴ Carlos Manini Ríos, *Una nave en la tormenta*, Montevideo, Imprenta Letras SA., 1972, p. 24 (el subrayado me pertenece). Agradezco a Marcia González el señalamiento de este pasaje.

Un ejemplo: las portadas. Enteramente visuales y casi siempre enteramente fotográficas, proponían un orden del mundo espectacular y desjerarquizado, muy a tono con el carácter caótico que *El Diario* adjudicaba a la época. Puedo describirlas: 6 de julio de 1924: un elefante marino en la playa Pocitos; tres banquetes en el Hotel del Prado; un grupo de mujeres participantes de un concurso de belleza y un estadio de fútbol de Buenos Aires. 14 de julio de 1924: conmemoración de la revolución francesa; una tenista de trece años que le ganó un set a una adulta; piernas de mujeres exhibiendo medias “elegantes” y el equipo de remo de la Universidad de Yale. 21 de julio de 1924: montañas y bosques nevados; la delegación mexicana a los Juegos Olímpicos de Colombes; un papel con firmas de los jugadores de fútbol uruguayos que obtuvieron el título en ese torneo y “tres celebridades del cine yanqui”. 7 de enero de 1929: los reyes magos, un campeón de ajedrez, un boxeador, un diplomático boliviano, un grupo de “exóticos” niños coreanos, un “curioso” semáforo inventado en Estados Unidos, un jockey con su caballo y una joven estadounidense con pretensiones de condesa. 4 de abril de 1933: un actor y una actriz de Hollywood; un avión que voló sobre el monte Everest; el actor William Powell rodeado de “mujeres livianas” y “algunos aspectos de la organización hitlerista en Alemania”. 10 de julio de 1933: una mujer exhibiendo “un buen palmito”, una manifestación masiva en “la nueva Alemania bajo Hitler”; cinco sonrientes mujeres jóvenes; un banquete en el Hotel Solís y las aventuras del ratón Mickey. 25 de julio de 1934: alemanes “desarrollando hábitos de trabajo y arraigando el sentimiento patriótico”; actores y actrices de Hollywood; una multitud de “señoritas belgas” en un congreso católico; el retrato de una mujer elegida como “la belleza más típica” de Texas; acorazados japoneses, la “discípula de [Mahatma] Gandhi”; el desfile del “ejército leal a Hitler”; el príncipe de Gales junto a su prometida; John D. Rockefeller y, por último, el presidente alemán Paul von Hindenburg junto a Adolf Hitler desfilando en un automóvil. 18 de setiembre de 1934: una anciana que torturó a una niña; actores y actrices de Hollywood; Hitler saludando al desfile de una milicia nazi; la actriz brasilera Carmen Santos; el ministro de propaganda nazi Joseph Goebbels; el primer aviador que cruzó el canal de la mancha; el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt; el “miembro del gabinete alemán” Rudolf Hess y una mujer condenada a muerte en EEUU por asesinar a su esposo.

O puedo mostrarlas⁶⁵:

⁶⁵ Portadas de *El Diario* correspondientes a las siguientes fechas: 6 de julio de 1924; 18 de setiembre de 1934; 10 de julio de 1933; 4 de abril de 1933, 7 de enero de 1929; 21 de julio de 1924 (**imágenes 6, 7, 8, 9, 10, 11**).



6



7



8



9



10



11

Decisión autoral y no simple emanación del archivo, la selección y la sucesión sirven para demostrar la imposición de la cultura visual estadounidense, los mecanismos de construcción de la masculinidad hegemónica, la exotización del mundo no occidental y la súbita incorporación del imaginario nacionalsocialista a la cultura de masas en Montevideo. Más que eso: informa sobre lo normal, lo habitual, incluso lo rutinario de cualquiera de esos procesos.

Resta la pregunta sobre los lectores. El oficinista que agarró el diario después de la siesta o el cliente de la carnicería de La Unión que lo leyó en voz alta para que sus vecinos

conocieran los detalles de la captura de los asaltantes del cambio Messina pueden ser dos arquetipos de un sujeto que requiere ser definido. ¿Cómo hacerlo? ¿Qué categorías sociológicas pueden dar cuenta de su pertenencia de clase, de su identidad de género y su bagaje cultural? ¿“Varones urbanos pertenecientes a las clases/sectores populares o medios”? ¿“Trabajadores y empleados de oficina”? ¿Alguna categoría *ad hoc* que cierre la brecha entre las dos anteriores? Estas preguntas parten de la presunción de que solo la teoría social puede proporcionar una respuesta. Sin embargo, como señala Jablonka, la ficción también puede hacerlo:

el error de quienes excluyen la ficción de la historia estriba en considerar la primera como un metarreal y la segunda como un contenido, una bolsa llena de “hechos”. Sin embargo, la historia es ante todo una manera de pensar, una aventura intelectual que necesita imaginación archivística, originalidad conceptual, audacia explicativa, inventiva narrativa. Si se aspira a comprender las acciones de los hombres, es preciso plasmar un razonamiento, esto es, recurrir a ficciones de método, ficciones controladas y explícitas con respecto a las cuales no es necesario suspender voluntariamente la incredulidad. A la vez activadas y neutralizadas por el razonamiento histórico, eslabones de una demostración, dichas ficciones concurren a la producción de conocimientos. La historia no tiene nada de fábula; necesita, con todo, ciertas ficciones, gracias a las cuales puede justamente decirse científica.⁶⁶

Mediante el control que le impone el razonamiento histórico y la transparencia que supone la explicitación, la ficción es una buena herramienta para dar cuenta de aquellos fenómenos cuya complejidad los vuelve opacos u hostiles al lenguaje descriptivo. La poética es un recurso para formular abstracciones en principio tan útil como la sociología, por lo menos si admitimos que tanto “trabajador de cuello blanco” como “empleado administrativo” o “clase media” no son *la cosa* sino formas de referirse a ella —encerradas correlativamente como mamushkas— y que una será más útil que la otra en función del contexto en se empleen.⁶⁷

⁶⁶ “Antes de anoche en la carnicería...”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, p. 9; Iván Jablonka, op. cit., p. 219.

⁶⁷ “La Iglesia, la familia, la industria textil, son ‘abstracciones’: el sociólogo, exactamente de la misma manera que el físico, tiene el derecho y el deber de poner en juego abstracciones. No por ello deja de ser cierto que esas entidades invisibles son ficciones de método. Hablar de ‘cuello blanco’, por ejemplo, es una doble ficción heurística, porque traspone a una sinécdoque un concepto sociológico abstracto (los empleados administrativos)”. Iván Jablonka, op. cit., 213.

En el curso de esta investigación encontré en la vida del músico y cantante Jaime Roos —contada por Milita Alfaro— algunas conexiones imprevistas entre su obra y mi objeto de estudio: los diarios están en sus canciones y su poética está en los diarios. Intuí que esa conexión podía sugerir algo sobre los lectores de *El Diario* y —tras prestarle mayor atención a las letras de las canciones— concebí la hipótesis de que una definición adecuada para ellos podía ser “el hombre de la calle”, ese solitario varón urbano descrito por Roos en 1991 que “encorvado [y] de sombrero” camina “contra el viento” por las calles de Montevideo un día de temporal, que se detiene frente al quiosco de diarios y revistas porque “lo distrae un titular”, que veces incluso “compra un diario y se lo lleva para ojear las fotos del partido en la página de atrás”, que oye la radio aunque las noticias le enojen (“en medio del discurso dice ‘no te aguanto’ más [y] corre bruscamente el dial”), que a pesar del desencanto con una vida llena a de promesas incumplidas “sigue yendo a trabajar”, que representa, en fin, a los miles como él “que veo en cada esquina y escucho en cada café”, hombres anónimos cuya vida transcurre siempre igual a sí misma “como todo en la ciudad”.⁶⁸

¿No es acaso ese hombre a quien *El Diario* propuso como habitante arquetípico de la ciudad y, por lo tanto, lector ideal? ¿No aparece —incluso en su disposición corporal: “encorvado y de sombrero”— en la crónica que le dedicó el 13 de julio de 1923? ¿No es ese que “pasa por la plaza, apresuradamente, perfilando el cuerpo contra el empuje del viento acometedor”? Es difícil desentrañar cuánto hay de hilación genealógica y cuánto de coincidencia sentimental entre el hombre de la calle de Jaime Roos y “el hombre de la calle” —la cita es textual— que en 1932 *El Diario* entrevistó en una de esas “esquinas céntricas donde se registran todos los días escenas curiosas y pintorescas”, ese hombre “que quisiera poner en la balanza del destino [...] las ilusiones que aún caben en su escepticismo melancólico”, pero también es innegable que podría exhibir infinidad de pruebas para delinear en esos términos al lector imaginado por *El Diario*: un varón que habita entre los sectores medios y populares, que detesta su condición subordinada y sabe que no podrá trascenderla (salvo mediante la suerte que dispensa la quiniela, la lotería o los caballos), que tiene trabajo pero vive al día, que desprecia pero también envidia a los ricos, que forma parte de una red afectiva integrada por sus congéneres —con quienes comparte el espacio del bar o el hipódromo, quizá los únicos lugares donde aflora su buen humor— y por una mujer que lo

⁶⁸ Milita Alfaro, op. cit., pp. 121, 217. Los entrecorchetos de este párrafo corresponden a la letra de la canción *El hombre de la calle* (Jaime Roos, 1991). El video clip oficial puede verse en: https://www.youtube.com/watch?v=8un_gfBa-20

quiere y con quien forma pareja. Vale como ejemplo la crónica autoficcionalada que firmó *Calepino* en 1935, donde especuló cómo sería su vida al día siguiente de ganar la lotería:

[me entregué] al placer sensualísimo de mandar a pasear al trompa y quedar[m]e panza al sol por el resto de la cosecha [...] Confisqué todo el vino apto que había en plaza y empecé la garufa. Comí milanesas —mi debilidad— hasta hartarme, dejé satisfecha mi ansiedad de casa propia, compré auto y dopo de mandar a freír espárragos al patrón y decirle al Jefe de Sección que si quería un suelto se lo escribiese él, me sampé en la catrera del atorro plácido, senza preocupaciones, con todos los lujos y la vehemencia lógica a que da derecho la circunstancia excepcional de tener medio millón en el bolsillo.

La riqueza, sin embargo, implicaba quedar afuera de “la muchachada”, una red de relaciones que suplía con afecto las privaciones materiales:

mi amigo, mi mejor y único amigo ahora me saluda sacándose el sombrero, en gesto de servilismo que me hace detestarlo. En todas las ruedas en que siempre tallaba merced a mi buen humor proverbial, he visto rostros que reflejan envidias. La amistad actual, la camaradería bohemia y desinteresada se troca en inequívocas muestras de deseo por mi dinero. Dejé de ser aquél muchacho alocado, jovial y siempre contento, porque mi persona desapare[cío] para todos tras varias pilas de monedas, y yo dej[é] de ser lo poco que soy para transformarme en plata [...] Mi felicidad, mi contenteza libre actual empezó a transformarse en desconfianza de todos. [...] He ido a Maroñas y... ¡le perdí el gusto a las carreras! Ahora se me obliga, entremezclado entre la bacanería del palco de Socios, a encajarle sordina al entusiasmo.

Por eso, una vez roto el hechizo y vuelto el autor a la vida normal

podré vivir nuevamente libre, feliz, despreocupado, cantando loas a la existencia, con mis cuatro vintenes en efectivo y mi gran bagayo de deudas por ahí diseminadas. [...] Continuaré contento, risueño, tranquilo, respirando a plenos pulmones y gozando de la ventaja indudable de saber que si algo tengo es porque me lo he ganado arqueando el lomo y si me gasto un peso, tengo derecho a hacerlo, porque es mío, bien mío y nadie podrá reprochármelo. [...] Y puede no más besarme tranquila

la botija que tengo la seguridad, la absoluta seguridad que me quiere a mí... y me quiere como soy y no por los vintenes..

¿Interpelaban de alguna manera estas palabras a sus lectores? ¿Reflejaban una estructura de sentimiento más amplia que la de quien las había escrito? ¿Son el vestigio de un deseo individual? ¿O remiten a una fantasía colectiva? Es demasiado arriesgado afirmar de manera concluyente una u otra cosa, pero hay una pista en la primera frase —escrita en una sugestiva segunda persona del plural que trafica o atribuye el deseo del autor a sus lectores— de que sí reflejan por lo menos el intento de crear una comunidad de sentido: “para ustedes, muchachada [...] debe ser una gran papa el programa que se nos condimenta y que por felicidad ya está en puerta”, escribió *Calepino*, como si fuera obvio, primero, que los miembros de esa “muchachada” existían; segundo, que coincidían con los lectores del texto y, tercero, que deseaban salir de pobres, trabajar menos y darse algún lujo, pero también saberse queridos por una mujer, admirados por sus amigos y sentir que tenían toda la vida por delante.⁶⁹

⁶⁹ “La ciudad bajo el frío”, en *El Diario*, 13 de julio de 1923, p. 3 (**imagen 12**); “Mientras el ómnibus llega...”, en *El Diario*, 22 de febrero de 1932; *Calepino*, “Se juegan quinientos mil”, en *El Diario*, 27 de diciembre de 1935, p. 10. En acuerdo con Sara Ahmed, sostengo que convertirse en el “tú” sugerido por una narrativa convocante implica aceptar e interiorizar aquellas emociones dispuestas —y no “contenidas”, en tanto la emoción no es una propiedad sino una relación— por el texto. En este caso, *excitarse* ante la posibilidad de ganar la lotería, *deprimirse* al tener que vivir según las convenciones de la aristocracia y *alegrarse* (“contento, risueño, tranquilo, respirando a plenos pulmones y gozando...”) por recuperar su lugar entre el pueblo. Las emociones son performativas en tanto proporcionan un guión que afecta la experiencia, moldea los cuerpos y conforma sujetos sociales (Sara Ahmed, op. cit., p. 38).

LA CIUDAD BAJO EL FRÍO

Pasada la insomne pesadilla del temporal, Montevideo ha vuelto a recobrar su habitual aspecto, su fisonomía ordinaria, a la cual un cronista de esta casa, bajo la presión del frío circunstante ha dedicado las líneas que subsiguen:

En la escala geológica podrían encontrarse múltiples analogías con el fenómeno evolutivo que caracteriza a Montevideo durante la fuga del planeta a través de los doce signos zodiacales. En ese sentido — propios y extraños lo han reconocido — ninguna otra capital sudamericana presenta una configuración tan singular y definida, ni alcanza rasgos tan señalados de ciudad esencialmente veraniega. Un poco



saurio y otro poco libélula, nuestra urbe irradia y vive para el solsticio máximo y duerme un letargo que es morir un poco, cuando en la elíptica cósmica apunta el equinoccio de otoño.

El mar, que nos circunda, tiene de ello la culpa, aunque tal vez no toda. Las playas informan lo más saliente de nuestra fisonomía ciu-

cuerpo de la ciudad se estremece todo bajo el frío, las plazas parecen tener una mueca rugosa en la facies e intensamente amoratada la nariz. Los bancos, los buenos y pacientes bancos placeros sufren ahora la nostalgia familiar del concurso helioterápico, divagador e inactivo... El concurso pintoresco e inconfundible de los parlantes moradores de los bancos, unidos todos por la filosófica fraternidad de no hacer nada, bajo la sedante y amable caricia del buen sol invernal.

¿Qué será, ahora, de esos ciudadanos pacíficos e intrabajadores, bipedas golondrinas, más que ninguna otra anunciadoras del buen tiempo Diógenes callejeros ¿dónde ocultarán en el invierno su bonachona silueta de ironistas al revés, encantados de la vida? Quién lo sabe! Pero volverán... cuando al sol se le pase este enojo friolero, cuando de nuevo se reconcilie con nuestro hemisferio, volverán, sin duda, volverán a ocupar sus puestos en los bancos placeros, solos y abandonados ahora, y que, al recuerdo de sus parroquianos, parecen obstinarse, entre la niebla matinal, en un hosco gesto de melancolía.

Y en tanto, la gente pasa por la plaza, apresuradamente, perfilando el cuerpo contra el empuje del viento acometedor. Las palmas, esas manifestaciones vegetales, disciplinadas por los reglamentos edilicios, entrechocan en el aire, con seco sonar de crótalos, el fracaso multiforme de sus varillajes. Y en lo alto de su pedestal, erguido y recio en el metal consagratorio, el prócer se eleva, con la insensibilidad de las estatuas. La niebla, al danzar del viento coreográfico, lo envuelve en una nube vagarosa.

Y la gente continúa cruzando por la plaza, apresuradamente, indiferente a la hospitalidad generosa de los bancos, obstinados en un hosco gesto de melancolía.

En el puerto

En el puerto empezamos a ser

En este barrio existe una gran cantidad de hombres que se ubican entre el patrón y el obrero, es decir que tienen algo de patrón y de obrero, pues ellos trabajan para patrones y son tratados por esos mismos patrones de obreros, y ellos a su vez son tratados de patrones por los obreros que ocupan; y como se conocen todos y como todo este barrio está en parte compuesto por estos mestizos políticos (pues se ocupan mucho de la política), estaría bien que nuestro periódico llegara hasta ellos y que se hagan cargo un poco de nuestra política.

Achille Leroux (1848), en Jacques Rancière, *La noche de los proletarios*, 1981.

2. “El libro de cabecera del pueblo son los diarios modernos”.

El Diario y los diarios

En su aspiración de abarcar todos los aspectos de la historia y el presente del país, *El libro del centenario* publicado por la Agencia Publicidad Capurro y Compañía en enero de 1926 dedicó un apartado a presentar los principales medios de prensa diaria que circulaban en Montevideo. Al momento de detenerse en las particularidades de *El Diario* señaló que al igual que *La Mañana* era editado por Seusa y que respondía a la orientación política del riverismo, pero agregó que —con “plena conciencia de lo que debe ser una hoja informativa de última hora”, lo cual equivalía a señalar que un diario vespertino no era la mera versión tardía de un matutino— tenía algo que lo diferenciaba de todos los otros,

su carácter noticioso, ligero, múltiple y variado [...] su vastísima información deportiva y turfística, su amplia y atrayente sección dedicada a los sucesos policiales, sus comentarios leves y oportunos, sus rápidos reportajes, sus breves y copiosas notas informativas de todo orden.

Este carácter quedaba probado, en particular, por sus dos características más salientes: el énfasis que le daba a la presentación visual de las principales noticias de la jornada y su capacidad de mostrarlas antes que nadie, casi que de manera simultánea a los hechos:

ha introducido en el ambiente periodístico de la República, una innovación, a la que es dable atribuir una buena proporción de su éxito. Nos referimos a la índole exclusivamente gráfica de su primera página. De tal manera se combinan los grabados que diariamente van en ella, es tal el interés que esas notas provocan, reproduciendo vistas de palpitante actualidad o de curiosidad atrayente, relacionadas con el país o con el extranjero, que podría decirse que bastaría esa primera plana para hacer una publicación interesante. Durante su actuación en el ambiente nacional, este diario ha logrado destacar, con relieves sin precedentes, una de las características que lo han hecho inconfundible: la primicia noticiosa. En

diversas oportunidades ha superado, con la anticipación fidelísima de las noticias, todas las posibilidades con que cuenta un diario moderno [...] para poner al público en inmediato conocimiento de las más importantes novedades cotidianas.⁷⁰

Esta impronta, lejos de ser una casualidad o el resultado de un descubrimiento hecho con el tiempo, fue una definición explícita de los hacedores de *El Diario*, como queda en evidencia tras la lectura del prospecto publicado en su primer número, el 6 de julio de 1923: de acuerdo al anónimo editorialista, si bien la orientación “política, social, económica, cultural e informativa” del nuevo diario iba a ser la misma que la de *La Mañana* —del cual “será algo así como una segunda edición”, a fin de que el “contacto espiritual” entre la empresa editorial y sus lectores no se produjera solo una vez cada veinticuatro horas—⁷¹, “debemos tener nuestros moldes propios”. La descripción de esos moldes era coincidente con lo que desde fines del siglo XIX se definía como *prensa moderna*⁷²: “la nota breve, la información extranjera, el comentario sucinto, el reportaje sobre el asunto de mayor actualidad en todos los órdenes, la crónica de los deportes y el turf”. *El Diario* debía presentar de manera breve y precisa ni más ni menos que la realidad, desdoblada en su dimensión espacial —cómo es la ciudad, cómo es el mundo— y temporal —qué está pasando *ahora*—, mediante una mirada que —como revela el énfasis puesto en los espectáculos de masas— haría de ella una forma de entretenimiento. En la división del trabajo dispuesta por Seusa, *El Diario* se encargaría de producir aquel material de “lectura [en el que] descansa y se dinamiza el espíritu colectivo, reñido con todo tema trascendental, después que la ruda y prosaica labor diaria impone sus pesados tributos al rico coeficiente de sus fecundas energías” o, en otras palabras, de ofrecer a los empleados y trabajadores un producto para ocupar el tiempo libre y distraerse de la dura vida les había tocado en suerte.⁷³

⁷⁰ Perfecto López Campaña (director), *El libro del centenario del Uruguay*, Montevideo, Agencia de Publicidad Capurro y Compañía, 1926, p. 211. Cabe aclarar que la “modernización” de la prensa montevideana que significó la aparición de *El Diario* se inscribe en una tradición que remite a la segunda mitad del siglo XIX, cuando las empresas periodísticas dejaron de ser iniciativas de corta duración emergentes en contextos de conflictividad bélico-política y se volvieron proyectos sostenidos en el tiempo y destinados a un público amplio. Mónica Maronna ha trazado una genealogía de ese tipo de diarios que destaca a *El Siglo* (1863), *La Razón* (1878), *La Tribuna popular* (1879) y *El Día* (1886 y 1889). Este último merece en destaque particular, ya que fue el primero en implementar la venta callejera y el que empujó a la baja el precio de los diarios en general; además, allí se formaron como políticos/periodistas Pedro Manini Ríos y Héctor Gómez (Mónica Maronna, “La prensa uruguaya en tiempos de modernización”..., op. cit., pp. 269-277).

⁷¹ Este planteo bien puede advertirnos sobre cierto éxito comercial de *La Mañana*, traducido en capacidad de producción ociosa, identificación de un mercado y recursos para satisfacerlo.

⁷² Carlos Barrera (coord.), *Historia del periodismo universal*, Barcelona, Ariel, 2004, pp. 95-98; José Javier Sánchez de Aranda, “Evolución de la prensa en los principales países occidentales”, en Carlos Barrera (coord.), *Historia del periodismo universal*, Barcelona, Ariel, 2004, pp. 108-110.

⁷³ “A modo de programa”, *El Diario*, 6 de julio de 1923, p. 3. Una versión alternativa de este prospecto, referida por Daniel Álvarez Ferratjans en su *Historia de la Prensa Uruguaya*, es aún más enfática en esta intención. Digo

A todo con esa impronta parecen haber estado las decisiones relativas a su precio, diseño, cantidad y composición de las páginas. Entre 1923 y 1935 se imprimió siempre en tamaño sábana (60 x 40 cm) y —hasta diciembre de 1934— nunca tuvo más catorce de páginas; casi siempre fueron doce, salvo las excepciones relacionadas con la cobertura de asuntos policiales de gran interés —como la captura de los asaltantes del cambio Messina el 9 de noviembre de 1928 o la de la Miguel Arcángel Rosigna el 26 de marzo de 1931— que justificaron ediciones de dieciséis. Tampoco tuvo —también, hasta diciembre de 1934 y salvo escasas excepciones— “secciones” o “suplementos” definidos en esos términos; si bien existían, en rigor, secciones específicas distinguidas por títulos que organizaban sus diferentes tipos de contenido, no se nombraban así, sino “la página de...”, quizá porque casi nunca ocupaban más que ese espacio. Esto lo diferenció, desde sus inicios, de *La Mañana*, que en el mismo período tenía, por lo regular, el doble de páginas.⁷⁴

“alternativa” porque el texto que refiere Álvarez Ferratjans tiene varias coincidencias con el prospecto que efectivamente fue incluido en el ejemplar del 6 de julio de 1923, pero también incluye pasajes —cuyo contenido, de todos modos, resulta coherente con el del original— que no se encuentran en él. El texto citado por Álvarez Ferratjans dice: "vamos a darle preferencia a la noticia, a la nota breve, a la información extranjera, al comentario sucinto, al reportaje sobre el asunto de mayor actualidad, cualquiera sea el orden. [...] Vamos a darle importancia a la crónica deportiva, al turf, a la noticia policial, porque en la lectura de esas historias descansa y se dinamiza todo el espíritu colectivo, reñido con todo tema trascendental después de la ruda y prosaica labor diaria que impone sus pesados tributos al rico coeficiente de sus fecundas energías. [...] ¿Qué es lo que quiere ese lector que todavía no existe? ¿Cómo hablarle a aquél que todavía no se conoce? [...] Esa es una buena pregunta. Es válida en este primer día, pero tiene que estar vigente en cada momento de la vida de este diario que hoy nace. [...] Vamos a llegar en la noche a las manos de la gente. Están cansados, tienen sus problemas agudizados en el transcurso del día. Debemos contarles lo que ha ocurrido en el día y también darles la información que alivie esas preocupaciones, que haga llevadero el cansancio de toda la jornada. Por eso las imágenes gráficas, por eso las notas deportivas, los temas que le interesan aunque no sean trascendentes, por eso el tratamiento a fondo del gran asunto del día. [...] Hablemosle a nuestros lectores como a la gente le gusta que le hablen. Con sencillez, con claridad, con su propio lenguaje [...] con respeto del idioma pero con espontaneidad, con frescura. [...] Seamos precisos y veraces, pero también tratemos de ser entretenidos, elegantes, sin rebuscamientos. En fin, tratemos de ser el reflejo de lo que la gente espera de nosotros". Una posible explicación de la discrepancia es que Álvarez Ferratjans —periodista que trabajó en *La Mañana* y *El Diario*— haya accedido a un borrador del prospecto, puesto que la parte del texto comienza con “¿Qué es lo que quiere ese lector que todavía no existe?” es una continuación plausible del final del texto efectivamente publicado (Daniel Álvarez Ferratjans, *Historia de la prensa en Uruguay. Desde la Estrella del Sur a Internet*, Montevideo, Montevideo, Fin de Siglo, 2008, pp. 466-467). Cabe mencionar la similitud de este prospecto con el de que publicó *El Mundo* de Buenos Aires en 1928 y así advertir sobre el uso estereotipado de estas fórmulas en el Río de la Plata durante los años veinte como recurso descriptivo del *periodismo moderno*. Decía *El Mundo*: “queremos hacer un diario ágil, rápido, sintético, que permita al lector percibir por la imagen directa de las cosas y por la crónica sucinta y a la vez suficiente de los hechos, todo lo que ocurre o todo lo que, de algún modo, provoca el interés público. En una palabra queremos hacer un diario viviente en su diversidad y en su simultaneidad universal. Pero este sentido objetivo de los sucesos, que es un sentido esencialmente periodístico, adaptado al ritmo de velocidad que caracteriza a nuestro tiempo, no alejará de nuestro espíritu el concepto fundamental que debe dirigir a un órgano que busca el contacto con las masas populares y desea una difusión persistente y amplia” (citado por: Sylvia Saïtta, “El periodismo popular en los años veinte” capítulo XI de *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Tomo VI de la Nueva Historia Argentina, dirigido por Ricardo Falcón, Buenos Aires, Sudamericana, 2000. Págs. 435-471).

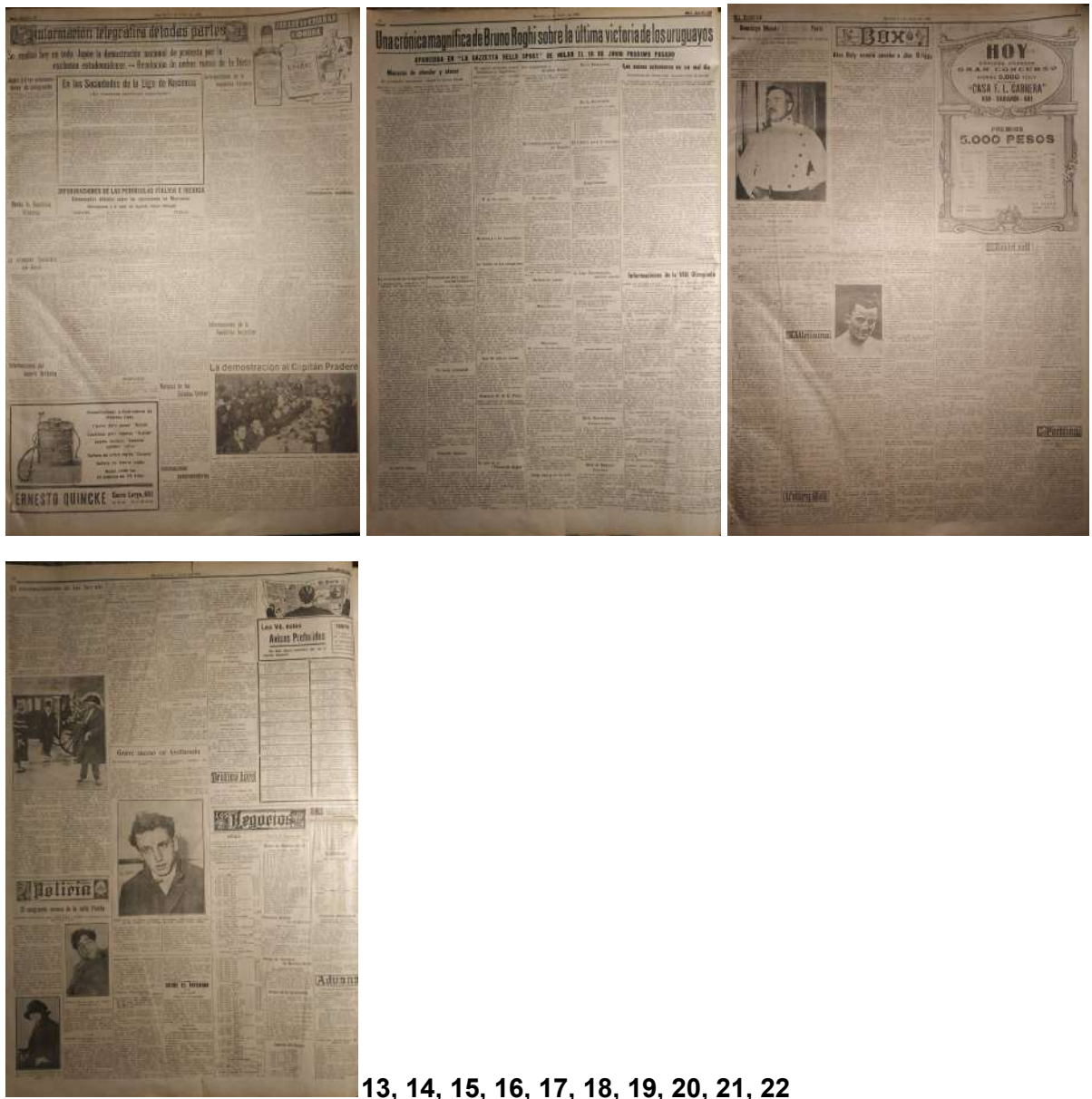
⁷⁴ “Lea La Mañana”, en *El Diario*, 23 de julio de 1930, p. 6.

La composición de las páginas no fue exactamente la misma a lo largo de todo el período, pero las variaciones —por lo menos entre 1923 y 1934— no fueron esenciales, lo cual permite proponer con fundamentos un modelo descriptivo de esa composición a partir del examen de un número escogido al azar. Veamos el ejemplar del 1º de julio de 1924. En portada aparecía, al tope, el precio, el título y los datos básicos de la empresa editorial; el resto del espacio era completado con imágenes —la inmensa mayoría, fotografías— acotadas con textos muy breves que las contextualizaban o que abordaban asuntos con respecto a los cuales la imagen era una mera ilustración; en la parte inferior aparecían tres viñetas de humor gráfico. En la página 2 se destacaba el espacio “Novelas breves” o “El cuento de hoy”, que ocupaba el quinto inferior de la página y que consistía en la publicación de cuentos o novelas por entregas de autores populares europeos o estadounidenses. El resto la página contenía: “pequeños avisos” comerciales, el programa de cine y de las conferencias del día, información sobre la actividad política riverista (por ejemplo, el lugar dónde debía reunirse determinado comité ejecutivo), precios mayoristas de frutas, verduras, cereales, carnes, información sobre partidas y arribos en el puerto y avisos publicitarios. En la página 3 se repetía, también al tope, el título, precio y la información básica de la empresa editorial; abajo, a la derecha, había un pequeño recuadro dedicado a noticias legislativas; el resto de la página eran pequeños sueltos que aludían a asuntos variopintos (el calor insoportable que estaba haciendo en pleno julio; la disputa entre los habitantes de dos pueblos italianos por la propiedad de una montaña; el curioso proyecto de un grupo de ciudadanos estadounidenses consistente en fundar una universidad “flotante” en un crucero; la inescrupulosidad de “ciertos comerciantes” que ofrecían falsas curas contra la tuberculosis, entre otros) y uno más grande y destacado, que incluía fotografías. No había, en este caso, texto editorial, a no ser que tomemos por tal el que informaba sobre el calor, ubicado en la esquina superior izquierda. La página 4 se titulaba “El día social” y era (podemos suponer, porque aun la intención no era explícita; lo sería algunos años después) la dedicada a “la mujer”; consistía en una publicidad de un cuarto de página que promocionaba una bebida saludable para niños; el resto incluía: informaciones sobre fiestas, bailes, procesiones, conferencias, festivales, recitales, enlaces, viajes, cambios de residencia y necrológicas alusivas la elite montevideana; una viñeta de humor gráfico sobre el corte de pelo a garzón, recuadros a medias informativos y publicitarios sobre cómo adelgazar o evitar ciertas enfermedades; publicidad de una tienda de ropa y una juguetería; informaciones sobre el clima y —fuera de contexto y ocupando un espacio muy menor— un parte de novedades sobre asuntos militares, pesca y exportación de carnes. La página cinco se dividía entre el panorama teatral y los asuntos tratados por el Consejo

Nacional de Administración. La primera columna de la página seis continuaba la información del gobierno; el resto estaba dedicado al Turf. La siete reunía un compilado de noticias breves del panorama internacional bajo el título “información telegráfica de todas partes”. La ocho era íntegramente para el fútbol. La nueve privilegiaba el boxeo pero también informaba sobre otros deportes, como esgrima, volleyball, yachting, basquetbol y atletismo. La página diez era también la contratapa y allí aparecían algunos “avisos preferidos”, el desarrollo de una noticia internacional, cotizaciones de activos en bolsas financieras y, con mayor destaque, la información policial.⁷⁵



⁷⁵ *El Diario*, 1 de julio de 1924 (imágenes 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22).



13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22

Andado el tiempo, las variaciones de este modelo implicaron sustancialmente dos cosas: el aumento del espacio destinado a los contenidos espectaculares y la adopción de nuevos elementos de diseño. A modo de ejemplo: la “nota policial del día” (un homicidio, un asalto, incluso una “importante adulteración de billetes de lotería” o cualquier hecho que ofreciera posibilidades de destaque, lo cual, pese al título, no ocurría todos los días) comenzó a abarcar un espacio específico que incluía siempre fotografías, mientras que la página “Policía” se mantenía aparte y reunía comentarios breves sobre delitos menores. En la misma línea puede señalarse la sustitución del entretenimiento literario por el visual: las “novelas

breves” o “el cuento de día” fueron reemplazadas, a partir de 1932, por tiras cómicas como El Ratón Mickey o Connie, la chica detective.⁷⁶

Salvo escasas excepciones —entre ellas la llegada a Montevideo del aviador español Ramón Franco, que motivó un solemne diseño ilustrado alusivo a la hermandad uruguayo-española— las portadas enteramente fotográficas se mantuvieron durante todo el período, lo cual fue una novedad entre las prácticas de la prensa uruguaya y una de sus marcas distintiva durante las décadas siguientes. La yuxtaposición de imágenes con escasa o ninguna relación lógica, temática o argumental fue su principal uso narrativo y para su confección recurrió casi exclusivamente a fotografías provistas por las agencias de noticias. También se nutrió de ellas para confeccionar portadas dedicadas al abordaje en profundidad de algún tema en particular, como el 2 de agosto de 1934, cuando gritó “¡¡Se acerca la guerra!!” y llenó la tapa con fotografías de armamento y movimiento de tropas en Europa, o “Basta!” el 3 de junio de 1935 para pedir el fin de la guerra del Chaco. Este tipo de portada también se nutrió de fotorreportajes propios. Muchos se justificaban por la cobertura de algún espectáculo de masas, como los festejos en las calles de Montevideo por la obtención del campeonato sudamericano de fútbol en enero 1935, la “adhesión [del pueblo] al gobierno nacional” tras el atentado al presidente Gabriel Terra en junio de ese año o la gente abarrotando diversos tipos de comercio para hacer compras de fin de año el 31 de diciembre de 1934. También surgieron de la cobertura de noticias sensacionales, como la captura de los asaltantes del cambio Messina en noviembre de 1928. Y no en pocas ocasiones se enfocaron en la mera exhibición del cuerpo femenino, usualmente en verano, cuando la concurrencia de mujeres a las playas solía ambientar coberturas que permitían “saborearlas gráficamente”. Fotorreportajes de este tipo también aparecieron frecuentemente en la contratapa: fútbol, delito y publicidad encubierta fueron en este caso los motivos principales.⁷⁷

⁷⁶ “La nota policial del día. Importante adulteración de billetes de lotería”, en *El Diario*, 2 de agosto de 1925, p. 10; “Connie, la chica detective”, en *El Diario*, 14 de marzo de 1933, p. 5.

⁷⁷ Portadas de *El Diario* correspondientes a los días: 2 de agosto de 1934 (**imagen 23**); 3 de junio de 1935; 28 de enero de 1935, 9 de junio de 1935, 31 de diciembre de 1934, 9 de noviembre de 1928; 8 de diciembre de 1927; “Más notas gráficas sobre la prisión de la banda que integraban los hermanos Moretti”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, contratapa (p. 16); “La confitería ‘Jockey Club’ se ha impuesto en nuestra sociedad para las grandes demostraciones”, en *El Diario*, 15 de marzo de 1931, contratapa (p. 12); “Rosigna se entregó sin resistencia”, en *El Diario*, 26 de marzo de 1931, contratapa (p. 16) (**imagen 24**); “Noticiario gráfico internacional de ancho”, en *El Diario*, 23 de diciembre de 1934, contratapa (p. 16).



23



24

En cuanto al diseño, durante sus primeros diez años mantuvo un formato regular, consistente en siete columnas de texto en cuya cajas se insertaban imágenes que —independientemente de la cantidad; podían llegar a ser más de diez por página y varias ocupar el ancho de más de una columna— siempre respetaban sus proporciones. Este molde comenzó a romperse hacia 1934, cuando de las siete columnas pasó a cinco —en ocasiones, incluso, dejaron de ser columnas para transformarse en diagonales— y las fotografías comenzaron a aparecer unas montadas sobre otras, en formatos atípicos como el triángulo o parcialmente cubiertas con fragmentos de texto que, más que información, aportaban elementos de diseño. Sin embargo, más que un corte radical con lo anterior, esto fue la expansión al conjunto del diario de una práctica que —sin sus ribetes más exagerados— venía ensayando, por lo menos, desde 1926: la ruptura de los moldes en un espacio acotado pero protagonista de la página tres, que aparecía indistintamente sin título o como “La solfa del día”, sin firma o bajo alguna de los seudónimos que usaba Américo Agorio y que consistía en una suerte de ensayo sarcástico escrito en verso sobre costumbres urbanas o asuntos de

actualidad. Allí, representando gráficamente el carácter caótico del mundo moderno —no en vano el futurismo de Marinetti fue tema repetido, así como la aviación o la radiotelefonía— el texto podía o aparecer compuesto de revés, mediante una variedad de tipografías y fuentes o atravesado por la líneas de una partitura para generar la sensación de musicalidad —incluso podía no haber texto; solo un chiste visual—, casi siempre componiendo una narrativa de difícil comprensión, donde aquello que fuera que pretendiera representar aparecía deformado, al punto tal que en ocasiones se rogaba “a la persona que llegue a comprender esta sublime partitura, pase por nuestra redacción, para explicársela al autor”, o se indicaba que el mismo autor le estaba buscando el sentido “en el manicomio” o que el texto podía ser leído “en broma o en serio o como quieran [...] lo esencial es que ninguno le encuentre sentido común”.⁷⁸

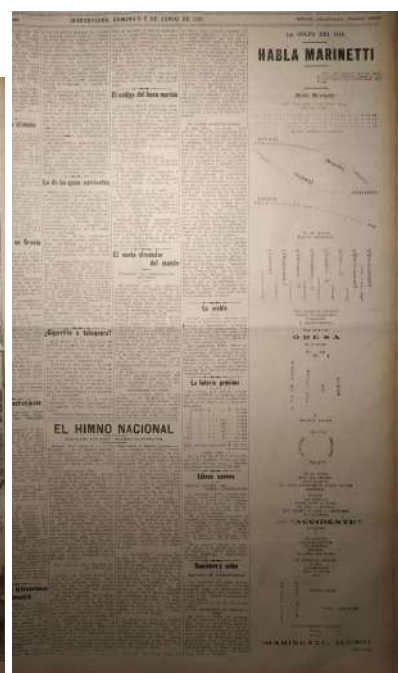
⁷⁸ "Me hizo mal de ojo y tengo ácido en la cabeza", en *El Diario*, 13 de julio de 1931, p. 12 (**imagen 25**); "Terribles consecuencias pudo tener el choque de esta mañana", en *El Diario*, 26 de febrero de 1935, p. 11; "Defraudaron!", en *El Diario*, 3 de diciembre de 1934, p. 6 (**imagen 26**); "¡Empataron!", en *El Diario*, 18 de julio de 1934, p. 16; El bataclán y la caverna. No hemos aprendido nada", en *El Diario*, 2 de agosto de 1925, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], "La solfa del día. Ba ta clan ni das", en *El Diario*, 6 de febrero de 1926, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], "La solfa del día. Habla Marinetti", en *El Diario*, 6 de junio de 1926, p. 3 (**imagen 27**); Ombú Curá [América Agorio] "Salutación al maestro", en *El Diario*, 7 de junio de 1926, p. 3; "La solfa del día. ¡E viva Marinetti! Sonata en Ford mayor (1)", en *El Diario*, 29 de junio de 1926, p. 3; Ombú Curá [América Agorio] "Cabalgata futurista", en *El Diario*, 30 de junio de 1926, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], "Transmite torre Salvo", en *El Diario*, 23 de octubre de 1927, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], "La solfa del día. El aeroplano fantasma", en *El Diario*, 30 de octubre de 1927, p. 3 (**imagen 91**); Ombú Curá [Américo Agorio], "La solfa del día. Nocturno... A media luz", en *El Diario*, 11 de diciembre de 1927, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], "La solfa del día. Poema aviatorio y recontra ultraísta", en *El Diario*, 20 de noviembre de 1927, p. 3. La solfa del día fue la apuesta más "modernista" de *El Diario*, por lo menos si entendemos ese movimiento en los términos propuestos por Peter Fritsche: una forma de mirar instantánea, antinarrativa, disruptiva, desplazada, en contacto con una realidad que se figura como desordenada, furtiva, inesperada, fluctuante. En esta mirada, el modernismo es una forma literaria que remite a un "campo perceptivo inestable", donde todo está cambiando muy rápido, donde nada es fijo y todo eso es amplificado por los relatos que circulan en los medios de prensa. (Peter Fritsche, *Berlín 1900...* op. cit., p. 28). Sobre la recepción del futurismo en Montevideo, ver: Pablo Rocca, "Marinetti en Montevideo (Idas y vueltas de la vanguardia)", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, N° 631, enero 2003; Pablo Rocca, "La máquina y el tiempo. Alfredo Mario Ferreiro entre la novedad y la historia", en Pablo Rocca (ed), *Alfredo Mario Ferreiro: una vanguardia que no se rinde*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Universidad de la República, 2009; Verónica Lucila Cohen "Automóviles y locomotoras con aires de Postrosfuturismo en la literatura montevideana de Alfredo Mario Ferreiro", en *Index, Revista De Arte contemporáneo*, (07), 86–93. <https://doi.org/10.26807/cav.v0i07.231>; Andrea Aquino Suárez, "Ecos lejanos del Futurismo en Uruguay. Claves que aún incomodan", en *Revista Sic. Revista de literatura y arte de la Asociación de Profesores de literatura de Uruguay*, abril de 2017 [en línea: <https://revistasic.uy/ojs/index.php/sic/article/view/196/162> Acceso: 31 de julio de 2025]; Daniel Vidal, "Diálogos insospechados: futurismo y anarquismo en los periódicos montevideanos de 1919 y 1921", Ponencia elaborada con materiales surgidos de la investigación Poesía y dramaturgia social del Novecientos en el Uruguay (1878-1920), Montevideo, Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República, 2007-2009. Responsable: Lic. Ay. Daniel Vidal; Tutor: Prof. Dr. Roger Mirza. En línea: https://www.fhce.edu.uy/images/SADIL/imagenes/Seminario_y_Congresos/daniel%20vidal.pdf Acceso: 31 de julio de 2025].



25



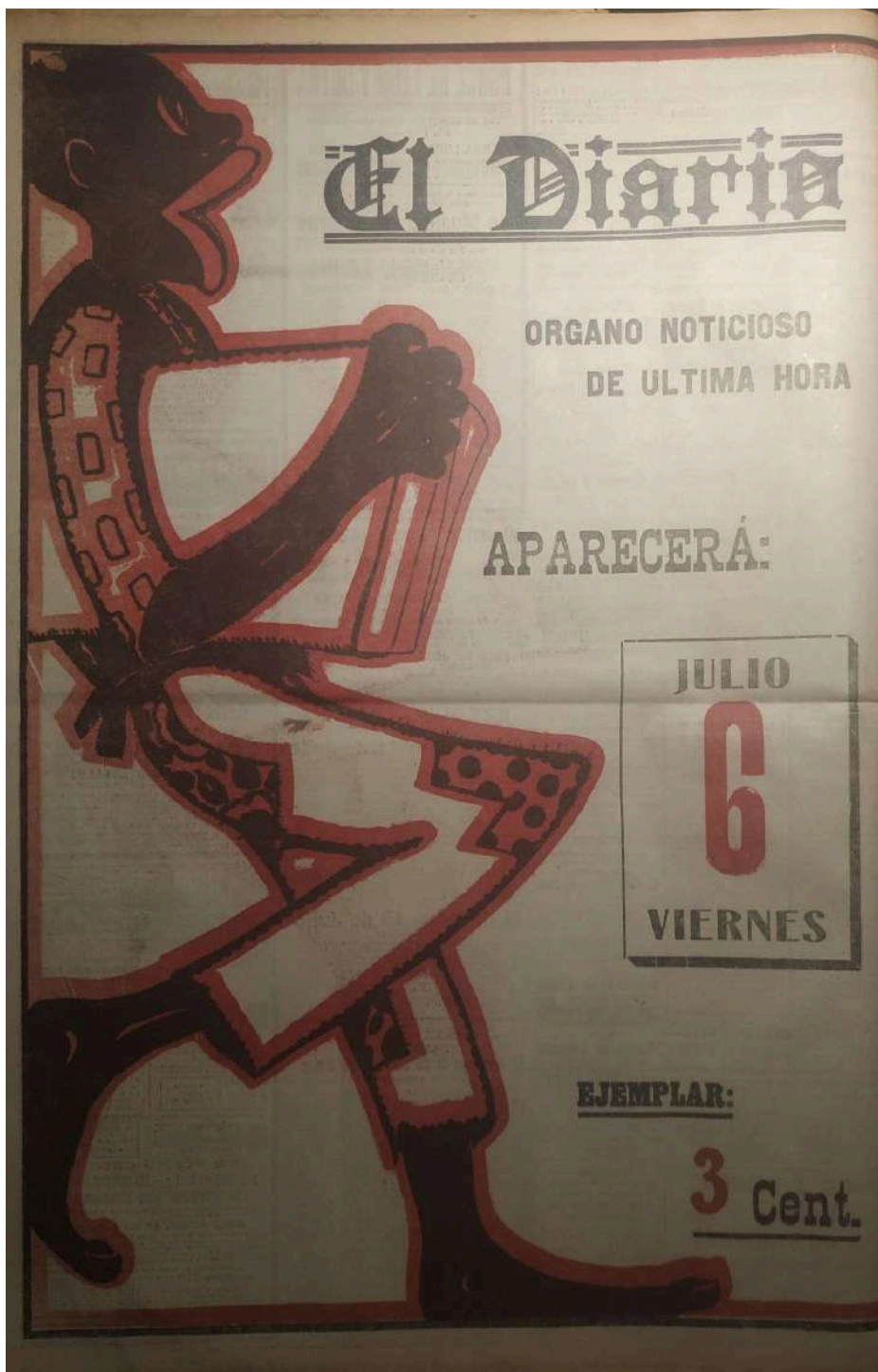
26



27

La ligereza mencionada por *El libro del centenario* también podía aludir al precio. Durante sus primeros nueve años de existencia, *El Diario* siempre costó tres centésimos y siempre recalcó ese dato en portada (aumentó a cuatro en 1932 y dejó de publicar el dato en 1933), lo cual implicaba, sin dudas, que era uno de los impresos más baratos a los que podía accederse en Montevideo. No en vano, cuando en junio de 1923 *La Mañana* —que costaba cuatro centésimos, o sea, un 25% por ciento más— destacó las virtudes del “órgano noticioso de última hora” que estaba próximo a salir, hizo énfasis en su precio, lo cual indica que el dato podía tentar a posibles consumidores. De hecho, si lo comparamos con el de otras publicaciones, esto parece confirmarse. La revista *El Uruguay Gráfico*, que apareció cuatro meses después y que proponía un modelo de comunicación muy similar al de *El Diario* (“Football, carreras y deportes” eran a sus principales intereses; su objetivo, satisfacer un mercado cuyo “deseo” era contar con “lectura ligera y amena”) costaba siete centésimos. El periódico anarquista *La Batalla* —el dato es de fines 1920—, cuyos contenidos, por supuesto, diferían mucho de los *El Diario* pero que podemos asumir orientado también, principalmente, hacia los sectores populares, se vendía a cuatro centésimos, mientras que los también vespertinos *La Tribuna Popular* e *Imparcial* —que salió a la luz en 1924— se vendían

también a tres centésimos, precio que seis años después *El Diario* definiría como el “corriente para los diarios metropolitanos”.⁷⁹



28

⁷⁹ “El Diario. Órgano noticioso de última hora”, en *La Mañana*, 4 de julio de 1923, contratapa (p. 16) (**imagen 28**); “Football, carreras y deportes. A manera de presentación”, en *El Uruguay gráfico*, 15 de noviembre de 1923, p. 1; “Nuestro próximo número se venderá a a \$ 0,07 el ejemplar”, en *El Uruguay gráfico*, 15 de noviembre de 1923, p. 1; *La Batalla*, 31 de diciembre de 1920; *Imparcial*, 6 de setiembre de 1924. “La Mañana a tres centésimos”, en *El Diario*, 15 de julio de 1930, p. 4.

¿Y qué representaba ese costo para la economía de sus potenciales compradores? Muy poco, si tenemos en cuenta los precios de otros artículos y servicios accesibles a amplios sectores de la población. Veamos algunos datos, extraídos de las propias páginas de *El Diario* y relevados entre los años 1923 y 1935:⁸⁰

Año	Producto	Precio en pesos
1923	Docena de huevos	0,28
1923	Litro de leche	0,06
1923	Boleto de tranvía	0,04
1923	Bicicleta	45,00
1923	Libro “Episodios históricos”, de Rómulo Rossi	0,50
1925	Entrada más barata para el estreno de una obra de teatro de género chico	0,30
1925	Taza de té	0,50
1926	Entrada para una obra de teatro en función regular	0,05
1926	Entrada de cine un domingo	0,03
1926	Fotografía de 18 x 24 cm en la casa “Fotografía Siglo XX”	2,50
1928	Fotografía de 18 x 24 cm en la casa “Civitate”	10
1935	Oferta de “obras maestras” de la literatura	0,12

Comparar el precio con el jornal de un obrero o un empleado lleva a la misma conclusión: el de un guardia civil, en 1928, podía estimarse en \$1; el de un obrero en \$2,30; el de un mozo de cafetería, en 1934, rondaba los \$2 considerando las propinas. En otras palabras, en el peor de los casos —de acuerdo a estos datos, limitados pero orientativos— comprar el diario todos los días le representaba a un trabajador el 3% de su jornal. Y si lo comparamos con otros consumos que podríamos considerar suntuarios o por lo menos no

⁸⁰ “La vida cara. Los acaparadores y el tiempo”, en *El Diario*, 21 de julio de 1923, p. 3; “La propina del centésimo”, en *El Diario*, 6 de agosto de 1923; p. 3; “Los rápidos”, en *El Diario*, 26 de agosto de 1923, p. 10 “Episodios históricos”, en *El Diario*, 11 de julio de 1924, p. 2; “La compañía del porteño debuta esta noche”, en *El Diario*, 8 de enero de 1925, p. 5; “El programa de hoy”, en *El Diario*, 6 de junio de 1926, p. 2; “Importancia comercial de la Av. Rondeau”, en *El Diario*, 20 de junio de 1926, pp. 10-11; “Cupón. Fotografía Civitate”, en *El Diario*, 3 de mayo de 1925“, p. 5; Una gran oportunidad que no se volverá a repetir”, en *El Diario*, 16 de enero de 1935, p. 5.

indispensables, vale la pena señalar que ese porcentaje era apenas un cuarto del presupuesto diario que un fumador gastaba en cigarrillos.⁸¹

El de un diario barato, de pocas páginas y con énfasis en los contenidos espectaculares parece haber sido exitoso, por lo menos a juzgar por tres hechos: por un lado, la reformulación de *La Mañana* en 1930 —que bajó de precio para igualar los tres centésimos de su compañero vespertino, “conservando siempre todas sus secciones informativas y ampliando las que al deporte se refiere”— sugiere que el modelo de comunicación de *El Diario* se impuso, por lo menos en parte, sobre el de su más antiguo y en apariencia más importante compañero matutino; por otro, cuando la huelga gráfica de 1934 obligó a Seusa a “reunir los elementos indispensables para que aparezca por lo menos uno de los dos diarios”, optó por mantener *El Diario* y suspender *La Mañana*; finalmente, por el tácito reconocimiento de sus competidores, por ejemplo el que hizo *El Día* en 1934:

el año pasado, en el interés de editar un nuevo periódico, para contrarrestar la acción de un vocero dictatorial que se difundía en la masa del pueblo por su información de deportes, y que al amparo de esa difusión hacía daño político a los partidos independientes, nuestra empresa, en el deseo de neutralizar esa propaganda, fundó un nuevo diario.

Lo mismo puede deducirse de su notorio crecimiento a partir de diciembre de 1934, producido más como una multiplicación que como una reformulación de su formato y contenidos: “veinte páginas en dos secciones”, anunció el 21 de diciembre; la segunda, de ocho páginas, estaba casi íntegramente dedicada a deportes y a Carnaval. Un mes después empezó a publicar suplementos. El primero fue el “cómic y policial”, dirigido a los niños y presentado como la expansión de una práctica que ya venía desarrollando: si *El Diario* había sido en primero en Uruguay —en caso de dar por buenas sus afirmaciones— en “alegrar sus páginas con la publicación de tiras cómicas”, en “popularizar al inimitable Miquito [Mickey Mouse]” y al “Tuerto Espinaca” [Popeye el Marino] (con respecto a Mickey Mouse es probable que así la fuera; su primera aparición en prensa es del 13 de enero de 1930 y *El Diario* comenzó a publicarlo en octubre de 1932) ahora sería el primero también en brindar “a

⁸¹ Construí estos datos a partir de tres notas de *El Diario*. Dos de ellas tuvieron por objeto denunciar las precarias condiciones de vida de los guardias civiles, lo cual podría indicar que los gastos a los debían hacer frente estaban exagerados o, por lo menos, llevados al límite de lo creíble. La tercera nota es una crónica sobre la vida de los mozos de Café: “Los servidores policiales. Sus sueldos y sus necesidades”, en *El Diario*, 24 de mayo de 1928, p. 5; Galf [Horacio Abadie Santos], “Reorganización policial y profesionalismo electoral”, en *El Diario*, 12 de noviembre de 1928, p. 3 Silver, “Colores de la urbe. El ‘café’, exposición de vidas, y el ‘mozo’ novelista que nunca escribirá un libro”, en *El Diario*, 21 de diciembre de 1934, p. 16.

nuestros pequeños lectores [...] un suplemento para ellos solos”. Dos semanas después comenzó a publicar un suplemento en colores y a fines de febrero de 1935 ya aparecían ejemplares de treinta y cuatro páginas en tres secciones; el dato era lo suficientemente significativo como para destacarlo en la portada. En diciembre de 1935 —un sábado, probablemente el día de mayor tiraje de un diario que salía de noche y estaba orientado al entretenimiento— tuvo cuarenta y el destaque del dato en portada fue aún mayor; las secciones que cobraron más protagonismo fueron las dedicadas al fútbol, turf, boxeo y noticias internacionales. El lunes siguiente —un día después del partido clásico del fútbol, Peñarol vs. Nacional— la edición tuvo treinta páginas más un suplemento deportivo de dieciséis cuyo éxito hubo que agradecer —además a los cronistas deportivos— “a nuestros compañeros gráficos” que lo habían confeccionado en tiempo record. Para ese entonces la publicación de suplementos era una práctica habitual: en diciembre de 1935 se publicaban el deportivo, el industrial, el multicolor, el infantil y el hípico.⁸²

⁸² “La Mañana a tres centésimos”, en *El Diario*, 15 de julio de 1930, p. 4; “Lea La Mañana”, en *El Diario*, 23 de julio de 1930, p. 6; “El conflicto gráfico”, en *El Diario*, 14 de setiembre de 1934, p. 3; “Nuestro compañero ‘La Mañana’ aparecerá en breve”, en *El Diario*, 24 de setiembre de 1934, p. 3; “Homre... muchas gracias”, en *El Diario*, 17 de setiembre de 1934, p. 3 “Veinte páginas en dos secciones” en *El Diario*, 21 de diciembre de 1934, portada; Walt Disney, “El ratón Miqui”, en *El Diario*, 1 de octubre de 1932, portada; “Primero El Diario, como siempre”, en *El Diario*, 15 de enero de 1935, portada; “Exija de su vendedor el suplemento en colores”, en *El Diario*, 31 de enero de 1935, portada; “34 páginas en tres secciones”, en *El Diario*, 27 de febrero de 1935, portada; “Mala interpretación”, en *El Diario*, 14 de diciembre de 1935, p. 3; “Edición de 26 páginas”, en *El Diario*, 3 de diciembre de 1935, portada; “40 páginas. 3 secciones”, *El Diario*, 7 de diciembre de 1935, portada (**imagen 29**); “Treinta páginas tendrá la edición de mañana que el Diario pondrá a la venta mañana”, en *El Diario*, 9 de diciembre de 1935, portada; “Fue excepcional el éxito de nuestro suplemento deportivo”, en *El Diario*, 10 de diciembre de 1935, portada; Petronilho, “En la independencia industrial está el secreto de nuestra independencia económica”, en *El Diario*, 3 de diciembre de 1935, p. 1 (segunda sección); “Reclame el suplemento multicolor que acompaña a esta edición”, en *El Diario*, 4 de diciembre de 1935, p. 12, “Botijas! Mañana sale el suplemento”, en *El Diario*, 10 de diciembre de 1935, p. 12; “Con esta edición exija el suplemento hípico”, en *El Diario*, 14 de diciembre de 1935; “Indispensable, para la afortunada elección del aficionado, es nuestra biblia burrera”, en *El Diario*, 20 de diciembre de 1935, p. 12. Vale aclarar que no pude acceder a la consulta de ningún suplemento y que los ejemplares consultados para esta investigación no siempre tienen la cantidad de páginas que anuncian. A modo de ejemplo, el de 7 de diciembre de 1935 conservado en Biblioteca Nacional tiene veinticuatro páginas, no cuarenta. Es probable que las “secciones” —que no están archivadas junto al ejemplar— completaran las dieciséis páginas faltantes y que los suplementos no hayan sido archivados junto a las ediciones diarias correspondientes. Por otro lado, con respecto al diario que el batllismo habría empezado a publicar en 1933 para competir con el *El Diario*, podría tratarse de *Lucha* (dirigido por Luis Batlle Berres) *La Calle* (perteneciente a la agrupación *Avanzar*) u *Hoy* (comunicación personal con los historiadores Raúl Jacob y Mónica Maronna, 29 de mayo de 2025). Vale aclarar también que la renovación de *El Diario* puede estar vinculada a un proceso de incorporación de tecnologías de impresión más general de la prensa uruguaya (Ver: Mauricio Bruno, “Entre la información y el entretenimiento”, op. cit., pp. 95-100).

Montevideo Sábado 7
de Diciembre de 1935

40 Páginas El Diario 3 Secciones

EL TRIUNFO DE LA AERODINAMIA. — Una de las "ristas" que no perdona los forasteros y turistas que visitan Hollywood, es... Miss Vivi. Todos quieren admirar aquellas cuvas que tanto han hecho por el renacimiento de la feminidad y por el triunfo de la línea aerodinámica sobre los trajes recios de la era del cubismo, hoy día en decadencia. Mas consciente del deber que le ha correspondido en este ciclo de la evolución estética, cumple con el deber de enseñar a las visitantes que la saludan, y le presenta ante ellas con los atavíos que mejor hacen resaltar la armonía de su admirable figura; así la vemos aquí, en todo su esplendor, con un grupo de visitantes a la "boudoir" de Lady Helma Furness y a la derecha su hermana, Gloria Morgan Van der Hill. (Foto de Kati se ve en segundo término)



FALDAS Y BIGOTES. — Las faldas y los bigotes son perfectamente compatibles en Escocia; aquellas no dedican en nada de la masculinidad de los que las usan. Así vemos aquí al mayor Hugh Grant, haciendo orgullosa la falda que es distintivo de su regimiento de Seaforth Highlanders, al presentarse ante las fotografías de la prensa neoyorquina que salieron a encontrarlo al muelle.

29

Otro indicador de éxito fue el tiraje, pese a todos los recaudos que haya que adoptar a la hora de analizar los números y las impresiones declaradas. En 1930, cuando Seusa redujo el precio de la *La Mañana*, argumentó que lo hacía gracias a la incorporación de “nuestra nueva rotativa ‘Albert’, rapidísima”, cuya compra se había vuelto indispensable “dada la importancia adquirida por [*La Mañana* y *El Diario*] y su tiraje creciente día a día”; tres años después se vanaglorió de haber impuesto —campana publicitaria mediante— un producto comercial en solo cuarenta días, “lo que evidencia de manera terminante que el enorme tiraje de nuestra hoja ha sido factor determinante del formidable éxito alcanzado”; en julio de 1933, al celebrar su décimo aniversario, señaló “sin jactancia [que] hoy, EL DIARIO, es el órgano periodístico más difundido del país”, mientras que un año después comparó sus inicios (“solo

fue un periódico más, con quién sabe qué posibilidades de existencia”) con su presente (“hoy bate el ‘record’ de circulación en el país, igualando su tiraje al de todos los otros periódicos de la tarde juntos. Es un hecho que cualquiera puede constatar”); en 1935, tras la renovación de su formato, señaló que “en los últimos meses, según es notorio, [*El Diario*] vio crecido su tiraje” y se vanaglorió del éxito de su suplemento deportivo expresado por el agotamiento de “de nuestros excepcionales tirajes”.⁸³

Esa excepcionalidad, sin embargo, pocas veces se vió traducida en números. El relevamiento para esta investigación arrojó un solo dato. El 9 de noviembre de 1928 —de acuerdo, recordemos, al propio interesado, que sin embargo se sintió en la necesidad de aclarar que la cifra “fue debidamente controlareada por varios comerciantes y algunos corredores de plaza”— tiró setenta y cinco mil ejemplares, lo cual es una cifra altísima independientemente de que tomemos como referencia las estimaciones más bajas o las más altas que el propio diario hizo por esos días —en notas que nada tenían que ver con la promoción de su tiraje— sobre la cantidad de habitantes de Montevideo, que iban entre las doscientas mil y las quinientas mil personas.⁸⁴

⁸³ “La Mañana a tres centésimos”, en *El Diario*, 15 de julio de 1930, p. 4; “Los grandes éxitos de la publicidad de El Diario. Testimonio elocuente”, en *El Diario*, 23 de marzo de 1933, p. 12; “EL DIARIO cumple hoy diez años de existencia”, en *El Diario*, 6 de julio de 1933, p. 3; “El 11 aniversario de El Diario”, en *El Diario*, 6 de julio de 1934, p. 3; “Alucinaciones demichelistas”, en *El Diario*, 13 de junio de 1935, p. 3; “Fue excepcional el éxito de nuestro suplemento deportivo”, en *El Diario*, 10 de diciembre de 1935, portada.

⁸⁴ “Los éxitos de El Diario. El tiraje extraordinario de ayer”, en *El Diario*, 10 de noviembre de 1928, p. 14; “Mens sana”, en *El Diario*, 14 de octubre de 1928, p. 3; “Carta abierta. La nueva sensibilidad”, en *El Diario*, 27 de octubre de 1928, p. 3; “Reorganización policial y profesionalismo electoral”, en *El Diario*, 12 de noviembre de 1928, p. 3. Con respecto a la población de Montevideo, es probable que la segunda cifra sea más cercana a la realidad, de acuerdo a varias estimaciones realizadas en la época o posteriormente. La publicación “El Uruguay, país de Turismo”, de la Asociación Nacional de Forasteros, estimó 400.000 en 1918 (citado en: Daniela Bouret y Gustavo Remedi, op. cit., p. 22); Jorge Myers, 423.000 para 1924 (Jorge Myers, op. cit., p. 116-133), Adela Pellegrino, 655.389 para 1930 [Adela Pellegrino, *Caracterización demográfica del Uruguay*, Montevideo, Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, 2003, p. 8 http://anep.edu.uy/historia/clases/clase20/cuadros/15_Pellegrino-Demo.pdf Acceso: 30 de octubre de 2024] y *El Diario*, en 1933 y 1935, 750.000 y 800.000 respectivamente (“Brigada de vigilantes. Policía particular”, en *El Diario*, 9 de marzo de 1933, p. 13 y “Montevideo, ciudad de los ruidos”, en *El Diario*, 9 de marzo de 1933, p. 3). Ese notable crecimiento poblacional probablemente explicado por el auge de la inmigración europea podría ser una de las causas del éxito comercial de *El Diario* —un medio popular que crece al ritmo de la población urbana—, lo cual no desentona con lo que Rosa Zeta de Pozo, Fernando J. Ruiz y Silvio Waisbord señalan para otros casos de periódicos de empresa latinoamericanos orientados a la información y al entretenimiento durante la primera mitad del siglo XX (Rosa Zeta de Pozo, Fernando J. Ruiz y Silvio Waisbord, “Los medios de comunicación en América Latina” en Carlos Barrera, op. cit.; pp. 319-322). Por otro lado, en relación a los tirajes de prensa de la época, el investigador Federico Docampo ha señalado que el vespertino *Imparcial* también destacó en los años veinte la excepcionalidad de su tiraje, aunque las cifras más elevadas que presentó no superaron los cincuenta mil ejemplares, mientras que su promedio en agosto de 1925 —también, de acuerdo a cifras elaboradas por el propio interesado— era de 29.937 ejemplares por día (Federico Docampo, op. cit.). Mónica Maronna, en base a informes producidos por la diplomacia británica, señala que en 1916 que el *El Día* era el diario de mayor tiraje, con un promedio de entre veintidós y veinticinco mil ejemplares (Mónica Maronna, “La prensa uruguaya en tiempos de modernización”... op. cit., p. 278).

Estos números podrían ser tomados como meras pretensiones si no fuera por el auxilio que les prestan otras fuentes. Si bien referentes a fechas posteriores al período analizado en esta investigación, dos informes sobre tiraje de prensa en Uruguay dan la pauta de que la posición de vanguardia que se atribuía *El Diario* en términos comerciales tenía buen asidero. El primero, elaborado en 1947 por el primer secretario de la embajada argentina en Montevideo, Guillermo Spika Santillán, sostuvo que “El Diario [...] es el periódico de mayor tiraje de Uruguay, alrededor de 90.000 ejemplares, debido, en gran parte a su amplia información deportiva y a ser el último diario de la tarde en salir”; en la comparativa con otros medios, su más cercano perseguidor era el “El Día”, con 60.000. El segundo, elaborado por la Asociación de dirigentes de publicidad y ventas en 1957 señaló que *El Diario* había certificado el año anterior un tiraje diario de 148.730 ejemplares; con respecto a los otros periódicos solo podían realizarse estimaciones y el que más se le acercaba apenas superaba la mitad: el también vespertino El Plata, con 85.000. Cabe destacar que esta cifra coincide con la que el propio medio declaraba públicamente por aquellos años; en 1953, al celebrar sus treinta años de existencia, destacó el tiraje de sus “150.000 ejemplares cotidianos de hoy”. Aún menos precisa desde el punto de vista cuantitativo pero no por ello a desmerecer es la memoria de algunas personas que consumieron periódicos en Montevideo durante la segunda mitad del siglo XX, cuya elaboración en torno a este asunto arroja las mismas conclusiones. El diseñador gráfico Horacio Añon, que comenzó a trabajar en medios de prensa en 1958, recuerda que en los años sesenta

todos los diarios juntos, tiraban medio millón de ejemplares. [...] Y después tenías *El Diario* de la noche. Hay un tiraje certificado de 156.000 ejemplares. Y hace mucho leí en algún lugar que hubo un día que tiró 180.000 ejemplares. De cualquier forma, era un diario que tiraba más que ninguno. [...] Los tirajes se sabían por razones directas e indirectas. Todo el mundo mentía, pero los diarios consumían papel y si vos tenías algún vínculo que te permitía saber cuántas bobinas entraban, sabías cuánto tiraba un diario, o por lo menos no te podían mentir muy groseramente.

El fotógrafo Andrés Fernández, que trabajó para *El Diario* a fines de los setenta, recuerda: "cuando yo entré, en 1977 vendía 150 mil diarios y el tiraje lo ponían en la tapa. Era el diario

que más vendía [...] A principios de los noventa, cuando se estaba fundiendo, me fui, pero fundido y todo tiraba 38.000 diarios todos los días”.⁸⁵

Estos elementos permiten hablar de *El Diario* como un espacio de producción cultural relevante en la Montevideo del siglo XX. En las páginas que siguen me centraré en las estrategias que puso en práctica para conquistar ese lugar y en prácticas y concepciones desde las que sus hacedores ejercieron el periodismo.

2.1 Crear y educar al pueblo

El Diario abordó reiteradas veces la pregunta sobre “la misión social del periodismo”. Los textos dedicados a este problema fueron desde breves sueltos a largos editoriales y tuvieron en común la intención de probar, a modo de doctrina, los beneficios que la comunidad obtenía de los medios de prensa, particularmente de los nacionales. En esa lectura, el periodismo no era “un simple negocio destinado a obtener determinado dividendo más o menos lícito según se derive de la obtención de ganancias por el desarrollo normal de una empresa” —lo cual, de hecho, podría definir buena parte de las funciones de *El Diario* para Seusa— sino algo así como la forma material de una corriente moral que provee de sentido a las comunidades humanas. El “diarismo moderno” era el medio para que “el pensamiento recorra con rapidez vertiginosa todos los más diversos ámbitos”, como si la comunidad fuera un cuerpo y la prensa el impulso eléctrico conducido por los nervios que lo controlan. Sin

⁸⁵ Informe presentado ante el Ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, Juan Atilio Bramuglia. 22 de enero de 1947. Archivo Histórico de Cancillería. Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto de la República Argentina. Fondo División Política, 1947, Caja 13, Expediente 2 (agradezco al investigador Fernando Adróver la cesión del relevamiento y la reproducción mediante copia digital de este documento); Roque Faraone, *La Prensa de Montevideo* (estudio sobre algunas de sus características), Montevideo, Biblioteca de Publicaciones Oficiales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1960, pp. 196-197; “Los treinta años de El Diario”, en *El Diario*, 6 de julio de 1953, p. 3; Entrevista a Horacio Añón, realizada por Mauricio Bruno el 18 de setiembre de 2019; Entrevista a Andrés Fernández, realizada por Mauricio Bruno el 1 de setiembre de 2016. Vale la pena consignar los datos referentes a otros diarios, para calibrar las diferencias. El informe de 1947 consigna: *El Día*, 60.000; *La Mañana*, 40.000; *El País*, 40.000; *El Plata*, 30.000; *La Tribuna Popular*, 20.000; *El Debate*, 15.000; *La Razón*, 8.000; *El Popular* —muy probablemente el informante se refiriera a *Diario Popular*, el periódico alternativo a *Justicia* que el Partido Comunista editaba por ese entonces— 6.000; el de 1957: *El Plata*, 85.000; *El País*, 70.000; *El Día*, 60.000; *La Mañana* —al igual que *El Diario*, certificado— 40.613; *La Tribuna Popular*, 32.000; *Acción*, 20.000; *El Debate*, 10.000; *El Bien Público*, 7.000. Cabe señalar que Faraone complementa las cifras del informe de 1957 con las relativas a los kilos de papel autorizados a importar a las empresas periodísticas por parte del contralor de importaciones entre 1950 y 1956; también, en este caso, Seusa iba a la cabeza. Las cifras que el mismo autor consignó en 1969 también arrojan que *El Diario* era el más vendido (Roque Faraone, *Medios masivos de comunicación*, Montevideo, Nuestra Tierra 25, 1969, p. 45, citado por Verónica Roldos, op. cit., p. 33).

ella, un pueblo no sería más que un “un conjunto amorfo de personas” y por eso la prensa, “la buena prensa, digna de su rol, deberá ser siempre nacionalista. Es decir, orgánica”.⁸⁶

Si la prensa era al pueblo lo que lo que el nervio al cuerpo, no llama la atención que una de sus responsabilidades fuera regular sus movimientos. Esto implicaba, antes que nada, definir, alojar o articular los relatos y las imágenes que vinieran a probar que las personas a las que el diario se dirigía —cuyo conjunto creaba mediante el acto de hablarles como a una entidad singular— estaban unidas entre sí por lazos esenciales que las distinguían de otras.⁸⁷ Una de las principales estrategias para encarar esta tarea fue la construcción mediática del fútbol como una práctica simbólica donde la nación se ponía en juego. El 31 de julio de 1924, cuando los futbolistas uruguayos campeones en los Juegos Olímpicos de Colombes desembarcaron en el puerto de Montevideo, una multitud de compatriotas fue a recibirlos, congregación que no hubiera sido posible sin el trabajo de la prensa, que durante el torneo publicó regularmente fotografías de los jugadores para “familiarizar al lector [...] con sus simpáticas cabezas”, que luego informó reiteradamente cuál sería el día de su llegada y que al final preparó —digamos, emocionalmente— el acontecimiento, induciendo la comunión nacional mediante el procedimiento de describirla como algo inexorable:

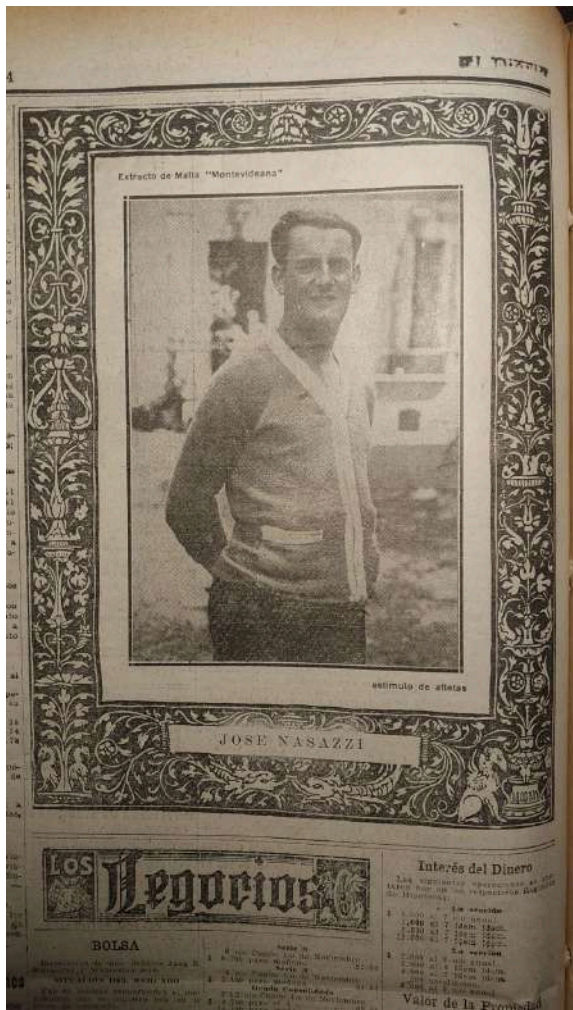
faltan apenas 3 días para que contemos entre nosotros a los campeones olímpicos de football. Son tres interminables días que separan la ansiedad de hoy del regocijo de mañana [...] No tendrá parangón el carácter de la manifestación a realizarse. [...] Será difícil contener el desborde de la muchedumbre.

Todos querían “palmotear y estrujar [a los jugadores] todos son a saltar la barrera y muchos los brazos que pretenden colocarlos en sus hombros”. Por ser gracias a la labor de la prensa que el triunfo deportivo pudo ser conocido y admirado por “la muchedumbre en la ciudad toda”, con sus naturales efectos en términos de fervor nacionalista y activación del mercado local (los retratos de los jugadores aparecieron asociados a diversos comercios) es que los cronistas “debiéramos ser los primeros en detenernos frente a los campeones que llegan”.⁸⁸

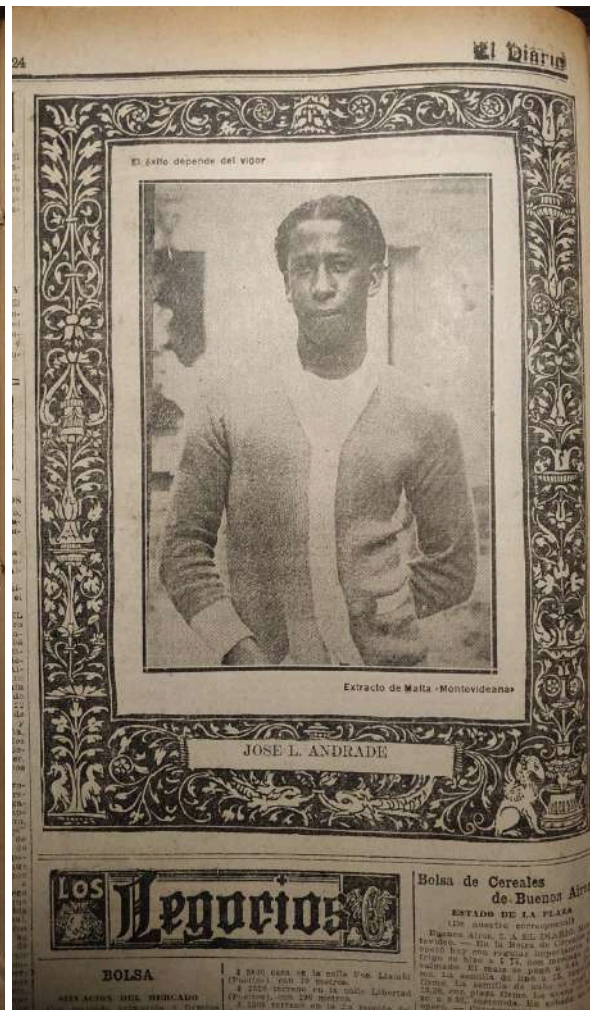
⁸⁶ “La misión social del periodismo”, en *El Diario*, 13 de octubre de 1934, p. 3. Esta concepción sobre el rol social de la prensa no dista de la que predominaba en el Río de la Plata por lo menos desde fines del siglo XIX. Al respecto: Juan Buonome, “La prensa como símbolo y práctica de libertad. Perspectivas socialistas sobre el rol de periodismo en la década de 1930”, en *Anuario IEHS* 39(1) 2024, 195-221 • doi: 10.37894/ai.v39i1.2020, p. 200.

⁸⁷ Para un examen de la importancia de la prensa en la clásica formulación de Benedict Anderson que postula a la nación como una “comunidad imaginada” ver: Castelló, E., “Anderson y los medios. La fuerza de las “comunidades imaginadas”. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 130 (1). 75-80, 2016.

⁸⁸ “Mañana llegan los campeones”, en *El Diario*, 30 de julio de 1924, p. 8; “Homenaje de ‘El Diario’ y ‘La Mañana’”, en *El Diario*, 30 de julio de 1924, p. 8; “El comercio de Goes”, *El Diario*, 31 de julio de 1924, p. 8



30



31

Para *El Diario*, entonces, la prensa cumplía un rol clave en la formación de la conciencia nacional, similar al de la escuela. El cronista italiano Attila U. Moriconi, afirmaba que “el diario y el maestro influyen de una manera poderosa [...] en la instrucción y educación del pueblo, en sus hábitos, tendencias y redención espiritual. [...] Se suele decir que el grado de civilización se revela y se mide por medio de los diarios que lee”.⁸⁹

Es cierto que varios de estos artículos respondían a contextos bien particulares, que a su vez advierten sobre la funcionalidad de los textos: el de Moriconi denunciaba las malas condiciones de vida y trabajo de “la clase periodística” del país e iniciaba en su favor una “sistemática campaña de reivindicaciones morales, materiales e intelectuales”; el que pregonaba por la defensa de la prensa uruguaya era una reacción ante la porción del mercado

(imagen 30); “José Nasazzi”, en *El Diario*, 1 de agosto de 1924, p. 10 (imagen 30); “José L. Andrade”, en *El Diario*, 2 de agosto de 1924, p. 10 (imagen 31).

⁸⁹ Attila U. Moriconi, “La casa del periodista”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, p. 3.

que, en 1934, los diarios argentinos habían conquistado en el marco de una huelga de obreros gráficos que impedía o dificultaba la circulación de los grandes diarios de Montevideo. De todos modos, parecen resumir una concepción ideal sobre la prensa que no es aventurado suponer compartida por otras empresas periodísticas de Montevideo y la región: la autopostulación como garantes de la construcción y mejora moral del pueblo. Un artículo publicado por *La Prensa* de Buenos Aires en 1928 permite señalar esa coincidencia y a su vez probar las relaciones entre esa autopercepción y los intereses materiales de las empresas. A raíz de la aprobación en Uruguay de una ley de jubilación para periodistas y obreros gráficos cuyo financiamiento provendría de un impuesto a la circulación de diarios y revistas extranjeros (la gran mayoría, argentinos), *La Prensa* recordó el rol educativo de los diarios y revistas pero le adosó un énfasis internacionalista que la prensa uruguaya, por motivos idénticos pero intereses opuestos, no estaba interesada en señalar:

existe una especie de consenso universal sobre el principio de que el periodismo no es materia imponible por los grandes beneficios que reporta para la educación de las masas y sobre todo para las gentes que dotadas de un espíritu abierto a la vida intelectual y artística, no tuvieron ocasión de frecuentar la Escuela Secundaria ni la Universidad;

los libros no podían llenar ese vacío porque carecían de los dos grandes atributos de los diarios: actualidad y universalidad; la circulación de diarios y revistas extranjeros no debía trabarse porque “permite compenetrarse con las modalidades y los ideales [de otros pueblos] en los cuales sorprende siempre hallar coincidencias espirituales y anhelos comunes”. *El Diario* de Buenos Aires, en la misma línea, destacó la “finalidad cultural, ilustrativa e informativa” de los medios de prensa y dijo directamente lo que *La Prensa* solo sugirió: los diarios y las revistas, a diferencia de otros medios, estaban “al alcance de los más humildes”. Este señalamiento, por otra parte, permite reparar en la ambigüedad de los términos que *El Diario* —ahora, el montevideano— empleó en varias ocasiones para referirse a sus lectores: “masa”, “multitud”, “muchedumbre”, “pueblo”, bien podían aludir al conjunto de la comunidad como a un corte amplio pero un tanto más específico que comprendía cierta frontera entre los sectores medios y populares, o sea, a aquellas personas que, si bien sabían leer, no tenían el tiempo suficiente o el hábito desarrollado como para acceder a productos culturales “elevados”, tal como se tenía al libro. En otras palabras, la prensa era “el libro de

cabecera del pueblo”, el medio para que “las muchedumbres actoras en la vida social [tengan] siempre [...] su ilustración”.⁹⁰

El pueblo, entonces, en cualquiera de sus acepciones, se constituía como tal por obra y gracia de la prensa. Horacio Abadie Santos, dirigente riverista y firma habitual de *El Diario* bajo los seudónimos de *Galf* y *Maese Nicolás*, sostuvo en las páginas de su primer ejemplar, el 6 de julio de 1923, que la prensa, “opera sobre la opinión [de la sociedad] para transformarla al punto de que ella misma se reconozca y se reafirme” y que era capaz tanto de orientar la toma de decisiones de quienes ostentan los poderes del Estado como las pasiones de las personas afectadas por ellas. Las imágenes empleadas para describir esa condición son reveladoras del talante manipulador —o realizador, si se quiere evitar la connotación negativa— adjudicada al medio: “palanca de multitudes en la democracia” —señaló en el obituario dedicado a su primer director, Héctor Rivadavia Gómez, muerto en junio 1931— que “transforma la novedad conocida por pocos en la explicada noticia que se difunde a las masas”. Como si se tratara de un juez que vela por la civilización de las interacciones humanas, la prensa debía tener

alteza [...] en el móvil de la propaganda, reposo en el juicio que los acontecimientos evocan; distinción y dignidad en la manera de tratarlos; impersonalismo en el reproche; proporción en la loa; sinceridad en la pasión y pasión en toda la obra, [...] pasión desinteresada del bien general, de la justicia, del progreso. El juicio reposado, ilustrado y hondo.

La definición de este rol parece haber sido internalizada por los lectores —por lo menos por aquellos que se sentían parte de la comunidad que la prensa ofrecía— y utilizada como vara para juzgar el trabajo periodístico. En 1927 “varios inspectores” de tranvías enviaron una carta al director de *El Diario* en la que le reprobaron el “unilateral e insultante” abordaje que había hecho del homicidio de un guarda por parte de uno de sus colegas. Para los firmantes, podía admitirse que el crimen “haya nublado la mente de las personas de escaso nivel cultural”, confundiendo a todos los inspectores con criminales, pero

no podemos en cambio admitir que las que tienen a su cargo otras tareas intelectuales como la de encauzar la opinión pública desde desde los órganos de

⁹⁰ “El impuesto a los diarios y revistas del extranjero. Un editorial de ‘La Prensa’ bonaerense”, en *El Diario*, 15 de octubre de 1928; “El impuesto a los diarios y revistas del extranjero. Un editorial de ‘El Diario’ bonaerense”, 16 de octubre de 1928, p. 3.

publicidad de más significación proporcionando a la población lectura de alta afinidad educativa y moral, cometan ligerezas de tal magnitud”.⁹¹

La prensa, por otra parte, debía ser justa pero no minuciosa. Su palabra debía contener “siempre la verdad y nada más que la verdad”, pero no decirlo todo; aquello “que por su crudeza lastima el decoro o daña sin excusa de necesidad imperiosa el patrimonio moral” de la comunidad debía “velarse discretamente”. En otras palabras, debía cribar los hechos y sustraer aquellas dimensiones que eventualmente pudieran afectar las convenciones básicas de una sociedad, como una suerte de regulador de la conciencia. A modo de ejemplo, en la respuesta que *El Diario* dió a los inspectores que objetaron su ética periodística, no solo rechazó la acusación; también destacó el tratamiento mesurado que había hecho del asunto: “nos dejamos en la percha [...] algunas observaciones que si bien surgían a raíz del hecho, no consideramos de oportunidad por diversas causas”. Lo mismo solían hacer los cronistas policiales al informar sobre casos abuso sexual o violación: fórmulas como “un acto brutal”, “salvaje y monstruoso atentado”, “ser peligroso digno de los más duros calificativos” o “la más salvaje de las ofensas” les auxiliaban a orbitar hechos que no podía ser dichos directamente, como indicó uno de ellos en 1925:

hay noticias que verdaderamente cuesta redactar (pese a los buenos deseos de proporcionar información a los lectores) dada la índole repugnante que los distingue [...] ¿cómo es posible que en las columnas de un periódico se ponga textualmente la declaración de la inocente respecto de su padre. Baste decir que esta chica espantó con la crónica atroz de los hechos que han mancillado para siempre su niñez. Blanca Judith dijo todo, con todos los detalles, relatando el horror a que la obligaba la fiera...

La prensa, entonces, debía saberlo todo, pero no decirlo todo, sino eludir aquellos aspectos de la vida comunitaria cuya exhibición podría jaquear su existencia.⁹²

⁹¹ Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. La Mañana y El Diario”, 6 de julio de 1923, p. 3; “La personalidad de Héctor R. Gómez. El periodista”, en *El Diario*, 24 de junio de 1931, p. 3; “El sepelio. Discurso del Dr. Carbajal”, en *El Diario*, 24 de junio de 1931, p. 12; “Una carta de ‘varios inspectores’”, en *El Diario*, 29 de marzo de 1927, p. 10.

⁹² Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. La Mañana y El Diario”, 6 de julio de 1923, p. 3; “Una carta de ‘varios inspectores’”, en *El Diario*, 29 de marzo de 1927, p. 10. “Otro atentado repugnante. Un individuo mancilla el honor de tres de sus hijas”, en *El Diario*, 17 de enero de 1925, p. 12; “Agresión a una menor”, en *El Diario*, 30 de octubre de 1928, p. 5; “La ‘indiada’ nuevamente en acción”, en *El Diario*, 3 de enero de 1929, p. 10.

2.2 Proteger al pueblo

El impulso eléctrico que constituía la prensa debía ser, por lo tanto, regulado. La comunidad no podía aceptar que cualquier pensamiento, solo por existir, tuviera derecho a ser formulado y por lo tanto a impactar sobre las personas. El gran peligro de las democracias modernas, de acuerdo a Abadie Santos, era la prensa; nada como ella para “emponzoñar” los conflictos internacionales y excitar las más bajas pasiones de los pueblos, lo cual no significaba que el Estado debiera impedir “transmitir su opinión por escrito [al] común de los hombres”, a aquellos que carecían de “corrección, medida, cultura, elegancia”, pero sí a la prensa “de malevos”, aquella que procura “alterar la verdad de mala fé”. Moriconi insistía sobre lo mismo: “una prensa sana hará la felicidad y prosperidad de una nación; una prensa mala, deficiente o inmoral, llevará un pueblo a su ruina”. Y si la prensa “nacional” era ejemplo de virtud, los diarios que obedecían a “monstruosos monopolios de plutocracias parasitarias” —Moriconi los calificada de “shilocks”, en referencia al usurero judío de *El mercader de Venecia*— eran el enemigo a enfrentar, pues su único fin era “turbar la paz, callar o falsear la verdad” y engañar a los pueblos.⁹³

También, en este caso, muchas veces los argumentos estuvieron más relacionados con la necesidad de operar políticamente en contextos particulares que con la exposición de posiciones doctrinales. Mediante el calificativo de “prensa maleva” Abadie Santos aludía a los medios de oposición al gobierno dictatorial de Gabriel Terra y lo hacía para defender un proyecto de ley impulsado por ese gobierno que buscaba acallar sus críticas. Lo mismo puede decirse de una viñeta humorística publicada en setiembre de 1934, en plena “invasión” de diarios argentinos: un estibador del puerto y un “hombre de la calle” leían un diario extranjero (muy probablemente la alusión era a *Crítica*) y disfrutaban del lenguaje chabacano de sus páginas; al pie, el editorialista acotaba irónicamente con una frase de José Gervasio Artigas “¡Sean los orientales tan ilustrados como valientes!...”, sugiriendo que el pueblo —ese “hombre de la calle” y ese trabajador “humilde”— era presa fácil de una industria cultural que excitaba sus bajas pasiones con el fin de hacer dinero. Por eso, cuando los diarios y revistas argentinos opusieron el argumento de la “cultura popular” para rechazar el impuesto que buscaba gravar su circulación en Montevideo, *El Diario* respondió que la gran mayoría de los que se verían afectados eran “hojas licenciosas y triviales, cuando no pornográficas. La

⁹³ Horacio Abadie Santos, “Abusos de imprenta”, en *El Diario*, 23 de diciembre de 1934, p. 3; Attila U. Moriconi, “La casa del periodista”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, p. 3.

futilidad es desgraciadamente característica [...] sobre todo de los que se venden en el Uruguay, donde tienen gran aceptación las caricaturas maliciosas y los tangos chocarreros”. La política también explica una viñeta humorística publicada en el contexto del golpe de Estado de 1933, que aludía al peligroso hecho de que la prensa pudiera ser capaz de distorsionar la realidad al punto tal que las personas dudaran de lo que estaban viendo con sus propios ojos: “yo no sé qué pensar”, decía un hombre, mientras leía un diario: “por un lado veo que no pasa nada y todo el mundo está contento con el cambio de gobierno... los títulos suben, los negocios se animan, pero, por otro lado, leyendo los diarios extranjeros me estoy convenciendo que me está pasando algo...”.⁹⁴



32



33

Por otra parte, también es cierto que visiones de este tipo se repitieron durante todo el período, como si *El Diario* quisiera señalar que su contemporaneidad estaba marcada por una distancia denunciante entre lo que la prensa *debía ser* y lo que concretamente *estaba siendo*. Las mentiras, exageraciones, la invención de sucesos y la profusión de comentarios maliciosos estaban a la orden del día. Cuando una noticia del orden internacional era demasiado extraña para ser verdad, acotaba que son “cosas del telégrafo”, como si el aparato estuviese animado por una voluntad juguetona que lo llevaba a distorsionar la forma normal de las cosas. Mucho más si el hecho aludido se había producido en Estados Unidos, país que

⁹⁴ [Mario Radaelli], Sin título, en *El Diario*, 10 de setiembre de 1934, p. 3 (**imagen 32**); Rix, “El impuesto a las revistas extranjeras. Su fundamento de justicia”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, p. 3; [Mario Radaelli] “Cuentos infantiles”, en *El Diario*, 4 de abril de 1934, p. 4; “Cuentos infantiles”, en *El Diario*, 4 de abril de 1933, p. 3 (**imagen 33**).

“tiene el afán de realizar las mentiras cinematográficas y cuando lo hace, la exporta en notas telegráficas que el cronista estira y los lectores enormizan a gusto de su paladar más o menos favorable al plato”. Si diéramos por buena esta imagen y concibiéramos a la “noticia” como un producto culinario podríamos decir que sus ingredientes eran los hechos y la imaginación; el horno era el telégrafo —o la rotativa—; el cocinero era el cronista y los lectores quienes se tragaban el bocado. En el mundo moderno, el lector estaba atiborrado de estos platos —“aluvión de telegramas que vuelan en sus páginas los diarios”— y en riesgo inminente de que se atrofiara su sentido del gusto; de hecho “la sensibilidad humana” había experimentado tal evolución por su exposición a la prensa que “se diría que al hombre moderno solo lo conmueven las tragedias espectaculares”. Y no era extraño que la mala prensa, en ausencia de “un plato fuerte para servir a sus lectores, se interne en el peligroso sendero de la fantasía en busca de algo que valga la pena...”.⁹⁵

El periodismo, entonces, lejos de cumplir con la misión social que le correspondía, se había transformado en “el arte de enterar a otros de las tonteras que nos ocurren”. Y las tonteras, lejos de ser inocuas, provocaban efectos nocivos. Un hombre que, luego de creerse engripado, volvía a sentirse bien, entendía que “su malestar provenía de la lectura de la prensa”, que exageraba los efectos de una epidemia y expandía terror entre la población. Cuando en Buenos Aires fueron secuestrados dos jóvenes de la alta sociedad, la explicación se encontró en cierto efecto de emulación provocado por “el cine, la radio y cierta prensa”, que, en lugar de moralizar a los pueblos, se dedicaban a “satisfacer la morbosa curiosidad de las masas” difundiendo todo tipo de delitos y perturbando, con ello, “la conciencia social”. Por eso, en 1933, cuando *El Diario* era un medio consolidado a nivel comercial y oficialista en el marco de una dictadura, la censura de prensa fue considerada una necesidad, en tanto que “determinadas limitaciones” en el ejercicio de la libertad no estaban siendo “espontáneamente acatadas”; solo aquellos diarios a quienes cupiera el sayo de ser “libelistas,

⁹⁵ “Cosas del telégrafo. Una permuta macabra”, en *El Diario*, 30 de agosto de 1923, p. 3; Fad [Alfredo Varzi], “Apuntes de Fad. Caracoles”, en *El Diario*, 30 de enero de 1924, p. 3; “Sensibilidad”, en *El Diario*, 14 de enero de 1925, p. 3; [Mario Radaelli]; “El sensacionalismo periodístico”, en *El Diario*, 16 de abril de 1933, p. 3. La práctica “inflar el telegrama” tal y como fue relatada por el periodista José Antonio Saldías (utilizar un escueto telegrama como el esqueleto de una nota más amplia que el cronista elaboraba en base a su imaginación) fue habitual en la página tres de *El Diario* durante todo el período abordado por esta investigación. Sobre esta práctica en la prensa porteña, ver: Emiliano Gastón Sánchez, op. cit., p. 125). La metáfora culinaria pare referirse al producto periodístico era de larga data en Uruguay. En 1908, José Batlle y Ordóñez le cuestionó a Domingo Arena la inclusión en las páginas de *El Día* de un texto que juzgó demasiado “pesado” para un periódico: “¿Creen ustedes que es un plato agradable, ligero y de fácil digestión? ¿Creen ustedes que lo habrán leído más de dos docenas de personas? No todo lo que sirve para un libro o folleto sirve para un diario” (Carta de José Batlle y Ordóñez a Domingo Arena. 8 de enero de 1908. Archivo Batlle, carpeta 174, citado por Martín Palacio Gamboa y Lorena Patiño, op. cit., p. 263).

envenenados o enemigos declarados del bien común” debieran sentirse agraviados por las medidas que prohibían “injuriar, dar noticias alarmistas, ofrecer informaciones que redunden en desmedro del interés general o circular comentarios que estimulen las bajas pasiones o tiendan a provocar la perturbación del orden”. Entre ellos no iba a encontrarse a *El Diario*, cuya “ética periodística” le había obligado a autoimponerse esas limitaciones. Y si un solo medio pudiera resumir ese modelo de comunicación —con respecto al cual *El Diario* pretendía ubicarse en las antípodas— sería *Crítica*, de Buenos Aires, caracterizada siempre como ambigua, oportunista y manipuladora, como señaló en 1934, otra vez mediante la caricatura: uno de sus cronistas salía de la casa del vicepresidente uruguayo, Alfredo Navarro, y le comentaba risueñamente a su chófer: “apurate... que ya le hicimos el reportaje al vice... Quedamos bien con él y ahora vamos a encabezar la manifestación gráfico comunista...”. Resultaba inexplicable como “la culta y digna población de Bueno Aires” toleraba “la subsistencia y el auge de un diario que de modo tan torpe y cínico a la vez ultraja y desnaturaliza la verdad”. Su imagen de diario amarillista fue blandida como un arma por parte para desprestigiar a la prensa uruguaya de oposición en junio de 1934, cuando en medio del debate sobre la ley de imprenta señaló irónicamente que los diarios montevideanos que se dedicaban “excitar” a los estudiantes universitarios contra del gobierno estaban poniendo en práctica “el lema de Sócrates” —que era el de *Crítica*—: “Dios me puso sobre vuestra ciudad como a un tábano sobre un noble caballo para picarlo y tenerlo despierto”. Pero el problema no se limitaba al amarillismo: *Crítica* era conspiradora y por eso cuando el presidente Gabriel Terra fue objeto de un intento de homicidio, *El Diario* afirmó que se trataba de un complot en el que estaba involucrado, “por satanismo o especulación”, su director, Natalia Botana y su retrato fotográfico apareció adjetivado con el calificativo de “gángster”.⁹⁶

⁹⁶ “De Salomé a Milonguita. La decadencia de la danza”, en *El Diario*, 18 de enero de 1925, p. 3; Adriana, “Correo de El Diario. A mal tiempo, buena cara”, en *El Diario*, 11 de marzo de 1927, 2; “Signos de nuestro tiempo. Raptos espectaculares”, en *El Diario*, 29 de octubre de 1932, p. 3; “Nuestra posición frente al decreto de la libertad de prensa”, en *El Diario*, 21 de mayo de 1933, p. 3; Sin título, en *El Diario*, 6 de setiembre de 1934, p. 3; “La desfachatez botanista”, en *El Diario*, 13 de junio de 1935, p. 3; “Tiros al blanco”, en *El Diario*, 29 de junio de 1934, p. 3; “Hay pruebas contra Botana y Carnelli”, en *El Diario*, 4 de junio de 1935, p. 18 (**imagen 34**)

HAY PRUEBAS CONTRA BOTANA Y CARNELLI

El "gangster" y el agitador habrían sido los "traits d'union" entre los complotados

En Buenos Aires se esperaba el crimen político

(De una de nuestras correspondencias)
Buenos Aires, 8. — A EL DIARIO. — Informaciones periodísticas obtenidas en esta ciudad, permiten afirmar que en Buenos Aires se tenía amplio conocimiento de la misión que llevaba a García a Montevideo, después de haberse entrevistado con aquellos organizados y partidarios argentinos con vinculación en ella.

Se sabía, como antecedente de algún valor, que éste era el camino indicado por el grupo García y Apudada con entusiasmo por sus simpatizantes de rebeldía en una de las salas vayas en que fuera organizado en la Isla de Flores.

Ha sido aprehendido Alberto Maccio

Se nos asegura en la tarde de hoy, que Alberto Maccio, uno de los peores de una corriente organizada en el anterior régimen, había sido aprehendido como consecuencia de sus intervenciones que se vienen efectuando para auxiliar al candidato traidor contra el Presidente de la República.

Se sabe que Maccio mantuvo el contacto con García y Apudada en la misma forma que antes, política y criminal, en estos momentos la policía busca con resultados al fin de obtener todos los elementos que permitan al Jefe de García.

El Diario

ANO XII - Núm. 6555 -
MONTEVIDEO, MARTES
4 DE JUNIO DE 1933

Otra vez los turcos en danza

Visto en Montevideo, una familia de ascendencia turca, que desde su llegada a esta parte vino sujeta para propiamente en las actividades políticas que se desarrollan en esta ciudad.

Después del saliente sucesos en el de marzo, esta familia se había a la vez, italiana y española, actividades tendientes a promover lo que al punto había estado. En ese tiempo fueron organizadas las distintas sociedades, mencionadas en el presente, por los comunistas del Partido Social, entre ellas, una para en realidad la una su única función hasta de educar a los jóvenes, que se habían reunido en un grupo de hacer distribuciones en el momento mencionado.

Para ahora en esta, ha crecido y los señores de la casa, cuando, finalmente, se a cabo a la que con tanta más se venía delirando desde tanto tiempo.

Gustavo Gallina ha sido detenido

El conocido dirigente socialista, Gustavo Gallina, perteneciente al partido de García en estos últimos tiempos, ha sido detenido a fin de establecer sus ideas de cómo se desarrollaría en el momento de derrocamiento último en el Hipódromo.

Las noticias que establecen esta detención, se refieren siempre a las informaciones que se a la parte que puede haber a este carácter político del viejo régimen.

Este es Carnelli, el abogado de los hampones, complicado, conforme a los datos que poseen las autoridades, en la conspiración

Bernardo García, el primero y el "capataz" con quien se creó el "grupo" y se organizó por sus colaboradores y simpatizantes, a quien cupo el triste privilegio, entre otros dirigidos al efecto, de dirigirse su arma contra el Dr. Terra

Cabe destacar, sin embargo, que la posición de *El Diario* con respecto a la censura o las limitaciones a la circulación de cierta prensa no fue firme a lo largo del período. En 1924, la censura de los medios opositores en Italia fue la única política del fascismo que le mereció reparos: quitar, mediante decreto, el contralor de la prensa al Poder Judicial y dejarlo en manos del Ejecutivo era “anular su eficacia en todo lo que respecta a su intervención directa para la formación del criterio popular”. También es cierto, de todos modos, que este reproche podría estar más bien relacionado con los reparos que le merecía la violación del derecho a la propiedad: cuando el decreto comenzó a aplicarse, *El Diario* lamentó que “la heroica altivez [de la] rebeldía periodística, la inoportuna primicia y el punzante comentario [...] se quede sin tiraje”, pero también, sútilmete, como si deslizará al pasar un motivo de preocupación menos romántico pero potencialmente más peligroso para sí mismo, “la confiscación de dos empresas periodísticas”.⁹⁷

2.3 Competir por el pueblo

Las disputas de índole comercial son una explicación más que atendible de la postura de *El Diario* en relación a la censura de prensa. Y es que al mismo tiempo que un instrumento

⁹⁷ “La nota extranjera. Una medida grave y peligrosa”, en *El Diario*, 9 de julio de 1924; “La censura fascista”, en *El Diario*, 29 de julio de 1924, p. 3; “La nota extranjera. Mala cosecha”, en *El Diario*, 25 de julio de 1924, p. 3.

de comunicación al servicio de una facción política, Seusa era una empresa periodística que competía por un mercado. Un suelto de mayo de 1933 permite vislumbrarlo. Cuando *El Plata* y *Diario del Plata* (opositores a la dictadura de Terra) comenzaron a circular tras cincuenta días de censura, publicaron muchos de los artículos que sus redactores, pese a la imposibilidad de ponerlos en circulación, igualmente habían producido durante ese período; *El Diario*, antes que rebatirlos en términos políticos o doctrinales, optó por desacreditarlos en tanto objetos de consumo, apelando otra vez a la metáfora culinaria: advirtió a sus lectores que el producto de sus competidores, lejos de ser fresco como correspondía al servicio de un buen periódico, era “fiambre pasado”.⁹⁸

Durante el último trimestre de 1934, cuando la huelga gráfica de Montevideo, *El Diario* pidió una y otra vez que se impidiera la circulación de diarios argentinos, particularmente la de *Crítica*. Las razones esgrimidas fueron índole social y moral: por un lado, como argumentó tras destacar la “intervención brillante” de sus cronistas policiales en la resolución de un caso de homicidio, la prensa “propia” o “nacional” era la única

para la que todos los problemas que se suscitan son problemas propios; [...] la felicidad del país, es su felicidad y sus contrastes y sus dolores, también son suyos. Esa misión, repetimos, solo puede cumplirla nuestra prensa, tan identificada con el país, que atentar contra su existencia, es atentar contra el país mismo;

por otro,

la prensa argentina que en la actualidad ha logrado alcanzar mayor difusión entre nosotros, lejos de ser la más culta es, precisamente, la que se caracteriza no solo por su bajo nivel intelectual, su popularechismo ramplón y su incondicional y demagógico culto al dios número, sino también por su legendario descrédito moral.⁹⁹

Esta asociación entre popularidad y amarillismo llama la atención si tenemos en cuenta que *El Diario* solía atribuirse el mérito de ser el más vendido de los diarios locales e introduce la pregunta de si existe la posibilidad de que entre el diario argentino y el diario uruguayo más vendidos en Montevideo hubiera una brecha cultural significativa en términos de contenidos y de lectores, como *El Diario* así lo quiso, señalando la radical oposición entre los estilos de

⁹⁸ “Artículos en conserva”, en *El Diario*, 23 de mayo de 1933, p. 3.

⁹⁹ “A raíz de un triunfo de ‘El Diario’. Una misión fundamental, que solo puede cumplir la prensa propia”, en *El Diario*, 21 de octubre de 1934, p.3; “Los países deben tener prensa propia”, en *El Diario*, 11 de setiembre de 1934, p. 3.

uno y otro diario (“lógica y naturalmente nos halaga el éxito que hemos alcanzado, pero preferimos, mil veces, renunciar a él antes de alcanzarlo por los conocidos atajos botanistas” o “antes de descender a ajustar nuestra conducta a las pragmáticas implantadas por Botana, optaríamos por eliminarnos”) y denigrando a los lectores de *Crítica*, a quienes una vez calificó —reproduciendo los términos del diario argentino *Crisol*— como “masa prostituída [constituída por el] público de la democracia”. Más factible resulta la hipótesis de que el mercado por el que competían y las tácticas que empleaban fuesen similares y que la insistencia de *El Diario* en los fines puramente comerciales de *Crítica* sea reveladora de su propio proceder, como le ocurre a aquel que proyecta en otro sus defectos: en junio de 1935 —en un contexto en que el director de *Crítica*, Natalio Botana, había dado un paso más en pos de conquistar el mercado montevideano mediante la creación del diario *Uruguay*— advirtió sobre el auge de la prensa amarilla en Uruguay, definida como aquella orientada a “satisfacer el apetito y las bajas pasiones del pueblo” y señaló, con respecto a Botana, que “obtener el lucro material es el único y subalterno norte de sus actos”; meses antes había advertido que las exhortaciones de *Crítica* en favor de “la libre expansión de las ideas” y la “destrucción de todas las barreras que se opongan a la difusión de las diversas manifestaciones de la cultura” eran

una puntada a la que se ve bien claramente el nudo: ver libre de todo tropiezo el camino que conviene a sus intereses materiales, a sus ambiciones de expansión comercial. [...] De parte de ellos no hay más que una cuestión comercial. De nuestra parte está en juego nuestra razón de ser, que nos la da nuestro carácter de representantes del carácter nacional;

durante la huelga de obreros gráficos de 1934 *Crítica* se estaba “beneficiando desproporcionadamente” porque había conseguido sobornar al sindicato de Canillitas para que vendiera su producto y boycoteara el de la competencia:

debe ser muy interesante el motivo [por el cual los canillitas] insisten en boicotear los diarios uruguayos al propio tiempo que pretenden introducir al país [...] la prensa extranjera, especialmente aquella que se caracterizó siempre por su fobia contra todo lo que fuera nacional;

por eso, era necesario una ley que limitase la entrada de prensa extranjera a las cantidades que circulaban antes de la huelga, que finalmente fue promulgada por el Poder Ejecutivo el 20 de octubre de 1934. La respuesta de *El Diario* a una denuncia realizada por el senador y director

de *Uruguay*, Alberto Demichelli, permite sino comprobar por lo menos alentar la hipótesis de la censura estaba motivada por razones comerciales: durante una sesión de la Asamblea General, Demicheli denunció que “el director de un diario [visitó] al Presidente de la República para pedirle la clausura del [diario] ‘Uruguay’, puesto que, de no adoptarse esta resolución, el órgano dirigido por el peticionante no podría seguir viviendo”. Lejos de ignorar el comentario, *El Diario* actuó como esos niños que se vuelven sospechosos al desmentir una falta de la que nadie les acusa:

ignoramos a qué diario se refirió el doctor Demichelli, porque no lo dijo, aunque nos hallamos en condiciones de afirmar, por si alguien nos creyera aludidos, que no pudo tratarse desde luego de EL DIARIO, pues esta hoja no solo no se vió perjudicada por la salida de ‘Uruguay’, sino que en los últimos meses y, según es notorio, vió, por el contrario, acrecido su tiraje.¹⁰⁰

El temor —disfrazado muchas veces de sarcasmo— a que Botana editara un diario en Montevideo fue patente desde agosto de 1934, cuando a través de una serie de notas de Enrique H. Aubriot empezó a desgranar el rumor de que se estaba urdiendo lo que luego sería *Uruguay*: el nuevo diario vendría a aprovechar “el río revuelto” provocado por la huelga de obreros gráficos contratando a los trabajadores despedidos “con sueldos inferiores a los que han ganado hasta ahora”; su propietario, un hombre con “18 procesos [judiciales] en trámite en Argentina”, habría amenazado durante una rueda de café: “yo voy a hacer un diario [...] y entonces van a saber lo que es el verdadero periodismo. [...] El futuro presidente lo haré yo”; su pretensión de “instalar una industria en Montevideo con los mismos métodos, la misma técnica y desde luego la misma orientación” que la que había fundado de Buenos Aires debía

¹⁰⁰ “A raíz de un triunfo de ‘El Diario’. Una misión fundamental, que solo puede cumplir la prensa propia”, en *El Diario*, 21 de octubre de 1934, p.3; “Los países deben tener prensa propia”, en *El Diario*, 11 de setiembre de 1934, p. 3; “Botanismo y periodismo. Son dos cosas distintas”, en *El Diario*, 28 de febrero de 1935, p. 3. “Apostillas al atentado contra Terra”, en *El Diario*, 7 de julio de 1935; “La demagogia en el periodismo”, en *El Diario*, 2 de junio de 1935, p. 3; “Para elevar nuestro nivel cultural”, en *El Diario*, 7 de setiembre de 1934, p. 3; “Por mal camino”, en *El Diario*, 2 de noviembre de 1934, p. 3; “Posición especulativa”, en *El Diario*, 12 de octubre de 1934, p. 3; “La ley de protección a la prensa. Fue promulgada en la mañana de hoy”, 20 de octubre de 1934, p. 3; “Alucinaciones demichelistas”, en *El Diario*, 13 de junio de 1935, p. 3. Mónica Maronna ha señalado que en los años veinte y treinta del siglo XX, Buenos Aires y Montevideo formaban parte de un mismo “paisaje cultural” y que los diarios y revistas argentinos circulaban de manera constante en la capital uruguaya, aprovechando sus menores costos relativos de producción (*Prendidos al dial...*, op. cit., pp. 42-46). Para una historia de la larga vecindad informativa entre Montevideo y Buenos Aires, ver: Lila Caimari: “Rasgos de una vecindad informativa...”, op. cit., pp. 85-112. Sobre la circulación de prensa extranjera en Montevideo durante la huelga de los obreros gráficos en 1934, ver: Rodolfo Porrini, Clara Perrugorria, Jazmina Suárez, “Luchando contra el capital, defendiendo a los trabajadores gráficos y las dificultades de la unificación gremial”, en *100 años del Sindicato de Artes Gráficas. 150 años de la sociedad tipográfica*, Montevideo, SAG, 2020 pp. 32-37; sobre las características de *Crítica*, basta con decir que una comparación entre su modelo de comunicación y el del *El Diario* señalaría rápidamente muchas coincidencias (ver: Saitta, Sylvia, *Regueros de tinta...* op. cit.).

ser rebatida por la ley de imprenta “como un planchazo de milico de la Guardia Republicana”; ese planchazo debía pegarse cuanto antes, ya que “diez o quince jóvenes que responden a la nueva sensibilidad periodística” ya estaban en Buenos Aires, instalados en la redacción de *Crítica*, para aprender el oficio y trasladar sus métodos a Montevideo. Cuando *Uruguay* fue clausurado por el gobierno de Terra, un año después, *El Diario* lo justificó señalando que “el gángster” era quien estaba detrás del proyecto:

aportó las máquinas —elementos fundamentales en un diario—, contrató el personal, gestionó hasta avisos y fijó las directivas generales de ese órgano de publicidad interviniendo hasta en los menores detalles. Sabemos que, aún después de su destierro [...] llamaba al teléfono sucesivamente a los secretarios y los jefes de secciones a quienes impartía órdenes precisas y terminantes.¹⁰¹

Que Seusa y Botana competían por la preferencia de “las muchedumbres” montevidéanas también parece confirmarlo la insistencia de *El Diario* en rebatir las pretensiones “populares” de *Crítica* y *Uruguay*. El 26 de febrero de 1935, un día después de la publicación del primer número de *Uruguay*, *El Diario* señaló irónicamente que al fin “un núcleo de genios periodísticos” se había dignado en “darle al pobre el diario que merecía”; parodiando la hiperbólica adjetivación que el nuevo diario de Botana usaba para describirse a sí mismo, calificó su rotativa de “doble séxtuple, polifácica, boquimúltiple”, puesto que pretendía producir ejemplares como nunca antes lo había hecho un diario montevidéano; cuando *Uruguay* usó casi las mismas palabras que *El Diario* había usado doce años atrás para dar cuenta de su carácter distendido (“ofrecer a las muchedumbres su anhelado descanso”), las interpretó sarcásticamente como con una señal del aburrimiento que provocaría leerlo: “ustedes [...] van a enterarse ahora [...] que un diario [...] sirve también [...] para dormir la siesta”.¹⁰²

En la misma línea, no parece casualidad que los ataques de *El Diario* a *Crítica* se produjeran habitualmente en relación a noticias deportivas (turf, fútbol, boxeo), un contenido

¹⁰¹ Good Fellow [Enrique H. Aubriot], “Créase o no”, en *El Diario*, 8 de agosto de 1934, p. 3; Good Fellow [Enrique H. Aubriot], “No lo repita Ud. Se lo cuento en reserva”, en *El Diario*, 22 de octubre de 1934, p. 10; Good Fellow [Enrique H. Aubriot], “No lo repita Ud. Se lo cuento en reserva”, en *El Diario*, 6 de noviembre de 1934, p. 3; “Del dicho al hecho... Las vinculaciones periodísticas de Botana”, en *El Diario*, 6 de junio de 1935. Cabe señalar que *El Diario* no fue el único diario montevidéano que defendió esta hipótesis. En la misma línea, el oficialista *El Pueblo* expuso las etapas de un plan de dominio del mercado periodístico uruguayo impulsado por Botana y sus aliados locales, que consistiría en fogonear el conflicto gráfico para que durase lo máximo posible y de esa forma debilitar a las empresas periodísticas uruguayas mientras, al mismo tiempo, tejía alianzas con los obreros gráficos y los canillitas para utilizarlos posteriormente a favor de una nueva empresa periodística (“Correndo o veo. En torno al conflicto gráfico”, en *El Diario*, 7 de octubre de 1934).

¹⁰² “Glosa del diario objetivo”, en *El Diario*, 26 de febrero de 1935, p. 3.

privilegiado por ambos y —si en este terreno pudieran deslindarse claramente razones— probablemente el de principal atractivo para sus consumidores. En 1926, ante la propagación de rumores sobre el soborno de árbitros en el boxeo uruguayo, advirtió que

no es la primera vez que ‘Crítica’ se empeña en inflar rumores lesivos para nuestra dignidad deportiva. ‘Crítica’ no analiza. Apasionada y vintenera, explota cuanto se le ‘arrima’ sin más interés que el de satisfacer vanidades y sin más norte que el de adular el sentimiento colectivo;

cuatro años más tarde, al desmentir la versión propalada por ese diario de que los hinchas uruguayos, durante el campeonato mundial de fútbol que se estaba disputando en Montevideo, se la pasaban insultando a los jugadores argentinos, lo describió como “una de esas hojas que halagan a cierta clase de público —satisfaciendo sus deseos morbosos— al precio de un éxito callejero que no es, sin dudas, el que atribuye valores a una tribuna periodística”; algunos días después, sus pretensiones de que la selección uruguaya le había ganado la final a la argentina en base a un “referee parcial y al juego bárbaro” fueron calificadas de “estupideces” que sin embargo “forman ambiente”; cuatro años más tarde advirtió que *Crítica* “pretendió convulsionar nuestro ambiente [futbolístico] con denuncias falsas” y —otra vez, foco en sus potenciales consumidores— le pidió al “público uruguayo [que] se ponga en guardia de tales informantes, que tan poco respeto le muestran empleando bastardas inventivas”; al año siguiente, otra vez con motivo de un partido fútbol, denunció que *Crítica* se la pasaba “vejando gratuitamente” a la afición uruguaya; también calificó de “una nueva muestra de ‘anti-uruguayismo’ de *Crítica*” un artículo burlón publicado en ese medio sobre el pobre desempeño de una yegua uruguaya en el hipódromo de Palermo; meses antes había denunciado que diario *Uruguay* había pedido dinero a un empresario de Turf a cambio de no publicar una información que lo comprometía, pero el ejemplo más revelador de esta competencia en torno los gustos populares es una denuncia formulada en enero de 1934: tras una victoria de la selección argentina de fútbol sobre la uruguaya, *Crítica* habría preparado dos ediciones, una para Buenos Aires donde se burlaba de los uruguayos y otra para Montevideo donde evitaba los comentarios hirientes a fin de no enemistarse con sus consumidores.¹⁰³

¹⁰³ “Recursos de mala ley”, en *El Diario*, 10 de febrero de 1926, p. 10; “Prensa de agravios”, en *El Diario*, 23 de julio de 1930; p. 3; “Estos muchachos de *Crítica*”, en *El Diario*, 31 de julio de 1930, p. 12; “*Crítica* pretendió convulsionar nuestro ambiente con falsas noticias”, en *El Diario*, 28 de agosto de 1934, p. 8; “*Crítica* la emprende contra los uruguayos”, en *El Diario*, 4 de junio de 1935, p. 11; “Una nueva muestra de anti-uruguayismo de *Crítica*”, en *El Diario*, 17 de diciembre de 1935, p. 7; “El Dr. Guzmán Vargas formula

Este tipo de denuncias, si bien tuvo en *Crítica* su foco principal, se extendió frecuentemente a la prensa argentina en general, que en el contexto de la huelga de 1934 habría ensayado una serie de tácticas para ganarse el favor de los consumidores uruguayos:

los diarios de la vecina orilla, por despertar el interés de nuestro lector, [incluyen] en sus páginas [...] amplias informaciones uruguayas, comentarios sobre sucesos de nuestra actualidad que jamás harían sino pensarán que al lector, para conquistarlo del todo, es necesario llevarle algo del calor local.

O —contradiendo lo anterior, pero apuntando al mismo fin— “engañan al lector porque le ofrecen una edición argentina, esencialmente argentina, con solo una página hecha para el Uruguay que no circula en la Argentina porque es sustitutiva de otra”, sin contar el hecho de repartir sus ejemplares gratis en aquellos lugares donde se reunían grandes cantidades de canillitas y potenciales consumidores, “como ocurrió la otra noche en el estadio de Box”.¹⁰⁴

Este conflicto también se expresó, aunque con menos intensidad, al interior de la prensa uruguaya. Aquellos diarios no afectados por la huelga¹⁰⁵ fueron acusados de ampliar sus tirajes, expandir sus puntos de venta y prestar sus talleres para la impresión de diarios extranjeros. En particular, al católico *El Bien Público* se le objetó abandonar sus preceptos morales en favor de la oportunidad comercial que le brindaba la escasez de competencia: “entre el libro de misa y un aviso comercial que obligue a reproducir pantorrillas hasta el ombligo, *El Bien Público* no vacila”, acusó *El Diario*, otra vez revelando, por oposición, el motor de algunas de sus propias prácticas, como la frecuente exhibición de “bellezas femeninas” en portada.¹⁰⁶

sensacionales acusaciones”, en *El Diario*, 27 de febrero de 1935, p. 3. “Como el dios Jano”, en *Crítica*, 21 de agosto de 1934, p. 3.

¹⁰⁴ “La invasión argentina”, en *El Diario*, 31 de agosto de 1934, p. 3; “La invasión de diarios argentinos. Los propósitos son cada vez más claros”, en *El Diario*, 3 de setiembre de 1934, p. 3.

¹⁰⁵ El origen del conflicto fue un acuerdo entre las empresas propietarias de los diarios *El Día*, *El País*, *El Debate*, *La Mañana*, *El Diario*, *El Pueblo*, *La Tribuna Popular e Imparcial* para no acceder a una serie de reclamos presentados el sindicato de obreros gráficos. Los diarios *El Bien Público*, *Justicia*, *El Sol*, *Acción y Avanzar* no suscribieron el acuerdo y por lo tanto no fueron afectados por la huelga (Porrini, Rodolfo; Perugorria, Clara; Suárez, Jazmina; op. cit., pp. 32-37).

¹⁰⁶ Tristán [José María Peña], “El Bien Público ha pecado. En pecado mortal”, en *El Diario*, 21 de noviembre de 1934, p. 3; Good Fellow [Enrique H. Aubriot], “No lo repita Ud. Se lo digo en reserva. El púlpito y el mostrador”, en *El Diario*, 22 de noviembre de 1934, p. 3.

2.4 Un vendedor

Un año después del fin de la huelga de obreros gráficos, *El Diario* se vió envuelto en una nueva polémica sobre qué actores debían tener derecho a disputarse el mercado de la prensa en Montevideo. En esta ocasión, los argumentos en contra de la introducción de diarios y revistas impresos fuera del país no giraron en torno a la necesidad de defender el rol social y “nacional” de los diarios uruguayos o de impedir la entrada de contenidos indecorosos, sino que explicitaron la defensa de la industria gráfica local. Ante la novedad de que algunos diarios montevidianos estaban imprimiendo sus suplementos en Buenos Aires, “donde encuentran condiciones más ventajosas y elementos técnicos más perfectos que entre nosotros”, reclamó al director de Aduanas, Carlos Baldomir, la aplicación de una ley de 1893 que imponía un gravamen aduanero a los impresos procedentes del exterior. Baldomir respondió que esa ley no era aplicable ni lo había sido nunca a los diarios y revistas; *El Diario* —disfrazado tras la firma de “Un viejo gráfico” que afirmaba ser “propietario de una modesta imprenta”— señaló que lo que estaba por detrás de esta ilegalidad era “el afán de proteger la libre introducción de un diario vinculado a las autoridades”. La acusación llama la atención si tenemos en cuenta que *El Diario*, lejos de ser un medio opositor al gobierno de Terra, era uno de sus más firmes defensores. ¿Que lo podía llevar a denunciar actos de corrupción de un gobierno del que sus propietarios formaban parte? La respuesta llegaría pocos días más tarde, cuando puso “los puntos sobre las íes” y confirmó que el diario *El Pueblo*, perteneciente al presidente Terra, era el que estaba imprimiendo su suplemento color en el extranjero, lo cual no sería significativo sino fuese porque Seusa tenía talleres que imprimían color y porque además había negociado recientemente —sin éxito— con *El Pueblo* para imprimir en ellos ese suplemento.¹⁰⁷

Aunque solo fuese visible cuando se producían controversias de este tipo, la polémica parece indicar que, en caso de contradicción, las empresas propietarias de los diarios orientaban su comportamiento privilegiando el afán de lucro empresarial antes que las afinidades tácticas o ideológicas entre los sectores políticos que defendían o representaban, como acusó *El Pueblo* en esa ocasión, señalando que *El Diario* estaba actuando guiado “por intereses de mostrador”. Un caso evidente de este tipo se presentó en abril de 1933, cuando *El*

¹⁰⁷ “Del Director General de Aduanas. A propósito de la impresión en el exterior de publicaciones nacionales”, en *El Diario*, 4 de diciembre de 1935, p. 3; “Las publicaciones impresas en el exterior y la industria gráfica local”, en *El Diario*, 5 de diciembre de 1935, p. 3; Un viejo gráfico, “Al margen de un error aduanero. Sobre la liberación de derechos a las revistas nacionales impresas en el exterior”, en *El Diario*, 6 de diciembre de 1935, p. 3; “Pongamos los puntos sobre las íes”, en *El Diario*, 12 de diciembre de 1935, p. 3.

Diario publicó a página entera un aviso de ANCAP, una empresa pública dedicada a la producción de combustibles, alcoholes y portland que era foco habitual de las críticas del riverismo. *Diario del Plata* ironizó sobre la contradicción reproduciendo el contenido del aviso en sus páginas a modo de editorial y *El Diario* tuvo que aclarar que era signo de “decadencia periodística” confundir “lo que afirma un avisador en las páginas de un diario, como la opinión del mismo”.¹⁰⁸

En la polémica con *El Pueblo* parece claro que *El Diario* estaba usando sus páginas para defender o proyectar una nueva estrategia de negocios. Si bien sería apresurado afirmarlo de manera concluyente, varios elementos sugieren que por lo menos desde diciembre de 1934 Seusa estaba haciendo una fuerte inversión en sus talleres, verificada en el significativo aumento de la cantidad de páginas de *El Diario* y en la novedosa publicación de suplementos, algunos de ellos a color. No sería extraño que, además de verter estos recursos en la mejora de su publicaciones, los empleara para vender servicios de imprenta, rubro para el que precisaba algún tipo de protección contra la industria argentina; quizá por eso el desarrollo de su potencia gráfica fue presentado como una causa nacional:

obreros uruguayos confeccionan el suplemento multicolor de ‘El Diario’.
Reclamelo mañana a su vendedor [...] La confección del suplemento multicolor en
nuestros propios talleres es prueba de identificación con la causa del obrero
uruguayo y de la industria nacional. Reclamelo mañana a su vendedor.¹⁰⁹

Por otra parte, al momento de referirse a sí mismo, *El Diario* solía emplear expresiones como “esta empresa” —aludiendo a Seusa y, por supuesto, incluyendo a *La Mañana*—, lo cual podría indicar que el lucro estaba por encima de los fines informativos o políticos que podrían invocarse mediante otros apelativos. Para más claridad, en ocasiones incluso adjetivó el carácter de esa empresa: “nuestro diario [...] puede ser calificado de ‘empresa burguesa’ y no nos molesta el calificativo”. El principio que organizaba su relación con otros diarios era el de de “competencia informativa”, según el cual “todas las empresas periodísticas tienen derecho a efectuar la ‘reclame’ que crean conveniente y eficaz para sus intereses”, siempre y cuando no publicaran “inexactitudes en desmedro del mérito de

¹⁰⁸ “La Ancap en quince meses”, en *El Diario*, 13 de abril de 1933, p. 13; “Decadencia periodística”, en *El Diario*, 15 de abril de 1933, p. 3.

¹⁰⁹ “Veinte páginas en dos secciones”, en *El Diario*, 21 de diciembre de 1934, portada; Sin título, en *El Diario*, 10 de diciembre de 1935, pp. 10 y 11.

terceros”, como afirmó en 1926 al denunciar que diario *Imparcial* se estaba atribuyendo una exclusiva que no era tal.¹¹⁰

Y es que la prensa, como *El Diario* se animaba a admitir cuando sentía amenazada su porción de mercado y debía salir a defenderla, “viene de Cartago, no de Atenas”, lo cual equivalía a torcer la balanza del lado del comercio y no del de la cultura. Las empresas que estaban en el rubro desarrollaban una competencia informativa por el favor de los consumidores pero no necesariamente como un fin en sí mismo, sino en tanto ese favor era la vía de acceso al financiamiento de los avisadores que, como diría *La Prensa* de Buenos Aires en 1928, eran “la principal fuente de recursos” para los diarios de ambas orillas del Río de la Plata o, en palabras del periodista español Eugenio Xamar en 1925 durante una corresponsalía para *El Diario*, “la sangre del periodismo moderno”. El caso de *El Diario*, de acuerdo a algunas de sus posturas en el marco de debates sobre circulación de prensa extranjera, puede inferirse paradigmático de este principio. En 1931 sostuvo que el notorio interés de los diarios y revistas argentinos por conquistar el mercado montevideano tenía su origen en la intención de demostrar “a los avisadores europeos y estadounidenses” que eran capaces de poner en circulación allí la publicidad de las firmas que representaban:

tanto es así, que es notorio que muchas de las publicaciones que se editan en la nación vecina se venden en nuestra plaza con pérdida en el costo. Pero mayor es su interés en seguir demostrando circulación que las entradas notoriamente reducidas que, en el negocio editorial, deja la venta.

Si se lograra evitar esa circulación o por lo menos si se la gravara lo suficiente como para desestimularla, “ese volúmen de ingresos que nos corresponde” se volcaría efectivamente en los diarios y revistas montevideanos, ya que los avisadores extranjeros deberían orientar hacia ellos el porcentaje de su presupuesto de publicidad destinado a marcar presencia en Montevideo.¹¹¹

Afirmar que *El Diario* —o la prensa en general— solo existía en tanto constituía un vehículo privilegiado de la publicidad gráfica es exagerar el argumento, pero ayuda a poner el

¹¹⁰ “Cupón”, en *El Diario*, 30 de julio de 1924, p. 8; “Al márgen del conflicto gráfico”, en *El Diario*, 19 de octubre de 1934, p. 3; “La ‘reclame’ periodística. A lo que no hay derecho”, en *El Diario*, 1 de febrero de 1926, p. 3.

¹¹¹ Eugenio Xamar, “Correo de El Diario. Desde Alemania. El cuarto poder. Datos estadísticos”, en *El Diario*, 27 de agosto de 1925, p. 5. ; “El impuesto a los diarios y revistas del extranjero. Un editorial de ‘La Prensa’ bonaerense”, en *El Diario*, 15 de octubre de 1928, p. 3. “El impuesto a las publicaciones extranjeras”, en *El Diario*, 8 de marzo de 1931, p. 3.

foco en una de sus funciones principales, habitualmente opacada por las de carácter informativo o político. La huelga gráfica de 1934 es también una ventana para observar este problema. La imposibilidad de editar diarios en Montevideo sumada a la libre circulación de diarios argentinos fue interpretada por *El Diario* no solo como un problema para las empresas periodísticas, sino también para las empresas uruguayas en general, por dos razones complementarias: primero, porque no podían hacer publicidad en Montevideo y segundo, porque sus equivalentes/competidores argentinos sí lo hacían, estimulando con ello el consumo fuera de fronteras de los miles de uruguayos que viajaban a Argentina por diversos motivos.¹¹²

La relación de *El Diario* con empresas, comercios y establecimientos industriales fue determinante en la configuración de buena parte de sus contenidos.¹¹³ Puestos a pensar en el origen de la relación, no parece aventurado atribuirle la iniciativa a la propia empresa periodística, que dedicó parte de sus páginas a convencer a los empresarios de que invertir en la prensa era la mejor forma de promocionar sus productos (“el que avisa no pierde dinero”, señaló a lo largo de todo 1924 mediante un suelto que aparecía aleatoriamente en cualquier lugar donde hubiera un espacio) y que atacó a sus competidores —la consabida prensa argentina— cuando hacía lo propio, denunciado que sus representantes “corretean el aviso en las casas comerciales por medios poco usuales”. En enero de 1935, quizá generando el clima para naturalizar la importancia que tendría la renovación de sus talleres en los próximos meses —más páginas, mejor diseño, suplementos— destacó que *La Prensa* de Buenos Aires acababa de sorprender gratamente “con una edición realmente extraordinaria, no solo por la cantidad de páginas que contiene, sino por la calidad del material de texto y gráfico que ha sabido presentar, haciendo alarde de una capacidad técnica notable”; la iniciativa había sido recompensada con el éxito del público (“alcanzó el record de 746 mil ejemplares”) y era la prueba de que el comercio y la industria estaban haciendo bien en dejar de lado “las propagandas que tienen alguna apariencia de originalidad, pero que, a la postre, no sirven bien los intereses comerciantes” (¿alusión a la radio?) y volver “a la propaganda escrita, que es la que siempre aconsejó la técnica, a la propaganda gráfica y penetrante que es estable”. La publicidad, según establecía en un texto similar de 1931, “es la gran palanca del progreso de

¹¹² Good Fellow [Enrique H. Aubriot], “Créase o no”, en *El Diario*, 8 de octubre de 1934, p. 3.

¹¹³ Para el caso de Berlín, Peter Fritzche señala que más de la mitad de todo diario metropolitano importante estaba destinada a publicidad y avisos clasificados. La ciudad aparecía en ellos como un jardín donde abundaban las oportunidades: teatros, bares, restaurantes, estadios, circos, salas de exposiciones). Las grandes tiendas podían llegar a ocupar una página entera de anuncios y solían relacionar la publicidad con algún suceso de actualidad, ya que la actualidad era parte del espectáculo (Peter Fritzche, *Berlín 1900...*, op cit., p. 146).

todas las industrias y del comercio del mundo entero. [...] De todos los elementos de publicidad conocidos, el único que no se discute por su eficacia es la Prensa”, capaz de generar “el famoso ‘¡Pum! en el ojo’, que es el aviso moderno, sugestivo, de rápido efecto [y] porque a su difusión segura y visibilidad innegable, lleva agregado algo de la autoridad y seriedad del periódico”, aludiendo al carácter estructurante y no meramente accesorio de la función publicitaria para un medio de prensa. El diario aseguraba visibilidad, mucha más que cualquier otro medio, incluso que la cartelera colocada en la vía pública, como informó en 1926 mediante una anécdota con una moraleja tan exagerada como reveladora de sus intenciones: en la marquesina del Teatro Urquiza había permanecido escrita, durante veinte días, la palabra “atrices” —con un evidente error de ortografía— “sin que los miles de personas que desfilan por ese lugar al cabo del día, lo leyeran, pues de otro modo no se explica cómo permaneció allí tanto tiempo, ya que la población montevideana conoce bastante ortografía”. Pero bastó un solo comentario en las páginas de *El Diario* “y al día siguiente los peatones se detienen para leer el cartelón de marras y tejer sus risueños comentarios, y el personal del teatro se apresura a corregir el error”; un “avisador avisado” debía deducir de ello que “los avisos publicados en EL DIARIO los leen millares de personas” mientras que “los avisos pegados en los muros pasan desapercibidos”. Esto venía a probar que *El Diario* era capaz de influir e incluso manipular la conducta de las personas, ya fuera concentrando su atención en la lectura de un cartel específico —dentro de la maraña de estímulos visuales que presentaba la ciudad— o induciendo la práctica de un tipo particular e inédito de divertimento, como quiso probar en 1933, mediante la publicación del facsímil de una carta enviada a su administración por el importador del yo-yo “Duncan 77” en la que se afirmaba que “la predilección del público uruguayo” por ese juego “fue directa consecuencia de la propaganda de EL DIARIO”.¹¹⁴

¹¹⁴ “El que avisa no pierde dinero”, en *El Diario*, 2 de julio de 1924, p. 10; “La invasión de diarios argentinos. Los propósitos son cada vez más claros”, en *El Diario*, 3 de setiembre de 1934, p. 3; “Evolución significativa”, en *El Diario*, 3 de enero de 1935, p. 3; “Los avisos numerados de ‘El Diario’ son una verdadera innovación en materia de publicidad. Comenzarán a publicarse este mes”, en *El Diario*, 1 de marzo de 1931, p. 10; “Es natural”, en *El Diario*, 30 de mayo de 1926, p. 3. “Los grandes éxitos de la publicidad de El Diario. Testimonio elocuente”, en *El Diario*, 23 de marzo de 1933, p. 12 (**imagen 35**). Por supuesto que la insistencia de *El Diario* en la importancia de la prensa como medio para la publicidad no fue una excepción. En 1946, el tipógrafo Jacinto Duarte —en un libro que, no casualmente, fue publicado por la empresa editora de un diario, en este caso *La Razón*— señaló que la prensa era “una industria que defiende a todas las industrias” y que “está probado estadísticamente, que [...] es el vehículo que tiene la fuerza convincente más poderosa que cualquier otro. Por eso se le prefiere y se le presta la importancia que merece. Su enorme difusión y el contacto directo con el público implica la posibilidad de ser 'visto', motivo este por el cual da más resultado” (Jacinto Duarte, *Brevísima historia y técnica del aviso de prensa*, Montevideo, Editado por el Departamento de Publicidad de La Razón, 1946, p. 5, 49).

Los grandes éxitos de publicidad de **El Diario**

TESTIMONIO ELOCUENTE

J. Braceras y Cia

Calle ITUZAINGÓ 1467

RECCION TELEFONICA

SACERASCO

Montevideo, Marzo 20 de 1933

Castilla Correo. 143

Señor Administrador de "LA MAÑANA" Y "EL DIARIO"

Presente.

Muy señor nuestro:

Al finalizar la propaganda realizada por EL DIARIO para imponer en el Uruguay el famoso "yo-yo" Duncan 77, en nuestra calidad de introductores del popular carretel, nos consideramos obligados, por razones de justicia y de merecido reconocimiento, a expresar a usted nuestra absoluta satisfacción por los resultados obtenidos por esa propaganda de "EL DIARIO" de rara eficacia, no solo por el concepto moderno con que dicho organo periodístico desarrolla la publicidad comercial, sino también por su extraordinario tiraje, de amplia notoriedad

La predilección del público uruguayo por el "yo-yo" Duncan 77 fue directa consecuencia de la propaganda de "EL DIARIO" que ya hemos juzgado como merece, quien, además, logró hacer comprender la diferencia fundamental que existe entre el legítimo "yo-yo" Duncan 77 y las imitaciones que, en sorprendente cantidad, surgieron al empuje de la bondad del genuino carretel, que nosotros importamos, y de la eficaz publicidad de "EL DIARIO" para imponer el juego.

Al reiterar a usted nuestra terminante conformidad con la publicidad comercial de "EL DIARIO" que hemos aquilatado debida y propiamente, aprovechamos para saludar a usted con nuestra más distinguida consideración.

Fac - simíl de la carta que recibimos de los señores Braceras y Cia., prestigiosa firma comercial de esta capita, que introdujo el famoso "Yo - Yo Duncan 77", referenciando el extraordinario éxito alcanzado por la publicidad del popular juguete efectuada en "EL DIARIO".

Debemos advertir que la propaganda mencionada SE EFECTUO SOLAMENTE EN "EL DIARIO" y en el breve término de 40 días, lo que evidencia de manera terminante que el enorme tiraje de nuestra hoja ha sido factor exclusivo del formidable éxito alcanzado.

El éxito de estas convocatorias puede verificarse a través de la cuantiosa publicidad inserta en sus páginas. Pese a quejarse ocasionalmente de su desempeño en tanto vía de financiación ("los avisadores son pocos y pagan mal", diría en 1928) durante el período analizado y contando piezas gráficas y avisos comerciales el promedio del espacio dedicado a la publicidad fue de un quinto de la página. Y este porcentaje no considera la publicidad no tradicional, o sea los textos, fotografías, composiciones gráficas —en este caso como en el

anterior, a veces a página entera—, secciones y suplementos cuya finalidad aparente era informativa (o sea, presentadas como noticias, crónicas, ensayos o editoriales) pero que una lectura apenas minuciosa revela como eminentemente publicitaria.¹¹⁵

En 1935, cuando *El Diario* estrenó su suplemento industrial, lo hizo con el objetivo de “reflejar el esfuerzo de algunos de los industriales de mayores méritos de nuestro medio”, lo cual sugiere quienes lo financiaban o por lo menos subvencionaban mediante la inserción de publicidad. La cobertura de exposiciones industriales respondía al mismo fin: en 1928, dos fotografías del “artístico Stand” de la compañía Salus servían como excusa para un largo texto donde se destacaban las bondades medicinales y el sabor exquisito de sus productos. La creación de una página “para las damas y para el hogar”, siete años antes, refleja esta práctica de manera mucho más evidente. Los consejos sobre moda y vida familiar eran apenas la excusa para la inserción de publicidades de “novelas para señoritas”, peluquerías, mueblerías, sederías, joyerías, florerías, tiendas de ropa y decoración. Y por si no bastara la omnipresencia de piezas gráficas que incitaban al consumo, un texto a modo de comentario pintoresco sobre la vida urbana indicaba que

los escaparates de las tiendas deslumbran los ojos de las mujeres en las mañanitas templadas y en los atardeceres ‘elegantes’. [...] ¿Qué mujer pasa ahora indiferente por frente a uno de esos inmensos cristales, detrás de los cuales guardan tantas maravillas? ¿Qué mujer, por humilde o suntuosa que sea, no siente acelerar el ritmo de su corazón al poner la mirada en un traje? [...] Cada escaparate parece un santuario abigarrado de fervorosas fieles que comentan y suspiran y expresan las más recónditas ansias de sus deseos.

Lo mismo aplica para los beneficios de la energía eléctrica. En 1925, el proyecto de instalar relojes eléctricos en tres puntos de Montevideo —Plaza Independencia, Plaza de los Treinta y Tres y esquina de las avenidas Agraciada y Rondeau— fue leído como uno de los “grandes progresos modernos” y como otra prueba de que la electricidad “en manos de los magos de la técnica” era “el factor revolucionario en todos los órdenes de la vida social y el rasgo que ha marcado [...] el pasaje diferencial entre el pasado y el presente”. La instalación de los relojes estaría a cargo de la General Electric Company, única empresa del mercado —según se

¹¹⁵ “El impuesto a las revistas extranjeras. Su fundamental de justicia”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928. El porcentaje de avisos comerciales y publicidad gráfica que indico es apenas una referencia. Lo obtuve de comparar la superficie total de diecisiete ediciones escogidas al azar —salvo por el criterio de que todas correspondieran al mismo día de la semana; jueves, también escogido al azar— con la de la superficie de página ocupada por esos contenidos. Vale agregar que el porcentaje mínimo de publicidad que encontré fue de 8 (3 de julio de 1927) y el máximo 39,2 (2 de enero de 1930).

informaba— capaz de cumplir con los requisitos técnicos; debajo del texto, ocupando media página, una publicidad de la misma empresa anunciaba la venta de relojes similares para uso doméstico.¹¹⁶



36

¹¹⁶ Petronilho, “En la independencia industrial está el secreto de nuestra independencia económica”, en *El Diario*, 3 de diciembre de 1935, p. 1 (segunda sección); “Nuestro suplemento industrial de mañana”, en *El Diario*, 2 de diciembre de 1935, p. 10; “Los éxitos obtenidos por la compañía ‘Salus’”, en *El Diario*, 15 de octubre de 1928, p. 7; “Para las damas y para el hogar. Las consecuencias de la tentación...”, *El Diario*, 3 de noviembre de 1927, p. 5; “Los grandes progresos modernos”, en *El Diario*, 4 de agosto de 1925, p. 6; “Los relojes eléctricos ‘Telechron’ de frecuencia constante...”, en *El Diario*, 4 de agosto de 1925, p. 6 (imagen 36)

La sección cinematográfica también revela la incidencia de las empresas en la definición de los contenidos del diario. El estreno de una película solía implicar un texto “informativo” donde se describía el argumento y se destacaba el carácter artístico, la fama o el talento de directores, actores, guionistas y fotógrafos; junto a él o en la página siguiente, una publicidad de la película. El inicio de la temporada cinematográfica solía implicar una celebración de la práctica del Cine en sí misma, más allá de sus manifestaciones concretas: “está cercana la hora de la iniciación de la temporada cinematográfica. Este año será colosal”. Y como en otros asuntos, si lo comercial y lo ideológico entraban en conflicto, lo primero se imponía, como sucedió al comentar el estreno de *El Acorazado Potemkin*,

obra monumental que nos llega desde Europa, consagrada con el prestigio de los más altos críticos que a pesar de las prevenciones que puedan tener con el sistema político vigente en Rusia, no dejan de valorar justamente el arte que florece en la que fue la tierra de los zares.

La construcción de nuevas salas de cine mereció menciones especiales, donde se destacaba “el lujo y la comodidad” de las modernas instalaciones, el nombre de las empresas que impulsaban los proyectos (“Max Glucksmann, después de haber logrado la más alta calidad en los films que pasa por los escenarios de sus cines, se esfuerza ahora de dotar Montevideo de amplias y suntuosas salas”) y el inmediato favor de público que conseguían.¹¹⁷



37

¹¹⁷ “Cines. El estreno de hoy en los cines Rey y Capitol”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, p. 5; “El águila solitaria”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, p. 4; “Cines. Será ‘El Acorazado Potemkin el film de más éxito”, en *El Diario*, 3 de marzo de 1927, p. 4. “Max Glucksmann inaugura mañana viernes, otra magnífica sala cinematográfica: el ‘Cine-Teatro Cervantes’”, en *El Diario*, 18 de octubre de 1928, portada (imagen 37), “Los más hermosas locales para cine en Montevideo”, en *El Diario*, 20 de octubre de 1928, portada .

La publicidad no tradicional atravesó —y coordinó— diversos tipos de contenido, como portadas, editoriales y notas informativas. En junio de 1926, ante el invierno que se avecinaba, el editorial advirtió sobre “la cantidad alarmante de individuos accidentados por encerrarse en sus aposentos con braseros encendidos”; algunas páginas después, una nota informativa sobre los “múltiples recursos del confort” que el ser humano había desarrollado para combatir el frío —superadores de los braseros de cisco “tan en boga antaño”— apareció encabezada por varias piezas publicitarias de calefactores, casi todos eléctricos, a gas, alcohol o kerosene; y en portada, un grabado de la Compañía del Gas mostraba una mujer joven, elegante y moderna disfrutando del calor proporcionado por una de sus estufas. Dos años después, una larga advertencia sobre los riesgos sanitarios que para las mujeres implicaba perseguir “el ideal de belleza” producido por el cine de Hollywood (“una diva especialmente famosa ha llegado, a causa de su dieta exageradamente deficiente, a un estado anémico tan extremo que se teme pierda la vista”) concluía con la recomendación de tomar un camino alternativo para alcanzar los mismos fines: beber “leche YOKA (Productos Kadsorf, Uruguay 1120)”. El mismo uso se le dió a las crónicas sobre asuntos novedosos del panorama urbano. En 1927, los integrantes de *La Mañana* y *El Diario* José M. Pena y Juan V. Despósito —junto a los *Imparcial* y *El Día*, Enrique N. Orecchio y Francisco Ghigliani respectivamente, lo cual señala lo común de esta práctica entre los diarios urbanos— volaron sobre Montevideo en un “magnífico avión Junker” y escribieron sus impresiones sobre la experiencia. Fueron “quince minutos sobre el espacio” en los cuales se sintieron “tan seguros como en tierra”, como correspondía a un texto que tenía por fin promocionar los primeros servicios de aviación comercial.¹¹⁸

¹¹⁸ “Calefacción económica y elegante”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, portada (**imagen 3**); “Hay que prevenir”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, p. 3; “La lucha contra el frío. El maravilloso invento de la calefacción”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, p. 5 (**imagen 5**); “Las víctimas de la ‘línea delgada’”, en *El Diario*, 10 de junio de 1926, p. 6; “Sobre Montevideo en un magnífico avión ‘Junker’”, en *El Diario*, 18 de marzo de 1927, p. 10 (**imagen 38**)

...de un avión Junker...
...del motor Junker...
...de un avión Junker...

Sobre Montevideo en un magnífico avión "Junker"

Quince minutos en el espacio, "tan seguros como en tierra"

En la mañana... de un avión Junker...
...del motor Junker...
...de un avión Junker...



Una vista del interior del "Junker" panorámico, que voló ayer mañana sobre Montevideo.

...de un avión Junker...
...del motor Junker...
...de un avión Junker...

Si la popularidad de *El Diario* puede explicarse por el énfasis que ponía en el tratamiento de los sucesos espectaculares no debe llamar la atención que las casas comerciales procuraran vincular a ellos su publicidad o que el diario ofreciera ese servicio. Por eso, las crónicas sobre fiestas populares fueron una excusa perfecta para la promoción comercial. La conquista del título por parte de la selección uruguaya de fútbol en los Juegos Olímpicos de 1924 fue homenajeada por la Ford Motor Company mediante la compra del espacio completo de una portada en la que insertó una composición gráfica alusiva al éxito deportivo. Con menos recursos pero mismas intenciones, “el comercio de Goes” —veintidós establecimientos entre los que se contaban casas de fotografía, zapaterías, joyerías, casas de lotería, cinematógrafos, provisiones, librerías, farmacias, confiterías, florerías, cigarrerías, barracas y bazares— compró todo el espacio de la página 8, saludó a los campeones y publicó miniaturas fotográficas con el retrato de los jugadores. La fábrica Primucci Hermanos, en su intención de que “todo el pueblo pueda festejar la hermosa llegada de los campeones”, liquidó: “antorchas para manifestaciones, cohetes tiro, cohetes bomba [...] bombas mortero diurnas de banderas nacionales y extranjeros, bombas mortero con retrato de los jugadores”. Cervecerías del Uruguay propuso el “homenaje original” de publicar en *El Diario* “fotografías de cada uno de los jugadores campeones en tamaño grande, dentro de un dibujo artístico en forma de marco, como para que los aficionados que así lo deseen puedan recortarlo y guardarlo como recuerdo”. La General Electric S.A. también saludó a los campeones y recordó “que los

poseedores de aparatos de radio fueron los primeros en enterarse, desde su casa, de los triunfos de los uruguayos en Europa”. La celebración del Carnaval mereció coberturas fotográficas de los carros alegóricos “que más llaman la atención”, acompañadas de texto alusivos a las bondades de los comercios a los que representaban.¹¹⁹



39

40

La cobertura de delitos y “tragedias” también aparejó prácticas de este tipo. En 1928, el asalto al cambio Messina ambientó una reveladora síntesis de los vínculos entre el Estado, los comercios y los medios de prensa. El 27 de octubre, dos días después del asalto, Seusa organizó una colecta de dinero entre “los cambios, las agencias de lotería, instituciones bancarias, etc.” a fin de recompensar a cualquier persona que facilitara datos sobre la ubicación de los asaltantes. Días después empezó a publicar el listado de colaboradores

¹¹⁹ “VIII Olimpiada. Ford Motor Company adhiere al homenaje que el pueblo uruguayo rinde a los campeones olímpicos de football”, en *El Diario*, 28 de julio de 1924, portada; “El comercio de Goes saluda a los campeones mundiales de fútbol el día de su regreso a la madre patria”, en *El Diario*, 31 de julio de 1924, p. 8; (imagen 39); “El arribo de los campeones olímpicos a Montevideo. Homenaje original”, en *El Diario*, 31 de julio de 1924, p. 11; Sin título [retrato de José Nasazzi auspiciado por Malta Montevideana], en *El Diario*, 1 de agosto de 1924, p. 10 (imagen 30); Sin título [retrato de José Leandro Andrade auspiciado por Malta Montevideana], en *El Diario*, 2 de agosto de 1924, p. 10 (imagen 31); “La General Electric SA”, en *El Diario*, 31 de julio de 1924, p. 10; “Algunos de los carros que más llaman la atención”, en *El Diario*, 1 de marzo de 1927, portada; “Ecos gráficos de los corsos carnavalescos”, en *El Diario*, 18 de febrero de 1926, portada; “El carro-reclame de El Chaná”, en *El Diario*, 25 de febrero de 1926, p. 7 (imagen 40)

—entre los que se destacaba el Banco de la República Oriental del Uruguay, que aportaba más del noventa por ciento de las “donaciones”— aunque el día 30 aclaró que las colaboraciones eran “nominales” y que el dinero solo sería recolectado y entregado “en caso que alguna persona aporte datos concretos sobre el paradero de los criminales y estos puedan ser reducidos a prisión”, quizá con la intención de volver más seductora la estrategia publicitaria para las empresas; también informó que “las instituciones de crédito entre hoy y mañana se pronunciarán” y que, cuando eso sucediera, el monto de la recompensa alcanzaría los veinte mil pesos, aunque ese pronunciamiento, al parecer, nunca se produjo y dos semanas después, cuando volvió a publicar la lista de colaboradores, el monto total apenas superaba los once mil y sus principales donantes eran los bancos estatales y los hijos del comerciante asesinado en el asalto. A partir de entonces no volvió a haber noticias sobre la colecta; de hecho, es probable que haya finalizado ese día, ya que en enero del año siguiente, cuando se volvió a tocar el tema, el monto total seguía siendo el mismo y el dinero todavía no había sido recolectado aunque el caso estaba resuelto, ya que la Policía todavía no había informado quiénes debían ser los beneficiarios.¹²⁰

Si bien esta iniciativa no alcanzó el éxito esperado, *El Diario* ofreció otros caminos para que “el comercio” se beneficiara de la atención puesta sobre el delito y la tragedia. Aprovechando la avidez de información, insertó piezas publicitarias que a primera vista parecían noticias de impacto: “Último momento. La captura de los asaltantes del cambio Messina”, tituló en grandes letras mayúsculas, para continuar en letra mucho más chica

es una obra a la cual debemos cooperar todos en la medida de nuestras fuerzas. Un crimen de esa naturaleza no debe quedar impune por solidaridad humanitaria, por vergüenza nacional. La Casa de los Novios ofrece un regio dormitorio ‘Chippendale’ a la persona que logre la captura de los autores de tan valioso atentado.

O: “grandes ladrones!!!” en mayúscula, para acotar en cuerpo menor: “son los que cobran más que lo que cobramos nosotros. Reforme sus colchones en ‘Colchonería Jackson’”. Una casa de cambios de La Unión —la zona en donde habían sido apresados, días atrás, los

¹²⁰ “Una iniciativa de La Mañana y El Diario. Se ofrece un valioso premio a los que denuncien o capturen a los asesinos”, en *El Diario*, 27 de octubre de 1928, p. 10; “La colecta alcanza ya a \$ 5.493”, en *El Diario*, 29 de octubre de 1928, p. 8; “La colecta”, en *El Diario*, 30 de octubre de 1928, p. 10; “\$20.000”, en *El Diario*, 30 de octubre de 1928, p. 10; “Estado de la colecta. La cantidad asciende a 11.350”, en *El Diario*, 12 de noviembre de 1928, p. 6; “El premio para los que facilitaron la aprehensión de los asaltantes del cambio Messina”, en *El Diario*, 10 de enero de 1929, p. 10.

asaltantes— anunciaba: “¡Manos arriba! Vaya a La Unión a comprar números. Plata para todos”. El 23 de enero de 1929, cuando dos incendios ocuparon la página policial, un recuadro “de interés general” destacado en medio de la nota anunció una demostración pública de extintores de fuego que iba a llevar a cabo próximamente una empresa establecida en Montevideo. Tres años antes, cuando otro incendio destruyó “el teatrino de la calle Yacaré donde tan emocionantes matches de box han presenciado los aficionados”, una fotografía de casi un cuarto de página dió la noticia en portada; una luz incandescente que el pie de foto atribuía a las llamas ocupaba el centro del cuadro y haberla logrado registrar era mérito del fotógrafo pero también

de las placas ‘Gevaert’, fábrica de artículos fotográficos que representa entre nosotros el Sr. Atilio Rienzi, calle Convención 1417 y que son buscados tanto por los profesionales como por los ‘amateurs’ por su excelente calidad y completa preparación;

a la izquierda del cuadro, sobre el lateral de un edificio que, por su ubicación con respecto a la luz, estaba oscuro, se notaba una inscripción manuscrita: “artículos fotográficos ‘Gevaert’ Convención 1417 Atilio Rienzi”, que sin dudas se produjo rayando el negativo o la copia pero que simulaba una inscripción real.¹²¹



41



42

¹²¹ “Último momento. La captura de los asaltantes del cambio Messina”, en *El Diario*, 29 de octubre de 1928, p. 8 (imagen 41); “Grandes ladrones!!!”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, p. 8; “¡Manos arriba!” en *El Diario*, 19 de noviembre de 1928, portada (imagen 41); “De interés general”, en *El Diario*, 23 de enero de 1929, 12; “Un eco gráfico del incendio de anoche en el teatro Porteño”, en *El Diario*, 2 de enero de 1926, portada.

Este uso de la fotografía fue regular. Probablemente aprovechando el desconocimiento que la mayoría de sus lectores tenía respecto de las determinantes técnicas de la práctica fotográfica, los editores intervinieron las imágenes para hacer aparecer cosas que no estaban en la escena o que no habían podido registrarse: como la etiqueta de la botella de champagne que bebió el aviador Ramón Franco durante el banquete en que se le homenajeó tras su llegada a Montevideo quedó sobreexpuesta en la fotografía publicada para promocionar las bondades de la bebida, el editor sobreimprimió la marca de manera manuscrita; la cúspide del Palacio Salvo en 1926, vista de noche, difícilmente irradiara como un sol ilustrado, pero la intención de destacar el cartel “luminoso de los cigarrillos SUPER, que es motivo de admiración” así lo hizo parecer. Las intervenciones sobre las fotografías también procuraron el efecto contrario: eliminar información que podía constituir publicidad gratuita, como sucedió en 1926, también con el Palacio Salvo como protagonista: “los anuncios fijados en sus fachadas [...] ponen una nota de color endiablado en el ambiente gris de Montevideo”; por eso la fotografía enfatizaba en ellos y el editor los retocaba a mano para que las marcas aparecieran más visibles, salvo los de aquellas con las que no había acuerdo comercial, que aparecían en blanco.¹²²



¹²² Sin título, en *El Diario*, 27 de febrero de 1926, portada; “Nuestros rascacielos”, en *El Diario*, 26 de marzo de 1927, p. 9 (imagen 44); “El Palacio Salvo y la ‘reclame’ comercial”, en *El Diario*, 22 de junio de 1926, portada (imagen 44).

La confirmación del vínculo directo entre los contenidos del diario y los intereses de las empresas parece provenir de su negación, como sucedió en 1928, cuando desmintió la “insinuación velada” lanzada por *El Ideal* de que la sostenida campaña de *El Diario* contra la circulación de ómnibus en Montevideo obedecía al vínculo de Seusa con las empresas de tranvías: “nuestras prédicas no se pagan ni con dinero ni con votos pescados en la red”, se defendió entre indignado y grandilocuente. Lo mismo ocurrió en 1930, aunque en este caso la revelación de la práctica proviene de su negación sarcástica: un perfil humorístico de “Ombú Curá” dedicado al estereotipo del almacenero gallego traía a colación “los mostradores que le hizo [la marmolería] Vitacca” y aclaraba en nota al pie: “¡vamos, lector amigo; contén la intención / yo no cobra nada, por esta mención”.¹²³

Los contenidos promocionales no abordaron solo a empresas específicas sino a la actividad comercial en general, como si la existencia del diario —e incluso de la ciudad como formato de organización de la vida humana— dependiera del mantenimiento y la expansión de la cultura del consumo. En marzo de 1927, el cambio de estación sirvió como excusa para un texto editorial que definía a Montevideo en términos de sus principales actividades económicas: en verano, era “la ciudad del turismo, de los alrededores magníficos y de las mejores playas de América”, mientras que en otoño su marca característica era la vida comercial de la calle Sarandí,

la vía elegante y lujosa, enclavada en el corazón de la ciudad. [...] Con el frío, la actividad será más grande, los hombres en sus negocios, ellas en sus interminables rondas a través de las tiendas. [...] Sarandí alucinará a los paseantes con los reflejos multicolores de los escaparates.

Las notas fotográficas y los fotorreportajes que borroneaban las fronteras entre la información y la publicidad fueron clave para indicar los lugares específicos —casi siempre en el centro de la ciudad— a donde debían concurrir los consumidores. A partir de 1924 la portada de *El Diario* comenzó guardar espacios para mostrar fotografías de edificios “que señalan progreso en la ciudad” —en tanto allí se estaba instalando prestigiosas firmas comerciales extranjeras— o cuya reciente construcción era prueba de “progreso arquitectónico” y ameritaban, por eso, mencionar una por una las firmas que habían participado de la obra junto a la calle y número de puerta donde se les podía contratar: “Zanelli y Brachi, Av. 18 de Julio

¹²³ “Cartel puro”, en *El Diario*, 7 de octubre de 1928, p. 3; “Ombú Curá” [Américo Agorio], “La sofá del día. El dueño del tablado”, en *El Diario*, 9 de febrero de 1932, p. 3.

1696, proporcionó todos los vidrios y cristales. La herrería artística y de obra fue ejecutada por...”. Lo mismo sucedió con los interiores o fachadas de los comercios, muchas veces fotografiadas a la noche para demostrar los atractivos de su decoración lumínica. También hubo fotorreportajes dedicados a informar/promocionar innovaciones introducidas por empresas extranjeras en los rubros a los que se dedicaban, como la fabricación del ejemplar diez millones del automóvil modelo T de la empresa Ford.¹²⁴



45

46

¹²⁴ “Cambiano el compás”, en *El Diario*, 16 de marzo de 1927, p. 3; “Los comercios de Montevideo que señalan progreso en la ciudad”, en *El Diario*, 11 de julio de 1924, portada; “Los progresos arquitectónicos de Montevideo”, en *El Diario*, 28 de abril de 1925, portada (**imagen 45**); “Los comercios elegantes y progresistas de Montevideo”, en *El Diario*, 6 de agosto de 1925, portada; “Notas de Montevideo nocturno. Por Sarandí”, en *El Diario*, 24 de agosto de 1925, portada; “De Montevideo nocturno. Por 18 de Julio”, en *El Diario*, 6 de junio de 1926, portada; “Los comercios modernos de Montevideo”, en *El Diario*, 24 de junio de 1926, portada; “Aspectos interesantes de Montevideo nocturno”, en *El Diario*, 26 de junio de 1926, portada (**imagen 46**); “La industria y el comercio de las pieles en Montevideo”, en *El Diario*, 5 de agosto de 1925, portada; “Impresiones gráficas de nuestras visitas nocturnas a los restaurants más conocidos de la ciudad”, en *El Diario*, 1 de febrero de 1926, portada; “La confitería ‘Jockey Club’ se ha impuesto en nuestra sociedad para las grandes demostraciones”, en *El Diario*, 15 de marzo de 1931, p. 12; “Más de diez millones de coches modelo ‘T’ han salido para todos los ámbitos del universo, de la Ford Motor Company, en Highland Park Detroit, EEUU”, en *El Diario*, 29 de julio de 1924, portada.

Pero esta práctica no se limitó a señalar las calles Sarandí y 18 de Julio o los consumos de las clases altas o medias en ascenso. También tuvo un foco en las avenidas y las calles comerciales de los barrios que radiaban el centro y en las prácticas de consumo de los sectores populares. “Los barrios animados de Montevideo. Comprobación gráfica del progreso comercial de la calle Goes”, título en 1925 un fotorreportaje a página entera que —pese al nombre de la calle mentada— mostraba las fachadas o los interiores de quince comercios ubicados sobre la avenida General Flores, entre los que se contaban: sastrerías, mercerías, casa de préstamos y compraventa (“La bolsa de los pobres”), confiterías, tiendas de ropa “para las distinguidas damas de Goes”, estudios fotográficos, bazares, jugueterías, zapaterías y tiendas de impermeables, cada una señalada con su dirección exacta. Un año después, “la importancia comercial de la Av. General Rondeau” merecía que *El Diario* le dedicara una “información” —tal era la cobertura de la pieza publicitaria—, ya que allí el lector podía encontrar comercios de todos los rubros:

gomerías, fábricas de escobas, talleres de obra blanca, armerías, tiendas lujosas, roperías bien surtidas, farmacias importantes, perfumerías, escritorios y en fin, cuánto puede concebirse en lo que respecta al desarrollo de las actividades comerciales;

cada negocio merecía una fotografía y un breve texto descriptivo donde se destacaba su dirección, la amabilidad de sus propietarios al momento de responder las inquietudes del periodista y la calidad de sus trabajos; la página era complementada con avisos —modestos en cuanto a tamaño y diseño— de otros comercios ubicados en la avenida, quizá aquellos que habían participando de manera minoritaria en su financiación. El mismo trato mereció la calle Sierra una semana después, donde se ubicaban fábricas, bicicleterías, talleres mecánicos, bazares, garajes, confiterías, mensajerías que se destacaban "por su sistema de trabajo, la bondad de sus artículos, la baratura de sus precios", pero también por su contribución al embellecimiento de la ciudad, pues llenaban el vacío producido por la desidia de un gobierno municipal controlado por el batllismo que

no se preocupa poco ni mucho [por su limpieza], presentando en general un aspecto lamentable. [...] La iniciativa privada especialmente entre los comerciantes ha hecho que la calle Sierra ofrezca amplia y continuada iluminación, pues son

muchas las casas que procuran llamar la atención del transeúnte con sus letreros y carteles luminosos.¹²⁵



47

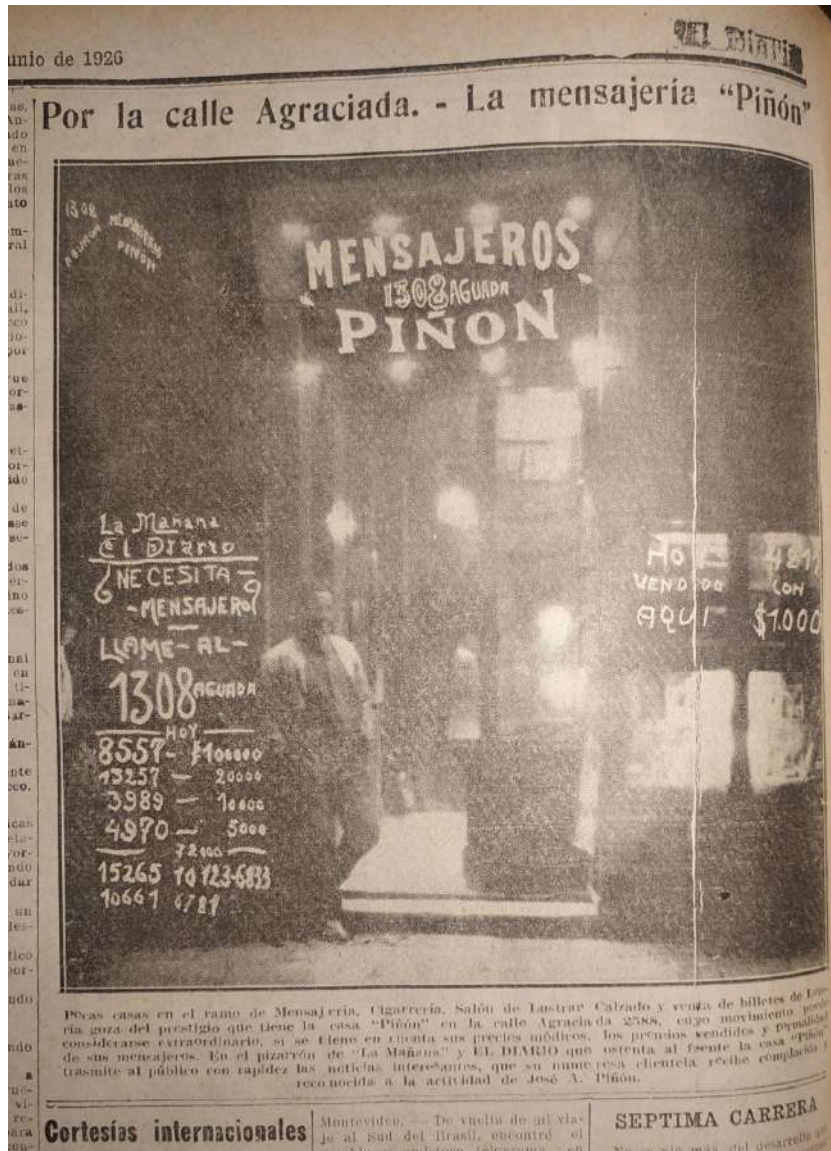


48

Otras veces los destaques fueron para modestos comercios de barrio. El formato, en estos casos, era un fotografía o un fotorreportaje que ocupaba un cuarto de página y un texto que destacaba el nombre de su propietario, sus principales bondades y la dirección donde se ubicaba. La sastrería de Francisco Curbelo era “uno de los comercios más importantes del Reducto. [...] El gusto y la originalidad” con que habían sido adornadas sus vidrieras para la celebración del centenario de la primera constitución uruguaya justificaba por sí solos la fotografía; el café y bar Belvedere, con sus “modernas e higiénicas instalaciones” era un ejemplo de “los comercios suburbanos que progresan”; pocas casas del rubro “mensajería, Cigarrería, Salón de lustrar calzado y venta de billetes de Lotería [...] gozan del prestigio” de la de José A. Piñón, ubicada en la calle Agraciada, cuya fotografía aparecía intervenida para resaltar las inscripciones en sus carteles “que transmiten con rapidez las noticias interesantes”

¹²⁵ “Los barrios animados de Montevideo. Comprobación gráfica del progreso comercial de la calle Goes”, en *El Diario*, 24 de abril de 1925, p. 10 (imagen 47); “Importancia comercial de la Av. Rondeau”, en *El Diario*, 20 de junio de 1926, pp. 10-11. “La calle Sierra y sus importantes casas comerciales”, en *El Diario*, 26 de junio de 1926, pp. 8-9 (imagen 48).

publicadas por *La Mañana* y *El Diario*; la peluquería del señor Solano Sosa, ubicada en Canelones 759, estaba “acreditada ante su numerosa clientela por la bondad, baratura e higiene con que se realizan sus servicios”.¹²⁶



49

Pero el estímulo del consumo no se dirigió solo hacia establecimientos formales sobre los que cabe suponer estaban comprometidos con Seusa en algún tipo de arreglo comercial. La feria, “ese ruidoso y multicolor tendido pueblerino al que, domingo tras domingo, acudimos con ánimo pichichero y minorista” también mereció crónicas escritas y fotográficas; lo mismo sucedió con otros espacios de sociabilidad y consumo de los sectores

¹²⁶ “Una vidriera original”, en *El Diario*, 31 de julio de 1930, p. 7; “Los comercios suburbanos que progresan...”, en *El Diario*, 8 de julio de 1930, portada; “Por la calle Agraciada. La mensajería Piñón”, en *El Diario*, 19 de junio de 1926, p. 10. (imagen 49); “Los comercios progresistas de Montevideo. El ramo de peluquería”, en *El Diario*, 4 de febrero de 1926, portada.

populares, como “los despachos de bebidas del puerto” en donde se mezclaban estibadores y marineros de dudosa procedencia o los “boliches” que congregaban al público masculino.¹²⁷

Otro recurso empleado para estimular el vínculo con las empresas y el deseo de consumo en sus potenciales clientes fue el diseño de juegos interactivos, en los cuales el diario proponía una consigna que debía ser ejecutada por sus lectores para acceder a descuentos o tratos preferenciales en los comercios. Esta práctica fue corriente desde sus primeros números. El 8 de julio de 1923, dos días después de su primera edición, publicó en portada la fotografía de una persona de cuerpo entero caminando por la Plaza Independencia, a la cual el editor le borró el rostro: “las personas que crean reconocerse en esta fotografía podrán presentarse a la administración de El DIARIO [...] llevando el traje que tenían en el momento en que ella fue tomada” y una vez comprobada la identidad le sería entregada una orden de compra en una serie de comercios adheridos; siete años después ofreció medio billete de lotería a quien pudiera extraer de los textos de cada una de las quince publicidades que aparecían en la página las letras para formar “una frase que traduce el primer pensamiento de todo comerciante inteligente y que contempla sus propios intereses”. Muchas veces los juegos eran precedidos por campañas de expectativa dirigidas a captar la atención tanto de los avisadores como de los lectores ávidos de ofertas. En marzo de 1932, media columna de la página policial fue ocupada por una inusual composición gráfica: una flecha de gran tamaño señalaba que

los avisos numerados de EL DIARIO aparecerán en los primeros días de marzo. Se trata de publicidad moderna, interesante para el avisador y el lector [que] tiene intrigada e impaciente (efectos de la publicidad hábilmente efectuada) a toda la población de Montevideo.

Dos días después apareció la explicación del sistema, consistente en la publicación de cien avisos por semana, numerados del 00 al 99, que los lectores podían recortar y enviar bajo firma a la redacción de Seusa; las copias recibidas del aviso cuyo número coincidiera con las dos últimas cifras de la lotería serían sorteadas y el ganador se haría acreedor de una orden de compra por cincuenta pesos a canjear en el comercio correspondiente al aviso sorteado. Este mecanismo, mezcla de búsqueda del tesoro y juego de azar, era “una innovación eficaz de

¹²⁷ “Aspectos típicos de Montevideo dominical. La pintoresca feria en el barrio Cordón”, en *El Diario*, 5 de agosto de 1923, portada; “Apuntes dominicales. La feria de la calle Yaro”, en *El Diario*, 5 de agosto de 1923, p. 3; “Una institución internacional. Los despachos de bebidas del puerto. Impresiones de una rápida recorrida”, en *El Diario*, 10 de agosto de 1923, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “Vinagretas bolicheras. La barra de los machetes”, en *El Diario*, 16 de octubre de 1932, p. 3.

efectos seguros, pues en la forma en que está planteada, ningún lector de EL DIARIO dejará de leer los avisos, lo que significa para el avisador la seguridad de un buen negocio”. Tres años antes, un solitario recuadro fue apareciendo esporádicamente: “señor comerciante: desde el mes que viene, LA MAÑANA y EL DIARIO le harán vender mucho más. —¿Cómo? —Le explicaremos en breve”; poco tiempo después, al tope de la portada comenzó a publicarse un recuadro recortable a modo de cupón por el valor de cinco centésimos “para el pago del 10% de sus compras” en cualquiera de los ciento veinticinco comercios adheridos al convenio con Seusa, cuya lista ocupaba una página entera. Los lectores debían presentar el cupón sin temores, ya que se trataba de “verdaderos billetes de emisión menor”.¹²⁸

¹²⁸ “La incógnita de hoy”, en *El Diario*, 8 de julio de 1923, portada (imagen 50); “\$150.000 a su disposición”, en *El Diario*, 3 de enero de 1930, p. 8. “Los avisos”, en *El Diario*, 2 de marzo de 1931, p. 12; “Los avisos numerados de ‘El Diario’ son una verdadera innovación en materia de publicidad. Comenzarán a publicarse este mes”, en *El Diario*, 4 de marzo de 1931, p. 10; “Señor comerciante”, en *El Diario*, 3 de julio de 1928, p. 5; “Nuestros cupones”, en *El Diario*, 2 de octubre de 1928, p. 5; “En esta página se halla la clave para que usted pueda reducir su presupuesto un 10%”, en *El Diario*, 3 de octubre de 1928, p. 7. Vale pena dar cuenta de la diversidad de rubros de abarcados: “alfombras, limpieza y fábricas; artículos fotográficos; artículos para hombres; bazar, menaje y juguetería; bicicletas; camas de bronce y acero; librerías; casas, casillas y chalets; cocinas económicas, cinematógrafos; farmacias, oficinas químicas; papeles pintados; pieles; limpieza de ropa; casas de modas; vidrios y cristales; discos, fonógrafos; electricidad; marcos y artículos para artistas; artículos de goma en general; talabarterías; ortopedia, óptica, cirugía e higiene; fábrica de alhajas y joyas; cochería, pompas fúnebres y automóviles; mueblerías, tapicerías; camas, colchones y toldos; fábrica de pastas; aparatos aspiradores de polvo; pantallas, almohadones; tiendas, fantasías, novedades; zapaterías; yerbas; fotografías; comestibles en general; fábrica de alpargatas; accesorios para automóviles; venta de cafés; fábricas de carteras; puntillería, mercería; radiotelefonía; hoteles y rotisseries; librerías y casas de música; sastrerías, gomerías y garajes”.

2.5 Un represor

En octubre de 1934, *El Diario* destacó el rol clave que sus cronistas habían jugado en la resolución de un crimen:

desde el primer momento [señalaron] con precisión la situación irregular de uno de los actores del drama, al mismo tiempo que con su atención permanente sobre el asunto alent[aron] y dinamiz[aron] la acción de la policía y la justicia, cuya labor acaba ser de coronada con un rotundo triunfo;

y el año anterior, cuando varios policías que intentaron repeler un asalto en el Paso Molino fueron asesinados por los delincuentes,

no permaneció indiferente ante el dolor de los deudos [...] y de inmediato organizó una colecta [...] en la que se puso en evidencia el sentimiento popular que respondió ampliamente a la plausible iniciativa. Y prueba de ello fue la elevada suma de dinero lograda.

Intervino de esta forma porque que el rol de la prensa no se limitaba al aspecto “informativo y de contralor”; además debía aportar “experiencia, inteligencia y energías” para resolver “los problemas del país”, ya que “sus contrastes y sus dolores también son los suyos”. Como si fuera un brazo más del Poder Ejecutivo, *El Diario* jugó un rol auxiliar en la represión de aquellas conductas que amenazaban el orden social. A cambio, hubo contraprestaciones: la principal fue la obtención de datos reservados respecto a delitos (materia prima de las noticias que permitían captar y mantener el interés de los lectores) aunque también, como otros diarios que se hallaban en circunstancias similares, recibió ayuda policial durante conflictos con sus trabajadores: cuando en 1934 el sindicato de canillitas apoyó a la huelga de obreros gráficos y boicoteó la circulación de la mayoría de los grandes diarios de Montevideo —vale recordar los temores de *El Diario* con respecto a *Crítica*—, el Poder Ejecutivo prohibió la venta callejera de diarios extranjeros, ya que —de acuerdo al decreto firmado por Gabriel Terra— no era justo que solo hubiera “libertad para vender los diarios de la causa de los gráficos pero no los de la causa patronal”.¹²⁹

¹²⁹ “A raíz de un triunfo de ‘El Diario’”, en *El Diario*, 21 de octubre de 1934, p. 3; “A un año del dramático episodio policial del Paso Molino. ‘El Diario’ y las familias de las víctimas”, en *El Diario*, 20 de noviembre de 1934, p. 12; “La venta de diarios en la capital. Se hará únicamente en los puestos establecidos”, en *El Diario*, 3 de noviembre de 1934, p. 4; “Sobre la venta de diarios. Decreto del Poder Ejecutivo”, en *El Diario*, 4 de noviembre de 1934, 11. Un ex vendedor de diarios testimonió, en 1989, sobre la represión policial sufrida por los canillitas durante la huelga de 1934: “No se podían gritar los diarios de la oposición. El canillita no podía hablar con nadie, éramos mudos. [Cuando grité] ¡*El Bien Público!* vinieron cinco milicos y me llevaron en el aire”.

La fluidez de este intercambio estuvo condicionada a dos circunstancias. Por un lado, a la coincidencia o divergencia política entre los propietarios del diario y los jefes del Ministerio del Interior. A partir de 1927, con la asunción del riverista Juan Campisteguy a la presidencia de la República y el nombramiento de Abelardo Vescovi —uno de los fundadores de la *La Mañana*— como jefe de Policía, la página policial de *El Diario* se transformó casi en un correlato de la actuación de los agentes.¹³⁰ Fue tanta tanta la cercanía que los diarios de la competencia denunciaron que los de Seusa recibían la información sobre delitos de forma más rápida y directa que el resto, lo cual incluso fue veladamente admitido alguna vez, por ejemplo cuando no hubo parte oficial sobre un herido de bala porque el victimario era menor de edad pero *El Diario* igual publicó la noticia (“informes extraoficiales nos impusieron de lo ocurrido, haciéndonos fácil recoger la información que ofrecemos a nuestros lectores”) o cuando entendió que la oficina de prensa de la Policía no estaba colaborando lo suficiente y la amenazó con interceder ante sus superiores (“seguros de que no está el señor Jefe de Policía enterado de lo que ocurre, lo ponemos en antecedentes”); también fue admitido por la contraria en 1931, cuando señaló que *El País* “con motivo del cambio de gobierno [...] gozará de privilegios en lo que se relaciona con las noticias de carácter policial”.¹³¹

La otra circunstancia fue el roce cotidiano entre cronistas y policías, con sus consecuentes relaciones de índole afectivo (como sugiere el vengativo “OJO POR OJO Y DIENTE POR DIENTE”, que *El Diario* proclamó en titulares luego del asesinato del comisario Luis Pardeiro a manos de un grupo de anarquistas expropiadores) y utilitario, del cual la vale la pena exponer dos ejemplos. El primero, la intervención del diario para que los “pesquisas” (o sea, los policías que obtenían los datos en las investigaciones) recibieran parte de un premio en dinero que el Concejo departamental de Montevideo dispuso en 1929 para los investigadores que habían participado en la búsqueda y captura de los asaltantes del Cambio Messina, contraviniendo lo dispuesto por que el Jefe de Investigaciones, que había

Garroche. Revista del Sindicato de vendedores diarios y revistas, segunda época, año I, N° 1, setiembre de 1989: citado por Alma Espert, op. cit., p. 81 y por Mónica Maronna, “La prensa uruguaya en tiempos de modernización”, op. cit., p. 276.

¹³⁰ Esto no implica que anteriormente hubiera sido crítico de la actuación policial. Por el contrario, *El Diario* participó del consenso general de los medios de prensa acerca de la destacada actuación del anterior jefe de policía, Juan Carlos Gómez Follé, que ha señalado Daniel Fessler (op cit., pp. 99-100). No obstante y por razones que veremos más adelante, sí fue crítico con respecto a la celeridad de la oficina de prensa de la Policía durante ese período.

¹³¹ “Imputaciones injustas”, en *El Diario*, 26 de enero de 1929, p. 12 y “Que se investigue”, en *El Diario*, 27 de enero de 1929, p. 3; “Porque lo amonestaron un menor hirió a su patrón de un balazo”, en *El Diario*, 24 de octubre de 1928, p. 12; “Un suceso grave no transmitido a la prensa”, en *El Diario*, 8 de enero de 1929, p. 10; “Sobre las primicias de El Diario. Contestando a El País”, en *El Diario*, 2 de marzo de 1931, p. 12; “La Mañana: 106 años de vigencia”, en *La Mañana*, 5 de julio de 2023 [en línea: <https://www.lamañana.uy/opinion/la-manana-106-anos-de-vigencia/> Acceso: 30 de agosto de 2024].

decidido que el dinero se solo se repartiera entre quienes estrictamente habían participado del operativo de captura. El segundo, su advertencia a los policías que, tras capturar a un grupo de delincuentes gracias a la ayuda de los cronistas, no retribuyeron el favor como era corriente: cuando cuatro hombres violaron a una mujer en Carrasco, el interrogatorio del primer detenido se produjo “en presencia de los comisarios Pérez y Viera y [de] dos de nuestros cronistas que se encontraban en la comisaría por razones de profesión”; tras la confesión del detenido y el posterior señalamiento de dos cómplices que vivían en la localidad de Migues —ubicada a noventa y dos kilómetros de Montevideo, que implicaban un viaje de por lo menos cuatro horas— “no era cuestión de perder tiempo por lo que ofrecimos nuestro auto a los funcionarios nombrados y minutos más tarde emprendíamos el largo viaje”, expedición que fue exitosa pues se halló a los culpables y se los puso a disposición del juez; pese a ello

falta en nuestra información la fotografía de Santos, según apreciará el lector. Ello se debe a que cuando se fue a prender al sujeto y temerosos de ser en este caso molestos a los funcionarios, no quisimos seguirlos, recogiendo la promesa de que cuando estuviera en su poder lo sabríamos. Confiados, después de habernos puesto una noche a su disposición, esperamos para recibir la decepción más tarde de saber que no se había sabido retribuir nuestra atención de pocas horas antes. Queremos dejar constancia que lo tendremos en cuenta para lo futuro.¹³²

Si bien la colaboración de *El Diario* con la Policía no estuvo circunscrita a los casos espectaculares (los ladrones de poca monta identificados y detenidos gracias a las crónicas son prueba de ello¹³³) los escenarios donde más se exhibió fueron las investigaciones relativas a delitos cometidos por anarquistas expropiadores: el asalto al Cambio Messina en octubre de 1928, la fuga del penal de Punta Carretas en marzo de 1931 y el asesinato del comisario Luis Pardeiro en febrero de 1932. En lo relativo al cambio Messina, la colaboración llegó al punto de que *El Diario* puso a sus cronistas simbólicamente al mismo nivel de importancia que los agentes: “dijimos hace dos días [...] que la policía y El Diario venían pisándole los talones a los asaltantes”, señaló cuando finalmente fueron capturados; su rol en tanto “colaboradores de la Policía” fue la razón por cual ocultó información a sus lectores:

¹³² “‘Ojo por ojo y diente por diente’. Esta es la sentencia que un funcionario policial estampó en el álbum de Pardeiro”, en *El Diario*, 25 de febrero de 1932, p. 12; “Los 2.000 pesos para investigaciones”, en *El Diario*, 8 de enero de 1929, p. 10; “Fueron capturados los autores del brutal atentado de Carrasco”, en *El Diario*, 5 de enero de 1929, p. 12.

¹³³ A modo de ejemplo: “Una publicación de El Diario facilita la aprehensión de un sujeto peligroso”, en *El Diario*, 18 de octubre de 1928, p. 11.

casos como el que la tuvo en ‘jaque’ [...] nos obligan a callar [...] Colaborando con la Policía e investigando por nuestra cuenta hemos podido aportar a aquella datos que hubiesen reforzado nuestra información, pero a costa de la prosecución feliz de las pesquisas, por lo cual las hemos aplazado siempre hasta cuando su publicidad no pudiera dañar.

Una vez superado este inconveniente, proclamó una y otra vez que la piedra angular del éxito fue obra de “EL DIARIO, de donde partieron para las autoridades los informes que habían de llevar a feliz término la jornada”.¹³⁴

Tres años después, durante los allanamientos realizados por la Policía para dar con los anarquistas fugados del penal de Punta Carretas, los cronistas llamaron la atención del jefe de Policía, Alfredo Baldomir, sobre los errores de procedimiento que estaban cometiendo los agentes: acudían “con escaso personal y sin piquetes de la Guardia Republicana o del Ejército, que una elemental prudencia aconseja”; al día siguiente, “con satisfacción nos hemos enterado [...] de que el prestigioso militar” había dispuesto que no se realizara ningún allanamiento sin agentes “armados a Mauser o con armas de repetición”, lo cual venía a probar la utilidad de *El Diario* (“nuestra sugerencia ha sido aceptada”). Y tres meses después, la captura en Buenos Aires del anarquista Pedro Boada Rivas se habría producido gracias a “la eficacia de nuestra labor secundadora de la policía, cuando se trata de defender los derechos de la sociedad”; tras la fuga de Boada Rivas del penal de Punta Carretas, el dibujante de *El Diario* había tenido “la ocurrencia de desfigurar de diversas maneras las fotografías de los evadidos, realizando la labor con su paciente lápiz”; esas imágenes habrían sido reproducidas y divulgadas por la Policía uruguaya y nadie podía negar que habían

¹³⁴ “La banda de Rosigna se encuentra desde esta mañana entre rejas”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, pp. 8-12; “Se puede afirmar que los detenidos son los asaltantes del cambio Messina”, en *El Diario*, 10 de noviembre de 1928, p. 14; “Acertando”, en *El Diario*, 11 de noviembre de 1928, p. 12. Dos años antes había sostenido una postura similar luego de que la Policía capturara a cuatro anarquistas sospechosos de haber puesto una bomba en la embajada de Estados Unidos. Pese a conocer de antemano sus nombres y el lugar donde habían sido detenidos, ocultó y fraguó la información para favorecer la detención de otros sospechosos: “ex profesos [...] cambiamos los domicilios de esos detenidos, dando al respecto señas inexactas. Era menester no levantar la perdiz, no intranquilizar a todos aquellos elementos de la relación sectaria de los terroristas y evitar así que alzarán vuelo [...] pues con todo fundamento se sospechaba la existencia de una banda de criminales integrada por más miembros [...] Cumplimos, pues, dos deberes, el informativo y el social. Ofrecimos a los lectores una verdadera primicia [...] y a la Policía el concurso de nuestro silencio en aquello que le era de capital importancia reservar” (“Cinco peligrosos terroristas se hayan en las garras de nuestra Policía. Amplia confirmación de una primicia de ‘El Diario’. No levantar la perdiz” en *El Diario*, 9 de junio de 1929, p. 10).

auxiliado en la detención, puesto que el aspecto físico de Boada Rivas al ser detenido era muy similar al que presentaba en una de las fotografías intervenidas.¹³⁵

EL DIARIO Domingo 12 de Julio de 1931

DESPUES DE LA SENSACIONAL DETENCION DEL PISTOLERO BOADA RIVAS

AUN SE MANTIENEN RESERVAS EN LOS CIRCULOS POLICIALES BONAERENSES. — PARECE QUE A ULTIMO MOMENTO LE FALLO EL CORAZON AL CATALAN

En edición anterior ofrecimos a los lectores una crónica referente al pistolero que acaba de ser detenido en Buenos Aires que, si bien significó un suceso para nuestros muchachos, en tanto de que la policía argentina estaba cerrada a la banda y no quería saber informes, obtuvo recompensas algunas esquilas que hoy hemos recibido en la que se nos facilita por la información.

La nota aplomática de más importancia que desta dar hoy son las fotografías del pistolero en las que se ve que en realidad no presenta el aspecto que pintaban los términos de algunos telegramas.

Boada Rivas que siempre se mantuvo dispuesto a jugar antes de volver a la cárcel cayó en las redes por haberse en hacer residencia alguna ya por la forma en que los policías llegaron a su guardia, tomándolo de sorpresa o porque a último momento frente al peligro de la muerte, le falló el corazón.

Se cuenta ahora que en una ocasión, cuando llegarían a estas playas, y un grupo de compañeros de valor los arrastraron del penal.

Si las reflexiones del catalán, al las defensas meditadas no le dieron resultado alguno, ¿qué podrá conseguir mostrando "el cico" a estas repúblicas.

Decididamente, tenía razón Roscigna en aquellos días del Camino Prohibido, cuando se reafirma a aceptar a los catalanes en la banda, diciendo "que eran unos burros".

COMO FUE DETENIDO

En la obscuridad de la noche, los empleados policiales fueron desfilando por las calles de Villa Ballester hasta la casa de la calle Capdevilla 51, que es la que ocupa Florencio Estevan con su esposa e hijos. Una carabina ametralladora y una pistola con 25 tiros formaban parte del armamento que llevaban los policías para afrontar cualquier agresión por parte del fofogido. Llegados a las inmediatas de la casa, se distribuyeron los empleados. Finalizaron los días domingos y feriados y algo menos los sábados por la tarde.

La monotonía en San Andrés no es resistible a quien haya vivido alguna vez en San Martín, que es la localidad anterior.

Queremos con estos detalles probar por que Villa Ballester tiene razón de ser una población tranquila. No se recuerda hechos graves en ella y al de episodios sangrientos se habla los viejos habitantes refieren el único extraordinario que se conoce. Fué un hombre a quien se asesinó por que nacionalista hace de esto quince años, en la esquina de una carnicería, a diez cuadras a la izquierda de la estación y en la zona denominada Villa Leoni.

Tan así que el hecho se explotaba para la venta de terrenos hace cosa de diez años y el cronista, que vivió en Villa Ballester, recuerda que el marido explotaba el hecho diciendo "que la gente más buena de Buenos Aires vivía allí, allí donde nadie moría y... por lo cual no había cementerio...".

Puede ser reconstruir el comentario que

Nuestras reproducciones

En nuestra edición anterior y adelantados a que los telegramas recibidos decían que Boada Rivas presentaba "un aspecto delicado, ostentando una fina bigote negro", reproducimos una de las fotografías que convenientemente refocada por el lápiz de un compañero, publicamos oportunamente para coadyuvar a la identificación del pistolero prófugo.

Hoy, teniendo a la vista las notas puestas en Buenos Aires, encontramos que otra de las reproducciones que publicamos en oportunidad de la fuga, se asemeja más al Boada de la actualidad.

Como podrá notarse, en la fotografía que precede estas líneas, Boada presenta casi el mismo aspecto que el hábil lápiz de nuestro compañero le dio diferenciándose tan sólo en que el bigote dibujado es recortado y el que usa Boada, tiene dos guías, detalle sin el cual el parecido sería perfecto en todos sus detalles.

Nótese además, que si alguna diferencia existe, debe atribuirse a que la postura de la cabeza es distinta en ambas poses, pues en la foto "recortada" la cabeza está más inclinada que en la obtenida ayer en Buenos Aires donde Boada aparece con la frente alta en un gesto de altanería o de desprecio por sus aprehensores. Tenemos pues, derecho a destacar este nuevo éxito logrado por la dedicación y perspicacia de nuestros cronistas que una vez más destacan el conocimiento de los temas que abordan.

No se cre

A continuación ofrecemos una interesante nota que le merezca del fútbol argentino de la F. I. F. de Buenos Aires, la creación de la de Berlín que correpondrá en que publicamos nada en América. He aquí algo Heiler:

"LA F. I. F. A. CIERRO SU ENTIDAD Q..."

La Federación de Fútbol, ha Congreso y de gnia de su orga vez los delega la forma corrección intera estos fueron mas, frances, vez los delega irascaron en aceptar el cat la y necesari tamente con Los Congre son así, el pre responde cifradas.

Los pueblos y ridad de an la F. I. F. cia, es harto Y no es sino que le más destaca Dictaminas mización de de la Federa na se expres

La F. I. F. constituir un teresa de la y nunca en una autoridad Y el señ secretario d que el Con práctico per zar la amb football de Las resol se distingui za, tenemos munidad de se puedan me en este definido de la F. I. do (tender a suscitir La comu ren peligr opa por h Pacl es, qué modo que el pro miso.

NO HUBO PE

No hubo asunto tan peonito M Ella lo Congreso a Luego a la accltad participaci Anseles.

Ella fue resolucio 1890 y Ba Ya en l informado campaña bro britán nacional, con su e amateurs, Kentish



Tres aspectos del pistolero. Fotografía tomada ayer.

abiendo que la policía le estaba pisan- do los talones, tomó una pistola ca- llora cuarenta y cinco—con las pre- sillas de la banda — y salió por los techos de la casa, diciendo: "Yo no te, Fernández Bazán forzó la puerta del cerco y entró con sus hombres. Uno quedó en cada puerta de las habitacio- nes y el resto se dirigió a la cocina, donde se encontraban en esos momen- tos, una mujer, su hijo y de sobremesa, el pueblo hará al saber que quien se albergaba en la tranquila Villa, era nada menos que uno de los famosos evadi- dos de Montevideo.

Villa Ballester está situada a treinta y seis minutos de Buenos Aires y per-

Sobre el misterioso ase-
sinato de Efraim Rojas

La policía tiene una buena...

Esta colaboración no se limitó a aportar los datos que la Policía no tenía o a ocultar los que el público o los delincuentes no debían conocer. Más que eso, implicó elaborar el sentido de la actuación policial y poner en palabras e imágenes la legitimidad del poder del Estado. En un contexto donde la desconfianza entre "el hombre de la calle" y la policía era moneda corriente

¹³⁵ "Nuestra sugestión ha sido aceptada", en *El Diario*, 20 de marzo de 1931, 8; "Nuestras reproducciones fotográficas", en *El Diario*, 11 de julio de 1931, p. 16; "Nuestras reproducciones", en *El Diario*, 12 de julio de 1931, p. 11 (imagen 51).

(“cien veces lucha el policía para contener bajo el uniforme al hombre que no se siente capaz de resistir sus impulsos ante los ultrajes de que es objeto por culpa del mal entendimiento del pueblo, que aún no ha comprendido, como es menester, su deber de secundar al policía y ver en él al hombre que vela por el bien social mientras la ciudad duerme”)

El Diario produjo contenidos específicos para prestigiar la acción policial y conquistar “la confianza de la población”, como en enero de 1935, cuando a modo de homenaje publicó el retrato de los jefes de las distintas reparticiones de la Policía de Investigaciones, cuya “actividad desplegada en 1934 [...] es digna de especial recuerdo”; tres años antes había aplaudido al jefe de Policía, Alfredo Baldomir, por reconocer “el esfuerzo que en pro del prestigio y estímulo de la autoridad realiza cotidianamente el periodismo” y disponer una serie de medidas para mejorar la transmisión de informes desde las comisarías y seccionales hacia los medios de prensa; en 1927, cuando *El País* había calificado de “enferma” a la policía montevideana por un “suceso aislado en que un agente aparecería castigando brutalmente a un niño”, la defendió señalando que estaba en medio de una “meritoria campaña de represión de vagabundaje infantil” y que “ante la inconsciente, burlona y hasta agresiva rebeldía de los niños vagabundos, [se veía] forzada algunas veces a proceder con alguna energía”; y durante la búsqueda de los asaltantes del Cambio Messina destacó que desde el jefe de Policía Abelardo Vescovi “hasta la figura un poco anónima pero por eso mismo la más meritoria del agente policial”, todos trabajaban sin descanso, incluso después de las horas de servicio, para satisfacer “el ansia de vindicta ejemplar que desborda del pueblo”, pese a que sus medios fueran “deficientes” y a que afrontaban un “desprestigio” heredado de “anteriores administraciones”. La evidencia de este sacrificio debía inducir “el más amplio apoyo de la población a las autoridades”, dentro de lo cual se incluía la vigilancia y delación de sus semejantes: tras el asalto al cambio Messina, sostuvo que

debe avisarse de inmediato acerca de toda sospecha. [...] La vigilancia de cada uno de los ciudadanos puede ser la mejor acción que se emprenda. [No] molestará la autoridad policial a las personas que suministren datos sustrayéndolas a sus tareas diarias. [...] La población sobre todo los vecinos de los barrios suburbanos deben observar atentamente, ya que se presume que es fuera de la planta urbana que moran los terribles asaltantes.

Prestandoles su apoyo, “[el ciudadano] se honra a sí mismo, hace un acto bien expresivo de patriotismo y defiende sus propios intereses”¹³⁶



52

En la misma línea, los textos e imágenes de *El Diario* también cumplieron el rol de celebrar el poder represivo del Estado: con la detención de los asaltantes del Cambio Messina, el jefe de Policía Abelardo Vescovi —ex presidente de la Asociación Uruguaya de Fútbol— había hecho “un goal que ya lo quisieran para su historial Piendibene, Petrone y todos los cracks que se avencinen”; también evidenciaron su carácter implacable: en el fotorreportaje que ocupó la portada del día de la captura posaron para la cámara —uno voluntariamente, el otro no— el comisario Luis Pardeiro y el detenido Agustín García Capdevilla; en la foto de al lado, también sujetos por agentes de la guardia metropolitana y por lo tanto obligados a la fotografía, los detenidos Vicente Moretti, Carlos Juan Arlore y Jaime Lareo Peña; abajo, el cadáver de Antonio Moretti y su hijo mayor —un niño— “quien, desgraciadamente, parece haber heredado el carácter paterno”¹³⁷.

¹³⁶ D.C. [abreviación de Diablo Cojuelo, seudónimo de Alfredo Rodó], “Pasando revista. ‘Una larga y tres cortas’, en *El Diario*, 5 de julio de 1930, p. 12; “Un año de brillantes esfuerzos en investigaciones”, en *El Diario*, 4 de enero de 1935, p. 14 (**imagen 52**); “La policía y la prensa”, en *El Diario*, 9 de marzo de 1931, p. 3; “Sobre procedimientos policiales”, en *El Diario*, 30 de noviembre de 1927, p. 3; “¡Bravo muchachos!”, en *El Diario*, 30 de octubre de 1928, p. 10; “A la población”, en *El Diario*, 27 de octubre de 1928, p. 10; “Cómo debe colaborar nuestra población”, en *El Diario*, 28 de octubre de 1928, p. 8.

¹³⁷ Duc de Fleury [Vicente Pomés], “Comentarios dominicales”, en *El Diario*, 11 de noviembre de 1928, p. 9; “La inteligente y activa actuación de la Policía logra la captura de los asaltantes del Cambio Messina”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, portada (**imagen 53**).

El Diario

MONTEVIDEO, VIERNES 9 DE NOVIEMBRE DE 1929

La inteligente y activa actuación de la policía logra la captura de los asaltantes del Cambio Messina

En la última página y en el interior de esta edición encontrará el lector sagrada intención y nota gráfica del allanamiento practicado por la policía en la madrugada de hoy y que trajo por consecuencia la captura de sus grupos de bandoleros de la peor especie. La perspicacia de nuestros reporteros ha permitido a EL DIARIO ofrecer esta primera que de satisfacción amplia al elenco popular de vez conmovido por el éxito de la actividad labor policial. — Las fotos precedentes muestran: 1. Agustín García Capdevila, entre el Comisario Paredira y un agente de la guardia metropolitana, al ser conducido por el éxito de la actividad labor policial. — 2. Vicente Moretti (x), Jaime Larco Peña, a su izquierda y entre dos agentes de la policía de seguridad; más a la izquierda, Carlos Juan Alfaro, momentos después de ser detenidos. — 3. El hijo mayor de Moretti quien, desgraciadamente, parece haber herido el carácter paterno.

ALGUNOS DETALLES GRAFICOS INTERESANTES DE LA FORMA EN QUE SE PRACTICO EL ALLANAMIENTO. — En la foto No 1, se ve al comisario Eduardo Castell, revolver en mano, apostándose para introducirse en la línea ocupada por la banda Moretti; en la No 2, se ve la ventana por donde se introdujeron violentamente el comisario Castell y el alférez Belle, desde la azotea de la casa vecina. En la 3, la parte interior de la pieza ocupada por Moretti y Peña. Debajo de la ventana se ve el colchón ocupado por ellos, después de ser atacado por la policía y al abrigo de la misma un computador de la luz eléctrica que habían instalado los propios bandoleros.

ALGUNOS DETALLES GRAFICOS INTERESANTES DE LA FORMA EN QUE SE PRACTICO EL ALLANAMIENTO. — En la foto No 1, se ve al comisario Eduardo Castell, revolver en mano, apostándose para introducirse en la línea ocupada por la banda Moretti; en la No 2, se ve la ventana por donde se introdujeron violentamente el comisario Castell y el alférez Belle, desde la azotea de la casa vecina. En la 3, la parte interior de la pieza ocupada por Moretti y Peña. Debajo de la ventana se ve el colchón ocupado por ellos, después de ser atacado por la policía y al abrigo de la misma un computador de la luz eléctrica que habían instalado los propios bandoleros.

Una información excepcional sobre la captura de los terribles criminales en las pág. interiores de esta edición

La identificación de *El Diario* con la represión del delito lo llevó a comparar frecuentemente a sus cronistas —o al oficio del cronista en sí— con detectives, no solo porque perseguían la pista de la noticia con similares métodos y audacia a la de los agentes con respecto al crimen, sino porque, una vez puestos frente a él, tomaban partido por ellos y los auxiliaban incluso poniendo en riesgo su vida. En 1929, un texto homenaje dedicado al jefe de Fotografía, Anselmo Carbone, señaló que había sido “detective en el asunto Moretti

[porque] descubrió a la Policía y se unió a sus fuerzas cuando fue allanada la casa de la calle Rousseau” y que había vuelto a serlo la noche anterior, tras intervenir en la persecución de un delincuente:

cuando la policía descargó sus armas para intimidar al maleante, frente al dormitorio del cronista detective, éste se arrojó del lecho y ‘empuñó’ su máquina, lanzándose a la aventura con su habitual arrojo. El fue quién —como si cazara conejos— inició la pedrea sobre el delincuente acertándole un ladrizallo a la nuca que lo dejó ‘grogui’. Apenas lo vio accidentado, cargó de magnesio el dispositivo (pues la luz lunar le pareció insuficiente para impresionar la película), le pegó fuego y oprimió el disparador de su aparato científico: y mientras el yacente miraba, sin ver, el pajarito que iba a salir por el obturador parpadeante de la máquina fotográfica, Anselmo dejaba documentado el episodio de la cacería nocturna.

El oficio periodístico no implicaba explicar el conflicto entre la autoridad y los sujetos que la desafiaban sino tomar partido e incluso participar de la primera, como lo dejó en claro una fotografía de portada publicada en 1934, en la que se podía ver a un grupo “intrépidos operadores cinematográficos” estadounidenses registrando “un disturbio comunista”; junto a ellos (“trabajando juntos”), apuntando en la misma dirección, se veía a la “fuerza pública que dispara sobre los revoltosos”.¹³⁸



54

¹³⁸ Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. Anselmo Carbone, aviador y detective”, en *El Diario*, 28 de enero de 1929, p. 3; “Se juegan la vida por una fotografía”, en *El Diario*, 3 de octubre de 1934, portada (imagen 54).

Una llamativa excepción a esta postura parece confirmar la regla. En marzo de 1931, *El Diario* entrevistó Miguel Arcángel Rosigna —sindicado muchas veces por la prensa como el jefe de los anarquistas expropiadores— en la cárcel de Punta Carretas:

—Somos EL DIARIO y “La Mañana”, Rosigna, y usted debe de conocernos bien...

—Me acuerdo...

—Cuando el asalto al “Messina”, luchamos contra quien había asesinado a inocentes, porque era nuestro deber de hombres y lo hicimos hasta el final. Ahora usted nos conoce. [...]

—Moretti no pensó en matar, pero aquel a quien fueron a pedirle, a restarle del capital, prefirió poner en juego su vida.

—No estamos de acuerdo.

—Tenemos distintos puntos de mira.

Y sin embargo, pese a esta divergencia, le dió la oportunidad de lanzar una acusación que afectaba los fundamentos de la autoridad que *El Diario* defendía.

—Sabemos que usted tiene deseos de decir algo, en especial, y esperamos que hable para preguntarle después.

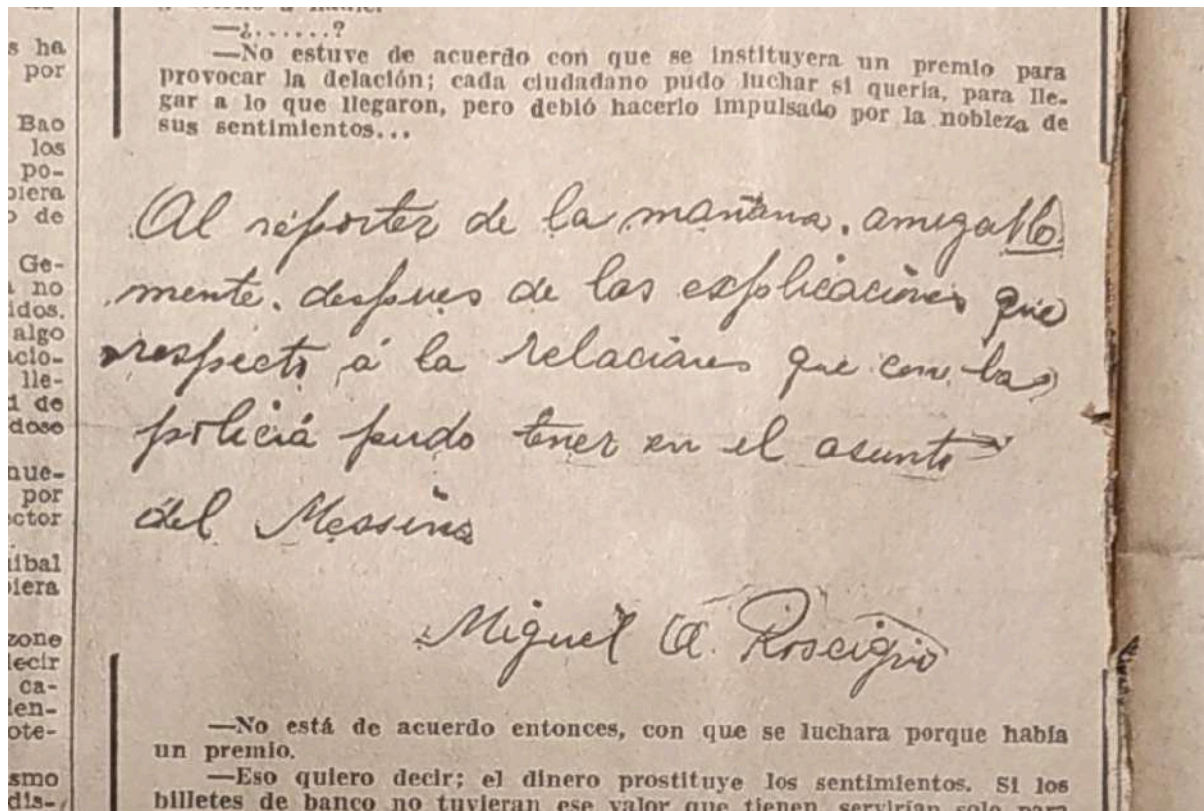
—Es verdad. Durante las noches en que permanecí detenido en el local de investigaciones, un comisario, válido de que a esa hora los testigos se reducen en número, llegó varias veces hasta mi y me vejó de la manera más cruel, faltándome el respeto como padre, como hijo. [...] Me dijo que no estaba autorizado para el interrogatorio y era por eso que no me libraba las muñecas, que de lo contrario me sacaría las cadenas ‘para comerme el estómago’ porque yo iba a hablar de cualquier manera.

—¿Y quién es ese comisario, Rosigna?

—Vale más no dar el nombre; dentro de dos años yo debo salir de la cárcel y entonces pienso pedirle explicaciones como lo deben hacer los hombres.

Nosotros pronunciamos entonces el nombre de un comisario y Miguel baja un poco la cabeza para decir en seguida, a media voz: “Todos lo conocen”.

La entrevista buscaba desmentir o por lo menos relativizar la impresión —arraigada en el anarquista y probablemente también entre los lectores de *El Diario*— de que los cronistas trabajaban codo a codo junto a la policía de investigaciones. Por eso, incluyó una reproducción fotográfica del papel donde Rosigna escribió de puño y letra: “al réporter [sic] de la mañana, amigablemente, después de las explicaciones que respecto a la relaciones que con la policía pudo tener en el asunto del Messina. Miguel A. Roscigno”.¹³⁹



55

Otro aspecto de la colaboración de *El Diario* con la Policía fue la sostenida campaña (por lo menos a partir de 1927) en favor del mejoramiento de sus presupuestos. Esto implicaba, por un lado, aumentar los sueldos que percibían sus integrantes, no solo para profesionalizar su trabajo (“elevación cultural y moral de los guardianes del orden público [...] a la que no se puede llegar solamente, por más que haya dedicación, desvelo y sacrificio por parte de sus jefes”) sino para permitirles la mera subsistencia: en mayo de 1928, cuando un policía se suicidó “en plena vía pública, a pocos momentos de haberse hecho cargo del servicio”, *El Diario* destacó que “la causa determinante de su extrema resolución, está íntimamente ligada las materiales condiciones de su precaria existencia”. Diez días después

¹³⁹ “Hablamos en la cárcel con Rosigna. Lo del ‘Messina’ y su concepto de nuestros cronistas”, en *El Diario*, 30 de marzo de 1931, p. 10 (imagen 55).

ya eran tres los policías cuya muerte —por suicidio u otras causas— aparecía relacionada con su “vida por demás apremiada y precaria”. Por otro lado, el mejoramiento de la Policía era condición indispensable para “salvaguardar los intereses de la propiedad, de cualquier índole que ella sea”. La reiteración de delitos indicaba que Montevideo era una “jauja” y por más que “el celo y la voluntad de jefes y subordinados supla en la mayoría de los casos las deficiencias ajenas a la organización”, la Policía tenía el mismo presupuesto que hacía cuarenta años, lo cual resultaba absurdo teniendo en cuenta que sus obligaciones se multiplicaban día tras día. La “inercia” que empezaban a demostrar sus funcionarios resultaba explicable:

¿a qué puede deberse [...] este cansancio, este decaimiento moral que parece cada día más arraigado en la institución policial, cuya digna Jefatura hace todo lo humanamente posible por mantener entre su personal la contracción al trabajo, que fue siempre su característica más saliente?

La respuesta debía buscarse en el desprecio de una sociedad —representada en la desidia de sus poderes públicos— “que tan mal paga los desvelos inquebrantables de esa gente”.¹⁴⁰

2.6 Un diario popular

Cabe recordar que las cifras e impresiones relativas a la circulación de *El Diario* recabadas para esta investigación aluden a épocas posteriores y que ninguna extrapolación al conjunto de su historia o al período 1923-1935 puede hacerse de manera automática. Sin embargo, el hecho de que esas cifras hayan sido alcanzadas mediante un objeto cuyo formato no varió sustancialmente desde sus inicios¹⁴¹ indica —incluso en la eventualidad de que en sus primeros años hubiera sido un diario marginal— el germen de un proyecto exitoso, la producción de un tipo de periódico capaz de conectar con los intereses “populares” o, más aún, de producir una definición específica de “lo popular”.

¹⁴⁰ “Servidores policiales”, en *El Diario*, 14 de mayo de 1928, p. 3; “Los servidores policiales. Sus sueldos y necesidades”, en *El Diario*, 24 de mayo de 1928, p. 3; “Uno tras otro”, en *El Diario*, 29 de octubre de 1928, p. 3; “Sobre reorganización policial. Más sobre el mismo tema”, en *El Diario*, 13 de noviembre de 1928, p. 3; “Inercia policial”, en *El Diario*, 20 de enero de 1929, p. 6.

¹⁴¹ Horacio Añón, que lo empezó a consumir en los años cincuenta, dice “*El Diario* era fobal, carreras, historietas [...] y policiales”, mientras que Álvarez Ferratjans, parafraseado el habla de un distribuidor de diarios, diría “Polecía, fobal y quinielas eran [...] las secciones que nunca podían ni debían desfallecer”; la consulta al azar de cualquier número producido entre los años cuarenta y sesenta del siglo XX revela la precisión de esta mirada (Entrevista a Horacio Añón, realizada por Mauricio Bruno el 18 de setiembre de 2019; Entrevista a Andrés Fernández, realizada por Mauricio Bruno el 1 de setiembre de 2016; Daniel Álvarez Ferratjans, op. cit, p. 472).

No en vano, el carácter popular estuvo siempre en el centro de sus autodefiniciones. En 1934 y 1935, respectivamente, se describió como “popular por excelencia [...] que ha defendido siempre al humilde y trabajador” y como “diario del pueblo”; en 1933 señaló que estaba “vinculado directamente al pueblo, por ser un diario esencialmente popular que llega hasta los hogares más modestos”; en 1926, agregando a las definiciones “socioeconómicas” de lo popular un costado cultural, señaló: “nosotros escribimos estos comentarios para todo el mundo y no para el uso exclusivo de algún licenciado”.¹⁴²

Ese carácter también fue sugerido en los textos y fotografías relativas a las causas o gustos populares. En marzo de 1931 organizó “una reunión carnavalesca frente a nuestra casa” que tuvo un notable “éxito por parte del público, que llenó, desbordante, nuestros balcones, donde había numerosas familias, y la calzada que presentaba un aspecto compacto”; dos años después, dado “el éxito de las visitas que todas las noches nos hacen las agrupaciones carnavalescas” y a fin de mejorar la experiencia del espectáculo —los conjuntos, hasta entonces, actuaban en la calle— informó que para el próximo carnaval *La Mañana* y *El Diario* iban a levantar un tablado propio. La “especie calumniosa” de que sus cronistas habrían incidido en el fallo del concurso oficial de 1931 (ante lo cual ofreció sus páginas a las agrupaciones carnavalescas “que se consideren lesionadas” por “los sorprendentes desaciertos del jurado”) refleja otro costado de su interés o incumbencia por los gustos populares; en 1933 redobló la apuesta: dado que, año tras año, el público que asistía a los tablados comprobaba y denunciaba el favoritismo y la arbitrariedad con que el jurado otorgaba los premios, diseñó un mecanismo para materializar el “veredicto popular”: “*EL DIARIO*, vinculado directamente al pueblo [...] ha resuelto organizar una votación en la que tomará parte directamente el pueblo, llenando las hojas de votación que en breve comenzaremos a publicar”.¹⁴³

¹⁴² “Al margen del conflicto gráfico”, en *El Diario*, 19 de octubre de 1934, p. 3; “Primero El Diario, como siempre”, en *El Diario*, 15 de enero de 1935, portada; “El fallo popular”, en *El Diario*, 1 de febrero de 1933, p. 7; “Krishnamurti, el nuevo mesías tiene la palabra”, en *El Diario*, 16 de junio de 1926, p. 10.

¹⁴³ “Con gran éxito se celebró anoche frente a nuestra casa un nuevo festival carnavalesco”, en *El Diario*, 12 de marzo de 1931, p. 8 (**imagen 56**); “El Diario y La Mañana tendrán tablado”, en *El Diario*, 17 de marzo de 1933, p. 3; “El fallo dado a conocer por el jurado municipal, ha provocado gran cantidad de protestas”, en *El Diario*, 13 de marzo de 1931, p. 5; “El fallo popular”, en *El Diario*, 1 de febrero de 1933, p. 7.

CON GRAN ÉXITO SE CELEBRÓ ANOCHÉ FRENTE A NUESTRA CASA UN NUEVO FESTIVAL CARNAVALESCO

UN REAL AL 60, ESTUDIANTIL DE CHICAGO, CARCAJADA DE MOMO, CLARO DE LUNA, FATOS CARREROS Y OTRAS PRESTIGIOSAS SOCIEDADES NOS HICIERON OÍR LO MEJOR DE SU REPERTORIO — EL "CORSO DE LAS SORTIDAS" EN POCITOS



Los organizadores del festival, en la foto de arriba, y los bailarines que actuaron en el mismo, en la foto de abajo.

EL MAGNÍFICO TRIUNFO DE ANOCHÉ

El éxito del espectáculo, que se celebró en la noche del jueves, en el teatro de la casa de la calle 12, fue extraordinario. La asistencia fue numerosa y la recepción de los artistas fue entusiasta. Los organizadores, encabezados por el Sr. [Nombre], se felicitan por el resultado obtenido.

Entre los actos que se presentaron, cabe destacar el "Corso de las Sortidas" en pocitos, que fue muy aplaudido. También actuaron varias compañías de baile y canto, todas ellas con gran éxito. El público disfrutó mucho de la variedad de programas.

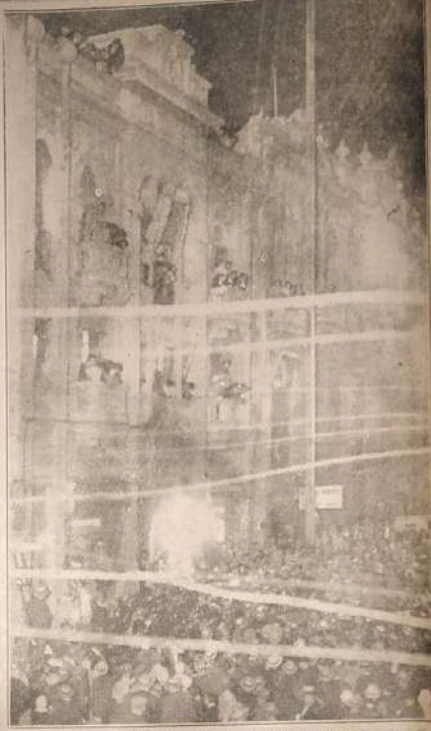
Los organizadores expresan su agradecimiento a todas las sociedades que colaboraron en esta ocasión. Sin duda, el festival fue un triunfo para todos los que participaron en él. Se espera que pronto se celebre otro de esta naturaleza.

El éxito del festival fue el resultado de la buena organización y del talento de los artistas. La colaboración de las sociedades fue fundamental para que todo saliera a pedir su nombre. El público no se dio cuenta de que estaba disfrutando de un espectáculo de primer nivel.

Los organizadores se felicitan por el resultado obtenido y expresan su agradecimiento a todas las sociedades que colaboraron en esta ocasión. Sin duda, el festival fue un triunfo para todos los que participaron en él. Se espera que pronto se celebre otro de esta naturaleza.

El éxito del festival fue el resultado de la buena organización y del talento de los artistas. La colaboración de las sociedades fue fundamental para que todo saliera a pedir su nombre. El público no se dio cuenta de que estaba disfrutando de un espectáculo de primer nivel.

Los organizadores se felicitan por el resultado obtenido y expresan su agradecimiento a todas las sociedades que colaboraron en esta ocasión. Sin duda, el festival fue un triunfo para todos los que participaron en él. Se espera que pronto se celebre otro de esta naturaleza.



Actuación de una de las compañías que actuó en el festival.

El éxito del festival fue el resultado de la buena organización y del talento de los artistas. La colaboración de las sociedades fue fundamental para que todo saliera a pedir su nombre. El público no se dio cuenta de que estaba disfrutando de un espectáculo de primer nivel.

Los organizadores se felicitan por el resultado obtenido y expresan su agradecimiento a todas las sociedades que colaboraron en esta ocasión. Sin duda, el festival fue un triunfo para todos los que participaron en él. Se espera que pronto se celebre otro de esta naturaleza.

El éxito del festival fue el resultado de la buena organización y del talento de los artistas. La colaboración de las sociedades fue fundamental para que todo saliera a pedir su nombre. El público no se dio cuenta de que estaba disfrutando de un espectáculo de primer nivel.

Los organizadores se felicitan por el resultado obtenido y expresan su agradecimiento a todas las sociedades que colaboraron en esta ocasión. Sin duda, el festival fue un triunfo para todos los que participaron en él. Se espera que pronto se celebre otro de esta naturaleza.

El éxito del festival fue el resultado de la buena organización y del talento de los artistas. La colaboración de las sociedades fue fundamental para que todo saliera a pedir su nombre. El público no se dio cuenta de que estaba disfrutando de un espectáculo de primer nivel.

fundadísimo [ya que Mickey] se había adentrado en el alma popular sembrando simpatías merced a sus diabólicas combinaciones. Y, cuando se llega a tal grado de popularidad, ya las personas, los animales o aún mismo las caricaturas nos pertenecen a todos.

En efecto, su regreso fue anunciado en portada como una noticia de primer orden. Un año después, cuando *El Día* calificó a *El Diario* despectivamente en términos de “vocero dictatorial que se difunde en la masa del pueblo por su información de deportes”, saludó el calificativo en vez de repudiarlo porque revelaba mejor que nada la eficacia con que satisfacía los deseos populares. Y en 1924, cuando un lector le reprochó a sus cronistas deportivos que “a falta de material sobre qué escribir se dedican a rebuscar noticias y darles vuelta a su antojo, interpretándolas ‘a piacere’, conformado de esa manera a su público”, respondió con soberbia: “tiene usted razón. No nos preocupa”.¹⁴⁴

Estas iniciativas revelan una postura complaciente con lo popular, contradictoria con la concepción moralizadora, educativa y disciplinante que el propio diario tuvo de “la prensa” cuando buscó abstraer sus funciones principales. Pero cabe señalar que cuando estas dos dimensiones entraron en conflicto, más que elegir entre una u otra, funcionaron a la par. En agosto de 1923, a un mes de su aparición, el crítico de teatro anunció —como quien rectifica una conducta en función de sus malos resultados— su renuncia “a decir verdades a las compañías de género chico nacional, porque estas tienen ‘su público’, que se deleita con los adefesios escénicos y no está conforme si falta en la obra el cabaret o el conventillo, el taita o el cocoliche”, lo cual equivalía a reconocer que si un producto era “popular” había que a entregarle un espacio en la página y no enmendarle la plana; sin embargo, no resistió la tentación de decir esas verdades que quería callar: la obra que había visto la noche anterior era “insoportable, no reviste en más benévolo análisis”. Once años después el propio diario se vería enfrentado a un dilema similar. Tras la modificación de un artículo del Código del Niño mediante el cual se habilitaba sancionar a los medios de prensa que publicaran “fotografías de crímenes y suicidios”, afirmó que desde hacía un tiempo, sin necesidad de normativa alguna, se había autoimpuesto “la conducta de no recurrir a ciertos excesos, como el de publicar fotografías de cadáveres en nuestras columnas”, lo cual vendría a probar su espontáneo apego a la moral; sin embargo, enseguida se vió en la obligación de aclarar que

¹⁴⁴ “¡Llegó el ratón Mickey!”, en *El Diario*, 28 de marzo de 1933, portada; “Hombre... ¡Muchas gracias!”, en *El Diario*, 14 de setiembre de 1934, p. 3; “Contestamos”, en *El Diario*, 11 de julio de 1924, p. 8.

si no hemos hecho más rígida nuestra conducta en tal sentido, ello se ha debido a que no podíamos menos de evitar que nos arrollase, en materia informativa, el desenfrenado libertinaje de algunas publicaciones que no han considerado del caso proceder con la misma escrupulosa delicadeza con que EL DIARIO ha estado dispuesto a hacerlo

lo cual equivalía a reconocer que la página policial seguía siendo tan sensacionalista como antes y que así permanecería para no ceder terreno ante la competencia, de lo cual se infiere el interés “popular” por sus contenidos truculentos.¹⁴⁵

A juzgar por la evaluación de sus lectores —o, vale la pena recordarlo, de la forma en que el propio interesado dio cuenta de ella— que priorizaron sus páginas cuando quisieron amplificar aquel dato obtenido casualmente, aquella idea que habían elaborado o aquel reconocimiento que podría beneficiar o alegrar al pueblo, este intento por conectar con los intereses populares parece haber sido exitoso: “rogamos sea EL DIARIO quien haga llegar nuestro afectuoso saludo a toda la afición uruguaya ofrendándole a ella el triunfo que hemos obtenido, cumpliendo nuestro deber”, señaló un grupo de boxeadores uruguayos tras ganar el campeonato sudamericano de Buenos Aires, lo cual vendría a probar “la popularidad, el prestigio y la simpatía con que cuenta nuestra hoja en la afición deportiva rioplatense”. En 1929, cuando “un aficionado” diseñó, mediante una serie de tablas, cálculos y comparaciones, “una más retributiva distribución de los premios de lotería”, a fin de desestimular la afición popular por la quiniela clandestina, lo envió a *El Diario* con la expectativa de verlo publicado porque “ha tomado siempre interés en las cuestiones de lotería”, lo cual se condice con la relevancia que efectivamente le daba al juego de azar (que le granjeó, incluso, la acusación de camuflar en sus páginas los resultados de la quiniela clandestina) y con “el gran favor que nos dispensa el público” por ello. Sus páginas fueron las elegidas por “un lector permanente de EL DIARIO” en 1933 para protestar un nuevo impuesto municipal debido a que “siempre ha velado por el bienestar de la población”. Y cuando en 1935 pudo publicar el fotorreportaje

¹⁴⁵ “Anoche se estrenó 'La ralea'. Una obra mala y unos comentarios oportunos”, en *El Diario*, 14 de agosto de 1923, p. 6; “La prédica inmoral y la preservación del niño”, en *El Diario*, 19 de diciembre de 1935, p. 3. No realicé un estudio específico sobre la publicación de fotografías de cadáveres en las crónicas policiales de *El Diario*. Por lo tanto, no puedo confirmar si existió esa decisión y si se mantuvo posteriormente. Sí puedo afirmar que la práctica aún existía a comienzos de ese año (“El cadáver del capataz”, en *El Diario*, 30 de enero de 1935, p. 6). Quizá un indicio de ese abandono sea la cobertura de un accidente de tránsito publicada en el mes de junio: la imagen mostraba un vehículo incendiado; el texto que la acompañaba —como si quisiera aclarar que la foto no lo estaba mostrando todo— indicaba que había restos humanos consumiéndose en el fuego (“Aún el siniestro no ha dicho la última palabra”, en *El Diario*, 1 de junio de 1935, portada).

sobre un espectacular accidente de tránsito producido apenas unas horas antes, reconoció que fue gracias

al generoso concurso que nos ofrecía Alvaro Cuadra, un muchacho de 18 años [...] que pasaba por el lugar pilotando su bicicleta cuando chocaron violentamente los dos vehículos y pasando el natural instante de estupor corrió al [teléfono] automático a dar la nueva a la publicación de que es hincha;

el diálogo bien se pudo haber producido en los siguientes términos, según consignó otro cronista policial algunos años antes:

—¡Hola, hola!

—Sí, sí, con EL DIARIO... ¿Qué pasa?

—Pronto, vengan pronto...

—¿Adónde, señor?

—Aquí, a la Unión... en el almacén de Avellaneda y Pan de Azúcar ocurrió un suceso sangriento.

—¡No me diga!...

—Un soldado le ha dado una feroz puñalada a una señora... Hace un momentito... Si vienen pronto tienen una gran primicia.

Este tipo de favores demostraba un vínculo de mutua solidaridad: “El Diario se debe al público, que en toda su vida le ha brindado un apoyo digno”, dijo entonces. Pocos meses después, ante un caso similar (la “colaboración anónima de asiduos lectores” le había permitido informar antes que nadie sobre un trágico accidente de tránsito en la ruta Montevideo-Colonia) se extendió en el agradecimiento:

lo hacemos con la íntima satisfacción de quién exhibe un mérito [...] que nos llena de orgullo, porque él ha sido conquistado a través de largos años de un periodismo inspirado siempre en elevados postulados de bien común y en normas de alta moralidad. El pueblo, que así lo entiende y lo siente, ha llegado a considerarnos como a cosa propia; ha llegado a considerarse como parte de nuestra casa. Y este es nuestro mayor orgullo y la mayor recompensa a que podríamos aspirar, ya que

constata que nuestra existencia posee una profunda razón de ser, y que nuestra misión se cumple, con el apoyo decidido de todos.¹⁴⁶

Es probable que detrás de esta pretensión algo pomposa hubiera, sin embargo, un resto de verdad. Pero esta mancomunidad no se explica —o no se explica solo— por la satisfacción que *El Diario* pudiera dar a los gustos populares mediante la selección y ejecución de una serie de temas y estilos. También exige considerar su utilidad práctica, las razones concretas por las cuales navegar sus páginas le podía servir de algo a un montevideano y las iniciativas del propio diario para demostrarlas. ¿Por qué Álvaro Cuadra podría ser “hincha” de *El Diario* y no de cualquier otro diario de la competencia? O, sino queremos dar por buena esa exclusividad, ¿por qué una persona podría establecer una relación emocional con una empresa periodística? Un texto que figura algunas páginas después de esa noticia sugiere una respuesta:

HORACIO SUÁREZ, hombre honrado a carta cabal, al que la fatalidad golpeó hacía días en pleno pecho, haciéndole perder en el incendio de su casa de la calle Abella 2084 cuanto poseía, íntegramente, estuvo esta mañana por segunda vez en EL DIARIO. Vino a agradecer de corazón cuánto publicamos solicitando para él la ayuda que se merecía en semejantes momentos de desesperación y de indigencia. Lágrimas en los ojos tenía el buen hombre cuando señaló que su reconocimiento no acepta límites ni fronteras y que sumando [sic] en lo que no olvidarán jamás ni él ni los suyos, ese apoyo de todos los vecinos, amigos y de los que apenas lo conocían. Gracias a ello puede ahora más animado procurar la reconstrucción de lo perdido. Lamenta extremadamente lo acontecido, esa desgracia que significa un alto en su camino cuando creía tener marcada perfectamente la senda a recorrer, pero mucho pierde ribetes dolorosos frente a la bondad de las múltiples personas que lo ayudaron, con las que cooperó EL DIARIO desde sus columnas. Queda pública constancia de ello, cumpliéndose así los deseos de Horacio Suárez que todavía permanece con una visión imborrable en la retina: la del techo de su casita de madera hundido en el preciso momento en que él regresaba de la playa con su esposa e hijita, a descansar. Las llamas se llevaron entonces todo lo suyo, pero quedándole innumerables afectos, y el calor de hogar de todo un barrio, pobre, muy pobre, pero

¹⁴⁶ “Los campeones saludan a la afición uruguaya por intermedio de EL DIARIO”, en *El Diario*, 3 de octubre de 1928, p. 9; Un aficionado, “Sobre programas de lotería”, en *El Diario*, 10 de noviembre de 1929, p. 3; “Pamplinas”, en *El Diario*, 16 de marzo de 1927, p. 3; “Lo que pide el vecindario”, en *El Diario*, 11 de julio de 1933, p. 3; “El pibe que nos avisó”, en *El Diario*, 26 de febrero de 1935, p. 11; “El vandálico episodio de anoche. Señora herida de una espantosa puñalada en el vientre”, en *El Diario*, 20 de agosto de 1925, p. 10; “El DIARIO en el espíritu público”, en *El Diario*, 1 de junio de 1935, p. 12.

que es toda una alma generosa alentando y cobijando a los desvalidos en una solidaridad que emociona.

La desgracia de un hombre común y corriente, de esos de los que había miles en la ciudad —honrado, trabajador, familiar— y con el cual por lo tanto miles podían identificarse, podía ser paliada o incluso revertida por *El Diario*. Y no porque la empresa periodística resolviera directamente sus problemas, sino porque las páginas de su diario servían como los hilos de una red que conectaba a los de su condición y generaban, por un lado, las condiciones de posibilidad para la solidaridad popular —amigos, vecinos y personas “que apenas lo conocían” se habían vuelto una sola cosa gracias a la publicación de *El Diario*— y por otro la estructura de sentimiento que proveían de entendimiento a los avatares de la vida, como queda de manifiesto es esa “fatalidad” que venía a explicar su desgracia y su indigencia, en esa “bondad” que indicaba cuál debía ser su respuesta y en esa “senda a recorrer” que señalaba su lugar en el mundo.¹⁴⁷

Cabe, entonces, desbrozar una función social de *El Diario* que se verificó en múltiples ejemplos y direcciones: resolver los problemas prácticos de las personas, particularmente los de los sectores populares. Algunos meses después la desgracia cayó sobre doña María Laguno, una “anciana lotera”. En el corto trayecto entre su casa y una panadería del centro había perdido cuatro valiosos billetes de lotería, lo cual la colocaba, “podemos asegurar, en situación por demás difícil”. En estado “de confusión” visitó la redacción de *El Diario* y narró “la circunstancia infeliz que le había acontecido. [...] Le indicamos que desde EL DIARIO exhortamos a quien encontró los números a devolvérselos [...] y se fue conforme, ya casi reconstruido su ánimo atribulado”. Al día siguiente, Enrique Benincasa (“un hombre de buen corazón”) los encontró y se dispuso a devolverlos pero no “al azar [...] sino a su verdadero propietario”. Gracias al suelto de *El Diario* (“piedra angular en este éxito”) supo a quién le pertenecían y pudo entregar el dinero que había recaudado vendiéndolos por su cuenta (“todo el mundo allá en el Cerro, donde hace años resido con los míos, conociendo mi hallazgo, compró”), redondeando un final feliz que se resumía en “un abrazo para don Enrique Benincasa, un aplauso de todos los vecinos, un hurra para el DIARIO y [...] la viejecita llena de alegría”.¹⁴⁸

¹⁴⁷ “Agradecimiento sin límites”, en *El Diario*, 26 de febrero de 1935, p. 18.

¹⁴⁸ “La desgracia de una anciana lotera”, en *El Diario*, 14 de junio de 1935, p. 20; “Enrique Benincasa entregó a la anciana lotera los números que está perdió en la calle”, en *El Diario*, 15 de junio de 1935, p. 7 (**imagen 57**).

COMO QUEDA A LA VISTA UN HOMBRE DE BUEN CORAZON

ENRIQUE BENINCASA ENTREGO A LA ANCIANA LOTERA LOS NUMEROS QUE ESTA PERDIO EN LA CALLE

La exhortación de EL DIARIO halló eco en un espíritu noble y generoso

EL "FILM" DE UNA DEMOSTRACION PLENA DE BONDAD

Los programas de EL DIARIO por medio de los cuales se ha logrado que un hombre de buen corazón se haya interesado en el bienestar de un anciana, han sido un ejemplo de nobleza y generosidad que merece ser recordado y que debe servir de estímulo para otros.

Desde la hora en que se publicó el artículo sobre la anciana que había perdido los números de la lotería, se ha observado un interés creciente en el bienestar de esta señora. Muchos de los lectores de EL DIARIO se han interesado en el caso y han ofrecido su ayuda. En consecuencia, se ha logrado que un hombre de buen corazón se haya interesado en el bienestar de un anciana.

En la historia de la vida de un hombre de buen corazón, se ha observado un interés creciente en el bienestar de un anciana. Muchos de los lectores de EL DIARIO se han interesado en el caso y han ofrecido su ayuda. En consecuencia, se ha logrado que un hombre de buen corazón se haya interesado en el bienestar de un anciana.



LA DESGRACIA DE UNA ANCIANA LOTERA

En la última semana de la vida de esta anciana se produjo una desgracia que le privó de los números de la lotería que había comprado para ganar dinero para su sustento.

La desgracia de esta anciana se produjo cuando ella perdió los números de la lotería que había comprado para ganar dinero para su sustento.

La desgracia de esta anciana se produjo cuando ella perdió los números de la lotería que había comprado para ganar dinero para su sustento.

La desgracia de esta anciana se produjo cuando ella perdió los números de la lotería que había comprado para ganar dinero para su sustento.

La desgracia de esta anciana se produjo cuando ella perdió los números de la lotería que había comprado para ganar dinero para su sustento.

DESDE \$6.90

LAVATORIOS HIGIENICOS PUNBOS

desplazan a los antiguos por su CALIDAD DURACION POCO COSTO

BRICIONI HIGIENS

ALBINO 6548 A. GARDER MUD

El Dr. Wenceslao Silva

La historia de esta anciana es un ejemplo de nobleza y generosidad que merece ser recordado y que debe servir de estímulo para otros.

LOS NUMEROS PERDIDOS

La desgracia de esta anciana se produjo cuando ella perdió los números de la lotería que había comprado para ganar dinero para su sustento.

Suprema Corte de Justicia

Resolución de la Suprema Corte de Justicia en el caso de esta anciana.

Greta Garbo, insegura a la realidad

La actriz Greta Garbo se enfrenta a la realidad de su vida.

UNO MAS PARA LA LISTA

Se anuncia la inclusión de un nuevo miembro en la lista de candidatos.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando"

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.



Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.



Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

Waldemar Casas, el carnicero que pasaba lanares de "contrabando", fue capturado por las autoridades.

primeros números propuso y organizó colectas u otros mecanismos de beneficencia para ayudar “a los pobres de esta capital”. En 1923 sugirió que el Jockey Club podía imitar una iniciativa ensayada en Buenos Aires consistente en pagar a las casas de empeño para que le fueran devueltas “a sus dueños, libres de toda carga, las máquinas de coser, las ropas de abrigo, las herramientas de trabajo”; días después, cuando sobrevino un fuerte temporal que dejó sin vivienda a centenares de personas que habitaban la zona costera de Montevideo, publicó fotografías de la “pobre gente” damnificada, pidió apoyó urgente a “nuestras instituciones de caridad” y publicó avisos de empresas y organizaciones que recogían donativos.¹⁴⁹

También denunció las precarias condiciones de vida y trabajo de distintos sectores de la población montevideana. Estos textos, cuya condición popular se ilustraba por el carácter callejero de sus cronistas o por la hospitalidad que el diario brindaba a quienes llegaban hasta su redacción con una denuncia, solían concluir con el reclamo de soluciones específicas por parte de los poderes públicos o, en su defecto, con la indicación de que el pueblo mismo podría prestar algún tipo de apoyo. En 1927, “ambulando por los muelles [encontramos] el motivo de esta amarga nota”, dedicada a los pescadores como “Ramón Palau, un viejo luchador del mar”, que empezaban a caer en la miseria por la competencia que les planteaban grandes empresas pesqueras; *El Diario* aparecía como la oportunidad de que la voz del pueblo fuera oída (“deseábamos que vinieran”, decía Palau, “porque son los únicos que pueden hacer conocer al pueblo nuestra situación angustiada”) y como el organismo capaz de verbalizar una solución: “se nos ocurre como primera medida en procura de una solución salvadora que ellos podrían dirigirse al público ofreciendo sus precios [...] en el propio muelle”. Cinco días después “una delegación de vecinos” de un conventillo ubicado en la calle Uruguay “nos visitaron con el fin de interesarnos en hacer público el estado calamitoso de la casa a fin de que las autoridades adopten las medidas necesarias para evitar una catástrofe que es inminente”; se trataba de “gente obrera, caracterizándose de una manera pintoresca por la cantidad de extranjeros [...] gente pobre, que humanamente hace lo posible por soportar de la mejor manera la existencia”. En 1933, el vecindario del Barrio Sur se dirigió a *El Diario* para denunciar la clausura del asilo maternal N° 1 Juan Ramón Gómez: “hemos recurrido a El DIARIO porque vemos que siempre se interesa por las gentes pobres. Esperamos que si ustedes se interesan por defender nuestra casa, el asilo será habilitado otra vez”. El asunto se

¹⁴⁹ “¿A qué sí?”, en *El Diario*, 9 de julio de 1923, p. 3. “Las víctimas del temporal en la calle Hocquart”, “En el local de la calle Hocquar” y “Arriba corazones”, en *El Diario*, 13 de julio de 1923, portada, pp. 6, 9. “Colecta a favor de los damnificados del temporal”, en *El Diario*, 15 de julio de 1923, p. 2.

resolvió pocos días después (ya vimos cómo) gracias a que *El Diario* “siente en carne propia todas las inquietudes de las clases humildes [...] Fue a ellos, recogiendo sus aspiraciones y haciendo públicos los puntos de vista que sustentaban los interesados”.¹⁵⁰



58

Otra explicación de la preferencia “popular” por *El Diario* puede encontrarse en la oportunidad que las personas comunes y corrientes tenían de usar sus páginas para aclarar información —la mayor parte de las veces de origen policial— que les competía y afectaba a

¹⁵⁰ “Los viejos lobos de mar no pueden competir con las instituciones modernas”, en *El Diario*, 24 de noviembre de 1927, p. 10; “70 personas peligran su vida habitando un conventillo próximo a derrumbarse”, en *El Diario*, 29 de noviembre de 1927, p. 7; “Quiéren se que se habilite otra vez el asilo Juan R. Gómez”, en *El Diario*, 9 de mayo de 1933, p. 12 (imagen 58); “Está solucionado el caso del asilo Juan R. Gómez”, en *El Diario* 12 de mayo de 1933, p. 14.

título personal. Cuando Ricardo Garbarino fue acusado por la seccional de Policía N° 20 de insultar a un agente que buscaba sorprender una quiniela ilegal “se presentó en nuestra redacción [...] solicitando dejáramos constancia de que [...] él no estaba en la citada casa ni insultó a nadie [...] En cuánto a los tiros de que habla el parte policial, afirma que fueron hechos por las mismas autoridades”. Roque D. Laguardia “nos ha expresado su deseo de que dejemos pública y expresa constancia que nada tiene que ver con un sujeto de su mismo nombre y apellido de quien se han ocupado todos los diarios por un suceso de carácter policial”. Pascacio Caetano leyó en la página policial “una denuncia contra mi persona, hecha por el sujeto Elbio Morosi” y respondió en esa misma página a fin de “ventilar estas calumnias e injurias, hechas por un tipo irresponsable que ha sido despedido de [la Policía de] Investigaciones”. Dos años después

se presentó a nuestra redacción el ciudadano Juan M. González con el objeto de denunciar el atropello de que había sido objeto por parte del sub comisario de la sección 2da don Francisco Baños, quien le pegó una soberana paliza primero a golpes de puño y luego con un trozo de goma cuyas señales aún conservaba en el cuerpo;

si bien González “está sindicado como vendedor de alcaloides [...] eso no da lugar a que se utilicen procedimientos arbitrarios”. Una comisión del gremio de chóferes de taxis fue a la redacción de *El Diario* a desmentir que estuvieran en huelga; si de momento no estaban prestando servicios en el puerto esto se debía a que “la Policía Marítima extrema sus medidas con los choferes que luchando por la vida a veces cometen uno que otro error en lo de ofrecer sus servicios, los que son penados con arrestos y hasta encierros de 24 horas en calabozos”. Policarpo Carlos fue acusado de ir ebrio y agredir a un policía; su versión de los hechos, donde desmentía lo dicho y denunciaba injustas agresiones, ocupaba el mismo espacio que la denuncia policial. Y es que la oportunidad de la denuncia no se le negó ni siquiera a los delincuentes: un prófugo de la policía conocido como “El Rata” consideró ofensivo el tratamiento que estaba recibiendo por parte del diario *El País* y desmintió a través de *El Diario* “ser un célebre salteador [...] pues solo registro una entrada por tentativa de estafa. [...] Dos o tres entradas que tengo en seccionales son por pelea y no por robo”. Capítulo aparte merecería el caso de Emilio Buceta, un profesional universitario cuya arbitraria detención y posterior maltrato ameritó incluso la intervención del presidente de República, pero que al momento de protestar su detención a los oficiales, antes que aludir a la autoridad política, les

aseguró: “puedan estar seguros de que denunciaré en la prensa el procedimiento inhumano de Uds. ¡Si Uds. se ponen al margen de toda ley, ¿cómo pretenden castigar ningún delito?”.¹⁵¹

Lo mismo sucedió en lo relativo a los problemas urbanísticos de Montevideo, aunque en este caso la motivación política de la apertura es más evidente, ya que el Concejo Departamental de Administración era un enclave del batllismo y por lo tanto un blanco habitual de la prensa riverista. “De la calle” —como si fuera la ciudad misma la que estaba hablando— tituló en octubre de 1928 la denuncia de un grupo de vecinos de la calle Maciel sobre la rotura y suciedad de la veredas “y aparte de eso, siendo parada de autobuses, sirve también de desahogo fisiológico a parte del personal de los vehículos citados”. Días después los vecinos del Reducto indicaron que habían “recurrido varias veces” a las autoridades para que erradicaran un criadero de chanchos y un tambo enclavados en plena zona urbana, “pero como esta entidad municipal ha hecho oídos de mercader al clamor unánime del vecindario” hacían la denuncia “en las columnas de su ilustrado diario” para que el Consejo Nacional de Higiene interviniera de manera directa. La semana anterior no había sido de vecinos, sino de obreros, la delegación que había visitado la sede de *El Diario*: denunciaban que el gobierno municipal había parado las obras de pavimentación de la calle Burgues y los había dejado sin trabajo de un día para el otro. Los vecinos de Pocitos, dos años antes, “se quejan y con razón” por “el más injusto abandono” al que estaban sometidas algunas calles de ese barrio, al punto de llegar a preguntarse “si no habrá intereses de por medio para que así nos traten”. En agosto del año anterior habían sido los vecinos del Paso Molino, alarmados por la suspensión del inicio de las obras para el saneamiento del barrio, los que se habían dirigido a la redacción “pidiéndonos que inquiramos las causas de esa demora”. Y en mayo de 1933 —desaparecido ya el Concejo Departamental de Administración, pero vigente su herencia maldita— fueron los vecinos del Buceo los que visitaron la sede de *El Diario*:

hemos visto [...] que ‘El Diario’ presta atención preferente a todos los problemas de interés colectivo y muy especialmente los que tienen referencia con las barriadas modestas de las zonas sub-urbanas [sic]. Por este motivo y en la

¹⁵¹ “A propósito de una información policial”, en *El Diario*, 11 de julio de 1924, p. 8; “Una aclaración”, en *El Diario*, 16 de junio de 1926, p. 10; “El asunto de Caetano”, en *El Diario*, 12 de julio de 1924, p. 8; “Un procedimiento arbitrario que recibirá su castigo”, en *El Diario*, 22 de enero de 1925, p. 10; “Una huelga que no lo es”, en *El Diario*, 3 de octubre de 1928, p. 12; “Hombre herido de un balazo por un agente de policía”, en *El Diario*, 2 de agosto de 1925, p. 6; “Lo cortés...”, en *El Diario*, 12 de julio de 1924, p. 8; “Para la jefatura de policía”, en *El Diario*, 29 de junio de 1926, p. 5.

seguridad de que nuestras aspiraciones no caerán en vacío, es que reclamamos la atención de ustedes.¹⁵²

La utilidad de *El Diario* también puede juzgarse por su contribución a la economía del pueblo. Los tres centésimos de su precio permitían acceder, en 1924, al sorteo de una casa y al descuento del veinte por ciento en las compras realizadas en un bazar y mueblería; cuatro años después servían para descontar cinco centésimos —casi el doble de su valor— de eventuales compras en una larga lista de comercios adheridos. También equivalían a información práctica, como la que aparecía en la sección “Avisos económicos”, inaugurada en 1927, que consistía en una página completa con el precio y ubicación de todos los inmuebles ofrecidos en alquiler en Montevideo: “no piense más ni se incomode en venir al centro a pedir las listas [de casas o apartamentos] en los bancos”. O la contenida en el apartado “Cómo se estafa al pueblo”, que en octubre de 1928 advertía —a raíz de testimonios que las propias víctimas acercaban a la redacción— sobre la proliferación de estafadores de poca monta en las calles de la ciudad, por ejemplo vendedores ambulantes que ofrecían a precios muy tentadores docenas de huevos que resultaban podridos o plantas “de muy buen aspecto” que carecían de raíz y se desplomaban a las pocas horas.¹⁵³

Estas correspondencias entre *El Diario* y “lo popular” sugieren la extracción social de aquellas personas que lo consumían, pero son también el indicio de un proyecto. En otras palabras, es probable que ese pueblo —sus deseos y preferencias, su forma de ver el mundo— no existiera más allá de los términos en que los textos y fotografías de *El Diario* lo definían, o por lo menos que su constitución en tanto tal haya sido indisociable de los rasgos que le confirió este discurso. “No es el lector quien hace al diario, sino el diario que hace sus lectores”, señaló en el prospecto de su primer número, revelando desde el vamos un proyecto de subjetivación popular, la pieza de una estrategia probablemente más amplia para crear un tipo de montevideano. Esto mismo se refleja en la valoración que hizo de otros proyectos periodísticos (“siempre ha orientado y no ido en pos o a la zaga de [...] las muchedumbres,

¹⁵² “De la calle. Suma y sigue”, en *El Diario*, 4 de octubre de 1928, p. 3, “Para la salubridad”, en *El Diario*, 28 de octubre de 1928, p. 3; “Más de 200 obreros han sido suspendidos”, en *El Diario*, 22 de octubre de 1928, p. 10; “Se quejan y con razón”, en *El Diario*, 13 de junio de 1926, p. 3, “El saneamiento del Paso Molino”, *El Diario*, 29 de agosto de 1925, p. 3; “Tiene problemas de urbanismo una hermosa zona de la ciudad”, en *El Diario*, 27 de mayo de 1933.

¹⁵³ “Nuestro regalo. Cupón”, en *El Diario*, 1 de julio de 1924, p. 5; “El cupón de ‘El Diario’. Éxito alcanzado”, en *El Diario*, 6 de julio de 1924, p. 2; “Nuestro gran sorteo anual. Su próxima realización”, en *El Diario*, 30 de diciembre de 1924, p. 3; “Este cupón vale 5 centésimos”, en *El Diario*, 1 de octubre de 1928, portada; “Nuestros cupones”, en *El Diario*, 2 de octubre de 1928, p. 5; “Si Ud. necesita alquilar...”, en *El Diario*, 5 de noviembre de 1927, p. 11; “Avisos económicos”, en *El Diario*, 4 de noviembre de 1927, p. 2; “Como se estafa al pueblo”, en *El Diario*, 16 de octubre de 1928, p. 3; “Como se estafa al pueblo”, en *El Diario*, 17 de octubre de 1928, p. 3.

[que] llegaron luego a opinar y a ‘sentir’ con el diario”, diría sobre *La Prensa* de Buenos Aires) y se repitió casi en los mismos términos treinta años después, en ocasión de un nuevo aniversario:

en 1923, la idea de crear un diario noticioso, ágil, informativo, con un nutrido material de actualidades en la política, el deporte, las carreras, los sucesos varios de cada jornada, todo eso llevado al punto del más reciente acaecer, y ofrecido a la última hora hábil de cada día, parecía una empresa lírica y casi descabellada, que el medio aparentemente no reclamaba, que ninguna necesidad llamaba al éxito inmediato. “El Diario”, como concepción periodística, parecía —en julio de 1923— adelantarse a crear un hábito de lector más dinámico, un concepto de público que entonces no existía.

Ese “pueblo” —a veces definido como “la multitud”, a veces como “la muchedumbre”— era una masa poco diferenciada donde primaban los impulsos sobre la reflexión, a la que podía manipularse con cierta facilidad merced a “su alma impresionable” y a la que debía hablarse “sin mucha minuciosidad” porque “no se le convence con fórmulas rígidas o con teorías extraídas de los vetustos y nacarados textos [...] EL DIARIO es un diario de muchedumbres [...]. Preferimos dirigirnos al sentimiento”. Ese pueblo era al que hubo que mentirle en 1935 sobre estado de salud del presidente Terra para “calmar su ansiedad”; al que en 1933 hubo que explicarle que estaba bien cerrar un asilo maternal —pese a afectar con ello a las mujeres pobres— porque así se reducía el gasto público; al que en 1931 hubo que recordarle que ni el hambre ni “la miseria total” justificaban robar comida porque eso violaba el derecho de propiedad y al que en 1934 hubo que convencer de que si quería servicios públicos debía procurarlos por sí mismo y no esperar que los proveyera el gobierno.¹⁵⁴

¹⁵⁴ “A modo de programa”, *El Diario*, 6 de julio de 1923, p. 3; “El 59° aniversario de *La Prensa*”, en *El Diario*, 18 de octubre de 1928, p. 3; “Los treinta años de El Diario”, en *El Diario*, 6 de julio de 1953, p. 3; “En la intensificación industrial está el éxito de nuestra independencia económica”, en *El Diario*, 3 de diciembre de 1935, segunda sección, p. 1; “‘EL DIARIO’ y el atentado de ayer”, en *El Diario*, 3 de junio de 1935, p. 12; “Está solucionado el caso del asilo ‘Juan R. Gómez’”, en *EL Diario*, 12 de mayo de 1933, p. 14; “La labor edilicia y la cooperación vecinal”; en *El Diario*, 19 de noviembre de 1934, p. 3; “¿El comunismo en el Cerro?”, en *El Diario*, 28 de julio de 1931, p. 10. Para un análisis detallado de estos casos, ver el apartado 1.6 de este trabajo. El proyecto de subjetivación popular encarado por *El Diario* a partir de 1923 podría explicarse —por lo menos a modo de hipótesis— como una respuesta a la radicalización proletaria global que las clases propietarias percibieron a partir de 1917, con la Revolución Rusa, la semana trágica de Buenos Aires (1919) y el avance del comunismo en varios países europeos (sobre esta percepción, ver: José Pedro Barrán, *Los conservadores uruguayos...*, op. cit., p. 120-122).

2.7 Un diario para *el hombre de la calle*

El *pueblo* de *El Diario* no era cualquier pueblo. Tenía un corte de género, de clase y de raza, un *nosotros* imaginario que sus páginas proponían como identidad de sus lectores.

Salvo en aquellas páginas (nunca más del diez por ciento) dedicadas expresamente a “la mujer” o definidas en términos que aludían a prácticas o espacios de socialización feminizados (“la moda”, la “vida social”), *El Diario* era un diario para hombres, o mejor dicho un diario *para formar hombres*, si nos atenemos el sentido performativo de sus apelaciones. Esto, que aparece en algunas memorias de lectores (“era mucho diario de boliche. Comprabas, te ibas al boliche, te pedías una grappa y un café y te leías *El Diario*. Tenía un perfil muy masculino, muy difícil que encontraras una mujer leyéndolo”) puede corroborarse a través del exámen del lugar de enunciación de su discurso y del tipo de conductas y deseos que atribuía a sus lectores. Un suelto que en 1923 describía los conflictos habituales entre las mujeres y los guardas tranvía es ejemplo de esto: “resignemonos” —concluía, con una primera personal del plural masculina que aludía al mundo compartido entre el autor del texto y sus lectores—

a viajar en tranvía sabiendo de antemano que una dama subirá a menudo en él por equivocación, que la edad del niño que la acompaña originará un arduo debate y que tiene perfecto derecho a agarrarnos de dónde mejor le plazca cada vez que pierda el equilibrio.

Los comentarios explícitos —o más o menos velados por la picardía, como el que cierra la cita del párrafo anterior— sobre el hiperestímulo sexual que provocaba en los hombres el desborde de la sensualidad femenina en el espacio público permiten imaginar no solo el género sino de la orientación sexual de ese lector. El grabado de una mujer que sostenía sensualmente una regadera permitía afirmar que “la chica [...] elevaría al cubo nuestra felicidad, aunque en verdad no nos comprometeríamos a sostener durante largo tiempo... baño tan delicioso y abundante” (desviando a último momento la referencia a aquello que un hombre debería sostener en el encuentro sexual). Una tormenta de verano podía “depararle a uno gratas y embelesadas sorpresas” a través de la “contemplación [de las] pocas ninfas transeúntes” a quienes el viento les levantaba el vestido, mientras que en invierno había que conformarse con la visión fugaz de “una pantorrilla femenina, insinuantemente descubierta” o con la imagen del viento que “juega con las polleritas de las bellas”. Ir de compras era una

experiencia desequilibrante debido al novedoso fenómeno de las “empleaditas de tienda”: “zapatitos negros, medias claras y una túnica que le sienta a las mil maravillas. Es joven y bonita, tanto que cuando le miro los ojazos negros me siento turbado y casi ni sé qué responder”. Recorrer la zona comercial era un espectáculo de “torneadas pantorrillas, cinturitas insinuantes, rostros hermosos y turgencias sugestivas”, un cúmulo de provocaciones que el hombre moderno nunca podía satisfacer: “una rubia linda y elegante pasa y me saluda sonriente; es la rubia que me vendió la valija. Llegó a la esquina, se tomó del brazo de un mozo que la esperaba y, cuando ya cruzaban la calle, riendo, me echó una mirada de irónica despedida”. El deseo de ellas también iba en esa dirección: como si tuviera la capacidad de representar el de una hipotética mujer obesa que, por ello, no atraía a los hombres, decía Américo Agorio bajo el seudónimo de *Ombú Cura*:

Como no se explica
porque los hombres no se le acercan
ni la pellizcan
cuando sale del baño [de la playa] cierra su carpa
en forma hermética:
y mientras se ‘toaletea’
se heriza [sic] toda con la emoción
de pensar que allí fuera
llora y desespera
un sátiro calcinado por la pasión...
Y... la posibilidad de un desliz
satura sus tres quintales de un ensueño feliz...¹⁵⁵

¹⁵⁵ Entrevista a Horacio Añón, realizada por Mauricio Bruno el 18 de setiembre de 2019; “En los eléctricos. Escenas de todos los días”, *El Diario*, 5 de agosto de 1923, p. 3; “Ardientes calores y símbolo de frescura. La regadera”, en *El Diario*, 2 de enero de 1925, p. 3 (**imagen 59**); “El mal tiempo en la noche”, en *El Diario*, 12 de enero de 1925, p. 10; “La ciudad bajo agua”; en *El Diario*, 29 de agosto de 1923, p. 3; “Brrrrrr”, *El Diario*, 8 de julio de 1930, p. 3; “Empleaditas de tienda. Con sueldos pequeños, pagan el concurso invaluable de esas muchachitas que son el granito de sal que hace agradable la tarea de comprar algo...”, *El Diario*, 3 de abril de 1933, p. 16; Ombú Curá [Américo Agorio], “Fauna playera. La tonini”, en *El Diario*, 29 de diciembre de 1935, p. 3. Para ahondar en las masculinidad hegemónica del Uruguay del novecientos, que concebía a la heterosexualidad como la única forma “normal” de identidad sexual, ver: Inés Cuadro, ““Los varones reaccionan: masculinidades uruguayas en el novecientos”, en *Avances del Cesor*, 2023, vol. 20, núm. 29, Julio-Diciembre, ISSN: 1514-3899 / 2422-6580.

El Diario

MONTEVIDEO, VIERNES 2 DE ENERO DE 1925

Ardientes calores y símbolos de «frescura»...

LA REGADERA



Hacia el descenso de los termómetros.

El nuevo año se inaugura con la regadera, símbolo también de la calma habiéndose experimentado una...

esta de M
para y las
americano
acuerdo a l
suello de
A tal
dos sobre
química y
por monu

En

San Juan
asociar el
norte a
no nunci
habían des
han expre
Sera, rega
fue alon
de espore
Nuestra
de que es
Banco
FIO — A
calarrosos
es, balen
Con su
varadero
la,
la Neco
Cobaco.
Filia se
de que
forma en
Era a

D

Recien
los días
ocurrida
en San
Diaz, de
de hare
ciudad,
go Uom
dano.
Para
petado
to los l
tecnic
múltip
la del
mundu
queto
Nave.
Sia e
adapte
signific
de que
recto a
copara

Rivera

tiempo,
occuraba
del in
ramen
de No
temor
una
sido a
que de
de me

Según
Orion
de Ti
ca au
las de

que un
las #1
S. sa
reun
conita
ozna
a fin
s. cura
parto
so
en que

ones

DEL

ciado,
lodia,
mini
scrito
quien
daniel
Minis

la de
de la
pre
laga
de la
flite
peter
el
eras
de
es de
al
prac
señor
o su
va al
Bogel

Las imágenes también apelaban a la mirada masculina. La “voracidad del lente fotográfico” y la “punzante mirada del espectador” se aunaban —especialmente en las portadas— para dar como resultado un mundo donde “la actividad femenina” tenía sentido en tanto espectáculo para el disfrute de los lectores: “elige lector y refrascate”, decía en 1925 frente la imagen de dos mujeres en traje de baño; o “refrescate lector [...] ante la visión rozagante de estas frescas mozas [...] aptas para sueños donde todo sean sorbetes y voluptuosidad musulmana”; o “lector [...] recrea tus sentidos, admira la helénica suavidad de sus líneas”. Muchas de esas imágenes correspondían a celebridades, pero también las había de mujeres anónimas usadas a modo de objeto de consumo veloz:

cómo véis, es bella, pero se nos ha perdido el nombre, y ese accidente fortuito no puede ser un obstáculo para que os privemos del placer de contemplar tan encantador espectáculo. Os la presentamos y con una ventaja: que podéis darle el nombre que deseáis y si sois capaces de haceros la ilusión de que es dueña de vuestros deseos, harála [sic]!

El mismo rol jugaban las montevideanas que uno podía cruzarse por la ciudad, como las que aparecieron en un fotorreportaje de Anselmo Carbone sobre la playa de Pocitos en 1925: dos mujeres en “pose de abandono que bien pudiera ser de desafío, la sonrisa pícaro y la mirada chispeante” posaban junto a un grupo de varones que formaba una pirámide humana “con el único fin de permitir al que se halla más arriba una observación más completa” de ellas y una adolescente “sonriente y toda apresuradita huye, al parecer, del asedio fotográfico. Sin embargo, íntimamente siente que ha de salir muy bonita, como así ocurrió”. Dos años después, para que “el lector” pudiera “saborearlas gráficamente”, la portada entera estaba compuesta con fotografías de mujeres en traje de baño tomadas por Carbone en la playa.¹⁵⁶



60

¹⁵⁶ “Bañistas célebres allende el ecuador. Una campeona de natación y otra de todos los pesos”, en *El Diario*, 6 de enero de 1925, portada; “Un espectáculo ideal para los 42° sobre cero”, en *El Diario*, 2 de enero de 1925, portada; (imagen 60) “Espectáculos de verano en toda la línea”, en *El Diario*, 4 de enero de 1925, portada; “Pese a las lluvias torrenciales, a través de las bañistas, la canícula se manifiesta en todo su esplendor”, en *El Diario*, 15 de enero de 1925, portada; “No tiene nombre, ponéle uno”, en *El Diario*, 6 de diciembre de 1935, portada; “Como todas las tradiciones, la de hoy, pese a los reformistas, tiene su encanto... casi desnudo”, en *El Diario*, 8 de diciembre de 1927, portada (imagen 61)

El Diaria



AÑO V. - Núm. 1366.

MONTEVIDEO, JUEVES 8 DE DICIEMBRE DE 1937

Como todas las tradiciones, la de hoy, pese a los reformistas, tiene su encanto... casi desnudo



Este es el "tiburón". Su especialidad no son las víctimas de los barcos naufragos... ¡no!... son las "víctimas" factibles, las que están por naufragar. Su acción se limita a precipitar la catástrofe.



Casi un trí, dos espaldas y un rostro. No quisiéramos ser irreverentes con la más bella mitad del género humano, pero ¿no es cierto amable lector que Mahoma tiene razón? Hay espaldas que son cien veces más elocuentes que un rostro... y así, ahí está!



¡Allá va la burla! ¡Quién sabe de qué? Borna o tonina, como lo desee el lector: lo que podemos asegurarle es que cuando ella abandona el baño baja el nivel de las aguas.



La libertad casi primitiva, que se disfruta en las playas nos ofrece espectáculos desconcertantes. Este es uno pero... ¡pobre del que se desconcierte! No damos por su alma un maravón, es decir, la mitad de dos cobres!



En todas las playas las damas piden "Naranja SIP" preparada con exquisitas naranjas.

¿Timidez? ¿Miedo? ¡Qué! Coquetaría. Coquetaría elevada a la décima potencia. Esta chica no le teme al mar, ni a los hombres, ni al objetivo. Lo que pasa, es que sabe que ese gesto remigado, viste sus audaces desnudeces, con un candor de lo más emocionante. Pero ¡cuidado! tenorios que en su espíritu, banal y vertiginoso, hay abismos más hondos que los del mar y pérdidas más fatales que las de las olas...



Esto sí, que es sugerente, e intrigante. ¿A quién le irá a dar pelota esta beldad? ¡Dichoso de él! Mas, no lo envidiemos. Seamos optimistas, que algo de lo que debiera tocarle a "él" ya lo hemos saboreado, gráficamente, nosotros!



Retorno a la Naturaleza. Abandono de todos los convencionalismos. Esto es el mejor encanto de nuestras playas, que tienen tantos. He aquí una pa... reja a punto de dar un salto fantástico hacia todos los ancestralismos.



Tres gracias. Tres mujeres que tienen la belleza de la línea y de la agilidad. Tres gracias... sí. Pero, risantes serán las preguntas que caiben en el círculo de sus gracias? Afortunados en el amar, lo ignoramos, pero, podemos asegurar que rabeen placeres infinitos.



La población minúscula de las playas. La población que logra llenar la majestuosidad tímida del mar, de ternuras sutiles. Por lo pronto este presencia, nos demuestra, que no solo para pensar hay que mojarse... los fundillos!

Esta dimensión también apareció en las crónicas. En 1929, un cronista anónimo que firmó como “El espectador” describió a la playa de Pocitos como un teatro donde apreciar la síntesis de la belleza femenina (“cuando ‘ella’ sale del agua [...] el espectador no tiene dudas [sobre a dónde mirar]. Tanta es la superioridad del sexo femenino sobre la dorada playa preferida”) y como un laboratorio para analizar las especificidades de ese objeto:

amigas a quienes se tenía por bonitas —digamos, atractivas— resulta que son en cambio muy simpáticas. [...] Las porteñas y las uruguayas no se diferencian nada. [...] Es muy común la jovencita que llega muy arropada a la orilla, creyendo ser el punto de mira de la playa.

Dos años después, una crónica sobre los atractivos de las avenidas y los bulevares montevideanos señalaba que, sobre el mediodía, “ellas comienzan a brotar [...] No hay como la montevideana, la de casquete ensombrecido, sus atrevidos ojos, bien cortados géneros sobre el cuerpo libre de varillas opresoras”. En 1931, ante la próxima conformación de un “cuerpo de Policía femenina” en Montevideo, se imaginó —textual y visualmente— a la futura “mujer gendarme, esbelta, elegante y perfumada [...] apetitosa y fresca”, al punto tal que ir preso (el acto de detención se describía como un encuentro sexual) se volvería cosa agradable.¹⁵⁷

La cofradía masculina conformada por redactores y lectores (la única página donde esto se rompía era distinguida expresamente: “para las damas y el hogar”) también fue explicitada mediante el uso habitual de la primera persona del plural para separar a “nosotros” de “ellas”. Un suelto de 1924 definió a las mujeres como “nuestras imprescindibles mitades” y a la mirada que se posa sobre ellas como la de “nuestros ojos masculinos”, mientras que otros hablaron de la mujer moderna como “un peligro para nosotros” y de “sus armoniosos cuerpos” como “la alegría y gloria de nuestra vida”. Al momento de adoptar el punto de vista del o la protagonista de un “crimen pasional”, lo normal era que se adoptara el del varón, incluso cuando el texto era condenatorio con respecto a su comportamiento. Cuando en mayo de 1928 un hombre asesinó a su esposa por celos y después se suicidó, el cronista no pudo más que identificarse con el padecimiento del victimario: “se adivina el dolor del principal protagonista y se adivina que ha librado una ruda lucha contra su corazón, contra la pasión arrebatadora que lo consumía”. En 1934, cuando un hombre que “la va de Tenorio y no

¹⁵⁷ “Apuntes del natural”, 20 de enero de 1929, p. 3; *Kim*, “Reflejos de la ciudad. Rosas de todo el año”, en *El Diario*, 27 de julio de 1931, p. 3; “Ante la próxima implantación de la Policía Femenina”, en *El Diario*, 1 de julio de 1931, p. 3.

perdona a mujer alguna que encuentre a tiro” golpeó a una que había respondido secamente a sus piropos y ella, en represalia, lo agredió con un cuchillo, se calificó a la “víctima” —o sea, al hombre— de “peligro viviente para padres y maridos”. Meses después, la respuesta violenta de una mujer a una agresión de su marido fue interpretada risueñamente como el inicio de una “rebelión femenina”: “todo es cuestión de esperar si la cosa toma cuerpo y llega el momento de que los que representamos a la otra mitad tengamos que ponernos en guardia para responder a la sublevación como corresponda”. Por esos días, en “un caso vulgar de celos”, un hombre le cortó la nariz a su esposa: “de ser jueces seríamos inflexibles con el criminal. Si ella era hermosa, porque destruyó su hermosura. Si ella era fea, porque aumentó la fealdad de este mundo”. Tres años antes, un niño había herido de un martillazo en la cabeza a un hombre que quiso abusar sexualmente de su madre, lo cual admitía una sola lectura y era tan obvia que no requería explicaciones:

todos nos hemos sentido hombres llenos de valor a pesar de nuestra bombacha corta cuando alguien quiso solamente decir que era fea nuestra madre y hombres llenos de orgullo si oímos para la mejor de todas el más mínimo elogio [...] Es el hijo que defiende a la madre maltratada. ¿Qué podemos decir?¹⁵⁸



62

¹⁵⁸ “Pantallitas...”, en *El Diario*, 2 de enero de 1924, p. 3; “Para las damas y el hogar”, en *El Diario*, 10 de noviembre de 1927, p. 3; “La mujer de treinta años”, *El Diario*, 22 de julio de 1930, p. 12; “El fantasma de los celos escribió una nueva página sangrienta en el libro fatal”, en *El Diario*, 11 de mayo de 1928, p. 10; “Una dama le tajeó un brazo a un hombre propasado”, *El Diario*, 25 de julio de 1934, p. 4; “Peleó por asuntos íntimos un matrimonio lituano. Ante un castigo del marido la esposa le arroja una pesa de kilo. La pieza de bronce le causa una herida de consideración en la cabeza. Remisión de la culpable a la cárcel”, *El Diario*, 4 de setiembre de 1934, p. 12; *Mecus* [Américo Agorio], “Rinofagia sentimental”, en *El Diario*, 22 de agosto de 1934, p. 3. “En defensa de su madre un chico de ocho años aplicó un martillazo en la cabeza a un hombre”, en *El Diario*, 14 de marzo de 1931, p. 12. No obstante, la mirada femenina también fue convocada ocasionalmente en las portadas: los retratos contiguos de un actor y una actriz de Hollywood publicados el 4 de abril de 1933 incluían la aclaración que el de que de Joan Blondell “en su actitud de íntimo abandono” era “para nosotros”, mientras que el de Richard Arlen “afilado como para una conquista” era “para ustedes”. “Dos ases de la pantalla que triunfan en los corazones”, en *El Diario*, 4 de abril de 1933, portada (**imagen 62**)

En cuanto a su pertenencia de clase, ese hombre que los redactores y fotógrafos imaginaban leyendo y mirando sus textos e imágenes variaba en función de las diferentes páginas y secciones. En las crónicas, editoriales y sueltos, los hábitos de los sectores medios solían presentarse como la forma normal de las cosas: paseos por el centro, parques y playas; consumo en las tiendas y cafés; flirteo entre aquellos que tenían el tiempo y la posibilidad de disfrutar “lo nuevo”. Los sectores populares solían representarse mediante una mezcla de exotismo y complicidad, como observados por exploradores que luego de luego de aventurarse en un terreno desconocido volvían al hogar para narrar la experiencia ante sus pares, como sucedió en 1925, cuando un cronista fue llamado a investigar el misterioso caso de un juego de dormitorio abandonado en la calle Chaná entre Yaro y Eduardo Acevedo: al llegar al lugar de los hechos, fue interpelado por la inquilina del conventillo frente al cual yacían los muebles y se produjo una conversación —real o imaginaria, tanto da— que revela las diferencias de clase entre el tándem autor/lector y los sectores populares:

—Mire, parece usted un millonario...

—¿Yo millonario? Señora, usted me ofende y no se lo permito. ¿Oye?

—Digo que lo parece, porque se asombra y se duele de los mueblecitos esos.

—No le tolero ese gesto despectivo.

—Bah, los pobres hemos tenido tantas veces los muebles en la calle como pucheretes hemos comido.

—¿Qué revelación me hace usted, Tomasa?

—¿Revelación? No digo que usted parece un millonario...¹⁵⁹

Esta mirada también se volcaba sobre aquellos que habitaban la frontera entre los sectores populares y las clases medias. Dos crónicas de 1924 describen los hábitos sabatinos y dominicales de los trabajadores cuyo excedente salarial les permitía ir al centro para acceder a los espacios de consumo de las clases medias: “Primos” era el término despectivo para referirse a las parejas de inmigrantes gallegos que, seis días a la semana, eran trabajadores “rudos, entregados de lleno a una tarea aplastante”, tan habituados a esa vida que, aunque estuvieran a su alcance, no sabían cómo disfrutar de los placeres de la vida y que, cuando el

¹⁵⁹ “Reflejos de la ciudad. Rosas de todo el año”, en *El Diario*, 27 de julio de 1931, p. 3; “¿Quién necesita un juego de dormitorio? Un espectáculo poco común”, en *El Diario*, 29 de agosto de 1925, p. 10. En otra otra oportunidad, un sueltista diría “nosotros [...] sabemos de sobra lo que pasa ‘cuando un pobre se divierte’”, jugando con el título de un sainete popular de los años veinte y poniendo de relieve esa misma brecha (“Records poco envidiables”, en *El Diario*, 5 de julio de 1931, p. 3).

domingo les abría un paréntesis, se transformaban en “seres acicalados, lustros, que dan la sensación de que se aburren olímpicamente y que no saben dónde colocar sus rudas manos”. Los “conquistadores asombrados y bullangueros del Montevideo nocturno” eran esos jóvenes de los suburbios que, gracias al tranvía y al descanso dominical, los sábados de noche podían desplazarse hasta el centro, donde hacían gala de guarenguería, mal gusto y violencia: primero iban al teatro, donde aplaudían a rabiar o insultaban a los artistas; luego al Café, donde se tomaban a golpes y provocaban destrozos y finalmente a “los calabozos de las policías centrales”, donde pasaban la noche, para volver al barrio al día siguiente y narrar sus hazañas.¹⁶⁰

Como si no bastara con describir sus prácticas, los sueltos, editoriales y las páginas dedicadas a la crítica teatral y cinematográfica abundaron en críticas sobre las expresiones culturales de estos sectores, empezando por la más elemental: el uso del lenguaje. La expansión de modismos de los sectores populares, en un contexto de globalización y multiplicación de los medios, implicaba que la “corrupción idiomática” comenzara extenderse entre “la población de mediana cultura”. Las “germanías del arroyo” llegaban al hogar desde la calle [...] por la letra y el espíritu de ciertas canciones populares” y por un tipo de teatro y literatura chabacano que satisfacía “las inclinaciones de un determinado grupo de lectores”. Las obras del español Gregorio Martínez Sierra, que en su promoción usaba fórmulas denunciables (“si vos querés farrear por muy poca plata, ven aquí y verás las morochas más macanudas del orbe y chinitas muy de banana. ¡Te digo a vos que hay que quitarse el fúnebre che!”) eran un claro ejemplo, aunque más ilustrativa resulta la reseña de la obra de género chico “Atorranta!”, estrenada en enero de 1929:

como su título lo indica, se trata de una obra de baja categoría, ingenua y vulgar, escrita en un lenguaje arrabalero que dice muy poco en favor de su autor, al que más le valiera dedicarse a otras no tan lucrativas actividades. Piezas como ‘Atorranta!’, estragan más aún el gusto popular desorientándolo hasta en el sentido idiomático. Ya no es posible pedir daño mayor a determinado grupo de cultores del teatro vernáculo. Los comentarios sobran.

La popularidad de los deportes fundados por países de habla inglesa —como el box y el fútbol— traía como consecuencia la adopción de sus vocablos descriptivos para dar cuenta de

¹⁶⁰ “Notas dominicales”, en *El Diario*, 3 de agosto de 1924, p. 3, “Notas dominicales. Preludio sabático”, en *El Diario*, 13 de julio de 1924, p. 3.

relaciones sociales que antes se resolvían mediante términos del castellano: *knock-out* bien podía describir “la situación de un hombre que queda turulato ante una inesperada y terminante contestación, o la de aquél a quien la vida dejó sin medio de acción, o la del que recibe una noticia desalentadora”. La plétora de libros extranjeros, “pésimamente traducidos, que abarrotan las librerías” —especialmente los escritos por novelistas franceses— había expandido entre “las niñas cursis”, términos como *rouge, toilets, soirées*:

el pueblo de mediana o ninguna cultura, acoge e incorpora a su lenguaje diario expresiones bastardas y vocablos de otras lenguas que comienzan por ser una suerte de imitación fonética y concluyen por adquirir carácter de palabras definitivamente asimiladas al léxico corriente.

Para 1931 ya se podía señalar que “el idioma español tiene un enemigo serio en el Norte de América, que ejerce hegemonía en el alma de nuestra lengua, por la formación plástica de los giros fundamentales y el método de incorporación psicológica que por allí triunfa”. La expansión de nuevos medios de comunicación era otro factor de corrupción idiomática. En la radio campeaba “la vehemencia o incompetencia de ciertos speakears, que en su afán de ser graciosos u originales demuestran muy mal gusto, no faltando quien llegue a la estulticia o la indecencia. [...] Lo peor es que estas digresiones penetran entre las gentes simples.” A lo que había que agregar la dificultad para controlar y sancionar sus excesos: “es que mientras la frase escrita queda, testimonio de cultura o de incultura, la palabra oral... se la lleva el viento”! Y si bien eran exagerados los comentarios de los españoles que visitaban el Río de la Plata cuando decían que aquí “dentro de poco nadie se entenderá, pues lo que habla el pueblo no es el castellano tradicional”, no por ello dejaban de tener “un fondo de verdad”.¹⁶¹

Pero esto describe solo el piso social del lector imaginado por la crónica, los editoriales y los sueltos. Su tope puede deducirse de la indignación que sintió el cronista al ser confundido con un millonario. También de los habituales comentarios mordaces dedicados a la vida de la aristocracia: “el hecho de haber nacido, simplemente, no da derechos a nadie para ocupar un lugar entre los hombres sin conquistarlo”. En Uruguay, país sin nobleza, esta clase de “parásitos” estaba constituida por los “niños bien”, ese sujeto que en la infancia “se

¹⁶¹ “La corrupción del idioma”, en *El Diario*, 6 de julio de 1931, p. 3; “Definitivo”, en *El Diario*, 23 de julio de 1924, p. 3; “La corrupción del idioma”, en *El Diario*, 6 de julio de 1931, p. 3; “La corrupción del idioma”, en *El Diario*, 6 de julio de 1931, p. 3; “En marcha hacia el esperanto”, en *El Diario*, 14 de agosto de 1923, p. 3, “Idioma uruguayo”, en *El Diario*, 6 de julio de 1930, p. 3; “El léxico de ciertos speakers. Una protesta justificada”, en *El Diario*, 25 de febrero de 1935, p. 3; “La impunidad del micrófono”, en *El Diario*, 27 de diciembre de 1934, p. 3.

gasta todos los días una punta de reales en ‘cande suizo’, bizcochos y helados”, que después va a la Universidad para salir hecho “un gran jugador de carambola y una atleta múltiple [...] hasta que llega al deporte máximo: los copetines, el cabaret y la cocaína” y que cuando es adulto toma consciencia de que no ha hecho nada en la vida más que “gastar los vintenes del ‘viejo’” y busca la justificación de su existencia en algo que lo haga llamar la atención: “tira a una mujer de la ventana; rompe una obra de arte en el Parque de los Aliados o arma una de Dios es Cristo en un cabaret o en un hotel aristocrático”. No es que no se justificara el dinero o el poder, sino el hecho de haberlo conseguido sin trabajo, lo cual revela un imaginario meritocrático que puede refrendarse en algunas crónicas sobre los grandes hombres —locales o extranjeros— que se habían hecho a sí mismos: “todos los fundadores de una familia ilustre han sido hombres sin origen. [...] Se diría que para ser algo es necesario no descender de nadie. [...] Cuando se desciende de alguien no se es”. Pertenecer a la aristocracia era garantía de una vida vacía, hipócrita, sin emociones, sobre todo para las mujeres, como “Coca”, la protagonista de una ilustración, que no dejaba de fracasar en la búsqueda de un sentido para su vida: primero iba vestida como “chica tipo vampiresa”, después como “muchacha sencilla y romántica” y al final como “deportista”; cuando llegaba a una conclusión “ya se había divorciado cuatro veces, lloró... hasta quedarse dormida”. A esta aristocracia también la conformaban los arribistas, los especuladores o los que habían escalado en la sociedad gracias a un golpe favorable de la fortuna. El cronista italiano Attila U. Moriconi (admirador del fascismo y firma habitual de *El Diario*) calificaba a los multimillonarios como Henry Ford o David Rockefeller de “monarcas que reinan sobre millones de obreros y empleados” y cuya fortuna había sido hecha “casi siempre dañando a las clases pobres”; eran hombres infelices pues debían vivir sabiendo que su riqueza iba a ser heredada por “parientes odiados e hijos calavera”, a diferencia del campesino o el trabajador, que siempre tiene “la conciencia tranquila”. Como dijera Cornelio Vanderbilt: “no encuentro ningún placer, nada me hace reír, nada me da consuelo. ¿En qué consiste mi potencia?”.¹⁶²

¹⁶² *Mecus* [Américo Agorio], “El mal del ‘niño bien’”, en *El Diario*, 28 de febrero de 1935, p. 28; *Mecus* [Américo Agorio], “La tragedia del descendiente”, en *El Diario*, 27 de febrero de 1935, p. 3; “Las grandes emociones artísticas”, en *El Diario*, 10 de julio de 1924, p. 3; Sin título, en *El Diario*, 11 de julio de 1924, p. 4. (**imagen 63**); Attila U. Moriconi, “Melancolías millonarias ¿Serán felices los ricos?”, en *El Diario*, 28 de junio de 1926, p. 3.



63

A juzgar por el lenguaje empleado en otras páginas y secciones, el varón “clasesmediero” no fue el único lector imaginado. Las “germanías del arroyo”, los errores ortográficos y de sintaxis y la adopción de neologismos derivados de lenguas extranjeras fueron habituales en las secciones policial, deportiva y en los contenidos humorísticos, como si estas partes del diario, en vez de ver con sospechas a los sectores populares, aspirara a su consumo ofreciéndole los contenidos y el habla que supuestamente les interpelaba.¹⁶³ La publicación de la tira cómica “Peloduro” podría ser el corolario de una proceso de legitimación del lenguaje popular —acompañado, no obstante, de cierta distancia irónica— que *El Diario* cuestionó en la letra e impulsó en la práctica: cuando el personaje del Pulga —que trabajaba como canillita y podía presumirse habituado al consumo de la prensa— debía

¹⁶³ La misma tensión puede observarse en el proceso de modernización de otros diarios. En 1908, a la distancia que le imponía su viaje por Europa, José Batlle y Ordoñez cuestionó las estrategias de *El Día* para conectar con la sensibilidad de los sectores populares: “En un primer vistazo de los ejemplares recibidos encuentro cosas que no me resigno a dejar pasar en silencio. En la crónica policial hay terminachos [sic] como estos: ‘morocha macanuda’, ‘le dieron tres soplamocos’ [...] Continuo leyendo [...] y encuentro esta otra frase: ‘peludo macaco’. ¿Va a adoptar El Día el lenguaje de las más bajas esferas sociales?” (Carta de José Batlle y Ordoñez a Domingo Arena. 18 de febrero de 1908. Archivo Batlle, carpeta 174, citado por Martín Palacio Gamboa y Lorena Patiño, op. cit., p. 266).

expresarse por escrito, revelaba una alfabetización precaria que *El Diario* presentaba con una mezcla de burla y condescendencia:

cerida porota de mi consideración do punto me fui con el tean de peloduro pa fraivento a cumplir con mi dever que no savés el cual es. Al cajón de al lao del catre al sur de la bela ay cuatro vintene pegao con aspirina garralo i sacá los diario que el chueco save cuanto son i vendé pa parar la oya esto día que falta la cabeza e la familia.

El lenguaje “arrabalero” estuvo presente en sus páginas desde el inicio. Si dos hombres peleaban por cualquier asunto, el diálogo se reproducía (o recreaba, puesto que el cronista policial no lo había presenciado) en términos como los siguientes:

- ¿Venís por el resto de la hornada?
- Te vengo a pinchar cobarde.
- Más vale que te mandés mudar porque te voy a hartar de bollos.
- ¡Animate, si podés!

Un duelo a cuchillo entre hombres por una mujer permitía formular el habla arrabalera con mayor detalle:

- ¿Qué querés?
- Vengo a ganarte la mujer como los machos, no quiero trabajártela bajo el poncho... yo soy hombre...
- ¿Y pa qué venís templando si naidés te convidó a cantar?
- Es porque acaso cantando me vas a entender mejor.
- Pa pararte en la cornisa sos como palo e bandera!
- Es bueno que no levante el tono porque como macho sos igual que papel mojado...
- Sonaron dos ‘bifes’ simultáneos...

El que salía peor parado de una pelea había quedado “cascado y en llanta”, el que se refugiaba de una persecución policial estaba escondido “como peludo en la cueva [...] ni a gancho quiso salir” y el que se ponía violento con alguien que se había burlado de él “se le fue al humo a este último”. El pronóstico de las carreras de caballos solía aparecer bajo un formato similar:

—¡Ese Nervo! Nunca he cuidado un bicho más canalla. Vean, para nosotros es como un papel secante, porque como corre tanto, la barra se le puebla de firme y por lo general solemos quedarnos mirando la luna.

—¿Pero mañana?

—Mañana es igual que todos los días. Si él quiere ganar, gana por cuánto se le antoje; pero como el loco no habla ¡vaya uno a saber las intenciones que lleva!

Si el diálogo era entre el cronista y un boxeador, la pregunta sobre el estado físico del deportista era un “¿cómo te va de mondongo?”, la violencia era “la biaba” o “las trompadas” y anticiparse a alguien era “madrugarlo”. Y en las crónicas sobre los resultados —ya fuesen de turf, fútbol o boxeo— el lenguaje coloquial dominaba: la cama era el “catre”, el caballo era “el burro”, dormir era “torrar”, el bigote era el “tegobi”, el cigarro era el “pucho” y los botines eran los “tamangos”. Igual con los extranjerismos: el día era “la yionnata”, comer era “manyar”, la mujer era “la dona”, ahora era “esta volta”, la pierna era “la gamba”, el trabajo era “el laburo” y la calle era “la rúa”.¹⁶⁴

La primera persona del plural que aunaba redactores y lectores no solo establecía género y clase social. También un color de piel y un origen étnico: “España, Francia e Italia han estado dándonos hasta ahora los elementos principales de nuestra civilización. Y así debe ser porque ¿no nos han dado también la sangre y la lengua? ¿no somos nosotros una mezcla de esas naciones?”. Los éxitos conseguidos por la selección uruguaya de fútbol eran una plataforma desde la cual definir un origen estructurado en torno a la condición latina. El cuerpo vigoroso, elegante y bienhumorado “de once en uno” que encarnaban los jugadores se explicaba porque eran “descendientes todos de razas latinas”, condición que producía hombres valerosos y románticos, inspirados por “por un bello y alto ideal” antes que por el “espíritu mecanizado y frío” de los sajones. Cuando el aviador uruguayo Tyideo Larre Borges desapareció en África durante una prueba de vuelo, *El Diario* lamentó la imprudencia de que

¹⁶⁴ Julio E. Suárez. “Peloduro. Vida y milagros de un profesional”, 16 de diciembre de 1935, p. 14. La historieta comenzó a publicarse en *El País* en 1933. En 1935 pasó a las páginas de *El Diario*. Ver Alma Espert, *Callejeros. Del grito del canilla al silencio del quiosco*, Montevideo, s.e., s.f. [año 2000 aprox.]; Rosario Peyrou, “Cien años de Peloduro. Poeta del humor nacional”, en *El País Cultural*, 27 de noviembre de 2009 https://historico.elpais.com.uy/suple/cultural/09/11/27/cultural_456085.asp “Otro pinchazo y uno que queda en llanta”, en *El Diario*, 14 de julio de 1924, p. 10; “Un desquite del tiempo de jopo”, en *El Diario*, 2 de enero de 1930; “Los pesados”, en *El Diario*, 8 de julio de 1924, p. 10. “Nuestro candidato es el cubano. Habla don Pancho”, en *El Diario*, 5 de julio de 1924, p. 12; “Reportajes telefónicos”, en *El Diario*, 2 de febrero de 1926, p. 10; Calepino, “¿Quién dijo miedo?”, en *El Diario*, 26 de enero de 1935, p. 9; “¿Qué hubo de haber habido?”, *El Diario*, 7 de junio de 1926, p. 6.

la hubiera encarado en condiciones climáticas adversas pero entendió que lo hiciera puesto que al mismo tiempo

cruzaba [el aviador italiano Francisco] De Pinedo el Atlántico, en parábola triunfal, y rubricaba una página de gloria para su patria sobre el cielo azul de Montevideo... Larre Borges, alma latina por el entusiasmo, alma espartana por el estoicismo —él dijo: me llevo a mi hermano para que, en caso de desgracia, sea una sola madre la que llore— no podía esperar. Quiso dominar a todos los elementos adversos a fuerza de coraje, de pericia y de bravura.

Contra la ignorancia y los prejuicios de muchos europeos que “tratan de pintarnos siempre de riguroso taparrabo, enervados por la música de un tango”, Uruguay era un “pueblo de raza latina, ambiente de civilización europea [...] parecido a la francesa”, puesto que aquí “el hogar existe, la familia es una institución, la mujer vive moralmente [y] las familias de sociedad son de educación católica de origen español”. Y pese a que “las documentaciones de Figari” sugirieran otra cosa, también se equivocaba una actriz francesa que, en carta a una amiga que visitaba Buenos Aires —a los efectos del texto era lo mismo decir Montevideo— se compadecía de que estuviera sufriendo “aquí, entre tanto negro”.¹⁶⁵

La insistencia en este tipo de definiciones (¿era necesario explicarle a un montevideano cuál era su identidad étnica o convencerlo de que la tenía?) expresa, por su puesto, un nosotros más aspiracional que verificado: “fuimos niños una vez [...] a pesar de los años y de las canas. [...] Parece mentira, es cierto, pero un día formamos esa legión de cabecitas rubias”, decía Américo Agorio en 1934; diez años antes, cuando se esperaba la llegada de los reyes magos, el arquetipo del niño montevideano era ese de mejillas “rubicundas”, cuyo rostro estaba aureolado por “una lluvia de rizos rubios como el sol”.¹⁶⁶

En el mismo sentido que afirmaba la latinidad, ese *nosotros* excluía —por vía de burla, ironía, exotización o desprecio— otras posibles fuentes de identidad: para “la humanidad” no

¹⁶⁵ “Intercambio intelectual”, en *El Diario*, 23 de agosto de 1923, p. 3; Austral, “La victoria de los uruguayos”, en *El Diario*, 1 de julio de 1924, p. 7; Gastón Benac, “Gastón Bènac conversa con nuestro enviado. Puede ser que ahora se conozca mejor al Uruguay deportivo”, en *El Diario*, 2 de julio de 1924; Eugenio Garzón, “Sobre el triunfo olímpico uruguayo”, en *El Diario*, 3 de julio de 1924, p. 3; “Inquietud”, en *El Diario*, 4 de marzo de 1927, p. 10; “Una opinión independiente”, en *El Diario*, 5 de octubre de 1928, p. 3. Las referencias a la “condición latina” de la identidad uruguaya —y su oposición para con el “materialismo sajón” encarnado por la influencia estadounidense— revelan una suerte traducción popular del pensamiento de José Enrique Rodó. Una síntesis actualizada sobre el arielismo y su apropiación por las derechas uruguayas puede verse en: Gabriel Delacoste, *El misterio de Alberto Methol Ferré. Un estudio sobre el verticalismo latinoamericano*, Montevideo, Estuario Editora, 2025, pp. 66-70.

¹⁶⁶ Mecus [Américo Agorio], en *El Diario*, 12 de julio de 1934, p. 3; “Los reyes magos”, en *El Diario*, 5 de enero de 1924, p. 3.

era posible distinguir “una de otra, las caras de dos negros”; el suicidio, en Estados Unidos, de una mujer acusada ante su marido de tener “en sus venas sangre de negros” era una resolución lógica; también el intento —en el entendido de que había hecho “cosa de negros”— de linchar a un automovilista que había atropellado a una niña; el decreto gubernamental que en 1931 obligó a los jefes de policía a tomar en sus dependencias a “ciudadanos blancos o de color, indistintamente”, estaba fundado en la idea de que “el negro uruguayo tenía un alma perfectamente cívica e incuestionablemente heroica” y era tan “conmovedor y patético” que parecía “extraído de la novela que hizo llorar a nuestras abuelas, ‘La Cabaña del Tío Tom’”; el “gigante negro” detenido en Brasil en 1934 era descrito y exhibido fotográficamente como un animal exótico, al igual que el “simpático negro Jacarandá”, un popular vendedor de yuyos montevideano, de los pocos “que quedan sin mestizar [...] parecido a esos negros que ha pintado magistralmente Figari”. Tras los Juegos Olímpicos de 1924, la emergencia del futbolista negro José Leandro Andrade como figura popular provocó un cortocircuito en esta definición identitaria. Hablando en términos no legales —que eso no estaba puesto en duda— sino étnico-culturales, ¿era o no era uruguayo? El dilema se salvó mediante una suerte de integración subordinada y momentánea: *Mecha*, una hipotética dama de la alta sociedad, exultante tras el triunfo de la selección uruguaya, había dejado de lavarse la cara para quedar negra y “estar con el color de moda”, mientras en el extremo opuesto de la escala racial, dos mujeres negras que habían ido a recibir a los campeones al puerto de Montevideo se resentían del desprecio demostrado por Andrade para con ellas:

—¡Qué engreído! ¡Ni siquiera nos ha mirado!

—Y para esto prepararnos tanto!

—Dejalo nomás. Cuando se le vayan los humos ya volverá y entonces veremos quien es campeón!!

Si *El Diario* podía permitirse ignorar a Andrade cuando señalaba que todos los jugadores uruguayos eran “descendientes de razas latinas” o integrarlo de manera subordinada al señalar su particularidad con respecto al resto (la suya era una raza diferente, “modesta pero heroica”), lo que no admitía era que la definición de ese *nosotros* fuese realizada por alguien extranjero. Si los europeos negaban la nacionalidad de Andrade solo evidenciaban “lo bien que nos ignoran por aquellas tierras”; si los argentinos se esforzaban por integrarlo se metían en un asunto que no era su incumbencia, como le sucedió a *El Diario* de Buenos Aires en 1927 cuando defendió al jugador de un acto de discriminación sufrido en Estados Unidos

diciendo que no era “negro de una negrura que deba tomarse en consideración al clasificar el color [...] Se le llama negro por exceso de cariño. Pero es morocho, un morocho tirando a carbón leña; pero nada más”; *El Diario* montevideano —quizá percibiendo cierto sarcasmo en el comentario— aclaró que el incidente “no es para tanto”.¹⁶⁷



64

Ese *nosotros* tenía sí algo de sangre indígena. Allí había que buscar su falta de control sobre las bajas pasiones: “no somos otra cosa que europeos excepto en el coraje. Nos pierde la valentía, la concepción selvática del honor que nos legara el gaucho”, decía Américo Agorio en 1927. Los changadores del puerto que atropellaban a los viajeros para hacerse con el derecho a llevar sus maletas justificaban la leyenda “acerca de la existencia de charrúas en estas playas” y los “guarangos” que piropeaban a las mujeres en la calle Sarandí expresaban al “gaucho rudo que llevamos dentro y al [...] ulular del charrúa que nos ha ganado el alma”. La violencia sin sentido que crecía día tras día en Montevideo (“por un ‘quitame allá esas pajas’ en esta tierra se destripa a un hombre”) se debía a la calentura de esa “mezcla de sangre

¹⁶⁷ “Bertillón y los animales”, en *El Diario*, 23 de julio de 1923, p. 3; “Malaventura de una joven señora. Se la sospecha hija de mulatos. Trágica resolución”, en *El Diario*, 28 de julio de 1923, p. 3; Nick, “Crónicas de Nick. El caso de Charles Buckley”, en *El Diario*, 21 de agosto de 1923, p. 3; “Se nos vino Cincinato”, en *El Diario*, 13 de marzo de 1931, p. 3; “Problemas de otro siglo”, en *Rumbos. Periódico independiente de la raza de color*, junio de 1944, portada [en línea: Biblioteca Nacional del Uruguay. Acceso: 9 de setiembre de 2024]; Galf [Horacio Abadie Santos], “Film presidencial”, en *El Diario*, 25 de marzo de 1931, p. 3; “Un gigante negro, audaz delincuente, fue detenido en San Pablo”, en *El Diario*, 2 de agosto de 1934, p. 4; “Ha muerto Jacarandá”, en *El Diario*, 31 de julio de 1930, p. 3; “La impresión que ha producido en esta los campeones que regresan llenos de gloria”, en *El Diario*, 2 de agosto de 1924, portada (**imagen 64**); “A los congéneres de Andrade”, en *El Diario*, 29 de julio de 1924, p. 8; “Los compatriotas de Andrade”, en *El Diario*, 2 de julio de 1924, p. 9; “Tiempo y lugar”, en *El Diario*, 23 de julio de 1924, p. 3; “Un lapsus de los yanquis” en *El Diario*, 17 de marzo de 1927, p. 3.

charrúa y española que hemos heredado”: “Indios” eran los dos ebrios que en 1924 golpearon a una prostituta e “india” la “cabezota” (“su risa de inconsciente, su risa de imbécil”) del hombre que asesinó a un amigo durante una riña por nimiedades; “cacique” el líder de una “patota” que hirió de gravedad a un hombre en un bar luego de una disputa menor e “indiada” la “pandilla” que sin motivo provocó destrozos en el castillo del Parque Rodó y la que violó a una mujer en Carrasco.¹⁶⁸

La otra faceta de ese *nosotros* que podía atribuirse a la sangre indígena era la tristeza. El “indio americano” que había sobrevivido a la conquista y el “alma aborigen” de los que habían sido exterminados —la referencia era a los charrúas— padecía esa condición como consecuencia de su derrota frente al europeo. Decía Américo Agorio en 1927, en referencia al desfile inaugural de Carnaval:

Esto de los festejos aburridos, nos viene
como una infausta herencia, de los fieros charrúas.
Nuestra “triste tristeza” sus orígenes tiene
en el alma aborigen, que en el viento ululúa.

Y no extraña —en función del efecto pernicioso que se le atribuía— la prédica en pos del exterminio de esa parte del *nosotros*:

no fue cruel el blanco. Fué humano. El trajo su verdad y la impuso. No pudo detenerse a contemplar la verdad del indio. [...] Nunca puede echarsele en cara a nadie, el pecado de ser el más fuerte. Ser fuerte significa ser cruel, porque la fuerza lo es en sí.

O, lo que es lo mismo pero en términos simbólicos, su negación: “los pueblos que no poseen antecedentes heroicos los inventan [y los uruguayos] nos hemos apropiado de la fiereza

¹⁶⁸ Mecus [Américo Agorio], “Al márgen de la actualidad. Vicio viejo”, en *El Diario*, 28 de octubre de 1927, p. 3; “Esta tarde arribó ‘El Zeelandia’. Viajeros que conduce”, en *El Diario*, 24 de agosto de 1923, p. 12; “Comprimidos urbanos. Sarandí arriba, Sarandí abajo”, en *El Diario*, 9 de agosto de 1925, p. 3; “Una pelea trágica. Hombre que mata a otro de una espantosa puñalada en el vientre”, en *El Diario*, 9 de agosto de 1925, 10; “Ebrios, escandalosos, etc.”, en *El Diario*, 9 de julio de 1924, p. 8; “Manuel Udaquiola. Lo que nos ha dicho el matador del viejito Coronel”, en *El Diario*, 3 de mayo de 1928, p. 9; “Escena sangrienta por cuestiones fútiles. Melciades Castro (a) ‘Muleta’ hirió de gravedad a Constante Giró”, en *El Diario*, 7 de mayo de 1928, p. 10; “El absurdo del fantasma. Y una hazaña de la ‘indiada’”, en *El Diario*, 9 de mayo de 1928, p. 12; “La ‘indiada’ nuevamente en acción. Ha cometido un brutal atentado que no puede quedar sin castigo”, en *El Diario*, 3 de enero de 1929, p. 10.

charrúa [...] a pesar no llevar en las venas una gota de esa sangre inferiorizante [y de que] nuestro abuelo [sea] genovés o vasco, o gallego”:

un amigo nuestro que asistió al campeonato de Colombes, nos contaba que en el partido final, la emoción más grande que experimentó, una de esas emociones que hacen llenar de lágrimas los ojos, fué cuando un grupo de centroamericanos, para alentar a nuestros muchachos, surgió el grito de ‘Adelante charrúas’. Lloró. Y los charrúas se llamaban Petrone, Scarone, Nazzazi, Mazzali, Ghierra, Romano, etc., hasta llegar a Andrade...¹⁶⁹

Algunas fotografías, ilustraciones y crónicas bien podrían resumir el perfil del lector imaginado, ese hombre blanco, varonil, latino y urbano que, reunido entre pares, conformaba “las muchedumbres” y que tanto podía formar parte de las civilizadas clases medias como habitar esa frontera amplia y difusa que las conectaba con los sectores populares. No es extraño que este fuera el perfil si tenemos en cuenta que del extremo “civilizado” de este arco provenían quienes hacían *El Diario*, por lo menos si tomamos como representativo de esa composición —a falta de un estudio sociológico— el retrato fotográfico grupal de sus directores, redactores, empleados administrativos y obreros de taller publicado el 10 de julio de 1934 en ocasión de la cena de camaradería celebrada con motivo de su décimo aniversario, donde se distinguen cincuenta hombres (ninguna mujer) vestidos según la moda masculina de los sectores medios. Lo mismo aplica para el perfil de los actores sociales que participaban en la producción, difusión y consumo de una noticia: imaginados en una ilustración relativa a un partido de fútbol, todos (relator, mozo de bar, taxista, empleado del correo y, finalmente, lector) eran hombres y su vestimenta los ubica en el mismo sector social. En el otro extremo del arco podemos encontrar a esos “guarangos” (también, hombres) que no eran pobres pero estaban cerca, que dominaban el espacio público en base a su comportamiento desafiante y algo violento y que asistían fascinados a cualquier espectáculo (fútbol, crimen, celebridades, carreras de caballos) que la prensa les prometía; una buena síntesis gráfica de ellos se revela en el ejemplar del 7 de julio de 1934, cuando el dibujante Severino representó a los hinchas de fútbol camino al Estadio Centenario: de las treinta y cuatro personas solo dos son mujeres y solo una tiene un papel destacado (ser el objeto de un piropo grosero); los únicos dos negros están tocando el tambor y hablando con un acento estereotipado —que remitía a la fonética de

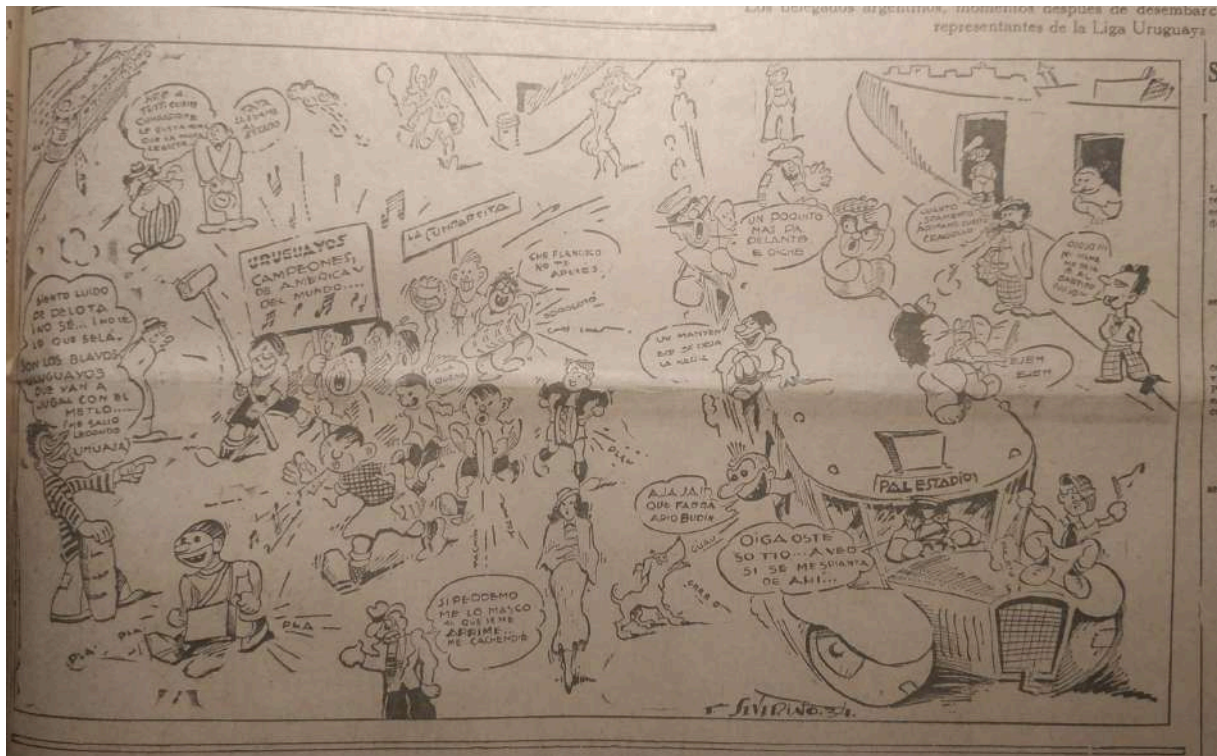
¹⁶⁹ Ombú Curá [Américo Agorio], “Alegría muda. Frente al mustio y alicaído desfile de anoche”, en *El Diario*, 14 de febrero de 1926, p. 3; Mecus [Américo Agorio], “La rebelión de los muertos”, en *El Diario*, 17 de setiembre de 1934, p. 3; “La ‘sangre charrúa’”, en *El Diario*, 13 de diciembre de 1934, p. 3.

los africanos esclavizados en el Río de la Plata durante los siglos XVIII y XIX—, los idiomas que dominan el griterio son el italiano y el español —con acento gallego— y los sujetos visten pantalones cortos o ropas ajadas y/o emparchadas, salvo por una suerte de joven dandy o aristócrata que aparece burlescamente representado como un “nene de mama”.¹⁷⁰



65

¹⁷⁰ “Festejando el 11 aniversario de El Diario”, *El Diario*, 10 de julio de 1934, portada, “Todo el mundo contento!”, en *El Diario*, 31 de diciembre de 1935, p. 11 (imagen 65); Severino, *Sin título*, en *El Diario*, 17 de julio de 1934, p. 11 (imagen 66). En línea con lo que David Parker ha afirmado para el caso peruano, podría pensarse a la prensa como un agente de separación entre esos dos sectores, por ejemplo a través de la acentuación/invencción de sus diferencias étnico-raciales (David S. Parker, “Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional”, en Felipe Portocarrero S. y Aldo Panfichi H, *Mundos interiores: Lima 1850-1950*, Lima, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, 2004, pp. 161-187; David S. Parker, *The idea of the middle class. White-collar workers and peruvian society, 1900-1950*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 1998). Sobre la composición de los sectores medios y la extensión de grupo social en Uruguay durante las primeras décadas del siglo XX, ver: Germán Rama, *El ascenso de las clases medias*. Enciclopedia Uruguay N° 36, Montevideo, Editorial Arca, 1969. Con respecto a la fonética afrorioplatense, ver: Magdalena Coll, *El habla de los esclavos africanos y sus descendientes en Montevideo en los siglos XVIII y XIX. Representación y realidad*, Montevideo, Academia Nacional de Letras, 2010, pp. 105-120.



66

No se puede afirmar, por supuesto, que solo de hombres blancos, varoniles y mundanos que pertenecían a los sectores medios o a la frontera con los sectores populares estaba integrado el público que consumía de *El Diario*; en rigor, es imposible clasificarlo. Pero sí que en ese cruce identitario estaba su lector ideal, aquél que imaginaban los redactores, ilustradores y fotógrafos cuando escribían, dibujaban o fotografiaban —aquél a quien le hablaban— y sí que eso construía un imaginario —uno entre tantos, quizá, pero nada despreciable si recordamos la importancia del diario como objeto cultural y de *El Diario* en términos de tiraje y circulación— sobre lo que significaba ser *montevideano*.

2.8 Un lector plebeyo

Si asumimos la premisa de que *El Diario* era, además de una herramienta de subjetivación política, un objeto comercial cuya existencia en último término dependía del favor del público, la construcción de ese *nosotros* que supuso un tipo ideal de lector no debe ser tomada a la ligera: es preciso asumir que sus hacedores —más si consideramos el éxito del proyecto— algo debían saber sobre ellos, quizá no lo suficiente como para definirlos de manera exacta (quizá, tampoco, todo lo que sabían pueda inferirse de la lectura a contrapelo de sus páginas) pero sí lo necesario para satisfacer sus expectativas cotidianas y conquistar la

compra del día siguiente.¹⁷¹ El análisis de las múltiples referencias al consumo de impresos que aparecieron en sus páginas no permite precisar quién y cómo lo consumía, pero sí autoriza a suponer que un tipo de público como el imaginado (podríamos decir *plebeyo*, retomando la categoría de Emiliano Gastón Sánchez y Tomás Cornejo) abundaba en Montevideo. Las cifras sobre cantidad de usuarios de la Biblioteca Nacional que en 1923 elaboró su director, Arturo Scarone —en base a las fichas de solicitud de préstamo de libros— revelan una tendencia al alza del público lector (señalada como un hecho por el anónimo cronista que las consignó) y una extensión de la práctica entre sectores sociales que no pertenecían a las elites: de los 7.266 usuarios registrados en 1913 se había pasado a 15.989 en 1915, a 26.376 en 1917 y a 28.092 en 1922; a mediados de 1923 eran el triple de los registrados durante el mismo período del año anterior, lo que hacía prever unos 50.000 para final de año. “Vienen aquí”, decía Scarone, “toda clase de personas. Ilustradas o no”: estudiantes que pedían los libros obligatorios de sus cursos, “concurrentes” —o sea, personas sin un rasgo identificatorio— que leían novelas y otras producciones literarias, “empleados y obreros” que pedían obras de ciencias sociales para “ilustrarse sobre los problemas sociales, presumiblemente para intervenir en las actividades propagandísticas de ese orden” pero también para pasar el rato, como hizo el “guardia civil [que] le manifestó al auxiliar que deseaba leer algo entretenido”, rechazó todo lo que le ofrecieron, luego eligió el poemario de John Milton *El Paraíso perdido* y, al rato, “perfectamente aburrido, dejaba la obra del vate inglés y pedía otra cosa ‘más linda’”. Que ese público no estaba mayormente constituido por las elites también parece revelarlo —en palabras ahora del cronista— “que sea tan reducido el número de obras en lenguas extranjeras que se consultan”: de las 31.242 solicitadas en 1922, el 92,6% por ciento estaban escritas en castellano. La sorpresa del cronista bien podría

¹⁷¹ La distinción entre los lectores de *El Diario* y los lectores imaginados por *El Diario* es equiparable a la que Carlo Guinzburg —en su crítica a los trabajos de Robert Mandrou sobre la cultura popular en Francia entre los siglos XVII y XVIII— trazó entre los conceptos de “cultura popular” y “cultura popularizante”: una cosa son aquellas actitudes, creencias y patrones de comportamiento propios de las clases subalternas en un determinado período y otra las actitudes, creencias y patrones de comportamiento que otros sectores sociales les pretendieron imponer. Si bien identificar ambas cosas, como dice Guinzburg, “es absurdo”, sí puede postularse entre ellas un cierto grado de continuidad o efecto desde el momento en que es posible identificar una apropiación popular de lo popularizante, aunque esa apropiación sea difícil de precisar en términos específicos (¿qué interpretaron? ¿qué compartieron? ¿qué rechazaron?). A modo de ejemplo: el maestro Julio Castro señaló en 1939 —en su estudio sobre el analfabetismo en Uruguay— que las lecturas preferidas por “las capas sociales más modestas [son] la crónica deportiva, la revista, la novelita policial [...] de aventuras de poco costo”, lo cual es casi una definición de los contenidos que *El Diario* privilegió desde sus inicios. Si bien esto no esto no nos permite saber qué efectos concretos tuvo esa lectura, es dable suponer que los tuvo desde el momento en que quienes la consumieron una vez estuvieron dispuestos —y de hecho lo hicieron— a transformar ese consumo en una práctica cotidiana. Ver: Carlo Guinzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Buenos Aires, Ariel, 2016 [1976], pp. 16-17; Julio Castro, *El analfabetismo*, Montevideo, s.e., 1940, p. 33.

derivar de un imaginario según el cual era corriente la lectura de libros en lenguas extranjeras, quizá porque asociaba la práctica a los hábitos de las elites.¹⁷²

El mismo tipo de lector parece adivinarse tras el auge de las “ediciones literarias, artísticas y científicas publicadas clandestinamente y sin autorización ni conocimiento de sus autores” que en 1923 había en Montevideo y Buenos Aires. Un editor bonaerense afectado por el fenómeno hablaba de una “piratería editorialezca” que redundaba en ediciones de baja calidad (“destestables”, “mamarachos”, “pésimamente traducidas” cuando el original no era en castellano), vendidas “por cualquier raspa [...] a lo que le cuesta el papel y poco más”. Al mismo fenómeno se refirió *El Diario* en un suelto de 1931 cuando señaló el auge de libros

plagados [...] de giros viciosos, de trasposiciones violentas, y de errores de sintaxis debido a que su trasvasamiento de un idioma a otro no ha sido cuidadoso, ni el traductor por ignorancia o impericia se ha preocupado de salvar las dificultades inherentes a toda traducción sobre todo cuando lo es a un idioma de sintaxis radicalmente diferente.

Lo que había de nuevo, sin embargo, no era tanto la piratería como el aumento de su demanda, a juicio de un “vendedor de ediciones clandestinas” que admitía —y justificaba— lo fraudulento de su negocio:

ahora salimos con esas. Toda la vida se han hecho ediciones de libros sin comprarle los derechos al autor. *Si antes no se hicieran tantas como ahora es porque no había tanta afición a la lectura por las clases modestas.* Los linotipos facilitan mucho el trabajo. Hay que darle trabajo a los obreros. ¿Qué más quieren los autores que los hagamos leer por todo el mundo?

¹⁷² “Una visita a la Biblioteca Nacional”, en *El Diario*, 26 de julio de 1923, pp. 6-7. Con respecto a los números que manejó Scarone, cabe aclarar que no en todos los casos los absolutos coinciden con la suma de los agregados, lo cual obliga a tomarlos con precaución. De todos modos, la tendencia es reflejada por otros documentos y coincide con la ampliación del horario y los días de atención de la biblioteca procesados durante esos años (ver: María Inés de Torres, “¿Qué es y para qué sirve una Biblioteca Nacional? Disquisiciones históricas sobre una idea en busca de institucionalidad cultural en el Uruguay (1816-1955)”, en *Revista de la Biblioteca Nacional: La Biblioteca. 11-12*, 353-373, 2016. ISSN 0797-9061, pp. 368-370). El idioma en que fueron publicados los libros que Matilde Pacheco y su hija Ana Amalia Batalle coleccionaron en su biblioteca es indicador de lo corriente que era la lectura de las elites en lenguas extranjeras, particularmente en francés: de los setecientos títulos la que componen, casi un 40 % corresponde a ese idioma (Ana Cuesta, Laura Irigoyen, Lucía Mariño y Clara von Sanden, “Las páginas leídas. La ‘Biblioteca de las dos’ en Piedras Blancas”, en Museo Histórico Nacional, *De ellas dos. La biblioteca de Matilde Pacheco y Ana Amalia Batlle*, Ministerio de Educación y Cultura, 2023, p. 140-141; Carolina Luongo, Lucía Mariño y Clara von Sanden, “Ana Amalia y los libros”, en Andrés Azpiroz, Gerardo Caetano (coords.), *Una vida breve en el 900*, Montevideo, Planeta, 2024, pp. 59-85).

Lo mismo podría indicar el precio, los géneros y el formato de una colección de “obras maestras del mundo” promocionada por la editorial Grandes Librerías Anaconda en 1935: a solo 12 centésimos —apenas el triple de lo que costaba un diario— ofrecía un material de lectura seriado —todos los libros tenían el mismo formato e incluían “retrato del autor y biografía del mismo”— y clasificado en géneros del estilo “novela romántica”, “novela de aventuras”, “novela misteriosa y fantástica”, “novela folletinesca”, “novela humorística, satírica y picaresca”, cuyas virtudes eran, además de su carácter “seleccionado” —que podría indicar cierto talante distintivo asociado a la lectura—, su “abundancia” y “amenidad”, indicadores de que la cantidad —¿de páginas, de obras a las que podía accederse?— revestía importancia en sí misma y de que la expectativa de los lectores era el disfrute. También la actitud del hipotético niño lector que apareció en una publicidad de *El Palacio del Libro* —el rostro casi hundido entre las páginas, “devorándose el cuento”— o la promoción —mucho más orientada a revelar la popularidad que la calidad— que *El Diario* hizo del libro *Bajo la mirada de Lenin*, una crónica ilustrada sobre la vida en la Unión Soviética:

¡ACABA DE LLEGAR! El famoso libro de ADOLFO AGORIO. El más grande éxito de librerías que se conoce en el Río de la Plata. CUARENTA MIL EJEMPLARES vendidos en Buenos Aires [...] solamente en una semana. Su traducción casi simultánea a cuatro idiomas diferentes le asegura DIEZ MILLONES DE LECTORES en todo el mundo.

Su autor —el escritor y colaborador de los diarios de Seusa, Adolfo Agorio— había sido destacado por el *New York Times* con un elogio que, quizá contemplando la ajenidad del idioma para el común de sus lectores, *El Diario* consideró necesario traducir: “THE MOST STRONG WRITER OF SOUTH AMERICA (el más fuerte escritor de sudamérica)”. Tampoco cuesta demasiado imaginar a ese lector como el público objetivo de la proliferación de textos e imágenes que provocó el triunfo de la selección uruguaya de fútbol en los juegos olímpicos de 1924:

infinidad de trabajos literarios [...] se pondrán a la venta el día en que lleguen a Montevideo los campeones. —Revistas y grabados ya lucen en los escaparates del comercio. —Indudablemente esta cruzada olímpica de los jugadores uruguayos ha dado margen para que algunas industrias exploten a conciencia este hecho.

La cultura (“las esferas superiores de la inteligencia humana, los dominios del arte”) se estaba poniendo “al alcance de todos” y el resultado —para esas páginas de *El Diario* que despreciaban a los sectores populares— era pernicioso tanto en términos estéticos como políticos: el auge de novelistas de baja calidad como Hugo Wast y Jorge Onhet, o de poetas y declamadores cursis como Amado Nervo, Juan De Dios Peza y Berta Singerman demostraba el declive de “la conciencia y el espíritu artístico” en el mundo moderno; las novelas románticas que consumían las mujeres inducían percepciones desacopladas de la realidad o por lo menos así lo consideró la (o el) columnista de la sección femenina que respondió la consulta de una lectora autodefinida como “cariñosa y fea”:

¿Ha encontrado en su camino hombres que puedan encarnar los héroes de [M.] Delly? Supongo que no habrá tropezado con ninguno, pues, lo mismo pasa con sus heroínas: no existen. [...] Deseche esas ideas, no se preocupe por lo que no tiene remedio y no lea novelas que exaltan tanto su imaginación.

Las “vulgatas más o menos científicas” que proliferaban con el “laudable propósito de extender los conocimientos rudimentarios de las multitudes” estaban provocando que “cualquier patán” —quizá los obreros y empleados que encomiaba Scarone— se creyera autorizado a opinar sobre temas científicos e ideológicos de los que no tenía idea. La expansión de la lectura “en un pueblo como el nuestro, donde no existen hábitos de trabajo” solo provocaba —a juicio del ex inspector escolar José Tomás Portela— “más charlatanes, más desconformes y por consiguiente, más reformadores de pico”, con lo cual coincidía el cronista español Julio Camba, para quien los “marineros y labradores que [no saben] leer ni escribir, enjuician todos los asuntos de un modo personal y directo, sin lugares comunes ni ideas de segunda mano”, mientras que la universalización de la lectura era la “destrucción del pensamiento individual” a cambio de un “pensamiento de fábrica”, como pasaba en Estados Unidos. Las consideraciones apocalípticas sobre los efectos perniciosos de la lectura entre los sectores populares no hacen más que revelar la expansión de la práctica: el peluquero que en 1923 mató a su padre en Buenos Aires

era afecto a la lectura de libros y novelas en general, siendo sus autores predelictos [José María] Varga Vila, Alejandro Dumas, padre e hijo, Carolina Invernizzio y otros. [...] Se encerraba de continuo a leer libros y [...] su carácter íbase cambiando notablemente, pues de alegre y jovial que fuera antes, tornábase silencioso y

atrabiliario. [...] Uno de los factores que han determinado el hecho que nos ocupa, ha sido la lectura realmente morbosa a que se dedicaba el victimario y que en su mentalidad lesionada desde su nacimiento, hubo de producir una catástrofe irreparable.

Lo que no advertían los sueltistas¹⁷³ que deslizaban este tipo de comentarios era que en el diario para el que trabajaban —en otro ejemplo de la polifonía de voces que lo habitaban— había secciones como “Novelas breves” o “Nuestros folletines” donde se publicaban novelas o cuentos como las despreciadas; también crónicas de dudosos contenidos sobre descubrimientos científicos sorprendentes.¹⁷⁴

¹⁷³ La categoría define a los redactores de textos breves usualmente agrupados en la página tres, dedicados a glosar curiosidades o asuntos de actualidad en cualquier orden (política, deporte, espectáculo, criminalidad) que solían ampliarse en las páginas siguientes.

¹⁷⁴ “Sobre propiedad literaria. En Buenos Aires se habla de ‘vandalismo librero’”, en *El Diario*, 6 de agosto de 1923, p. 2 (el subrayado me pertenece); “La corrupción del idioma”, en *El Diario*, 6 de julio de 1931, p. 3; “Una gran oportunidad que no se volverá a repetir”, en *El Diario*, 16 de enero de 1935, p. 5, “¡Acaba de llegar!”, en *El Diario*, 18 de mayo de 1925, portada [las mayúsculas son del original]; “Había una vez...”, en *El Diario*, 4 de enero de 1929, p. 10; (**imagen 67**) “Homenajes a tributar a los campeones olímpicos. Trabajos literarios”, en *El Diario*, 26 de julio de 1924, p. 10; “Panorama urbano. Lo barato”, en *El Diario*, 6 de agosto de 1923, p. 3; “La mujer, el hogar y la moda. Cariñosa y fea”, en *El Diario*, 2 de febrero de 1932, p. 6; “El problema del analfabetismo”, en *El Diario*, 22 de noviembre de 1927, p. 3; Julio Cambia, “En defensa del analfabetismo”, en *El Diario*, 27 de julio de 1931, p. 3; “Un parricidio monstruoso. Personalidad morbosa acentuada por una lectura híbrida y fatal”, en *El Diario*, 19 de agosto de 1923, p. 12; “Por la enmienda”, en *El Diario*, 21 de enero de 1925, p. 3; “El hombre que vivió treinta años entre los muertos. De como el Dr. Wickland pudo hablar con los espíritus”, en *El Diario*, 8 de agosto de 1925, p. 4. El 9 de julio de 1923 *El Diario* explicó que el propósito de la sección “Nuestros folletines” era “ofrecer a los lectores producciones breves de los mejores autores contemporáneos” y a modo de ejemplo presentó la obra que empezaría a publicar a partir del día siguiente: *Tenia mucha prisa*, del asturiano Emiliano Ramírez Ángel, un colaborador habitual de varias revistas literarias españolas que se popularizaron a inicios del siglo XX —entre ellas: *Vida Galante*, *El Cuento Semanal*, *Los Contemporáneos*, *La Novela Ilustrada* y *La Novela Corta*— en base a su módico precio y sus temáticas alusivas a la vida cotidiana de las clases medias urbanas. Las novelas de Ramírez Ángel —a juzgar por un crítico contemporáneo— eran el pan de cada día de “modistillas madrileñas [...], estudiantes locos y livianos [...], muchachitas alegres [y] empleados de seis mil reales” (citado en: Enrique Sánchez Lubián, “Ramírez Ángel, un Toledano en la Tertulia de Pombo”, en *Archivo secreto. Revista cultural de Toledo*, Nº 6, Toledo, Archivo municipal de Toledo, 2015 p. 173 [acceso en línea: <https://www.toledo.es/wp-content/uploads/2017/02/revista-archivo-secreto-6-parte-07.pdf> . Acceso: 11 de octubre de 2024:)] Sobre la producción este tipo de literatura en España ver: Gloria Jimeno Castro, *La Novela de Bolsillo (1914-1916). Una colección literaria « de transición»*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2021 [en línea: <https://docta.ucm.es/entities/publication/5fc19252-7404-493b-addd-988740c790dc>. Acceso 11 de octubre de 2024: y Gloria Jimeno Castro, “Las colecciones españolas de novela breve en el primer tercio del siglo XX: el otro gran fenómeno editorial de la literatura de la Edad de Plata”, en *Jazz Café Montaigne* [acceso en línea: <https://cafemontaigne.com/las-colecciones-espanolas-de-novela-breve-en-el-primer-tercio-del-siglo-xx-el-otro-gran-fenomeno-editorial-de-la-literatura-de-la-edad-de-plata-i-gloria-jimeno-castro/critica-literaria/admin/>. Acceso: 11 de octubre de 2024] Para un exámen clásico sobre la producción, circulación y consumo de este tipo de literatura en Buenos Aires: ver: Beatriz Sarlo *El imperio de los sentimientos...* op. cit., pp. 9-50.

Viernes 4 de Enero de 1928



Habia una vez...
y el niño devorandare el
cuento enriquece su
fantaria.

**EL MEJOR REGALO
UN LIBRO DE CUENTOS**

Palacio del Libro

86 años, viuda, Besares 222.
Arunción Esquinta de Paredes, orient-
tal, 83 años, viuda, Marcos Aurelio 159.
Sebastián Plóchero, oriental, 62 años,
de Vázquez Varela, Silvia Freitas de
Braga, Clotilde Gugliucci de D'Angelo,
Elisabeth Maciel de Lopez Alfo-
so, Maria Rita Revoredo de Pires, 1928

67

Algunos ensayos de las vanguardias literarias producidos durante esos años también pueden interpretarse como señales de una expansión en el consumo de impresos. En 1926 *El Diario* dio cuenta de ellas como “espectáculos originales”:

más tarde, y en esta materia el ejemplo nos vino de Europa y de Buenos Aires, las paredes de nuestros edificios se vieron engalanadas de grandes impresos que llevaban el título de ‘Revista Mural’. De vez en cuando algún vate melenudo, el último de los decadentes, se estacionaba frente a un ejemplar embadurnado de engrudo de la ‘Revista Mural’ y entraba en la más discreta e inescrupulosa relación con las musas.

El fracaso de esta propuesta (“la ‘Revista Mural’ murió. Quizá para probar que había vivido”) no impidió la posterior importación —o por lo menos el anunció de que algo así iba a suceder— de otra práctica de la vanguardia bonaerense, la *Revista Oral*, consistente en una simulación oral de un producto gráfico: reunidos con sus oyentes/lectores “en un amplio y

central café de nuestra principal avenida”, los periodistas narraban a viva voz el editorial y los artículos e incluso admitían “colaboraciones” del público presente. La sarcástica descripción de las ventajas y desventajas de este sistema también es reveladora de un consumo orientado al placer y al entretenimiento: la revista “es menos aburrida, sobre todo si las colaboraciones son cortas y variadas”, aunque no daba derecho ni posibilidad “a seleccionar, como el que compra una revista impresa y, quiérase o no, [uno] tiene que aguantar todas las colaboraciones, aunque algunas no logren interesarle”.¹⁷⁵

El carácter vanguardista de prácticas como la “revista mural” se resiente un tanto si consideramos otros casos de lectura pública y masiva que ya eran corrientes en la ciudad: “siempre nos hemos preguntado en qué consistía la fortaleza intelectual de este hombre, de americano sobretodo y bufanda de lana, que todos los días lee los pizarrones de la prensa”, se preguntaba un sueltista ante el llamativo espectáculo “de esos extraordinarios hombres” (cabe reparar en el género) que pese al frío de agosto solían pasar la tarde en las plazas del centro y a la hora conveniente “rodaban” hasta la sede de los diarios para leer en sus pizarrones los telegramas que traían información sobre las novedades ocurridas en el extranjero. Una imagen representativa de ellos —y uso ese término porque fue producida en Buenos Aires, pero ante noticias sensacionales como esta lo mismo sucedía en Montevideo— aparece en el ejemplar del 17 de junio de 1926, cuando cientos de hombres se agolparon frente a esas pizarras para saber qué novedades había sobre un avión desaparecido en plena travesía. El mismo tipo de lector se adivina tras la proliferación de afiches y otros dispositivos de propaganda pegados sobre los muros de la ciudad, que resultaban en un “afeamiento general de la perspectiva urbana”. La intimación —seguida por una eventual multa— del Concejo Departamental de Administración al propietario de un terreno ubicado en 18 de Julio sobre la Plaza Cagancha para que retirase de allí unos “andamios [y] avisos de reclame” indica el beneficio económico de esta práctica y la necesaria disponibilidad de una masa de lectores en el espacio público.¹⁷⁶

¹⁷⁵ “Un espectáculo original para Montevideo. La revista oral”, en *El Diario*, 11 de junio de 1926, p. 3. Cabe la posibilidad de que el sueltista describiera la práctica a partir de su observación en Buenos Aires, puesto que el texto no incluye ninguna referencia precisa a su ejecución en Montevideo. La *Revista oral de Artes y Letras* de Humberto Zarrilli comenzó a publicarse en 1928 (Mario Baritte y Gladys Ceretta, *Guía de revistas culturales uruguayas* Montevideo, El Galeón, 1989, p. 73). Sobre el fenómeno en Buenos Aires, ver: María Villanueva, “La ‘Revista Oral’, ¿un gesto conservador en las vanguardias porteñas?”, en *Letra, imagen, sonido. Ciudad mediatizada*, N° 1, 2008 ISSN: 1851-8931 - ISSN electrónico: 2545-658X [en línea. Acceso: 14 de octubre de 2024].

¹⁷⁶ “Panorama urbano”, en *El Diario*, 1 de agosto de 1923, p. 3; “Horas de amarga incertidumbre por la suerte del hidro-avión ‘Buenos Aires’”, en *El Diario*, 17 de junio de 1926, portada (**imagen 68**); “Propaganda callejera”, en *El Diario*, 13 de julio de 1924 p. 3; “Por la comuna. En la plaza cagancha”, en *El Diario*, 21 de enero de 1925, p. 5.



68

Quizá resulten exagerados —interesados también— el editorial de *La Prensa* de Buenos Aires sobre la preeminencia del diario entre los consumos culturales de esas “gentes que dotadas de un espíritu abierto a la vida intelectual y artística no tuvieron ocasión de frecuentar la Escuela Secundaria ni la Universidad”); el del *El Diario* de Buenos Aires cuando afirmó que “las gentes más humildes” solo podían acceder a la cultura, la ilustración y la información gracias a la prensa; el discurso de Juan José Carbajal Victorica durante el sepelio de Héctor Gómez (“las muchedumbres actoras de la vida social [tienen] siempre, para su ilustración de la hora [...] la cinta de la actualidad [...] sintetizada en prosa [...] en el libro de cabecera del pueblo que son los diarios modernos”) y el suelto que entendió al consumo de periódicos como “el único desayuno espiritual [de] las gentes sencillas” y a la lectura de diarios y libros como prácticas contrapuestas

(“el libro no se difunde como el diario. [...] Salvo raras excepciones, el hombre que llega al libro está dotado de facultades de análisis y de crítica que anulan lo que pudiera ser pernicioso. En cambio el diario llega a todas las esferas sociales; es la única lectura de la gran masa popular”)

pero también resultan indicativos del tipo de consumo al que aspiraban los productores de diarios, uno que no se hacía en condiciones para ejercitar las “facultades de análisis y de crítica” sino que era, a la vez, ansioso y sosegante, apasionado, disperso y pragmático, como lo resumen la infinidad de situaciones y prácticas de lectura de prensa que *El Diario* imaginó

o reseñó a lo largo de los años¹⁷⁷: el “peatón impaciente” tan propenso a provocar accidentes de tránsito por su tendencia a “lee[r] en medio de la calzada [no] pudiendo esperar a hallarse en su casa para leer el periódico”; el “feliz montevideano” que en un Café sacaba un diario y leía “en clara y alta voz” una noticia que alegraba a toda la tertulia; el fumador que se compenetraba tanto en la lectura de un “artículo interesante” que no se percataba de que su cigarro estaba quemando la hoja del periódico; el “enfermo” que acudía al consultorio de un doctor no porque tuviera alguna dolencia sino para “leer el folletín de una de las revistas de la sala de espera”; el vecino de La Unión que en la carnicería del barrio, “leía [...] en alta voz” las crónicas sobre la búsqueda de los asaltantes del Cambio Messina para sus contertulios que, a su vez, las comentaban; la “masa del pueblo” que —a juicio admonitorio de *El Día*— compraba *El Diario* solo “por su información de deportes”; el oficinista público que al llegar a su casa y antes de dormir la siesta le pedía un diario a su esposa no para “leer el editorial de ‘La Mañana’ o los comentarios de la oposición [o] la situación internacional o el estado de los mercados” sino para “saber cuánto pagaba el caballo al que ayer le jugó medio y medio en la segunda”; el viajero de tranvía que leía durante el breve trayecto entre su casa y su lugar de trabajo o el viajero de largas distancias que, en la estación de tren, solo —porque nadie había ido a despedirlo y nadie viajaría con él—, sucumbía ante el “comercio exhibicionista” del vendedor de diarios y revistas:

no estás solo —le dicen al viajero sin otro corazón que su corazón de pulsera los libros del vendedor ambulante, y sobre todo las revistas y los periódicos— [...] Tampoco eres comunicante, como tu maleta; nosotros, la representación más portátil del universo, venimos no a despedirte, a acompañarte [...] Venimos [...] al encuentro de tus deseos; deseas, viajero, acercarte a las cosas y nosotros te las acercamos: somos los portadores de lo mismo que te anima, los testimonios más auténticos, más fuertes que nuestros errores y nuestras inexactitudes y nuestras mentiras, de las relaciones universales; somos tus amigos fieles, tus corazones de bolsillo.

La síntesis de todos ellos podría ser el lector que en 1935 le envió una carta a Américo Agorio para felicitarlo por uno de sus textos. La carta no habría llamado la atención del cronista sino

¹⁷⁷ En esta línea, Peter Fritzsche señala que los diarios populares ofrecían una lectura que no requería demasiada concentración y que eso se correspondía con los consumos que se hacía de ellos. La misma forma acelerada y zigzagueante que las personas tenían de moverse por la ciudad era la que tenían de consumir el periódico, saltando de un artículo a otro, guiados por los grandes titulares y las imágenes (Peter Fritzsche, *Berlin 1900*, p. 150).

fuera por el hecho de que la felicitación partía de una lectura —¿torpe? ¿desatenta? ¿irónica?— que interpretaba algo que él no había querido decir:

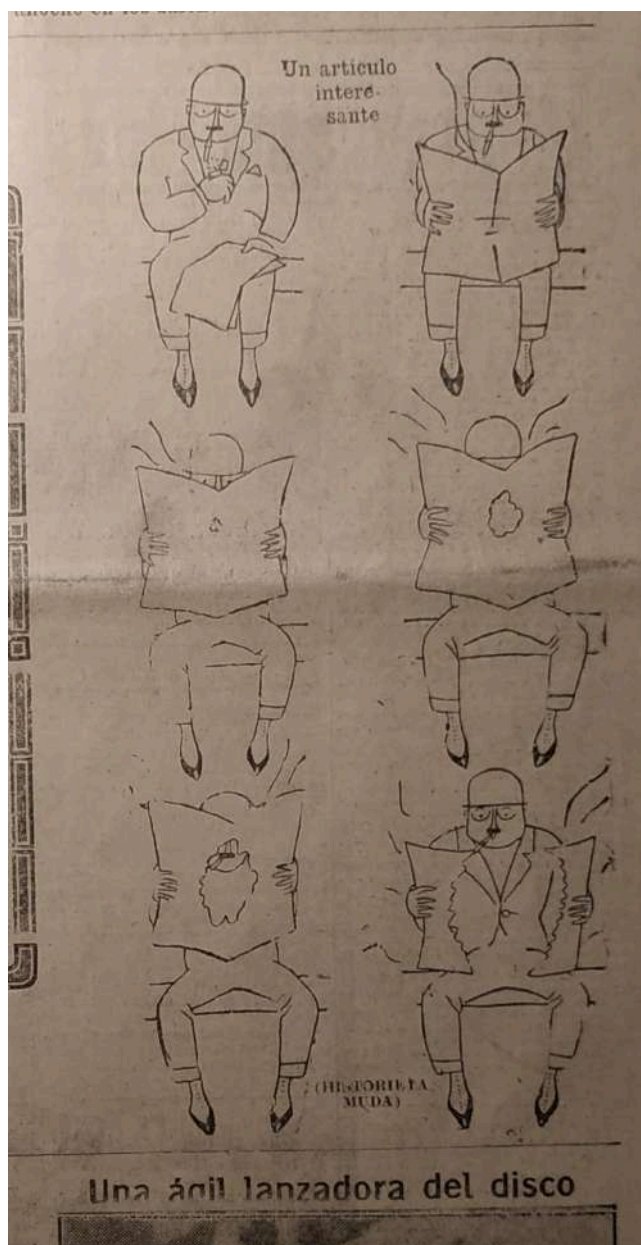
el constatar que se tiene un lector, produce en el periodista cierto escozor parecido al miedo. En ese momento nosotros estamos en ese estado de ánimo. Hemos recibido una carta que firma nada menos que “Un lector”. Un lector siempre es una acechanza. Ahora sabemos que además del linotipista que nos lee a veces hasta de palpite y el corrector que de cuando en cuando nos lee con atención, tenemos algo así como un lector que nos lleva la cuenta corriente de nuestros comentarios. Para algunos, eso podrá ser un halago. Para nosotros es un verdadero obstáculo. En lo sucesivo tendremos que cuidarnos para no contradecirnos y con ello corremos el riesgo de perder la poca “originalidad” que nos resta. “Un lector” comienza su carta con un elogio que nos ruboriza y una duda que nos ruboriza mucho más que el elogio. Cree haber leído algo que no hemos escrito. Dice, en fin, que dijimos lo que no hemos dicho. Hablábamos del desnudo y decíamos que cuando el desnudo es simplemente desnudo y bello, no puede ser inmoral. Por lo contrario es moral. Y agregábamos que el desnudo es profundamente inmoral cuando es deforme o cuando el que lo luce no se desnuda, se desviste. Pues bien, “Un lector” ha entendido que nosotros afirmamos que la belleza es moral y la fealdad es inmoral y se siente todo desorientado.

Lo que Agorio sugería era que los lectores no estaban a la altura de los textos que consumían:

Si Shakespeare, Dante, Cervantes y otros tantos dignísimos colegas volvieran a la vida y leyeran sin ser prevenidos los comentarios que han inspirado sus obras, terminarían de leerlos con la siguiente reflexión:

—¿Quién será ese mozo? Me gustaría conocerlo!¹⁷⁸

¹⁷⁸ “El impuesto a los diarios y revistas del extranjero. Un editorial de ‘La Prensa’ bonaerense”, en *El Diario*, 15 de octubre de 1928, p. 3; “El impuesto a los diarios y revistas del extranjero. Un editorial de ‘El Diario’ bonaerense”, en *El Diario*, 16 de octubre de 1928, p. 3; “Discurso del Dr. Carbajal”, en *El Diario*, 24 de junio de 1931, p. 12; “Oro y miseria”, en *El Diario*, 7 de febrero de 1932, p. 3; “La prensa extranjera y el carácter nacional”, en *El Diario*, 4 de setiembre de 1934, p. 3; “Los accidentes de tránsito”, en *El Diario*, 12 de julio de 1934, p. 3; “Horas de regocijo”, en *El Diario*, 17 de julio de 1924, p. 3; “Un artículo interesante (historieta muda)”, en *El Diario*, 15 de julio de 1924, portada (**imagen 69**); Sin título, en *El Diario*, 29 de octubre de 1928, portada; “Antes de anoche en la carnicería...”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, p. 9; “Hombre... ¡Muchas gracias!”, en *El Diario*, 17 de setiembre de 1934, p. 3; “Las intimidades del horario de verano en las oficinas públicas”, en *El Diario*, 2 de diciembre de 1935, p. 10; Attila U. Moriconi, “Variaciones Beethovenianas”, en *El Diario*, 17 de junio de 1926, p. 3; Corpus Barga, “Un detalle de Bernard Shaw”, en *El Diario*, 28 de octubre de 1928, p. 4; Mecus [Américo Agorio], “Nuestro más grande mérito”, en *El Diario*, 18 de enero de 1935, p. 3.



69

La metafórica fórmula “cinta de actualidad” que usó Carbajal Victórica para referirse a los diarios, el hecho de que los comercios colocaran a los grabados y revistas en los mismos escaparates y el carácter “espectacular” de las revistas Oral y Mural sugieren una sociedad donde la lectura de impresos resultaba inseparable del consumo de imágenes fijas y en movimiento e incluso del de sonidos registrados y reproducidos de manera mecánica.¹⁷⁹ Por ello —y porque *El Diario* hizo de lo visual una de sus marcas distintivas— las referencias al consumo de imágenes y sonidos es otra vía para encontrar a ese lector disponible. En 1923

¹⁷⁹ Los practicantes de la Revista Oral, por lo menos en Buenos Aires, grababan previamente los contenidos en un gramófono (María Villanueva, op. cit).

José Pedro Bellán señaló que “todas las posiciones sociales han formado una sola masa cautiva del reflejo de la estupidez” gracias al consumo indiscriminado del

mal teatro, el estúpido biógrafo y las infames revistas policiales. [...] Quien más, quien menos, todos tenemos la culpa de lo que está ocurriendo. El biógrafo nos entretiene lamentablemente. Antes, los asuntos folletinescos eran para las solteras o los matrimonios sin hijos. Ahora, el biógrafo nos ha nivelado. [...] Todo nos interesa [...] Y como todo [...] nos maravilla, sonreímos complacidos a los dueños del biógrafo cuando nos permiten entrar con nuestros pequeños. [...] Y el niño sale de esa sala ansioso, asfixiado por una cantidad de imágenes parasitarias que obrarán sobre su organismo como un verdadero tóxico.

La mujer que en 1923 se enamoró del hombre que la llamaba por teléfono sin conocer de él más que la voz era “sentimental y romántica, aficionada a las películas por series y a los folletines pasionales”. Las razones del secuestro en Buenos Aires de dos jóvenes de alta sociedad debían buscarse en el efecto de emulación provocado por “el cine, la radio y cierta prensa”, dedicados a “satisfacer la morbosa curiosidad de las masas” difundiendo todo tipo de delitos. El propio *Kim* —cronista de *El Diario*— podría haber sido uno de estos emuladores, ya que al momento de escribir sobre las “empleadas de tienda” que, cuando salían de su trabajo y paseaban por el centro, al mediodía y al atardecer, enamoraban a los hombres que hallaban a su paso, no encontraba otra forma de referirse a ellas que no fuera “evoc[ando] a la clásica silueta de Mimi, la muñeca literaria de [Henri] Mujerger”.¹⁸⁰

Este tipo de diagnósticos sobre el efecto de los medios sobre las “masas” sugerían algo que en 1935 Américo Agorio señaló directamente: la consolidación de un tipo de lector que apenas poseía las competencias básicas para interpretar el mundo y que, por lo tanto, prefería los mensajes simples a los complejos:

el analfabetismo no se destruye enseñando a leer y escribir únicamente. Y en nuestro país sobre el porcentaje desolador de analfabetos absolutos, existe un gran porcentaje de analfabetos que saben leer y escribir y que son la materia prima para la formación de esas masas con las que se modela y se nutre la superstición con visos de sabiduría. Un analfabeto de esos empieza por fastidiarse frente al que ha

¹⁸⁰ José Pedro Bellán, “La censura en los espectáculos público”, en *El Diario*, 6 de julio de 1923, p. 5; “El amor y el teléfono”, en *El Diario*, 18 de agosto de 1923, p. 3; “Signos de nuestro tiempo. Raptos espectaculares”, en *El Diario*, 29 de octubre de 1932, p. 3; *Kim*, “Reflejos de ciudad. Rosas de todo el año”, en *El Diario*, 27 de julio 1931, p. 3.

sido capaz de extraer de esos signos que él descifra y dibuja, algo más que la facultad de leer y escribir... Tanto que vé, subconsciente, en la superioridad del sabio o del simple letrado, un reproche a su incapacidad y se irrita. Su venganza está en negar la sabiduría, la ciencia y recurrir a los procedimientos primitivos que aunque inexplicables tienen para él una gran explicación; están al alcance de la mano.

Pero la imagen del lector como agente pasivo y fácilmente manipulable, si bien dominante, no fue la única: la “midinette” montevideana que imaginó Kim “lee y va al cine a contemplar los episodios en los cuales Joan Crawford [...] se casa con el mecánico de ascensor que en el octavo acto resulta ser el hijo del rey de la salsa de tomate [y] ha aprendido que eso del príncipe es cosa de novelas o de films”; por eso, los hombres que trataban de conquistarla emulando a los galanes románticos “van muertos en la parada” o, en caso de ser demasiado insistentes, sufrían algún “revistazo” dado con esos “magazines” que ellas consumían para entretenerse.¹⁸¹

Este imaginario sobre el auge de la lectura, paradójicamente, coincidió con frecuentes advertencias acerca del “auge del analfabetismo”. En 1927 la Sociedad de Pedagogía estimó con alarma que 200.000 personas no sabían leer ni escribir en el país —un 11,6% del total—. Debían buscarse, en palabras del inspector escolar Emilio Fournie, entre los peones de estancia, los empleados de fábricas o casas de comercio, los sirvientes y los soldados. Si bien esto señala ciertos límites en la expansión de la lectura entre los sectores populares, otros hechos permiten afirmar que incluso entre los más pobres algunas prácticas de lectura no eran extrañas: a modo de ejemplo, la colocación de “carteles y leyendas ilustrativas” que contenían “sanos consejos” en las paredes de la cantina maternal dedicada a “madres indigentes” inaugurada en 1924 por la Asociación Pro-Matre.¹⁸²

¹⁸¹ Mecus [Américo Agorio], “En el reino de la curandería”, en *El Diario*, 24 de enero de 1935, p. 3; Kim, “Reflejos de ciudad. Rosas de todo el año”, en *El Diario*, 27 de julio 1931, p. 3.

¹⁸² “Se asegura que Uruguay cuenta con 200.000 analfabetos”, en *El Diario*, 17 de noviembre de 1927, p. 3; “Analfabetismo alarmante”, en *El Diario*, 29 de marzo de 1927, p. 3; Mecus [Américo Agorio], “El Día al día. Analfabetismo”, en *El Diario*, 31 de marzo de 1927, p. 3; “Una obra patriótica”, en *El Diario*, 21 de octubre de 1928, p. 3; “La primera cantina maternal. Será inaugurada mañana”, en *El Diario*, 17 de julio de 1924, p. 7. El porcentaje de analfabetos sobre la población total del país surge de cruzar la cifra calculada por la Sociedad de Pedagogía con las estimación de población para Montevideo y Uruguay realizadas por Adela Pellegrino para 1930 [Adela Pellegrino, *Caracterización demográfica del Uruguay*, Montevideo, Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, 2003, pp. 5, 23 http://anep.edu.uy/historia/clases/clase20/cuadros/15_Pellegrino-Demo.pdf Acceso: 30 de octubre de 2024].

2.9 Un diario moderno

En su primer número, tras definir el rol moralizador y educativo que le cabía a la prensa y poner a *La Mañana* como ejemplo, *El Diario* señaló que no iba a apartarse de esa línea, pero con un matiz: si la prensa era un juez, iba a “desceñirse la toga”, ya que aparecería “al atardecer, bajo otro estado emocional, con el ropaje ligero y elegante que ‘soiré’ reclama”. Esta definición fue una de las tantas síntesis que hizo de su carácter “moderno”, adjetivo que usó para dar cuenta de una serie de pretensiones con respecto al estilo, los temas, los fines y la relación con la realidad que debía caracterizar a un periódico. Al celebrar su primer aniversario, definió a sus páginas como un “reflejo [de la] inquieta y compleja vida actual”, pero no un reflejo cualquiera sino uno que era, a la vez, “movido y fiel”, como si el diario —a la manera del cinematógrafo— tuviera la capacidad de registrar y mostrar las cosas mientras estaban sucediendo; nueve años después, durante la celebración de su décimo aniversario, el término que usó para definirse —y para explicar su éxito— fue “ágil”, como si entendiera que se vivía una época donde las cosas se movían rápido y en todas direcciones, por lo cual un diario que quisiera dar cuenta de ellas debía comportarse de la misma manera.¹⁸³

Para cumplir esos fines empleó varias estrategias.

2.9.1 Crónica

Porque permitía intervenir con liviandad sobre cualquier tema —sin que la precisión o veracidad fuese una exigencia, lo cual permitía acelerar procesos a la hora de completar la página— la crónica fue uno de los formatos preferidos para cumplir con el mandato de agilidad. Algunos cronistas —también “los periodistas”; las fronteras entre ambas categorías fueron difusas y los dos términos se usaron de manera indistinta— en consecuencia, fueron presentados como figuras de primer orden dentro del plantel del diario. Cuando en junio de 1931 *El Diario* contrató en exclusividad para la prensa uruguaya los textos del español Julio Camba lo calificó de “gran periodista, breve, rápido y enjundioso, a la manera moderna”. Dos semanas después, cuando Américo Agorio volvió a escribir con el seudónimo de Ombú Curá luego de un año de ausencia, se celebró su periodismo “ágil”, su lapicera “retozona”, sus textos como “traviesas flechas [...] de actualidad” y en 1930 —también tras una reincorporación— el italiano Attila U. Moriconi fue el “prestigioso y ágil [...] de pluma

¹⁸³ Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. La Mañana y El Diario”, en *El Diario*, 6 de julio de 1923, p. 3; “Un año”, en *El Diario*, 6 de julio de 1924, p. 3; “EL DIARIO cumple hoy diez años de existencia”, en *El Diario*, 6 de julio de 1933, p. 3.

chispeante y sagaz”. Se trataba, por otra parte, de autores con lectores propios: “demás está decir el interés que despertarán esas crónicas, ya que Moriconi era seguido y con razón a través de sus colaboraciones por un grupo numeroso de lectores”, o como les señaló irónicamente Américo Agorio en 1930, tras “resucitar” otra vez como Ombú Curá:

cuando yo vivía, mis buenos amigos,

solo malos chistes, tuvieron conmigo.

Mis solfas pasaban sin gloria y sin pena

tal como en un íntimo tiro de cadena...

Me muero y resulta al año cabal

que yo era “chistoso”, “ameno”, “genial”...

[...]

Sin embargo aquello, me sirvió de algo,

por lo menos pude “bichar” lo que valgo.¹⁸⁴

En este tipo de textos, la función educativa o justiciera que los editoriales regularmente adjudicaban a la prensa cedía por completo a la de satisfacer los intereses de los lectores, como si la modernidad no fuera ya saber y juzgar las novedades del mundo a fin de orientar a las personas comunes y corrientes sino frecuentar sus espacios, adoptar sus lenguajes, verbalizar sus deseos. Por eso, una “labor periodística del más agudo modernismo” era aquella donde “prende la curiosidad y el interés de los lectores”. Su paradigma era el tipo de diario creado por Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst a fines del siglo XIX, cuyas prácticas *El Diario* —aunque sin mencionarlos expresamente— se esforzaba por incorporar: cuando el periodista estadounidense Robert Ripley —cuya popularidad había estallado en 1929, tras la compra de sus tiras cómicas por parte de una de las empresas de Hearst y su distribución por más de trescientos diarios estadounidenses— visitó Montevideo en 1933, *El*

¹⁸⁴ Julio Camba, “El vino. Crónica de Camba. Especial para El Diario”, en *El Diario*, 30 de junio de 1931, p. 3; “La resurrección de Ombú-Curá”, en *El Diario*, 12 de julio de 1931, p. 3; A. U. Moriconi, “Media hora con el Dr. Asuero”, en *El Diario*, 25 de enero de 1930, p. 3; “Attila U. Moriconi”, en *El Diario*, 11 de noviembre de 1927, p. 3; “Attila U. Moriconi”, en *El Diario*, 11 de noviembre de 1927, p. 3; “La resurrección de Ombú-Curá”, en *El Diario*, 12 de julio de 1931, p. 3.

Diario le dedicó inauguró una sección cuyo título homenajeaba su frase de cabecera (“créase o no”) y le dedicó un perfil donde celebró su estilo

fantasista y regocijado, que sabe amenizar su prosa simple, diáfana y transparente con rasgos anecdóticos, alertas, densos de documentación; [su mirada] fija y aguda [como la del] clínico que busca implacablemente la nota exótica [...] burilada con una prosa simple, escolar.

Sus textos “breves y sintéticos como una receta médica, precisos y sin literatura como un informe fiscal” estaban dirigidos al “gran público, siempre perentorio y elíptico en sus emociones”, al que “no se interesa demasiado” si eran fantasías o derivaban de hechos constatables. Y es que para “traducir la naturaleza” —que no otra cosa era el fin de un diario— no se precisaban grandes tratados; bastaba con esos

minúsculos ‘facit-divers’ [sic] que en breves líneas de prosa urgente y perentoria emboscan la vida, apresada en forma sintética y galopante con sus dramas adecuados, con sus tragedias gestadas en ancestrales desventuras, con sus incongruencias de picante bufonería y también con sus lágrimas.

El lector (su curiosidad, su deseo, su ansia de temas de conversación) era la brújula que orientaba la producción de este tipo de textos. Lo señaló de manera indirecta Alfredo Rodó en 1934 cuando, para justificar la importancia de la crónica policial, debió aclarar que el chusmerío no era su único fin (“no tiene solamente la misión de contar la desgracia ajena, para que todo el mundo la conozca, y contarla simplemente con el tono, la palabra y el detalle que emplea la comadre de barrio para demostrar ‘que sabe’”) y lo detalló un anónimo cronista policial en 1927 cuando se quejó de que su trabajo no le daba “ni un instante de reposo” debido a la obligación de servir siempre “un plato fuerte”:

¿Almuerza el cronista? Pues recibe una comunicación telefónica: “se intoxicaron varias personas”. ¿Duerme el cronista? Pues se le despierta porque dos amantes se suicidaron con tálamo. ¿Está en el cine el cronista? Pues acaba de incendiarse una fábrica de películas. ¡Señor!... De día, de noche, con frío, sin él, nuestra pobre humanidad gacetilleresca anda a salto de mata.

Incluso en la eventualidad de un día sin crimen el cronista policial estaba obligado a producir su texto, aunque solo fuera para reflejar el aburrimiento que esto provocaba:

la ciudad reposa. Pero... ¿Cómo es posible que nuestro espíritu se asocie a esa molición? Ya lo veis, lector, ni siquiera una retícula de cliché policial podemos ofrecerlos... [...] Tic, tac, es el símbolo de la monotonía en que nos ha sumergido la inanición de los pillastres... Tic, tac es el isócrono compás que hoy regula la actualidad policial.

Montevideo sin un “suceso dramático” era una “ciudad bromurada”, aburrida, intrascendente y, por lo tanto, menguaban las razones para que alguien comprara un diario: “en el día de hoy y hasta la hora de cerrar esta edición no se ha anotado en el libro de novedades de la Jefatura ni una sola noticia que merezca ser consignada en esta sección. Ni golpes, ni puñadas, ni suicidios... Nada”. Por eso no cuesta reconocer el regocijo del cronista cuando, algunas días después, un hombre se suicidó después de matar a su amante:

hacia ya días que a la crónica roja no daban trabajo los dramas pasionales, con todo su largo cortejo sobre la vida de los protagonistas, móviles que obraron para la consumación del hecho y esos mil detalles en que se complace en insistir el cronista, ávido de ofrecer a los lectores de un diario, aderezada en la mejor forma, la crónica espeluznante de un delito.

Su vida era una “continua obsesión por la tragedia” y el aumento del crimen su motivo de celebración, en tanto le proveía “temas de amplio comentario y abundante información”; por eso, cuando dos pilotos de la Escuela Militar murieron en un accidente de aviación, la portada gritó “¡Murieron carbonizados!”, como si necesitara llamar la atención sobre el detalle espeluznante; si escribía y publicaba incluso cuando no tenía nada para decir (si un diario se editaba de manera rutinaria, independientemente de que hubiera o no hechos relevantes) era porque lo “acicateaba su vanidad de ser cronista leído por la muchedumbre”; si Seusa (“nuestra empresa”) hacía el esfuerzo de contratar a un cronista renombrado era por “el atractivo de sus artículos” y el “creciente favor del público”, que veía en este engranaje de la industria periodística a una figura con atractivo propio: así lo sintió Blas Montesano, el empleado de una casa de cambios que “nerviosamente ocupado en la colocación de un gran cartel en la puerta del salón de lustrar donde trabaja [...] da un magnífico salto de resorte, en cuanto murmuramos a su oído, la palabra ‘Cronista’”.¹⁸⁵

¹⁸⁵ Duc de Fleury [Vicente Pomés], “Está en Montevideo el famoso hurgador del exotismo del mundo”, en *El Diario*, 3 de mayo de 1933, p. 7; Good Fellow [Enrique H. Aubriot], “Créase o no”, en *El Diario*, 8 de agosto de 1934, p. 3. Sobre el modelo de periodismo moderno inaugurado en Estados Unidos a fines del siglo XIX, ver Sánchez de Aranda, J.J. , “Evolución de la prensa en los principales países occidentales” y Shultze Schneider, I., “La prensa escrita en los principales países occidentales”, en Carlos Barrera (coord), op. cit.; 108-110 y 170-171. Sobre la popularidad de Robert Ripley, ver: Enciclopedia Británica (2024), “Robert Ripley”

En un mercado simbólico cada vez más competitivo, el cronista debía producir algo que llamara la atención. Eso le respondió *El Cojo Quiñones a Chumbito* en un texto a dos manos de 1934:

—¿Y cree usted en el periodismo como apostolado social, como tribuna del pueblo para su orientación espiritual?

—¡Ma qué! La gente quiere saber las cosas, quiere colmar la curiosidad de su espíritu, y el asunto está en hacerle saber lo que quiere; a mi me dicen que se necesita una noticia, una información completa, o que una persona vaya a hablar a EL DIARIO, y yo salgo, corro, me rompo todo; pero primero yo, porque EL DIARIO tiene esa noticia, la información o la persona en el micrófono. Eso es periodismo moderno, vibración instantánea del mundo en el diario, fuente maravillosa para abreviar el de curiosidad [sic]; eso es el periodismo lector [sic] y calmar un instante su sed y lo demás es literatura, y ya sabemos que con la literatura no se va a ningún lado, señor!...¹⁸⁶

Otro rasgo “moderno” de estos textos —revelador, a su vez, de una experiencia del tiempo signada por la velocidad, el cambio y novedad o la desconexión entre pasado, presente y futuro— era su carácter presentista. No aspiraban a la trascendencia, sino al consumo inmediato:

los periodistas tenemos una suerte única [...] Esa suerte reside en que no escribimos para la posteridad. Sabemos de antemano que nuestros engendros no vivirán más de veinticuatro horas [...] y ello nos da libertad, nos libra las manos de una serie de ataduras que de lo contrario harían imposible el oficio. [...] El periodismo es improvisación. La característica del oficio exige el “pronto despacho” [...] Nuestros escritos en general no son más que un reflejo del estado de ánimo en que nos hallamos cuando atacamos el tema. [...] La corta vida del comentario [...] nos permite contradecirnos tres veces por semana. Y el periodismo es cosa viva gracias a ello; porque está hecho de impresiones; es vibración; es latido... impresión,

<https://www.britannica.com/biography/Robert-L-Ripley>; Diablo Cojuelo [Alfredo Rodó], “La trágica historia que se repite”, en *El Diario*, 19 de julio de 1934, p. 16; “El cronista, en la gloria. Hoy no se ha derramado ni una gota de sangre”, en *El Diario*, 15 de agosto de 1925, p. 8; “Pas de Nouvelles”, en *El Diario*, 12 de julio de 1924, p. 12; “La impresionante tragedia de anoche”, en *El Diario*, 3 de agosto de 1924, p. 10; “¡Murieron carbonizados!” en *El Diario*, 5 de octubre de 1932, p. 12; “Los 150.000 de hoy”, en *El Diario*, 13 de enero de 1925, p. 10; “En el apogeo de la racha sangrienta”, en *El Diario*, 12 de agosto de 1925, p. 10; John Coco, “Han defenestrado al fakir”, en *El Diario*, 24 de enero de 1929, p. 7; Julio Camba, “El vino. Crónica de Camba. Especial para El Diario”, en *El Diario*, 30 de junio de 1931, p. 3.

¹⁸⁶ “El reportaje del reporter. ‘Chumbito’, periodista por naturaleza”, en *El Diario*, 14 de julio de 1934, p. 12.

vibración y latido siempre renovados. Siempre inéditos, porque el hombre es incapaz de experimentar dos impresiones exactamente iguales.

Esa experiencia del tiempo determinaba “el espíritu inquieto del reporter moderno”, que

se ha despedido de la inmovilidad oficinesca tras de una vieja mesa de redacción. No más carillas satinadas ni esféricos aires de ventilador. Ahora las crónicas exigen un poco de transpiración y el lector quiere que caminemos, que seamos indiscretos, y a veces hasta mal educados. ¿Acaso en nuestro oficio no es esta la buena educación?

Ante la diosa *noticia* sacrificaba su moral, si era necesario, como hizo el que ofrendó —y traicionó— su “palabra de periodista” al informante que en 1925 le confesó los nombres de los ganadores de la lotería sólo a condición de no publicarlos:

—Le puedo dar otro dato reservado, si usted me promete no publicarlo. [...]

—Venga, le doy la palabra de periodista.

—Bueno, mire. Los señores Rampoldi y Fariña cedieron una parte de dos pesos al señor Pedro Bican.

—¿Es cierto eso?

—Le juro por mi madre, pero no lo diga, porque estaría cometiendo una infidencia.

O ponía en riesgo su seguridad, como hizo el que en 1926 entrevistó al aviador Ramón Franco desde el estribo de un auto en movimiento:

la muchedumbre apretaba el auto. “Nos” abrimos paso lentamente. Y ante el asombro de algunos miembros de la comitiva oficial que se hacía cruces de “nuestra” audacia, emprendimos junto a Franco el viajecito al puerto. Ya teníamos la inmejorable oportunidad de caer a EL DIARIO con un reportaje extraordinario. [...] Y logramos al fin, héroes nosotros también, circunscribir un momento de atención del glorioso gallego en nuestra persona.

Una seguridad de otro tipo arriesgó el que, algunos meses después, traspasó “las fronteras de la vida clara y normal” y visitó un “figón sucio y nauseabundo” ubicado en el Bajo. Lo animaba el deseo de sentirse un “periodista [...] ávido de notas exóticas o, por lo menos, distintas a las comunes”, alguien capaz de “beber en sus mismas fuentes lo pintoresco y lo

típico”, de rasgar junto al lector “el velo de la leyenda que envuelve a [...] todas las orillas de las grandes ciudades”. Por no mencionar a Alfredo Rodó, que en 1928 se internó en la noche del Parque Rodó para buscar al fantasma que tenía en vilo a los habitantes “de esta ciudad confiada y novelera” y así “poder tender algunas líneas sobre la virginal carilla”.¹⁸⁷

Los desafíos que enfrentaba y los rasgos de personalidad derivados de ellos hacían del cronista una figura similar a la del detective de la novela moderna.¹⁸⁸ El “enviado especial” de *El Diario* al departamento de Colonia que en 1928 acompañó a un agente de la Policía de Investigaciones que estaba siguiendo la pista de un grupo de anarquistas expropiadores admitió que, en lo relativo a su percepción de los hechos, “no he podido aún despojarme totalmente de la idea que [...] me hicieran formar los novelones de [Arthur] Conan Doyle”, lo cual evidenció en el tono y la estructura de sus crónicas, textos en primera persona donde el narrador adoptaba el rol de un picaresco doctor Watson y el “agente José Pera” el de un —a la postre, fracasado— Sherlock Holmes:

el tren partía de Central a las siete cincuenta de la mañana [...] El viaje no ofrecía perspectivas halagadoras y estaba seguro de aburrirme más que en uno de nuestros “Cabarets” cuando tras observar detenidamente al policía que iba siguiendo me apercibí de que tendría algo interesantísimo para relatar. Estábamos en el salón comedor [...]; sentado a mi derecha, el empleado de Investigaciones examinaba detenidamente a un pasajero que viajaba dándome la espalda. Los ojos del sabueso no se apartaron un segundo del sujeto hasta que llegamos a Canelones. [...] Al llegar a “Mal Abrigo” y como Pera insistiera en su exámen del pasajero mencionado, volví la vista hacia este cuyo perfil podía apreciar en sus detalles y enseguida mis ojos se encontraron con la mirada interrogativa del comisionado policial que parecía preguntarme en lenguaje silencioso: “¿Tengo razón?” [...] El

¹⁸⁷ Mecus [Américo Agorio], “Nuestro más grande mérito”, en *El Diario*, 18 de enero de 1935, p. 3; “En el corazón del barrio Reus. Callejuelas en sombra y rapazuelos al sol”, en *El Diario*, 16 de enero de 1924, p. 5; “Los 150.000 de hoy”, en *El Diario*, 13 de enero de 1925, p. 10; “Un reportaje a Franco desde el estribo de un auto”, en *El Diario*, 10 de febrero de 1926, p. 3; “Crónicas del arrabal. Un figón sucio y nauseabundo”, en *El Diario*, 27 de junio de 1926, pp. 5-6; Diablo Cojuelo [Alfredo Rodó], “El hombre que vió al fantasma. Lo que le dijo la dama vestida de negro”, en *El Diario*, 8 de mayo de 1928, p. 10.

¹⁸⁸ Peter Fritzsche, siguiendo a Philip Fisher (“City Matters: City Minds,” in Jerome Buckley, ed., *The Worlds of Victorian Fiction*, (Cambridge, Mass., 1975), pp. 371-389) señala que la novela moderna formó al habitante de la ciudad en la “psicología del detective”, una actitud oscilante entre, por un lado, la agudeza intelectual y la picardía necesarias para procesar el cambiante entorno inmediato y, por otro, la pasividad emocional que permite cautela frente a aquello que no puede preverse y que se revela inesperadamente; dos rasgos típicos del cronista moderno (Peter Fritzsche, op. cit., p. 49). Para el Río de la Plata, Jorge Rivera y Sylvia Saïtta han examinado la modelización de los cronistas policiales del diario *Crítica* en torno la figura arquetípica del detective construida por la literatura de los folletines y los fait divers (Jorge B. Rivera, op. cit., pp. 76-77; Saïtta, Sylvia, op. cit., p. 83).

perfil del hombre que viajaba en nuestra compañía no podía ser más idéntico al de [Miguel Arcángel] Roscigna con lentes que diera a conocer la Policía de la vecina capital. [...] Mientras tanto, Pera, cubierta la cara con un diario y colocados sobre este los retratos del famoso asaltante, continuaba su examen, pestañeando, suspirando, cerrando los ojos, [pensando] quién sabe en qué fantásticas ideas de triunfo. [...] Al llegar a Colonia Suiza, el policía desengañado [...] y suspirando profundamente, me dijo: no, no es... pero le faltan más que los lunares.

En 1925, el hallazgo de un hombre desmayado en medio de un charco de sangre en una esquina de la Ciudad Vieja fue, para el cronista, “un episodio sangriento de relieves, en verdad, misteriosos”; la explicación del herido, “una creación imaginativa” que le obligó a elaborar —como si le cupiera la responsabilidad de resolver el caso— “una hipótesis más lógica”, para cuya comprobación se hizo pasar por un amigo de la víctima a fin de que las autoridades del hospital le permitieran verlo y así entrevistarlo en persona: “si hubiéramos invocado, como otras veces, nuestro carácter de periodistas, para reportear a un herido en el hospital Maciel, de seguro que hoy no habríamos conversado con Pedro Lanzamida”. El esquema detectivesco se aplicó, pocos días después, a un hecho por demás anodino: el hallazgo, en la calle, de un juego de dormitorio. Mediante un exagerado tono satírico que revela lo habitual del enfoque, el cronista se declaró “frente a un hecho desconcertante” que exigía “una impresionante investigación inmobiliaria” y formuló las preguntas necesarias para encuadrar el problema. “¿Qué tragedia económica habrá ocurrido? ¿Por qué nadie los toca? ¿Hasta cuándo estarán allá amontonados? Misterio impenetrable...”.¹⁸⁹

Este último caso es indicativo de otra de las funciones de la crónica: la espectacularización de la realidad, un procedimiento que transformaba hasta las más mínimas interacciones sociales de la vida urbana en objetos de consumo por obra y gracia del texto o la imagen que las narraba: “hasta en estas mañanas primaverales en que se nos ocurre salir por las calles en busca de un poco de aire y de sol la nota periodística ha de estar aguardándonos en cada esquina”, señaló un cronista en 1927, como si los aspectos más triviales de la vida urbana fueran dignos de relatarse en un periódico y como si su efectiva inclusión dependiera de sus habilidades narrativas más que de la cosa en sí. El “cuadro” —vale la pena reparar en la centralidad de lo visual para este formato, incluso cuando no venía acompañado de

¹⁸⁹ “Cómo fracasó la captura de Roscigna y los Moretti. Un viaje inútil de mil doscientos kilómetros”, en *El Diario*, 15 de octubre de 1928, p. 12; “Cómo fracasó la captura de Roscigna y los Moretti. Un viaje inútil de mil doscientos kilómetros”, en *El Diario*, 14 de octubre de 1928, p. 12; “Un suceso no muy claro. Hombre que se desangra en la vía pública”, en *El Diario*, 16 de agosto de 1925, p. 3; “¿Quién necesita un juego de dormitorio? Un espectáculo poco común”, en *El Diario*, 27 de agosto de 1925, p. 3.

imágenes— de dos hombres besando a su turno la mano enguantada de una señora “fea” en enero de 1925 fue:

la escena callejera que ayer se presentó ante la vista del cronista que, ámbulo y abúlico, buscaba al azar una nota, un cuadrito, algo que lo impresionara con su color y su belleza... Y esa fue la nota sedante para su retina: una miniatura parisina representando un besamanos en plena calle Sarandí.

La “misión” que llevaban el cronista “Caracú” y el fotógrafo Anselmo Carbone en febrero de 1933 cuando se dirigían en automóvil hacia la periferia norte de Montevideo era entrevistar “a una pobre mujer que no puede enterrar a su hijo, que está enfermo y tiene hambre”, pero

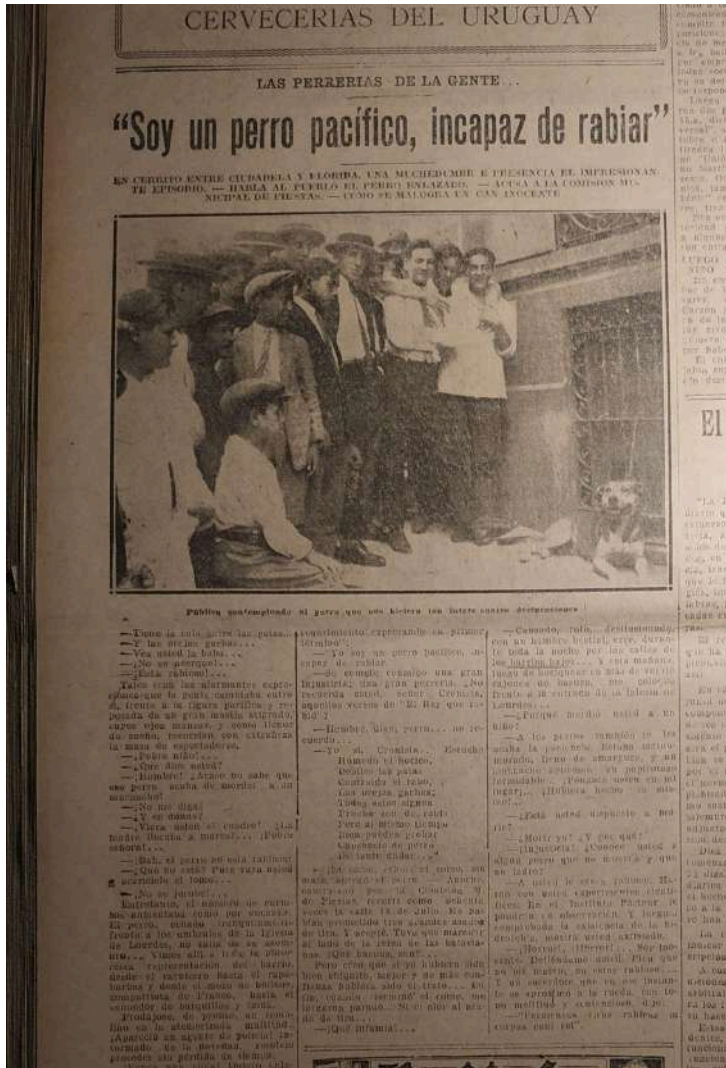
en el trayecto encontramos motivo a una nota festiva. ¿Por qué no nos íbamos a detener? [...] El ojo avizor de Anselmo había descubierto una especie de campamento, que nos resultó, al fin, una tienda de ‘antigüedades’. [...] Descendemos del coche sin poder resistir la tentación de visitarlo.

El que en 1924 escribió una larga crónica sobre el barrio Reus creyó necesario advertir que el lector que no debía temer

que incurramos en el pecado periodístico-histórico de citar el año en que Emilio Reus fundó el barrio. [...] No; nuestra misión consiste en realizar un paseo de curiosidad, en meter bien adentro los ojos en todos los zaguanes, en avanzar la máquina fotográfica hacia las despintadas ventanitas, detrás de cuyos malvones atisban, como absortos y un tanto medrosos, dos, cuatro, seis ojos de sevillana negrura.

El español Victor Gabirondo señaló que para escribir sus crónicas le bastaba “lo superficial, lo pintoresco, lo que se ofrece a todas las miradas para hilvanar un artículo sin trascendencia”, mandato que sin duda interiorizó el anónimo redactor que durante un enero carente de noticias llenó media página (“una crónica muy formal y consagratoria”) contando el sobresalto que en la redacción había provocado la irrupción de un perro y que, dos semanas después, repitió el procedimiento, ahora contando sobre “un señor ‘exótico’ [que] se nos vino al humo, con un gran bastón retorcido, una voluminosa cartera de cuero, un perro (¡otro perro!) formidable y 50 kg de medallas”, o el que un año después entrevistó también a un perro injustamente acusado de haber mordido a un niño. Todo cabía bajo la mirada del cronista, que para “Caracú” era algo así como”:

el patio de un juzgado [...] en este se encuentran los que van a casarse y a declarar, felices también, un nacimiento y los que llorando denuncian una muerte o responden un embargo. Nuestro carnet une también alegrías, esperanzas, llantos y glorias.¹⁹⁰



Estos sustantivos bien podían resumir aquello que la crónica debía sobreimprimir sobre la realidad: emociones, interés, sensibilidad, un carácter “humano” que neutralizara la frialdad del mundo moderno. Como señaló Mario Radaelli en 1934, “la estandarización de las noticias, destruyendo todo elemento artístico y emocional, tiende a adormecer en el lector la

¹⁹⁰ “Los viejos lobos de mar no pueden competir con las instituciones modernas”, en *El Diario*, 24 de noviembre de 1927, p. 10; Alter Ego [Enrique W. Orecchio], “Cuadrillos callejeros. Besamanos”, en *El Diario*, 22 de enero de 1925, p. 3; Caracú, “Camino del Cerrito... un anticuario ‘al uso nostro’”, en *El Diario*, 3 de febrero de 1933, p. 12; “En el corazón del barrio Reus. Callejuelas en sombra y rapazuelos al sol”, en *El Diario*, 16 de enero de 1924, p. 5; Victor Gabirondo, “La ciudad santa de Ganges”, en *El Diario*, 21 de noviembre de 1927, p. 12; “Ladridos en la redacción. El hombre que exhibe a su perro”, en *El Diario*, 17 de enero de 1925, p. 12; “Un moderno ashaverus. El hombre que camina sin cesar”, en *El Diario*, 29 de enero de 1925, p. 10; “Soy un perro pacífico, incapaz de rabiar”, en *El Diario*, 17 de febrero de 1926, p. 10 (imagen 70).

sensibilidad”. Por eso, cuando en 1925 un niño murió tras caer dentro de una olla de agua hirviendo, el caso fue “impresionante, horripilante [...] una tragedia de tragedias”, la “escena sobrepasa todas las gamas de la emoción dramática”, la muerte “espantosa” y la madre quedó “casi enloquecida”; los detalles del accidente ocuparon dos columnas de la página, mientras que un diario de la competencia que despachó el asunto en pocas palabras fue sarcásticamente amonestado por carecer de la sensibilidad correspondiente: “¡Qué muerte horrible, trágica y escalofriante... Este impresiona profundamente. ¡Cuán honda es la emoción!”.¹⁹¹

Otro de los usos de la crónica fue la producción de textos abiertamente especulativos. El amago de discusión entre el guarda de un tranvía que demoró en dar el vuelto correspondiente por la compra de un boleto y el pasajero que lo reclamó fue, para “la imaginación gacetillera” del cronista, una “extraña aunque yanqui escena” que le dió la oportunidad de escribir un reportaje sobre las hipotéticas razones de guardas y pasajeros para reclamar o no ese ínfimo centésimo:

y el cronista, de truculenta imaginación, desciende del tranvía convencido de que la dádiva del centésimo, aunque se disfraza con el simpático carácter de propina, en realidad no es más que una simple y moderna comodidad, floración de última hora de la vida urbana.

Cuando un hombre mató a su hermano “por el amor de una mujer”, el cronista debió “opinar” sobre el hecho pese a no entender lo que había pasado, dado que “la profesión nos obliga”. Para José María Peña (bajo el seudónimo de *Tristán*) el periodista es “de los animales conocidos, el único capaz de explicar lo que no entiende”. Juan Carlos Faig (firmando como *El Cojo Quiñones*) fue cuestionado por unos de sus personajes ficticios cuando citó a Nietzsche para analizar los problemas del tránsito en Montevideo:

—Por filosofía no resolvemos el tráfico; lo explicaremos o lo relacionaremos y nada más.

—No me interesan las soluciones materiales, sino la especulación puramente racional.

¹⁹¹ Mario Radaelli, “Una noticia”, 5 de julio de 1934, p. 3; “Horripilante suceso. Un niño de tres años cae y muere dentro de una olla de agua hirviendo”, en *El Diario*, 13 de agosto de 1925, p. 10; “Dice un colega...”, en *El Diario*, 14 de agosto de 1925, p. 7.

Las agresiones que un “padre desnaturalizado” cometió sobre sus hijos en enero de 1925 llegaron a conocimiento del cronista mediante las “formas escuetas” de los partes policiales y por eso la noticia habría sido breve si se hubiera limitado a contar lo que sabía, pero dado que eran varias las “causas predominantes” que, a su juicio podrían servir para explicar el hecho (la reciente viudez del hombre, su alcoholismo) también se prestaba para “el comentario extenso” donde dar rienda suelta a las especulaciones. Sobre la vida de *Milonguita* (personaje de un tango que representaba la tragedia de aquellas mujeres seducidas y luego corrompidas por la vida del cabaret) se podía saber más que lo que decía la canción mediante un reportaje a la personificación de su espejo; el mismo recurso se empleó semanas más tarde con un gato, cuyo punto de vista servía para ilustrar el del *flaneur*, tantas veces adoptado por la crónica: “si un hombre que se encarama a una torre ve veinte episodios risueños en diez minutos, ¿qué no habremos visto nosotros, en nuestro eterno ambular por azoteas, torres y tejados”: La mujer que por esos días baleó a dos vecinos fue en principio calificada como “la brava, heroína digna del romancero [...] de vida [...] inquietante y misteriosa.[...] su nombre, su figura y sus hazañas han ascendido ya del plano de lo real, para entrar en los dominios de la leyenda”, pero algunos días después el cronista reconoció que se había pasado de la raya en lo concerniente a la imaginación:

esta crónica pondrá fin a una fantasía quiijotesca. Hemos soñado un poco, —colectivamente— imaginando una aventura de castillos embrujados y princesas encantadas, cuando solo existían en realidad unos pobres molinos de viento. Doña Carmen de Aguilar, es una buena, una infeliz mujer que vive consagrada al amor y al cuidado de su esposo enfermo. Es una indígena amable, obsequiosa, que evoca la dulce y sumisa figura de las indias.

La “alarmante serie de episodios de carácter policial” que por esos días asolaba Montevideo estaba constituida por sucesos

realmente graves, que en verdad, no necesitan en absoluto del limitado ingenio o de la mecanizada habilidad del redactor, para aparecer emocionantes. Por sí solos, dada su indiscutible trascendencia, resultan interesantes y llenan con creces el objetivo de estas crónicas

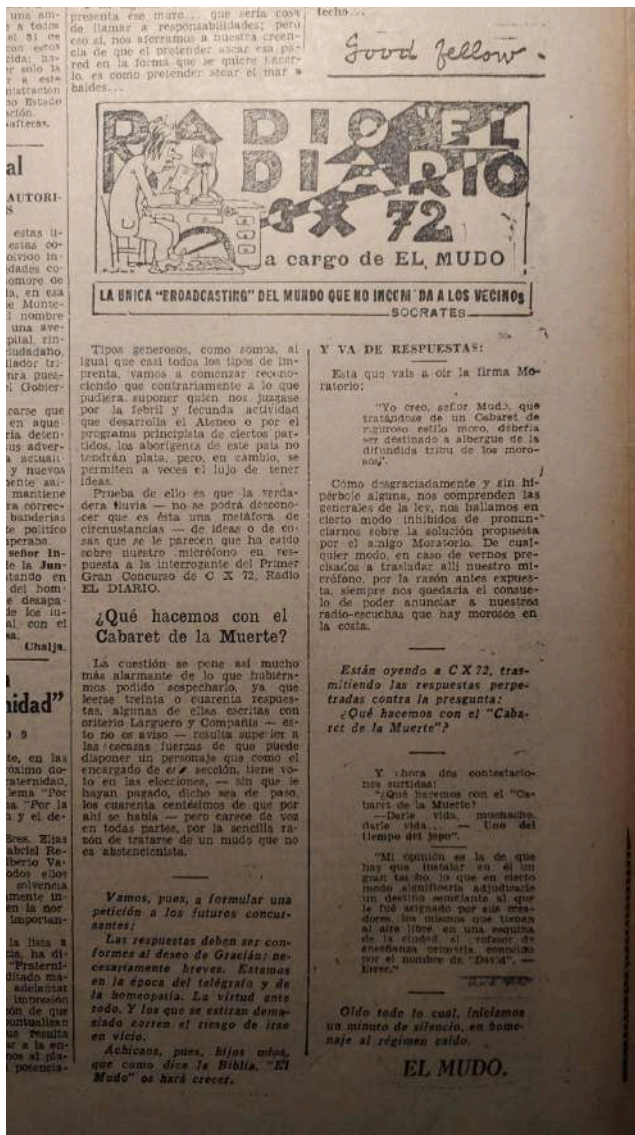
lo cual equivalía a decir que el ingrediente principal de un “un plato fuerte” era la imaginación del redactor, principio que, paradójicamente, incluso calificaba para el texto donde se negaba

su uso, ya que el “grave suceso” que lo ameritaba no era más que la intoxicación de ocho personas tras beber leche recién ordeñada.¹⁹²

La crónica también incorporó las novedades tecnológicas que se estaban produciendo en otros medios de comunicación. En estos casos, la “modernidad” venía dada por su alusión o, incluso más, por la construcción de los textos con herramientas que los cronistas importaban de medios ajenos a la cultura escrita. En 1926 *El Diario* inauguró la sección “Reportajes telefónicos”, que prometía un contacto más veloz y directo entre los protagonistas del panorama boxístico y sus aficionados, aunque en rigor solo se diferenciaba de otros tipos de reportaje en la aclaración de que para componerlos “hicimos funcionar el 3090 central”. La radiodifusión (sus códigos de comunicación, incluso su misma práctica) fue incorporada en 1931, cuando comenzó a emitir “información [y] material humorístico de política, actualidades, teatros, carreras y football” a través de “radio diario de última hora. El Espectador CX 14”. En febrero de 1932, la adhesión del Sindicato de Artes Gráficas a una huelga general impidió la publicación de los diarios de Seusa y para remediarlo la empresa decidió “transmitir una información completa de los acontecimientos que se desarrollen dentro y fuera de fronteras, por intermedio de la estación Radio Monte Carlo CX 20”. En 1933, *El Diario* comenzó a publicar una columna que emulaba el periodismo radial: “si desde la radiotelefonía se pretende hacer periodismo, resulta perfectamente legítimo que desde el periodismo se haga o pretenda hacer radiotelefonía”; firmada por “El Mudo”, reproducía ficticios jingles publicitarios y canciones populares para después hablar de fútbol y política con un estilo juguetón que defendía el principio de que lo más importante en una crónica era

¹⁹² “La propina del centésimo”, en *El Diario*, 6 de agosto de 1923, p. 3; “Por el amor de una mujer, un hombre mató a su hermano, de tres balazos”, en *El Diario*, 23 de octubre de 1928, p. 4; Tristán [José María Pena], “Visiones de viaje. Un cronista entre muchos personajes”, en *El Diario*, 3 de setiembre de 1934, p. 3; El Cojo Quiñones [Juan Carlos Faig], “Ensayos a contraluz. Para elegir: entre detenerse o subirse a un balcón”, en *El Diario*, 18 de mayo de 1928, 3; “Un padre desnaturalizado”, en *El Diario*, 8 de enero de 1925, p. 10; “Reportajes más o menos inverosímiles. El espejo de Milonguita nos cuenta”, en *El Diario*, 4 de agosto de 1925, p. 3; “Reportajes más o menos inverosímiles. Cuatro palabras cambiadas con ‘Morrongo’”, en *El Diario*, 30 de agosto de 1925, p. 3; “Una mujer extraordinaria. Doña Carmen, la brava, heroína digna del Romancero”, en *El Diario*, 9 de agosto de 1925, p. 2; “Prosaico epílogo de un episodio heroico. Doña Carmen de Aguilar, mártir de su amor conyugal”, en *El Diario*, 12 de agosto de 1925, p. 10; “Ocho personas intoxicadas. Las víctimas bebieron leche recién ordeñada”, en *El Diario*, 13 de agosto de 1925, p. 10. El tango *Milonguita* y la crónica ampliatoria publicada por *El Diario* forman parte de un repertorio textual integrado también por folletines y revistas orientados a la lectura de mujeres, adolescentes y jóvenes de sectores medios y populares. Beatriz Sarlo señala los rasgos principales de esa literatura popular: “el relato representa a las mujeres casi siempre lejos del cúmulo de repetidas tareas cotidianas que constituían la rutina de la madre de familia, de la hija soltera, de la empleada o la costurera. Pasan como sombras por el mundo del trabajo, que no aparece tematizado, y se presentan libres de las tareas que encadenan su servidumbre real. Desde la perspectiva de sus lectoras de capas medias y populares, son mujeres felices aunque su destino sea la desdicha, por la frustración de sus pasiones o por tener que pagar las consecuencias que trae haberse entregado a ellas. Son mujeres cuyo mundo está todo centrado en el deseo, un impulso ininterrumpido que las mueve desde el comienzo al fin de los relatos” (Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos...* op. cit., pp. 9-50).

hablar de la actualidad aunque no se supiera cómo: “no hay ‘speaker’ completo sino es capaz [...] de explicar lo que no entiende. Y este servidor presume de ser un speaker completo. Modestia que uno tiene”. Al año siguiente, *El Diario* comenzó a transmitir partidos de fútbol por radio: las transmisiones “ofrecen tanta veracidad que dan la sensación al oyente de estar presenciando los matches”, “llevan al aficionado al mismo campo de juego sin alejarlo de su receptor”, permiten “imprimir el ‘film’ de cada match”.¹⁹³



71

¹⁹³ “Magno suceso”, en *El Diario*, 19 de agosto de 1923, p. 3. “Reportajes telefónicos”, en *El Diario*, 2 de febrero de 1926, p. 8, “EL DIARIO y ‘La Mañana’ durante la huelga”, en *El Diario*, 11 de febrero de 1932, p. 3; El Mudo, “Presentando al speaker. La única broadcasting del mundo que no incomoda a los vecinos”, en *El Diario*, 22 de mayo de 1933, p. 3; El Mudo, “Radio ‘El Diario’ CX 72. A cargo de El Mudo. La única broadcasting que no incomoda a los vecinos”, en *El Diario*, 7 de julio de 1933, p. 3 (imagen 71); “El Diario en la onda...”, en *El Diario*, 17 de julio de 1934, portada; “Un éxito completo alcanzó la transmisión de EL DIARIO para Argentina y Uruguay”, en *El Diario*, 17 de julio de 1934, p. 11; “Las transmisiones futbolísticas de EL DIARIO ofrecen...”, en *El Diario*, 28 de julio de 1934, portada; “Las transmisiones de ‘EL DIARIO’ son tan veraces...”, en *El Diario*, 28 de noviembre de 1934, portada; “Todo el mundo contenido”, en *El Diario*, 31 de diciembre de 1935, p. 11.

2.9.2 Entretenimiento y ficción

Si *El Diario* presumió de ser un diario moderno, esto también se debió al énfasis en los contenidos dedicados expresamente al entretenimiento y en la adopción de recursos narrativos propios de la ficción. “El telégrafo dejará de ser veraz a veces” y “a través del cable todas [las] noticias toman un ligero tinte a... bluff”, solían señalar los sueltistas, como si quisieran explicitar el pacto de lectura que embecía a sus textos, “pero nunca, en ningún instante, deja de ser pintorescamente atractivo”. A diferencia de lo que ocurría en “los tiempos de antes”, cuando “la prensa sería [...] amanecía, todas las mañanas de pechera dura y cuello militar, salvando al país, en todos sus aspectos”, ahora la prensa también debía ser divertida.¹⁹⁴

La crónica policial fue el género donde con más claridad se expresó ese objetivo, quizá debido a la percepción de que era —en palabras de un anónimo sueltista cuando celebró una jornada especialmente fecunda en cuanto a delitos— “el plato informativo de preferencia popular”: la fotografía cumplía el rol de “llevar al lector ávido de lo sensacional, el reflejo crudo de la tragedia”, mientras que el texto se encargaba de mantenerlo pegado a la página mediante el “léxico más o menos sentimental o filosófico y el lugar común siempre de efecto, en las mentes sencillas”. Pero estos recursos partían de un base extra mediática, que era la natural inclinación de las personas ante los hechos de sangre: “claro está que la curiosidad de las gentes es, siempre, en estos casos principalmente, por demás imperiosa”, señaló un cronista en 1925, al indicar que la policía no había podido trabajar normalmente tras un accidente de tránsito debido a que “un público numeroso hallábase estacionado en torno del cadáver, [...] ávido siquiera de echar una mirada sobre el destrozado cuerpo de la víctima”. Lo mismo venía a indicar el numeroso público que al año siguiente se reunió en una sala de audiencias para presenciar el inicio de un juicio por homicidio: “fueron muy numerosas las personas que concurrieron al acto de hoy, retirándose más tarde al extremo de dejar casi despejado el salón de audiencias, una vez satisfecha su curiosidad de ver de cerca al terrible criminal”.¹⁹⁵

¹⁹⁴ “Dos extremos, dos testas y un solo error”, en *El Diario*, 16 de julio de 1931, p. 3; “Canibalismo gitano”, en *El Diario*, 4 de marzo de 1927, p. 3; “¡Qué tiempos aquellos!”, en *El Diario*, 28 de diciembre de 1935, p. 3.

¹⁹⁵ “Viento norte, puro”, en *El Diario*, 21 de enero de 1924, p. 3; “El trágico accidente de esta mañana. Hombre atravesado por la lanza de un carro”, en *El Diario*, 20 de agosto de 1925, p. 10; “Calor y tragedias”, en *El Diario*, 13 de enero de 1929, p. 3; “El juicio público de hoy”, en *El Diario*, 9 de junio de 1926, p. 3 (**imagen 72**).



72

La imagería canonizada por cine y la literatura de ficción proveyó un marco de inteligibilidad al delito. Por eso, el supuesto líder de una organización de proxenetismo detenido por la Policía en 1935 era “alto, buen mozo, bien trajeado [con] una sonrisa recalcada en un bigote americano, muy ‘chic’, de lo último logrado en los campos en que reina Adonis”, estereotipo de villano cinematográfico que el propio diario ya había señalado como grotesco: “el papel [...] de los hombres con bigote en la películas estadounidenses es siempre un feo papel [...]. El traidor tiene bigotes, los tiene el ladrón, el haragán y el seductor [...] y el jugador siempre que es tramposo también los tiene”. La agresión de un hombre a una mujer que no había correspondido a su declaración de amor (un intento de homicidio y suicidio que, por fracasado, era motivo de burla) reunía los elementos de un sainete:

—Siento por usted, señorita, una pasión volcánica. [...] Desde anoche que la vi, no pude conciliar el sueño. Ni trabajo ni como. Ni toco el trombón ni respiro...

—¡Jesús! Usted se va a morir.

—Por usted, vidita, por usted!... Dígame que sí.

—Que sí, que está loco.

—Dígame que me quiere, que me ama, que me adora... [...]

—Qué horror! Váyase que viene mi novio, que es carnicero.

—¿Y qué hay?

—Que trae el hacha de picar huesos!

—Sálvese quien pueda, San Genaro!

La huida, ante la casual presencia de un policía, del “enamorado” que esperó en una esquina a su amante para matarla fue un “papelón” que había privado a “los clientes de la crónica” de un deleitoso “drama pasional”. La aparición del cadáver de un hombre roído por perros callejeros fue el disparador de un largo e imaginativo símil entre perros y homicidas que revela la preocupación de los cronistas por componer textos llamativos:

se identifican aquí, con sus hambres, asesinos y perros: hambre en venganza en unos, hambre de carne en otros. Fieras han sido los criminales, como los perros, sus cómplices, cuyas fauces borraron en feroz apetito las huellas del horrible delito en la propia víctima. [...] Primero fue el cuchillo cobarde hundido en la garganta del caído; después fué el diente desmenuzador trabajando en la muerta entraña; primero fue la traicionera emboscada durante la noche, después la ululante ronda de los famélicos canes atraídos por el olor de la presa...

Por el contrario, cuando una disputa en una cantina entre dos gallegos concluyó en homicidio, el episodio fue narrado en tono de comedia:

cenaron opíparamente, rociando la succulenta cena con buen vino. De ahí que pronto los zumos alcohólicos hicieron presa de los contertulios. Terminada la jornada, José María López, que goza de fama de buen gaitero en las tenidas del campo Español, obtuvo el instrumento de su predilección y a fuerza de soplar consiguió deleitar a la concurrencia con algunos “aireñes da miña Terra”. Todos opinaban que López soplando la gaita era un excelente instrumentista, pero Ángel Pérez opinó lo contrario.

Y el mismo tono fue empleado algunos años después para dar cuenta del robo de unos chorizos en un bar

(gritos del empleado del mostrador, alboroto de los camareros y de algunos parroquianos y fuga del raspa que lleva la “chorizada” como si fuera un collar de perlas. Llega la Policía de la 1^a, sale en busca del hombre-gato y lo encuentra cerca de lo que va a ser en alguna fecha la Rambla Sur, deglutiendo uno de los chorizos, habiendo pasado ya a mejor vida el primero)

lo cual revela el carácter a la vez estereotipado y versátil de la crónica policial, en cuyos moldes cabían desde un homicidio hasta un robo menor. Y es que, como dijera un sueltista, “el cronista policial [...] junto con el desayuno toma las primeras medidas, lucubrando un sentido acápite; que solo varía en las circunstancias y... por los efectos”, lo cual equivalía a señalar —además de su afición por la bebida, que alimentaba el mito de su vida bohemia— que redactaba parte de sus textos antes de tener información (de ahí las largas introducciones genéricas) y luego los rellenaba con la narración específica relativa al delito del día.¹⁹⁶

¿ESTA A LA VISTA UNA ORGANIZACION INFAME?

Supuestos traficantes criollos secuestraron a una mujer, impulsándola a la prostitución con castigos y vejámenes

Es indudable que todo o casi todo crimen, misterioso o vulgar, queda a la luz meridiana, iluminado la luz de las voces serenas de calle. Los acontecimientos impresionantes. Uno es más feliz.

Cuando viera al doctor se había preguntado de qué vive y de dónde sale dinero para hacer frente a las necesidades y cumplir con los requisitos de una vivienda suntuosa, “su domicilio es” un edificio que se eleva sobre un terreno de gran extensión y café, un terreno muy fértil. Cuando viera más el campo se había echado sus cálculos con calma al campo irreflexivo?

Tarde o temprano, repetimos, estos presuntos traficantes “de moda” se van a dar a conocer sus verdaderas intenciones que apuntan a la explotación. Así arrojan al registro de inmigrantes a la constitución de una de sus empresas.

Los traficantes ahora están poniendo a la vista una organización criminal y devoradora de la familia establecida en los límites nacionales.

UNA MUJER LESIONADA

Hay, en las primeras horas, un guardia civil de la división 11-a que marcha de recorrido por la Avenida Larrucea, al cruzar la calle Arrieta, había tropezado en el suelo a una mujer sin conocimiento. Uno de los policías le cubrió el cuerpo, malamente.

Cuando el policía vendió hasta reconocer, pudo hacerse cargo de que algo grave había sucedido. Momento en que se llamaron a los servicios de la Asistencia Pública, los auxiliares de la Sección de Inmigrantes y el médico de la Sección de Inmigrantes para que examinara los primeros síntomas de la mujer.

Cuando una historia que ocasionó verdaderos sucesos en su vida, como si fuera un caso que por otros días hubiera sido un caso de los días.

UN AMIGO

Vino de la ciudad de Mercedes a ganarse la vida como sirvienta, y la querían convertir en carne de la calle, para todos

El día. La seguridad de la noche y el hecho de que la gente de la casa estuviera enterada de que una familia de patas y dos muchachos —cuando las cosas van idénticas, guardándose y dedicadas a lo mismo—, por eso a la destitución. No pudo ir muy lejos; la debilidad le volvió con el cruce de la calle en la esquina de Larrucea y Arrieta y cayó sin sentido, volando hasta al suelo de la calle.

Cuando el guardia civil encontró la víctima vio en él. Él era un gran chico de... desgraciado. Creía estar de nuevo en poder de los criminales, una vez más veía un justificado marchando recto a su rostro, y un látigo que se levanta sobre sus hombros.

Era mañana cuando en la sala “Pedro Riquelme” del Hospital Militar, rodeado con una mirada insostenible en su rostro y un cuerpo que se levanta. A cada instante preguntada a los enfermos dando un momento al estado de “Paco” (Paco) está, al “Paco” se vendían a beneficio...

Prevenimos también de importancia es el cuerpo, señal: cristianos de galletas recibidos y un desequilibrio mental, que disminuye cada vez, aumentando de la debilidad y del miedo que sólo se muestra.

Con los informes proporcionados por la policía, se ha puesto en rápida marcha para dar con el paradero de los presuntos traficantes, víctimas de los “monstruos” de poca conciencia.

La policía busca hombres, pero guarda silencio. Queriendo que cada intervención la presente y proteger la obtención del delito que se violaba.

LO QUE QUERIAN

El uso de recursos de la ficción para captar el interés de los lectores fue más evidente en otro tipo de contenido al que *El Diario* echó mano frecuentemente: las crónicas ilustradas

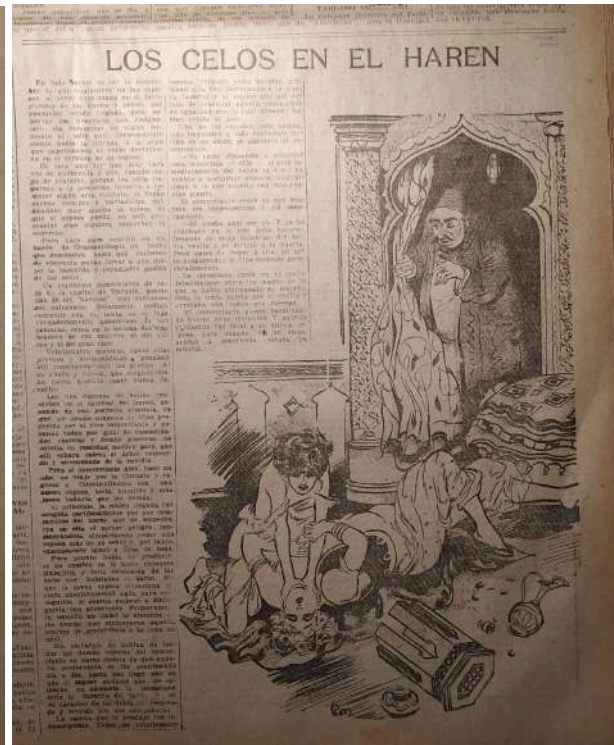
¹⁹⁶ “Lo grotesco en el cine. El bigote”, en *El Diario*, 26 de agosto de 1923, p. 2; “¿Está a la vista una organización infame?”, en *El Diario*, 28 de febrero de 1935, p. 18 (imagen 73); “La aventura de un Tenorio trágico. Fracasado en una conquista, agrede a la dama de sus ensueños y le desfigura el rostro de un navajazo”, en *El Diario*, 22 de agosto 1923, p. 9; “El fracaso de un enamorado. Se asusta de matar y huye, haciendo un papelón”, en *El Diario*, 16 de enero de 1924, p. 10; “El cadáver de un hombre que había sido ferozmente decapitado aplacó el hambre de los perros hambrientos en los chircales de Marco López”, en *El Diario*, 19 de febrero de 1926, p. 10; “El trágico suceso de anoche. En la cantina ‘El Racimo’ un hombre fue muerto de un balazo”, en *El Diario*, 7 de junio de 1926, p. 10; “A Alfredo Iglesias lo incitó la carne... de unos chorizos”, en *El Diario*, 19 de julio de 1934, o. 16; “Calor y tragedias”, en *El Diario*, 13 de enero de 1929, p. 3. Vale precisar los términos del “drama pasional”, fórmula que sintetizaba aquellos casos donde el homicidio sí llegaba a producirse y cuya legibilidad venía dada por el grado de apego de sus “protagonistas” a los roles de género establecidos: el homicidio se condenaba cuando la víctima era una buena madre y esposa y se justificarse veladamente cuando había provocado o desafiado al varón, mientras que el victimario —dependiendo del previo comportamiento de la víctima— bien podía ser un “monstruo” como un “buen hombre” empujado al crimen por la fatalidad.

sobre hechos espectaculares ocurridos en el extranjero. Habitualmente se trataba de crímenes, tragedias o peripecias que tenían como protagonistas a personajes extravagantes (aristócratas, científicos, aventureros, millonarios, militares) narradas e ilustradas con un estilo que los acercaba al de los cuentos de aventuras. Vale la pena ofrecer una vasta —aunque por mucho incompleta— recolección de estas historias, a fin de representar el espectacular mundo imaginario disfrazado de realidad al que accedían diariamente los lectores: en ellas podía encontrarse al militar francés que, enterado de la infidelidad de su esposa, sometió a los hijos de ambos la decisión de si debía matarla o no; al pirata estadounidense que contrabandeaba alcohol en las costas de Nueva York; al estibador estadounidense que se hizo millonario mediante especulaciones financieras; a la aristócrata británica que penetró en los misterios del mundo árabe para enfrentarse con ladrones, piratas y tratantes de esclavos; a las bailarinas “de fama europea” que escandalizaban París con sus aventuras; a los miembros de un jurado estadounidense que debieron ponerle valor monetario al amor de una esposa infiel; a la mujer estadounidense que durante siete años fue recluida en un manicomio por una tutora que quería quedarse con su herencia; a la turista francesa que, tras no aceptar la propuesta matrimonial de un príncipe turco, fue secuestrada por él y torturada hasta la muerte; al fantasma que se aparecía ante los viajeros que recorrían un lago en Inglaterra desde que los restos del cuerpo al que había pertenecido fueron excavados y removidos por un grupo de científicos; a la botella arrojada al mar por un marinero estadounidense justo antes de morir asesinado y en cuyo interior se hallaba la clave para dar con el victimario; a la mujer estadounidense que, en su lecho de muerte, eligió la futura esposa de su esposo “para que sus hijos tengan otra madre”; a la odalisca del harem turco que mató a otra de las esposas de su marido a causa de los celos; a los dos asaltantes estadounidenses que secuestraron a una mujer y la dejaron atada a un árbol y al psicólogo estadounidense capaz de hablar con los muertos. Lo ficticio de esos casos no eran necesariamente los protagonistas (de hecho, algunos como Benjamin Hampton, Frank Auditore y las hermanas Dolly eran reales, por lo menos tan reales cómo pueden serlo los personajes mediáticos) sino la espectacularización textual y visual de sus vidas. ¿Cómo, sino gracias a la imaginación del redactor, podríamos saber que Lena Derblay, la turista francesa torturada y asesinada por el príncipe turco Izzadine, había sufrido tan terrible destino, si es que el asesino le había asegurado que “el consulado no sabrá jamás dónde está usted ni la suerte que le espera”?¹⁹⁷

¹⁹⁷ “El honor del nombre la condenó a muerte”, en *El Diario*, 4 de julio de 1924, p. 9; “El contrabando de alcoholes en las costas del norte”, en *El Diario*, 5 de julio de 1924, p. 9; “De estibador a millonario en pocos días. Y como se hizo famoso Frank Auditore”, en *El Diario*, 7 de julio de 1924, p. 10; “Desafiando la muerte en las soledades de Arabia. Rosita Forbes, conocida en la sociedad londinense...”, en *El Diario*, 17 de julio de



75



75

A estos contenidos semi ficcionales debe agregarse la publicación de ficciones en toda la regla, presentes en la sociedad londinense desde los primeros números de *El Diario* y permanentes por lo menos durante todo el período abarcado por esta investigación. “Nuestros folletines”, diría un sueltista en 1923, obedecen a “nuestro deseo de ofrecer a los lectores producciones breves de los mejores autores contemporáneos”; eso alimentó las secciones “Novelas breves” o “El cuento de hoy”, que dominaron la veta ficcional hasta 1932, cuando fueron reemplazadas por historietas como “El Ratón Miqui” o “Connie, la chica detective”. De hecho, las historietas de Mickey Mouse se transformaron en uno de sus principales atractivos, al punto tal que en 1933 debió justificar su momentánea suspensión y dos semanas después, cuando volvieron a aparecer, comunicó la novedad en portada como si fuera la noticia más importante del día. En junio de 1934, las historietas ya ocupaban una página entera, en una sección titulada “Amenidades” y al año siguiente, al inaugurar su “suplemento cómico y policial”, se jactó de

1924, p. 8 (imagen 74); “Una aventura de las hermanas Dolly. Las populares bailarinas pagan una multa por escándalo en las calles de París”, en *El Diario*, 21 de julio de 1924, p. 6; “El amor de una esposa infiel no vale un dólar”, en *El Diario*, 21 de julio de 1924, p. 6; “Recluida indebidamente en un manicomio durante siete años”, en *El Diario*, 24 de julio de 1924, p. 10; “Los tormentos de la inquisición en pleno siglo XX”, en *El Diario*, 26 de julio de 1924, p. 12; “El fantasma que no quería que sus restos fueran tocados”, en *El Diario*, 30 de julio de 1924, p. 10; “La acusación de ultratumba”, en *El Diario*, 14 de enero de 1925, p. 10; “¡Cásate con Clara! Pidió la esposa agonizante”, en *El Diario*, 18 de enero de 1925, p. 6; “Los celos en el harem turco”, en *El Diario*, 18 de enero de 1925, p. 9 (imagen 75); “Dos muchachos condenados a setenta años de cárcel”, en *El Diario*, 26 de enero de 1925, p. 10; “El hombre que vivió treinta años entre los muertos. De como el Dr. Wickland puede hablar con los espíritus”, en *El Diario*, 8 de agosto de 1925, p. 4.

ser el primer diario uruguayo en publicar historietas y comenzó a publicar una tira de autoría local, “Peloduro. Vida y milagros de un campeón profesional”.¹⁹⁸



2.9.3 Primicia y simultaneidad

Otro rasgo por el cual *El Diario* señaló su carácter moderno fue su relación de “actualidad” con las cosas. Como señaló un corresponsal en 1926, los diarios modernos “desde hace más de cuatro o cinco lustros” habían logrado la globalización y actualización de la información y la cultura: “lo que hoy sucede, mañana es sabido por centenares de millones de nuestros coetáneos” y llegaría un día en que el propio medio desaparecería y “todo ser humano [podrá] comunicarse con otro cualquiera en un paraje remoto de nuestro globo”, pero hasta entonces, gracias al telégrafo y la radio, la palabra “repercute en un mismo momento en

¹⁹⁸ “Nuestros folletines”, en *El Diario*, 9 de julio de 1923, p. 3; “Novelas breves. Los espectros, por Leonidas Andrew”, en *El Diario*, 20 de julio de 1923, p. 2; “Nuestros folletines. Alma y cuerpo, por Pedro de Repide”, en *El Diario*, 22 de julio de 1923, p. 2; “El cuento de hoy. La viudita del barrio”, 22 de enero de 1924, p. 6; “El cuento de hoy. La peregrina doctora”, 4 de julio de 1924, p. 9; “El ratón Miqui. Por Walt Disney”, en *El Diario*, 1 de octubre de 1932, portada; “Connie, la chica detective”, en *El Diario*, 14 de marzo de 1933, p. 5; “El ratón Mickey. Momentánea suspensión de la historietita”, en *El Diario*, 14 de marzo de 1933, p. 12; “¡Llegó el ratón Mickey!”, en *El Diario*, 28 de marzo de 1933, portada, “¡Mamita, no está miquito!”, en *El Diario*, 7 de diciembre de 1934 (imagen 76); “Amenidades”, en *El Diario*, 3 de julio de 1934, p. 15; Julio E. Suárez, “Peloduro. Vida y milagros de un campeón profesional”, en *El Diario*, 2 de diciembre de 1935, p. 15.

más de 30.000 periódicos con una tirada de millones de ejemplares”. Consumir un diario “moderno” era más un hábito que una práctica consciente, al punto tal de que el papel podía concebirse como un apéndice corporal: “pocos seres humanos habrá dentro del mundo civilizado, que no estén acostumbrados a considerar la existencia del periódico como una de las cosas más naturales del mundo”.¹⁹⁹

Es que la ansiedad de saber era el signo de la época y, por lo tanto, la demanda que un diario moderno debía satisfacer. Francisco Campolongo, enviado especial a los Juegos Olímpicos de París en 1924, dió cuenta de ello cuando cruzaba el océano Atlántico de regreso a América:

entre las muchas cosas buenas que tienen los viajes, existe un inconveniente que, de subsanarse haría casi ideal la vida a bordo. Nos referimos a la falta de noticias relacionadas a los acontecimientos que se desarrollan en el mundo, y que permanecen ignoradas por la persona que viaja. Esto fue lo que aconteció cuando se realizó el match semifinal por el campeonato olímpico de football. Sabíamos por un despacho radiotelegráfico enviado por EL DIARIO, que nuestros colores habían conseguido salir victoriosos de la difícil prueba, pero como es humano ser exigente, nos preguntábamos con unánime ansiedad ¿quién había hecho los goals? ¿qué cuadro había actuado? ¿cómo han jugado nuestros contrarios? Nadie podía contestar a esas preguntas.

Por eso, apenas bajó del barco, fue a recorrer las sedes de los principales diarios de Río de Janeiro en busca de noticias. El mismo deseo movía, todos los días en Montevideo, al anónimo “hombre, de americano sobretodo y bufanda de lana, que [...] lee los pizarrones de la prensa” y “al pueblo” minutos después del asalto al Cambio Messina: “en todo lugar lo comenta con interés y se lanza a la calle en busca de noticias. [...] En los cafés, en los teatros, a la vuelta de cada esquina, se oye la inquietante pregunta: ‘¿quiénes son los asesinos?’”. Un trance similar atravesó —aunque desde el otro lado de la noticia— el piloto del avión del diario *Crítica* de Buenos Aires quien, a fin de trasladar a tiempo las fotos tomadas al príncipe de Gales durante su visita a Montevideo, emprendió viaje aunque supiera que el motor no estaba en buenas condiciones y se estrelló a poco de levantar vuelo.²⁰⁰

¹⁹⁹ “Correo de El Diario. De Alemania. El primer gran periodista europeo”, en *El Diario*, 29 de mayo de 1926, p. 2.

²⁰⁰ “Correspondencia de Francisco Campolongo”, en *El Diario*, 17 de julio de 1924, p. 8; “El avión del diario ‘Crítica’ se precipitó en mitad de su viaje”, en *El Diario*, 14 de agosto de 1925, p. 12; “Panorama urbano. Armonía y ocio”, en *El Diario*, 1 de agosto de 1923, p. 3. “EL DIARIO organizará una colecta para premiar a

Para satisfacer esa demanda (“la imaginación de las gentes se adelanta frecuentemente a los sucesos”) *El Diario* debía producirse en forma simultánea a los hechos. Cuando en 1927 la Policía irrumpió en la finca de La Unión donde estaban ocultos los asaltantes del Cambio Messina, “solo hicieron acto de presencia, como representantes de la prensa, los cronistas y reporters gráficos de EL DIARIO”, lo cual coronó “largas horas y largos días de vigilancia, andanzas interrumpidas” y un seguimiento al dedillo de “todos los pasos dados por la policía de la capital, de [...] innumerables allanamientos, para luego seguir velando en la redacción atentos a los pormenores y a las noticias que debíamos brindar a nuestros lectores”. El fracaso de la Policía sería no dar con los delincuentes y el de *El Diario* no estar allí cuando sucediera la captura, por lo cual

pasamos más de una noche desvelados en el interés de seguir los pasos de la policía [...] Con todo, no se nos escapaba que un segundo de vacilación podía llevarnos al fracaso. Y es casi lo que nos pasa anoche, si no hubiéramos tenido la ocurrencia de recorrer la ciudad en varios automóviles. [...] Recién a las 4 de la mañana, poco antes de procederse a la revisión de la finca de la calle Juan J. Rousseau nos encontrábamos por sus proximidades gracias a que el fotógrafo que nos acompañaba distinguió en uno de los camiones que habían conducido a la tropa un letrero que decía ‘Policía de la capital’.

Y cuando en la ciudad de Colonia circularon rumores sobre un tesoro escondido, *El Diario* envió un cronista y un fotógrafo “para que el lector, desde su casa, en la calle, en el tranvía o en el ómnibus [...] no sienta deseos de ir a Colonia, porque Colonia vino hacia él”. Si las palabras podían ser puestas en duda, las fotografías constituían prueba indudable de este solapamiento con los hechos; por eso, sus cronistas se fotografiaron junto al militar que señaló la gruta donde supuestamente se encontraba el tesoro, junto al asesino que entrevistaron a poco de ser detenido y a los testigos de la detención de los asaltantes del Cambio Messina.²⁰¹

quien capture o aporte datos concretos sobre los criminales. ¿Quiénes son?”, en *El Diario*, 27 de octubre de 1928, p. 3.

²⁰¹ “En pleno centro de Montevideo, varios sujetos robaron un auto, pistola en mano”, en *El Diario*, 2 de febrero de 1932, p. 10. “La banda de Rosigna se encuentra desde esta mañana entre rejas”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, pp. 8-12; “Manuel Udaquiola. Lo que nos ha dicho el matador del viejito Coronel”, en *El Diario*, 3 de mayo de 1928, p. 12; “Los cronistas de El Diario conversan con los almaceneros que los proveían”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, p. 12; “El público sabe por nuestro intermedio todo lo que se supone y lo que la realidad ofrece acerca de la existencia de un fabuloso tesoro en Colonia”, en *El Diario*, 23 de noviembre de 1934, p. 3; “Donde se busca el famoso tesoro de Colonia”, en *El Diario*, 23 de noviembre de 1934, portada (imagen 77).



77

No solo debía ser producirse de forma simultánea a los hechos: también debía ser el primero en narrarlos. Por eso, desde su primer número publicó “La página del último momento” (los gráficos que la simbolizaban eran un teléfono, una antena de radio y un cableado eléctrico), donde se acumulaban informaciones variopintas que destacaban solo por haberse producido cerca del cierre de la edición; colocó pizarrones en varios comercios ubicados en el centro y en las principales avenidas de Montevideo (18 de Julio, General Flores, Agraciada, 8 de octubre) a fin de “adelantar al público los sucesos más importantes que se producen durante el día [...] que verán luego ampliados en nuestras ediciones” y ofreció “nuestra opinión ligera” incluso acerca de hechos que el propio diario admitía demasiado recientes como para tener información. El destaque de la primicia obtenida “valiéndonos de los métodos del periodismo moderno” fue una suerte de mantra que actualizaba día a día la idea de que *El Diario* era un correlato simultáneo de la realidad: “fuimos los únicos en informar” sobre el ataque a balazos que sufrió Roberto Porto a manos de su esposa; “el primero en lanzar la noticia” de la captura de cinco falsificadores de billetes

de lotería; el diario que “adelantó a sus lectores una información de impresionante calibre [...] llevando la emoción a todo Montevideo” cuando un accidente dejó varios muertos; el que con su “reportaje obtenido del comandante [Ramón] Franco [ofreció] a sus lectores una indudable y sensacional primicia”; el primero en “lanzar a la publicidad” la captura de cinco “terroristas”; el que publicó una “sensacional primicia gráfica” sobre el incendio intencional de un comercio y el que adoptó la tecnología de la radiodifusión para que el público pudiera “conocer instantáneamente” la marcha de los partidos de fútbol disputados por la selección uruguaya en Argentina (“las transmisiones futbolísticas de EL DIARIO ofrecen tanta veracidad que da la sensación al oyente de estar presenciando los matchs”). El mismo destaque realizó con respecto a la información extranjera: “nuestros servicios telegráficos [...] registran con sensibilidad de sismógrafo cuanto suceso ocurre en el mundo, capaz de estremecer una epidermis”. Esa era la causa —y no el acceso clandestino a información telegráfica oficial, vía su propietario y a la vez ministro de Relaciones Exteriores, Pedro Manini Ríos, como denunció el diario *El País* en 1924— de sus ventajas con respecto a otros diarios en cuanto a la información internacional:

si tanto EL DIARIO como “La Mañana” han podido, pues, ofrecer a sus lectores copiosa información sobre los acontecimientos políticos de nuestros vecinos del norte, no se debe a que tengan privilegios de que no disponen, sino a que tienen contratados los servicios de dos agencias noticiosas de indiscutible crédito: la Austral y la Havas, utilizando también los de la Americana, y, además, han contado siempre con activos corresponsales.

Once años después reafirmó su carácter vanguardista en este campo mediante la republicación de una nota sobre su sección telegráfica producida por la Revista Telegráfica Argentina, donde se destacaba que los diarios de SEUSA habían implantado un moderno sistema de radiotelegrafía que permitía “brindar a nuestros lectores primicias absolutas sobre sucesos de resonancia mundial, aventajando a los más poderosos y organizados diarios argentinos y brasileños”.²⁰²

²⁰² “La página del último momento”, en *El Diario*, 6 de julio de 1923 (**imagen 78**); “Informaciones de El Diario”, en *El Diario*, 1 de julio de 1924, portada; “El combate de ayer en Nueva Jersey”, en *El Diario*, 13 de julio de 1923; “La pinché pa quitarme el daño”, en *El Diario*, 22 de octubre de 1934, p. 12; “El sangriento suceso de la calle Florida”, en *El Diario*, 1 de julio de 1924, p. 10; “Cómo realizaban sus hábiles ‘trabajos’ los audaces delincuentes. La adulteración de billetes de lotería”, en *El Diario*, 5 de agosto de 1925, p. 10; “Doloroso e impresionante tributo a la fatalidad es la tragedia de ayer”, en *El Diario*, 1° de junio de 1935, p. 12; “Las manifestaciones de Franco para El Diario”, en *El Diario*, 25 de febrero de 1926, p. 3; “Cinco peligrosos terroristas se hallan en las garras de nuestra policía”, en *El Diario*, 9 de junio de 1926, p. 3; “Una sensacional primicia gráfica de ‘El Diario’”, en *El Diario*, 29 de febrero de 1932, portada (**imagen 79**); “Un éxito completo alcanzó la transmisión de EL DIARIO para Argentina y Uruguay”, en *El Diario*, 19 de julio de 1934; “Las



78



79

Por supuesto que la actualidad de sus informaciones venía dada en gran medida por su carácter vespertino o nocturno. A diferencia de los diarios matutinos, que forzosamente debían informar sobre lo sucedido el día anterior, podía hacerlo sobre cosas que habían ocurrido apenas unas horas antes, lo cual ofrecía al lector no ya la posibilidad de estar al día con la noticia, sino casi al minuto: “en la última página damos amplios detalles sobre el suceso sangriento ocurrido está tarde”, señaló en 1929; cinco años después, la simultaneidad fue aumentada por la narración en un presente continuo que reflejaba cómo el propio texto iba tomando forma en la medida en que los hechos se estaban desarrollando:

a las 19 de esta tarde la seccional 1a nos comunica una novedad de singular importancia. [...] Se está incendiando el hospital Maciel. [...] En estos momentos, 19 horas y 25 minutos, [el incendio] está aumentando considerablemente su importancia.

transmisiones futbolísticas de El Diario ofrecen tanta veracidad que dan la sensación al oyente de estar presenciando los matches”, en *El Diario*, 28 de julio de 1934, portada; “‘Record’ informativo”, en *El Diario*, 5 de enero de 1924, p. 3; “Afirmación infundada”, en *El Diario*, 18 de julio de 1924, p. 6; “Nuestros servicios radiotelegráficos son elogiados en el extranjero”; en *El Diario*, 6 de junio de 1935, 18.

Las noticias sobre crímenes espectaculares también enfatizaron en la hora a la que habían ocurrido los hechos: “a las dos y treinta de la tarde fue asaltado el cambio Messina” tituló un texto que incluía en su desarrollo una pregunta retórica tan descriptiva como performativa: “¿es que es necesario destacar la rapidez con que la noticia de lo ocurrido se expandió por toda la ciudad?”²⁰³

Satisfacer los tiempos de la noticia exigía no solo premura de los cronistas sino también de cualquier entidad capaz de proveer información. En 1924, la Corte Electoral fue amonestada por su lentitud:

las resoluciones que ese importante organismo dicta a las doce del día [...] no se entregan [a la prensa] sino en las últimas horas de la tarde [por lo cual] las conoce el público recién por la mañana del día siguiente. [...] Llamamos la atención sobre el asunto con la esperanza de que se trate de solucionar las dificultades existentes, de modo que por lo menos pueda informarse sucintamente en los diarios de la tarde de lo resuelto por la mañana.

La oficina de prensa de la Policía fue el blanco preferido de estas críticas: “hace ya tres días que cambió de sede la Oficina de Informaciones para la prensa que mantiene la Jefatura y aún no han sido instalados los teléfonos que ligan esa dependencia con los diarios metropolitanos”. Su costumbre de pasar el parte de delitos con varios días de retraso le granjeó en 1925 el mote despectivo de “radio-tortuga”:

es menester imponerse de lo que significa el tiempo para los diarios de la tarde. Media hora perdida supone el fracaso de una información, y a veces, por cinco minutos, se atrasa en veinte una edición. No es esta la primera vez que acontece una anomalía semejante. ¿Cómo es posible que se necesiten cuatro horas de plazo para informar telefónicamente a la Oficina de Prensa acerca de un choque ocurrido a 30 cuadras de la Plaza Independencia?²⁰⁴

El valor de la primicia originó una competencia informativa que se tradujo en el desprecio o la negación de las que ofrecían otros diarios, en particular los otros vespertinos:

²⁰³ “En la última página damos amplios detalles sobre el suceso sangriento ocurrido esta tarde”, en *El Diario*, 12 de enero de 1929, portada; “Se está incendiando el hospital Maciel”, en *El Diario*, 9 de diciembre de 1934, p. 16; “A las dos y treinta de la tarde fue asaltado el cambio Messina”, en *El Diario*, 25 de octubre de 1928, p. 12.

²⁰⁴ “La Corte Electoral”, en *El Diario*, 1 de julio de 1924, p. 3; “En la oficina de prensa. ¿Y los teléfonos?”, en *El Diario*, 24 de enero de 1925, p. 12; “¿De veras? ¿No ligan? ¡Chocolate por la noticia”, en *El Diario*, 25 de enero de 1925, p. 10; “Tranvía del Norte embestido por un eléctrico”, en *El Diario*, 22 de agosto de 1925, p. 10.

“Imparcial”, en su edición de ayer, afirma ser el único diario que el sábado notició “amplia y exactamente el desarrollo del viaje realizado por el ‘Plus Ultra’ desde el puerto de Prada hasta Fernando de Noronha” y con ello “Imparcial” afirma una inexactitud. Efectivamente, EL DIARIO, con su edición del sábado publicó amplias y exactísimas noticias referentes al vuelo de intrépido aviador español, noticias cuya veracidad fue ratificada en todos sus detalles.

Tras la insistencia de *Imparcial* en la exclusividad de su información, *El Diario* republicó los radiotelegramas que demostraban que había informado de lo mismo “en el diario, que es como estamos obligando a servir al público [...] y no en pizarras”. Un año después volvió a confrontarlo por jactarse de publicar, gracias a “secretos del oficio”, cuatro fotografías del hundimiento frente a las costas de Río Janeiro del transatlántico *Principessa Mafalda*, cuando a fin de cuentas ese secreto se limitaba a pagar por ellas al fotógrafo aficionado que las estaba ofreciendo a los medios de prensa rioplatenses. En sus primeros números, como quien paga derecho de piso, *El Diario* había sido objeto de burla por contener errores en sus primicias: el 7 de julio de 1923, en su edición vespertina, *El Día* saludó al nuevo colega y “con exquisito tacto” aprovechó para señalarle que había publicado mal los números ganadores de la lotería. “En efecto”, respondió *El Diario*

siete errores contenía, perfectamente explicables para quien conozca los apremios que supone, para un diario que recién sale a la calle por primera vez, el esfuerzo que representa reproducir en sus columnas, íntegramente, el extracto de una lotería sorteada apenas dos horas antes de la salida [...] que en las versiones oficiales [...] aparecen varias horas después.²⁰⁵

Pero la competencia no venía dada sólo por otros diarios. La radio (negocio en el que Seusa, como vimos, también incursionó) fue un desafío difícil de superar en cuanto a simultaneidad y primicia, que rápidamente reemplazó u opacó algunas de las funciones informativas de los vespertinos. Esa parece haber sido la razón —y el propio sueltista admitía la suspicacia en ese sentido— de que en 1933 *El Diario* reclamara al gobierno que prohibiera la transmisión radial de carreras de caballos:

los diarios publican el resultado de las carreras **después que estás se han efectuado**, no haciéndolo, por su propia índole, minuto a minuto como las

²⁰⁵ “La ‘reclame periodística’. A lo que no hay derecho”, en *El Diario*, 1 de febrero de 1926, p. 3; “Lo dicho”, en *El Diario*, 3 de febrero de 1926, p. 3; “Tiene razón”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1927, p. 3; “Quede tranquilo”, en *El Diario*, 8 de julio de 1923, p. 3.

estaciones radiotelefónicas que, de ese modo, facilitan y crean mil oportunidades al público modesto para que juegue, sobre todo de forma clandestina.

Dos años después el problema se había agravado y el propio sistema de apuestas oficial estaba en riesgo:

el público, disponiendo de un servicio de radio minucioso y con el corredor clandestino en la puerta de su casa, es muy difícil que los domingos se disponga a pasar una tarde de frío en el Hipódromo [...] cuando con toda clase de comodidades [...] puede quedarse en su casa con la posibilidad de sacar de la reunión provecho más positivo.²⁰⁶

Cabe detenerse, finalmente, en algunos episodios reveladores del efecto de las primicias —y, por extensión, de los diarios, que eran los agentes de su producción— sobre el comportamiento de las personas. Durante la noche del 8 de febrero de 1926 circuló en Montevideo un telegrama donde se anunciaba que el aviador español Ramón Franco —ansiosamente esperado para la mañana del día siguiente tras su heroico vuelo transoceánico— no haría escala en la ciudad sino que seguiría directo a Buenos Aires:

donde más profunda decepción causó la noticia fue sin duda en el seno de la colectividad española, cuyos componentes no ocultaron la indignación que los poseía haciendo oír sus protestas frente a las pizarras de los diarios, donde se intentó organizar manifestaciones de protestas que la policía evitó prudentemente.

Sobre la 1 AM del 9 de febrero llegó el telegrama que rectificó la información y llevó calma a los numerosos comités de homenaje. Un año después, el ansia de primicias provocó efectos más violentos. A la espera de noticias sobre el paradero de los aviadores uruguayos Tyideo y Glacuo Larre Borges, José Luis Ibarra y José Antonio Rígoli —desaparecidos tres días atrás mientras volaban sobre el Mar Mediterraneo rumbo a África— las páginas de los diarios se llenaron de telegramas contradictorios; algunos informaban sobre su aparición con vida, otros aseguraban lo contrario y los de “último momento” sostenían que había sido hallado el avión pero no las personas “suponiéndose ahora que los 4 tripulantes hayan probablemente perecido

²⁰⁶ “Hay que combatir el juego clandestino”, en *El Diario*, 23 de abril de 1933, p. 3 (negritas del original); “La transmisión de carreras por radio”, en *El Diario*, 12 de junio de 1935, p. 3. Sobre las relaciones de colaboración, correspondencia y competencia entre la radio y la prensa escrita a comienzos de los años treinta en el Río de la Plata, ver: Sylvia Saítta, “¿El comienzo de una gran amistad? Periodismo escrito y radial a comienzos de los años treinta”. Ponencia presentada en Seminario Internacional de Historia de los medios en América Latina, año 2011. <https://www.youtube.com/watch?v=bNSJGwetXVM> [Acceso: 28 de julio de 2025], Mónica Maronna, op. cit. pp. 168-189.

al desplomarse el aparato”. Estos datos contradictorios convivían en las páginas de los diarios pero antes habían sido difundidos sucesivamente en los pizarrones de acuerdo a su hora de llegada. Por eso, en una misma noche, el público se enteró, primero, de que los aviadores habían sido hallados vivos; después, de que no habían sido hallados y finalmente de que casi con seguridad estaban muertos, lo cual generó en la “impresionabilidad colectiva” una “intensa gimnasia de emociones diversas, contrarias, opuestas entre sí [...] desde la más indescriptible alegría hasta la consternación más sombría y más honda”. Cuando las versiones transmitidas por el telégrafo parecieron confirmar la tragedia

grupos de ciudadanos, en el deseo de imponer la participación de un dolor que sentían patético y agresivo, se dieron en reaccionar contra los que tenían propósitos de realizar algunos de los festejos carnavalescos anunciados, apedreando el frente de algunos teatros y salas de baile y amenazando con destruir las instalaciones eléctricas extraordinarias de la Avenida 18 de Julio, si la iluminación no era apagada.

Como “la ofuscación colectiva [...] se resolvió en contra de las informaciones de los diarios”, un cronista se tomó el trabajo de explicar el proceso de producción de la noticia y de responsabilizar a las agencias telegráficas y a los corresponsales que habían ampliado e interpretado el informe original a fin de ser los primeros en publicarla. El malentendido había seguido el curso siguiente: en un vuelo de reconocimiento sobre la costa africana, un aviador francés había visto los restos del avión perdido y

en la imposibilidad de amerizar [...] radiotelegrafió al crucero español “Bonifaz”, indicándole el sitio donde [...] encontraba para que intentase un desembarco. Este despacho fue interceptado por todos los vapores que se hallaban en línea, así como por la totalidad de las estaciones radiotelegráficas de los contornos. [...] Desde tan distintas procedencias se difundía por el globo con la velocidad del rayo la versión original del piloto francés: “El [avión] Uruguay se encuentra sobre la costa africana a algunas millas de cabo Juby. Está hundido y el motor a veinte metros de distancia”. A Montevideo la primera noticia llegó procedente de Nueva York, la segunda de Londres y la tercera de Agadir. Esta última planteaba la grande, la suprema interrogante: “aparentemente solo ha sido hallado el aeroplano”. ¿Dónde estaban, pues, los pilotos? Esta era la pregunta que había que responder y que la mayor parte de las agencias ampliando e interpretando el laconismo de la versión original evacuaron, tal vez inconscientemente, cambiando el texto del radio

primitivo. “Larre Borges ha aparecido” —decían— en lugar de “El ‘Uruguay’ ha aparecido”. Algunos corresponsales, hasta por una razón psicológica, queriendo adelantarse a satisfacer en forma más explícita la expectativa general, agregaron a la información del primer momento, evidentemente por sola cuenta: “los aviadores están ilesos”. No precisó más, explicablemente, la ansiedad que aguardaba la auspiciosa nueva. [...] Cuando los términos del radiotelegrama del aviador francés se puntualizaron y ratificaron debidamente, sobre todo cuando se supo que este afirmaba que el aparato se hallaba destrozado y el motor había sido arrojado a considerable distancia, la conmoción que se apoderó de la multitud fue comparable al efecto que una fuerte lluvia repentina produce sobre un paisaje de primavera.

Horas después se confirmó que los aviadores estaban vivos.²⁰⁷

2.9.4 Fotografía

Ser un “reflejo” de la compleja y cambiante vida actual traía aparejada la obligación de darle un lugar relevante a la fotografía, que cumplía tanto funciones de prueba como de atractivo estético.²⁰⁸

El supuesto carácter indicial o mimético de esta tecnología proporcionó pruebas “irrefutables” de los hechos. Como *El Diario* aclaró en el caso de una joven belga que denunció a una organización de trata de blancas, incluir fotografías no era un gesto de “vanidad”, sino un “testimonio de la autenticidad de su historia”. Y en la misma línea, cuando los jugadores de Peñarol “arreciaron contra las máquinas [fotográficas] pretendiendo

²⁰⁷ “Está tarde acuatizó Franco en el puerto de Montevideo”, en *El Diario*, 9 de febrero de 1926, p. 3; “¿Larre Borges y sus compañeros han sido hallados?”, en *El Diario*, 5 de marzo de 1927, p. 10; “Se confirma el hallazgo de Larre Borges y sus acompañantes”, en *El Diario*, 6 de marzo de 1927, p. 10. Sobre los procesos de producción de la información telegráfica y los efectos sociales de su circulación de telegramas en el Río de la Plata a comienzos del siglo XX ver: Lila Caimari, “En el mundo-barrio...”, op. cit.; Emiliano Gastón Sánchez, op. cit., p. 61, 109.

²⁰⁸ Por supuesto que esto no fue privativo de *El Diario*. Gabriela Barolo ha señalado que a comienzos de los años veinte en el mundo occidental la práctica fotográfica era central para la definición de lo que era un “diario moderno”. El sociólogo estadounidense Robert Park sostenía, en 1923, que la “prensa independiente” (aquella que se concentraba en las noticias y en los reportajes) había reemplazado a la “prensa de opinión” porque el hombre común pensaba en términos de “imágenes concretas” y no de doctrinas; el escritor Samuel Taylor Moore, en 1926, afirmaba que la profusión de imágenes era una de las claves para entender el consumo masivo de los tabloides, periódicos compactos caracterizados por el sensacionalismo y el foco en el crimen que habían conquistado el mercado en Estados Unidos después de la Gran Guerra (Gabriela Barolo, “La cobertura visual de la Semana Trágica. Reproducción de imágenes fotográficas y prensa periódica en las primeras décadas del siglo XX”, Ponencia presentada en las *XIX Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Rosario, Argentina, 2024, inédito).

destruirlas por ser estas los testigos veraces” de la pelea que habían protagonizado en un partido, recordó que

las fotografías, nuestras fotografías, les han servido más de una vez de base de comprobación en asuntos que se referían a sus clubs y que son los únicos documentos que no adulteran los acontecimientos pese al tiempo o lo desfiguren las distintas maneras de ver como en este caso podría haber acontecido, desde que existían espectadores que aducían ayer una agresión de hecho al juez que realmente no se produjo.

Lo que no estaba en la foto, entonces, no existía y lo que sí se volvía un hecho, aunque la definición de ese hecho requería de un fuerte apoyo textual. Por eso, que los gobernantes de la Unión Soviética vivían “a cuerpo de rey” mientras el pueblo sufría las estrecheces del comunismo lo probaba “el grabado adjunto”, pero también —porque el sentido, de otra forma, quedaría sujeto a la libre interpretación de los lectores— la explicación de aquello que mostraba:

puede verse al “compañero” Ossinski [...] frente al Palacio Real de Estokolmo [...] Como se ve, en lo de guardar las formas, como el ritual y las prácticas de la sociedad burguesa lo ordenan, el “compañero” en cuestión se ríe [...] del hambre en Rusia. Nada falta [...] según puede observarse, para que Ossinki resulte perfectamente confundible con cualquier otro diplomático del mundo no contaminado con el virus leninico. La carroza es de gala, los “compañeros” lacayos lucen galoneada [...] fantochesca y la galera del embajador no tiene, por cierto, nada de bolsheviqui.

La pose relajada de los futbolistas uruguayos fotografiados en París en 1924 destruía “las versiones que se hicieron circular sobre los malos tratos sufridos por los campeones” y el miserable aspecto de Montevideo —verificado periódicamente por los fotógrafos de *EL Diario*— demostraba los fracasos urbanísticos del municipio batllista: “la ‘tacita de plata’ que alguien dijera poseído del más exaltado optimismo, se encuentra en la poco limpia situación de haber rebotado chocolate por todos sus bordes” y la falta de coordinación entre las dependencias responsables del asfaltado de las calles y del saneamiento de las edificaciones se saldaba a costa del dinero de los contribuyentes:

esta fotografía, que ves aquí lector, te muestra a la calle Mancini, recientemente hormigonada, a la que se está levantando nuevamente a fuerza de cuña, de piqueta

y de dinero, porque los “arcontitos” se olvidaron de que por ahí debía pasar un caño colector. En realidad, la incidencia se puede comparar a aquella persona que se colocó los pantalones sin recordar que debajo iban previamente, otras prendas más íntimas de vestir.

Y los restos del viejo edificio de la aduana —incendiado hacía más de dos años— todavía tirados frente al Hospital Maciel eran una “belleza portuaria” que demostraba otra vez la incompetencia del municipio colegiado; la posterior y casi inmediata limpieza del lugar fue una prueba del poder de la fotografía: “lo que no se ha logrado con reiterados artículos periodísticos acabamos de obtenerlo con la publicación de un grabado”.²⁰⁹



80



81

La generación de este efecto de realidad estuvo sujeta más al uso de la palabra *fotografía* para describir a sus imágenes que de las imágenes en sí. Prueba de ello fue no solo la escasa calidad y definición de algunas “notables fotografías” publicadas por *El Diario*

²⁰⁹ “Se embarcó de polizonte”, en *El Diario*, 26 de octubre de 1928; “Actitudes reprochables”, en *El Diario*, “El reconocimiento de los Soviets”, en *El Diario*, 1 de julio de 1924, p. 10 (imagen 80); “Pasadas las nerviosidades de la lucha, los campeones gozan en Argenteuil de las delicias del verano europeo”, en *El Diario*, 3 de julio de 1924, portada; “Niebla, lluvia y barro. ¡Esto es intolerable!”, en *El Diario*, 22 de junio de 1926, p. 10; “Previo estudio de la cuestión...”, en *El Diario*, 26 de octubre de 1928, portada; “Bellezas portuarias”, en *El Diario*, 24 de julio de 1923, p. 7 (imagen 81); “¡Albricias!”, en *El Diario*, 24 de julio de 1923, p. 3.

(como el choque dos aviones producido en Inglaterra en 1923, imposible de decodificar sin el texto que la acompañaba) sino la costumbre de designar como “fotografías” a imágenes que no lo eran: ejemplos de ello son la “primera fotografía de la princesita Isabel, hija de los duques de York”, publicada en junio de 1926 y la “fotografía” tomada “en el frente de batalla en China” durante la guerra civil en ese país, indistinguibles de un dibujo a mano alzada. Algo similar expresan los cuidados fotomontajes que publicó a fin de criticar —otra vez— al gobierno municipal de Montevideo: la instalación de una plaza de toros en la Plaza Matriz y de un campamento de carretas decimonónicas en la Plaza Independencia “no es cuento; ahí está la fotografía que no miente”; la aclaración final de que las respectivas imágenes eran “el fruto de una travesura de un fotógrafo, hábil en trucos y remiendos fotográficos” no pretendía negar la referencialidad de la imagen sino, por el contrario, demostrar su capacidad de sintetizar visualmente una realidad que, se pretendía, todo montevideano conocía por experiencia. Los fotomontajes permitían, incluso, ver el futuro, como sucedió en 1934, cuando una muy realista composición del Graff Zeppelin volando sobre el Estadio Centenario le mostró a los lectores, el día anterior a la llegada de la aeronave, "nuestro templo deportivo tal como podrá verse mañana".²¹⁰



82 y 83

²¹⁰ “Terrible colisión en el espacio”, en *El Diario*, 7 de agosto de 1923, portada; “Primera fotografía de la princesita Isabel hija de los duques de York”, en *El Diario*, 21 de junio de 1926, p. 3 (**imagen 82**); “En el frente de batalla en China”, en *El Diario*, 18 de junio de 1926, p. 3; “El fomento del turismo”, en *El Diario*, 21 de junio de 1926, p. 3 (**imagen 83**); “Un espectáculo desconcertante”, en *El Diario*, 26 de mayo de 1926, p. 3; “Cafiaspirina”, en *El Diario*, 29 de junio de 1934, p. 14 (**imagen 156**); “El zeppelin sobre el Estadio”, en *El Diario*, 29 de junio de 1934, p. 16.

Pero las fotografías no se limitaron a jugar el rol de soporte de información o elemento de prueba. También fueron símbolos de prestigio (la foto como prueba no de un hecho, sino de la capacidad que tenía el diario de obtenerla) e incluso atracciones en sí mismas por su contenido curioso o estético. El partido de fútbol disputado en julio de 1923 entre las selecciones Uruguay y Argentina tuvo su “nota culminante” en una fotografía que mostraba a los dirigentes Atilio Narancio, José María Reyes Lerena y Julio María Sosa “dirigiendo” a los fotógrafos en plena faena, como si registrar el evento en imágenes fueran más importante que el evento sí. El príncipe de Gales, tras su visita a Montevideo en agosto de 1925, “se coló en todas las máquinas fotográficas” y el *El Diario* aprovechó para hacer una composición de veintisiete retratos suyos que lo mostraban “con sombrero, sin él, sonriente, pensativo, distraído, cortés”. Acompañar con fotos la narración de los delitos no solo implicaba informar mejor, sino componer un contenido más atractivo y por eso cuando en 1932 *El Diario* decidió, por razones de seguridad, no incluir fotografías de las personas que aportaran información sobre los asesinos del comisario Luis Pardeiro, reconoció que eso reduciría “el interés de nuestras crónicas policiales”. La esquina de 18 de Julio y Convención fotografiada durante una noche de lluvia era un ejemplo del “arte fotográfico” y la imagen del boxeador Jack Sharkey noqueado por Primo Carnera importaba no tanto por el hecho en sí como por la proeza técnica de haber sido transmitida desde Nueva York al Río de la Plata en pocas horas gracias a la radiotelefotografía.²¹¹



²¹¹ “La nota culminante en el internacional de ayer”, en *El Diario*, 23 de julio de 1923, portada; “El príncipe de Gales víctima de los fotógrafos”, en *El Diario*, 28 de agosto de 1925, portada (**imagen 84**); “A nuestros lectores”, en *El Diario*, 25 de febrero de 1932, p. 12; “El tráfico nocturno, la lluvia y el arte fotográfico”, en *El Diario*, 10 de agosto de 1923, portada; “El knock-out de Sharkey por radiotelefotografía”, en *El Diario*, 1 de julio de 1933, portada (**imagen 85**).



85

Las fotografías de *El Diario* no siempre funcionaron como instantáneas aisladas que, por su capacidad de generar impacto, eran capaces de resumir un acontecimiento. También integraron amplios fotorreportajes que pretendieron reforzar el atractivo visual de la página pero también acercar los hechos al espectador, como si el deslizamiento de la mirada permitiera una comprensión similar a la del que está presente y por lo tanto puede moverse para ver las cosas desde todos sus ángulos. La "urbana perspectiva" de Montevideo un día de lluvia implicaba una serie de microescenas que tanto se mostraban en palabras como en fotografías:

interrupciones tranviarias, hilos telefónicos por los suelos, goteras intempestivas, ciudadanos resbolando [sic] al contacto del "cautchu" lustroso del calzado y el asfalto aleve, tal el panorama de Montevideo. Paraguas en derrota, impermeables en fracaso, humedades intempestivas en las esquinas donde el tranvía se aguarda, tales las epilépticas ocurrencias de un día como este.

La acumulación de fotografías y su agrupación en series temáticas nuevas e imprevistas le recordaban al espectador que la propia trama urbana de la que formaba parte era un espectáculo digno de contemplarse: la construcción de los rascacielos o la intervención humana sobre el mar para ganar una rambla volvían un atractivo estético la mera transformación del espacio público; el consumo en las tiendas del centro, el “dragoneo en público” que significaba la mutua seducción entre hombres y mujeres, la concentración callejera de las multitudes por razones de política o deporte o la circulación de esas “midinettes” que eran las bellas montevidéanas hacían lo mismo con la interacción social. A esto se podían agregar eventos excepcionales, como la llegada del Graf Zeppelin a Montevideo, cubierta por decenas de fotografías que mostraban el espectáculo desde todos los puntos de vista:

hallándose en Montevideo el avión Stimpson del señor Marcos Diana, que forma parte de una empresa de propaganda, publicidad y turismo que acaba de instalarse en nuestra capital, [su] colaboración [...] permitió que uno de nuestros redactores y un reporter gráfico captaran desde el aire todas las novedades e impresiones que sugería y ofrecía el Graf Zeppelin.

Pero otros fenómenos sociales en apariencia menos festivos se definían gráficamente —y se volvían, por ende, también objetos de contemplación— en los mismos términos, como la miseria de los sectores populares.²¹²



²¹² “Un día de pago en la oficina de pensiones a la vejez, del Banco de Seguros”, en *El Diario*, 8 de agosto de 1923, portada (**imagen 86**); “La ciudad bajo el agua”, en *El Diario*, 29 de agosto de 1923, p. 3; “La nota gráfica de actualidad: Montevideo bajo el azote del viento y la lluvia”, en *El Diario*, 29 de agosto de 1923, portada (**imagen 87**); “Aspectos del palacio en construcción para sede del Jockey Club”, en *El Diario*, 18 de agosto de 1923, portada; “El domingo se inaugurará la Rambla Sur hasta Sarandí”, en *El Diario*, 26 de diciembre de 1935, p. 10; Sin título, en *El Diario*, 31 de diciembre de 1934, portada (**imagen 113**); “El dragoneo en público: uno de los aspectos típicos, tradicional e invariable de Montevideo”, en *El Diario*, 11 de agosto de 1923, portada; “Las ‘midinettes’ de Montevideo desafían al invierno y al amor”, en *El Diario*, 15 de julio de 1923, portada (**imagen 108**); “En una noche inolvidable...”, en *El Diario*, 9 de junio de 1935, portada; “El regocijo popular, en *El Diario*, 28 de enero de 1935, portada; “Las notas gráficas de EL DIARIO sobre ‘el Graf Zeppelin’”, en *El Diario*, 30 de junio de 1934, p. 16; “Las víctimas del temporal en el refugio improvisado de la calle Hocquart”, en *El Diario*, 13 de julio de 1923, portada; “Montevideo debiera tener su Villa de desocupación” en *El Diario*, 5 de mayo de 1933, p. 12 (**imagen 118**); “En el Hotel de inmigrantes se alojan hoy 680 personas, que lo convierten en una pequeña torre de Babel”, en *El Diario*, 20 de enero de 1924, portada.



87

Porque podía probar, ilustrar, generar hechos políticos y —como el cronista— espectacularizar la vida urbana, el “reporter gráfico” tuvo un rol destacado dentro del plantel del diario:

duro había sido el trabajo, ese día. No recordamos bien si por la llegada de un príncipe heredero o un crimen sensacional; de lo que estamos seguros es de que cronistas y fotógrafos no se dieron punto de reposo, preparando el succulento plato del día.

De ahí los reflectores colocados de manera permanente sobre Anselmo Carbone, su jefe de fotografía, el

profesional del periodismo moderno, [el] artista que trabaja en la luz y en la sombra, desde la borda de un avión como en pleno mar, próximo a los ice-bergs como al resplandor del voraz incendio, o en noche alta, cazando malevos a cascotazos.

Con su “fecunda máquina” era capaz de contar “toda la historia gráfica del acontecimiento del día” y a costa de “una serie de palos, que dejaron en su cabeza visibles e inconfundibles rastros” tuvo la valentía de fotografiar a la Policía Marítima cuando reprimió a golpes a uno de sus colegas (“Caruso”, Juan o Rafael, de *El Día*). Fue su a “incomparable pericia” (pocos como él, según se destacaba, tan duchos en el oficio de fotografiar desde un avión) que los montevideanos debieron agradecer en 1934 el acceso a vistas aéreas del paso del Graf

Zeppelin por la ciudad. Fueron también su “pericia y experiencia” las que algunos meses después le permitieron lograr

algo que no se conocía en el ambiente montevideano, la obtención de notas gráficas nocturnas, que ofrecemos a los lectores como una verdadera primicia [...] Está admirable vista nocturna de la Tribuna América, del palco oficial y de las cabinas de prensa [del Estadio Centenario tiene] una nitidez que da la sensación de que fuera tomada a plena tarde, si el cielo no denunciara la proximidad de la medianoche.

A su premura se debía el retrato de la víctima de un crimen mientras “aún estertoraba” y el de los restos flameantes de un vehículo accidentado en cuyo interior todavía se estaban quemando los cuerpos de las víctimas y si bien no le alcanzó para fotografiar en vivo la captura del anarquista Miguel Arcángel Rosigna, sí fotografió una reconstrucción lo más precisa posible del momento exacto en que había sucedido, protagonizada por sí mismo. Que el propio Carbone era consciente de su valía para el diario lo prueba la costumbre de firmar de manera manuscrita las fotografías de su autoría.²¹³



88 y 89

²¹³ “Reportajes más o menos inverosímiles. Habla la ‘cámara’ de un reporter gráfico”, en *El Diario*, 16 de agosto de 1925, p. 3; “El servicio gráfico de El Diario de ayer”, en *El Diario*, 1 de julio de 1934, p. 3; “Constituye la nota del día el sorteo de la lotería”, en *El Diario*, 31 de diciembre de 1924, portada; Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. Anselmo Carbone, aviador y detective”, en *El Diario*, 28 de enero de 1929, p. 3; “El vergonzoso suceso de hoy en el puerto. La policía marítima garrote en mano comete un grave atentado”, en *El Diario*, 24 de febrero de 1924, 10; “El servicio gráfico del EL DIARIO de ayer”, en *El Diario*, 1 de julio de 1934, p. 3; “Un aspecto de la tribuna Colombes” y “Como si fuera de día”, en *El Diario*, 23 de diciembre de 1934, pp. 8-9 (imagen 88); “Aún el siniestro no ha dicho la última palabra”, en *El Diario*, 1 de junio de 1935, portada; “La última foto...”, en *El Diario*, 11 de julio de 1931, portada (imagen 89); “Nuestros reporters reconstruyen el momento...”, en *El Diario*, 26 de marzo de 1931, p. 12; “A raíz del acuatizaje en Montevideo”, en *El Diario*, 10 de febrero de 1926, p. 3. Sobre los vínculos entre Carbone y la aerofotografía, ver: “Anselmo Carbone”, en *El Diario*, 18 de agosto de 1923, p. 3.

Este énfasis en la visualidad es coherente con la lectura que *El Diario* hacía de su contemporaneidad como una época (expansión vertiginosa del cine, de las revistas ilustradas y de la venta de cámaras fotográficas y cinematográficas para aficionados) dominada por la imagen técnica. Gracias a la fiebre por la producción y divulgación de la propia imagen, el estadounidense que en 1927 inventó un aparato “para que una persona [...] pueda retratarse a sí misma con solo colocar una moneda de veinticinco centavos” se había hecho millonaria de un día para el otro. Lo mismo explicaba que en marzo 1931, durante sus primeros veinticinco días de gobierno, el presidente Gabriel Terra se hubiera hecho sacar mil quinientas fotografías con las personas que lo habían visitado en la casa de gobierno o que para 1933 el aumento en la demanda de fotografías hubiera multiplicado súbitamente el número de fotógrafos ambulantes al punto tal de que algunos ya importunaban a los transeúntes:

han aparecido también otros colegas que trabajan en yunta y se sitúan en nuestra avenida, interceptando el paso de las señoras especialmente, para obtener de ellas una instantánea y luego meterles por los ojos una tarjeta y casi violentamente obligarlas a poner su firma y dirección o lo que es peor a pagar 0,50 por el trabajo obtenido sin el consentimiento del propio modelo.

La moda de los “cameraman callejeros” amenazaba el derecho a la intimidad:

se está dando un verdadero abuso con esta moda fotográfica que nos pone al alcance de todos los objetivos sin que nunca podamos averiguar a ciencia cierta el uso y destino que se va a dar a nuestra fotografiada imagen. Ya era mucho el riesgo que ofrecía el celo reporteril de los redactores gráficos de los periódicos [...] pero ahora [...] no hay ciudadano que se vea libre de un disparo que arrebatte y esclavice en el celuloide su personalidad.

Algo de este temor —sumado al de viralización de las imágenes, permitida por los adelantos tecnológicos— se había deslizado ya en 1928 ante la hipotética posibilidad de que llegara a Montevideo el “bastón fotográfico”, una imperceptible cámara fotográfica que estaba usando la Policía de Nueva York para retratar a las personas sin su consentimiento:

el lector, pongamos por caso, se pasea tranquilamente. [...] En el momento en que, por simple urbanidad enseñaba el lugar donde se toman los ómnibus que van al Cerro a una dama [...] desconocida pero que resultaba ser la amante de [Miguel Arcángel] Rosigna, [...] el agente que con bonhomía aparente sostiene su bastón bajo el brazo descubre el objetivo disimulado en las profundidades del instrumento

satánico. Al día siguiente [el lector] es citado a la comisaría, donde se le pide explique la razón de sus relaciones [...] con los asaltantes del cambio Messina [...] A fé que es un siglo este en que vivimos! La radiotelegrafía nos acecha y la misma imagen sorprendida gracias a nuestro candor [...] podrá ser transmitida a los cinco minutos a París o a Nueva York por teléfono.²¹⁴



La profusión de cámaras no era exclusiva responsabilidad de los fotógrafos profesionales. Muchas personas comunes y corrientes estaban planteando “competencia a nuestro chasirete”, por ejemplo los catorce estudiantes que llevaron su cámara de fotos a un encuentro internacional realizado en Piriápolis. Los aficionados “a filmar sus propias películas para su propio entretenimiento” pronto podrían hacerlo, señaló *El Diario* en 1923, gracias a una sencilla y liviana cámara que fabricada por Kodak; lo mismo los niños gracias “equipo pebete”, una caja que incluía todos los implementos del proceso fotográfico, desde la cámara hasta el álbum pasando por los negativos, reveladores y papel para copias, mientras que el aficionado que buscara precisión, claridad y detalle podía conseguirlo con “cualquier cámara” siempre y cuando usara la película Verichrome de Kodak.²¹⁵

²¹⁴ “¡Todo un invento!”, en *El Diario*, 28 de marzo de 1927, p. 3; Galf [Horacio Abadie Santos] “Film presidencial”, en *El Diario*, 25 de marzo de 1931, p. 3; “Fotógrafos de prepotencia”, en *El Diario*, 25 de marzo de 1933, p. 3; Chispero, “El ‘cameraman’ callejero”, en *El Diario*, 18 de julio de 1934, p. 3 (**imagen 90**); “Contra los ladrones y contraventores. Un bastón fotográfico”, en *El Diario*, 31 de octubre de 1928, p. 3.

²¹⁵ “Notas gráficas de la visita realizada ayer al campamento internacional de estudiantes en Piriápolis”, en *El Diario*, 26 de enero de 1925, portada; “Un nuevo aparato”, en *El Diario*, 29 de agosto de 1923, p. 2; “Para que

Nada como la fotografía, por otra parte, para verificar el sinsentido de la época. Eso pensó en 1927 Anselmo Carbone cuando a tres cuadras del lugar donde se había producido un trágico homicidio que lo emocionó incluso a él —acostumbrado a “impresionar con su cámara cientos de escenas bárbaras”— se encontró con un hombre durmiendo la siesta en una hamaca paraguaya que había instalado a la sombra de dos árboles:

ahí tenés lo que somos, ahí lo tenés! Aquel bárbaro creyendo que su felicidad está por encima de todo, no vacila en matar, entregado a la negra felicidad de la tragedia un puñado de vidas buenas y promisorias... y a dos pasos suyos hay un hombre que se encuentra tan lejos de las miserias como el último de los habitantes de las selvas africanas.²¹⁶



los niños aprendan a sacar fotografías y revelarlas”; en *El Diario*, 2 de enero de 1925, 5; “Cualquier cámara toma mejores fotografías con película Verichrome de Kodak”, en *El Diario*, 17 de febrero de 1932, p. 5.

²¹⁶ “Una tragedia, un hombre que duerme y el fotógrafo filósofo”, en *El Diario*, 2 de marzo de 1927, p. 3 (imagen 91).

Cabaret, cancán, cinematógrafos, líneas curvas; motivos florales e iluminación eléctrica; carteles publicitarios, aeroplanos y automóviles; imperios coloniales, desarrollo del comercio y nacimiento del turismo; maravillas de la técnica y dulzuras de la vida, tiempo libre y exposiciones universales. Aquel viejo mundo, con la falsa ilusión de ser uno nuevo, tan hermoso en su apariencia en el instante de su definitivo ocaso. Aquel hermoso mundo que se hundió junto con el Titanic y los millones de muertos de la Gran Guerra.

Antonio Scurati, *M. El hombre de la providencia*, 2021.

3. “El pasado me ha engañado, el presente me atormenta, el porvenir me espanta”.

El Diario y la época

“Esta mañana un hombre degolló a una mujer”. Esa fue, el 3 de febrero de 1932, “la tragedia del día”, fórmula *El Diario* usó una y otra vez en sus crónicas policiales para comprender una época que le maravilló y asustó en partes iguales. *La modernidad* —que así la definió cuando debió elegir una palabra— era un tiempo decadente y veloz, tan prescrito por el destino como impredecible, un modo de vida para el cual había dejado de ser funcional el saber acumulado durante siglos por la civilización y que requería, por lo tanto, de nuevas cosmovisiones: “no pudimos explicarnos esa tempestad desencadenada en el espíritu del homicida. [...] Y recordamos, quizás por influencia de la época en que vivimos, la real sabiduría del tango de Discépolo: ‘Que sapa, señor... que todo es demencia!’” concluyó el cronista, en franca revelación de un desconcierto que, sin embargo, incluyó en esa figura de la *tempestad* una velada hipótesis que entendía a la violencia —y a la época que le daba origen— como un fenómeno climático súbito, espectacular y caótico. Un sentimiento parecido había embargado a Francisco Eduardo Artucio algunos meses atrás cuando, desencantado de la democracia —que entendía podrida de corrupción y burocracia— repitió una fórmula ya manida pero todavía vigente para significar el desconcierto del hombre ante el mundo moderno: “el pasado me ha engañado, el presente me atormenta; el porvenir me espanta”.²¹⁷

²¹⁷ “Un émulo de ‘El Caoba’ puso esta mañana una nota trágica en el ambiente. Fue su víctima ‘la japonesa’, mujer conocida en los bajos fondos”, en *El Diario*, 3 de febrero de 1932, pp. 10, 7.; Francisco Eduardo Artucio, “Temas electorales. El pasado, el presente y el futuro”, en *El Diario*, 3 de julio de 1931, p. 3. La frase, al parecer, proviene del tatuaje impreso en el pecho de un presidiario y fue referenciada por primera vez por el criminólogo italiano Césare Lombroso (José Luis Peset y Mariano Pesey (estudio preliminar), *Lombroso y la escuela positivista italiana*, Madrid, Ediciones Castilla S.A., 1975, p. 446). Si bien desde fines del siglo XIX, en varios países de América Latina, intelectuales vinculados a las élites venían señalado el carácter decadente del mundo moderno, su pensamiento solía circular en medios más restringidos. *El Diario*, por el contrario, puso en circulación este tipo de ideas mediante ejemplos y recursos dirigidos a amplios sectores de la población y, a su vez, elaboró —como las derechas de otros países en el mismo período— una propuesta superadora de ese estado de cosas más orientada al futuro que a la recuperación de un pasado mítico. Un buen panorama sobre las derechas latinoamericanas durante los primeros treinta años del siglo XX puede verse en: Ernesto Bohoslavski, *Historia mínima de las derechas latinoamericanas*, México, El Colegio de México, 2023.

Estas percepciones eran el fruto de un cimbronazo. La Gran Guerra europea, terminada apenas unos años antes y por lo tanto muy presente en la memoria de los contemporáneos, era la causa del “gran sacudón [de] todas las costumbres y todas las prácticas”, de “la claudicación moral” en todos los órdenes, de la ruptura en “el equilibrio que hacía de este mundo [...] el más cómodo para la vida”. Por su culpa la “locura” afectaba hasta las costumbres más normales, como el matrimonio, que —por lo menos en Francia, donde los divorcios se habían duplicado desde 1918— estaba en vías de extinción a causa de:

los resentimientos provocados a raíz de la mayor libertad que las mujeres tuvieron para ganarse la vida durante los azarosos días de la última guerra [y] el carácter de los hombres que han combatido en el frente [que] se ha tornado insufrible. Se irritan con facilidad y se han hecho menos tolerantes para soportar las vicisitudes de la vida matrimonial.

Lo mismo pasaba con la pulsión de vida:

el suicidio es un fenómeno social de difícil estudio. [...] El aumento progresivo de esta plaga la atribuyen algunos estudiosos al desequilibrio causado por la guerra mundial. Otros la achacan a las mayores necesidades creadas por la civilización y a los cambios de posición que causan las alternativas de los negocios en esta época febril y ambiciosa.

Las normas “que señalaron el rumbo a las sociedades del siglo anterior, han sido desechadas”; nadie había podido todavía fundar otras nuevas y en consecuencia hombres y mujeres vagaban en “desorientación general”. ¿Y qué más podían hacer cuando el propio planeta atravesaba un trance parecido?

Mientras nosotros sufrimos los rigores de una temperatura sofocante —con las inconveniencias de bruscos cambios atmosféricos— intensas olas de frío siembran la desolación en los países europeos. Los terremotos y las erupciones volcánicas, las crecientes de los ríos y las tempestades marítimas completan un cuadro sombrío de extraordinaria conmoción terrestre. [...] La tierra, impasible, sigue con sus achaques provocando la zozobra de sus habitantes.

La guerra, la próxima guerra que ya en 1934 se presentía o avecinaba, era la gran metáfora del mundo moderno, un lugar incierto y estresante, poblado de enemigos invisibles que podían atacar en cualquier momento:

el hombre [...] no aprendió a luchar contra lo invisible. Contra el peligro cierto que solo se anuncia cuando es tarde. Contra lo impalpable, lo incorpóreo, lo que no se anuncia ni se presiente, pero sabemos que existe. El cerebro humano no puede soportar esa angustia... Es superior a sus potencias. Y entonces estalla. [...] Lo han colocado al borde de la locura y el terror de saberse perseguido por fuerzas imposibles de captar paraliza su corazón.²¹⁸

La modernidad era una época de contradicciones. Por un lado, sostenía un impresionante desarrollo científico, industrial y tecnológico que hacía prever un futuro de abundancia y felicidad. El teléfono, el telégrafo, la radio, la aviación, la multiplicación de libros y diarios “lanzados a la curiosidad de los públicos”, la electricidad y la mecanización de cualquier tipo de producto demostraban un “crecimiento geométrico” de la civilización:

¿Quién no se siente maravillado al pensar en los seguros avances de todas las ciencias, los progresos de todas las artes, las preciosas conquistas que, dentro de cien años, habrán llevado a cabo los hombres y que harán de la existencia una dicha inefable y del Universo en que vivimos un bienaventurado paraíso?

Pero lo ganado en progreso material era pérdida en el terreno espiritual. El salario no alcanzaba, la vivienda era un problema, los Estados más prósperos no podían pagar sus deudas, los muertos en las guerras se contaban por millones e incluso el simple acto de salir a la calle acarrea riesgo de muerte a causa de la multiplicación de los accidentes de tránsito: “¿Quién te dice que el siglo futuro no registrará una de esas tremendas crisis en que la humanidad ha visto peligrar no ya todas sus anteriores conquistas sino también sus principios filosóficos y éticos? [...] No basta volar; es preciso saber a dónde”. La falta de sentido era el signo de la decadencia. La depreciación del franco (moneda con sintomática denominación) no podía sorprender

en este paraíso de valores en bancarrota [...] un detalle más de la liquidación completa de negocios en la “Bolsa Social” de los mundos, que ha de llevarnos en pocos años a la Jauja a las holgazanas indiferencias o al Apocalipsis de todas las degeneraciones. [Ser franco] en esta actualidad desconcertante [...] que dará trabajo a los historiadores de mañana [...] es ser sencillamente un idiota que todavía cree en

²¹⁸ “Malos síntomas”, en *El Diario*, 22 de enero de 1929, p. 3; S. Gumbau Navarro, “Juventud suicida”, en *El Diario*, 8 de julio de 1930, p. 3; “Vivimos la época de la mujer deportiva”, en *El Diario*, 1 de marzo de 1931, p. 7; “La melena a la ‘garçonne’”, en *El Diario*, 16 de julio de 1924, p. 3; “Divorcio a crédito”, en *El Diario*, 14 de julio de 1923, p. 3; Mecus [Américo Agorio], “El terror de la vieja Europa”, en *El Diario*, 3 de noviembre de 1934, p. 3.

una verdad en un mundo de farsas, de componendas solapadas, de martingalas y de supercherías.²¹⁹

Además de fecha de nacimiento, la época tenía país de origen, evidente en la descripción que hizo de ella un corresponsal en Nueva York (“americanización del universo”), cuyos habitantes, beneficiados por esa guerra que había barrido “el viejo orden de cosas [...] se mueven a la conquista del mundo”. Y tenía también una vía para derramarse e impregnar todo aquello que tocaba: el tan denostado como fascinante sensacionalismo mediático que procuraba “satisfacer la curiosidad de las masas”, encarnado

como ningún otro [por] el cinematógrafo. Bajo la apariencia de una diversión liviana, de un espectáculo interesante, es posible deslizar, hábilmente, el germen de lo doctrinario, la atracción hacia determinadas preferencias en materia de gustos, de costumbres, de admiraciones, de desprecios. [...] País de capitales cuantosísimos, tan solo en Yanquilandia pudieron organizarse y florecer las grandes empresas que detentan actualmente la hegemonía en el mercado mundial de producción de películas. [...] Las producciones de la industria yanqui, inspiradas en el genio “sui generis” de aquel país, que llevan en su casi totalidad el genio de sus costumbres y de sus preferencias, han ejercido una vasta propaganda tendiente a la “yanquinización” de los públicos más diversos. ¿No resulta, acaso, cosa corriente, ver jóvenes que entre nosotros quieren parecerse a [Douglas] Fairbanks, a Harold Loyd, a [Rodolfo] Valentino, y que aspiran a reeditar las hazañas de amor o de coraje de esos o de otros ases de las películas?²²⁰

Aquello que pasaba en el mundo también pasaba en Montevideo, porque *modernidad* y *ciudad* eran dos caras de una misma moneda. Si la Montevideo de 1900 era algo así como una niña apenas adolescente (“ya crecilita para aldea, se empeñaba en ser aldea no alargándose el vestido, como hacen con sus hijos algunas madres que sienten que ‘el largo’ de su niña las hace viejas”), la de 1935 estaba a punto de entrar en la adultez. Su propia constitución física había cambiado mucho en poco tiempo:

quien hubiese visitado nuestra ciudad hace veinte años, y menos aún, hace diez años, y volviese a ella de nuevo ahora, notaría con sorpresa gran transformación en

²¹⁹ Antonio Zoraya, “Diálogos pragmáticos”, en *El Diario*, 29 de octubre de 1928, p. 3; FAD [Alfredo Varzi], “Apuntes de FAD. La baja del franco”, en *El Diario*, 11 de enero de 1924, p. 3.

²²⁰ G. C. Agrati, “Los herederos de los millonarios”, en *El Diario*, 12 de enero de 1928, p. 6; “Signos de nuestro tiempo. Raptos espectaculares”, en *El Diario*, 29 de octubre de 1932, p. 3; “La influencia del cine. Los industriales de Hollywood y los apóstoles de Moscú ”; en *El Diario*, 5 de mayo de 1927, p. 3.

la edificación pública y privada, en los jardines municipales, en los parques y en las plazas.

Esta condición —mezcla de bríos con inmadurez— exigía orientación responsable por parte de sus tutores, como señaló un arquitecto —no casualmente, estadounidense— que vino a explicarle a los montevideanos por qué debían construir rascacielos: “oh my dear reporter! Montevideo es una ciudad pequeña y nueva. Ustedes deben tener mucho cuidado de no echarla a perder...”. No parecía, a juicio de *El Diario*, que esto último estuviera sucediendo, ya que la ciudad atravesaba todo tipo de dolores de crecimiento: “de un tiempo a esta parte, una belicosidad peligrosa se ha adueñado del espíritu de muchos de esta, hasta hace poco, aldeana ciudad. Las riñas a puñadas, con armas blancas o de fuego y hasta en forma verbal, se vienen repitiendo casi a diario”. Para 1924, “la fuerza de los hechos” —ninguna teoría, ninguna argumentación: la propia experiencia en el día a día por sus calles—

ha de convencernos [...] que los habitantes de Montevideo vivimos a la sazón en una ciudad verdadera con todos los peligrosos encantos y encantadores peligros de las grandes capitales del mundo por cuyas esplendideces suspiramos como verdaderos aldeanos.

Excentricidad en los consumos culturales y en las prácticas políticas, aceleración de las transformaciones arquitectónicas, subversión en la sexualidad y en los roles de género, auge del delito y la drogadicción, todo ello era moneda corriente en la Montevideo global y moderna que describió un sueltista y que vale la pena reproducir en extenso:

es hora de que dejemos nuestra modestia o ceguera (lo mismo da) y nos detengamos a mirar cómo se ha transformado “la tacita de plata” de nuestros abuelos. Nada nos falta ya para que Montevideo sea calificada de “gran ciudad” si no es que nosotros lo creamos. En efecto, aquí se asalta a los burgueses tranquilos que se arriesgan por los suburbios, lo mismo que en París. Se roban vidrieras a mediodía como en Nueva York, hay más choques que en Londrés y se fuma opio y se consumen estupefacientes con las normas de las poblaciones más civilizadas [...] Estamos a punto de poseer rascacielos, explotamos con éxito la estación de los baños, hay tranvías que pueden competir en lentitud con cualquier tranvía, pavimentos de cuantas clases se conocen, damos albergue a dos colegiados y a un equipo de campeones mundiales, poseemos una cárcel modelo, nuestras mujeres no ignoran ninguno de los secretos modisteriles de París y nuestros hombres cada día se afinan más en el arte de clavar las uñas en carne ajena mientras se someten a

masajes vibratorios, “manicure” y otras “especialidades” de embellecimiento... griego. Día a día se incorpora a nuestras costumbres alguna de esas que hasta hace poco creíamos el producto de la fantasía de los revisteros yanquis, mientras se aleja más y más la aldea aquella que fue la Coqueta del Plata, tan austera y tan íntima. Desde hace unas horas funciona en la ciudad un salón de lustrar botines atendido por señoritas. [...] Evidentemente, progresamos: las mujeres pierden cada hora que pasa un poco aquella escarlatina casi mahometana, que las encerraba tras las celosías de las ventanas, para llegar a todos los extremos...

Autos, prostitutas, telégrafos, cines, aviones, teatros, rascacielos, cocaína y, por supuesto, “el Tío Sam”, también fueron imágenes recurrentes de la Montevideo imaginada por la poesía —en una parodia ultraísta que, en ese gesto, también se quería moderna— de Américo Agorio.²²¹



92

Algo camuflados en la larga cita anterior aparecen esos tutores que *El Diario* consideró inmerecedores de la patria potestad, los “dos colegiados” —alusivos a la estructura concejal que el batllismo había impuesto para el gobierno de Montevideo y, en parte, del

²²¹ “¡Qué tiempos aquellos!”, en *El Diario*, 28 de diciembre de 1935, p. 3; “Montevideo edilicio. Nuestros progresos”, en *El Diario*, 8 de agosto de 1923, p. 12; “Caricias conyugales”, en *El Diario*, 7 de agosto de 1923, p. 10; “Progresamos...”, en *El Diario*, 6 de julio de 1924, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “La solfa del día. El aeroplano fantasma”, en *El Diario*, 30 de octubre de 1927, p. 3 (imagen 92).

Uruguay todo— responsables de una mala deriva que volvió a describir Horacio Abadie Santos en 1930, con motivo del centenario de un país al que definió como “República del frigorífico, del Colegiado y del Football”, mediante el recurso retórico de resignificar los símbolos del escudo nacional:

el vacuno estampado en el otro cuartel contiguo simboliza abundancia: abundancia de carnes mórbidas merced de las cuales vamos tirando; abundancia de empleos; abundancia de elecciones; abundancia de expedientes; abundancia de automóviles; abundancia de radiolas; de conferencistas; de interpelaciones; de colegiados; de exacciones; de doctorados; de discípulados; de reglamentos; de quinieleros; de políticos; de cortesanías; de comisionistas; de ventas de plazos; de bares automáticos; de pelotas de football; de meeting callejeros; de vendedores de corbatas; de cinematógrafos; de empresas pavimentadoras, etc, etc, etc.

Y es que la sostenida y cotidiana práctica de imaginar y definir esa época no fue, por parte de *El Diario*, una práctica diletante, sino una operación intelectual que buscaba construir sentido en el vacío que había dejado la extinción de las viejas normas. Así lo sugirió —vale reiterar— en su primer número, revelando una conciencia sobre el poder de subjetivación de la prensa similar que le adjudicaba al cine: “no es el lector quien hace al diario, sino el diario que hace sus lectores”. En las siguientes secciones me detendré en la definición que hizo de la Montevideo de entreguerras y en la solución política que imaginó para sus problemas.²²²

3.1 Destino, esoterismo y azar

En enero de 1930, tras finalizar una jornada de trabajo, diez campesinos brasileños aprontaban un almuerzo al aire libre cuando fueron alcanzados por una descarga eléctrica que les provocó la muerte. *El Diario*, entonces, se preguntó:

¿qué es el destino? El destino que nos lleva y nos trae en este valle de lágrimas es realmente algo que en materia de misterio, se las trae...! Vueltas y más vueltas da uno por estos mundos tras la buena suerte y cuando la logra, se desconoce en un segundo.

La moraleja era que la vida estaba controlada por fuerzas tan poderosas como inescrutables. Poco importaba lo que uno hiciera o dejara de hacer para tomar el timón de su destino. “La

²²² Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. Un escudo arcaico”, en *El Diario*, 9 de julio de 1930, p. 3; “A modo de programa”, *El Diario*, 6 de julio de 1923, p. 3.

vida es eso, simplemente”, señaló el cronista deportivo Juan Carlos Faig tras desarrollar una concienzuda y aparentemente exitosa teoría para explicar los fundamentos del fútbol que, en seguida, vio derrotada por “lo imprevisto, el destino, la fatalidad...”. O, como dijo Américo Agorio “nada sucederá que no debe suceder y lo que sucede siempre es lógico y previsible”.²²³

Los avatares de la vida moderna eran demasiado complejos como para que el hombre de la calle pudiera encontrarles alguna explicación racional. Por ello, requerían de otras categorías, como la *fatalidad* o el *destino*. El homicidio de una mujer por parte de su esposo en 1933 fue “una de esas tragedias incomprensibles [...] un eterno drama de la ciudad, renovado siempre, por más que se razone sobre el horror de crímenes como este”. Miguel Mainof tenía “la desgracia de ser pobre”, había enfrentado “la rudeza de la vida con buena cara y optimismo, [con] esperanza en que no hay mal que dure cien años [y] quería trabajar a fin de constituir un hogar, pero la fatalidad lo perseguía”; cuando su novia, Manuela Massé, rompió el compromiso matrimonial que habían suscrito, “el dolor lo embargó enteramente, [...] se vió perdido” y la baleó antes de suicidarse. José Ferrari, un hombre “honesto, trabajador”, cabeza de un hogar que luego de años de sacrificio parecía estar saliendo adelante, vio extenderse sobre él “una sombra de tragedia” y en el lapso de nueve meses sufrió la muerte de dos hijos, una hermana y el desbarranco de su vida. El homicidio de una mujer en una “modesta casa” de la calle Pedro Lenguas “donde viven tres familias humildes” también fue obra de “la mano del destino, que juega con los seres y las cosas”. Horacio Suárez, el hombre que perdió todos sus bienes cuando su precaria vivienda tomó fuego, había sido “golpeado por la fatalidad en pleno pecho” y las seis personas que murieron en un accidente de tránsito en 1935 pagaron “doloroso e impresionante tributo a la fatalidad”. No mucho más podía comentarse sobre estos sucesos, ya que “la vida es un balancín donde la suerte inclina a unos hacia el poderío y a otros hacia la miseria”. Como se preguntaba Attila U. Moriconi en 1926, “¿cuánta gente que vale mucho menos que nosotros y que no llega ni podría llegar nunca al nivel de nuestra alma y de nuestra inteligencia, vemos ascender a lo más alto, en la omnipotencia, en la fastuosidad del poder y de la riqueza?”. El espectáculo urbano demostraba diariamente que nada se podía hacer frente al destino y eso sumía al hombre de la calle “escepticismo melancólico”.²²⁴

²²³ “Un rayito”, en *El Diario*, 12 de enero de 1930, p. 3; El Cojo Quiñones [Juan Carlos Faig], “De sobrepique. Teorías: el tipo ideal, el arquetipo y el tipo rico”, en *El Diario*, 27 de noviembre de 1927, p. 11; Mecus [Américo Agorio] “Signos eternos”, en *El Diario*, 8 de agosto de 1933, p. 3.

²²⁴ “El drama incomprensible”, en *El Diario*, 17 de abril de 1933, p. 12; “El drama pasional de hoy. Un novio despechado disparó tres tiros contra su novia y luego se suicidó”, en *El Diario*, 28 de noviembre de 1927, p. 10; “Sombras de tragedia se ciernen sobre una familia de Paso Molino. El impresionante suicidio de esta madrugada”, en *El Diario*, 24 de marzo de 1927, p. 2; “Una señora fue muerta a balazos por un ebrio”, en *El*

La misma fatalidad que regía los vínculos entre los desnorteados montevidianos podía percibirse en las relaciones entre las grandes potencias mundiales. La guerra, diría un sueltista en 1933, “es fatal. [...] Existe, ineludiblemente, una ley que nos lleva a ella”. Aunque los hombres desearan la paz, “¿habrá fuerza humana capaz de detener en su marcha la máquina fantástica hacia ella?”. Todo hacía indicar que no, ya que las naciones “son llevados hacia la guerra por un común destino que es más fuerte que su propia voluntad”. Nadie podía dudar de la “sinceridad de propósitos” de Adolf Hitler cuando decía que no quería la guerra, pero “es evidente que las fuerzas que propulsan y actúan en aquel ambiente llevan al Reich al campo trágico de la conflagración”.²²⁵

Una vez al año, sin embargo, el calendario abría una oportunidad para “conquistar el tiempo antes de que nos conquiste”. Como si cada 31 de diciembre se volvieran a repartir las cartas del juego de la vida, el año nuevo ofrecía trescientas sesenta y cinco

oportunidades para iniciar una vida valiosa. [...] El hombre o mujer que tome el año nuevo seriamente, que aprecie de corazón sus oportunidades, deberes y posibilidades; que se de cuenta exacta del valor de los días y de las horas, no podrá fracasar en la vida.

Acto seguido, sin embargo, se aclaraba que aquello que podía conquistarse no era más que lo que el propio tiempo había prescrito de antemano, las etapas *normales* de la vida:

en cada uno de [esos] días tendremos ocho horas de verdadero trabajo; cuatro para solaz; cuatro para pensar lejos del trabajo y ocho para dormir [...] El tiempo, nuestro amigo, es el que otorga oportunidades. En la infancia para crecer; en la juventud, para estudiar; en la madurez para el trabajo y luego se nos conceden unos cuantos años para disfrutar del premio del trabajo; unos cuantos años más de senectud para la contemplación y la preparación para lo que pueda venir. Después, *todo termina*.

Con su acostumbrado cinismo lo expresó Américo Agorio cuando afirmó que al levantar la copa para brindar por el año que se iba

Diario, 18 de noviembre de 1934, p. 5; “Agradecimiento sin límites”, en *El Diario*, 26 de febrero de 1935, p. 18; “Doloroso e impresionante tributo a la fatalidad es la tragedia de ayer”, en *El Diario*, 1º de junio de 1935, p. 12; “Ha muerto Angelito!”, en *El Diario*, 14 de julio de 1930, p. 3; Attila U. Moriconi, “Destino y fortuna”, en *El Diario*, 8 de junio de 1926, p. 3; “Mientras el ómnibus llega...”, en *El Diario*, 22 de febrero de 1932, p. 3.

²²⁵ “Si vis pacem para Bellum”, en *El Diario*, 12 de febrero de 1933, p. 3; “A dónde vamos?”, en *El Diario*, 3 de marzo de 1934, p. 3; “De la actualidad internacional. Según Alemania, su deseo es vivir en paz”, en *El Diario*, 5 de noviembre de 1934, p. 3; “De la actualidad internacional. El nacionalismo alemán”, en *El Diario*, 24 de noviembre de 1934, p. 3.

perderemos el temor al futuro, lo haremos “nuestro”, lo sentiremos entregado a nuestra merced y reiniciaremos el camino a pasos vencedores seguros de marchar hacia una felicidad nueva, hacia placeres jamás gustados, hacia tiempos inéditos, en fin, hacia esa vida nueva y mejor, por la que bregamos, desde que nos arranca del mundo de las fantasías, la realidad áspera de la lucha. No pensaremos un solo segundo en que nada cambiará en los hombres y en el tiempo; ignoramos con toda nuestra voluntad, pues como hasta hoy los días sucederán a los días, y que el destino no se cambia con un tiro de dados; que estamos atados a la rueda caprichosa del azar y que todo lo que hay más allá es problemático menos una cosa: el Fin, la Muerte; la única conquista segura que tenemos desde el instante en que nacimos.²²⁶

Las ideas de *destino* y *fatalidad*, como la descarga eléctrica que tan bien las representaba, combinaban la certidumbre de que algo iba a suceder con la incertidumbre de no saber cuándo ni dónde. Un recurso para salvar esa brecha fue la idea de *racha*, la detección —todavía inexplicable— de acontecimientos que se estaban sucediendo de manera regular, la indicación de que el rayo *estaba cayendo*, algo así como una advertencia dirigida al lector para que corriera a guarecerse si estaba a campo traviesa. Este recurso fue habitual para conceptualizar los delitos violentos:

la crónica roja posee en estos momentos una extraordinaria animación. Es que, dentro de ella, el destino parece encadenarlo todo, ordenándolo en rachas que van dejando señal ingrata de su paso. 1935 se anunció con una serie de sucesos de infeliz condición, y del anunció se ha pasado a una formalización que impresiona. Reconocemos que existe extraña emulación en el registro de sucesos de índole sangrienta, que jamás se presentan solos, sino que su paso a través de la diaria actividad lleva siempre una cadena de hechos de lineamientos semejantes. [...] El destino ha querido ahora sumar su dictado a la racha conmovedora...

La calma podía ser la nota característica de Montevideo, pero bastaba un crimen para que la ciudad se ahogara “en una nueva ola sangrienta” que los cronistas sabían detectar desde su base:

esta mañana se registró un nuevo suceso sangriento que por cierto no nos ha tomado por sorpresa, prevenidos como estamos por la anunciación de la nueva

²²⁶ “Doblemos la hoja: 1936”, en *El Diario*, 31 de diciembre de 1935, p. 16 (cursivas del original); Mecus [Américo Agorio], “Año nuevo, vida nueva”, en *El Diario*, 31 de diciembre de 1935, p. 3.

racha iniciada con el suceso en que fue principal protagonista el moreno Rodríguez.²²⁷

Otro de los factores ajenos al control de las personas que, sin embargo, servía para explicar su comportamiento —en particular, el delito— fue el clima²²⁸: “bien sabemos los cronistas policiales que el enardecimiento que provoca [la] llegada [de la primavera] es como un toque de atención para redoblar nuestra vigilancia”. Quizá “equivoquemos el pronóstico, como cualquier meteorólogo”, dijo otro en 1926 cuando aseguró que la calma que atravesaba Montevideo era el presagio de una “serie ininterrumpida de grandes hechos de sangre”, pero argumentó:

generalmente las variaciones atmosféricas influyen en el sistema nervioso de muchas personas, impeliéndolas a la consumación de hechos delictuosos y dado el tiempo tormentoso con que se ha presentado el día de hoy, puede ser que algo de eso ocurra.

Nada pasó al día siguiente, pero dos días después, cuando llegaron las “grandes tempestades”, el cronista se vanaglorió de su pronóstico. Una jornada “fecunda en hechos de sangre” de enero de 1924 fue adjudicada a la “influencia maléfica” del viento norte, bajo la cual hasta “el espíritu más tímido se siente capaz de arrasar una ciudad fortificada” y como dos días después la racha seguía hubo quien se preguntó si la verdadera causa no sería “la fatalidad que los antiguos atribuyen al año bisiesto”. Tanto en el clima con el delito, la primavera podía “venir atrasada”

porque si bien es verdad que septiembre que siempre se caracterizó por la abundancia de sucesos sangrientos, no nos apuró, en cambio este mes ha sido terrible para los encargados de la crónica roja. Los episodios policiales se suceden con frecuencia abrumadora...²²⁹

²²⁷ “Una catástrofe en pleno centro”, en *El Diario*, 22 de enero de 1935, p. 8; “La racha sangrienta azota Montevideo. Un crimen que permanecía en el misterio fue descubierto ayer”, en *El Diario*, 2 de mayo de 1928, p. 3; “El suceso del día. Un presunto ladrón perseguido por la policía se suicidó esta mañana”, en *El Diario*, 23 de mayo de 1928, p. 10.

²²⁸ *El Diario* pareció, en este terreno, transformar en causas las correlaciones que había detectado Héctor Miranda en su estudio *El clima y el delito* (Héctor Miranda, “El clima y el delito”, en *Evolución. Órgano de la Federación de estudiantes del Uruguay*, N° 10 y 11, 1907).

²²⁹ “Contagio o fatalidad?”, en *El Diario*, 6 de noviembre de 1927, p.3; “Anoche se registro un luctuoso suceso en Malvin. Rafael Coito (a) ‘Onofre’ mató de una puñalada en el corazón a Carlos Isaias”, en *El Diario*, 2 de noviembre de 1927, p. 9; “Mal presagio”, en *El Diario*, 22 de julio de 1931, p. 3; “Por qué no quería ser su esposa le abrió la cara con una navaja de afeitar”, en *El Diario*, 24 de julio de 1931, p. 12; “Viento norte, puro...”, en *El Diario*, 21 de enero de 1924, p. 3; “En el ‘Arca de Noé’ ocurrió anoche un sangriento episodio”, en *El Diario*, 23 de enero de 1924, p. 3; “En plena racha sangrienta. ‘El francés’ fue herido de dos balazos por su amante”, en *El Diario*, 14 de marzo de 1933, p. 12.

Pero no solo el comportamiento delictivo bullía bajo el poderoso influjo de las condiciones atmosféricas. Nadie podía negar que en verano “viviremos atentos al viento norte, pulsando en sus pesadeces la tragedia pasional” pero tampoco que esa era “la estación de las esperanzas [...] de amor, de aventuras imposibles y de las otras”, el momento que la ciudad

vivirá su vida, gozará de la única razón que tiene de ser [ofrecerá] al paso las mujeres que son patrimonio de Montevideo [...] airosas, rozagantes [...] frescas como la brisa vespertina, cuyas bellezas apenas veladas por la sutileza casi imperceptible de la seda hace exclamar, mientras los ojos se saturan de admiración: es hermoso el Verano!

Contra ese fondo de voluptuosidad se recortaba “el gris monótono del invierno, cuando la ciudad languidece de aburrimiento”. Si el calor habilitaba pasiones, goce y libertades, “del imperio del frío [...] somos sus esclavos [y] sentimos el dolor de quien no puede encontrar [...] la energía vital necesaria”. Una personificación del invierno señalaba que su pensamiento “húmedo y penetrante” se introyectaba en el de los montevidianos, arruinando su “irónico optimismo”. Y es que vivían en una ciudad “esencialmente veraniega” que, con el frío, “duerme un letargo que es morir un poco”:

a esta altura del año, los ciudadanos de Montevideo, más que arropados en sus propios abrigos, parecen estarlo en el quietismo de la espera. Esperar el verano, ese es en invierno nuestro destino. [...] En tanto, el frío invasor, recorre la vencida ciudad de un lado al otro. Y hay entonces en la perspectiva urbana [...] un desconcierto general. Todo se desordena, todo se altera.²³⁰

El clima era, con todo, un fenómeno predecible y mensurable en relación a otros mucho más esotéricos (fuerzas “misteriosas, extrahumanas”) que también influían o incluso determinaban el curso de una vida. Es verdad que *El Diario* consignó de manera burlona la emergencia de fakires, metafísicos, mediums y otros profesionales del espiritismo en Montevideo y otros lugares del mundo (“la metafísica es una ciencia cuya virtud esencial es la de explicarlo todo y su característica saliente no remediar nada”, dijo Américo Agorio), pero también sostuvo que, en función de la irracionalidad del mundo moderno, “cualquiera puede y tiene derecho a creer que un determinado número de fuerzas ignoradas, de circunstancias

²³⁰ “Y se vino nomás!”, en *El Diario*, 30 de noviembre de 1927, p. 3; “Estapas de ciudad. Una tarde gris”, en *El Diario*, 12 de julio de 1933, p. 3; “Llueve, llueve...”, en *El Diario*, 9 de julio de 1923, p. 3; “La ciudad bajo el frío”, en *El Diario*, 13 de julio de 1923, p. 3.

inconcebidas han dado lugar, lógicamente, a tanto desastre", como señaló en 1927 en relación al auge de suicidios que se vivía en todas partes. La suerte volvía a aparecer como un medio legítimo para dotar de sentido a las cosas:

pensamos que el resucitamiento de la mascota es un caso genuinamente de posguerra, como tantos otros de carácter deportivo y lúdico. Casos que ayudan —con la fuerza de un rayo X— a percibir toda la convulsión religiosa con que la guerra perforó la conciencia contemporánea. (Desde estos minúsculos observatorios es —exactamente— desde donde hay que considerar los efectos morales de la guerra sobre la gente).

Y “nadie ignora”, dijo tres años después —dando un paso más, que reconocía no solo la legitimidad de la creencia, sino la creencia misma— “que existe la mala sombra de la felicidad [...] que la mucha alegría es peligrosa, que la demasiada dicha puede atraer el rayo”.²³¹

Creyeran o no quienes hacían *El Diario* en el carácter esotérico de los fenómenos visibles, lo cierto es que en sus páginas se reprodujeron estas ideas. Cuando en 1926 el Fakir Tot se presentó en Montevideo, informó que

ofrecerá [...] un programa interesantísimo que no defraudará las esperanzas de quienes buscan en el arte que practica este profesor, emociones de la más estricta seriedad, como podrá ser comprobado científicamente. Entre los experimentos que realizará Tot, figuran algunos sobre insensibilidad voluntaria, sobre memoria y cálculo, transmisión de pensamiento, sugestión, etc.

Un año después, la llegada a Buenos Aires de Fany Le Normand

ha provocado en dicha capital una viva curiosidad hacia una de las ciencias secretas más discutidas y que ya los hombres de verdadera ciencia comienzan a estudiar, interesados en poder establecer lo que haya de verdad en la posible coincidencia de la forma y líneas de las manos en el carácter y temperamento de las personas.

Y no tuvo tampoco empacho tampoco en publicitar los servicios del “Dr. Arthur Henderson”, que en su local de la calle Arenal Grande esquina Galicia vendía “la verdadera piedra imán

²³¹ Mecus [Américo Agorio], “La inútil utilidad de las ‘metafísicas’”, en *El Diario*, 26 de febrero de 1935, p. 3; “Contagio o fatalidad?”, en *El Diario*, 6 de noviembre de 1927, p. 3; E. Giménez Caballero, “Las mascotas”, en *El Diario*, 18 de diciembre de 1927, p. 3; “La mala sombra de la felicidad”, en *El Diario*, 16 de enero de 1930, p. 3.

garantida” (no había que dejarse engañar por las personas “poco escrupulosas” que estaban ofreciendo una falsa) y libros como *Arte supremo del hipnotismo*, gracias al cual

adquirirais [sic] fuerza, valor, energía, voluntad y confianza; la rueda de la fortuna girará en vuestro capricho y podráis [sic] tener un vasto círculo de dominación, donde reinará vuestra voluntad con un poder absoluto. Tendrés amor, poder y felicidad en todas las circunstancias de la vida.

O *Los misterios del azar*, que

contiene sistemas para apostar con éxito en las carreras, lotería, ruleta. Científicas demostraciones con cuadros demostrativos jamás revelados hasta ahora. Explicaciones claras y precisas para ganar a toda clase de juegos. ¡¡No pierda más dinero!!! ¡¡No juegue más sin consultar este libro!!!²³²



93

Esta última promoción no debe sorprender si tenemos en cuenta que a las dimensiones del destino, la fatalidad, el clima y los misterios solo parcialmente aprensibles por las ciencias secretas, debía agregarse —en tanto factores determinantes de los avatares de la vida

²³² “El fakir Tot”, en *El Diario*, 16 de junio de 1926, p. 5; “Un profesor de quiromancia”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1927, p. 3; “Aviso”, en *El Diario*, 4 de octubre de 1928, p. 10 (imagen 93); “Los misterios del azar”, en *El Diario*, 18 de enero de 1930, p. 3.

moderna— “el azar de la gran metrópoli”. Si los avatares de la vida obedecían a razones inescrutables, definir un curso de acción u otro de acuerdo al resultado de una moneda tirada al aire parecía de lo más sensato. “Jugué y se dió la contraria, la vida debe ser así”, declaró Luis Nazzeti luego de herir de muerte a Petrona Rodríguez, una mujer a la que, por amor pero sin éxito, había intentado salvar de “la pendiente del vicio [y] y las garras del fantasma blanco de la cocaína”. En la vida había algunos destinados a mandar y otros a sufrir, pero

el azar ciego, escurridizo, veleidoso, sin mecánica, ni contralor [...] amputa de raíz la ventaja que podían llevar los entendidos, estableciendo una hermosa democracia. [...] Todos iguales en la ignorancia que genera grandes sorpresas; si esto no es democracia, justicia igualitaria y moral reparadora, los grandes postulados no existen!²³³

Este principio explica la importancia que *El Diario* (y, en su lectura, la ciudad toda) le daba a los juegos de azar. Si el destino era sinónimo de “la impotencia, [de esa] alegre y un tanto melancólica [certidumbre] de lo que está escrito, [del] yugo” que cargaban sobre el cuello las personas comunes y corrientes, la lotería de fin de año “regala probabilidades, chances de sacar una fortuna a cambio de una pequeña cantidad de dinero”, una fantasía que temporalmente servía para olvidar la mediocridad de la propia vida. Un sueltista en 1927 conminó al juego en primera persona (“hacete la ilusión”) aunque fuera por la apuesta más pequeña, porque tener esperanza “no es cosa que el hombre pueda dejar de lado, sobre todo en estos tiempos en que es tan difícil hacérselas”. Y esa esperanza era la de “viajar”, no necesariamente en un sentido físico, sino más bien espiritual: “la cuestión es alejarse. Huir de esta tierra [...] ¿Ansias de conocer nuevos mundos? ¡No!... Lo probable es que en esos viajes buscasen un poco de alejamiento de su pasada miseria”. Como sentenciara Américo Agorio un 30 de diciembre:

para nosotros, sencillamente, el que no juega es un anormal, un tarado. [...] A estas horas todos vivimos pendientes de la gran tentación anual. El gordo de fin de año. La promesa más atrayente de un cambio repentino de fortuna. [...] El que adquiere un billete, adquiere con el pequeño trozo de papel el derecho a soñar.

²³³ “Films que veremos. Opciones ajenas. Londrés de noche”, en *El Diario*, 6 de agosto de 1923, p. 2; “Por qué Luis Nazzeti hirió anoche a su amante”, en *El Diario*, 30 de marzo de 1927, p. 2; El mago del balón, “De rebote”, en *El Diario*, 17 de enero de 1929, p. 10.

Cada año, el 31 de diciembre, “multitudes de jugadores esperanzados y ávidos” se acercaban al local de la Administración de Loterías. Eran tantos que la policía debía cerrar el acceso a la sala cuando estaba completa e impedir las aglomeraciones en las calles cercanas.

se diría [que los jugadores] quieren influir sobre la fortuna ciega y sorda, influir sobre el movimiento de los millares de bolillas, que a cada segundo voltearon confundidas sus probabilidades infinitas. El misterio del azar asume, asimismo, una solemnidad que no tiene en los sorteos ordinarios. Ninguno de los espectadores sonríe. En todos los semblantes obsérvese una gravedad y una tiesura maravillosa.

Los jugadores que presenciaban el sorteo eran “de visible condición humilde o modesta” y ninguno, juraba el cronista, tenía un número entero, a lo sumo sí “una pequeña participación en algún décimo”. Cuando “el destino mismo” determinaba la distribución de la suerte y esta caía sobre alguna de esas personas, el azar demostraba su costado democrático. Así sucedió en 1925, cuando Salvador Gaino, un sastre bonaerense que estaba a punto de ser desalojado de su vivienda por no pagar el alquiler, fue “enriquecido a la fuerza [por] la diosa fortuna” tras ganar con un billete que había comprado “para no ser menos que un amigo que le habló de prosperidad y riquezas” y del que antes había querido desprenderse a toda costa, sin éxito, cuando su esposa se enteró de que había gastado en él un dinero destinado a la cena. Lo mismo había pasado el año anterior, cuando diez obreros montevideanos se hicieron con un décimo que —a juicio del dueño de la agencia que lo había vendido— “no puede estar mejor repartido”:

todos ellos son pobres y algunos se encuentran en situación más que apremiante. Precisamente en estos días uno de los mozos andaba desesperado pues tiene a su esposa hace ya tres meses en La Maternidad y la carencia de recursos no le permitían atenderla como él quisiera.

Y el cronista acotó que no costaba imaginar “aquella cama de hospital, hasta la que el mágico golpe de la bolilla encantada llevaría de pronto el gran rayo de luz de bellas esperanzas realizables...”²³⁴

²³⁴ “La esperanza, única moneda firme”, en *El Diario*, 25 de diciembre de 1934, p. 10; “‘Hacete’ la ilusión”, en *El Diario*, 18 de diciembre de 1927, p. 3; “Carta abierta”, en *El Diario*, 30 de diciembre de 1935, p. 10; Mecus [Américo Agorio], “Castillos en el aire”, en *El Diario*, 30 de diciembre de 1934, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “No nos asombremos”, en *El Diario*, 30 de julio de 1930, p. 3; “La gran ilusión”, en *El Diario*, 30 de diciembre de 1924, p. 3; “La loca fortuna. Hombre enriquecido a la fuerza”, en *El Diario*, 21 de enero de 1925, p. 10; “EL sorteo realizados hoy de los \$500.000”, en *El Diario*, 31 de diciembre de 1924; pp. 3, 12 (**imagen**



94

95

La lotería de fin de año fue, para *El Diario*, quizá el único recurso azaroso dotado de legitimidad dispuesto para que los más humildes pudieran torcer su destino. Los demás juegos de azar eran moralmente condenables, no obstante lo cual no pudo evitar mencionarlos y reflejar —o apuntalar— su importancia en la estructura de sentimiento de los montevideanos. En el casino del Parque Hotel “más de un ilusionado con la conquista fácil de vil metal, paga impunemente en su vida aquella insensata pretensión”; el “enorme arraigo en el pueblo” de la quiniela —junto al tango y la política, diría Alfredo Varzi, “pasión favorita” de los montevideanos— estaba probado por la naturaleza de los sujetos que vivían de ella: “panaderos, verduleros, porteros, mozos de café, mucamos de hotel, etc.”. Tal era su importancia que

ha llegado a la categoría de artículo de primera necesidad. [...]. Cuando [...] la buena ama de casa, que sale hacer las compras del día [...] al medio quilo de papas y al realito de yerba, le agrega un medio a la cabeza al treinta y siete, cortar la

94); “Constituye la nota del día el sorteo de la lotería”, en *El Diario*, 31 de diciembre de 1924, portada (imagen 95).

quiniela tiene proporciones de catástrofe, como cortar el agua corriente, la luz o el aprovisionamiento de pan.

Para mediados de la década del treinta, era una fuente de trabajo de la cual un país en crisis no podía prescindir:

la desocupación llevó a tales actividades a cientos de obreros y empleados sin trabajo, que han visto en el corretaje de jugadas un medio para aliviar su situación. Al multiplicarse “el corredor”, se multiplica la oportunidad de jugar y con ellos el jugador.

Montevideo estaba invadido por una “peste de rifas [...] en que se ofrece por ínfimas cantidades el oro y el moro: palacios, automóviles, pasajes para recorrer el mundo y otras gollerías semejantes”. Estafas que “hace un tiempo no colaban” eran cada vez más comunes porque las personas se dejaban seducir por la perspectiva del dinero fácil. En los tranvías y autobuses proliferaban vendedores ambulantes que inducían el juego en los niños ofreciéndoles a sus padres, como regalo adecuado, barajas de naipes. Las kermeses, que “en tiempos más o menos ingenuos” eran actividades inocentes, habían degenerado —acorde a lo que exigía el “espíritu de la época”— en “timbas vulgares”. Para un sueltista “hoy por hoy no existe un solo montevidiano” que no hubiera “jugado un pesito a la cabeza [...] o una redoblancita a las patas de dos caballos modestitos” y financiar la Asistencia Pública con los dividendos de un hipotético galgodromo no era idea descabellada si se tenía en cuenta que “cuando se es criollo se es jugador de alma y lo esencial es timbearse los vintenes aunque sea a la ‘arrimadita’ o al ta-te-ti”. La vidriera del Cambio Messina estaba colmada de “gruesas sumas de dinero [que] hacían tentar hasta al tipo más honesto” y el violento asalto que, a consecuencia de ello, sufrió a mano de un grupo de anarquistas expropiadores, sirvió a otra agencia para promocionarse al grito de “¡Manos arriba! Vaya a la Unión a comprar números. Plata para todos”. Y es que hasta el propio diario que denunciaba el vicio del juego tenía su propio juego de azar (los ya mencionados *Avisos numerados*), ofrecía como suplemento una “biblia burrera” para los aficionados a las carreras de caballos y camuflaba los resultados de la quiniela ilegal —por lo menos si damos por buenas las alusiones de *El Día*, de las que el *El Diario* se hizo cargo— en su publicación de los resultados de la lotería.²³⁵

²³⁵ Diablo Cojuelo [Alfredo Rodó], “El hombre que vió al fantasma. Lo que le dijo la dama vestida de negro”, en *El Diario*, 8 de mayo de 1928, p. 10; Fad [Alfredo Varzi], “Apuntes de FAD. El sonsonete”, 15 de enero de 1924, p. 3; “La quiniela oficializada”, en *El Diario*, 19 de octubre de 1932, p. 3; “Ideal para los niños”, en *El Diario*, 11 de enero de 1929, p. 3; “Mecus [Américo Agorio] “¡Arresteme, sargento””, en *El Diario*, 2 de julio de 1934, p. 3; “La represión del juego clandestino”, en *El Diario*, 1 de julio de 1934, p. 3; “Una plaga de rifas”,

No resulta descabellado interpretar la entronización del azar como parte de una disputa por la subjetividad en (y de) los sectores populares. La mala suerte que solía afectar a tantas “personas de humilde condición” —y la fantasía de superarla mediante un golpe de fortuna— proveía de un marco interpretativo a sus condiciones de existencia que, al mismo tiempo, competía con aquél que las izquierdas habían fabricado con ideas sobre la explotación, la lucha de clases y la organización colectiva. Así lo señaló el anarquista Miguel Arcángel Rosgina cuando dijo que los vendedores de lotería —como el asesinado durante el asalto al Cambio Messina— eran seres “despreciables [que] buscan el dinero con la venta de billetes explotando así el vicio de algunos hombres que restan al bienestar de su casa ese peso”.²³⁶

3.2 Caos, decadencia y depresión

En marzo de 1931, el poeta colombiano y corresponsal de *El Diario* en Nueva York Alfredo Ortiz Vargas describió la sensación que le producía vivir en la ciudad más moderna del mundo:

aquí, como en ninguna otra parte, hemos llegado a comprender cuán necias son todas las cosas que tienden a darnos una sensación de permanencia. [...] Día por día, hora por hora, minuto por minuto, se levantan en esta sodoma gigantesca las más atrevidas, las más inverosímiles, las más fantasmagóricas edificaciones que [...] se derrumban cuando menos se lo piensa, porque de un día para otro resultan insuficientes y anticuadas y es preciso sustituirlas por otras por donde se pueda escapar esta población provisional y amorfa, sin patria, sin culto y sin bandera. [...] Esta sensación de inestabilidad es cosa triste. Nuestro pobre cerebro quiere siempre para no rendirse de cansancio engañarse con la idea de las cosas permanentes [pero] Nueva York se ha encargado de inculcarnos el sentido de lo deleznable que, al fin y al cabo, es el verdadero sentido de la vida.

Pocas definiciones más claras del desamparo del hombre ante la ciudad moderna. Como si no fuera lo suficientemente paralizante la conciencia de que su destino —salvo por los caprichos

en *El Diario*, 21 de octubre de 1928, p. 3; “Timbitas”, en *El Diario*, 11 de enero de 1925, p. 3; “Cosa seria...”, en *El Diario*, 25 de junio de 1926, p. 3; “Un hombre que tiene una idea”, en *El Diario*, 19 de noviembre de 1927, p. 3; “Hasta ahora no se adelantó nada en la engorrosa pesquisa. El asalto al Cambio Messina había sido denunciado”, en *El Diario*, 26 de octubre de 1928, p. 12 y 8; “¡Manos arriba!”, en *El Diario*, 19 de noviembre de 1928, portada; “Los avisos numerados de ‘El Diario’ son una verdadera innovación en materia de publicidad. Comenzarán a publicarse este mes”, en *El Diario*, 1 de marzo de 1931, p. 10; “Indispensable para la afortunada elección...”, en *El Diario*, 20 de enero de 1935, p. 12; “Pamplinas”, en *El Diario*, 16 de marzo de 1927, p. 3.

²³⁶ “Hablámos en la cárcel con Rosigna”, en *El Diario*, 30 de marzo de 1931, pp. 10 y 7.

del azar— estaba prescrito, la época que le tocaba vivir era caótica y refractaria en cualquier caso a su potencia:

la civilización ha conturbado nuestro ánimo, confundido nuestras orientaciones y, sin hacernos mejores, nos ha dado la ilusión de una mayor capacidad-potencia. Nuestro esfuerzo colectivo [...] empujó la ciudad hacia lo alto... Empequeñecidos por la magnitud de la propia obra, soportamos el peso de todas las complicaciones y la angustia de todos los vértigos.

El mundo estaba “en general desbarajuste”; los tiempos eran “desequilibrantes”, “todo muda, todo se transforma”, incluso aquellas cosas que parecían “incomovibles”. Para Attila U. Moriconi, los postulados del futurismo italiano habían traspasado las fronteras del arte y contaminado la vida:

los divinos ingenios del esfuerzo parecen locura, [...] los pensamientos trabajan con la velocidad del rayo, [...] los colosales robos vulgares no faltan en ninguna fecha del calendario, [...] los gestos de las naciones se han vuelto hiperbólicos, [...] las guerras, las dictaduras, los levantamientos de militares perjuros están a la orden del día como las ocupaciones de territorios ajenos. [...] Todo se ha transformado en una loca carrera hacia la muerte de cualquier idealismo ético; la vida ha entrado en el trágico sendero de donde se evapora una neblina asfixiante de neurastenia que conduce a la demencia. [...] Las artes modernísimas [...] se están quedando impotentes [...] ¿Qué se quiere, que se busca con esta carrera hacia el abismo?²³⁷

Si el problema se limitase a las interacciones entre los seres humanos tal vez fuera remediable, pero la “irregularidad desconcertante [...] se hace sentir [incluso] sobre el propio globo terráqueo” al punto tal que las “leyes físicas concebidas por la ciencia humana” empezaban a fallar a la hora de explicar los fenómenos atmosféricos:

en trágica cadena se repiten las inundaciones, terremotos, ciclones, temporales horribles y catástrofes inauditas que siembran la desolación en distintas partes de la tierra. Detiéndose a veces la sucesiva serie de flagelos, para recrudecer más tarde

²³⁷ A. Ortíz de Vargas (especial para EL DIARIO), “La tragedia de lo deleznable”, en *El Diario*, 31 de marzo de 1931, p. 3; “Un recuerdo que parece antediluviano”, en *El Diario*, 26 de noviembre de 1927, p. 3; “Atahualpa, solar de paz y reposo”, en *El Diario*, 19 de marzo de 1933, p. 3; “Montevideo se norteamericaniza”, en *El Diario*, 5 de junio de 1926, p. 3; “Ha muerto Angelito!”, en *El Diario*, 14 de julio de 1930, p. 3; “Bolsheviskeos”, en *El Diario*, 22 de julio de 1924, p. 3; “¡Has vuelto organito!”, en *El Diario*, 25 de febrero de 1933, p. 10; “Noticiero curioso. El nuevo anillo de la alianza”, 2 de febrero de 1926, p. 3; “La flema inglesa en baja”, en *El Diario*, 3 de julio de 1931, p. 3; Attila U. Moriconi, “La carrera hacia la locura”, en *El Diario*, 2 de junio de 1926, p. 3.

con mayor violencia. [...] La causa determinante de estas alteraciones escapa a la sabiduría humana.

La lluvia de sanguijuelas que asoló Buenos Aires cuando su población, abatida por una ola de calor, imploraba un descenso de temperatura “revela el estado de profunda subversión por que atraviesa el mundo [y] los fundamentos de las sociedades carcomidos por una extraña renovación”. Montevideo era una ciudad que padecía la condena de representar las diversas latitudes de la tierra: “en una esquina, el Polo, en otra el Ecuador y todo en pocos minutos”. Y las explicaciones para estos fenómenos no eran ajenas al manto de sospecha que caía sobre todo lo moderno: si los termómetros estaban “fatigados” y los barómetros “enloquecidos”, la responsabilidad debía de ser de un científico “semejante a Fausto” que desde un laboratorio secreto manipulaba las perillas que controlaban el clima.²³⁸

El significado de todo esto era que el mundo atravesaba una era de decadencia. La sarcástica pero no por ello menos sintomática afirmación de que todo estaba llegando a su fin apareció una y otra vez como el comentario concluyente de las noticias más diversas y curiosas. Cuando en Buenos Aires se desató una huelga de empleados de pompas fúnebres que impidió enterrar a los muertos, el sueltista la interpretó como uno de los tantos síntomas de la “definitiva liquidación del mundo”. La prohibición de los harenes en Turquía indicaba que “el mundo se achata cada día que pasa y va perdiendo color”. El hecho de que ya ni los mafiosos cumplieran con la palabra empeñada llevó a que Américo Agorio se preguntara “¿dónde iremos a parar? ¿Qué época es esta que vivimos? ¿Qué sucederá? [...] Hemos llegado al borde de una civilización, donde todo se derrumba”. Solo los perros, “en esta época de crisis y sálvese quien pueda”, practicaban el valor de la fidelidad. La actualidad, si uno la juzgaba por la página de los telegramas, nunca dejaba de ser “trágica”, el horizonte “indeciso, cuando no amenazador”, la época, a fin de cuentas, “bien triste de vivir”.²³⁹

²³⁸ “Calamidades tras calamidades”, en *El Diario*, 16 de noviembre de 1927, p. 3; “... Y llovieron sanguijuelas”, en *El Diario*, 24 de enero de 1929, p. 3; “Panorama urbano. Desigualdades atmosféricas”, en *El Diario*, 9 de agosto de 1923, p. 3; “El eterno inconstante”, en *El Diario*, 5 de agosto de 1923, p. 3.

²³⁹ Mecus [Américo Agorio], “Era de decadencia”, 15 de febrero de 1933, p. 3; “Una huelga macabra”, en *El Diario*, 13 de mayo de 1933, p. 3; “Monotonía”, en *El Diario*, 2 de enero de 1924, p. 3; “Fidelidad inconveniente”, en *El Diario*, 3 de julio de 1931, p. 3; Mecus [Américo Agorio], “Pas de nouvelles... bonnes nouvelles...!”, en *El Diario*, 12 de diciembre de 1935, p. 3. Por supuesto que esta estructura de sentimiento no fue creada exclusivamente por *El Diario*. Lejos de eso, aparece como el subtexto de infinidad de productos culturales de la época. Entrevistado por *La Nación* de Buenos Aires en 1931 acerca de los motivos que lo llevaron a componer *Qué sapa*, el letrista de tango Enrique Santos Discépolo decía: “He pretendido reflejar el momento de locura universal que atravesamos. El mundo marcha a la deriva. Se han roto los diques de la cordura y de la sensatez y la humanidad no encuentra los caminos de la dicha. [...] El mundo inspira terror. El momento es de vértigo, de desorden, de catástrofe. La tierra está incendiada por sus cuatro costados. Se quiere destruir para reconstruir. Estamos en plena locura. El hombre mecánico desplaza a la humanidad. [...] El hombre ve que la conmoción universal aniquila los regímenes establecidos, barre con las que parecían sólidas instituciones”

Los vínculos entre las personas, sus objetos de consumo, sus creencias y deseos, todo cobraba la forma de una serie de prácticas destructivas y autodestructivas de los individuos y de la comunidad de la que formaban parte. “Vivimos una época en que la plata, habiendo perdido su valor, es dispensada con rara facilidad”, dijo un sueltista en 1925:

el lujo, hoy día, forma parte de las cosas necesarias. Se extiende a todas las manifestaciones de la vida; aparece en nuestra vestimenta, en nuestras casas y en todos nuestros gustos. [...] Al decir de los psicólogos y los historiadores, este lujo desenfrenado es una prueba de la decadencia de la sociedad.

Los “paraísos artificiales” de la cocaína, el opio y la morfina estaban generando “placeres que antes no hubiéramos sospechado siquiera que existían” y eso debilitaba “física y moralmente” al pueblo. Un viajero recién llegado de Nueva York desmintió que en la gran metrópoli todo fuese una maravilla:

no se come ni se viste como la gente. Todo se factura de molde. Fabrican la comida a lo “standard”. [...] Al mejor violinista del mundo, el pueblo yanqui prefiere un “jazz band” [...] Triunfan los boxeadores y los biógrafos. [...] Es horrible, señor. Yo regreso de allá alzando mis pobres brazos al cielo.

Los aplausos dedicados a una obra de teatro basada en el humor físico demostraban que “el espíritu analítico del espectador” estaba anulado, “la letra y el espíritu de algunas canciones populares” contaminaban día tras día “el seno del hogar” con formas del habla antes patrimonio de los delincuentes, los bailes protagonizados por mujeres casi desnudas —como el bataclán— probaban que “mientras creemos que vamos afinando nuestra sensibilidad [...] marchamos en procura de la pétrea mentalidad troglodita”, las extravagancias “de esta época de jazz” multiplicaban los divorcios y la afición al Shimmy causaba “perturbaciones mentales que pueden llegar a ser trágicas”, tal el caso de una jóven que había matado a su madre por impedirle practicar ese ritmo.²⁴⁰

(Enrique Santos Disçépolo, *Escritos inéditos*, Buenos Aires, Ediciones del pensamiento nacional, 1981 [primera edición: 1947]).

²⁴⁰ “Lujo y decadencia”, en *El Diario*, 6 de enero de 1925, p. 3; “Notas bonaerenses”, en *El Diario*, 6 de julio de 1924, p. 7; “La corrupción del idioma”, en *El Diario*, 6 de julio de 1931, p. 3; “Definitivo”, en *El Diario*, 23 de julio de 1924, p. 3; “Los vapores Pan América y Mendoza llegaron a Montevideo. Con el señor Agustín Smith”, en *El Diario*, 9 de julio de 1924, p. 3; “Temporada Gandusio”, en *El Diario*, 13 de julio de 1924, p. 3; “El bataclán y la caverna. No hemos andado nada”, en *El Diario*, 2 de agosto de 1925, p. 3; “La capital del cine y el divorcio”, en *El Diario*, 27 de mayo de 1926, p. 3; “El crimen del jazz”, en *El Diario*, 17 de enero de 1925, p. 3.

La reiterada referencia a Estados Unidos no es casual, ya que ese país era el símbolo de la época. Allí morían cien mil personas al año en accidentes de tránsito “por el inmoderado deseo de vivir velozmente”, las fronteras entre realidad y ficción habían desaparecido (“es el país de los acontecimientos raros [...] donde tienen el afán de realizar las mentiras cinematográficas”) y había nacido el “espíritu comercial” ahora expandido a todas partes del mundo que había abaratado “todas las mercancías [...] en detrimento de la calidad”. Y a su vez, como constató alarmado un sueltista en 1926, día a día “Montevideo se norteamericaniza” por efecto de la expansión de la economía estadounidense: “los capitales y los hombres y las maquinarias y las manufacturas yanquis invaden, sin oposición y sin medida, todos los mercados de América”. El cerro había perdido su tradicional fisonomía por culpa “del yanqui, ese señor grotesco que bate todos los records, hasta el de imbecilidad [y] que estableció frigoríficos en los que la carne de vaca criolla sale convertido en pasta inglesa”. Los empleados de hoteles, bares e incluso oficinas públicas habían adoptado la “yanquisima” costumbre de trabajar en mangas de camisa y los hombres de toda clase social dejaban de acudir al sastre y por “dos docenas de pesos [...] ostentan la gama multicolor del [traje] Palm Beach”. Incluso el idioma castellano corría riesgo ante la expansión de “el de Norte América, que ejerce hegemonía en el alma de nuestra lengua, por la formación plástica de los giros fundamentales y el método de incorporación psicológica”.²⁴¹

No es de extrañar que a estos problemas se agregara la subversión de los roles de género. Para Alfredo Varzi, “al paso que nos están llevando las locuras modernas [...] dentro de poco se van a trocar ruidosamente los papeles”. Un sueltista pensaba en 1924 que “poco hace falta [para que] nos eche un gentil piropo” cualquier mujer que camine por la rambla y un cronista deportivo prefería quedarse soltero antes que elegir entre la mujer “modelo 1810, que se pasaba el día haciendo crochet” y la “modelo 1933, que va a berrear al Stadium”, que había aprendido durante la guerra “a prescindir del hombre, a sustituirlo, a bastarse a sí misma” y que, por lo tanto, ya no estaba dispuesta a cumplir sus funciones tradicionales:

bailan libremente, andan solas o mal acompañadas, fuman, beben, se cortan el pelo, y el “flirt” que en otrora podía ser solo un anhelo, es ya uno de sus

²⁴¹ “Montevideo se norteamericaniza”, en *El Diario*, 5 de junio de 1926, p. 3; “Por vivir velozmente”, en *El Diario*, 13 de noviembre de 1928, p. 3; Mecus [Américo Agorio], “Un verdadero cristo”, en *El Diario*, 3 de junio de 1935, p. 3; FAD [Alfredo Varzi], “Apuntes de FAD. Caracoles...”, en *El Diario*, 30 de enero de 1924, p. 3; “Panorama urbano. Lo barato”, en *El Diario*, 6 de agosto de 1923, p. 3; “Un exceso”, en *El Diario*, 19 de enero de 1930, p. 3; “Barrios que se fueron. El Cerro”, en *El Diario*, 13 de noviembre de 1927, p. 3; “Puntos de vista”, en *El Diario*, 16 de enero de 1924, p. 3; “El triunfo del palm-beach”, en *El Diario*, 28 de enero de 1929; “Idioma uruguayo”, en *El Diario*, 6 de julio de 1930, p. 3.

permitidos aburrimientos y el olvidar ciertos deberes que se consideraban sagrados del hogar, es ya un snobismo tolerable. Ellas lo ansían, lo exigen y lo acaparan todo.

Tal era el grado de perversión femenina que Pedro —el protagonista de una caricatura publicada en 1924—, tras aprender a leer el pensamiento, no podía menos que sonrojarse cuando estaba rodeado de mujeres. Hundidas en “todo el ambiente de la frivolidad y molicie de la vida contemporánea” habían olvidado el componente sacrificial correspondiente a su género: “hay que moderarse”, diría otro sueltista, “menos auto, menos baile, menos paseo” porque de lo contrario les pasaría como a Coca, la protagonista de una caricatura que no sabía si quería ser “chica tipo vampiresa”, romántica o deportista y que cuando lo supo “ya se había divorciado cuatro veces” o terminarían volviéndose indistinguibles de los hombres, como sugirió el “eminente biólogo” que afirmó que “si continúan, durante dos o tres generaciones, llevando los cabellos cortos, les crecerá la barba”.²⁴²



96

La contracara lógica de este proceso era la feminización de los hombres, de la cual bien podía responsabilizarse a la modernidad en sí misma como a las mujeres modernas que, sin esperar “el derecho a voto”, habían “tomado la más grave de las decisiones”: reemplazar

²⁴² “La caída del sombrero”, en *El Diario*, 27 de enero de 1924, p. 3; FAD [Alfredo Varzi], “Apuntes de Fad. Estaba escrito...”, en *El Diario*, 25 de agosto de 1923; “Puntillazos”, en *El Diario*, 10 de julio de 1933, p. 10; “Aspectos de la vida moderna”, en *El Diario*, 10 de enero de 1924, p. 3; Caricatura sin título, en *El Diario*, 4 de agosto de 1925, p. 3 (**imagen 96**); “La capital del cine y el divorcio”, en *El Diario*, 27 de mayo de 1926, p. 3; “La mujer en la vida moderna”, en *El Diario*, 8 de junio de 1923, p. 3. Caricatura sin título, en *El Diario*, 11 de julio de 1924, p. 4 (**imagen 63**); “Las mujeres con barba”, en *El Diario*, 4 de noviembre de 1924, p. 3.

“nuestra masculinidad” por una “de novísima sensibilidad femenina”. Si antes los atributos de la virilidad eran la “fuerza, la inteligencia, el arrojo, la vida azarosa, la gallardía y la heroicidad”, ahora, para recibir el favor femenino, había que ser “meloso como un caramelo de goma y más blando que la manteca” y gastar millones en “masajes faciales, peinados, teñidas de cabello y demás recursos de rejuvenecimiento”. Un arquetipo de esa masculinidad era Deolindo de la Perilla, el joven imaginado por Horacio de Abadie Santos en una suerte de ensayo publicado en 1930: Deolindo estaba siempre cansado (“fatigado mental”) aunque no hacía nada productivo en todo el día. Lo habían educado sin rigor, tanto que entró a la Universidad sin tener que salvar un examen de ingreso

porque los reformadores decían que ese método arcaico de probar aptitudes era antidemocrático, anticientífico y amedrentador para los niños. [...] La Historia le fue explicada por el cinematógrafo. Del mismo modo se le administró la zoología y otras ciencias de esas que en definitiva no sirven para nada. Las lecciones de inglés y de francés las recibió por medio de discos de gramófono, según métodos ultramodernos. Algunas conferencias transmitidas por las radiolas le enseñaron a Deolindo la verdadera importancia de la democracia y el goce pleno de las libertades públicas. Por ese medio se formó el concepto de que la tarea de asistir a clase en las mañanas frías o en las tardes de bochorno, constituía un acto de tiranía encerrado en estúpidos reglamentos antiguos y autoritarios. Deolindo usaba pantalón “Oxford” como el Príncipe de Gales y patillas como Rodolfo Valentino. [...] Se hizo un barman consumado; corría garufas nocturnas; bailaba Charleston con gran juego de tobillos y al apagarse las luces del salón [...] absorbía su porción de coca como el mozo más crudo de la barra.

Y a la mañana, tras ducharse y volver a a la cama, pasaba la tarde oyendo publicidades por radio y pidiéndole a su sirviente que apuntara las marcas de los productos (“ropa interior de seda, variados colores, para jóvenes bien”). Y es que hoy

la mozada toda, está “standarizada”

vive para el espejo, toda su mocedad;

vive en cine, habla en cine, como mecanizada

y usa un hilo finito, de masculinidad.

Para remediar este problema sería necesario —de acuerdo a Alfredo Varzi y en alusión al médico que por esos años había popularizado el trasplante de testículos de mono a seres humanos con fines de revitalización física y sexual— “un [Serge] Voronoff” o en su defecto el servicio militar obligatorio a fin de “rehacer a sus componentes timoratos, con rigor y disciplina que les son completamente desconocidos, enseñándoles a ser hombres hombres”.²⁴³



97

Ante este panorama, las “edades pasadas” —imprecisa formulación que traía la ventaja de que cada quien podía situarlas donde quisiera— destacaban como un tiempo

²⁴³ “La culpa no es de ellos”, en *El Diario*, 28 de enero de 1930, p. 3; Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. Niños coperos”, en *El Diario*, 13 de julio de 1930; Ombú Curá [Américo Agorio], “Benditos diecisiete”, en *El Diario*, 17 de noviembre de 1934, p. 3; “Apuntes de Fad. Estaba escrito...”, en *El Diario*, 25 de agosto de 1923; “Antaño y hogaño en materia de coquetería masculina”; en *El Diario*, 30 de julio de 1923, portada; “¿Por qué no se funda un club de tarzanes en Montevideo?”, en *El Diario*, 07 de diciembre de 1935, p. 26 (imagen 97).

“heroicidades heráldicas”. Un corresponsal bonaerense diría que en “la vida de nuestros abuelos” había “ingenuidad de costumbres [...] y hoy, por contraste, la perversidad está dominando todos los actos de la vida”. Los hombres de antes, diría Américo Agorio, eran “hombres sin tacha y sin temor”, con una masculinidad forjada en “la rudeza de la vida”, probada en la mutua lucha por el favor de las mujeres y en su capacidad para “engrupirlas” o “marcarlas” según fuera necesario. También extrañaba a esos hombres, aunque por razones diferentes, la “muchacha anónima” que escribió una carta a la redacción:

cuando los jóvenes leían a [Victor] Hugo y a [Alphonse de] Lamartine, y no teníamos tantos campos de deportes ni campeonatos olímpicos, caminar por estas calles endiabladas era una bendición del cielo [pero] la tradición del piropo ingenioso y amable ha muerto [y] cada día aumenta [...] el número de soeces “piropeadores” [que] no hacen otra cosa que enterarnos de los más bajos epítetos que andan en boga.

La culpa de que “en esta época de extravagancia y neurastenia” el casamiento ya no fuera un vínculo estable era de

los padres de hoy, pues los de otros tiempos solían dar sanos consejos a los hijos con respecto al matrimonio, mostrándoles que no es un mar de rosas sino una larga y tortuosa senda que eventualmente conduce a la felicidad a que es posible llegar tan solo por medio del trabajo, de la economía, del orden y de muchos sacrificios.²⁴⁴

A ese paso, el futuro sería aún peor, a juzgar por la ignorancia de los niños sobre las cosas básicas de la vida (“yo no he visto un caballo nunca”, dijo la alumna de una “escuela urbana de Montevideo” cuando no supo responderle a su maestra si esos animales bebían agua o no) y por la tendencia decadente de “nuestra arquitectura facial” que, a juzgar por los últimos avances de la antropología, “tiende a apartarse de los rasgos fuertes, anchos, macizos, poderosos [...] y asumir otros que denotan debilidad”, tanto que los hombres del futuro

tendrán cráneo pequeño, estrecho y alargado, cabello ralo y corto; nariz larga, delgada y prominente; boca pequeña, levemente cónica, ojos también pequeños y

²⁴⁴ “Lustre”, en *El Diario*, 1 de agosto de 1924, p. 3; “Notas bonaerenses”, en *El Diario*, 6 de julio de 1924, p. 7; “Deporte y modales”, en *El Diario*, 26 de julio de 1924, p. 3; “La capital del cine y el divorcio”, en *El Diario*, 27 de mayo de 1926, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio] “Benditos diecisiete”, en *El Diario*, 17 de noviembre de 1934, p. 3.

un tanto bizcos; pómulos y mandíbulas casi desvanecidos. Un tipo, en fin, que da una impresión de mal alimentado y de “sangre aguada”.

Su cuerpo entero iba a deformarse por efecto de los dispositivos tecnológicos: los ojos iban a proyectarse “sobre el extremo de ciertas prolongaciones cilíndricas neuromusculares, tal cual los cuernos del caracol” por efecto del cine y de la atención que había que tener en la calle para no morir atropellado. Los brazos y piernas iban a acortarse hasta el tamaño mínimo indispensable para alcanzar los pedales y el manubrio de un auto y las orejas se transformarían en “cucuruchos muy móviles” para captar mejor las ondas de radio.²⁴⁵

No es de extrañar que, en un mundo tan caótico y decadente, la estructura de sentimiento urbana estuviera cimentada sobre la tristeza. “Es fatalmente triste vivir condenado a ejercer las funciones de un agujero oscuro”, confesó un sueltista en 1924 acerca de la “fatal misión” del hombre moderno consistente en ser una “unidad en las multitudes”. La soledad lo embargaba cada día un poco más (“vivimos menos intensamente con los extraños, pues la vida moderna nos ha enseñado [...] a ser ‘íntimos’ solamente de nosotros mismos”), la “conexión espiritual” que antaño lo unía a sus semejantes “ha muerto entre nosotros” y la vida lo absorbía “entre los pliegues de la multitud”, indiferente a sus virtudes y talentos, como le pasó al payador que, en vano, esperó a que alguien lo convocara a formar parte de los festejos del centenario en 1930. Bien podía Stefano, protagonista de la obra de teatro homónima escrita y estrenada por Armando Discépolo en 1925, representar la tragedia de ese hombre, tan llena de sueños de grandeza como de impedimentos propios (“ineptitud”) y ajenos (“la presión del medio en que le tocó actuar”) para realizarlos:

todos los personajes y en especial manera el protagonista sufren el dolor del desencanto y el aburrimiento de la inutilidad. Ni un rayo de sol; ni siquiera una pequeña luz que matice de vez en cuando la tortura moral y material del ambiente.
[...] La obra es torturante y deja en el ánimo una impresión que abruma...

La descripción de la realidad que aparecía en esta obra (“una sola cosa gris”) era tan precisa que podía considerarse una “fotografía” y la imagen revelaba que en la vida “se sufre, se lucha... y después se muere”. Asumir eso antes que negarlo tras las florituras del romanticismo era una señal de “superioridad mental”, como diría el arquitecto Leónidas Chiappara al momento de buscarle virtudes a “nuestra innata tristeza”:

²⁴⁵ “Consecuencias de la civilización”, en *El Diario*, 3 de junio de 1926, p. 3; “La cara del hombre del futuro”, en *El Diario*, 29 de mayo de 1926, p. 4; Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un horterero. La sociedad del porvenir”, en *El Diario*, 20 de julio de 1931, p. 3.

los hombres inteligentes no son vanidosos y no atribuyen a sus éxitos más importancia que la que tienen en realidad; además, son tristes, porque la noción exacta de la realidad de las cosas de la vida, les hace perder la ingenuidad, fuente de la alegría.²⁴⁶

La tristeza podía, en parte, explicarse como una herencia de “nuestros ascendientes emigrados de las patrias europeas” que se habían acostumbrado a vivir con nostalgia de su tierra. La locura, sin embargo, otro rasgo saliente de la personalidad del ciudadano moderno, parecía un producto genuino de la época: el teléfono era “una institución patológica que vuelve neurasténicas a las telefonistas y a los que consiguen canjear algunas palabras”, el fútbol había creado un tipo de personalidad (“el hincha”) que “se olvida hasta de que vive y si no fuera una función orgánica se olvidaría hasta de respirar”, la “electricidad de mi cuarto que como ya he dicho me tortura día y noche” había pactado con “los espíritus perversos” para que un hombre asesinara a su hermana en Nueva York y la “lectura híbrida y morbosa” de novelas folletinescas había inducido a otro a matar a su padre en Buenos Aires.²⁴⁷

Tan evidente era el desequilibrio mental generado por la ciudad moderna que podía constatarse con solo caminar por sus calles:

no es una novedad. Las modernas ciudades tentaculares producen con regularidad de floración natural un tipo cada vez más abundante: el loco suelto. Es el precio implacable que hay que pagar por el ritmo cada vez más acelerado de la vida actual, por el tráfico excesivo, las preocupaciones tenaces, el ruido y el tráfico constante que reproduce ese rumoroso y colosal conjunto de trepidantes colmenas humanas.

Montevideo, lejos de ser una excepción era, a juicio de Américo Agorio, “el paraíso de los locos”, un lugar donde ante el divertimento y la condescendencia del resto, campeaban “el neura, el loco lindo y el tipo raro”, ese hombre que

²⁴⁶ Lustre”, en *El Diario*, 1 de agosto de 1924, p. 3; “La cortesía muerte?”, en *El Diario*, 3 de enero de 1925, p. 3; “Aspectos del verano ramblero. La decadencia del ‘piropo’”, en *El Diario*, 6 de enero de 1925, p. 3; “El homenaje que se ha olvidado”, en *El Diario*, 19 de julio de 1930, p. 3; “Espectáculos de Aratá”, en *El Diario*, 20 de octubre de 1928, p. 7; Carlos César Lenzi, “Un juicio de Carlos César Lenzi sobre ‘Stefano’”, en *El Diario*, 25 de octubre de 1928, p. 4; Leonidas Chiappara, “El porvenir de nuestra raza”, en *El Diario*, 3 de agosto de 1924, p. 3.

²⁴⁷ Attila U. Moriconi, “Variaciones Beethovenianas”, en *El Diario*, 17 de junio de 1926, p. 3; “Muerto de emoción”, en *El Diario*, 11 de julio de 1924, p. 3; J. S. De Roca, “Correo de El Diario. Demostración práctica peligrosa”, en *El Diario*, 25 de octubre de 1928, p. 6; “Un parricidio monstruoso. Personalidad monstruosa, acentuada por una lectura híbrida y fatala”, en *El Diario*, 19 de agosto de 1923, p. 12.

en sus movimientos tiene la viveza
que tiene el ratón;
¡de pies a cabeza!
es un tacho de agua en ebullición!
Hace vida intensa, veloz y agitada
en actividades
de esas que no sirven nunca para nada.²⁴⁸

Otra consecuencia de la modernidad era el auge del suicidio. Cada día había más “cansados de la vida, desilusionados del amor, miserables sin remedio”, incapaces de soportar “una época en que todo entusiasmo sufre una crisis”, por no hablar de los muchísimos “que vegetan en un estado intermedio entre la vida y la muerte y que se resignan a soportar una especie de desesperación interna”. Los ancianos dominaban las estadísticas de suicidio en Alemania porque en los últimos años habían sufrido una alteración profunda de su modo de vida (“conmoción del espíritu”, diría un sueltista) y el convulso mundo de posguerra era el culpable también de que cada vez nacieran más niños “con cierta predisposición a trastornos del sistema nervioso”, suicidas potenciales que pasaban el acto ante el más mínimo contratiempo, como la “jovencita que tomó veneno y murió porque no le permitían cortarse el cabello a la garçonne” o el muchacho que se disparó en la cabeza tras perder un partido de rubgy. La “crisis profunda que conmueve a toda la sociedad” era la única explicación para el pacto suicida que dos jóvenes “casi niños” habían hecho en Buenos Aires. La traición de una época que prometía —pero no cumplía— gloria y riqueza explicaba el espectáculo de profesionales sin empleo que saltaban por las ventanas de los rascacielos en las grandes metrópolis. El “impulso de la locura”, en fin, era la fórmula que auxiliaba al cronista policial cuando no había explicaciones, como en el caso de José Rodicio Rodríguez, quien pese a su buena posición económica y feliz vida familiar se había cortado el cuello con una navaja de afeitar.²⁴⁹

²⁴⁸ “Locos sueltos”, en *El Diario*, 2 de noviembre de 1929, p. 3; Mecus [Américo Agorio], en *El Diario*, 21 de octubre de 1934, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “Tipos de tricolandia. Dosveinticuatro”, en *El Diario*, 11 de noviembre de 1934, p. 3.

²⁴⁹ “Un medio menos...”, en *El Diario*, 31 de marzo de 1931, p. 3; Manuel Bueno, “La deserción de la vida (especial para El Diario)”, en *El Diario*, 25 de abril de 1933, p. 14; “Los suicidios en Alemania. Cunden de forma alarmante”, en *El Diario*, 8 de julio de 1923, p. 3; “El suicidio en EEUU”, en *El Diario*, 15 de enero de 1925, p. 3; Mecus [Américo Agorio] “El Día al día. Menos mal”, en *El Diario*, 29 de marzo de 1927, p. 3;

La expansión de esta práctica entre los hombres también abonó la idea de una época en donde se estaban confundiendo los roles de género. Porque el suicidio, para *El Diario*, era un gesto de fragilidad física y emocional asociado a femineidad (cosa “de niñas cursis), típico en casos como los de María Velázquez, “la pobre histérica” que resolvió suicidarse cuando creyó que su novio estaba por abandonarla; de María Rocha, la “pobre sirvientita” de dieciséis años que se mató después que “el galán de todas las leyendas se cruzó en su camino y le hizo el dulce cuento”; o de Rosa Amelo de Verne, que sufría una enfermedad y estaba “cansada de la vida”. En cambio, la que se vivía era una “época de suicidas y neuróticos [con el] ánimo vencido por impotencia o cobardía”, de “almas débiles y enfermizas” encarnadas en cuerpos masculinos como los Manuel González Cea, “chico sensibilísimo que hubiera hecho la felicidad de alguna niña romántica”, ahorcado luego de que su hermana le reprendiera un gasto superfluo de dinero; Vicente Caruso, quien no solo fracasó en su intento de matar a Olga Peña sino en el posterior y consecuente de suicidarse (“cuando se disponía a cortar el hilo de su existencia [...] ¡el altillo era tan bajo que no podía pender su cuerpo de la soga!”); Vicente Fernández y Manuel Mainolfi, cuyos intento de suicidio ante el rechazo sentimental de una mujer probaba que eran “hombres sin voluntad [...] cobardes en la lucha por la vida”; o Antonio Moretti, uno de los asaltantes del cambio Messina, que al verse rodeado por la Policía “debió de reclamar de sus instintos una acción más acorde a sus inclinaciones criminales” y resistir con violencia, no dispararse en la cabeza “de manera tan cobarde”. Tantos eran los hombres “cansados de la vida” que en varios países ya se estaban organizando en clubes para darse la muerte en colectivo y de forma ritual, por ejemplo encerrándose en una habitación a oscuras y disparando armas de fuego en dirección aleatoria:

esto parecerá horroroso, pero tiene nada más que el horror que es capaz de fraguar la cobardía: un hombre que deseando morir se someta a tales ceremonias, más que un suicida es un vicioso del miedo. El miedo como “sport”: he ahí tal vez la única causa seria de la existencia de los “clubs de suicidas” para cuyos socios el castigo lógico y ejemplarizador, debiera ser someterlos a la célebre operación de Vornoff!²⁵⁰

“Signos de la época”, en *El Diario*, 31 de marzo de 1929, p. 3; AUM [Atila U. Moriconi], “El aviso económico”, en *El Diario*, 18 de febrero de 1926, p. 3; “El suceso trágico de hoy”, en *El Diario*, 30 de enero de 1924, p. 12.

²⁵⁰ “Una pasión funesta. Amor e histerismo”, en *El Diario*, 28 de agosto de 1923, p. 6; “Un drama en el cerro. En forma terrible se quitó la vida una señora”, en *El Diario*, 13 de enero de 1929, p. 5; “Servidores policiales”, en *El Diario*, 14 de mayo de 1928, p. 3; “El fracaso de un enamorado. Se asusta de matar y huye, haciendo un papelón”, en *El Diario*, 16 de enero de 1924, p. 10; “Alcaloides”, en *El Diario*, 8 de julio de 1923, p. 3; “Sensibilísimo”, en *El Diario*, 2 de enero de 1924, p. 3; “La aventura de un Tenorio trágico. Fracasado en una conquista, agrade a la dama de sus ensueños y le desfigura el rostro de un navajazo”, en *El Diario*, 22 de agosto 1923, p. 9; “Quiso morir cortándose siete arterias y sumergiéndose en agua tibia”, en *El Diario*, 12 de junio de

3.3 Tecnologías de la comunicación, héroes y muchedumbres

Pero ese mundo caótico y decadente también estaba lleno de novedades y atractivos. “El ingenio de Julio Verne, en medio siglo, ha quedado reducido a polvo”, dijo *El Diario* cuando en Inglaterra se anunció la construcción de un transatlántico que en los hechos sería una verdadera “ciudad flotante”. Es cierto que la inquietud de la época causaba depresión y tristeza, pero también incluía un componente de imaginación y experimentación que abría la puerta de un mundo nuevo. La vida

bajo el signo de la máquina [es] poder, belleza, acción fecunda, realizaciones fantásticas: [...] posibilidades. Lárguese usted al lance, imagine cualquier empresa fantástica, y quien le dice [...] que dentro de 500 o 1000 años, su lance no se hace, transformándose en realidad la fantasía.²⁵¹

Los rubros tecnológicos que mejor expresaron esta maravilla fueron las tecnologías que aceleraron la interconexión de mercancías, relatos y personas:

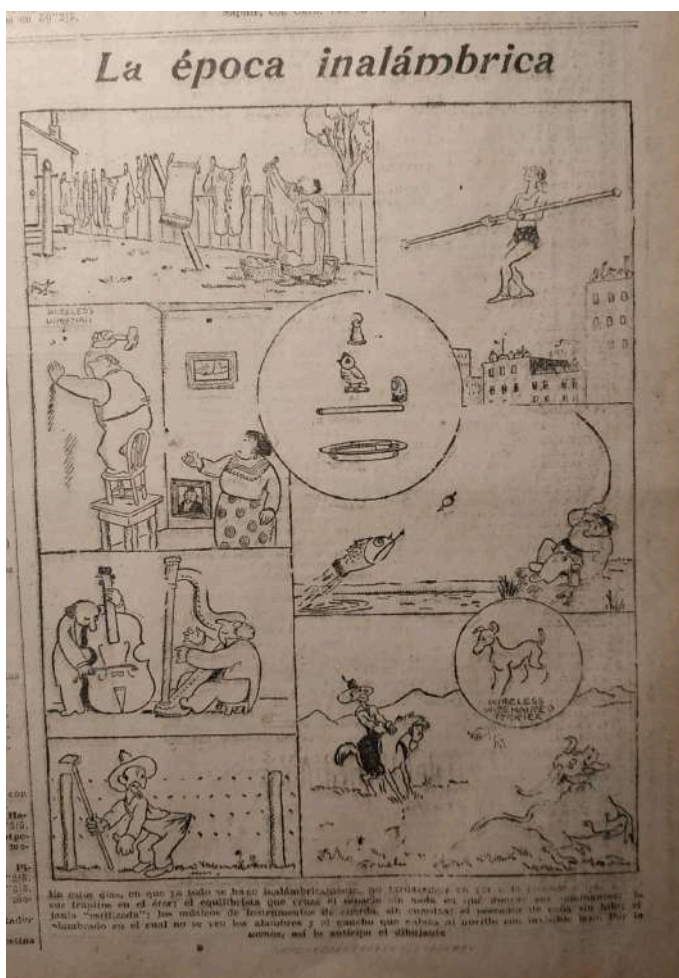
estamos en la época de las comunicaciones aéreas. La radiotelegrafía ampliada telefónicamente nos une con todos los ámbitos del universo transmitiendo nuestros pensamientos. El avión y el globo dirigible llevan a todas partes miles de pasajeros e igual kilogramos de mercaderías.

La “época inalámbrica” que estaba naciendo y cuyo futuro imaginó en 1924 un anónimo dibujante implicaba una desmaterialización de la realidad: las arpas y violonchelos no precisarían de cuerdas para producir sonidos y las ropas podrían secarse al sol sin necesidad de un cable que las sostuviera; la voz y la música de las conferencias y recitales a las que ya podía accederse mediante un simple receptor de radio “parecen venir del cielo”, mientras que el hombre que instaló la antena receptora de ondas de radio de la General Electric Company

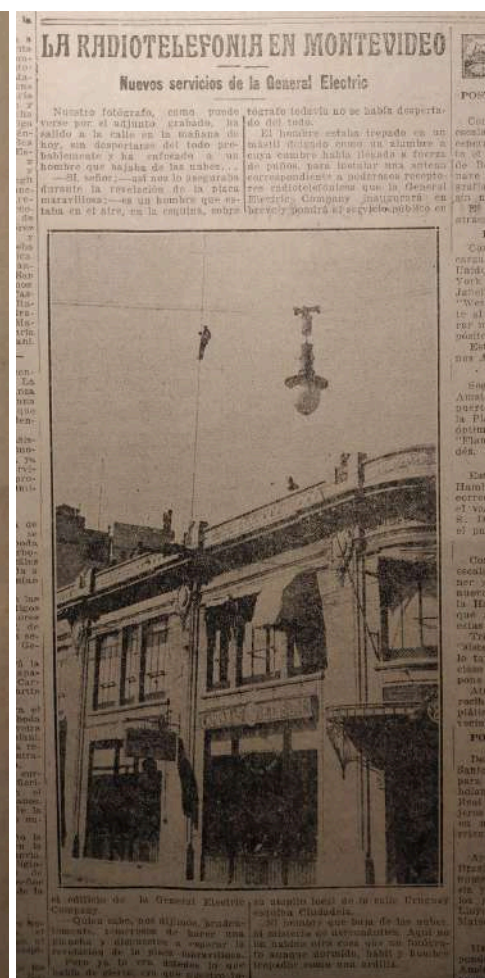
1926, p. 12; “Otras noticias de Policía. Manuela Maese ha mejorado”, en *El Diario*, 29 de noviembre de 1927, p. 7; “Antes de entregarse a la policía, Moretti, el menor, se descerrajó un balazo. Como pasaban los ratos perdidos”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, p. 9; “Miedo, nada más”, en *El Diario*, 25 de marzo de 1927, p. 3. La percepción sobre el auge del suicidio, si bien sustentada tanto en casos ocurridos en Montevideo como en información del panorama internacional, tiene cierta correlación con lo que estaba sucediendo en Uruguay, donde la tasa de suicidios cada 100.000 habitantes tuvo su punto más alto del siglo XX en 1934 (17,3); las cifras de los años veinte oscilaron entre 12 y 13, subieron en 1931 (14), 1932 (15,8) y 1933 (16,3) y comenzaron a descender en 1935 (15,8) para volver a promediar 12 a lo largo del resto del siglo XX (Pablo Hein, Cristina Larrobla, Gabriela Nóvoa, Alicia Canetti, Cristina Heuguerot, Víctor Gonzalez, Adriana Caligaris y María José Torterolo, *Enigmas y estigmas del suicidio en Uruguay*, Imprenra Rojo SRL, 2020).

²⁵¹ “Una ciudad flotante”, en *El Diario*, 3 de julio de 1934, p. 3; El Cojo Quiñones [Juan Carlos Faig], “Ensayos a contraluz. Vamos a reventar un cohete”, en *El Diario*, 13 de mayo de 1928, p. 3; “Hoy las ciencias adelantan”, en *El Diario*, 13 de julio 1931, portada.

en Montevideo estaba —a juicio del fotógrafo que juzgó en ese acto la oportunidad de hacer una foto sorprendente— “bajando de las nubes”. También era, debido a la profusión de informaciones y relatos distorsionados, una época divertida e interesante: el telégrafo “es más caprichoso que una mujer moderna [y tanto] nos deja en ayunas como nos atora” de relatos; no siempre decía la verdad “pero nunca, en ningún instante, deja de ser pintorescamente atractivo” y por eso todo aquello que sucedía en el mundo “cuando ocurre a través de los telégramas [...] es espectacular”. El teléfono “hace nuestras delicias” mientras que la radio era un divertido medio para la impostura porque el oyente no podía comprobar con la vista los valores que el speaker se atribuía con la palabra.²⁵²



98



99

²⁵² “De Europa al Plata el globo dirigible”, en *El Diario*, 9 de enero de 1925, p. 10; ; “La época inalámbrica”; en *El Diario*, 30 de julio de 1924, p. 7 (imagen 98); “Las maravillas de la radioelectricidad. Asombrosas aplicaciones recientes”, en *El Diario*, 29 de julio de 1923, p. 4; “La radiotelefonía en Montevideo. Nuevos servicios de la General Electric”, en *El Diario*, 20 de agosto de 1923, p. 4 (imagen 99); “¡Cómo cambian los tiempos!”, en *El Diario*, 25 de mayo de 1928, p. 3; “Dos extremos, dos testas y un solo error”, en *El Diario*, 16 de julio de 1931, p. 3; Mecus [Américo Agorio], “La ronda de los conflictos”, en *El Diario*, 17 de julio de 1934, p. 3; “En guardia, por las dudas”, en *El Diario*, 31 de julio de 1924, p. 3, Gubellini, “Contrasentidos de la radio”; en *El Diario*, 21 de agosto de 1934, p. 3.

El mundo, al influjo de la expansión de estas tecnologías, parecía achicarse, ya que las distancias más lejanas dejaban de ser un obstáculo para interactuar con otras personas. “La palabra sublime de la ciencia” estaba próxima a llegar “a todos los rincones de nuestro suelo” en 1926, cuando la dirección de los servicios de radiocomunicaciones finalizó la licitación para adquirir “una buena estación de broadcasting”. El rostro y la voz cualquier persona podían verse y oírse de forma instantánea a miles de kilómetros de distancia gracias a la televisión (término que describía el procedimiento de transmitir imágenes fijas por radio) y al teléfono: cuando un inspector industrial estadounidense fue de vacaciones a Europa y decidió llamar a un socio que estaba en California se produjo la siguiente conversación:

—¡Hola! ¿California? Hablo de Dinamarca.

—¿Quién habla? [...] ¡Oh! No embrome. ¿Cuándo regresó?

—¿Regresé? —repuso riendo la lejana voz—. Estoy en Copenhague, Dinamarca. Le hablo vía Berlín, Alemania y Bruselas, Bélgica por el servicio transatlántico desde Londres y transcontinental desde Nueva York.

¡Una distancia de 13.000 kilómetros!

En el futuro, gracias a esta tecnología, la oralidad reemplazaría buena parte de las funciones de la escritura:

el viajero, en lejanas tierras, puede experimentar el placer de oír la voz de los suyos a través de grandes distancias. La voz del ser querido le dará la certeza de que no hay novedad en su hogar, y resultará mucho más valiosa para él que todos los despachos escritos que puedan transmitirse a través del mundo.

La radio permitía saber de manera inmediata —y antes— qué estaba pasando en cualquier parte (“los poseedores de receptores de Radio”, señaló un publicidad de General Electric en 1924, “fueron los primeros en enterarse, desde su casa, de los triunfos de los uruguayos en Europa”), pero además permitía formar parte de cualquier evento sin necesidad pagar los costos:

¿Usted se da cuenta qué significa poder oír [por radio] en pijama todos los partidos que se nos antoja, sin tener que desplazarnos hasta ese mal ubicado Estadio Centenario? Termina el partido y usted sale de su casa más fresco que una lechuga sin haber tenido que soportar todas las desagradables contingencias de la tierra, del



102

Un deslumbramiento similar provocó la tecnología aeronáutica. La aviación borraba “los límites del espacio” y le daba al dominio del hombre sobre la naturaleza un carácter “unánime y simultáneo”. Los aviones eran “pájaros de acero” que simbolizaban el “vertiginoso proceso de este siglo contradictorio y audaz”; su vuelo en formación, un “espectáculo de nuestro siglo”; el zepelín, una “maravilla aérea” que en ochenta horas conectaba ambas orillas del océano atlántico y cuyos pasajeros viajaban tan confiados que comían, bebían y dormían como si estuvieran en el barco más cómodo y seguro del mundo. Los hidroaviones que todos los días volaban entre Montevideo y Buenos Aires acercaban “el latir de las capitales del Plata”, mientras que la ruta aérea que conectaba la capital uruguaya con Río de Janeiro permitía que su correspondencia llegara en nueve o diez días a Europa y Estados Unidos:

se encogen los kilómetros arrollados por el zumbido poderoso de motores y lo que ayer era espacio inconmensurable, hoy es ruta vencida por el maquinismo. [...] Este extraordinario espectáculo de actividad aérea [...] nos dará la seguridad de que poseemos el espíritu del siglo: progreso y acción.²⁵⁴

Estar al día en el terreno de las tecnologías de la comunicación equivalía a ser capaz de cumplir las exigencias y aprovechar oportunidades de la época. El telégrafo, “en materia de comunicaciones, dentro de las más simples modalidades de la vida moderna, bien puede reputarse de primera necesidad” y por eso era un atraso que en Uruguay la empresa que proveía sus servicios tuviera unas instalaciones tan “vetustas y carcomidas” o que, tras un

²⁵⁴ “El viaje maravilloso”, en *El Diario*, 27 de julio de 1931, p. 3; “Eduardo y Jorge”, en *El Diario*, 21 de marzo de 1931, p. 3; “Un espectáculo de nuestro siglo”, en *El Diario*, 23 de noviembre de 1927, p. 3; “Frente al Zeppelin: conquistador definitivo del espacio”, en *El Diario*, 30 de junio de 1930, p. 16; “La maravilla aérea”, en *El Diario*, 13 de octubre de 1928, p. 3; “Signos del progreso”, en *El Diario*, 5 de enero de 1930, p. 3.

temporal, Montevideo debiera pasar dos semanas sin conexión telefónica (“nosotros [somos] los eternos y pacientes suplicantes de comunicaciones” dijo un sueltista) y que todavía en 1929 no estuviera conectada con Europa y Estados Unidos mediante un cable telefónico interoceánico:

mientras se necesiten veinte días para que un viajero o una carta salve la distancia que separa los centros comerciales de Europa y Sudamérica, no es posible que se establezca la unión íntima entre las energías complementarias de ambos continentes que permita su mutuo aprovechamiento.²⁵⁵

Una figura paradigmática emergió como símbolo del achicamiento del mundo y del arrojío del ser humano que lo había hecho posible: el *héroe moderno*, asociado a la tecnología aeronáutica y usualmente encarnado por aviadores. “No hay nada que hacer”, dijo un sueltista en 1927:

vivimos una época heroica, jamás el mundo ha presenciado tantas hazañas como las que se registran en estos tiempos casi a diario. Los héroes legendarios desde David a Balilla pasando por Bouillon cada vez empequeñecen más y sus gestos heroicos suenan a travesuras infantiles.

Los aviadores que en 1926 llegaron hasta el Polo Norte eran

hombres héroes, modernos soldados de la ciencia [...] que probando nuevos medios de transporte, se lanzan a lo desconocido, se atreven a invadir por el aire lo que está allá tras la gran barrera de los eternos hielos. [...] No es muy fácil hacerse una idea exacta de la magnitud de semejante empresa, ni de las dificultades que es necesario vencer, los peligros que suertear [sic], las aventuras que correr.

Si morían en el intento, su sacrificio nunca era en vano: “habrán entregado a los hombres un poder más; habrán dotado a la humanidad de un poco más de fe en la ciencia y habrán conquistado con su único esfuerzo una victoria para todos”. Ramón Franco, cuyo vuelo transoceánico de 1926 con escala en Montevideo fue una de las noticias más importantes de la época (“triunfador sin reservas en la pantalla seductora de la actualidad”, dijo *El Diario*, como si la vida fuera una sala de cine) era un fiel exponente del “heroísmo científico” y su gesta

²⁵⁵ “Lo de siempre”, en *El Diario*, 25 de mayo de 1926, p. 3; “Demostración gráfica del abandono en que se mantiene las comunicaciones telefónicas”; en *El Diario*, 26 de julio de 1923, portada; “Esperando comunicaciones...”, en *El Diario*, 26 de julio de 1923, p. 3; “La conversación telefónica trascontinental”, en *El Diario*, 18 de enero de 1929, p. 3; “De Europa al plata en globo dirigible”, *El Diario*, 9 de enero de 1925, p. 10.

podía compararse a la que cientos de años atrás había logrado Cristóbal Colón. Arami Gómez y Manuel Vega, pilotos de la escuela militar que murieron cuando su avión se precipitó sobre un campo en la localidad de San Ramón, se volvieron al instante “mártires de la aviación nacional” y merecieron una despedida textual que rozó la elegía:

sobre el azul de un cielo de mediodía, los asombrados labradores observaron un espectáculo extraño que helaba la sangre. Raudó cruzaba el espacio un pájaro de fuego. Era el avión de Gómez y Vega. Lo seguían con ojos espantados y cada uno reproducía la terrible escena. Sujetos por el correa los dos muchachos miraban la muerte en un gesto brutal de despedida. Así vieron muchos ojos el avión que se estrelló en San Ramón. Era un pájaro de fuego que volaba en vientos de tragedia.

Como los caballeros medievales con quienes se los comparaba habitualmente —en un juego que traía a colación el pasado mítico de la civilización occidental— reunían los más elevados atributos en cuanto a hombría y romanticismo. Francisco de Pineado, el italiano que llegó a Montevideo en 1927 tras volar sobre el océano atlántico

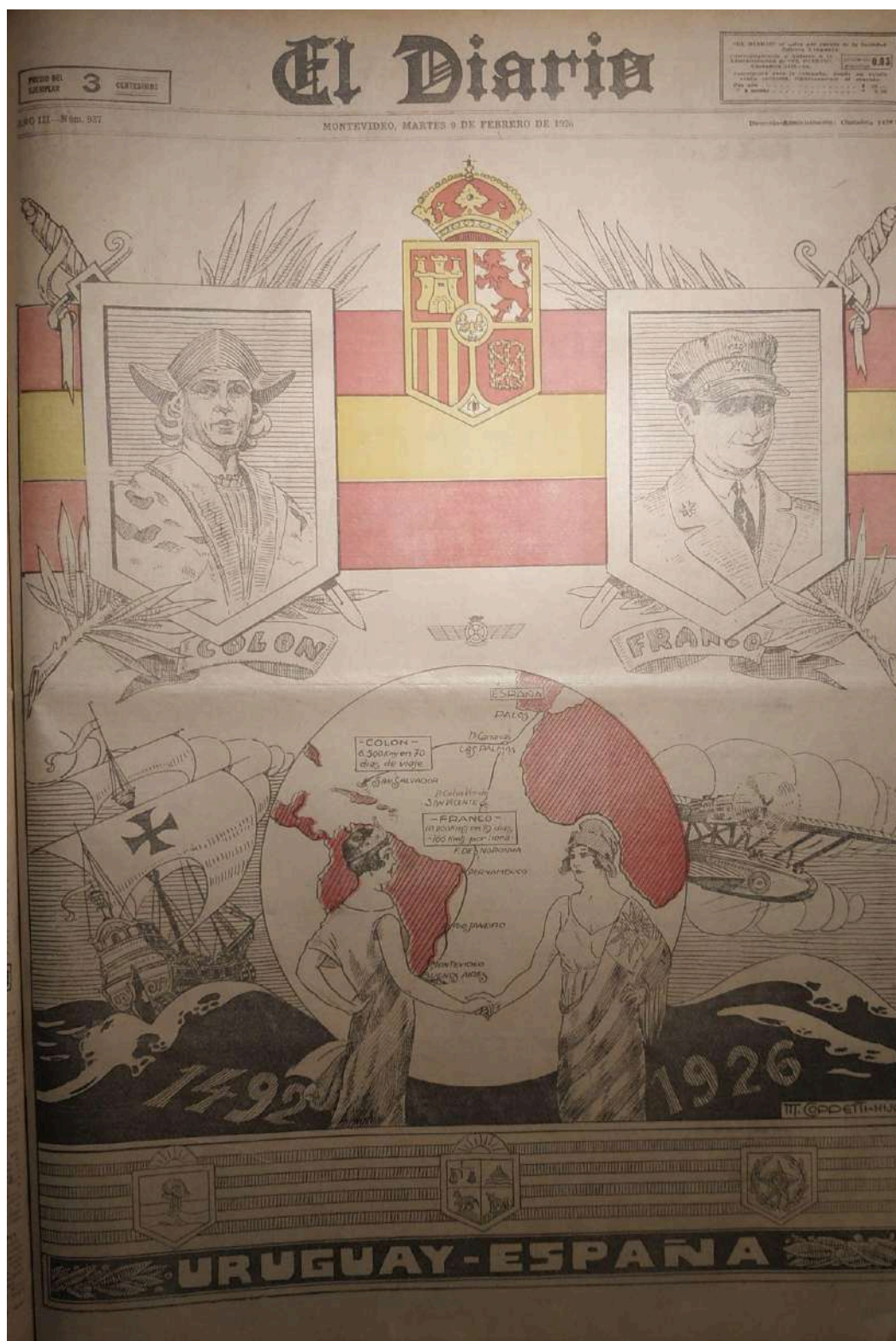
es políglota: habla español, inglés, francés y alemán; es pintor, buen orador, músico, baila, canta y estudia mucho, sin que nada le arredre. Todo lo hace con desenvoltura y facilidad; tiene solamente treinta y seis años; es ya coronel y ostenta una decena de medallas, muchas de ellas de valor militar.

Algo de ese carácter podía adivinarse en la fotografía que lo mostraba sonriente y fumando un cigarrillo “en una de sus actitudes habituales”. Mario Walter Parallada murió debido a una imprudencia que debía excusarse en tanto “tenía un origen romántico”:

en la mañana de hoy, como en muchos días anteriores, el teniente Parallada volaba con su aparato sobre el Paso del Molino, donde, en casa de la familia Tagle [...] está domiciliada la novia del aviador. [...] Volaba aproximadamente a unos trescientos metros de altura [...] con el propósito [...] según acostumbraba a hacerlo de arrojarle a su novia desde cerca una carta o unas flores

cuando falló el motor de la nave y se vino a pique. Por el mismo motivo sufría arresto Manuel Vega cuando se produjo el accidente que le provocó la muerte, lo cual demuestra que el de Parallada no era un caso aislado: “los aviadores acostumbran rendir este homenaje a la elegida de su corazón; darse al peligro para ver agitarse un pañuelo en manos cariñosas”.²⁵⁶

²⁵⁶ “Cines. Expedición al polo norte en aviones”, en *El Diario*, 28 de mayo de 1926, p. 2; “Valor a prueba”, en *El Diario*, 20 de noviembre de 1927, p. 3; “El heroísmo”, en *El Diario*, 14 de mayo de 1928, p. 3; “Franco habla



103

para El Diario”, en *El Diario*, 24 de febrero de 1926, p. 3; “Uruguay-España”, en *El Diario*, 9 de febrero de 1926, portada (**imagen 103**); Eduardo Blanco Amor, “Franquiño sigue, mientras tu corazón pueda volar”, en *El Diario*, 25 de febrero de 1926, p. 3; “La tragedia”, en *El Diario*, 5 de octubre de 1932, p. 12; “El pájaro de fuego”, en *El Diario*, 5 de octubre de 1932, p. 12; “Los grandes ‘raids’ y la actualidad de la aviación mundial. Datos biográficos”, en *El Diario*, 13 de marzo de 1927, p. 10; “Los tripulantes del Santa María al término de la primera parte de su raid”, en *El Diario*, 4 de marzo de 1927, portada; “Muerte del teniente aviador Mario Walter Parallada”, en *El Diario*, 31 de agosto de 1925, p. 10; “¡Murieron carbonizados! Un arresto a Vega”; en *El Diario*, 5 de octubre de 1932, p. 12.

Estrechamente conectada a esta figura y también deudora de las tecnologías de la comunicación apareció la *celebridad* o la *estrella*, rol ocupado por exitosos deportistas uruguayos y extranjeros y famosos actores o actrices estadounidenses (“negar que las ‘estrellas’ de cine [...] son las grandes triunfadoras del momento [y que] han modificado la concepción estética de gran parte de la juventud de estos tiempos sería cerrar los ojos ante una verdad enorme como el sol”) pero también por audaces y arrojados delincuentes, como Juan Porta, un “famoso aventurero”, un “hombre novelesco” detenido en Buenos Aires cuya distinción con respecto al común de los “vulgares delincuentes” lo hizo merecedor de una larga crónica.²⁵⁷

Antes de efectuar sus compras de artículos para
CARNIVAL Y SERPENTINAS
 no olvide que la casa
 presentará el más
 novedoso surtido
 que puede imaginarse y a precios incompetibles
VENTAS EXCLUSIVAMENTE POR MAYOR
Seligman y Mayer
PABLO MAYER RINCON 720 - 726
 Teléfono URUGUAYA 2723 (Centro)
 IMPORTACION: JUGUETES, BAZAR, MENAJE, FERRERIA, ARTICULOS PARA COLEGALES, FANTASIAS

EL DELICIOSO PELIGRO DE LAS PLAYAS

Mirando a las mujeres
 de la playa, en que el
 sol y el viento hacen
 para pasearse en sus
 bañadores y sus
 vestidos...

TRES FIGURAS POPULARES EN LAS PANTALLAS CINEMATOGRAFICAS DE TODO EL MUNDO

Las estrellas de cine, poseen un aspecto ventajoso sobre las del firmamento; son visibles desde cualquier punto de la tierra y a cualquiera hora y aunque tan lejanas como sus homónimas
 deslumbran a media humanidad con el brillo prestigioso del espectáculo en que actúan. He aquí a tres de esos seres sobrenaturales por obra y gracia de la publicidad y la difusión gra-
 ficas. Son ellas de izquierda a derecha, Vera Reynolds quien ha ascendido en su carrera, con la velocidad con que desciende un bólido. Eleanor Boardman, bella de toda belleza contando en su
 haber cinco divorcios, un suicidio y un drama pasional. Raquel Adoré, francesa de origen, bella hasta la exageración que dado su nacimiento, es considerado ideal para desempeñar roles de
 española...

²⁵⁷ “Tres figuras de gran relieve en el mundo de la cinematografía yankee”, en *El Diario*, 13 de julio de 1924; “Tres figuras populares en las pantallas cinematográficas de todo el mundo”, en *El Diario*, 13 de enero de 1925, portada (**imagen 104**); “Nasazzi, el capitán uruguayo...” y “El valiente ‘half’ uruguayo andrade...”, en *El Diario*, 3 de julio de 1924, p. 12; “La última aventura de un famoso aventurero”, en *El Diario*, 8 de julio de 1923, p. 7.

La repetición de un retrato en diarios, revistas o pantallas de cine era el germen de la celebridad. “Yo he visto muchas cosas”, dijo una cámara de fotos en 1926, personificada a los efectos de informar sobre la forma en que la fotografía no solo mostraba las cosas sino que, en el mismo acto, las afectaba:

desde la tragedia feroz de los bajos fondos, hasta las galas esplendentes de la aristocracia, todo lo he visto y a través de tantas escenas, personas y momentos, he llegado a la posesión de una verdad, tan evidente como la luz que aprisiono en mi retina... Y es que la fotografía es el invento consagrador, por excelencia. [...] No te olvides que soy una cámara de reporter gráfico; una cámara que además de la reproducción de la figura del enfocado, llevo la promesa de una divulgación por medio de una hoja callejera. Es decir, un poquito de celebridad, que aunque no lo creas la desean con el mismo ardor el policía que ha evitado un desastre callejero, como el sabio al que la gloria ya lo cuenta entre los elegidos. [...] Todavía estoy por ver el aspecto natural de los hombres, cuando yo los miro, tanto que he acabado por preguntarme, si a esa gente se le retrata porque tienen alguna importancia o si adquieren alguna importancia porque se les retrata.

Cuando los futbolistas uruguayos que habían triunfado en los juegos olímpicos de Colombes regresaron al país, *El Diario* recordó

las tantas veces que las simpáticas cabezas de los jugadores adornaron nuestras páginas, familiarizándose a tal extremo con el público lector, que todos los días ofrecían una expresión nueva [...] Los rasgos característicos de cada uno de ellos fueron grabándose en la retina poco a poco, sin esfuerzo, adueñándose del sentido óptico

de los lectores. Y el día anterior al arribo del barco que trajo a los jugadores desde Europa:

hemos resuelto repartir gratuitamente entre los concurrentes a la gran manifestación que se realizará mañana una hoja suelta conteniendo la fotografía del cuadro campeón y una vista del Stadium de Colombes, en el momento de izarse el pabellón uruguayo en el alto mástil.

Quienes ese día compraron un ejemplar de *La Mañana* o *El Diario* pudieron acceder, mediante un cupón impreso en sus páginas, a “esas mismas fotografías en hojas de fino papel de ilustración que se entregarán gratuitamente en esta administración”, fotografías que además aparecieron diseminadas en la página publicitaria, asociadas a diferentes marcas de comercios

nacionales: bares, cafés, provisiones, cambios, librerías, farmacias, barracas, talleres, tiendas de aparatos fotográficos. Por eso no llama la atención que las estrellas de cine fueran definidas como “mercancías” fabricadas por un “sistema de popularización”, “seres sobrenaturales [...] que deslumbran a media humanidad” por “obra y gracia de la publicidad y la difusión gráfica”. Tampoco que Ramón Corrales, “delincuente profesional especializado en robos” no quisiera “mostrar su cara a los lectores de EL DIARIO” tras ser detenido por la Policía y sí que lo hiciera (lo cual era prueba de su “anormalidad” o “sangre fría”) Aurelio Fariña, quien tras ser detenido luego de atacar a su tía con un hacha convencido de que esta le había hecho víctima de “mal de ojo”, respondió que no tenía inconveniente en dejarse fotografiar, “que por el contrario, le gustaba... pero en seguida agregó que lo dejaran peinar porque no estaba bien y que mejor sería ponerse la gorra”; o Reina Caballero, “la menor envenenadora”, quien

con un desparpajo absoluto, luego de conversar con nuestro corresponsal y al ver que le iban a sacar una fotografía quería a toda costa cambiar su vestido por otro más nuevo y en tanto preparaban la máquina ella se alisaba el pelo con alarde de coquetería....

También las narrativas textuales cumplieron este rol: los “héroes modernos, al menos los de la aviación” se volvían tales en tanto los cronistas “les ensartamos todos [los adjetivos] de nuestro léxico” cuando pisaban Montevideo. El anarquista expropiador José Tamayo Gavilán se había vuelto un “hombre célebre” que actuaba de manera “cinematográfica” gracias a la prensa que “suele enternecerse [de algunos delincuentes] y a veces logra de los que son capturados vivos autógrafos y reportajes”. En este enternecimiento solía caer el propio diario que lo criticaba, por ejemplo al momento de reseñar la captura de un famoso delincuente argentino:

¿Qué son todos los vulgares delincuentes frente a la silueta desmesurada de este delincuente único que maneja millones, que urde tramas de delitos sensacionales [...] y que solo puede caer en una emboscada? [...] ¿Qué significan, repetimos, toda esa masa amorfa, sin relieve [...] equiparada con la elegancia insolente, con la sangre aristocrática, de este audaz [...] que da sus golpes en forma desconcertante?²⁵⁸

²⁵⁸ “Reportajes más o menos inverosímiles. Habla la ‘cámara’ de un reporter gráfico”, en *El Diario*, 16 de agosto de 1925, p. 3.; “Mañana llegan los campeones”, en *El Diario*, 30 de julio de 1924, p. 8; “Homenaje de ‘El Diario’ y ‘La Mañana’”, en *El Diario*, 30 de julio de 1924, p. 8; “El comercio de Goes” *El Diario*, 31 de julio de 1924, p. 8 (**imagen 39**); “José Nasazzi”, en *El Diario*, 1 de agosto de 1924, p. 10 (**imagen 30**); “José L. Andrade”, en *El Diario*, 2 de agosto de 1924, p. 10 (**imagen 31**); “La última aventura de un famoso aventurero”, en *El Diario*, 8 de julio de 1923, p. 7; “Una buena pesquisa policial. Fue detenido Ramón Corrales...”, en *El*

Football”) y celebraba este reparto de roles. Cuando, tras varios días de incertidumbre, tres aviadores uruguayos desaparecidos en medio de un travesía fueron hallados vivos:

¡Larre Borges ha sido encontrado! Fue el milagroso grito que lanzó a la calle una multitud cada vez más creciente y numerosa, al punto de que media hora después de llegar la noticia el tráfico de las calles y en las plazas centrales, el de peatones y vehículos se hizo totalmente imposible.

Y cuando Ramón Franco acuatizó en Montevideo:

la zona portuaria desbordaba de manifestantes y curiosos, teniendo que hacer la policía verdaderos esfuerzos extraordinarios para contener al pueblo entusiasmado. Las calles mostraban un aspecto muy parecido al que mostraron la tarde aquella en que toda la ciudad de fiesta tributó un homenaje estrepitoso al team vencedor de las Olimpiadas Mundiales. Ni cuando vino el Príncipe Humberto, ni cuando el de Gales nos visitó había tanta gente como en la tarde hoy, agolpada en masa en las calles centrales de la ciudad. Ello prueba que en nuestro pueblo saben homenajear con más cariño el valor de los héroes. [...] Pocos eran los rostros indiferentes y las miradas simplemente curiosas.²⁵⁹



106

Contracara necesaria de los héroes, las “muchedumbres” eran un ente fácil de manipular (“materia moldeable [...] impresionable [...] crédula”), débil y por lo tanto asociada

²⁵⁹ “Ahora salimos...”, en *El Diario*, 22 de junio de 1926, p. 3; “Un símbolo”, en *El Diario*, 11 de junio de 1926, p. 3; “EL DIARIO invita al pueblo...”, en *El Diario*, 28 de julio de 1927, p. 8; “Esta tarde acuatizó Franco en el puerto de Montevideo”, en *El Diario*, 9 de febrero de 1926, p. 3; “El triunfo del delito”, en *El Diario*, 7 de octubre de 1928, p. 3; “Larre Borges y sus compañeros sanos y salvos”, en *El Diario*, 5 de marzo de 1927, p. 3; “El regocijo popular por el hallazgo del ‘Uruguay’ y sus tripulantes sanos y salvos”, en *El Diario*, 5 de marzo de 1927, portada (**imagen 106**); Ombú Curá [Américo Agorio], *La solfa del día. Cosas del tiempo*, en *El Diario*, 10 de febrero de 1926, p. 3.

a lo femenino (“porque tiene nombre de mujer es seguramente que se les engrupe”), incapaz de separar lo verdadero de lo falso (“devoran lo bueno... y lo malo que se produce”). Esto se verificaba “todos los días” en la Plaza Independencia, donde decenas de personas se reunían ante cualquier charlatán que vendiera productos dotados de bondades tan maravillosas como inexistentes y algo similar pasaba en cualquier playa de Montevideo en relación a los fotógrafos ambulantes:

no hay una sola bañista, que el mismo día en que empieza a sacrificarse por la moda, no pose en una actitud más o menos helénica, ante la cámara de unos pintorescos Daguerres ambulantes, que con toda gentileza se prestan con eficacia para todo capricho foto-veraniego.

El mismo carácter manipulable se comprobó en Buenos Aires cuando cinco ladrones redujeron a los treinta clientes de un Café mediante el sencillo procedimiento de gritar “¡manos arriba, somos de la Policía!” (la explicación fue la “anestesia espiritual, la parálisis de la voluntad colectiva” que caracterizaba a las multitudes) y algo similar constató el cronista francés Geo London cuando viajó a la Unión Soviética y vio trabajar al director de cine Serguéi Eisenstein:

observo la precisión con que hace evolucionar a los figurantes cuando es necesario dar la sensación ‘de multitud’. ¡Qué disciplina! No pregunta nada, ni explica nada. Ordena y se le obedece. Es realmente como si tuviera delante una pasta humana, que él oprime a su antojo, una masa amorfa.

Como un animal o niño, carecían de memoria (“olvidan como sin nada”) y capacidad de análisis:

son irreflexivas, desconocen el peligro; se lanzan a él con absoluta inconsciencia y cuando lo palpan, se aterrorizan [...] Las multitudes viven la realidad presente, la realidad palpable. Sus miradas no van más allá del pan de cada día: sienten hambre, quieren pan; sienten frío; quieren lumbre. El porvenir no existe para ellas. Viven su hora y desean vivirla plenamente. Y para vivirla, con la ilusión de vivirla, destruirán el presente y el porvenir.

Por eso era habitual que cometieran “aberraciones”, como sucedió con la “muchedumbre cuya magnitud e interés” por un delincuente en Buenos Aires dificultó el correspondiente trabajo represivo de la policía. Pero, a fin de cuentas aceptaban mansamente su lugar su lugar

en el mundo: mientras el “gringo valeroso” (el aviador Ramón Franco) venía a recibir la gloria, los miembros de la multitud “se achicharraban” bajo el sol y quedaban “aboyaos [sic] cansados [...] enfermos de tortícolis” de tanto mirar el cielo, pero no dejaban de adorarlo.²⁶⁰



3.4 Montevideo: las dos caras de la metrópoli

Ansiedad, incertidumbre, tecnología, avenidas, rascacielos, maravillas, experimentación, héroes, velocidad, depresión, peligro, locura, multitudes, todo aparecía mezclado en Montevideo, esa “complicada ciudad moderna [...] de crecimiento ultra rápido” que estaba dejando atrás su condición de “aldea”, de “sereno pequeño poblado”, de “villorrio castellano” o “pueblo andaluz”. En medio siglo casi había triplicado su cantidad de manzanas (de 647 a 1681) debido un “éxodo de la población” hacia “innumerables barriadas distantes del centro [como] el Buceo, Malvín, Punta Carretas, Pocitos y todos los nuevos barrios adyacentes que hoy se levantan en la parte este y en la parte norte del departamento” a los que había que sumar las “barriadas pobres con habitantes sin arraigo o trashumantes”. Su

²⁶⁰ “El armamentismo del desarme”, en *El Diario*, 15 de setiembre de 1934, p. 3; El cojo Quiñones [Juan Carlos Faig], John Coco, “Han defenestrado al fakir”, en *El Diario*, 24 de enero de 1929, p. 7; Miciano, “La oratoria incursiona en el campo industrial”, en *El Diario*, 18 de mayo de 1928, portada (**imagen 107**); “La bancarrota de Isabel. El helenismo, el baño y la vanidad”, en *El Diario*, 1 de febrero de 1925, p. 3; “La psicología de la muchedumbre”, en *El Diario*, 31 de octubre de 1928, p. 10; “A la alta escuela”, en *El Diario*, 14 de agosto de 1923, p. 5; Geo London [Samuel George London], “Después de diez años de régimen bolchevique. Lenine Resucitado”, en *El Diario*, 3 de noviembre de 1927, p. 3; Mecus [Américo Agorio], “Juguetes destrozados”, en *El Diario*, 26 de diciembre de 1934, p. 3; Mecus [Américo Agorio], “La ronda de los conflictos”, en *El Diario*, 17 de julio de 1934, p. 3; “No haya cuidado”, en *El Diario*, 26 de julio de 1924, p. 3; “La serenidad de Jorge Roura”, en *El Diario*, 7 de octubre de 1928, p. 6; “La multitud se apoderó de Franco haciéndolo objeto de una ovación delirante”, en *El Diario*, 10 de febrero de 1926, p. 10.

población, aunque escasa en relación al espacio, se había triplicado en los últimos treinta años.²⁶¹

Esta transformación ambientó una mirada espectacular del espacio urbano. La ciudad en sí misma se volvió un atractivo visual y sonoro, la representación material de una época con respecto a la cual los montevideanos eran menos actores que espectadores. Cuando en 1934 el Graf Zeppelin sobrevoló Montevideo

la ciudad amaneció torticolisada y boquiabierta [...] la calle se llenó de emoción [...] de ansiedad y curiosidad [...] de la alegría de un niño en desenvuelto desaliño de un día sin escuela. [...] Toda la población se admira [...] que se diría que mira al sol por primera vez. [...] Después el saludo se reviste de un neto “¿lo viste?”

Ver y ser visto se definieron como las actividades principales a ejecutar en el espacio público: “a la salida de las tiendas y talleres al medio día” las mujeres “sonríen a la mirada codiciosa de ‘los conquistadores’”; los cuerpos de la “juventud atlética” durante el verano estaban “hambrientos de sol y espacio, sedientos de admiración”. El auge del turismo le daba “a los lugares públicos y a las calles [...] un aire de cosmopolitismo [que] alegra la fisonomía de la ciudad [que se desvive] por ser ‘high’ como en Londrés y ‘chic’ como en París”.²⁶²



108

²⁶¹ “A las dos y treinta de la tarde fue asaltado el cambio Messina”, en *El Diario*, 25 de octubre de 1928, p. 12; “La nomenclatura de la ciudad”, en *El Diario*, 22 de enero de 1935, p. 3; “Montevideo se norteamericaniza”, en *El Diario*, 5 de junio de 1926, p. 3; “Ha muerto Angelito!”, en *El Diario*, 14 de julio de 1930, p. 3; “Bolsheviskeos”, en *El Diario*, 22 de julio de 1924, p. 3; “¡Has vuelto organito!”, en *El Diario*, 25 de febrero de 1933, p. 10; “Noticiario curioso. El nuevo anillo de la alianza”, 2 de febrero de 1926, p. 3; “La flema inglesa en baja”, en *El Diario*, 3 de julio de 1931, p. 3; “Reorganización policial y profesionalismo electoral”, en *El Diario*, 12 de noviembre de 1928; “La labor edilicia y la cooperación vecinal”, en *El Diario*, 19 de noviembre de 1934, p. 3; “Los problemas de la ciudad”, en *El Diario*, 5 de marzo de 1931, p. 3; “Es de urgente necesidad mejorar el instituto policial”, en *El Diario*, 6 de marzo de 1931, p. 3.

²⁶² Ombú Curá [Américo Agorio], “Vinagretas ciudadanas. Grafzeppelinerías”, en *El Diario*, 1 de julio de 1934, p. 3; “Las ‘midinettes’ de Montevideo desafían al invierno y al amor”, en *El Diario*, 15 de julio de 1923, portada (imagen 108); “Y se vino nomás!”, en *El Diario*, 30 de noviembre de 1927, p. 3; “Aspectos de la ciudad”, en *El Diario*, 5 de enero de 1929, p. 3; “La feria dominical de la calle Yaro”, en *El Diario*, 5 de agosto de 1923, p. 3.

La mirada espectacular definió una geografía y una antropología imaginaria de Montevideo, una suerte de mapa simbólico con lugares, trayectos y personalidades “típicas” que servía para orientar la experiencia de los lectores.²⁶³ En esa representación, las plazas eran el “lugar de culto de los municipios modernos”, donde los desconocidos podían encontrarse y socializar (“la gente se reúne a engañarse mutuamente”). Los parques, “rincones frondosos [...] donde el sol [...] derrocha a manos llenas su oro animador” cuya “encantadora soledad” hacía posible escapar del bullicio urbano. En la rambla se aprendían las últimas modas y se procuraba ser visto en compañía de gente importante. El ambiente de las playas

es digno de contemplarse por el aire de modernidad, progreso, holgura y alegría que reina donde quiera. Qué diferencia de hace quince o veinte años! [En ellas destaca] lo más saliente de nuestra fisonomía ciudadana. Del mar viene nuestro renombre municipal y a él consagramos nuestras energías y nuestras actividades. Él nos lo trae todo a los montevideanos y él nos lo lleva.

Allí se miraba y se dejaba mirar, como constató Laurita, una supuesta turista porteña que le describió a su amiga Gertrudis las virtudes de las playas montevideanas:

no te podrás imaginar nunca lo que es una ciudad balnearia. [...] ¿A quién no le agrada lucir lo mejor, lo más suyo que tiene? [...] Convince de una vez a tu padre y cruza el charco. Verás como nos divertiremos. Tengo aún muchas cosas que decirte, pero es hora de los “atletas” y no quiero perder el espectáculo. Son el trazo que complementa este cuadro magnífico de helenismo: [...] nos vuelven locas.²⁶⁴

²⁶³ El concepto “geografía imaginaria” lo tomo del trabajo de Dominic Kalifá sobre las relaciones entre crimen y cultura de masas en Francia, donde analiza cómo los lugares desempeñan un papel clave en la construcción de las realidades criminales: son instancias que permiten volver inteligible el crimen, comprenderlo, interpretarlo, darle sentido, lo cual crea un imaginario social alrededor de esos lugares que condiciona la forma en que las personas se los apropian (Dominic Kalifá, op. cit., p. 15). Por otra parte, aunque sin usar el término, Jorge Myers ha señalado algunos elementos de esta geografía imaginaria en el Montevideo de entreguerras: la diferenciación entre un centro administrativo-financiero-comercial y una red de barrios residenciales, la expansión de un conjunto de parques públicos, la reorientación del frente de la ciudad hacia la costa en función del uso de las playas y la eclosión de suburbios (fuera de los límites de la ciudad tradicional) con una fuerte identidad propia (Jorge Myers, op cit., pp. 116-133). En parte, esa geografía coincide con la que Caetano, Pérez y Tomeo han descrito como “ciudad batllista” (Gerardo Caetano, Cecilia Pérez, Daniela Tomeo, op. cit., pp. 23-38).

²⁶⁴ “La ciudad bajo el frío”, en *El Diario*, 13 de julio de 1923, p. 3; “Atahualpa, solar de paz y reposo”, en *El Diario*, 19 de marzo de 1933, p. 3 “Nos y el amor”, en *El Diario*, 8 de enero de 1925, p. 3; “El embellecimiento de Montevideo y sus progresos sub - urbanos”, en *El Diario*, 23 de agosto de 1923, p. 10; “Embelllecimiento edilicio de Montevideo”, en *El Diario*, 31 de julio de 1925, p. 10; “Notas de estación / La rampla [sic] y sus adyacencias”, en *El Diario*, 29 de enero de 1925, p. 10 (**imagen 109**); “Las playas de Montevideo”, en *El Diario*, 27 de enero de 1925, p. 9. “La bancarrota de Isabel. El helenismo, el baño y la vanidad”, en *El Diario*, 1º de febrero de 1925, p. 3; “En tanto el termómetro sube, la población disfruta del halado sedante de las playas”, en *El Diario*, 7 de enero de 1925, portada.



Los edificios también estaban revestidos de *lo moderno*, término que en cuanto a lo arquitectónico remitía a una mezcla de estética y funcionalidad a la manera de Nueva York, donde “una medida utilitaria” (la disposición de que disminuyeran en volumen a medida que aumentaban en altura, para que su construcción afectara lo menos posible la iluminación y ventilación natural) había producido “una obra de singular belleza”: millones de ventanas iluminadas que por las noches flotaban en el cielo y hacían de la la ciudad un lugar de ensueño. Montevideo iba en ese camino:

algunas personas que faltan en nuestro país desde hace dos o tres años se encuentran extrañados de que se haya podido construir tanto y tan bello en esta ciudad, que está alcanzado importancia edilicia de gran urbe moderna. [...] Se mejoran los pavimentos, se construyen edificios de muchos pisos y se multiplican las salas de espectáculos.

El proceso de construcción de estos “rascacielos” fue reflejado por fotografías que enfatizaban en puntos de vista elevados (“a 37 metros sobre el nivel del mar y sin temor al

vértigo”) desde los cuales la ciudad aparecía como un espectáculo inédito (mirar desde esas alturas “es simplemente sentir la sensación del vacío, del abismo”). Y su emplazamiento generó un modelo de belleza y progreso (“los adelantos de nuestra capital en materia arquitectónica”) contra el cual debieron compararse las construcciones futuras: la esquina de la avenida 18 de Julio y la calle Andes, en donde había una vieja construcción próxima a rematarse, “reclama un edificio que haga digno ‘pendant’ con el del Jockey Club y el del Salvo”²⁶⁵.



110

En las grandes avenidas iluminadas, asfaltadas y bullentes de transporte motorizado se “congestiona una multitud multicolor [...] que desfila por las veredas con los movimientos desvertebrados”. A última hora de la tarde, cuando los montevideanos salían del trabajo, “la avenida hierve de actividad. Automóviles, ómnibus, tranvías... circulan formando dos amplias aceras, hormiguea la multitud, jadeos de motores; rugir de bocinas, rumor de risas y voces, apagado por los demás ruidos de la calle”. La emergencia de nuevos ensanches, aperturas, prolongaciones y avenidas también era a la vez estética y funcional pues servía tanto para descongestionar el tránsito y facilitar las conexiones urbanas como para

²⁶⁵ “La ciudad de las mil y una torres” y “La edificación urbana”, en *El Diario*, 24 de enero de 1929, p. 6; “Cines. La inauguración del cine Cervantes”, en *El Diario*, 7 de octubre de 1928, p. 2; “Aspectos del palacio en construcción para sede del Jockey Club”, en *El Diario*, 18 de agosto de 1923, portada; “Los humildes oficios heroicos”, en *El Diario*, 9 de julio de 1934, p. 16 (**imagen 110**); “Los progresos arquitectónicos de Montevideo”, en *El Diario*, 28 de abril de 1925, portada (**imagen 45**); “La venta de la propiedad de 18 de julio y Andes”, en *El Diario*, 30 de enero de 1924, p. 3; “Nuestros rascacielos”, en *El Diario*, 26 de marzo de 1927, p. 9.

“embellecer considerablemente la ciudad”. La proyectada construcción de la rambla sur era una obra de “embellecimiento edilicio” que modificaría una zona “famosa por su tradición pero inadecuada al ritmo moderno y progresista de nuestra ciudad”, al punto que una vez culminada y constatada la consecuente desaparición de las playas de Patricios y Santa Ana “se recibe la sensación de estar viviendo una pesadilla. Tan imposible parece que en tan pocos años haya cambiado tan profundamente el paisaje sur de Montevideo, hoy hermosísimo”.²⁶⁶



En las calles y avenidas del centro se concentraba el consumo de productos, servicios y espect\'culos, otro signo del acople de Montevideo con el ritmo de la \'\poca: a \\'ltima hora de la tarde, “las puertas de una gran tienda engullen y vomitan millares de personas, en un flujo y reflujo incesante”, mientras la calle Sarand\' “alucina a los paseantes con los reflejos multicolores de los escaparates” y con “ese desfile estupendo de la m\'s bella mitad del g\'nero humano” integrado por mujeres que iban a consumir y a convertirse en objeto de consumo:

por Sarand\' —no pod\'a ser en otra calle— paseaba una gentil damisela elegante.

[...] Caminaba despacio, deteniéndose en todos los escaparates y contemplaba a los

²⁶⁶ Omb\' Cur\' [Am\'rico Agorio], “La solfa del d\'a. Nocturno”, en *El Diario*, 2 de junio de 1926, p. 3; Omb\' Cur\' [Am\'rico Agorio], “Solfas. El desfile”, en *El Diario*, 7 de febrero de 1932, p. 3; “Empleaditas de tienda. Con sueldos peque\ntos, pagan el concurso invalorable de esas muchachitas que son el granito de sal que hace agradable la tarea de comprar algo...”, *El Diario*, 3 de abril de 1933, p. 16; “El problema del futuro ensanche de la ciudad”, en *El Diario*, 21 de noviembre de 1927, p. 3; “Las grandes construcciones de inter\'s edilicio en Montevideo. La rambla sud”, en *El Diario*, 20 de enero de 1924, portada, “Se inauguraron ayer la rambla Gran Bretaña y el hotel Miramar”, en *El Diario*, 31 de diciembre de 1935, portada; “El domingo se inaugurar\' la Rambla Sur hasta Sarand\'”, en *El Diario*, 26 de diciembre de 1935, p. 10 (imagen 111).

transeúntes que la admiraban al pasar con cierto aire de fatuidad muy femenina, que la hacía aún más interesante.

El consumo aparecía revestido de un aura de distinción que separaba a quienes podían acceder a la modernidad de quienes no. La mujer burguesa representada en una publicidad de cafiaspirina, después de un día de compras, estaba “AGOTADA...! ¡Qué cansancio! ¡Qué malestar! ¡Qué atolondramiento!” y la ciudad en sí misma era

un enorme escaparate,

donde se exhiben

en una algarabía de dislate

todas las excelencias optimistas y espesas

de la gente burguesa

al que muchos otros no podían acceder, como Agapito Lerena, el policía que se durmió durante una guardia y soñó que se volvía realidad un tantas veces postergado aumento salarial “y entonces esa Avenida que con sus luces y sus tránsitos lujosos parecía reírse en tiempos pasados de su traje humilde, le parecía poco iluminada para lucir su traje nuevo”, o como el supuesto “desocupado permanente” que accedió a dar una entrevista y reprendió a un diario de la competencia que se había alarmado porque los alrededores del centro estaban llenos personas sin trabajo: “¿qué quiere? qué los desocupados nos pasemos el día en la calle 18, mirando las vidrieras?”. Sin embargo, en determinados contextos, como a fin de año, el consumo se volvía en práctica niveladora:

un desfile ruidoso pesa sobre las calles, sobre las aceras, se apoya en las vidrieras repletas y en las puertas de los comercios, abiertos a cualquier importe. Un comerciante nos decía hace poco que las fiestas de fin de año son ‘las fiestas del pobre’. [...] Una incontenible fuerza empuja a las personas [...] a gastar lo poco o lo mucho que tienen sus bolsillos.²⁶⁷

²⁶⁷ “Empleaditas de tienda. Con sueldos pequeños, pagan el concurso invalorable de esas muchachitas que son el granito de sal que hace agradable la tarea de comprar algo...”, *El Diario*, 3 de abril de 1933, p. 16; “Cambiando el compás”, en *El Diario*, 16 de marzo de 1927, p. 3; “Autobús peatones”, en *El Diario*, 31 de marzo de 1927, p. 3; “Vientecillo aleve”, en *El Diario*, 2 de octubre de 1928, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “Mareondinacias”, en *El Diario*, 23 de diciembre de 1934, p. 3; “Agotada...!” en *El Diario*, 20 de julio de 1924, p. 6 (**imagen 112**); El Pinche [Horacio López Vignart], “A veces soñar es malo...”, en *El Diario*, 27 de enero de 1930, p. 10; “Reportajes imprevistos. El desocupado permanente y el desocupado de ocasión”, en *El Diario*, 16



112



113

El centro era también la sede los principales Cafés, espacios neurálgicos de la sociabilidad masculina urbana²⁶⁸:

el “Café”, el hogar de muchos y que constituye con el club, el segundo hogar de los demás, abre en las esquinas de la metrópoli, en las horas matinales, un remanso y después del mediodía, una perspectiva de esparcimiento, que se convierte más tarde, en un buen rato de charla, de juego y de música sincopada de jazz y lenta de tango y a veces en la contemplación de una orquesta de mujeres que no necesitan tocar nada para conquistar todos los ojos.

Allí, las múltiples experiencias individuales de habitar una ciudad moderna eran procesados por la tertulia y transformados en relatos que se imprimían sobre la realidad como una suerte de palimpsesto, con los cuales el diario tanto competía (“corregía” la imaginación popular)

de julio de 1931, p. 3; “Regalos de fin de año”, en *El Diario*, 31 de diciembre de 1935, p. 16; Sin título, *El Diario*, 31 de diciembre de 1934, portada (imagen 113).

²⁶⁸ Sobre este aspecto, ver. Sandra Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés: 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000.

como colaboraba (pues esa imaginación procedía, en parte, de lo que las personas veían y leían en los diarios que allí consumían y comentaban):

la imaginación de las gentes se adelanta frecuentemente a los sucesos y por causa de las “milanochescas” fantasías que circulan de boca en boca, nos vemos obligados, los que estamos en este difícil arte de saber lo que ocurre a todo el mundo para contarlo a cuantos desean saberlo, a correr desesperadamente por la ciudad en busca de confirmaciones que con frecuencia nunca llegan aunque en todos los cafés y oficinas públicas, lugares propicios para el comentario, se posean las más amplias.

En todos los Cafés, cuando el asalto al Cambio Messina, se oía “la inquietante pregunta: ¿quiénes son los asesinos?” y cualquier día en ellos se juntaba la gente a “discutir apasionadamente lo mismo la novedad literaria que la elección de un diputado departamental” o a imaginar nuevas articulaciones políticas:

en este mismo café donde hoy estamos usted y yo hablando por hablar, hemos hecho, en tiempos no lejanos y frente a auditorios numerosos e ingenuos, una verdadera cátedra de la conspiración. [...] Hemos planeado revoluciones, hemos derrocado gobiernos, deportado políticos y cambiado varias veces la faz institucional del país. Aunque todo era en el papel.

Ese carácter dicharachero los hacía el lugar propicio para el funcionamiento de una “revista oral” que, básicamente, consistía en el revestimiento literario del “hablar por hablar”:

casi siempre en un café central [...] los diversos colaboradores van ocupando su puesto y alternándose o ilustrando su obra con la de pintores, dibujantes y músicos que junto a él improvisan y se va desarrollando fielmente el sumario de la pintoresca y original revista.

El imaginario del Café incluía el de los contertulios:

innumerables tipos de diversa catadura moral, pero todos maltrechos por el camino andado y por el continuo roce con la humanidad, en donde se detienen a saciar las necesidades corporales y hasta si se quiere espirituales, con ese simple y reconfortante elemento, amigo y hasta buen consejero en muchas ocasiones, de todo ser que arrastra una existencia sufrida por este mundo.

Y esa aglomeración era el marco propicio para que circularan entre sus mesas “muy sueltos de cuerpo” desde el “vendedor de baratijas” hasta el de cocaína y morfina.²⁶⁹

Los “boliches” y las calles de la ciudad ofrecían el espectáculo de los “tipos urbanos”: parroquianos o transeúntes que encarnaban en su comportamiento o aspecto una suerte de emanación bizarra, pintoresca y popular de la ciudad. En el boliche solían destacar el “machete”, aquel que pese a su elevado poder adquisitivo estiraba la noche con un único trago:

la clientela

los tiene de hace tiempo bien catalogados,

ganan como judíos jugando a la quinielas,

y se quejan, más tarde, por lo poco jugado...

pero cuatro otro gana

lo estrangularía de muy buena gana!

el “manguero”

el no pide, insinúa;

y su tono de voz,

varía desde el suave meloso

de un fraile mendicante

al airado y feroz de los reivindicantes

y el alcohólico “regenerado”

²⁶⁹ “Colores de la urbe. El ‘café’, exposición de vidas y el ‘mozo’ su novelista que nunca escribirá un libro”, en *El Diario*, 21 de diciembre de 1934, p. 19; “En pleno centro de Montevideo, varios sujetos robaron un auto, pistola en mano”, en *El Diario*, 2 de febrero de 1932, p. 10; “EL DIARIO organizará una colecta para premiar a quien capture o aporte datos concretos sobre los criminales. ¿Quiénes son?”, en *El Diario*, 27 de octubre de 1927, p. 10; “Estampas de la ciudad”, en *El Diario*, 18 de enero de 1929, p. 12; El Cojo Quiñones [Juan Carlos Faig], “El reportaje que no se hizo. La filosofía del motín”, en *El Diario*, 6 de mayo de 1928, p. 3; “Un espectáculo original para Montevideo. La revista oral”, en *El Diario*, 11 de junio de 1926, p. 3; “Compañía de teatro breve. Café con leche”, en *El Diario*, 12 de junio de 1926, p. 4; “Expendedor de cocaína. Su captura”, en *El Diario*, 24 de julio de 1923, p. 3; “Más sobre el asesinato de Luis Charlán”, en *El Diario*, 3 de octubre de 1928, p. 12.

no es el mismo de antes
se le nota a la legua
en la risa, en los ojos y... hasta en el pantalón
va al boliche lo mismo
ve beber a los otros
y los mira fingiendo una gran compasión.

Entre los “cuadritos callejeros” podía encontrarse al “contra”

no sabe lo que quiere, ni menos lo que piensa,
aunque sienta que es mucha su sapiencia
[...]

los males
de la tierra ni le van ni le vienen
ni nada lo entretiene

al “seca”

nació un año de crisis, de seca y de langosta,
año en que hasta las moscas estuvieron escasas,
su estrella que tan débil, tan mezquina y angosta
que el día que nació ‘mamá no estaba en casa’

y al “paseacanes”

suele ser jubilado
o antiguo comerciante retirado
[...]

es un hombre feliz, aunque él no lo advierta;

se diría

que por él van pasando los días

como por una puerta abierta.

También a la mujer

de pobreza vergonzante [que] marcha a pie por el centro llevando uno de esos bolsones de cretona floreados, dentro de los cuales las mujeres que no pueden permitirse el lujo de tener sirvientes tratan de ocultar las compras que hacen en el mercado

y a la “escuálida, la poco femenina figura de mujercita sin atractivos [...] que va por las calles y callejas exhibiendo a todas horas su desolación y su soledad”; a los “mozalbetes de rostro rubicundo” que los sábados de noche llegaban en tranvía desde los suburbios al centro

estirados dentro de unos trajes que huelen a ropero y que nunca se adaptan con flexibilidad al cuerpo de quienes lo llevan [...] impera el color marrón, la melenita vergonzante que se insinúa como un requiebro soez y el dicho arrabalero [...] Descubren a cada paso una cosa nueva o creen llevar a cabo una hazaña hombruna al dejar atrás el arrabal [...] Cuando se bajan miran al viajero que se dirige al centro con una mirada de desafío;

al “conquistador dominguero”, ese hombre que de lunes a sábado pasa “por las calles como pidiendo a todos los hombres y las cosas disculpas por su existencia” mientras que el domingo “camina con un jazmín en el ojal y medio frasco de loción barata bajo el sombrero [...] y mira a las mujercitas frente a frente, con brillos extraños en sus ojos y expresiones sospechosas en el rostro”; a los “matrimonios grotescos [que] desfilan con su numerosa progenie de mañana hacia las afueras, de tarde hacia el centro [y que son] el espectáculo dominguero más alentador”; a los pescadores de fin de semana que

son los seres que se divierten más en toda la urbe. Hay que verlos cuando retornan [de la costa a los barrios], congestionando el rostro, opacos los ojos, bronca la voz y flácido el porte, como seres que han perdido hasta la más mínima porción de sus energías conscientes

y a las parejas de inmigrantes gallegos que, en invierno, “son robadas de nuestras calles por el cine, el frío y el teatro por secciones”, pero que el resto del año “van por esas calles sin hablar una palabra, como ausentes de sí mismos [...] dándonos la impresión de dos colegiales retrasados”.²⁷⁰

Las precarias condiciones de vida de los sectores populares en los barrios alejados del centro también aparecían como un fenómeno pintoresco. En el “antiguo barrio Reus y actual Villa Muñoz”

nos hacen profunda gracia los tachos con basura a orilla de la vereda frente al montón de residuos abandonados en plena calle y en donde las gallinas se revuelcan, seguras de que el carro de la limpieza no ha de privarlas de diversión tan inocente.

Una recorrida por sus “antihigiénicas” calles (“no lo cambiamos, ni mucho menos, por la calle Sarandí”, aclaró de todos modos uno de sus habitantes) ofrecía el espectáculo de un pasado/presente que estaba desapareciendo, en donde destacaban el vendedor ambulante cargando pollos y manojos de cebollas, el “caserío todo parejo como un gran palomar”, el “viejito sentado en el cordón de la vereda [...] y la viejita como de 60 años ‘amargueando’ de lo lindo en la puerta y rodeada de botijas”, la “familia de gallinas veraneando en la calle”, el “balcón reverdecido de cuyos barrotes oxidados penden helechos en latitas de aceite” y el “apretado y largo zaguán, en cuyo patio interior [...] revoluciona un grupo de costureras sorprendidas en plena labor”.²⁷¹

²⁷⁰ Ombú Curá [Américo Agorio], “Vinagretas bolicheras. La barra de los machetes”, en *El Diario*, 16 de octubre de 1932, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “Tipos al monotipo. Don Manganesio”, en *El Diario*, 29 de julio de 1934, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “Tipos al monotipo. Chupín el regenerado”, en *El Diario*, 2 de setiembre de 1934, p. 3; “Tipos al monotipo. El contra”, en *El Diario*, 7 de mayo de 1933, p. 3; “Tipos al monotipo. Don secante”, en *El Diario*, 21 de mayo de 1933, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “Tipos al monotipo. El paseacanes”, en *El Diario*, 26 de agosto de 1934, p. 3; Alter Ego [Enrique W. Orecchio], “Cuadritos callejeros. Mala mujer”, en *El Diario*, 6 de julio de 1924, p. 3; Alter Ego [Enrique W. Orecchio], “Cuadritos callejeros. Una mujercita flaca”, en *El Diario*, 10 de julio de 1924, p. 3; “Notas dominicales. Preludio sabático”, en *El Diario*, 13 de julio de 1924, p. 3; “Notas dominicales. El conquistador”, en *El Diario*, 27 de julio de 1924, p. 3; “Notas dominicales. Creced y multiplicaos”, en *El Diario*, 20 de julio de 1924, p. 3; “Notas dominicales. Los costeros y Los Primos”, en *El Diario*, 3 de agosto de 1924, p. 3.

²⁷¹ “En el corazón del barrio Reus. Callejuelas en sombra y rapazuelos al sol”, en *El Diario*, 16 de enero de 1924, p. 5; “A través del ‘cartier’ más cosmopolita de Montevideo. El antiguo barrio Reus y la actual Villa Muñoz”, en *El Diario*, 15 de enero de 1924, portada (**imagen 114**).

por donde, un momento antes de atracar,

se asoma al asombro de los emigrantes.

Suena su sirena con el vozarrón

de un gigante bonachón

y sobre la borda

se desborda

ansiedad

curiosidad

y un poco de suciedad.

Allí

empezamos a ser gran ciudad. De él nos viene el sabor exótico y confuso de los grandes centros poblados, que nos va patinando lenta pero seguramente [y] nos vamos confundiendo un poco con Londrés, con Hamburgo, con El Havre. Y entre esa muchedumbre abigarrada y pintoresca que pulula [...] nos vamos reconciliando con nuestra inquietud. [...] La llegada de los grandes navíos [es] el acontecimiento siempre nuevo y siempre igual, pero siempre pleno de atractivos.

Las setenta mil toneladas que reunían los cinco navíos (“todos ellos modernísimos”) apostados el 19 de mayo de 1933 —recién llegados desde Italia, Inglaterra y Alemania o prontos para partir hacia esos lugares— hablaban por sí solas en comparación con las seis u ocho mil que eran lo máximo a principios de siglo y hacían que Montevideo diera una “gratisima impresión a los pasajeros de tránsito”. El muelle de pescadores que prolongaba hacia el mar la calle Colombia y los boliches ubicados sobre calles Yacaré y La Marseillaise, con su babelística cartelería escrita en los idiomas de los “todos los pueblos de la tierra” le daban a “la descolorida urbe [...] una nota de color [...] quebrantadora de su gris monotonía”, pero también eran símbolos de una época que debía desaparecer para “dar carácter de ciudad a nuestra querida Montevideo”:

los recovecos que presentan esas adyacencias deben desaparecer para convertirse en una avenida amplia y hermosa, en concordancia con el cuadro que marginan.

[...] Demolidas esas ruinas, dejarían libre un espacio considerable para construir la rambla portuaria al estilo del Paseo de Julio o Colón del que los porteños se sienten tan orgullosos y nosotros los extranjeros admiramos casi con la boca abierta cuando nos trasladamos a la gran capital del sur.²⁷³

De todos modos y más allá de sus valores particulares, cualquiera de estos tópicos habría sido insignificante de no ser por el objeto estético que los atravesaba: las multitudes. La ciudad era un espectáculo porque había decenas de miles de personas contemplándola y porque en ese ejercicio —en su ocupación del espacio público para mirar aquello que la prensa presentaba como significativo— se volvían un espectáculo tan o más importante que el motivo que las convocaba. No en vano en Montevideo había “una manifestación por día”, ya fuera por “una fiesta patria, un campeonato de football, o la llegada de un aviador”. La procesión del Corpus Christi atraía por su

legión de mujeres [...] multitud de beatas agriadas por el celibato, erizadas de virtudes negativas y muy de cuando en cuando, [por] un rostro de mujer en cuyos labios rojos y sensuales [...] está toda la gloria de Dios! Después, niños rollizos, monaguillos, frailes y sacerdotes que hacen lo imposible por aparecer solemnes [...] y en las veredas, público, el mismo público que asiste a todos los espectáculos gratuitos como los incendios, los descarrilamientos, los crímenes pasionales y las misas de gallo

Cuando se enfrentaban Peñarol y Nacional

los aficionados y los que no lo son, desde la mañana [empiezan] a hablar de football, de tarde [van] a verlo y al atardecer —en momentos en que esta edición sale a la calle— [comentan] la jugada de mengano o el quite de zutano. [...] Y también es verdad que es un gran espectáculo, casi diríamos un espectáculo estético este de contemplar a la muchedumbre apasionada aclamando los nombres de sus campeones favoritos. [...] Su fuerza cambiante es más precisa que la del mar. Más definida, más notable y sobre todo más pintoresca y emocionante.

La proliferación de espectáculos y la voracidad por formar parte de ellos obligó a la Jefatura de Policía, en 1931, a instaurar la obligatoriedad de hacer “cola” para comprar entradas. La

²⁷³ Ombú Curá [Américo Agorio], “La solfa del día. Panorama portuario”, en *El Día*, 18 de mayo de 1926, p. 3; “La ciudad bajo el frío. En el puerto”, en *El Diario*, 13 de julio de 1923, p. 3; “Nuestro puerto, hoy”, en *El Diario*, 19 de mayo de 1933, p. 3; “Rincones típicos de nuestro puerto. Un mercado silencioso”, en *El Diario*, 6 de julio de 1923, p. 3; “Una institución internacional. Los despachos de bebidas del puerto”, en *El Diario*, 10 de agosto de 1923, p. 3; Un observador, “La Rambla portuaria”, en *El Diario*, 8 de mayo de 1933, p. 3.

propia cola, entonces, pasó a ser un atractivo más, en tanto allí podían representarse ordenadamente los “tipos montevidianos”: la mujer sensual, el hombre que aprovecha la aglomeración para tocarla, el amanerado, el punguista, el inmigrante malhumorado y el niño molesto. Y tal vez esa disposición haya sido la respuesta a lo ocurrido el día que se disputó el partido final del campeonato mundial de fútbol de 1930:

desde las cuatro de la mañana hay gente que espera el comienzo de la venta de entradas [...] que se había anunciado para las ocho de la mañana. De continuo la multitud va en aumento y en este momento la “cola” llega por Garibaldi hasta la Escuela Militar y por 8 de octubre hasta el Hospital Italiano. ¡Es algo nunca visto! ¡Son un fenómeno los aficionados! Hubo algunos que acamparon en las proximidades del Parque Central, poco después de medianoche, provistos de ponchos y frazadas. [...] Los desmayos, los ahogos, las lesiones estuvieron a la orden del día. Hubo además quién perdió el cuello, el saco, los botines. [...] Y los seis mil argentinos [...] que cruzaron el río sin estar seguros de que lograrían acomodarse en el Estadio [...] andan dispersos por la ciudad, formulando a cuantos se ponen a su alcance la pregunta del día. ¿Cómo hacemos para conseguir entradas?

El motivo de la “ansiedad colectiva” que atravesaba a los montevidianos ese día no era “tanto el aguijón de la duda por el resultado del match, sino la desesperación inconcebible y jamás imaginada con que todos [...] se pusieron a la pesca de las entradas [...] que les permitirían presenciar la sensacional justa deportiva” y eso advertía que tan o más importante que sentirse parte del país campeón del mundo era asistir como espectador al acontecimiento mediante el cual ese fenómeno podía producirse. El resultado del partido que la selección uruguaya disputó con la de Rumania algunos días antes también fue menos importante que la contemplación de los espectadores:

¡Cuanta gente! ¡Qué bullicio! ¡Qué alegría... cada vez que los nuestros metían un “goal”!! Pero he aquí que el lector comienza a sospechar que le vamos a narrar lo que fue el partido, pero se equivoca. Vamos a consignar las impresiones que nos produjeron los espectadores que nos tocó en suerte [...] tener de compañeros. Eso sí que es espectáculo!

Y por el relato desfilaban desde el niño que pasó todo el partido chupando una banana, el “señor de cara rosacea [que] huyó [...] de los encantos de una rubia” y la “voluminosa señora”

que no paraba de gritarle al jugador José Leandro Andrade “¡mi negro lindo! ¡Otro “goal” ni negro!”²⁷⁴



115



116

Pero la ciudad metropolitana, además de un espectáculo, era un problema. Cada uno de los mojones que conformaban su geografía imaginaria tenía una contracara vergonzante o peligrosa.²⁷⁵ Si “por un extremo, Sarandí, y por el otro, 18 de Julio, exhiben la opulencia de la

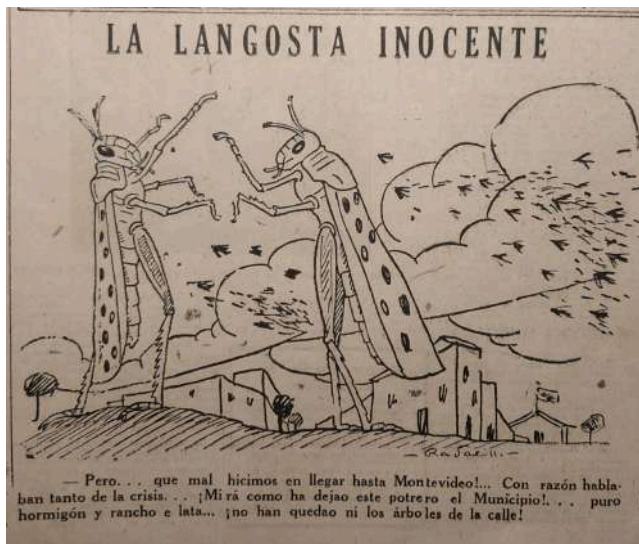
²⁷⁴ “Y la procesión se hizo”, en *El Diario*, 2 de junio de 1926, p. 3; “Reportajes imprevistos”, en *El Diario*, 21 de julio de 1931, p. 3; “Mens sana”, en *El Diario*, 14 de octubre de 1928, p. 3; “El gran acontecimiento”, en *El Diario*, 19 de noviembre de 1934, p. 3; “No hay más remedio que hacer cola en la boletería de los teatros”, en *El Diario*, 16 de julio de 1931 (**imagen 115**); “Alrededor del tema único y múltiple”, en *El Diario*, 30 de julio de 1930, p. 3; “El emocionante espectáculo de una multitud apasionada por entradas para el sensacional match de hoy”, en *El Diario*, 30 de julio de 1930, portada (**imagen 116**); “Apuntes para la historia de nuestro fútbol”, en *El Diario*, 30 de julio de 1930, p. 3; “Atisbando en el Estadio”, en *El Diario*, 22 de julio de 1930, p. 3.

²⁷⁵ Un antecedente valioso sobre el rechazo de las derechas uruguayas a la “ciudad batllista” durante el período de entreguerras puede encontrarse en: Alfredo Alpini, op. cit., pp. 29-36. Cabe señalar, por otra parte, que en la versión de esta crítica que puso en circulación *El Diario* brilló por su ausencia —por lo menos en términos relativos comparándola con la que elaboraron otros sectores de las derechas— la contracara de un idealizado

ciudad moderna, rica, floreciente [...] populosa y cosmopolita, [...] a la escasa distancia de dos o tres minutos de andar lento” por las calles Mitre, Juncal, Ciudadela o cualquiera que llevara hacia el viejo barrio donde se estaba construyendo la rambla sur:

los rascacielos desaparecen para ir dejando paso a edificios más pequeños, descuidados; en vez de las grandes tiendas, con escaparates relucientes de lujo, cafetines sucios, oscuros, malolientes. La calzada de asfalto se trueca por antiguo adoquinado, irregular y lleno de baches [...] Parece una ciudad asolada por un terremoto.

Los días de lluvia, Montevideo se transformaba en un barrial, salvo para los pocos suertudos “que tienen a disposición una calle más o menos empedrada” y cuando la lluvia cesaba, bastaba con que soplara un poco de viento para que —en las zonas donde las calles estaban asfaltadas y, por lo tanto, proliferaba el tránsito de vehículos mecánicos— se levantara “un polvo [...] que se convierte en un verdadero martirio”. Pese a que el agua, muchas veces, oficiaba de “barrendero gratuito”, las calles ofrecían el “indecoroso espectáculo [...] de basuras y desperdicios de toda clase”. Tal era el grado de miseria que hasta las langostas que asolaron Montevideo en octubre de 1932 se arrepintieron de no haber elegido otro destino: “qué mal hicimos! [...] Puro hormigón y rancho de lata. ¡No han quedado ni los árboles de la calle!”²⁷⁶



117

mundo rural. Sobre la oposición campo-ciudad en el discurso de las derechas, ver: José Pedro Barrán, *Los conservadores uruguayos...*, op. cit., pp. 135-139.

²⁷⁶ “Anida la miseria entre las ruinas del barrio Sur”, en *El Diario*, 5 de julio de 1933, p. 14; “Montevideo y el barro”, en *El Diario*, 30 de agosto de 1923, p. 3; “La limpieza de las calles”, en *El Diario*, 10 de noviembre de 1927, p. 3; “La higiene de la ciudad”, en *El Diario*, 14 de marzo de 1931, p. 3; “La langosta inocente”, en *El Diario*, 28 de octubre de 1932, p. 3 (imagen 117).

La vivienda digna era un bien escaso para “los empleados modestos, tanto públicos como privados” y un problema social para quienes no tenían trabajo. En consecuencia, por todas partes había —sobre todo desde comienzos de los años treinta—

campamentos improvisados [...] de hombres haraposos y hambrientos [...] que aquí conocemos bajo la sugestiva denominación de ‘bichicomes’, [quienes] carecen por completo de los medios indispensables para someterse a la más somera higienización y es así como los vemos por las calles con un aspecto que a veces inspira repugnancia. [...] Esa falta de higiene hace que se vean [...] invadidos por verdaderas plagas de insectos.

En la zona del puerto había casillas dignas “de un lugar cualquiera del África” y “sujetos poco habituados al trabajo, [...] merodeadores de los muelles sin domicilio fijo [que llevan] una vida miserable, comiendo de favor de las embarcaciones de cabotaje”. En “pleno centro de la ciudad” había conventillos a punto de derrumbarse, sobrepoblados y con “más ratas que estrellas en el cielo”. En la “casa de inquilinato” de La Teja donde hubo un crimen en 1931

además de las habitaciones de material, vimos, en los patios y en cualquier espacio que antes estuviese vacío, “habitaciones” construidas de madera donde apenas cabe un solo hombre y por las que el aprovechado propietario cobraba un alquiler algo más que regular

En el “Reducto, Goes, Unión, Cerro, etc.” los niños pasaban el día en la calle expuestos a todo tipo de peligros porque “las clases populares [...] frente a la perspectiva ingrata de la vida doméstica, en medio de dificultades de confort y comodidad, utilizan la vía pública como válvula de escape” para la energía infantil. Y el escaso tamaño de las casas a las que podían acceder los matrimonios jóvenes —de acuerdo a una caricatura que, naturalmente exageraba el problema— obligaba a las parejas a turnarse el uso del jardín.²⁷⁷

²⁷⁷ “Casas para empleados sobre la Rambla Sur”, en *El Diario*, 26 de diciembre de 1935, p. 3; “Montevideo debiera tener su Villa de Desocupación”, en *El Diario*, 5 de mayo de 1933 (**imagen 118**); “En el puerto. Lo que el Príncipe no vió”, en *El Diario*, 21 de agosto de 1925, p. 3; “Continúa la racha. Anoche se registró otro episodio sangriento en la jurisdicción de la 1^o”, en *El Diario*, 13 de mayo de 1928, p. 6; “Esta tarde arribó el Zelandia. El abuso”, en *El Diario*, 24 de agosto de 1923, p. 12; “70 personas peligran sus vidas habitando un conventillo próximo a derrumbarse”, en *El Diario*, 29 de noviembre de 1927, p. 11; “A pedradas le deshizo la cabeza”, en *El Diario*, 2 de marzo de 1931, p. 12; “Los niños en la calle”, en *El Diario*, 29 de enero de 1930, p. 3; “Casa propia de recién casados”, en *El Diario*, 14 de octubre de 1928, portada

Aprensivo y oportuno que lo ofrecemos en un cordón a y en la página de noticias...

EMILIO FONTANA SOCIEDAD COMERCIAL S.A. 25 DE MAYO DE 1933

Montevideo debiera tener su villa de Desocupación

Escenas de impresionante miseria que dan una triste característica a nuestro ambiente, podrían así desaparecer

CAMPAMENTOS A LO LARGO DE LOS MUELLES!

Lealmente las recordadas que, diariamente efectúa el cronista por distintas paginas de la urbe...

GENESIS DE LA CUADRA DE LOS DESOCUPADOS

El género de esos poblados de desocupados, es análogo en todos los casos. Algunos de aquellos desahuciados de la fortuna...

cho de honra y luego fue a darvulo lo ávidamente en algún rincón de la urbe...

A ESCONDER SU MISERIA

SERIA

Pero aún restaba en su capitulo una dosis de amor, propío, y luego anovamente algún lugar solitario donde se escondiera su miseria...

Así, hasta que halló algún lugar propío en las ruinas de alguna casa o en alguno de esos amplios descampados que abundan a lo largo de los muelles de "chobos"...

Ya tenemos pues, instalado en cada propia al hombre que fue arrojado del conventillo porque hacía tres meses que no podía pagar los seis pesos del alquiler de una pieza...



Con cuanto dinero y lata riega puede hallar, este señor construyó su vivienda que podríamos llamar autoconstruida. Su estado que no tiene nada de bueno...



Este "edificio", es producto del ingenio industrial de unos meses que existían en la urbe. Hoy crecido "la du rita", para que no vuelvan a ser...

bajo la sugestiva denominación de "chobos"...

Jóvenes timbaches, hombres maduros, sanadores de tratos venenables, bubos morochos, o negros... Puertes, ventanas o destruidas...

A LO LARGO DE LOS MUELLES

MUELLES

Poco la zona portuaria, a lo largo de todos los muelles que se extienden desde la ciudad vieja hasta la desembocadura del Arroyo Miraflores...

Lo solitario de esos parajes, fuera de las rutas usuales del tránsito urbano, ha hecho que por ello sean preferidos por los desocupados para levantarse, sin sujeción a regla alguna...

Ingreso de la diaria bodega en procura de alimentos, regresan los hombres a sus albergues, para reposar las fuerzas agotadas durante el largo caminar por las calles de la urbe...



Estos son más potentes. Hasta el día y puerta tiene el palacio, construido con materiales de primera clase, "amargos", mientras que el sol les hace sus devociones...

YA NO ESTA SOLO EL HOMBRE

Comenzó pues, una vida de solitario para nuestro hombre. Ya cesó no buscaba trabajo, porque, antes de estar convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para hallarlo...

estas noches que estubo sin albergue, y sintiéndole incapaz de hallar alguna solución para su problema...

EL PRINCIPIO DEL FIN

Aparentemente, no es tan grave la situación de estos hombres, ya que siempre encuentran como alimentarse y poseen un albergue donde descansar...

Pero si se aborda el problema, podrá verse que esto no es más que el principio del fin para estos hombres a quienes la vida les llega hasta el derecho de trabajar para ganarse el propio sustento...

Una falta de higiene hace que se vea en poco tiempo, brotando por verdaderas plagas de insectos que, aliados por otros factores, pueden ser determinantes de muchas enfermedades...

YA LLEGA EL INVIERNO

Los primeros frocos, han hecho ya sentir su fuerza con sólo a los desocupados. Las primeras lluvias, han venido a demostrar que sus albergues están muy cerca de ser destruidos...

orden para los desocupados. Entre ellas, la de que no faltara gente que dispusiera a acogerlos a algún verdadero asidero necesario...

Lo halló por la calle, agitado de hambre y de cansancio. Al ver, cambraron una miseria de miseria...

POLICIA

Sobre el homicidio en el Sindicato de Panaderos

Es ajustada a los hechos nuestra información de ayer

En edición anterior dimos a conocer algunos detalles nuevos sobre el dramático suceso registrado días pasados en el Sindicato de Panaderos, dando esa información a simple título informativo...

Al darnos a conocer el señor Casas el resultado de las investigaciones comprobamos que nuestra información de ayer estaba ajustada en un todo con el ocurrido en el Sindicato...

Con esta sola resta espera la prensa del homicidio, pues — como se ve — EL DIARIO adelantó todos los pormenores del suceso.

Las bestias

La seccional 14a remite a disposición del señor Jefe de Inspección de Primer Turno, a Urbano Treviño...

Embustoso por un auto

En el Chimblo Maldonado y Barroo Afrada, el Sr. Rodríguez, español casado de 23 años de edad, domiciliado en Barroo Afrada...

Autor de varias estafas

Habiendo tenido conocimiento el comisario de la seccional 14a de policía, sobre el Sr. Juan José...



En un sector donde, hasta hace poco tiempo, existió un conventillo que fue destruido, ha quedado un rulo una de las muestras de desocupación que abundan por Montevideo. Entre las tres al rededor de otras tantas...

Vertical text on the right edge of the page, likely a page number or index reference.

Quizá por eso las playas eran un “amplio dormitorio popular” donde no faltaban las relaciones sexuales (“Cupido acompaña a Morfeo en el reino nocturno de las playas”), pero también sede de otras inmoralidades y signos de decadencia. En aquellas cuyo uso no estaba reglamentado por el municipio —como las que se extendían al este del arroyo de los Pocitos y al oeste de la de Ramírez— “los bañistas concurren en condiciones francamente reñidas con la decencia [...] y se utilizan también para el lavado de caballos, perros y otros irracionales”; en Pocitos,

una larga caravana de lisiados de todo calibre —algunos verdaderamente repulsivos— imploran la caridad pública, lo mismo que hacen también falsas madres con niños en brazos o arrapazuelos que empujados por su padres ya están en el primer peldaño de la delincuencia.²⁷⁸



Trasladarse por la ciudad tampoco era una experiencia agradable. La extensión de la trama urbana y el aumento en la circulación de personas acarrearón la aglomeración en los medios de transporte público. El tranvía era, entonces

ese carro infernal, donde por un milagroso fenómeno de contravención a las leyes inmutables de Natura, donde solo hay lugar para veinte hombres, se acumulan, se

²⁷⁸ “Por el amplio dormitorio popular de las playas”, en *El Diario*, 24 de enero de 1924, portada (**imagen 119**); “Espectáculos inconvenientes”, en *El Diario*, 9 de enero de 1925, p. 3; “¡Menos helenismo!” en *El Diario*, 31 de enero de 1925, p. 3; “La corte de los milagros. En la rambla”, en *El Diario*, 25 de octubre de 1935, p. 3.

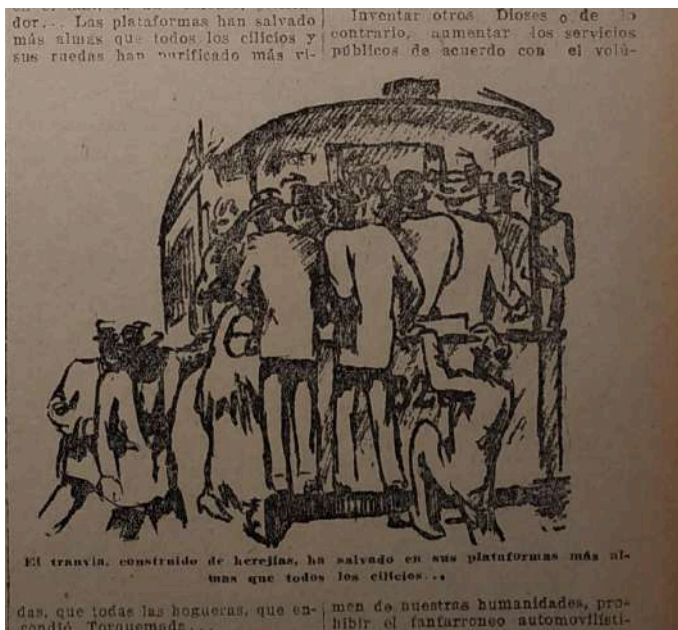
apeñuscan cien, y donde los valores fríos de las matemáticas se convierten en deleznable juguete, como en el pensamiento de ese super-hombre que nos visita

decía un cronista en referencia a Albert Einstein. La mecanización de los medios de transporte implicó un aumento en la velocidad de los traslados pero también una nueva fuente de peligro: “en nuestras calles [...] se muere bajo las ruedas de un auto más fácilmente que en Londrés” a causa de la audacia e imprudencia de los automovilistas, que

después de las doce de la noche, cuando los ‘baritas’ se han retirado a sus casas, dejando que el tráfico se desenvuelva libre de fiscalización policial, circulan [...] por las calles principales con una velocidad excesiva, sin cuidarse de seguir línea alguna, sin respetar obstáculos, aunque él sea el distraído cuerpo de algún pacífico noctámbulo.

pero también

del autobús: llegó de pronto entre nosotros y... como algunos extranjeros arribistas se ha adueñado de la ciudad, llevándose por delante ordenanzas y todas las disposiciones que (no digamos que reglamentan) tratan de reglamentar el tráfico. En su carrera aniquiladora [...] ha conseguido abrirse camino por Sarandí y lo peor del caso es que lo hace con una insolencia plebeya que anuncia no distantes y lamentables catástrofes.²⁷⁹



120

²⁷⁹ “Como inconscientemente se salvan las multitudes”, en *El Diario*, 26 de abril de 1925, p. 3 (**imagen 120**); “Notas dominicales. Campo y ciudad”; en *El Diario*, 27 de julio de 1924, p. 3; “La velocidad de los autos”; en *El Diario*, 20 de enero de 1924, p. 3; “Autobús peatones”; en *El Diario*, 21 de marzo de 1927, p. 3.

El consumo tuvo también su contracara decadente. Los precarios “boliches” que se instalaban en el espacio público para vender “cuando objeto mercable existe” dañaban la “estética edilicia” de la ciudad. Tal fue el caso de un “antiestético y antihigiénico [...] rancho de lata, sede de una de esas famosas churrasquerías sin las cuales parece que no puede existir en Montevideo paseo de ninguna especie” que se ubicó en Carrasco, “frente a suntuosas mansiones veraniegas [...] y novedosas construcciones” o el de los numerosos puestos que día a conquistaban las calles céntricas:

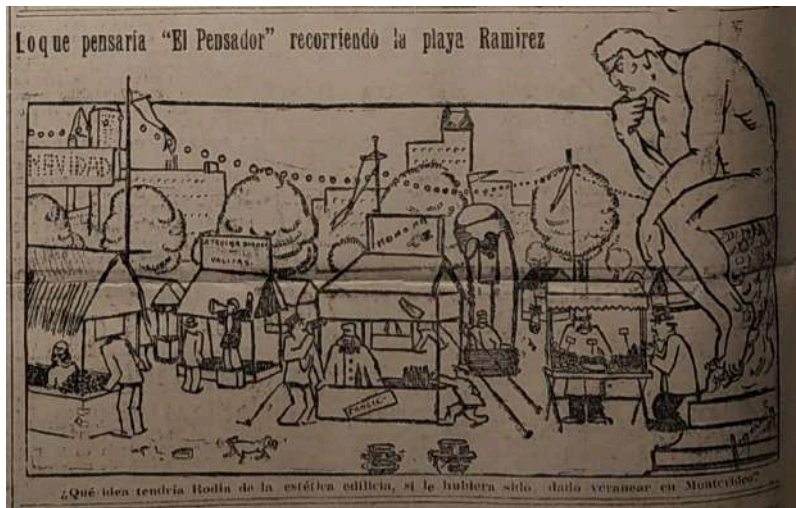
en plena calle Treinta y Tres hay un señor que tomó la vereda para depósito y exposición de muebles! En 18 y Yi existe en plena acera un depósito de barriles de cerveza. Hay almaceneros avisados que fabrican sus filas de barricas de yerba-mate también en el lugar destinado al peatón, y en fin, por donde quiera que se vaya, Montevideo tiene un aspecto de mercado al aire libre, que no le queda muy bien a su fama de “ciudad coqueta y sonriente”.

La exposición a una incesante oferta de productos y servicios hacía que las mujeres vaciaran “nuestra billetera”:

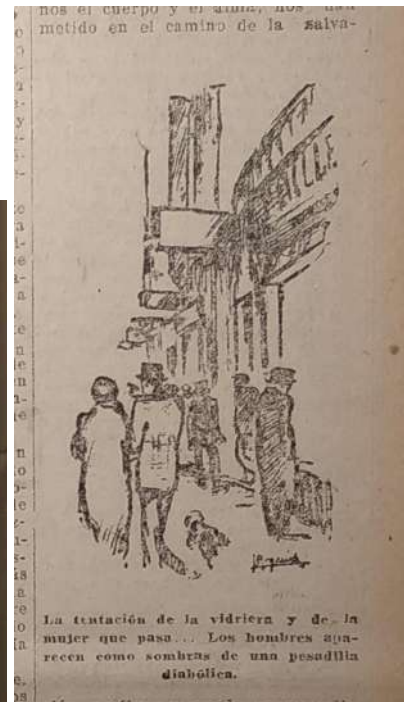
en la calle, frente a la primer vidriera, en el cine, en el teatro, en las tiendas, en las calesitas del Parque Rodó, en los boliches de la Rambla, en el tranvía, en la ruleta, cuando veas una pareja, mirale la cara a él y sabrás enseguida cuánto cuesta su manzana

y que los hombres masticaran frustración ante la imposibilidad de acceder tanto a “las tentaciones que surgen de los escaparates [...] y se enroscan en [sus] deseos” como a las incontables mujeres atractivas que desfilaban ante sus ojos: “en cada gesto, en cada ademán, en cada vaivén de sus tentadoras caderas [Satanás] pone el brillo nefasto de las delicias del pecado, mientras el hombre de este siglo debe contentarse con dejarlas pasar en la imposibilidad de pecar con todas”.²⁸⁰

²⁸⁰ “Lo que pensaría ‘El Pensador’ recorriendo la playa Ramírez”, en *El Diario*, 30 de diciembre de 1924, p. 10 (**imagen 121**); “Los ‘patrones de la vereda’ siguen en auge”, en *El Diario*, 31 de enero de 1935, p. 3; “Un atentado a la dignidad edilicia”, en *El Diario*, 17 de enero de 1935, p. 3; “El patrón de la vereda”, en *El Diario*, 19 de enero de 1935, p. 3; “Notas dominicales. Kaleidoscópicas”, en *El Diario*, 4 de enero de 1925, p. 3; “Como inconscientemente se salvan las multitudes”, en *El Diario*, 26 de abril de 1925, p. 3 (**imagen 122**).



121



122

La transformación acelerada de los barrios tradicionales o su absorción —y consecuente desaparición— en los pliegues de la expandida trama urbana también tuvo su cara lamentable. El barrio Reus

rindió tributo al cosmopolitismo emprendedor de la ciudad. Comenzaron por llamarlo Villa Muñoz. Se hizo un barrio completamente obrero. Ya desapareció el malevaje. Los muchachos de hoy llenan las fábricas y son hábiles obreros. Leen a [Maximo] Gorky y piensan en los problemas sociales. De vez en cuando se declaran en huelga y salen a la calle con una bandera roja y a los gritos de ¡Viva la Rusia libre!

El Bajo fue destruído para volver más atractiva la ciudad-producto:

Montevideo, ciudad de turismo, tenía que esconder al viajero ese aspecto ingrato de la costa sur y un buen día resolvieron los municipales arrasar todo aquello para que, sobre las ruinas, se construyera una rambla fastuosa, escaparate de la ciudad ofrecido al viajero que llega, de la misma manera que los comerciantes inteligentes hermocean la entrada de su casa para hacerla más apetecible al cliente.

El barrio Guruyú, de “compadres [...] costureritas y milongas” se convirtió en un barrio “de caudillos electorales”; a las reuniones en las calles del “Galicia chico [...] barrio típico de esa

raza trabajadora que empleaba las horas de descanso en añorar la Galicia grande, [las mató] el progreso”; el Cerro, donde “los criollos de ley rendían culto al coraje y sabían manejar el cuchillo”, se volvió propiedad “del yanqui, ese señor grotesco que bate todos los récords hasta el de imbecilidad, [que] estableció frigoríficos y trajo inmigrantes de todas las nacionalidades, con cuyas miserias podía hacer pingües ganancias”; y el Migone, “barrio melancólico de rompe y rasga, de candombes barullentos [...] hoy perdió hasta el nombre” y sus viejos habitantes “se acarician la barba con asombro cuando [en sus calles] un nuevo edificio se eleva majestuoso”.²⁸¹

Más allá de la nostalgia que a comienzos de los años treinta despertó su desaparición, el Bajo de la ciudad era hasta entonces un combo de miseria, vicio y violencia que la ciudad moderna no lograba erradicar. Cuando el temporal de julio de 1923 destruyó gran parte de esa zona, *El Diario* se preguntó

por qué la piqueta del progreso no arrasó antes aquellas ruinas sin esperar a que la ceguera de los elementos desencadenados hiciera, a las malas, lo que bien pudo el hombre haber hecho a las buenas. El aspecto de aquellos miserables escombros, la suciedad y la miseria que revelan la mayor parte de las covachas asoladas, dejan al descubierto [...] el desamparo higiénico en que vive buena parte de nuestra población modesta, a quien nadie asegura, dentro del recinto urbano, el mínimo de bienestar.

Mudarse allí era “dar un paso hacia la caída definitiva” y con seguridad tener que vivir “de lo que los demás desperdician”, en alusión a las personas que hurgaban entre la basura y los escombros en busca de comida u objetos de valor. Allí estaban las calles Yerbal y Brecha, la primera un “camino liberalmente abierto a toda corrupción” donde había peleas y homicidios “dignos de un folletín policial por entregas [...] como aquellas hazañas del gaucho Luna que mataba a cachetada limpia a aquellos policías que lo perseguían” y la segunda una “cuadra sombría y poco transitada” plagada de “cuchitriles” donde la gente vivía “en una miseria impresionante”.²⁸²

²⁸¹ “Los barrios que se van. Barrio Reus...”, en *El Diario*, 23 de octubre de 1927, pp. 3-4; “Anida la miseria entre las ruinas del barrio Sur”, en *El Diario*, 5 de julio de 1933, p. 14; *El negro lucho*, “Los barrios que se van. Guruyú”, en *El Diario*, 30 de octubre de 1927, pp. 3-4; *El negro lucho*, “Los barrios que se fueron. El Galicia chica”, en *El Diario*, 6 de noviembre de 1927, p. 3; *El negro lucho*, “Los barrios que se fueron. El Cerro”, en *El Diario*, 11 de noviembre de 1927, p. 3; *El negro lucho*, “Los barrios que se fueron. El Migone”, en *El Diario*, 27 de noviembre de 1927, p. 3.

²⁸² “Por la zona devastada. Una enseñanza dolorosa”, en *El Diario*, 16 de julio de 1923, p. 3; “Por qué Luis Nazzeti hirió anoche a su amante”, en *El Diario*, 29 de marzo de 1927, p. 10; “Una parábola vivienda. Los que viven de lo que los demás desperdician”, en *El Diario*, 21 de enero de 1924, portada (**imagen 123**); “La horrible



123

Con el crecimiento de la población y la expansión de la trama urbana se delineó la figura de los “suburbios”, los “arrabales”, los “vecindarios populares” y los “barrios populosos” u “excéntricos”, denominaciones en todo caso intercambiables que solían comprender —aunque no exclusivamente— a los “pintorescos alrededores” de la *ciudad novísima*, conformados por todo lo exterior a Bulevar Artigas salvo balnearios y parques. En estas zonas “hace ya un buen tiempo [se instaló] el proletariado [tras iniciar] una conveniente retirada de la urbe” y hacia allí, tras la demolición del Bajo, “los conventillos han arrojado sus pobladores [y han ido emigrando] los tahúres, los caften y las vendedoras de caricias”. Estaban “dejadas de las manos de Dios y del Municipio” y por lo tanto sumidas en el desorden, el atraso y la pobreza: “a poco que se penetre en esas zonas, ya pobladas, que pasan el límite del Boulevard Artigas, se advierte que en materia de viviendas no se siguen las normas ni los métodos más convenientes”. Allí la ciudad parecía una aldea

de cuando en cuando recibe el cronista quejas fundadas de diversos sitios de la ciudad —naturalmente que no proceden de la Plaza Independencia— sobre la frecuente e impune irregularidad que se comete en todos los arrabales dejando animales sueltos o transportándolos de un lado a otro libres de toda traba.

Sus habitantes vivían una peripecia cada vez que intentaban tomar el Tranvía del Norte para ir o volver del centro:

trepa Ud. a un vagón después de perder la paciencia esperando en cualquier esquina. A las dos o tres cuadras, soporta el primer plantón, accidente que ya llevaba usted descontado. El letrero del descalabrado y sucio coche rezaba: Paso Molino y Reducto. Saca Ud. su boleto, pero resulta que tal coche no llevaba

muerte de una joven cocainómana”, en *El Diario*, 11 de agosto de 1925, p. 10; “Un escándalo de órdago”, en *El Diario*, 13 de julio de 1924, p. 7; “Suceso sangriento en los bajos fondos”, en *El Diario*, 26 de marzo de 1927, p. 10.

combinación para el Reducto. ¿Por qué lo dice el letrado? Ah! le contesta el guarda, esos letrados se dan vuelta con el traqueteo... [...] Hace frío, llueve y en plena epidemia gripal, Ud. captura otro de los vagones. [...] Quiere tomar la combinación para ir hasta Millán: baja y se encuentra, a las ocho o nueve o diez de la noche, con que el otro coche no aparece. [...] La deficiencia [...] es tanto más sensible si se tiene en cuenta que quienes viajan en el trenvía del Norte no son turistas ni ricachos noveleros, sino en su mayor parte gentes tan modestas y tan sin suerte que no disponen de otro medio de locomoción para ir a hacer su quehaceres o volver a sus domicilios.

En particular el traslado de los “vecinos de los suburbios de Sayago, Peñarol, Colón, La Paz y las Piedras” era “peligroso y penoso por los barquinazos y terribles saltos que dan los coches” debido al mal estado del camino Millán. Por razones como estas, tener “un solar en La Teja o una finquita en La Unión” era tener una propiedad menos valiosa que el libro de un escritor a sueldo.²⁸³

A su vez, estos espacios se transformaron en símbolos principales del peligro y la violencia urbana: “en los suburbios, barrios bajos, arrabales y mismo en las zonas un tanto alejadas del centro se refugia —digamos así— [una] criolla variedad del crimen”, lo cual constituía una “característica ‘moderna’” de Montevideo. Los copetes de las crónicas policiales daban cuenta de ello mediante fórmulas estereotipadas (“en una de las zonas suburbanas se desarrolló un hecho sangriento” o “las familias de extramuros andaban anoche con el diablo en casa”) que remarcaban la normalidad del delito y la indiferencia de que se hubiera producido en tal o cual suburbio. De hecho, también era habitual que su demarcación geográfica se subsumiera en la de las seccionales de Policía encargadas de su control, como si el delito fuese constitutivo de su existencia:

anoche la gente, por lo visto, andaba mal. [...] Además del fatal suceso producido en los confines de la [seccional] 19.a, otro hecho alteró la paz de un barrio

²⁸³ “La impresionante tragedia de anoche”, en *El Diario*, 3 de agosto de 1924, p. 10; “Anida la miseria entre las ruinas del barrio Sur”, en *El Diario*, 5 de julio de 1933, p. 14; “Los niños en la calle”, en *El Diario*, 29 de enero de 1930, p. 3; “Vida cerrense. La vivienda obrera”, en *El Diario*, 20 de enero de 1930, p. 7; “Dos extremos de Montevideo”, en *El Diario*, 25 de mayo de 1926, portada; “Estética edilicia. Problemas de construcción y urbanismo”, en *El Diario*, 25 de febrero de 1935, p. 3; “Animales sueltos”, en *El Diario*, 25 de noviembre de 1927, p. 3; “Antaño y hogaño en materia de coquetería masculina”, en *El Diario*, 30 de julio de 1923 portada; Ignotus, “Mundo escolar”, 14 de marzo de 1931, p. 3; “Los problemas de la ciudad”, en *El Diario*, 5 de marzo de 1931, p. 3; “El trenvía del Norte. ¡Peor que antes!”, en *El Diario*, 21 de agosto de 1923, p. 3; Vecinos de los suburbios, “Para el Concejo”, en *El Diario*, 22 de noviembre de 1927, p. 3; Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. La propiedad literaria”, en *El Diario*, 13 de julio de 1923, p. 3.

populoso. Esto ocurrió en la Avenida General Flores y calle San Fructuoso, jurisdicción de la seccional 8.a

y cuando una menor de edad fue violada y luego obligada a abortar en Nuevo París, el cronista acotó: “como se ve, si la seccional 15. está predestinada a los dramas pasionales, la 20. tiene continuamente que intervenir en hechos como el que nos ocupa hoy, según verá el lector por las continuas intervenciones de que da cuenta la prensa”. Todos los habitantes de “los parajes solitarios de las afueras de la urbe” fueron sospechosos de participar en el asalto al Cambio Messina:

se impone la realización de rápidas batidas en parajes sospechados de albergar a gente poco recomendable. Cincuenta hombres de investigación bien podrían dirigirse al Cerrito de la Victoria o al Cerro y proceder al arresto de todas las personas que no tengan ocupación conocida.

Una batida de ese tipo se realizó en la Cruz de Carrasco (“zona siempre propicia para el refugio de los delincuentes”) en marzo de 1931, días después de que un grupo de anarquistas se fugara del penal de Punta Carretas. La propensión al delito de los habitantes de “extramuros” iba de la mano con sus miserables condiciones de vida, como dos caras de una misma moneda cuya relación se daba por sentada. Un crimen ocurrido en el novel barrio Puerto Rico fue la oportunidad de presentarlo ante los montevideanos:

al márgen de la Villa de la Unión se ha constituido un centro de población, donde abundan las casillas construidas con latas y ranchos miserables en los que habitan soldados de las unidades, cuyo cuartel está cercano, con sus compañeras. Son numerosos también los despachos de bebidas y salas de baile donde a diario dejan los “milicos” los pocos pesos que cobran. En uno de esos establecimientos fue donde se desarrolló el suceso de anoche.²⁸⁴

²⁸⁴ “Un joven tropero herido de un balazo en la cabeza”, en *El Diario*, 12 de agosto de 1925, p. 10; “Hombre que mata a otro de una espantosa puñalada en el vientre”, en *El Diario*, 9 de agosto de 1925, p. 10; “Suceso sangriento”, 14 de marzo de 1924, p. 7; “Líos de familia”, en *El Diario*, 31 de enero de 1924, p. 9; Nik [Daniel Herrera y Thode], “Otro suceso sangriento en la vía pública”, en *El Diario*, 7 de julio de 1924, p. 10; “El juez de instrucción ordenó la remisión de tres personas acusadas de un hecho grave”, en *El Diario*, 8 de enero de 1929, p. 10; “Opinando”, en *El Diario*, 29 de octubre de 1928, p. 8; “La policía aún busca entre sombras a los evadidos de la penitenciaría”, en *El Diario*, 24 de marzo de 1931, p. 10 (**imagen 124**); “En el barrio ‘Puerto Rico’ hubo un hecho de sangre”, 11 de mayo de 1933, p. 7.

El peligro, sin embargo, no estaba circunscripto a los barrios bajos o a los arrabales. A consecuencia del rápido crecimiento de la población, toda la ciudad —incluidas las zonas céntricas y residenciales— pasó a ser un lugar más extraño que familiar, donde

sus convecinos de regulares y monótonas costumbres [ya no] se sonrían al encontrarse [ni] se asombran cuando en el trajín de los menesteres diarios se nota la ausencia de alguien, [a lo cual] se suma una nueva característica pintoresca: el forastero.

Detrás de cada esquina podía haber una amenaza, como comprobó Guillermo Fuentes cuando caminaba por la Avenida General Flores y casualmente se topó con Primitivo Parsiente, con quien estaba enemistado desde tiempo atrás; el mero encuentro “renovó la vieja cuestión pendiente” y como resultado Fuentes recibió cinco disparos. Mayor peligro entrañaban los “desconocidos”, potenciales “enemigos de la sociedad” en términos políticos (“los ácratas más o menos disimulados abundan en Montevideo”) pero también comunes:

el vendedor de cocaína se encuentra en el mozo de café de aspecto infeliz o en el elegante caballero que frecuenta círculos distinguidos [y] la mujer proxeneta está en la dama de porte aristocrático que requiere en la tienda el envío de sus compras por la graciosa “midinette” [...] o en la matrona de aires respetables [...] pero también en la comadre de barrio que esconde su enorme delantal a lunares blancos y azules.

Cuando en julio de 1923 un temporal destrozó las precarias viviendas de la calle Recinto y “una pobrísima mujer, muy entrada en años” se sentó en el zaguán de una de ellas “implorando compasión con sus suspiros”, una vecina debió advertir a quienes le estaban dando dinero: “¡es mentira, es mentira! No es de esta casa ni de este barrio. ¡Los está estafando!”. Cuando fue asaltada la casa del ministro plenipotenciario de España, Alfonso Danvila,

arriesgamos la sospecha de que [los autores del robo] son gente bien trajada, poseedora de cierta cultura necesaria para pasar inadvertidamente entre el elemento social que asiste a las reuniones de nuestros grandes hoteles. [...] El cómodo acceso de los turistas [provoca que] mezclados en esta corriente, como en río revuelto, se vuelquen en Montevideo [...] no pocos delincuentes [argentinos].

Eso lo sabía Albino Tamarini, el preso que tras fugar de la cárcel de Canelones tuvo la “audacia [de] venir a Montevideo, donde toda la Policía tenía su filiación y retrato” en lugar de escapar hacia el norte del país, como en otro momento hubiera indicado la lógica:

tomó el ferrocarril hacia Montevideo, descendiendo en Sayago. En este punto tomó un tranvía y en él vino a Montevideo. Por medio de un diario supo [de una] pensión [...] y allí se dirigió. Dijo llamarse Angelo Ferrauri y abonó diez días por adelanto de hospedaje. [...] Se paseó por Montevideo, entrando en algunos cafés del Puerto [y] usó lentes con el fin de desfigurar en algo su fisonomía.

No lo sabía, en cambio, Elena Mac Donald, una “púber y atolondrada” recién llegada a Buenos Aires desde un pueblo de provincia —daría lo mismo si hubiera venido a Montevideo— que “caminó a pasos vacilantes por esas calles de la gran metrópoli que son en verdad un infierno de ruidos y febricencias” y se topó con un “apuesto mancebo” que le juró amor a primera vista; cuando quiso acordar, de su cartera faltaba todo el dinero y es que “en este mundo no son los más malos los que aparentan serlo, sino los otros”. Esa verdad la comprobó también la “midinette” dibujada por Miciano en 1924: tras dejar caer su cartera en la calle para que el “simpático y tímido” joven que caminaba tras ella la levantara y sucediera la excusa para un flirteo, vió como él aprovechaba para robarla. Y de casos como estos se derivó la sospecha hacia cualquier desconocido que instaló la Policía tras el asalto al cambio Messina:

en cada manzana, los vecinos de antigua residencia deben controlar a los nuevos moradores. Toda sospecha debe ser comunicada de inmediato al representante de la autoridad más cercano. Todo individuo que haga vida irregular debe ser denunciado de inmediato a la autoridad. Todo desconocido —sea uruguayo o extranjero— debe ser denunciado a la Policía seccional. Cada individuo debe observar —sobre todo en los barrios suburbanos— la presencia de forasteros. En todos los casos la menor actitud sospechosa debe ser de inmediato comunicada a la Policía.

Si los montevidianos, ante este panorama, aún podían descansar, era porque la Policía “vela resguardando la tranquilidad colectiva [...] cuando la ciudad duerme”.²⁸⁵

²⁸⁵ “Sed de sangre. Continúa la mala racha”, en *El Diario*, 6 de agosto de 1923, p. 12; “Panorama urbano”, en *El Diario*, 27 de julio de 1923, p. 3; “La acción policial y las actividades de los ácratas”, en *El Diario*, 19 de marzo de 1931, p. 3; “Otras noticias de policía. Los enemigos de la sociedad. Una de las tantas mujeres que pasan sembrando el mal”, en *El Diario*, 13 de enero de 1929, p. 5; “Por la zona devastada”, en *El Diario*, 16 de julio de 1923, p. 3; “Al Ministro de España, Sr. Alfonso Dánvila, le robaron alhajas por valor de 20.000 pesos”, en *El Diario*, 10 de marzo de 1927, p. 5; “Albino Tamarini fue capturado anoche”, en *El Diario*, 17 de junio de 1926, p. 3; “Policía. El amor, las mujeres y las uñas”, en *El Diario*, 16 de julio de 1924, p. 10; Miciano, “Las



125

La ciudad se volvió extraña no solo por la creciente circulación de personas desconocidas, sino por el hecho de que muchas de ellas eran extranjeras. Esto no quiere decir que la inmigración haya sido generalmente rechazada. De hecho, el cronista que visitó el Alojamiento de Inmigrantes en 1923 encontró

sangre joven y optimista [...] que viene a fusionarse con la nuestra: el ejército de los siempre bienvenidos que llegan armados del poder [...] de la energía y del tesón: los que vienen a ayudar el progreso de nuestra riqueza y que aquí encuentran generosamente abiertos los brazos para ayudarlos, para protegerlos, a trueque de todo ese esfuerzo sano y vigoroso.

Pero avanzada la década y en particular desde comienzos de los años treinta —cuando la crisis económica se hizo sentir en Montevideo— la extranjería se fue volviendo un problema²⁸⁶:

es raro el vapor que llega de Europa que no deja su contingente de inmigrantes en nuestro puerto, que vienen a aumentar sin beneficio alguno para el país el número

apariencias engañan o inconvenientes graves del flirt callejero”, en *El Diario*, 20 de julio de 1924, portada (imagen 125); “Como debe colaborar nuestra población”, en *El Diario*, 28 de octubre de 1928, p. 8; “La policía busca aún entre sombras a los evadidos de la penitenciaría. Mientras la ciudad duerme”, en *El Diario*, 24 de marzo de 1931, p. 10. “Mientras la ciudad duerme” era el título de una sección del *Magazine policial*, revista bonaerense que en las décadas del veinte y treinta del siglo pasado fue clave en la configuración de un imaginario sobre las modalidades y efectos del delito en la ciudad moderna. El uso de la misma fórmula por parte de *El Diario* revela no sólo la circulación regional de informaciones sino también de imaginarios sociales (Lila Caimari, *Mientras la ciudad duerme...* op. cit., p. 203).

²⁸⁶ Dos abordajes sintéticos sobre el aumento de la xenofobia en Uruguay a fines de los años veinte y comienzos de los años treinta pueden encontrarse en: José Pedro Barrán, *Los conservadores uruguayos...*, op. cit., p. 133-134; Fernando Adrover, “Antisemitismo y xenofobia en los años treinta”, en Magdalena Broquetas, Gerardo Caetano, op cit. pp. 259-271.

de los desocupados que vagan por calles y plazas a la espera de algo que no aparece por ninguna parte.

Esa extranjería tuvo un sentido más afectivo o sentimental que legal: encarnaba *lo extraño* —en su comportamiento, en su manera de vestir, en la opacidad de sus pensamientos, en la sonoridad de su habla y en su aspecto físico— a la deseada identidad uruguaya. Para 1931 iba siendo hora de que las autoridades educativas fueran pensando

en la necesidad de que en nuestras escuelas se enseñe a hablar e “tcheco”, en “magyar”, en “polaco”, en “húngaro”, en “ruso”, en “rumano”, en “búlgaro”, en “bávaro”, en cualquier cosa que no sea el castellano. [...] La inmigración de gentes oriundas de Europa Central arrecia: estos días se han inscrito ciudadanos uruguayos que llevan los nombres de Sosenke, Jachinsky, Blavicky, Witkind, Fleishaker, Extract, Flojit, Starovieschinck, Kristinyack, Achún, Kalisky muchas docenas más que ostenta apellidos donde la ka juega un papel importante.

Y es que una cosa eran los “extranjeros de origen pero orientales de corazón” que habían llegado al país durante el siglo XIX y que “hablan nuestro idioma [y] practicaron nuestras costumbres” y otra esas “hormigas dañinas” o “ratas” que entonces se hacinaban de manera “estéril en la capital, en la promiscuidad antihigiénica de una pieza”, que “no hablan nuestro idioma, que no han formado un hogar, que no producen nada, que no implantan una industria ni señalan ningún progreso”. No tenían trabajo porque la crisis no se los permitía (“helos aquí mientras esperan el mendrugo de todos los días y la hora final, cansados ya de soñar y arrastrar su vida con la monotonía de un péndulo”) o porque le eran alérgicos: “repugna ver semejantes holgazanes bostezando de aburrimiento de no hacer nada, leyendo generalmente diarios de sus países, en su mayoría aconsejando el odio y propagandas subversivas dirigidas contra los poderes públicos”. O, si lo tenían, era a costa de los trabajadores locales (“no se puede admitir que se quiera ser generoso con los proletarios de afuera a costa de los trabajadores nacionales”), aunque su actividad principal era el comercio ambulante mediante el cual defraudaban impuestos y camuflaban “su verdadera profesión: proxenetas, expendedores de alcaloides”. Su masiva llegada implicaba, además, la “excesiva mezcla de razas”, extremo que debía evitarse porque significaba la incorporación de enfermos a la raza propia y eso “destruye la fisonomía de un país, aplasta [su] núcleo primitivo [...] formando una población tarada”. Este fue el tema de una conferencia dictada en 1931 por el doctor Atilio Gaggero en el Club Médico (“La inmigración como factor importante de nuestra higiene y nuestra eugenesia”) y prueba de ello fueron “los 130 pasajeros que pretendían

introducirse al país presentando síntomas evidentes de tracoma” en 1929 y la “gran cantidad de sirvientes atacados hasta de tuberculosis [que] en proporción elevada proceden del extranjero” detectados dos años antes. Esa mezcla también debía evitarse porque acarrearía el aumento del delito: en 1928, uno de cada tres presos era extranjero (vale la pena contrastar esta percepción con la del cronista que en 1923 visitó el Alojamiento de Inmigrantes: de las cuarenta mil personas que habían pasado por allí desde su fundación “no se ha registrado [...] uno solo que haya tenido que ver con la Justicia”) y es que entre los “brazos fuertes” siempre se colaban los “elementos perniciosos”. Desde comienzos de los años treinta, los primeros casi desaparecieron y sólo “logramos atraer [...] escuálidos vendedores de corbatas o derrengados fotógrafos al aire libre, matizados con algún que otro maleante o agitador”, por no hablar de los “tarados mentales” que profesaban la ideología anarquista o de las zonas de la ciudad donde tenía influencia el “comunismo criollo” debido a su “densidad de elemento extranjero”; de hecho, de los ochenta y siete detenidos por la Policía tras un paro general en 1932, sesenta y cinco “llevan la etiqueta de los más importantes obsequios que nos ha hecho la inmigración en los últimos años [y] la mitad son rusos y polacos (valga la diferencia)”.²⁸⁷



126

²⁸⁷ “Impresiones de una rápida visita al alojamiento de inmigrantes”, en *El Diario*, 21 de agosto de 1923, portada (**imagen 126**); “Una visita al alojamiento de inmigrantes. Sangre nueva para nuestro país”, en *El Diario*, 22 de agosto de 1923, p. 3; “Inmigración. ¿Para qué?”, en *El Diario*, 4 de julio de 1931, p. 3; “Nos cosmopolitizamos aceleradamente”, en *El Diario*, 29 de junio de 1931, p. 3; “Diablo Coágulo [Alfredo Rodó], “Retazos...”, en *El Diario*, 3 de diciembre de 1935, p. 16 (**imagen 127**); Francisco Eduardo Artucio, “Las nuevas invasiones I”, en *El Diario*, 12 de julio de 1931, p. 3; “El problema de la inmigración sigue sin resolverse”, en *El Diario*, 5 de marzo de 1931, p. 3; Francisco Eduardo Artucio, “Las nuevas invasiones II”, en *El Diario*, 16 de julio de 1931, p. 3; Francisco Eduardo Artucio, “Las nuevas invasiones III”, en *El Diario*, 26 de julio de 1931, p. 3; “La inmigración en Estados Unidos”, en *El Diario*, 15 de enero de 1930, p. 3; “La vivienda obrera. En la Sociedad de Higiene”, en *El Diario*, 19 de marzo de 1931, p. 3; “Sobre la inmigración indeseable”, en *El Diario*, 11 de marzo de 1931, p. 3; “La decadencia de las razas”, en *El Diario*, 29 de enero de 1929, p. 3; “El servicio doméstico. ¿No convendría oficializar su revisión médica?”, en *El Diario*, 16 de noviembre de 1927, p. 3; “Otra comprobación”, en *El Diario*, 10 de noviembre de 1928, p. 3; “La nota sensacional del día”, en *El Diario*, 9 de noviembre de 1928, p. 3; “El pseudo paro de mañana”, en *El Diario*, 31 de julio de 1931, p. 3.



Los elementos perniciosos de la extranjería encontraron en los gitanos y judíos su encarnación más precisa. Los primeros eran un pueblo de “harapientos, sucios, ladrones [y] caníbales” que

llegan a las patrias ajenas sin preocuparse de respetar sus leyes ni sus religiones. Viven solamente para ellos, en una comunidad que, en el fondo, no es otra cosa que una dolorosa y triste promiscuidad. [...] Van siempre en bandadas [y] se detienen cual las bestias a reposar [...]. Ganados unos dineros, vuelven a su vida andariega [...] sembrando la desconfianza y la curiosidad.

Un ejemplo de que Uruguay se estaba volviendo “un pueblo conquistado” era que Pocitos, la playa que hasta entonces era de los trabajadores (“la de aquellos que no disponen sino del tiempo estricto para la práctica del baño ni de otros recursos de movilización que los que ofrece el transporte colectivo”) empezaba a ser dominada por “un gran campamento de gitanos”. Aún más peligrosa fue la invasión judía. En Villa Muñoz, barrio que antaño se asemejaba al barrio latino de París, ahora

los ojos del montevideano estupefacto contemplan [...] judíos... judíos de Europa Central y judíos españoles, “Azkenazim” y “Sefaradies”, con sus perfiles clásicos y sus desgarradas siluetas, arrastrando [...] toda la indescifrable tragedia de la raza. [...] ¿De dónde salió esta evocación viviente de la judería clásica? Todo es judío. Desde el anciano zapatero que arrimó su banco al portal y hacen ya dos horas que inclinó su agobiada espalda sobre la mesita de labor, hasta la rueda de chiquillos de enrulada cabellera que están saltando en la esquina para hacer rabiarse a la señora que les grita: judíos, hijos de nadie... [...] Por Reus, esa calle diminuta que es como la Goz del barrio, véanse barbas de plata y narices aguileñas, denunciando el carácter exótico del vecindario. [...] ¿De dónde vienen los dueños de este comercio extraño a nuestras costumbres?²⁸⁸

La invasión no sería tan preocupante si no fuera porque detrás de las “creencias religiosas” había motivaciones políticas: las “turbas” que llegaban a Montevideo “tienen alguna otra misión que cumplir [...] recordemos el espionaje alemán antes de la guerra europea” y para detectar su origen bastaba prestar atención “a los apellidos de los componentes de la Migdal” (alusión a la red de proxenetismo judía que operaba en Buenos Aires) o simplemente asumir que se trataba de “los judíos de Moscú [que] forman células para producir huelgas [...] y elegir hombres para encomendarles la comisión de actos de terrorismo”. Su propensión a formar comunidades cerradas era un claro indicador de estas conspiraciones:

es curioso lo que ocurre entre esa gente. Se aíslan, se protegen mutuamente, hablan exclusivamente su idioma, practican sus costumbres y no ocultan la repulsión que sienten por nosotros. Parece que vienen a conquistar, su misión es de ruina, extraer de nuestras riquezas todo lo que es posible, arruinarnos paulatinamente y luego, cuando nos han hecho el mayor daño alzan el vuelo; son aves de paso, viven aquí transitoriamente; aves de rapiña que se llevan en sus garras, poco a poco, nuestro dinero.

Por eso no era extraño que en Alemania se les estuviera persiguiendo, ya que en los últimos años a ese país

²⁸⁸ Cabe señalar una percepción idéntica en el canto de la murga *La Cachada* durante el Carnaval de 1932, lo cual es una pista para acercarse a la popularidad de estas percepciones: “Es una vergüenza que en tierras uruguayas / mande más un ruso que el hijo de acá [...] Y vendrá el tiempo / que en vez de tener a Artigas / en la plaza Independencia / van a poner un judío / con un una barba hasta los pies”. Citado por Milita Alfaro, “Otras miradas sobre la crisis de los años 30. Aproximaciones a la articulación entre política y sociedad desde una fuente no tradicional”, en *IV Congreso de Historia Política*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, 2013. Agradezco el señalamiento de este texto a Mónica Marona.

entraron muchos judíos [...] que haciendo causa común con otros partidos de las izquierdas se apoderaron de puestos públicos en el gobierno, municipios, etc. [...] Muchos judíos eran leaders de los comunistas. Y es necesario tener en cuenta que para comprender el origen de la mal llamada campaña contra los judíos, que la mayoría de ellos no sentían en sí el espíritu de nacionalidad, sino que, por el contrario, desarrollaban su acción en un sentido puramente internacional, que, en este caso, iba abiertamente contra los intereses del país. [...] No se concibe en pleno siglo XX la persecución de los judíos por el hecho de haber negado la divinidad de Jesús. [...] Se ataca a las iglesias como organizaciones políticas. No se mata ni se persigue a nadie por sus creencias religiosas siempre que esas creencias religiosas no vayan contra la seguridad del Estado.

En todo caso, en Uruguay debía hacerse como en Sudáfrica, donde ningún extranjero podía pisar sin antes responder “si es blanco o de color y si es hebreo” y donde se consideraba que “los judíos [...] son por demás numerosos y por ello [se] restringe su admisión”.²⁸⁹



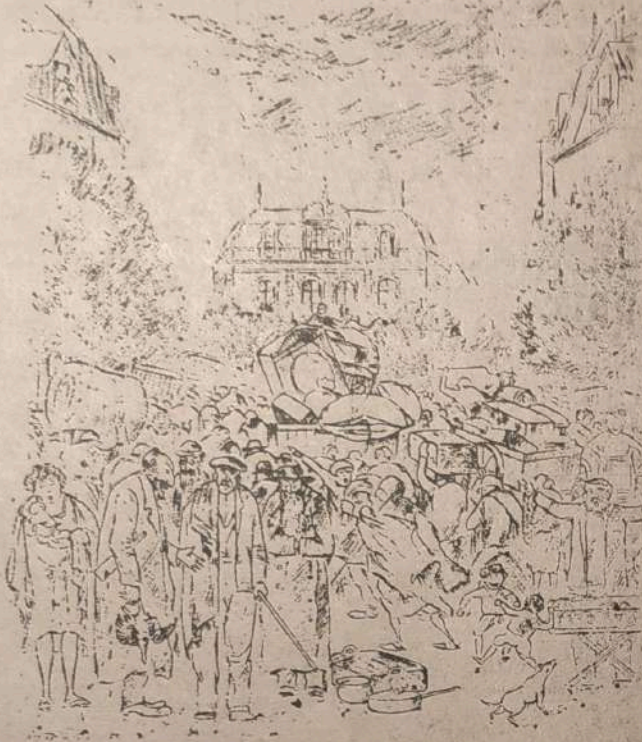
128

²⁸⁹ “Canibalismo gitano”, en *El Diario*, 4 de marzo de 1927, p. 3; “Las tribus de gitanos ponen la nota de colorido en la ciudad”, en *El Diario*, 25 de abril de 1933, p. 14; “Pocitos, meca de la incivilidad”, en *El Diario*, 28 de diciembre de 1934, p. 3; Francisco Eduardo Artucio, “Las nuevas invasiones II”, en *El Diario*, 16 de julio de 1931, p. 3; Francisco Eduardo Artucio, “Las nuevas invasiones III”, en *El Diario*, 26 de julio de 1931, p. 3; “El peligro soviético en nuestro país”, en *El Diario*, 4 de febrero de 1932; “De la campaña antijudía en Alemania: las fuerzas de asalto imponen el boycot”, en *El Diario*, 25 de abril de 1933, portada (**imagen 128**); Kim [texto] y Alfredo Berta [ilustraciones], “Escenas del barrio judío”, en *El Diario*, 1 de febrero de 1932, p. 3 (**imagen 129**); “Contra el comunismo, no contra los judíos, es la campaña hitlerista”, en *El Diario*, 20 de abril de 1933, p. 3; “Hitler y los judíos”, en *El Diario*, 28 de marzo de 1931, p. 3; “La inmigración en Sudáfrica”, en *El Diario*, 30 de junio de 1931, p. 3. Sobre la red de traficantes de mujeres Zwi Migdal, ver: Ivette Trochon, *Las mercenarias del amor. Prostitución y modernidad en el Uruguay (1880-1932)*, Montevideo, Taurus, 2003, p. 101.

ESCENAS DEL BARRIO JUDIO

EN PLENO "GHETO" MONTEVIDEANO. — LAS BARBAS DE PLATA DE LA CALLE EMILIO REUS

(ILUSTRACIONES DEL PRESTIGIOSO ARTISTA ALFREDO BERTA)



Escenas populares de Villa Muñoz. — La judería

Está amaneciendo... A través de las calles comienza a extenderse la difusa claridad del alba. Las puertas entreabiertas dejan penetrar apenas los medrosos rayos de luz... Villa Muñoz adormecida, en esa hora en que termina su vida nocturna y empieza la jornada del día, apenas si se muestra en los grupos de obreros que con paso rápido se dirigen hacia Justicia... Emilio Reus, Porongos, Aramburú, Blandengues, Arenal Grande, Inca, Guayirú, todas las calles despiertan pausadamente; pero este barrio, que hacia soñar a los adolescentes de Secundaria con el "Quartier Latin", ahora se muestra con una fisonomía distinta. ¿Donde están aquellas escenas de la vida bonemontevidenseana?

Judíos... Judíos de la Europa Central y judíos españoles, "Askenazim" y "Sefaradies", con sus perfiles clásicos y sus desgarradas siluetas, arrastrando a

través del encanto de Villa Muñoz toda la indescribible tragedia de la raza. Adelanta la mañana. Bajo el sol de Estio los grises de las viejas fincas se aclaran, los umbrales se tornan más hospitalarios, y las miradas resbalan más tranquilas al interior de los abigarrados patios.

¿De dónde salió esta evocación viviente de la Judería clásica?

Todo es judío. Desde el anciano zapatero que arrimo su banco al portal y hacen ya dos horas que inclina su agobiada espalda sobre la mesita de labor, hasta la rueda de chiquillos de enredada cabellera que están saltando en la esquina para hacer rabiar a la señora que les grita: judíos, hijos de nadie...

Terrible estigma! Los hijos de nadie, Errantes sobre la tierra, sin patria, desterrados de sus antiguos hogares, han de ambular por estas tierras de América, estimulando en la vida en común — a modo de "gheto" — la angustia de

vivir lejos de la tierra... Los comercios de Villa Muñoz — del Barrio Reus, como dicen los antiguos vecinos — son la caratula de este curioso barrio judío enclavado en el corazón mismo de la ciudad. Por Reus, esa calle diminuta que es como la Gota del barrio, véase barbas de plata y narices aguileñas, denunciando el carácter exótico del vecindario. ¿Este negocio de alfombras? ¿Esta sastrería en un cuarto de tres por dos? ¿Estas lozas y



Un judío haciendo economía de riendas...

botijos de barro cocido? ¿De donde vinieron los dueños de este comercio extraño a nuestras costumbres?

Quando la tarde cae y hacia la plazoleta de Arenal Grande y Aramburú convergen los vecinos del "gheto", entonces el barrio tiene su verdadera hora judía. Las sombras, esfumadas por la penumbra, parecen dibujos de Goya, y los ojos del montevidensean estupefacto contemplan asombrados el desfile de las barbas de plata...

KLM.



El tipo de judío que caracteriza el barrio

3.5 La muerte de la "mediocracia"

Si el mundo tal como era conocido había dejado de funcionar durante la guerra y si eso era verificable con solo asistir al espectáculo que ofrecían las calles de Montevideo, el orden político que Occidente se había dado para gobernarlo debía cambiar. Cinco días antes del golpe de Estado que en Uruguay llevaría a los hechos esta idea, *El Diario* afirmó que

una doctrina muere cuando no se adapta a las realidades de cada ambiente y cada época. Es imposible que las instituciones vivan si no están en perfecta armonía con los incontenibles anhelos de los pueblos [y] nadie, en efecto, podrá negar que el mundo se halla próximo a entrar en una nueva era de la historia.

Esa doctrina caduca se resumía en la palabra *democracia*, que “no tiene ya entre nosotros ningún significado a fuerza de haberla usado para lo que no convenía”. Su crisis se explicaba, primero, porque en todas partes “el pueblo se confiesa incapaz de gobernar [y] empieza a cundir la duda sobre la eficacia de la labor colectiva”. Durante la guerra “las masas se disciplinaron en la obediencia y ahora en la paz siguen ciegas a los hombres-ídolos”. La supresión de la representación proporcional en Italia, en 1923, había sido el primer paso de una idea que estaba derramando “en todos los países, [donde] se empieza a combatir a los demagogos o a los hombres que de buena fé creen en las ventajas de la mediocracia” y calando incluso entre los trabajadores uruguayos, quienes ante la disyuntiva de que el gobierno mejorase el presupuesto de la Corte Electoral o el de la Policía, no tenían dudas sobre la opción correcta:

unos cientos de votos bien o mal emitidos solo pueden preocupar a un grupo social muy reducido. [...] Al pueblo propiamente dicho, al que trabaja toda la jornada, le es perfectamente indiferente. [...] En cambio, una policía bien organizada permite trabajar sin riesgos y dormir tranquilos a un millón de habitantes del país.²⁹⁰

La indiferencia de las “muchedumbres” no era obstáculo para que la democracia les diera unos derechos políticos que, además, no sabían ejercer, como lo demostraba el sostenido predominio batllista en las elecciones: “¡y pensar que a estos paladines de un trasnochado ‘internacionalismo’, el pueblo incauto y trabajador les confía su mayor representación!”. Las versiones más explícitas de este planteo sostenían que “hay que desarrollar en el espíritu popular la idea de que no se tiene siempre razón porque sean muchas las personas que piensen la misma cosa” y las más radicales identificaban a la “masa prostituída” con “el público de la democracia”. La Plaza Constitución, personificada a los efectos de narrar en primera persona el “ahogo” al que la sometía la época (edificios gigantes a su alrededor y taxis “malolientes”

²⁹⁰ “De la actualidad internacional. La crisis de la democracia”, *El Diario*, 26 de marzo de 1933, p. 3; “Manifiesto del General Uriburu. ‘Entre el fascismo italiano y el comunismo ruso y vergonzante de los partidos llamados izquierdistas, la elección no es difícil’”, en *El Diario*, 19 de febrero de 1932, p. 10; “Del momento. El culto a los hombres”, en *El Diario*, 22 de julio de 1923, p. 3; “¿La idea avanza?”, en *El Diario*, 17 de agosto de 1923, p. 3; “La crisis de la democracia”, en *El Diario*, 26 de marzo de 1933; “Reorganización policial y profesionalismo electoral”, en *El Diario*, 12 de noviembre de 1928, p. 3.

contra sus veredas) auguraba irónicamente un futuro donde las muchedumbres gobernarían de manera directa:

todas las mañanas me cruzan nueve gobernantes, lo que me tiene un poco orgullosa, y varias docenas de legisladores. Si esto sigue, y aquí permitidme una predicción, confidente lector, espero que en el año 2000 el pasaje de los gobernadores por mis veredas sea un espectáculo semejante a una manifestación.²⁹¹

El problema de la democracia no se limitaba a sus perniciosos efectos en términos de gobierno. El “afán muy criollo de democratizar todo” implicaba una ruptura de las jerarquías naturales —o por lo menos de las sancionadas por la experiencia— que organizaban el vínculo entre las personas. El origen del mal podía rastrearse hasta la Revolución Francesa, cuando Occidente había concebido la idea de que el hombre tenía derechos, pero ese “microbio, transformado y adaptado en la actualidad a los ensueños de cada uno” seguía incitando “a la grey [con] el propósito de ascender un tramo en la indefinida escala del mejoramiento social y económico” hasta el punto de que incluso los monaguillos habían aprendido a declararse en huelga para obtener un porcentaje mayor de las propinas que los fieles dejaban en las iglesias, los presos invocaban razones “democráticas, igualitarias y justas” para oponerse a los reglamentos carcelarios y los hinchas de fútbol se creían con derecho a silbar a insultar a los jugadores pese a haber entrado al estadio sin pagar entrada:

el pueblo ha empujado su democracia de abajo arriba y traído a la superficie sus manotones primitivos y sencillos y sus gestos ora ingenuos y abiertos, como dictados por la conciencia infantil, ora desfachatados y cínicos. [...] Olvida que nada pagó por el espectáculo.²⁹²

²⁹¹ “Como encara el batllismo el problema de la inmigración indeseable”, en *El Diario*, 7 de julio de 1931, p. 3; “Gobiernos teóricos y gobiernos prácticos”, en *El Diario*, 9 de mayo de 1933, p. 3; “Apostillas al atentado contra Terra”, en *El Diario*, 7 de julio de 1933, p. 3; “Soliloquio de las plazas. La de la Constitución”, en *El Diario*, 14 de agosto de 1923, p. 3. La percepción sobre el exceso de gobernantes iba a acompañada de la del exceso de elecciones: la constitución de 1917 había impuesto elecciones presidenciales cada cuatro años, de diputados cada tres y de un tercio del Senado y del Consejo Nacional de Gobierno cada dos, lo cual implicaba que casi todos los años hubiera alguna elección nacional (José Pedro Barrán, *Los conservadores uruguayos...*, op. cit. p. 119).

²⁹² “La seguridad en el tránsito”, en *El Diario*, 26 de enero de 1930, p. 3; Galf [Horacio Abadie Santos]; “Signos del tiempo”, en *El Diario*, 10 de julio de 1931, p. 3; “Nada de ‘barriga en tierra’”, en *El Diario*, 18 de marzo de 1931, p. 3; “El dictamen democrático”, en *El Diario*, 16 de julio de 1931, p. 8 (**imagen 130**).

EL DICTAMEN DEMOCRATICO

Contra la democracia de Platón, el griego filósofo de la Grecia de los pensadores serenos y los atletas cordiales, el pueblo, sentimental con el corazón sensible a las emociones de la vida, pero de una filosofía positivista cuando regula sus actos materiales; contra la democracia de Platón, el pueblo ha empujado su democracia de abajo arriba y traído a la superficie sus manotones primitivos y sencillos y sus gestos ora ingenuos y abiertos, como dictados por la conciencia infantil, ora desfachados y cínicos, sin la estilización cínica de Diógenes

Aquí está la selección democrática, en función espiritual que la honra; aquí está en el Estado Cente-

en la insistencia terca con que desarrolla la engañosa teoría de ganar en el juego; uno olvida que nada pagó por el espectáculo y el otro que su misión fundamental en el circo de cemento, es su habilidosa administración del azar: ambos, junto al otro que forma en la boletería, como cualquier cristiano, entregan su corazón y su conciencia al balón que rebota en la cancha y, cuando la técnica languidece y muere, cuando los tipos juegan la guinda a pantalonzos, cuando los que no tienen clase, ni corazón, ni riñones, se entregan sin un esfuerzo al pesto del contrario, juntos los tres, los tres estetas que identifican en la conciencia de la intransigencia artística, se acercan encendidos y trémulos al alambrado



nario tras el alambrado olímpico que creó la inquietud fantaseada de los concurrentes argentinos al torneo mundial de football; aquí están en plena conciencia de su posición espiritual, soltando al viento la estridencia de su juicio crítico, silbado con los dedos en la boca, en la rebeldía sinfónica de estetas insatisfechos... Nosotros hemos querido documentar la conciencia artística y la liberación del prejuicio de esta selección popular: uno de los tipos no considera, ni tiene porque hacerlo, que hace breves instantes tuvo que derrochar todas sus reservas estratégicas y heroicas para burlar el contralor de porteros y fiscales, para entrar a la cancha como siempre, libre de porte, y el otro, el que descansa la mentira ilusoria de su cartón de lotería, con que quita la paciencia de los rebeldes y los níqueles de los fáciles,

olímpico, llevan con gesto heroico los dedos a la boca y lanzan a la trasmisión de las ondas la estridencia de su supremo desprecio por la claudicación o por el engaño de una capacidad simulada.

Es el inalienable derecho a la exteriorización crítica, que ha hecho carne en la conciencia popular que empuja la acción de conquistas de la democracia, de abajo arriba.

Busca el alambrado, lleva los dedos a la boca y silba su dictamen recriminatorio. Si acaso, el accidente de una gruesa interjección de cuando en cuando: eso es todo.

¿Y para esto la inquietud maquiavélica del doctor Rouquette levantó la afrenta del alambrado olímpico? Dése por silbado, doctor!...

130

La democracia también acarrea una “nueva sensibilidad” en relación a la idea de libertad, según la cual todo el mundo tenía derechos pero no deberes ni responsabilidades:

¡la libertad! ¡Todas las libertades públicas! Las que corresponden y las que no corresponden. Nada de tiranías, nada de deberes, nada de voluntades singulares por encima de la muestra. Colegiados los gobiernos y las direcciones de los servicios, nadie nos dirige, ni nos controla, ni los vigila: luego, somos libres.

En Uruguay había:

libertad de pensamiento [...] en haras del disparate; libertad de palabra, hasta la insolencia; libertad de acción, que legitima el delito; libertad de conciencia, hasta la fe nihilista; libertad de contratación, también para los proxenetas; libertad electoral, para yugoslavos, checoslovacos, lituanos, fueguinos y emigrantes de Nueva Caledonia.

Los decretos presidenciales que en marzo y junio de 1931 impulsaron el ingreso de negros y mujeres a la Policía demostraban que

¡la nueva sensibilidad todo lo invade! [...] Hasta la Policía, que parecía ser el organismo más inmunizado contra las infiltraciones pintorescas, ha debido pagar tributo a las veleidades de la hora. Primero fue la reparación ‘negresque’ [...] y finalmente [...] se nos brinda, como una flor, la iniciativa de implantar en esta divertida capital un cuerpo de Policía femenina.

Los jóvenes —en particular los universitarios— eran los principales cultores de ese snobismo:

cierta juventud ha dado en la flor de posar en actitud proletaria. Plantea reivindicaciones incomprensibles, invoca derechos, se erige en defensora de las libertades públicas. [...] Su majestad el estudiante [...] desea más libertad, menos trabas, más favores, [pero] no tiene ningún deber.

Típico representante de esta juventud era el imaginario Deolindo de la Perilla, que muy livianamente decía a quien quisiera escucharlo: “a mi denme democracia directa, nuevas ideologías, reformas legales, una vida nueva, fecunda, dichosa, sin trabas”. Y la consecuencia de este régimen sería un mundo donde todos reclamarían cosas por las que nadie estaría dispuesto a trabajar:

día llegará en que el hombre-radio-avión forme enjambre zumbando [...] como gigantescos zánganos [...]. El ideal democrático-americano será culminado precisamente en ese día: la especie se nutrirá con la miel, aunque no haya quienes la elaboren. ¡Todos seremos felices!²⁹³

²⁹³ “Verdades del barquero. La bandera del navío”, en *El Diario*, 30 de octubre de 1932, p. 3; ; Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. Un escudo arcaico”, en *El Diario*, 9 de julio de 1930, p. 3; “Ante la implantación de la policía femenina”; en *El Diario*, 1 de julio de 1931; Fray Martín, “Su majestad, el estudiante”, en *El Diario*, 13 de julio de 1933, p. 3; Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. Niños coperos”, en *El Diario*, 13 de julio de 1930; Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. La sociedad del porvenir”, en *El Diario*, 20 de julio de 1931, p. 3.

Un correlato del exceso de derechos y libertades era el exceso de voces y promesas. Montevideo estaba enfermera de “conferencitis” porque cualquiera se sentía con el derecho a hablar y a exigir que lo escucharan:

antes faltaban en Montevideo conferencistas. Hoy [...] desde la garrapata hasta el Dante, pasando por los servicios públicos y la enseñanza, los picachos blancos de los Andes y la monotonía de la vida apacible de Montevideo, todos los temas han desfilado.

En la democracia prosperaba “cualquier muchacho que tenga facilidad de palabra”; se vivía la era “de los charlatanes”; el principal problema de los países de América era “el vicio declamatorio, [...] la irritante fatiga de las palabras [...] el derroche de oratoria”. El pueblo se preguntaba

¿Qué fueron aquellos fantásticos puentes

que en un solo día, construyó la mente

de los diputados

electroactivados,

por el brillo augusto de treinta millones

y la cercanía... de las elecciones?

y el candidato bien podía responder que el puente estaba por llegar y que, si no había necesidad de él, primero construiría un río.²⁹⁴

²⁹⁴ “Conferencitis”, en *El Diario*, 20 de julio de 1923, p. 3; “Poker de ases”, en *El Diario*, 14 de mayo de 1933, p. 3; “El peligro de no hacer nada”, en *El Diario*, 14 de mayo de 1933, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], *La solfa del día. Desolación millonaria*, en *El Diario*, 19 de junio de 1926, p. 3; Bagaria, “Propaganda electoral”, en *El Diario*, 10 de enero de 1929, p. 10; “Lo que conseguirían todos los conferencistas con que se nos amenaza si siguieran este ejemplo”, en *El Diario*, 22 de enero de 1924, portada (**imagen 131**). Cabe señalar lo extendido de esta percepción en las sensibilidades conservadoras y su vínculo —naturalmente omitido por *El Diario*— con el auge de la prensa de masas. En sus memorias, publicadas en 1957, el diplomático uruguayo Luis Azarola Gil lamentó la “hipertrofia del yo” típica de su época: “Esta propagación de habladores en público ha sido paralela a la difusión de la prensa. El enorme desarrollo de la industria y la multiplicación de los anuncios comerciales que son su derivado, al aumentar las entradas y recursos de las empresas periodísticas, han permitido a éstas acrecer sus columnas de información local y extranjera y ampliar sus servicios, estimulando el interés del público lector; las actividades deportivas, sociales y culturales son reflejadas en grado máximo y sin contralor ético, de modo que la crónica abunda en elogios y adjetivos al divulgar los actos de la víspera y los protagonistas de esos actos, trátese de boxeadores o de discursantes. La fotografía de un estafador apesado por la policía aparece junto a la de un conferencista. Cualquier suelto informativo convierte a un latero en un tribuno y a un tipo anónimo en una personalidad. Lo que ha sido para un verdadero artista, un hombre de ciencia o de letras, todo un proceso de largos años de labor silenciosa, lo consigue un improvisado o un arribista mediante la cooperación de la publicidad hábilmente dirigida. De ahí la proliferación de los oradores cuya vaciedad escalofriante no es óbice a



131

Contra el origen etimológico del término y las pretensiones de los “sensibles” y “charlatanes”, la democracia era contraria a los intereses populares porque tendía a “la formación de castas o familias políticas [que] reciben el oro y la vida de la nación entera”. De un lado, entonces, había una clase privilegiada hecha de burócratas y políticos profesionales y del otro un pueblo que la mantenía con el sudor de su frente. Quizá el perfil de los estudiantes universitarios que en julio de 1933 protestaron contra el gobierno de Gabriel Terra sea la mejor imagen de ese conflicto:

esa juventud universitaria [...] lejos de constituir una clase oprimida, explotada, inmolada, integra una casta, que goza de privilegios. Los visten, calzan y alimentan sus padres, a menudo con el sacrificio de sus hermanas. La Universidad les regala profesores [...] y el pueblo, en tanto, reúne penosamente dos millones largos de pesos, año tras año, para costear ese regalo fastuoso. [...] Sus años liceales transcurren mientras el viejo trabaja, la mamá lucha diariamente por arrancarlos del tibio lecho y las muchachas le planchan la ropa, les sirven el desayuno y les ponen en limpio los apuntes de clase. Entran a cursar preparatorios. Nuevo regalo del pueblo por intermedio de la pródiga Universidad. Maestros selectos, libros gratis, abono tranviario a mitad de precio: el pueblo paga. [...] Los menos de esa multitud adquieren una capacidad si la vanidad no los malogra. Los más derivan hacia la burocracia oscura.

Como los indígenas de la Melanesia con los funcionarios británicos que los explotaban, el pueblo uruguayo debía practicar la antropofagia con sus políticos y burócratas:

en este país, si nos decidiéramos a almorzar a unos cuantos políticos y a una cierta cantidad de diputados departamentales, el pueblo se repondría, ganaría en libertad

su popularidad. La influencia de las letras de molde, de las fotografías en poses académicas y de los elogios complacientes, levanta el pedestal de los adocenados. Millares de reputaciones se han alcanzado por esos medios” (Luis Azarola Gil, *Ayer: 1882-1852*, Montevideo, Edición de Lausana, 1953, p. 27).

y gordura. [...] Comámonos de una vez a los recaudadores, a los creadores de exacciones, en fin a los que nos limitan la libertad de trabajo.²⁹⁵

Esta lectura no se limitó a *la democracia* como abstracción o problema filosófico. Por el contrario, derramó sobre las instituciones que estaban más asociados a ella: los órganos ejecutivos colegiados y —aunque en menor medida— los parlamentos nacionales y departamentales, organismos que encarnaban la pretensión de que la toma autorizada de decisiones debía realizarse solo después de que un grupo de personas representativo de los más variados espectros sociales, políticos e ideológicos hubiera realizado profundos análisis y obtenido soluciones de consenso. La aplicación de esta idea redundaba en ámbitos de discusión bizantina donde nadie se hacía responsable de nada:

dos horas largas estuvo sesionando anoche la nueva Asamblea Representativa de Montevideo. [...] De diez de la noche hasta pasadas las doce, gran debate, vulgo, cháchara. [...] Nadie quedó sin hablar, lo que casi equivale a decir que todo el mundo quedó aturdido. [...] Discursos en el órgano ejecutivo de nuestra admirable administración edilicia, más discursos aún, como es de cajón, en su órgano deliberante, mantendrán a flote los prestigios de la gran industria nacional del jarabe de pico.

Ante la crisis económica que asolaba al país a comienzos de la década del treinta era natural que las “fuerzas vivas” apelaran a la intervención de Presidente de la República, porque “¿quién se va a dirigir, en estos momentos supremos, al Colegiado, que nadie sabe lo que piensa, ni lo que quiere, ni si realmente piensa y quiere algo? ¿Y quién al Poder Legislativo, convertido en una tribuna de propaganda política?”²⁹⁶

Otra prueba de ese fracaso era el calamitoso estado de Montevideo, en todos sus órdenes. Su poder ejecutivo colegiado —asimilado habitualmente a un órgano deliberante— era un régimen siempre endeudado que nunca pagaba en fecha a sus proveedores y que multiplicaba a sus funcionarios a cambio de favores electorales; por eso, al intendente de una ciudad extranjera que lo elogió se le respondió que “si desea imitar esto, hagalo, pero primero busque forma de ‘colegiadizarse’ para eludir la responsabilidad consiguiente”. Los “elegantes carrromatos municipales” donde se recogía la basura propagaban mal olor y enfermedades

²⁹⁵ “El peligro de no hacer nada”, en *El Diario*, 14 de mayo de 1933, p. 3; “Fray Martín, “Su majestad, el estudiante”, en *El Diario*, 13 de julio de 1933, p. 3, “Maese Nicolás”, en *El Diario*, “Charlas de un hortera. El canibalismo”, en *El Diario*, 17 de noviembre de 1927, p. 3.

²⁹⁶ “Filosofía de un gesto desesperado. Por qué el Comité de Vigilancia Económica se ha dirigido al Presidente de la República”, en *El Diario*, 27 de octubre de 1931, p. 3.

porque pasaban al mediodía, justo cuando más gente estaba circulando. Algunas calles eran barriales porque las cuadrillas municipales cavaban la tierra para futuros árboles que nunca se plantaban, otras estaban pavimentadas solo a medias porque “a medias [...] parece ser característica de las obras municipales” o tan sucias que su limpieza parecía depender de “la buena voluntad de los perros vagabundos”; de noche, la mayoría eran “bocas de lobo” porque el gobierno no encendía la mitad del alumbrado público para ahorrar dinero y financiar su “plan de gastos suntuarios”. Cualquier terreno que no estuviese cercado era candidato a transformarse en basurero porque la “desidia” de los inspectores municipales impedía fiscalizaciones y algunos que debían haber sido usados para parques públicos se habían transformado en depósitos de adoquines. Los choferes de ómnibus fumaban y viajaban “rodeados de amigotes y en medio de una farra corrida” merced a la “tolerancia politiquera” de las autoridades municipales. Si Montevideo carecía de agua potable era porque el Consejo Nacional de Gobierno, en lugar de resolver el problema, se enfrascaba “en el clásico cambio de ideas [...] que no cristalizará jamás en el oportuno decreto”. Incluso el Carnaval agonizaba año tras año a causa de la pretensión estatal de “monopolizar la alegría” organizando costosos y aburridos desfiles a cargo de la burocrática Comisión Municipal de Fiestas:

lento va el cortejo

lento y tristemente

como el de las víctimas de la inquisición!

Momo va en el medio

los miembros inertes,

perdiendo la vida,

bajo la asistencia de la comisión!

Si de nada esto daban testimonio los turistas y visitantes era porque solo tenían “oportunidad de ver [...] aquellos [lugares de la ciudad] en que se han acentuado las preocupaciones externas de la estética”.²⁹⁷

²⁹⁷ “San Salvador y nosotros”, *El Diario*, 26 de julio de 1924, p. 3; “Bellezas urbanas”, en *El Diario*, 21 de julio de 1923, p. 3; “La queja de siempre”, en *El Diario*, 8 de marzo de 1931, p. 3; “¡Señores municipales!”, en *El Diario*, 29 de julio de 1923, p. 3; “Aspectos de la ‘Tacita de Plata’”, en *El Diario*, 31 de julio de 1925, p. 3 (**imagen 132**); “De nuevo en las sombras”, en *El Diario*, 21 de agosto de 1925, p. 3; “Bellezas edilicias. Calles cortadas y terrenos baldíos”, en *El Diario*, 8 de junio de 1926, p. 3; “Autobuseras y tranviarias”, en *El Diario*, 18 de noviembre de 1928, p. 3; “Acqua Chetta”, en *El Diario*, 10 de julio de 1924, p. 3; “Ideas y observaciones



132



133

El colegiado municipal no solo no resolvía los problemas sino que daba cobijo a una masa inútil de empleados y obreros solventada por los impuestos que pagaba el pueblo trabajador. Cuando Pocitos se llenó de ratas debido a las obras de saneamiento y los vecinos llenaron de denuncias a la Dirección de Salubridad de Montevideo se empezó a repetir el siguiente procedimiento:

un inspector acude al llamado de los interesados, pero, al comprobar que las ratas son muchas y que resulta difícil localizar sus cuevas y por tanto, combatirlos [...] se retira, después de expresar con evidente pesimismo que va a mandar a algunos peones “para ver si pueden hacer algo”. Lo peor del caso es que, aún cuando se prevee que la acción de los peones va a ser nula, pues solo se concentrarán a hacer lo mismo que hacían los vecinos, los tales peones son esperados en vano, pues generalmente, no aparecen.

Cientos de obreros municipales “no tienen ocupación ni destino y [...] limitan sus actividades a cobrar mensualmente sus haberes”; su existencia encarnaba la máxima de que “los vivos viven de los zonzos y los zonzos de su trabajo”; cuando finalmente hacían algo lo hacían de manera tan lenta que al quedar registrados en una película de cine aparecían congelados como en una foto fija y, por si fuera poco, gozaban de un régimen de licencias tan amplio que aquellos con quince años de servicio podían pedir hasta ciento cincuenta días anuales por

ajenas. El fracaso de los corsos”, en *El Diario*, 21 de febrero de 1926, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “La solfa del día. Poporón, poporón, po... po... rón ¡pon pon!”; en *El Diario*, 21 de febrero de 1926, p. 3; “Sin compostura”, en *El Diario*, 20 de febrero de 1926, p. 3; “Algunas de las bellezas edilicias de Montevideo”, en *El Diario*, 12 de marzo de 1927, portada (imagen 133).

enfermedad: “¡qué crueldad la de la comuna! Mire usted que no permitirle descansar más que medio año a sus empleados”.²⁹⁸



134

Si el colegiado encarnaba el fracaso de la democracia, el batllismo era el culpable. A los vagos les ofrecía cada vez más prebendas: era sabido de cualquiera “que ocho horas es lo menos que pueda trabajar un hombre honrado”, pero para el concejal César Batlle Pacheco los empleados municipales “debían trabajar no más que medio día”; su moción a favor de la instalación de árboles frutales en las calles de Montevideo fomentaba la idea de que no era necesario trabajar para vivir, como probaba la imaginaria conversación de dos montevideanos debajo de un manzano:

—Pero... ¿por qué dejaste el empleo?

—¿Y pa qué lo necesito? Ahora, mirá, cuando suenan las doce me vengo a la esquina de casa y... mejor que el restaurant...

Y a tal punto se había normalizado esa cultura que hasta los “desocupados permanentes”, esos montevideanos que vagaban por las calles sin nada para hacer, se creían con derecho a pedir

que se nos dé el lugar que nos corresponde. Que se nos declare monumento edilicio, animales de utilidad pública [...] que se nos preserve, se nos mantenga y se nos conserve! [...] sin nosotros, cómo se van a justificar los cientos de bancos que se han puesto en la rambla sur?

²⁹⁸ “Invasión de ratas. En el radio sud-este de Pocitos”, en *El Diario*, 7 de enero de 1929, p. 3; “Obrero municipal en plena acción visto a través de la cámara cinematográfica”, en *El Diario*, 3 de junio de 1926, portada (**imagen 134**); “De nuevo en las sombras”, en *El Diario*, 21 de agosto de 1925, p. 3; “Al margen de la labor municipal”, en *El Diario*, 19 de marzo de 1927, p. 7.

Por razones parecidas “los vendedores ambulantes de corbatas” (o sea, los inmigrantes) “votan por el batllismo”: apenas llegados al país se amuchaban en las oficinas de la Corte Electoral para nacionalizarse y obtener el derecho al voto que les permitiría obtener un empleo público o invocar sus derechos en caso de detención policial:

los rusos, kurdos, lituanos, checos, serbios, croatas y eslovenos que se han incorporado [...] al acervo demográfico nacional ya no invocan en presencia de las autoridades su calidad de “arquintinos”, sino que, sabiéndose en la banda oriental, prefieren declarar para que la policía les perdone sus pecados: “Mi, estar batllista...”.

Para cualquier inútil tenía guardado un empleo público siempre que a cambio diera su voto, como aquel que se presentó a un concurso “tan fresco y sin saber nada” pero con “una recomendación de la [lista] catorce”. Y a todos los empleados públicos, independientemente de a quien votaran antes de serlo, los convertía después en fieles militantes de su “secta”:

todos los dirigentes del oficialismo los colmaban de bienes y de esperanzas. Eran los beneméritos servidores del Estado, se organizaban en ‘clubs’ y comités, salían a la calle a pedir el colegiado, vitoreaban candidaturas eventuales, adoptaban membretes colectivos que destacaban sus cívicos servicios, muchos gozaban de licencias para organizar las batallas dominicales contra los que condenaban los extravíos oficialistas, su número no era nunca bastante y crecían en cantidad, al mismo tiempo que en consideraciones... ¿Qué hubiera sido de tanto clamoroso mitin como veíamos de día y de noche, sin las actividades y los entusiasmos de esos millares de funcionarios públicos, más o menos espontáneamente regimentados para llevar a la meta el ideal, para brindarle a la República la panacea del Colegiado?

A los hombres que producían (el “industrial, el comerciante, el agricultor y el ganadero”) los usaba como bueyes para la carga de instituciones inútiles y de un presupuesto nacional frondoso como un árbol. Y la consecuencia natural de todo esto era la perversión de aquellos que tenían en sus manos el futuro del país:

la enfermiza seducción que ejerce en nuestra juventud la perspectiva de conseguir un empleo público [aborda la aparición] de voluntades acometedoras, de hombres

podía resumirse en el nombre de la carbonería que los anarquistas usaron como fachada para cavar el túnel mediante el cual escaparon de la cárcel de Punta Carretas en marzo de 1931:

en su ambigüedad de frase en nominativo, “el buen trato” lo mismo podía significar el que recibieran de ellos sus clientes, que el que ellos mismos recibían del país. [...] Es así verosímil que [...] no fuese una muestra de comercio, sino una muestra de agradecimiento a la generosa libertad republicana que sin entrometerse en sus vidas interlopes, les permitía disimular entre el negro carbón sus oscuros designios.

Mediante sus mayorías en el Consejo Nacional de Administración, el batllismo impedía la conformación de una policía motivada y apta para enfrentar las formas modernas del delito. Si aumentaba el sueldo de los obreros porque había aumentado el costo de vida, olvidaba hacer lo mismo con el de los policías, lo cual redundaba, en casos extremos, en el suicidio de aquellos agentes que vivían en condiciones de extrema precariedad y, en casos normales, en el “decaimiento moral” de una institución que percibía el desprecio de la sociedad ante sus esfuerzos: cuando pasaron meses sin novedades sobre un homicidio se entendió que la cuasa era el “cansancio” de la policía:

esa inercia que salta a la vista del menos observador tiene un único motivo que entra por los ojos. Los policías, amargados por la situación en que los coloca la mezquindad de sus sueldos desde tan largos años, cobraron esperanzas [...] cuando fue elevado un proyecto de mejoras que a punto estuvo de fenecer víctima de la “encefalitis letárgica” en las carpetas del Consejo Nacional de Administración [y que] duerme hoy en la Cámara de Diputados.

La contracara necesaria de una Policía mal paga era una Policía corrupta, que el batllismo aprovechaba para obtener financiamiento de actividades ilegales como la quiniela:

¿Por qué el batllismo no quiere la oficialización de las quinielas? Podría ser por esto: [...] el quinielero sin patente depende siempre del caudillo de club vinculado a tal o cual policía. Siguiendo las cosas como hasta ahora, los que levantan y aguantan juego tienen que actuar amedrentados ante la posibilidad de ir presos. Las colectas que se realizan periódicamente tienen que contarlos como obsecuentes contribuyentes, pertenezcan o no ideológicamente al partido que se va a beneficiar de las contribuciones. Esta situación es evidente. Nadie puede llamarse a engaño ni ruborizarse si se expresa que todavía circulan listas para contribuciones partidarias

y que todavía existen caudilletes de determinados clubs que dan una mano cuando tal o cual capitalista ha sido remitido a la policía.³⁰⁰

La incertidumbre que gobernaba el mundo moderno tenía en el batllismo a su expresión local. Por su “exceso de nerviosidad, [...] su afán de lo imprevisto, de lo excepcional”, su propensión a dejarse “sugestionar a la vuelta de cada esquina por un hecho cualquiera, trivial y hasta tonto”, era el partido de la “novelería”, el agente que agregaba al caos que de por sí era el mundo una cuota de improvisación que impedía la solidez de la política, las finanzas, la industria y la cultura.³⁰¹

Ante el panorama desolador que se vivía en Uruguay era necesario explicar por qué la población seguía dándole mayorías al batllismo, solo o en alianza con el nacionalismo independiente. La principal era su capacidad para forjar una suerte de realidad paralela, un mundo imaginario —expresado en fastuosos espectáculos públicos y apoyado en emisión monetaria insostenible— en el cual Uruguay era el país más feliz y moderno del continente, que opacaba el desastre real incluso ante los ojos de las personas que lo sufrían cotidianamente. Días antes del 18 de Julio de 1930 la población de Montevideo estaba expectante por conocer el “gran secreto” que deparaba la celebración del centenario de la jura de la primera constitución uruguaya:

de un solo golpe lo lanzamos: luz y papelitos, bolsas de papelitos que serán lanzadas al viento desde lo alto del Palacio Salvo mientras los reflectores alumbren el espacio... Así nos obligarán a levantar la cabeza abriendo la boca para que no veamos lo que pasa por tierra. Lucecitas... papelitos y... aguinaldos! ¡Viva el Centenario!³⁰²

3.6 Entre la crueldad y el ridículo: el comunismo y los sindicatos

No era extraño que, ante el decadente panorama que ofrecía el mundo en general y el Uruguay batllista en particular, el pueblo estuviera buscando alternativas. Los “predicadores comunistas” lo sabían y por eso creaban y propagaban ante los “incautos” trabajadores uruguayos un posible mundo alternativo que *El Diario* creyó necesario combatir: “exponen

³⁰⁰ “‘El Buen Trato’. Su verdadero sentido”, en *El Diario*, 20 de marzo de 1931, p. 3; “Los servidores policiales. Sus sueldos y sus necesidades”, en *El Diario*, 24 de mayo de 1928, p. 3; “Servidores policiales”, en *El Diario*, 14 de mayo de 1928, p. 3; “Inercia policial”, en *El Diario*, 20 de enero de 1929, p. 6; “La quiniela oficializada”, en *El Diario*, 19 de octubre de 1932, p. 12.

³⁰¹ “¡¡¡Santa novelería!!!”, en *El Diario*, 24 de octubre de 1932, p. 3.

³⁰² “Luz... y papelitos”, en *El Diario*, 15 de julio de 1930, p. 3.

como tema fundamental que la vida no está hecha para el deber, sino para el placer, produciéndose de este modo un relajamiento de la conciencia moral”. Para ese combate ejecutó dos tácticas paralelas: por un lado, la presentación del comunismo como una práctica exótica y algo ridícula; por otro, como un régimen de terror que amenazaba con implantarse en Uruguay.³⁰³

La contradicción entre los hechos y las pretendidas prácticas valientes, solidarias y ascéticas de los comunistas fue señalada mediante ejemplos mundanos que resultaban reconocibles para los plebeyos lectores de *El Diario*, entre los que destacaban el carácter burgués y afeminado de sus dirigentes, el fracaso de sus proyectos y la escasez, aspecto y cobardía de sus militantes: cuando en 1932 el diputado comunista José Lazarraga volvió en tren de una gira por el interior del país “a fin de establecer las células que organicen la infiltración soviética en nuestra fuerza armada”, lo hizo disfrazado de obrero, o sea, con “su habitual vestimenta de agitador profesional: over-all, alpargatas y gorra”, pero

llegada la hora de cenar, el discípulo de Stalin pasó al salón comedor atacando el británico menú con voraz apetito [y] con un sabroso vino de \$2,20 la botella, bebida con la cual roció abundantemente su cena múltiple y apetitosa. Los obreros que contribuyen con sus aportes a la manutención de estos zánganos de la clase proletaria nacional, pueden ver en este pequeño detalle la verdadera finalidad perseguida por estos profesionales de la agitación que explotan los sentimientos de la justicia social para vivir a costa de los que trabajan;

el aspecto en una fotografía del también diputado Eugenio Gómez ofrecía

una silueta burguesa merced a los aportes de sus correligionarios a sus dietas de representante nacional. [...] Helo aquí, junto a su despacho, teniendo a su derecha a una caja de hierro y detrás todo una “mise en scene” de capitalista neyorkine, sitial desde el cual despacha sus asuntos en nombre del “pobre pueblo explotado”.

Deolindo de la Perilla, el joven burgués que andaba siempre “cansado de la vida”, trataba de congraciarse con su mucamo diciéndole “yo he nacido comunista y si lo disimulo es por no contrariar a papá, tan burgués el pobre, tan reseco, tan de retaguardia”. No en vano, una frase atribuida a Iosif Stalin decía que “nada hay más torpe que pretender que el hombre viva de la

³⁰³ “La propaganda ácrata en Francia”, en *El Diario*, 30 de enero de 1929, p. 3.

manera que piensa” y otra prueba de ello era “el comunioide del pueblo”, personaje ficticio de un cuento en verso de Ombú Curá, que

sigue en sus trece
y espera con ansia la revolución,
y en tanto esa gloria máxima acontece,
él juntó dinero; lo presta a intereses
modestos... de manera tal,
que sus intereses se confunden siempre
con el capital.

La “reunión de protesta contra la odiosa tiranía burguesa” que organizó el Partido Comunista en julio de 1924 en una plazoleta de Pocitos hizo “vibrar de entusiasmo a 12 o 13 oyentes [de] barbas gallardamente descuidadas”; cuando el mitin llegó a su punto máximo de fervor:

uno de los elocuentes y arrebatados tribunos invitó a las masas proletarias (que en sentido figurado eran los doce vecinos que lo escuchaban) a dar un paso decisivo hacia la revolución social. El paso [...] consistía en tomar por asalto a pedradas un biógrafo de los alrededores

lo cual fue impedido por un único agente de policía que pasaba casualmente. La manifestación que organizaron en 1928 por el día internacional de los trabajadores ofreció una imagen de completa depresión y tristeza:

y pasan en desfile los proletarios. No son muchos, como en otros años. Grupos compactos, homogéneos, pero distanciados. Algunas mujeres. Una obrera joven y hermosa, oficia de abanderado. Carteles y letreros alusivos al acontecimiento, muchos en idioma ruso. ¿Quiénes son? ¿Qué representan? [...] Vaya uno a saberlo. En general, la masa obrera, correctamente vestida. No se ven, como en otras veces, rostros macilentos, ni en la indumentaria el reflejo de un régimen patronal que las modernas conquistas sociales abolieron. No van con el carácter agresivo de años ya pasados, en los que la manifestación representaba una fuerza en oposición, plena de espíritu y anhelos vindicativos. [...] Esta vez no temblarán las compañías de

seguros y los vidrieros [no podrán restregarse] las manos [...] ante la perspectiva del negocio.

Del aspecto físico de José Lazarraga podía deducirse que estaba más cerca del simio que del hombre:

su risa

suenan con resonancias ásperas e internas

como debió sonar la risa,

entre los hombres de las cavernas...

Un overol oscuro y desmesurado

le dá el aspecto recio y desgarrado

de los cuadrumanos

[...]

Su estatura

se encoge por fuerza de su musculatura

de pitecantropo

y poco a poco

se presencia se siente

como una fuerza ciega y primitiva,

constantemente estúpida e inconsciente

y el olor de su cuerpo revelaba una peculiar interpretación del marxismo según la cual el uso de jabón era “privilegio exclusivo de la odiosa clase capitalista”. Su compañero Jorge Castro, por el contrario, era un “acaparador de jabón” (en el arrabalero sentido de término, que significaba miedo) ya que en lugar de “resistir heroicamente” cuando la Policía allanó el diario comunista *Justicia* decidió huir arrojándose desde un techo elevado diez metros del piso. Algo parecido pero al revés le pasó a Stalin cuando quiso conquistar América mediante

la Tercera Internacional: el continente, fiero como una leona, lo obligó a subirse a una palmera.³⁰⁴



137



138

Esta lectura condescendiente y burlona fue acompañada de una más solemne que advirtió sobre el peligro que, de todos modos, el comunismo entrañaba. No había que dejarse engañar por su pretendida intención de cambiar el mundo ya que los hechos demostraban que una vez en el poder no hacía más que cambiar una oligarquía por otra:

los bolcheviques se han declarado los únicos seres capaces de fabricar la felicidad humana y desde entonces se lo permiten todo; combaten las clases sociales, pero ellos las han creado; combaten el militarismo, pero ellos tienen el primer ejército del mundo; combaten el oro, pero ellos han hecho del “vil metal”, la base de su existencia; odian los himnos nacionales, pero ellos tienen uno que en Rusia están

³⁰⁴ “Comunistas a cuerpo de rey”, en *El Diario*, 5 de febrero de 1932, p. 3; “La silueta del legislador deportada”; en *El Diario*, 5 de febrero de 1932, p. 10 (imagen 137); Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. Niños coperos”, en *El Diario*, 13 de julio de 1930, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “Vinagretas de la cháchara. El comunoido del pueblo”, en *El Diario*, 16 de junio de 1935, p. 3; “Un apóstol portugués”, en *El Diario*, 26 de enero de 1924, p. 3; “La manifestación”, en *El Diario*, 2 de mayo de 1928, p. 3; Ombú Curá [Américo Agorio], “Mascarita del día”, en *El Diario*, 14 de febrero de 1932, p. 3; Tristán [José María Peña], “Tripartito comunista”, en *El Diario*, 6 de febrero de 1932, p. 3; Dardo [¿Dardo Salguero Della Hanty?], “Stalin en la palmera”, 30 de diciembre de 1935, p. 3 (imagen 138).

obligados a cantar hasta los niños de pecho, con la esperanza de que en un tiempo futuro lo cante todo el mundo.

Cualquier “observador imparcial” de la experiencia soviética (así se autodefinía Geo London, el cronista francés que escribía desde el lugar de los hechos) podía constatar que

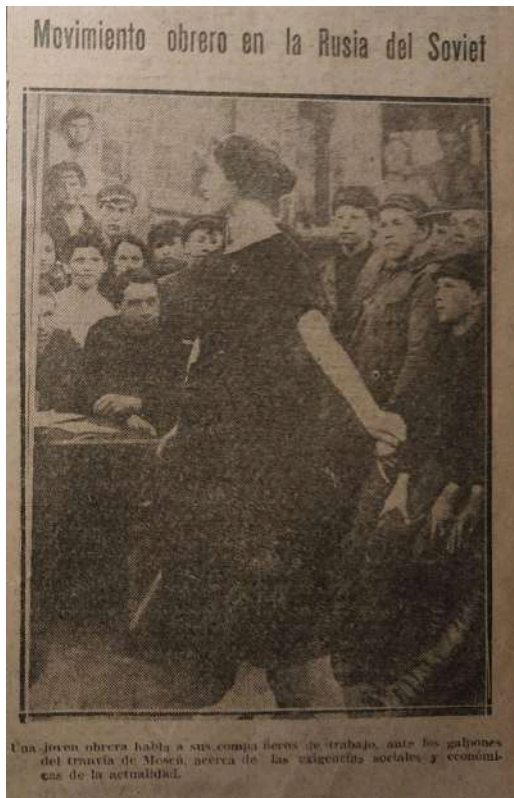
las clases privilegiadas, los viejos sistemas de la oligarquía [...] han sido reemplazados por otras clases privilegiadas y se puede decir también por otros sistemas de oligarquía. [...] Si no hay más burgueses, hay altos funcionarios intelectuales, fieles a la causa bolshevique, espías del soviét de obreros, todos muy bien pagos y con ventajas particulares.

Pese a su pregonada confianza en la igualdad y el trabajo colectivo tenían a “San Lenin momificado y adorado de rodillas, sumisa y supersticiosamente” y eso era porque consideraban al pueblo un “vulgo carente de preparación” o una “masa amorfa”:

los honores que se rinden a Lenine muerto sobrepasan todo lo imaginable: más que para consagrar a un hombre, parecen hechos para inmortalizar a un Dios: no se han ahorrado alabanzas ni sahumeros y todo parece hecho con el propósito de grabar bien hondo en la imaginación del pueblo la necesidad de un humilde vasallaje hacia los que mandan.

El proletariado ruso era un curioso “dictador sin saberlo” porque no imponía su voluntad sobre nadie aunque protestaba como en los países capitalistas, lo cual no era extraño ya que “desde el punto de vista de la alimentación” la igualdad era un hecho: “allí todos comen igual, lo que traducido al lenguaje ruso quiere decir: nadie come nada”. Los brillos y las luces de Leningrado escondían por encandilamiento el regular asesinato de prisioneros políticos y la libertad de pensamiento era total siempre que uno pensara igual a Stalin. Y aunque parecieran lejanos, estos hechos estaban a la vuelta de la esquina porque en Uruguay funcionaba la base soviética más importante de América del sur.³⁰⁵

³⁰⁵ “Bolsheviqueadas”, en *El Diario*, 12 de enero de 1925, p. 3; Geo London, “Después de diez años del régimen bolsheviki. El regreso de Rusia”, en *El Diario*, 24 de noviembre de 1927, p. 3; “Mal síntoma”, en *El Diario*, 7 de noviembre de 1927, p. 3; “Comunismo caritativo”, en *El Diario*, 15 de julio de 1923, p. 3; “Cada día más”, en *El Diario*, 26 de enero de 1924, p. 3; Geo London, “Lenine resucitado se dedica al cine”, en *El Diario*, 3 de noviembre de 1927, p. 3; “Movimiento obrero en la Rusia del Soviet”, en *El Diario*, 21 de agosto de 1925, portada (**imagen 139**); Geo London, “Dictador sin saberlo”, en *El Diario*, 23 de noviembre de 1927, p. 3; Geo London, “Leningrado, la ciudad de los mil secretos”, en *El Diario*, 14 de noviembre de 1927, p. 3; [Mario] Radaelli; “La ‘libertad’ rusa”, en *El Diario*, 27 de diciembre de 1934, p. 3 (**imagen 140**); “El peligro soviético en nuestro país”, en *El Diario*, 4 de febrero de 1932.



139



140

Aunque no necesariamente ligado al comunismo, el sindicalismo clasista también fue un contrincante en la disputa por la subjetividad de los sectores populares. Por eso, fue ignorado al punto de producir —por omisión— un imaginario según el cual las huelgas y los sindicatos no existían salvo cuando fracasaban y servían como ejemplos aleccionantes de su inutilidad o cuando podían ser asociados a la violencia y por lo tanto legitimar la represión policial. Los telegramas llegados de Cataluña en julio de 1923

anuncian la terminación del paro decretado por el Sindicato Único, aceptando las condiciones propuestas por los patrones, lo que implica una seria derrota de esa agrupación gremial. [...] Después de este fracaso, parece vislumbrarse una era de paz y tranquilidad [...] que no otra cosa pueden desear sus habitantes, cansados ya de los agitadores de oficio.

No había que ser “muy sagaz observador” para entrever que la duración de la huelga de los trabajadores del frigorífico Anglo en enero de 1930

no podía ser de mucho tiempo y que su eficacia [...] no podía ser mucha tampoco. Los hechos acaban de confirmar eso. El paro [...] demuestra que la mayoría de los

trabajadores [...] no era huelguista en la verdadera acepción del vocablo, sino que no iban a sus tareas [...] por el temor que infundían ciertas versiones circulantes. [...] Por la forma en que se planteó y por otras razones nunca le dimos mayor importancia a este movimiento huelguista que ha desaparecido y con él lo poco que ha conseguido.

Si el destino de toda huelga era el fracaso, adherir a ellas era signo de poca inteligencia: los obreros debían “reflexionar” ante la huelga general “decretada por agentes a sueldo de Moscú” en febrero de 1932 y los que no lo hicieran estarían actuando de manera “irreflexiva [...] sorprendidos en su buena fé”. Quienes apoyaban los paros impulsados por el Partido Comunista eran “legiones de cándidos”. Los obreros gráficos que pararon en noviembre de 1934 fueron “engañados torpe e ingenuamente”, jugaban un rol “pasivo y rebañego” y no tenían “más conciencia de la realidad” que la inculcada por sus “indignos dirigentes”.³⁰⁶

La otra ventana por la cual las huelgas y los sindicatos traspasaron la frontera informativa fue la página policial: en noviembre de 1927, lo que para *El Día* fue la “advertencia de un boicot” realizado por el Sindicato Único del Automóvil a los taxistas que no acompañaran su lucha contra las empresas vendedoras de combustible —y por lo tanto un “recurso normal y legítimo de lucha económica”— para *El Diario* era “amenaza, chantaje” y debía ser reprimido por la Policía. El concepto de “solidaridad”, para los huelguistas, era siempre “el supremo justificativo del garrotazo, del tiro o la bomba que en defensa simbólica de sagradas reivindicaciones, se ofrenda al infeliz que cree ingenuamente tener derecho a trabajar, cuando los ‘compañeros’ decretan holgorio”. Los obreros panaderos iniciaban “represalias de todo orden” contra los trabajadores no sindicalizados que iban a trabajar durante las huelgas, “desde la bomba de alquitrán o kerosene hasta la agresión a mano armada” y ejemplo de ello fueron Pedro Suárez y Antonio Fernández, dos trabajadores en huelga de una empresa de transporte que presionaron a su compañero Aquilino Bellone para

³⁰⁶ “Las huelgas en Barcelona. Su fracaso”, en *El Diario*, 14 de julio de 1923, p. 4; “La huelga en el frigorífico Anglo”, en *El Diario*, 7 de enero de 1930, p. 10; “Obreros, reflexionad”, en *El Diario*, 11 de febrero de 1932, p. 12; “Sobre la huelga ‘ad portas’. La inexplicable adhesión de los obreros nacionales”, en *El Diario*, 11 de febrero de 1932, p. 3; “El pseudo paro de mañana”, en *El Diario*, 31 de julio de 1930, p. 3; “Los obreros gráficos son engañados torpemente”, en *El Diario*, 3 de noviembre de 1934, p. 3. Las indicaciones de febrero de 1932 respondían a una supuestamente inminente “maniobra subversiva” ensayada por el Partido Comunista para hacerse con el poder. En ese marco, el presidente Terra decretó el acuartelamiento de tropas, la militarización de la organización policial del departamento de Salto, la clausura y cierre de las oficinas del diario comunista *Justicia*, allanamientos de locales sindicales y domicilios particulares, detenciones múltiples por supuestas complicidades con el “complot” comunista, patrullajes del ejército e intervención de todas las estaciones de radio y la represión de las manifestaciones de protesta, en una de las cuales fue detenido el diputado comunista José Lazarraga. Sobre este episodio, ver: Gerardo Caetano, Raúl Jacob, *El nacimiento del Terrismo*, Tomo II, “Camino al golpe (1932)”, op. cit. p. 118.

que se les uniera sin tener en cuenta que “es padre de tres niños y tiene, al parecer, no pocas obligaciones para con su familia”, lo cual derivó en una pelea a navajazos. Decenas de autos fueron vandalizados una noche en la avenida 18 de Julio (“pincharon las gomas de las cuatro ruedas de los autos allí estacionados”) y si bien la Policía no pudo identificar a los responsables se culpó a los trabajadores de una “casa de comercio” (ni el nombre del comercio, ni los motivos de la huelga fueron mencionados ni antes ni después de esta noticia) que estaban en conflicto desde hacía algún tiempo. La agresión a golpes de puño y cachiporra que sufrió Octavio Quiroga a manos de un grupo de desconocidos era un “coletazo de la huelga marítima” de la que tampoco se informó más nada. Por razones como estas es que la huelga significaba siempre una declaración de guerra y por eso cuando la guardia nacional estadounidense enfrentó “con bayoneta calada y revolver en mano” a los huelguistas de Greenville —cuando, al mismo tiempo, en Uruguay la huelga de obreros gráficos llevaba ya varios meses y no había perspectivas de una pronta resolución— lo que hizo fue “pacificarlos”. De ahí también que los sindicatos que procuraban mejoras sin recurrir al conflicto fuesen un modelo a seguir, como de los canillitas en 1927, que para financiar su caja de auxilio organizaron un festival de teatro: “lo que les ha negado la suerte lo van conquistando a fuerza de inteligencia, sin tener que agradecer nada a nadie”.³⁰⁷



FOTO OBTENIDA POR "INTERNATIONAL NEWS PHOTOS INC.", ESPECIALMENTE PARA "EL DIARIO", REGISTRANDO UNA ESCENA CALLEJERA EN QUE APARECEN SOLDADOS DE LA GUARDIA NACIONAL CON BAYONETA CALADA Y REVOLVER EN MANO, "PACIFICANDO" HUELGUISTAS DEMANDADO EXALTADOS.

³⁰⁷ “Angelitos!”, en *El Diario*, 28 de noviembre de 1927, p. 3; “Socorros mutuos”, en *El Diario*, 4 de agosto de 1923, p. 3; “Los obreros panaderos asumen actitudes violentas”, en *El Diario*, 24 de enero de 1924, p. 7; “La hazaña de dos huelguistas. Provocaron la cólera de un obrero”, en *El Diario*, 9 de agosto de 1925, p. 2; “Prosigue el sabotaje a los automóviles”, en *El Diario*, 18 de marzo de 1927, p. 3; “Coletazos de la huelga marítima”, en *El Diario*, 23 de octubre de 1928, p. 4; “Pacificando huelguistas en Greenville”, en *El Diario*, 21 de setiembre de 1934, portada (imagen 141); “Del canillita de Sánchez al canillita actual”, en *El Diario*, 26 de noviembre de 1927, p. 3.

3.7 La solución fascista

La crisis del mundo moderno y del Uruguay batllista era tan profunda que podía desanimar a los montevideanos. Por eso, fue necesario recordar también que la crisis era una oportunidad “para que intervenga [...] la voluntad y el pensamiento de cada uno. [...] ¿Debemos cruzarnos de brazos y permanecer indiferentes? Creemos que no”. El “alma necesitada del habitante del mundo” exigía soluciones y sobre eso trabajan los nuevos *ismos* que dominaban Europa, pero mientras el comunismo estaba destinado a perecer porque negaba “la biología de la especie”, el fascismo “parece que nos dará soluciones definitivas”.³⁰⁸

La confianza en esta idea creció de manera exponencial durante los primeros años de la década del treinta, al punto de afirmar que “se está procediendo en todas partes a sepultar —como lo dijo Hitler— el cadáver putrefacto de la democracia”. El triunfo del fascismo auguraba un mundo nuevo, donde “la humanidad dará un paso más hacia la aplicación de los postulados solidaristas que se encuentran [...] en su máxima expresión en la nueva doctrina romana” y cuya aplicación de vanguardia podía verse “tanto en Alemania como en Italia” donde había alcanzado un éxito en términos de mejoramiento moral y material tan claro “que hasta el más obtuso puede comprobarlo”: Italia estaba revelando su esencia mediante el procedimiento doloroso pero necesario de hurgarse las entrañas, como lo simbolizaban las prospecciones arqueológicas que descubrían tanto los cimientos de su civilización como las materias primas necesarias para su revolución industrial. Su reconstitución moral la encabezaba un sindicalismo que “después del trabajo, ofrece a los obreros y a los empleados cursos, lecciones y conferencias, diversiones filodramáticas, cinematógrafo, conciertos y cursos de educación moral”. Su arte estaba a la vanguardia de Europa. Todo esto se había logrado gracias a la firme voluntad de Mussolini, que había sabido apoyarse en el “Dios Providencial del Manganello” —o sea, el garrote—, cuyos efectos sobre las personas “duran semanas, meses y a veces toda la vida”. Alemania, en 1923, era un caos generalizado a la espera “de un mesías” que bien podría ser “un Mussolini” y una vez conseguido en la forma radical de Hitler empezó a ofrecer “al mundo un ejemplo de virilidad digno de valorarse”, resolviendo en poco tiempo los problemas de criminalidad, desocupación y suicidio, esterilizando “a los tarados” para “depurar a las nuevas generaciones” y reubicando a las

³⁰⁸ “Fenómenos de nuestro tiempo”, en *El Diario*, 12 de julio de 1931, p. 3; “La crisis de la democracia”, en *El Diario*, 26 de marzo de 1933, p. 3.

mujeres en su rol “de esposa y madre que cuida el hogar educando a sus hijos para que sean miembros útiles a la comunidad”.³⁰⁹

A esto había que sumar la “indiscutible popularidad” del fascismo, probada día tras día por sus impresionantes espectáculos de masas (“los otros días, nomás, en el antiguo Coliseo Romano, diez mil obreros milaneses rendían homenaje al jefe del fascismo”) pero también por el carácter plebeyo de sus militantes que, al igual que el común del pueblo, no frecuentaban “los establecimientos de lujo del centro, restaurants, teatros” (cabe señalar el contraste entre esta conducta y la de José Lazarraga en el burgués comedor del ferrocarril), recorrían la ciudad a pie o a lo sumo en “un automóvil de utilidad o [...] en una motocicleta”, cumplían “rigurosamente” su horario de trabajo y se codeaban con el pueblo no sólo de palabra “sino también físicamente”. Lo mismo demostraban sus acciones en pos de satisfacer las necesidades “materiales y espirituales de los que cuentan solamente con lo puramente necesario”, como la “Befana fascista”, un reparto de regalos para los niños pobres realizado los 24 de diciembre o los 6 de enero que, a partir de 1933, tuvo su versión montevideana en los jardines de la embajada italiana.³¹⁰

Por estas estas razones “no tenemos por qué disimular nuestro vivo deseo de hallarnos frente al [...] ‘Duce’”. Quienes se escandalizaban

ante el hecho de que en nuestras columnas se recojan informaciones y referencias a través de las cuales se puntualizan distintos aspectos de la extraordinaria obra constructiva que, especialmente en Italia, viene cumpliéndose por el régimen fascista

eran representantes de la “vieja sensibilidad”, habitantes de un mundo que había muerto, como el diario *El Plata*, “órgano [...] que se quedó en el 900, [...] que varó para su mal en los arrecifes doctrinarios de principios de siglo, [...] que ignora lo que pasa en 1935”.³¹¹

³⁰⁹ “Democracia y fascismo”, en *El Diario*, 1 de noviembre de 1934, p. 3; Attila U. Moriconi, “Cartas de Italia. ¡Ave ‘Manganello, los resucitados te saludan!’”, en *El Diario*, 31 de marzo de 1927, p. 3; “Del kaiser a Mussolini”, en *El Diario*, 30 de julio de 1923, p. 3; “De la actualidad internacional. El discurso de Hitler”, en *El Diario*, 30 de agosto de 1934, p. 3; Bulbul, “Gobernar es despoblar”, en *El Diario*, 1 de agosto de 1934, p. 3; “Subsidios a la natalidad en Alemania”, en *El Diario*, 3 de setiembre de 1934, p. 3; “La mujer 100% madre”, en *El Diario*, 10 de setiembre de 1934, p. 3; “La verdadera misión de la mujer”, en *El Diario*, 8 de junio de 1935, p. 3.

³¹⁰ “Democracia y fascismo”, en *El Diario*, 1 de noviembre de 1934, p. 3; “La manifestación”, en *El Diario*, 2 de mayo de 1928, p. 3; “Para los jefes fascistas”, en *El Diario*, 8 de junio de 1933, p. 3; “La ‘befana fascista’. Su celebración en Montevideo”, en *El Diario*, 22 de diciembre de 1934, p. 3.

³¹¹ Vicente F. Costa, “Una entrevista con Mussolini”, en *El Diario*, 24 de enero de 1935, p. 3; “Milongas del 900”, en *El Diario*, 4 de diciembre de 1935, p. 4; “Gusto de cavilar”, en *El Diario*, 7 de enero de 1924, p. 3.

Si bien esta mirada —en algún punto, doctrinal— remitía a aquellos “vetustos y nacarados textos” de los que *El Diario* siempre trataba de apartarse, hubo otra que funcionó en paralelo —sentimental y estetizante— mucho más acorde a las funciones de un diario moderno que se quería leído por el hombre de la calle y que puso el énfasis en el carácter novedoso, sensacional y masivo de la experiencia fascista.

Si ya en 1924 el fascismo era tema cotidiano de las conversaciones en Montevideo —al punto de que no llamara la atención que uno de los caballos favoritos para ganar una carrera en el hipódromo de Maroñas se llamara Mussolini— no tenía sentido hacer como esos “hiperestésicos” (débiles, timoratos, excesivamente sensibles, incapaces de soportar un mundo caótico y violento) diarios montevideanos que evitaban mencionarlo pretendiendo que de esa forma desaparecería. *El Diario*, por el contrario, lo encaraba porque “la más fundamental prerrogativa periodística [es] estimular la atención del lector con el conocimiento de los sucesos que más repercuten en el escenario mundial”. Y el fascismo era uno de ellos, como lo probaba su arrojo para revolucionar el mundo sin pedir permiso:

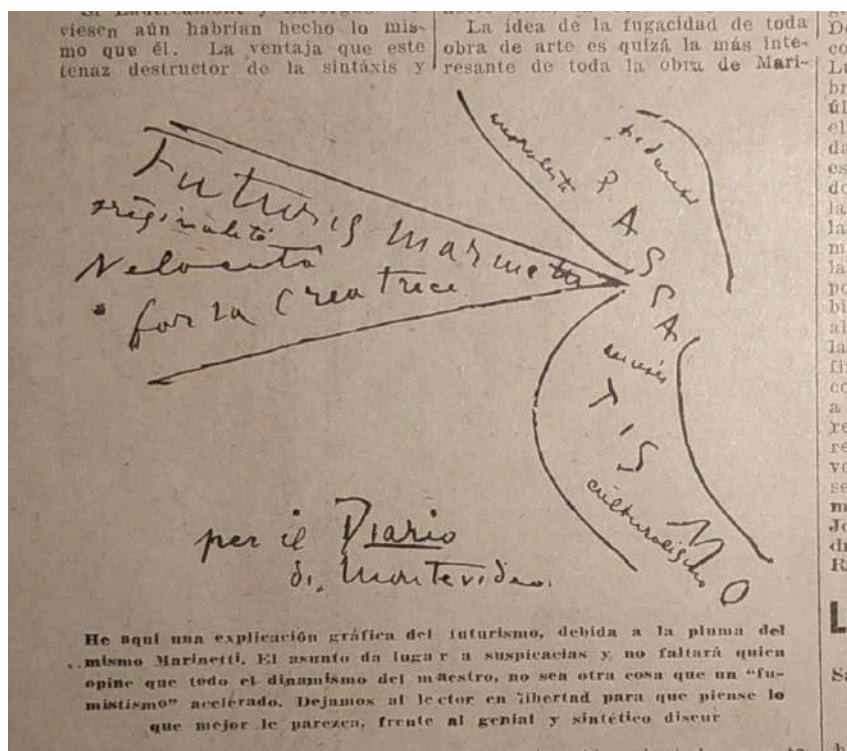
con su marcha revolucionaria ha escrito la página más activa de la vida italiana. En cinco años ha hecho lo que hubieran realizado cincuenta años de historia verdaderamente nacional! [...] ¡Cuánto camino ha recorrido Italia desde octubre de 1922! Las ciudades ya no se reconocen, pues cada mes, cada semana, surgen por todas partes nuevos palacios, villas, monumentos, jardines, parques, puentes, carreteras, ferrocarriles.

Lo mismo había hecho el futurismo con el arte, penetrando las viejas formas de la cultura como un falo cargado de “velocidad, originalidad y fuerza creadora” cuya paternidad Marinetti, cuando vino a Montevideo en 1926, no atribuyó a Mussolini “de puro prudente”. La invasión italiana de Etiopía en 1935 tenía su origen en

la audacia de Mussolini, quien en lugar de disfrazar sus necesidades con una teoría de visos legales se lanzó a la conquista de tierras donde esparcir las energías que se asfixian en la península. [Eso] causó verdadera indignación en los que creen en el Derecho. [...] Ahí están los hechos, [...] en la vida común de los hombres que [...] aún no han conseguido otra justicia que la que emana de sus propias fuerzas.

Oponerse al fascismo “significa oponerse al movimiento general de la historia moderna” o, en otras palabras —y aquí volvía la dimensión de lo inexorable— al destino, a la fuerza fatal

“que va sacando sucesivamente de la inercia espiritual, pueblos y naciones, para convertirlos en instrumentos del progreso humano”.³¹²



142

El fascismo era, además, un espectáculo, esto es, un fenómeno digno de contemplarse por la belleza de sus formas. Las coreografías de sus manifestaciones y la exuberante personalidad de sus líderes lo volvían un objeto de consumo en términos estéticos, como podía pasar —y de hecho pasaba regularmente— con algunas películas de cine u obras de teatro. Por ello, su abordaje fue similar al de las ficciones de la cultura de masas, al punto de que la película italiana basada de una novela escrita por Mussolini que comenzó a producirse en 1923 fue considerada una redundancia, ya que la vida real del *Duce* estaba tan llena de avatares asombrosos (“expulsado de Italia... refugiado en Suiza... ganó su vida como jornalero... Expulsado de Suiza... Vivía en Trento [y hoy dirige] los destinos de Italia”) que era “una novela más interesante, más original” que cualquier producto de la imaginación.³¹³

³¹² “Pronósticos de la prensa”, en *El Diario*, 17 de julio de 1924; “Ejemplo que cunde”, en *El Diario*, 6 de enero de 1924, p. 3; “Gusto de cavilar”, en *El Diario*, 7 de enero de 1924, p. 3; “El quinto aniversario de la marcha sobre Roma”, en *El Diario*, 31 de octubre de 1927, p. 3; “Hoy hablará el maestro”, en *El Diario*, 29 de junio de 1926, p. 10 (imagen 142) Mecus [Américo Agorio], “De la gran ilusión a la gran disolución”, en *El Diario*, 14 de diciembre de 1935; “Elementos coaligados contra la Italia fascista”, en *El Diario*, 22 de diciembre de 1935, p. 3.

³¹³ “Una novela de Mussolini al film. Claudia Particcellia”, en *El Diario*, 13 de julio de 1923, p. 9.

En esa novela, Mussolini era el protagonista: “no pasa un día sin que el telégrafo nos anuncie un gesto, un acto o una palabra del jefe fascista. El mundo vive curioso por la enérgica gestión política de este hombre que se yergue sobre Europa con férrea entereza”. Y era un protagonista heroico, como los de las películas, “que no se equivoca nunca”, un “formidable luchador”, un “gladiador de manos hercúleas” para el que no existía “obstáculo que lo detenga, fuerza que lo arredre, hombre que sea su rival”. La vida de Hitler fue leída en los mismos términos: una breve biografía publicada en 1933 escenificaba un largo camino de sacrificios y privaciones culminado con el éxito:

hijo de padres humildes, pero honrados y rectos, tuvo la desgracia de perderlos durante su infancia [...] quedando huérfano y desamparado pero ya adquirió en aquel entonces su convicción de nacionalista. [...] Terminada su infancia, abandonó su tierra natal dirigiéndose a la metrópoli austriaca de Viena, con la idea de estudiar arquitectura, para lo cual lo inspiraba su talento artístico. Las circunstancias lo obligaron a tomar otro camino. Para ganarse su pan cotidiano tuvo que empezar a trabajar rudamente como albañil, viendo aquí con sus propios ojos la mísera y triste situación de los obreros. [...] Dedicó todo su tiempo libre a los libros, leyéndolos y estudiándolos. Su espíritu investigador pronto lo llevó a reflexionar. [...] Empleó ya todo el caudal de su energía para hallar el camino de la mejora social para su pueblo. [...] Estalló la guerra mundial y como buen patriota se presentó voluntariamente. [...] Combatió los cuatro años en el frente siendo herido cuatro veces. [La rendición] de los jefes socialistas lo conmovió de tal manera que decidió libertar al pueblo alemán de esta afrenta y hacerse político. [...] Todos los nacionalistas alemanes [...] han reconocido a Adolfo Hitler como jefe supremo, gracias a sus cualidades excepcionales de guía ya anunciadas. Por eso le siguen en el camino por él indicado y le obedecen ciegamente millones y millones de adherentes.³¹⁴

Esta narrativa fue diseñada por las oficinas de propaganda de los gobiernos fascistas, como lo reveló el jefe de la sección radiotelegráfica de *El Diario*, Manuel T. Visaires, en 1935: “la agencia ‘Transocean’ nos irradia diariamente una prensa desde Alemania que es recibida directamente aquí y en pocos minutos pasa al linotipista”. Sin dudas una de esas prensas fue el insumo principal de la portada del ejemplar editado el 20 de abril de 1933,

³¹⁴ “Red e verba”, en *El Diario*, 23 de julio de 1923, p. 3; “Mussolini no se equivoca nunca”, en *El Diario*, 20 de diciembre de 1935, p. 14; “El fascismo y su proclama”, en *El Diario*, 2 de agosto de 1923, p. 3; “Del momento. El culto a los hombres”, en *El Diario*, 22 de julio de 1923, p. 10; “Mussolini y el juego”, en *El Diario*, 17 de julio de 1923, p. 3; H. L. “El cumpleaños de Adolfo Hitler. La personalidad del famoso político alemán”, en *El Diario*, 20 de abril de 1933, p. 3.

dedicada al cumpleaños de Hitler: el acontecimiento era “banal, pero posee su importancia”, ya que “Hitler es el dueño de los destinos de Alemania. Hitler es un hecho y todos los hechos son cosa de tomar en serio, pero muy en serio”. A la misma función reproductora respondieron las entrevistas a “D. Bochermann, distinguido hombre de negocios que es, al mismo tiempo, uno de los miembros más destacados de la Oficina Alemana de Informaciones, con sede en nuestra ciudad” y al “señor Bernitt, prestigioso elemento de la colectividad alemana en Montevideo” cuando volvió de un viaje de tres meses por su país. Lo mismo puede pensarse de la invitación de la Liga Oficial de la Prensa Alemana a Adolfo Agorio —redactor de *La Mañana*, hermano de Américo y “colaborador de esta hoja”— para visitar Alemania

en viaje de estudio y observación [...] de la organización del Tercer Reich y [...] contacto, incluido el Canciller-Presidente, con sus prohombres más representativos. [Esto] permitirá a los lectores de habla española formarse un juicio exacto sobre la evolución [...] de la vida material y espiritual de la nueva Alemania de Adolfo Hitler

y de las crónicas enviadas desde allí por el corresponsal Alejandro Sux, “paladín de la verdad [que corrige] con energía y rotundamente múltiples especies difamatorias que circulan en todo el mundo y a través de las cuales Alemania [...] aparece como un segundo infierno del Dante”.³¹⁵

³¹⁵ “Nuestros servicios radiotelegráficos son elogiados en el extranjero”; en *El Diario*, 6 de junio de 1935, p. 18; “Un acontecimiento banal que posee su importancia”, en *El Diario*, 20 de abril de 1933, portada (**imagen 142**); “Contra el comunismo, no contra los judíos, es la campaña hitlerista”, en *El Diario*, 20 de abril de 1933, p. 3; “Alemania se encuentra frente a un movimiento fuerte y sano”, en *El Diario*, 23 de abril de 1934, p. 3; “Adolfo Agorio va a Alemania”, en *El Diario*, 14 de junio de 1935, p. 3; Aristóbulo Melián, “Reflector mundial”, en *El Diario*, 9 de diciembre de 1935, p. 3; Alejandro Sux, “El mundo en marcha. El irredentismo alemán de Austria”, en *El Diario*, 9 de diciembre de 1935, p. 3; Alejandro Sux, “El mundo en marcha. La despoblación de Europa es un peligro para la raza blanca”, en *El Diario*, 10 de diciembre de 1935, p. 3. Sobre la historia de la agencia Transocean y sus vínculos con el estado alemán, ver: Irene González García, *De ondas nazis a ondas franquistas, un estudio comparativo*. Trabajo final para acceder al grado en Periodista por la Facultad de Filosofía y Letras de Universidad de Valladolid, 2015 [Acceso: 29 de enero de 2025 https://uvadoc.uva.es/bitstream/10324/20993/1/TFG_F_2015_156.pdf]; Katrin Hoffmann, “¿Construyendo Una ‘Comunidad’? Theodor Alemann y Hermann Tjarks Como Voceros de La Prensa Germanoparlante En Buenos Aires, 1914-1918.” *Iberoamericana* (2001-), vol. 9, no. 33, 2009, pp. 121–37. *JSTOR*, <http://www.jstor.org/stable/41676781>. [Acceso: 29 de enero de 2025]; Emiliano Gastón Sánchez, “Pendientes de un hilo. Guerra comunicacional y manipulación informativa en la prensa porteña durante los inicios de la Gran Guerra”. *Política y Cultura* [en línea]. 2014, (42), 55-87 [acceso: 29 de Enero de 2025]. ISSN: 0188-7742. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26732736004>. Sobre el viaje de Agorio y otros periodistas uruguayos a Alemania así como la influencia de Transocean en la prensa uruguaya, ver: María Magdalena Camou, “Influencia y presencia del nazismo en el Uruguay de los años treinta”, en Magdalena Broquetas, Gerardo Caetano, op. cit., p. 279. Adolfo Agorio fue un escritor y periodista uruguayo nacido en 1888. Vinculado al batllismo durante su juventud —fue parte del equipo redactor de *El Día* a partir de 1914— hizo un giro a la derecha tras el fin de Gran Guerra —en la línea del ‘vivere pericolosamente’ enunciado por Gabrielle D’anunzio— que puede verse en su libro *La Sombra de Europa* (1919). A partir de 1923 se volvió un



Fueron las imágenes —especialmente en las fotográficas— el vehículo principal mediante el cual circuló esta propaganda, sobre todo aquella que buscó formular la dimensión mítica o heroica o de sus líderes: Hitler y Mussolini, prodigándose el respectivo saludo oficial de sus partidos en un fotomontaje eran “semidioses de nuestro tiempo” y caminando solos por un parque mostraban las “espaldas que sobrellevan el destino del mundo”. El retrato enérgico y decidido de Mussolini a la hora de dar un discurso fue mostrados como mero atractivo: su mirada intensa y firme en un plano cerrado que no dejaba espacio a nada más que su cara y con el autógrafo del propio retratado al pie de la imagen bien podía ilustrar una serie de telegramas sobre un proyecto de reforma electoral o desmentir su muerte; su saludo romano

furibundo antidemocrata y en los años treinta fue uno de los principales activistas del fascismo y el nazismo en Uruguay (una breve pero bien documentada biografía intelectual de Agorio puede consultarse en Alfredo Alpini, op. cit., pp. 60-68). Alejandro Sux fue el seudónimo de Alejandro José Maudet, que nació en Buenos Aires en 1888. Vinculado al anarquismo porteño desde su juventud —en varias de cuyas publicaciones colaboró— se exilió en París en 1910 y fue corresponsal del diario *La Prensa* durante la Gran Guerra. En los años treinta fue corresponsal del diario *El Mundo* de Buenos Aires. No he encontrado otras referencias a su simpatía por el nazismo que sus crónicas para *El Diario* (Horacio Tarcus, “Sux, Alejandro”, en *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas* (2025) Disponible en <https://diccionario.cedinci.org>; Emiliano Gastón Sánchez, “Perfiles intelectuales y trayectorias periodísticas de los enviados especiales de la Argentina a la Gran Guerra”, en *IBEROAMERICANA. América Latina - España - Portugal*, Vol. 21 Núm. 78 (2021).

ocupaba la página pese a no ilustrar ninguna noticia, como una representación corporal (el brazo recto y firme, el acusador dedo índice dirigido a su auditorio) de su “energía indomable”; la curiosidad de su nariz vendada después de caerse de un caballo era razón suficiente para una foto en portada, al igual que su pasado como militante socialista en tanto se trataba de un “episodio poco conocido”; sus ojos merecían un reencuadre porque “hay en ellos una expresión de alucinado tan profunda que tal vez por si solos explicarían esa multitud de rasgos [...] que parecen inexplicables”. Hitler, encaramado sobre su pueblo mediante un fotomontaje, era “el hombre que domina las multitudes alemanas y que desconcierta a los ases de la política mundial”. En ocasiones, este procedimiento de significación ignoró o eludió la intención satírica de algunas producciones, como en 1933, cuando se publicó la caricatura “Hitler, el salvador” del ilustrador comunista George Glosz.³¹⁶



³¹⁶ “Semidioses de nuestro tiempo”, en *El Diario*, 1 de julio de 1933, portada (imagen 85); “Espaldas que sobrellevan el destino del mundo”, en *El Diario*, 26 de julio de 1934; “La proyectada reforma de la ley electoral en Italia”, en *El Diario*, 16 de julio de 1923, p. 3, “Un buen augurio para el ‘Duce’”, en *El Diario*, 1 de diciembre de 1927, p. 3 (imagen 144); “La indomable energía del Duce”, en *El Diario*, 1 de julio de 1931, portada (imagen 145); “La nariz del Duce”, en *El Diario*, 30 de junio de 1931, portada; “Episodio poco conocido de la vida de Mussolini”, en *El Diario*, 20 de febrero de 1926, portada; “El saludo romano de Mussolini”, en *El Diario*, 25 de junio de 1926, p. 7; “Los ojos y los gestos de Mussolini”, en *El Diario*, 27 de octubre de 1932, portada (imagen 146); “Hitler, el salvador”, en *El Diario*, 9 de marzo de 1933, portada (imagen 147).



144



145



146

Como si la dimensión mítica que les atribuía la propaganda exigiera recordar que, en el fondo, también eran seres humanos, buena parte de las fotografías dedicadas a los líderes fascistas cumplió la función de mostrarlos en situaciones cotidianas y en contacto con las personas comunes y corrientes. Hitler aparecía sonriente, leyendo un diario “en el seno de su familia” (su hermana ocupaba un lugar en la foto, como señal de compañía) demostrando que compartía ciertos hábitos de la cultura popular, o le estrechaba la mano a un grupo de mineros como gesto de reconocimiento a sus sacrificios. Mussolini, “como un peón y en traje de tal”, demostraba su “amor por los terrenos” cosechando codo a codo con un grupo de campesinos; cuando el telégrafo comentó que sus hijos menores le tiraron de las orejas con motivo de su cumpleaños, la ausencia de imágenes fue lamentada como una falta; sus hijos mayores eran “hombres de trabajo” y las fotografías que los mostraban “dedicados a la tarea” conformaban la prueba; su hija, mientras tanto, vestía con elegancia y paseaba por las calles de Londres.³¹⁷

³¹⁷ “Hitler lee la prensa”, en *El Diario*, 2 de febrero de 1932, portada (**imagen 148**); “Hitler saluda a los obreros de las minas”, en *El Diario*, 18 de noviembre de 1934, p. 3 (**imagen 149**); “Mussolini agricultor”, en *El Diario*, 14 de setiembre de 1934, portada. “Le tiraron de las orejas... pero con motivo de cumplir años”, en *El Diario*, 29 de julio de 1931, p. 3; “Se dedica al periodismo el joven Mussolini”, en *El Diario*, 22 de abril de 1933, portada (**imagen 150**); “La hija del Duce”, en *El Diario*, 16 de julio de 1934, portada.



148



149



150

Otro atractivo visual del fascismo fue su carácter masivo. Sesenta y cinco mil campesinos que “por la lluvia, llevaban en su casi totalidad paragua” durante un discurso de Mussolini constituían una “muchedumbre original y nunca vista” que por ello justificaba la fotografía, al igual que el rostro extasiado de sus seguidores durante un discurso al grito “tú eres todos nosotros!”. Lo mismo implicaba el contacto de Hitler con su pueblo: en 1935 habló ante “dos millones de alemanes”; dos años antes, una manifestación de “millares de personas [...] en la que todas las clases sociales están representadas” le juró adhesión; el 1º de mayo de ese año celebró el “Día del Trabajo Nacional” en “el clásico lugar socialista” demostrando que las masas trabajadoras ahora le obedecían a él; su inspiración alentaba “el espectáculo corriente” de las “juventudes nazistas” desfilando en perfecto orden.³¹⁸

³¹⁸ “Muchedumbre original y nunca vista”, en *El Diario*, 9 de enero de 1929, portada; “De la nueva Alemania bajo Hitler”, en *El Diario*, 10 de julio de 1933, portada (**imagen 151**); “El hombre que domina...”, en *El Diario*,



151 y 152



153

Esta dimensión espectacular fue también alimentada por la asociación entre el fascismo y aeronáutica, en tanto la aviación simbolizaba una tecnología de vanguardia que permitía a la humanidad conquistar fronteras hasta hacía poco inalcanzables. Las fotografías representaron periódicamente este vínculo: Mussolini, de acuerdo al pie de una imagen en que se lo veía bajarse de un avión, “realiza con frecuencia vuelos de un sitio a otro”; su gesto de acomodarse el uniforme de piloto reflejaba que “se dispone a ser el primero en cumplir su deber”; cuando su avión fue alcanzado por un rayo, la fotografía —escenificada en un aeroplano detenido— lo mostró enhiesto en la conducción, como si el percance no hubiera alterado sus nervios. Pero en este caso, más que las imágenes —o por lo menos como excusa

13 de mayo de 1933, p. 2 (**imagen 152**); “El pueblo italiano saluda al Duce”, en *El Diario*, 1 de agosto de 1934, portada (**imagen 153**); “Hitler ante su pueblo”, en *El Diario*, 16 de diciembre de 1935, portada; “En el clásico lugar socialista”, en *El Diario*, 28 de mayo de 1933, portada; “La juventud ‘nazista’ en marcha”, en *El Diario*, 8 de mayo de 1933, portada; “El servicio del trabajo abandona la ciudad de Nuremberg”, en *El Diario*, 17 de noviembre de 1934, portada.

para producirlas— fueron los vuelos transcontinentales los que cumplieron la función propagandística, en tanto el riesgo de vida que tomaban los pilotos para cubrir distancias en apariencia insalvables y el impacto visual que provocaban los aviones surcando el cielo conectaban las dimensiones heroica y estética del fascismo. Francisco de Pinedo, que en marzo de 1927 llegó a Montevideo tras cruzar el océano atlántico —y que moriría seis años después en un accidente aéreo— era un “épico aviador” enviado por el “gobierno y el pueblo italiano”, un “vencedor del espacio y el tiempo” que demostraba cómo aunando ciencia, perseverancia y esfuerzo, “el hombre es capaz de dominar los más grandes obstáculos”. La descripción del momento exacto en que emergió del avión bien podía ser la imagen de un contrapicado cinematográfico cuando el héroe se presenta victorioso ante las multitudes:

el piloto del águila solitaria que a través de la perspectiva del tiempo irá cobrando perfiles mitológicos, aún no ha sido divisado. Mas he aquí que aparece de pronto, sacando la cabeza aureolada de un sutil polvillo de plata, por la pequeña escotilla que se abre en el puesto de pilotaje. El ‘habillaje’ del gran aviador resulta un tanto inesperado. No es el típico mono de faena de los aviadores, no el uniforme pardo de los militares italianos, ni siquiera la camisa fascista... De Pinedo surge, en cambio, en mangas de camisa. Su camisa es de seda color crema, y el lazo cuidado de una corbata ciñe ya su cuello ciudadano. Viste traje y chaleco grises, de ese gris rayado de turista que acentúa su aspecto de sajón. La cabeza peinada, rasurado el semblante, toda la exterioridad pueblerina dan al águila solitaria —su modo de mirar y su frente en fuga son bien aquilinos— más que la apariencia de un piloto que ha venido en su puesto, la de un elegante...

El Graf Zeppelin alemán, que llegó a Montevideo en junio de 1934, era la nave “conquistadora definitiva del espacio”. Su capacidad de flotar en el cielo provocaba ese “supremo escalofrío que solo producen los milagros” y verlo era un “maravilloso espectáculo [...] sin antecedentes, que no tiene hilación [sic] lógica con la realidad preexistente, que hiere nuestra impresionabilidad, sin prevenirla”. Las fotografías, en este caso, no solo sirvieron para probar hechos mediante la aparente irrefutabilidad de la evidencia gráfica o para ilustrar ideas y sensaciones para cuya descripción las palabras no alcanzaban, sino que también prefiguraron el mundo posible que el fascismo era capaz de construir. Los montevideanos pudieron ver al Graf Zeppelin sobrevolando Montevideo —en concreto, las tribunas colmadas del Estadio Centenario— un día antes de que la imagen se volviera realidad, mediante un fotomontaje publicitario en que la empresa farmacéutica Bayer expresaba su deseo de que “el

culto Pueblo Uruguayo disfrute de una visión análoga a la presente, iniciadora de un paso más en pro del intercambio intelectual y comercial de la República Oriental del Uruguay con Alemania”.³¹⁹



El hon. Mussolini es un entusiasta de la aviación. Realiza con frecuencia vuelos de un sitio a otro de Italia. En la fotografía aparece con el aviador Ferrarini, en Centocelle, después de un viaje su-
pro la ciudad de Roma.

154



hace estos porque el culto Pueblo Uruguayo disfrute de una visión análoga a la presente, iniciadora de un paso más en pro del intercambio intelectual y comercial de la República Oriental del Uruguay con Alemania.

155

Los redactores de estos textos y los editores que decidían la inclusión y ubicación de estas fotografías eran bien conscientes del uso que estaban haciendo de la cultura del espectáculo. Attila U. Moriconi aceptaba que los italianos eran gobernados “con fantochadas y gestos teatrales”, pero lo consideraba normal en una época —y en especial en un país— que vivía en un estado de carnaval permanente. A. Ortíz de Vargas, que destacaba las obras del fascismo pero criticaba su belicismo, calificaba a Mussolini de “pequeño César de Tablado”. Su carácter como “tirano de estampa”, como hombre “que gusta de dar a sus andanzas íntimas un profundo significado político” y que “cuida con afán desmedido que sus actitudes se aureolen de una suprema teatralidad” no era tanto una crítica como la constatación de una habilidad para manejar los medios de masas: si entraba a la jaula de un león era para transmitir —exitosamente— el mensaje de que el león era el fascismo y él el único capaz de domarlo. Cuando su hija Edda se arrojó al mar para salvar a una niña que estaba por ahogarse se transformó en la “heroína de un emocionante pasaje de película”, de la cual su padre, “un

³¹⁹ “El jefe del gobierno de Italia, aviador”, en *El Diario*, 3 de junio de 1926, portada (**imagen 154**); “Fue alcanzado por un rayo el avión de Mussolini”, en *El Diario*, 6 de julio de 1935, p. 7; “El piloto del Santa María huésped inminente de Montevideo”, en *El Diario*, 12 de marzo de 1923, portada; “De Pineado,” en *El Diario*, 13 de marzo de 1927, p. 3; “Montevideo acoge triunfalmente al águila italiana. En el local del Fascio”, en *El Diario*, 13 de marzo de 1927, p. 10; “Montevideo acoge triunfalmente al águila italiana. En el local del Fascio”, en *El Diario*, 13 de marzo de 1927, p. 10; “Frente al ‘Zeppelin’: conquistador definitivo del espacio”, en *El Diario*, 30 de junio de 1934, p. 16; “Cafiaspirina”, en *El Diario*, 29 de junio de 1934, p. 16 (**imagen 156**).

personaje resueltamente cinematográfico”, que no pierde oportunidad de “serlo y de parecerlo” debía estar naturalmente orgulloso.³²⁰

3.8 La revolución de marzo

Cuando el 30 de marzo 1933 el Presidente de la República decretó la censura previa de los diarios que le hubieran atribuido o le atribuyeran propósitos dictatoriales y, al día siguiente, disolvió la Asamblea General y el Consejo Nacional de Administración, difícilmente algún lector habitual de *El Diario* haya sido tomado por sorpresa. En sus páginas, el golpe de Estado se venía preparando —sentimental y políticamente— desde hacía mucho tiempo. Para uno de los contertulios que El Cojo Quiñones imaginó sentados a la mesa de un Café montevideano en mayo de 1928, habiendo “fracasado el parlamentarismo [...] los políticos profesionales y los estadistas congénitos, el mundo va hacia la dictadura” y en Montevideo, al motín que desembocaría en ella

lo venimos ladrando desde hace un par de años, por lo menos, [...] se le discute públicamente en la calle y en el café y se bordea su tema en la tribuna periodística [pero aún] no estamos preparados para él [...]. Es menester arraigar la idea en la conciencia colectiva, profundamente tradicionalista todavía.

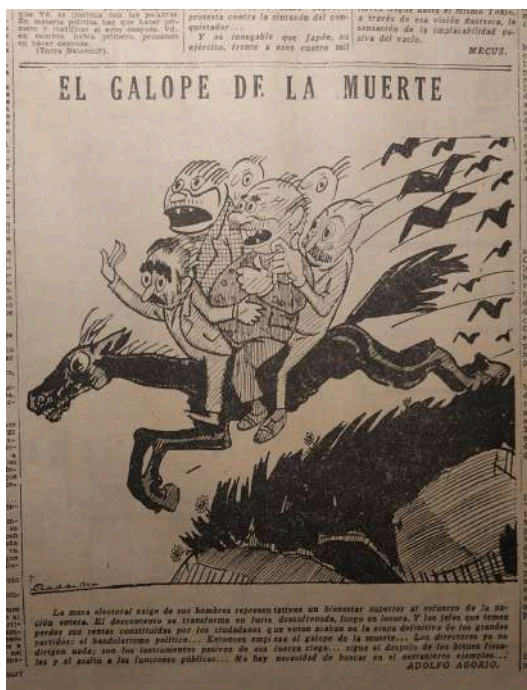
Ese anhelo explica la insistencia en que “el ejemplo dado por el gran país latino —Italia— debe ser estudiado y seguido por nosotros” o la premonitoria lectura de Gabriel Terra, apenas asumida su presidencia en marzo de 1931, como un “gendarme sublevado [en quien] hemos encontrado un aliado apreciable”. Quizá también la ilusión de que “el día venturoso y próximo en que se derrumbe el colegiado” la cámara de fotos de Anselmo Carbone fuera a sorprenderlo “en la caída de patas arriba y con ‘todo’ al aire”.³²¹

La campaña contra el régimen colegiado se intensificó notoriamente a partir de febrero de 1933: en la imaginación gráfica de Mario Radaelli —ocasionalmente complementada con

³²⁰ A.U.M. [Atilla U. Moriconi] “Carnaval Nation”, *El Diario*, 26 de mayo de 1926; A. Ortiz de Vargas, “Crónicas de Nueva York. Ave César Imperatore”, en *El Diario*, 5 de julio de 1930, p. 12.; “Mussolini y su león”, en *El Diario*, 21 de enero de 1925, p. 3; “De tal palo...” en *El Diario*, 5 de mayo de 1925, p. 3.

³²¹ “El decreto del Poder Ejecutivo disponiendo medidas extraordinarias”, en *El Diario*, 30 de marzo de 1933, p. 12; “Por decreto el Poder Ejecutivo se constituye el nuevo gobierno de la nación”, en *El Diario*, 31 de marzo de 1933, p. 12; El Cojo Quiñones [Juan Carlos Faig], “El reportaje que no se hizo. La filosofía del motín”, en *El Diario*, 6 de mayo de 1928, p. 3; El Cojo Quiñones [Juan Carlos Faig], “Ensayos a contraluz. Aspectos filosóficos del motín”, en *El Diario*, 25 de mayo de 1928, p. 3; “La intervención del Estado en Italia”, en *El Diario*, 22 de noviembre de 1927, p. 3; “Se sublevó un gendarme”, en *El Diario*, 6 de marzo de 1931, p. 3; Maese Nicolás [Horacio Abadie Santos], “Charlas de un hortera. Anselmo Carbone, aviador y detective”, en *El Diario*, 28 de enero de 1929, p. 3.

textos de Adolfo Agorio— para entonces la república era un caballo desbocado que galopaba hacia el despeñadero o una trasnochada Marianne caída en desgracia bajo el peso de las deudas y la presión del presupuesto. Para José María Peña, “ha entrado en estado comatoso [y] perece bajo el agobio de su propia impotencia”. Sus defensores se reducían a unos pocos “conferencistas [que habitan] un plano astral [y] que no saben mirar la realidad” (la referencia era al filósofo Carlos Vaz Ferreira) y a los “bandoleros políticos” que aprovechaban sus ideas para vivir sin trabajar; en todo caso, ya eran pocos y estaban débiles, al punto de que se volaban con el viento como hojas secas en invierno. En las horas previas al golpe, estaba claro que “el pueblo no puede más”, de acuerdo a varios pequeños comerciantes de la Ciudad Vieja que opinaron no desde la doctrina que teorizaba sobre lo correcto y lo incorrecto, sino desde la experiencia: “no pretendo hacer cátedra de Derecho Constitucional, sino que hablo de acuerdo a los dictados de mi conciencia”, dijo uno de ellos. La situación exigía “un gobierno de concentración” y los “más elocuentes ejemplos” sobre cómo formarlo los ofrecían “el dictador de Italia [...] y el dictador del Reich”.³²²



³²² [Mario] Radaelli y Adolfo Agorio, “El galope de la muerte”, en *El Diario*, 7 de febrero de 1933, p. 3 (**imagen 156**); [Mario] Radaelli, “¡Lo que puede el optimismo!”, en *El Diario*, 8 de febrero de 1933, p. 3 (**imagen 157**); Tristán [José María Peña], “Breve exculpación de la democracia”, en *El Diario*, 7 de febrero de 1933, p. 3; “¿En defensa de las instituciones o de qué?”, en *El Diario*, 16 de febrero de 1933, p. 3; [Mario] Radaelli, “El Carnaval de ayer”, en *El Diario*, 2 de marzo de 1933, p. 3; “Destacados comerciantes opinan sobre el movimiento reformista”, en *El Diario*, 30 de marzo de 1933, p. 3; “La experiencia del momento”, en *El Diario*, 10 de marzo de 1933, p. 3; “De la actualidad internacional. La crisis de la democracia”, en *El Diario*, 26 de marzo de 1933, p. 3.

El 1° de abril de 1933, en el mundo imaginario desplegado en las páginas de *El Diario*, Uruguay renació. El amanecer venturoso que dibujó Radaelli mostraba que

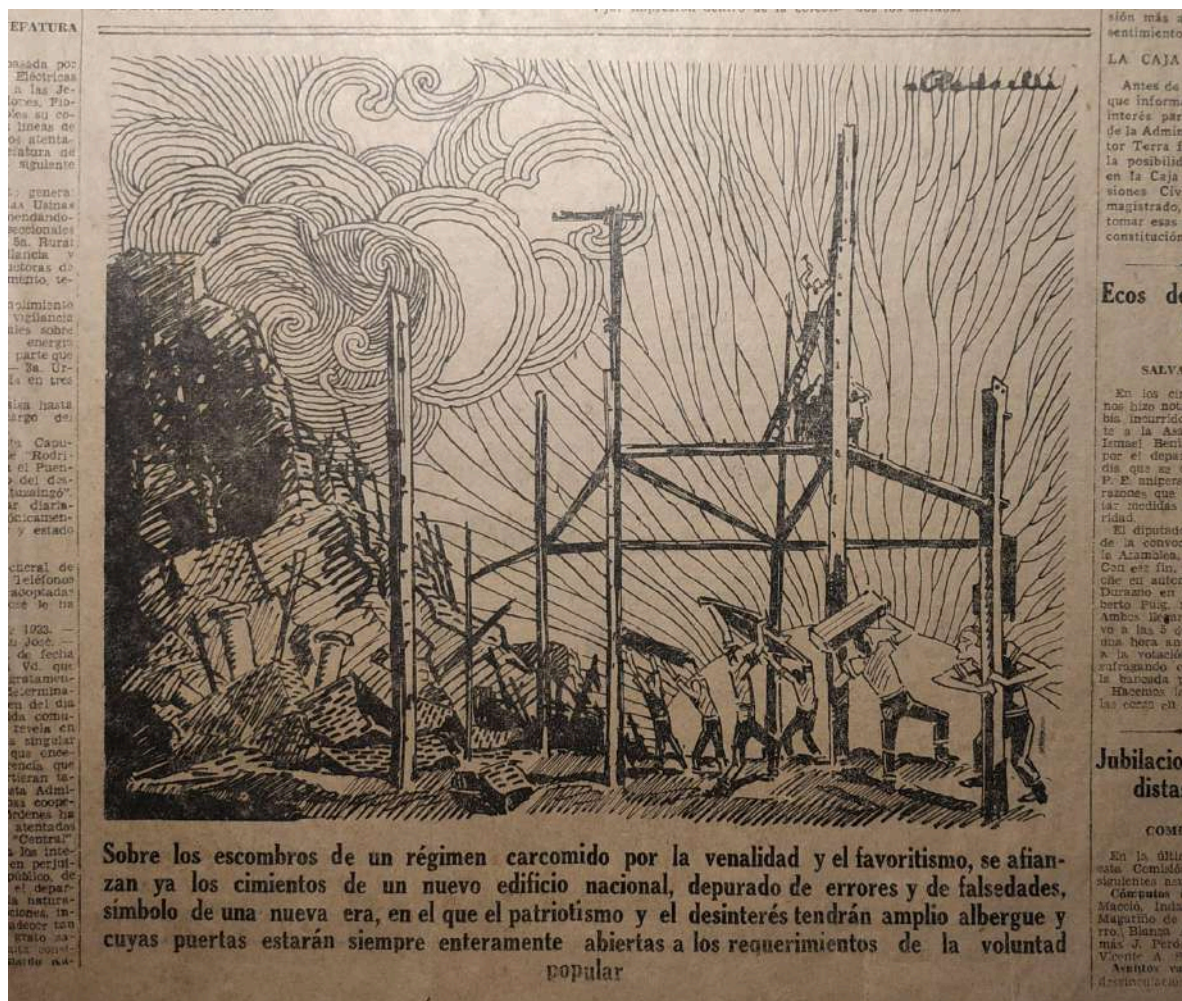
sobre los escombros de un régimen carcomido por la venalidad y el favoritismo se afianzan ya los cimientos de un nuevo edificio nacional, depurado de errores y de falsedades, símbolo de una nueva era en que el patriotismo y el desinterés tendrán amplio albergue y cuyas puertas estarán siempre enteramente abiertas a los requerimientos de la voluntad popular.

La “casta” de privilegiados conformada por políticos profesionales desapareció, como celebró Radaelli burlándose del diputado departamental que antes alardeaba de su gratuito consumo de los disfrutes populares (cine, teatro, fútbol, box, turf, tranvía) y que ahora se aburría en soledad porque tenía que pagar por ellos como cualquiera. El “saneamiento de los cuadros dirigentes de la Policía” desterró las prácticas corruptas implantadas durante el “régimen depuesto” y con ello la fuerza conquistó, por fin, la confianza de la población. Los empleados públicos “que en el régimen anterior [...] conocían solo por referencias las oficinas [...] en cuyos presupuestos figuraban”, fueron obligados a trabajar. Por eso, Montevideo pasó a estar “sensiblemente mejorada”, a juzgar por ejemplos como la eliminación “de los antiestéticos y poco higiénicos quioscos y negocios del Parque Rodó” o la inauguración del último trozo de la rambla sur. En “los barrios humildes de la ciudad [...] ya no tienen hambre los nenes” gracias a que

funcionan ahora puestos municipales para la venta de artículos alimenticios a precios, que por su exigüidad, marcan un profundo contraste con las elevadas tarifas que regían anteriormente. [...] Un detalle que es conveniente consignar, porque indica que las autoridades municipales están dispuestas a economizar en lo que sea posible, es el de que cada uno de los estos puestos [...] es atendido por un solo empleado [...] pero activo y diligente en todos los casos, que atiende con la misma solicitud con que podría hacerlo un comerciante interesado en conservar su clientela.

Si las calles de la ciudad, de todos modos, seguían sucias, era por culpa de los “barrenderos del viejo régimen, que hacen derrotismo”. Los extranjeros sin trabajo ni recursos estaban próximos a ser repatriados para beneficio de la economía y “saneamiento del ambiente” y por eso el moderno edificio inaugurado tres años antes para alojar a los inmigrantes recién llegados pasó ser ocupado por la Intendencia del Ejército y la Armada:

el establecimiento se vió invadido por gentes muy distintas de las que en realidad necesitaba, que [hicieron] de él un asilo cómodo y seguro que permitía a sus huéspedes una vida de prolongada ociosidad. [...] Los empleados que hasta hace muy pocos días estuvieron a cargo del establecimiento [constituían] familias enteras. [...] En verdad, puede decirse que aquello era “propiedad” de unas pocas familias burocráticas que ahora serán desalojadas. [...] El edificio costó trescientos mil pesos, pero esa inversión no dio ningún resultado. Era plata tirada a la calle, que ahora recupera el Estado.³²³



Sobre los escombros de un régimen carcomido por la venalidad y el favoritismo, se afianzan ya los cimientos de un nuevo edificio nacional, depurado de errores y de falsedades, símbolo de una nueva era, en el que el patriotismo y el desinterés tendrán amplio albergue y cuyas puertas estarán siempre enteramente abiertas a los requerimientos de la voluntad popular

³²³ [Mario] Radaelli, Sin título, en *El Diario*, 1º de abril de 1933, p. 3 (**imagen 158**); [Mario] Radaelli, “La tragedia del perfecto portugués”, en *El Diario*, 6 de abril de 1933, p. 3; “El instituto policial y su identificación con el pueblo”, en *El Diario*, 2 de enero de 1935, p. 3; “Lo que va de ayer a hoy. La asistencia de los empleados a las oficinas públicas”, en *El Diario*, 22 de abril de 1934, p. 4; “Mejoras realizadas en el Parque Rodó”, en *El Diario*, 17 de noviembre de 1934, p. 3; “La inauguración de un nuevo trozo de la rambla sud”, en *El Diario*, 23 de diciembre de 1935, p. 3; “Ya tiene el pueblo lo que necesita. La creación de puestos municipales constituye una verdadera filantropía”, en *El Diario*, 17 de abril de 1933, p. 12; [Mario] Radaelli, “El nuevo régimen limpia todo, menos la ciudad”, en *El Diario*, 16 de mayo de 1933, p. 3; “El reempatrio de los extranjeros sin trabajo”, en *El Diario*, 4 de abril de 1933, p. 3; “Se va el Hotel de Inmigrantes”, en *El Diario*, 4 de mayo de 1933, p. 12.

Si bien en la fundamentación de estos éxitos hubo menciones a la nóvel Junta de Gobierno instalada tras el golpe de Estado —entre cuyos miembros estaba Pedro Manini Ríos—, el mérito principal debía atribuirse a la especial comunión formada entre el líder de “revolución de marzo” y su pueblo, lo cual fue un punto de contacto con el imaginario elaborado sobre la experiencia de los fascismos europeos. Cuando Gabriel Terra volvió al país tras una visita de varias semanas a Brasil en 1934 fue recibido por una “enorme muchedumbre” y en las fotografías del momento se lo vió “materialmente en poder del pueblo”. Cuando sobrevivió a un atentado contra su vida en junio de 1935, el respaldo a la revolución quedó probado “por el fallo de la gran urna de la Avenida 18 de Julio” ocupada por millares de personas que salieron a manifestar su adhesión. El respaldo popular al nuevo régimen era fruto, además, de un aprendizaje: “la gente” había internalizado una nueva concepción de la política, en la cual el derecho y la doctrina eran distracciones que impedían encarar los “verdaderos problemas del país”. Como dijera Mario Radaelli “el mundo es del ‘hecho’, la teoría es humo de paja” y por eso era inútil el intento de la prensa opositora por “enardecer los ánimos” con denuncias contra “la dictadura”:

la gente ya está de vuelta y no cree en brujas... Por más que se llenen las planas apresuradamente de sueltos que aunque se quiera no tienen fuerza de convicción, se ven condenados a apreciar como tanta prédica ficticia cae en el anonimato cuando no en medio de la mayor indiferencia. [...] El pueblo, como quien dice, no quiere caldo. ¿Por qué se empeñan, pues, en darle tres tazas?³²⁴

El gobierno del futuro dejaría de lado el “fetichismo democrático” en torno a la importancia de la suma de los votos. Lo que lo sostendría sería la voluntad y el empuje de aquellas personas que, por su rol destacado en el aparato productivo y comercial, sabían lo que había que hacer para mejorar la vida de todos:

para los intereses del comercio y la industria de nuestro país, sería preferible [...] que las corporaciones de los productores de riqueza tuviesen en los organismos oficiales el poder suficiente para defender esa misma riqueza contra los asaltos de la política electoralista. No hay que forjarse muchas ilusiones respecto del porvenir, sino se cambia la naturaleza del sistema representativo. [...] Un elemento nuevo, únicamente, podría dar flexibilidad, vida, riqueza de sentido [...] y ese

³²⁴ “El recibimiento popular al presidente Terra”, en *El Diario*, 17 de setiembre de 1934, portada (**imagen 159**); “En una noche inolvidable, el pueblo reiteró su adhesión al gobierno nacional”, en *El Diario*, 9 de junio de 1935, portada (**imagen 160**); Mario Radaelli, “Su majestad el hecho”, en *El Diario*, 1 de julio de 1934, p. 3; “Al que no quiere caldo”, en *El Diario*, 22 de agosto de 1934, p. 3.

elemento nuevo es la representación corporativa, [que constituye] el medio eficaz por el cual las fuerzas vivas del país pueden cooperar a la obra común y hacer sentir su influencia independientemente de los intereses electorales.³²⁵



159

³²⁵ “La implantación del corporativismo”, en *El Diario*, 8 de julio de 1933, p. 3; “En torno del corporativismo”, en *El Diario*, 29 de mayo de 1933, p. 3.

En una noche inolvidable, el pueblo reiteró su adhesión al gobierno nacional



Aunque la expresión gráfica, es nada más que un pálido reflejo del inmenso mar de anochas, en las notas de esta página hallará el lector el documento irrefragable e inextinguible de esta gran noche, aludida, sujeta al fallo de la gran urca de la Avenida 18 de Julio. — Otra prueba más del régimen creado por la revolución del 31 de Marzo.

CIGARRILLOS INVICTOS - Clase Superior

18 cigarrillos de 1/2 gramo de tabaco
sabano - \$ 0.08 LA CAJILLA

Conclusiones

El progresivo lugar protagónico de la sensibilidad formulada por las derechas radicales en el cuadro de la cultura política montevideana durante las décadas del veinte y treinta del siglo XX obedeció a factores políticos y económicos que trascendieron las fronteras nacionales y regionales, pero es inexplicable sin tener en cuenta procesos de producción de sentido que también fueron globales y cuyo epicentro estuvo en las ciudades metropolitanas. Sin la subvención indirecta que las empresas comerciales dirigieron a la prensa a través de la publicidad, sin los cables telegráficos, las ondas de radio y la tecnología aeronáutica que aceleraron las conexiones intercontinentales, sin las campañas de alfabetización que disponibilizaron una “masa” de lectores y sin el desarrollo de industrias fotográficas y cinematográficas que normalizaron la producción y circulación de una cultura visual espectacular, la experiencia y los relatos producidos en Europa sobre los efectos sociales de la Gran Guerra —o en Europa y Estados Unidos y la propia América Latina sobre los cambios culturales aparejados por la modernidad— no habrían alcanzado el grado de pertinencia que alcanzaron para explicar los avatares de una ciudad ubicada a miles de kilómetros de distancia. Esto no implica negar la circulación de tradiciones políticas y culturales en clave sur-sur, pero sí remarcar la centralidad del mundo occidental en la globalización de experiencias y relatos significativos.

Los diarios fueron agentes de *sintetización* y *producción* de la experiencia urbana. Lo primero, porque sus narrativas derivaron (no pudo ser de otra forma) de las experiencias y relaciones sociales de las que sus hacedores formaron parte: su clase social, su identidad de género, sus tradiciones, sus espacios de sociabilidad, sus consumos culturales, incluso sus eventos traumáticos, si tomamos como tales aquellos que sin dudas lo fueron para los hacedores de noticias e información de los países centrales, como la Gran Guerra, con quienes los montevidianos se identificaron; lo segundo, porque esa elaboración necesariamente sintética (esa *actualización* , podríamos decir, retomando los términos de Rouillé para referirse a los efectos de las palabras y las imágenes sobre las experiencias) incluyó —de manera consciente o no— un sentido sobre esas experiencias y relaciones y, por lo tanto, funcionó como una guía para entenderlas, ubicarse dentro de ellas y a su vez producir nuevas experiencias. Si bien su agencia funcionó en relación con los otros objetos culturales masivos (las revistas ilustradas, el cine y el teatro por secciones, la radio a partir de los años treinta) ninguno de ellos igualó su presencia cotidiana — *diaria* y hasta podríamos decir *permanente* ,

si tenemos en cuenta que toda la jornada, desde el día hasta la noche, estaba cubierta por ellos— en las calles y en otros espacios de socialización de la urbe.

El Diario fue clave para que eso sucediera. Su escaso precio le permitió ser accesible para amplios sectores de la población, su estetización —textual y visual— de la realidad lo volvió atractivo a la vez como objeto de información y entretenimiento, su horario de salida le permitió tallar como ningún otro en los espacios de sociabilidad masculina de los sectores medios y populares y su funcionalidad para la resolución de problemas concretos de esos sectores le permitió definir un sentido político para sus demandas. Su indudable popularidad —por lo menos durante el tramo final del período considerado por esta investigación— prueba uno de los siguientes dos enunciados: o bien el considerable (aunque sin dudas no absoluto) éxito de un proyecto que se propuso definir y elaborar la cultura política de los montevideanos —y, para ello, conquistar un espacio relevante en un mercado mediático muy competitivo— o bien su capacidad de interpretarla —y de detectar su existencia, digamos, *previa*— de manera correcta. O prueba, quizá, una combinación de ambos: la existencia, por un lado, de una subjetividad —urbana, masculina, blanca, ubicada socialmente a caballo entre los sectores medios y populares— para la cual las culturas políticas disponibles habían dejado de ser funcionales, relevantes o pertinentes para resolver los dilemas de la existencia; la emergencia, por otro, de una cultura política alternativa —y exitosa— para esa subjetividad, que incorporó tradiciones de las derechas locales, imaginarios de las derechas globales y recursos de la cultura de masas.

El lugar de producción de ese modelo es algo más difícil de determinar. Si bien es tentador identificarlo exclusivamente con el sector riverista del Partido Colorado, cabe recordar que *El Diario* también operó como anexo a funciones básicas del Estado capitalista que trascendió a los partidos (por ejemplo en su defensa de la propiedad privada y el rol garantista de la Policía) y como una empresa comercial dependiente de la venta tanto de servicios publicitarios para otras empresas como (aunque en menor medida) de entretenimiento para sus consumidores. Esto no implica minimizar su rol como herramienta de comunicación al servicio de un sector o partido pero sí invita a pensar en la variedad de actores —sociales, empresariales, diplomáticos— que incidieron en sus operaciones.

El medio ambiente en el que actuó —y que a su vez reprodujo— fue una ciudad donde el consumo de textos, imágenes y sonidos producidos y difundidos por medios técnicos era la forma habitual de acceder a la cultura masiva. Sin embargo, su público de destino —y probablemente su consumo efectivo— tuvo un corte particular en términos de género y clase social. Esto no quiere decir que *El Diario* solo haya sido consumido por varones provenientes

de los sectores medios y populares, pero sí que el estudio de los términos específicos en que se produjo y reprodujo la masculinidad urbana durante ese período no puede desconocer los textos e imágenes que esos varones consumieron de manera cotidiana, entre los cuales sin dudas estuvo la prensa vespertina y en particular *El Diario*.

La forma en que se produjo esa actuación es reveladora de una hibridación entre recursos narrativos y tecnográficos que advierte contra la tentación simplificadora de separar el periodismo de la literatura y las imágenes de los textos. Aquello de lo que *El Diario* dió cuenta de manera cotidiana (“el mundo”, “la ciudad”, “los hechos”) fue el resultado inestable y transitorio de las operaciones procesadas por una variedad de agentes (periodistas, publicistas, fotógrafos, ilustradores editorialistas, políticos, sueltistas, redactores de cables) y de una combinación cambiante de prácticas entre las que contaron la observación, la imaginación, la síntesis y la especulación. Esto señala a la prensa como una fuente historiográfica menos indicadora de la realidad que de las operaciones y disputas sociales para definirla, dotarla de sentido y volverla operativa. No es menor realizar esta advertencia en un campo historiográfico donde la presencia de la prensa periódica tiene un lugar destacado en tanto fuente —de la cual se suele problematizar no más que su adscripción político-partidaria o ideológica— pero reducido en tanto objeto de estudio.

La poderosa visualidad fotográfica desplegada en las páginas de *El Diario* es indicativa de un tiempo/espacio donde ese tipo de imágenes cumplió un rol determinante en la construcción de sentidos comunes sociales. Si bien esa visualidad circuló siempre en relación de dependencia con una dimensión textual (desde largos textos a breves epígrafes) dedicada a anclar uno entre sus múltiples sentidos posibles, su protagonismo obliga a considerarla como un factor de afectación con peso propio. En otras palabras, si lo que dijo *El Libro del centenario* en 1925 (“bastaría esa primera plana [totalmente gráfica] para hacer de ella una publicación interesante”) es revelador de alguno de los motivos por lo cuales *El Diario* se volvió tan popular, es necesario investigar los marcos perceptivos desde los cuales sus lectores se lo apropiaron y los efectos de esa apropiación en sus percepciones. Mi aproximación a ese problema indica que *El Diario* puso en circulación un mundo de imágenes que definió la realidad (Montevideo y el mundo) en términos espectaculares, esto es, como una entidad independiente de la agencia de las personas comunes y corrientes, una cosa más a *ser vista* que alterada, a no ser por parte de aquellos grandes hombres que —de acuerdo a las narrativas producidas por ese mismo espectáculo— tenían las competencias para hacerlo.

En el imaginario sobre la modernidad que puso en circulación *El Diario* confluyeron de manera conflictiva distintos factores económicos, políticos, urbanísticos, demográficos y

culturales. De este conflicto derivó un carácter ambiguo y contradictorio que, por un lado, celebró el salto civilizatorio implicado en la emergencia de tecnologías como la aeronáutica o las telecomunicaciones y en el atractivo estético de la revolución urbanística que estaba ocurriendo en Montevideo —con sus hermosas tiendas, ramblas y rascacielos y sus multitudes dignas de contemplarse como un paisaje en movimiento— y, por otro, lamentó sus evidentes rasgos de decadencia, sin limitarse a reproducir los tópicos que las derechas venían elaborando desde inicios del siglo XX sino agregando otros de naturaleza popular o mundana: no se trataba solo —ni siquiera necesariamente— de la decadencia estética o espiritual que habían formulado intelectuales de las elites como Julio Herrera y Reissig o José Enrique Rodó, sino de una crisis generalizada del mundo que abarcaba lo universal y lo cotidiano, desde los impredecibles fenómenos atmosféricos hasta la confusión e intercambio de los roles de género, desde la apocalíptica guerra que asomaba como una fatalidad hasta la plaga de suicidas y “locos sueltos” que había en las ciudades, desde la pérdida de trabajo e identidad nacional causada por la llegada de inmigrantes sin patria ni bandera hasta la invasión de los espacios de sociabilidad de las gentes respetables por parte de los sectores populares que abusaban del descanso dominical y el transporte eléctrico, desde la emergencia de muchedumbres irracionales capaces de poner el mundo en riesgo hasta la expansión de Montevideo bajo la forma de un archipiélago hecho de suburbios miserables y peligrosos.

La crisis de la democracia fue un correlato natural de ese imaginario. Si el mundo había cambiado tanto y en tan poco tiempo —si seguía cambiando, en tiempo real, ante los ojos de los contemporáneos—, un orden político anquilosado y hablador —tal la imagen de la república batllista— no podía ser funcional a su gobierno. A una sociedad inestable e incierta debía responder una política decidida y veloz; al caos, el orden; al concierto histérico y femenino de las muchedumbres la firmeza de un liderazgo viril. Pero esa respuesta no podía descansar en la nostalgia, porque el pasado había muerto. Como habían demostrado los fascismos europeos, la modernidad no podía detenerse pero sí dirigirse por nuevos rumbos y ese fue el sueño —que no, por su puesto, el resultado— de por lo menos un sector de la colación político-empresarial que en 1933 dió inicio a la Revolución de marzo.

Los resultados de esta investigación no permiten concluir que las disputas por el sentido común ocurridas en la *Montevideo de entreguerras* hayan derivado en la conformación hegemónica de una cultura política fascista, ni siquiera *parafascista* (empleado la categoría de Roger Griffin para describir a esos regímenes que adoptan su parafernalia pero no sus objetivos revolucionarios). Una afirmación de este tipo requería de un estudio mucho más amplio en términos de actores y de fuentes y probablemente no sea sustentable. Pero sí

que la ciudad batllista —su optimismo en cuanto a la integración social y extranjera, su noción de progreso, su republicanismo— fue desafiada con éxito no solo por el liberalismo y el conservadurismo y que ya antes de los años treinta (cuando la crisis financiera de 1929 empezó a producir efectos económicos en Uruguay) pero especialmente a partir de entonces, una porción imposible de cuantificar pero no desdeñable de los sectores medios y populares urbanos estaba en estrecho contacto cotidiano no solo con un volúmen abundante de propaganda favorable a los totalitarismos europeos —lo cual quizá fuera un indicador no más que de la superficie de una cultura— sino también —retomando las categorías de Koselleck— con un espacio de experiencia decadentista en relación a la modernidad y fascista en relación al horizonte de expectativas.

El mundo multipolar en cuyo marco campearon el terrismo y las derechas radicales uruguayas fue cancelado por la Segunda Guerra Mundial y el panamericanismo. Los sueños de un futuro fascista debieron olvidarse y sus principales soñadores reconvertirse en “demócratas” para sobrevivir en la nueva geopolítica. Lo que no sabemos es qué pasó con el oficinista público que leía *El Diario* luego de la siesta, con el carnicero de La Unión que comentaba las noticias con sus clientes, con el obrero del Buceo que fue hasta la redacción para agradecer la colecta que le permitió reconstruir su casa luego del incendio o con el canillita que llamaba para avisar los accidentes de tránsito. No sabemos qué pensaban y sentían ellos ni los miles de anónimos empleados y trabajadores que leían y miraban *El Diario* todos los días cuando terminaba su jornada laboral, en el bar con sus compañeros o en el tranvía de regreso a casa. Pero cabe la posibilidad de que en esas prácticas se halle el germen difuso y esquivo pero potente —como lo puede ser el origen de un sentimiento— de una derecha popular, urbana y moderna que aún está entre nosotros.

Fuentes

Entrevistas

Añón, Horacio. Entrevista realizada por Mauricio Bruno el 18 de setiembre de 2019.

Fernández, Andrés. Entrevista realizada por Mauricio Bruno el 1 de setiembre de 2016.

Manini Ríos, Hugo. Entrevista realizada por Diego Zas y Juan Hounie en *Fácil desviarse*:
<https://www.delsol.uy/facildesviarse/zonaludica/el-manual-de-estilo-de-la-manana>

Diarios y revistas

El Diario, Sociedad editora uruguaya sociedad anónima. Años 1923-1935.

El Uruguay gráfico, años 1920, 1923.

La Batalla. Año 1920.

La cruz del Sur. Año 1929.

La Tribuna Popular. Años 1902, 1923.

Imparcial. Año 1920.

La Mañana. Años 1923, 1930.

Mundo Uruguayo. Año 1920, 1926.

Informes sobre prensa

Archivo General de la Nación, Fondo Luis Batlle Berres, Caja 140, documento 9, “Informe parcial relativo a la difusión de los diarios capitalinos La Mañana y El Diario en los departamentos de campaña, referido preferentemente a las capitales y a los pueblos principales”, 12 de marzo 1950.

Archivo Histórico de Cancillería (MREC), Fondo División Política, 1947, Caja 13, Expediente 2, “La prensa en Uruguay”. Informe elaborado por Guillermo Spika Santillán, primer secretario de de la embajada argentina en Uruguay, para el Ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, Juan Atilio Bramuglia. 22 de enero de 1947.

López Campaña, Perfecto (director), *El libro del centenario del Uruguay*, Montevideo, Agencia de Publicidad Capurro y Compañía, 1926.

Boletín Ímpetu. Año 1958.

Novelas

Arlt, Roberto, *Los lanzallamas*, Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora S.A., 1972, [1931].

Bibliografía

Archivos e historiografía

Caimari, Lila, *La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

Farge, Arelette, *La atracción del archivo*, Valencia, Edicions Alfons el Magnam, IVEI 1991 (1989).

Jablonka, Iván, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.

Le Goff, Jacques, “¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?” México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 2017.

Marco, Jorge, “La voz del historiador. El ‘yo’ en los relatos historiográficos (1980 - 2023)”, en *Anuario* N° 39 / ISSN 1853-8835 / 2023.

Historia del Uruguay

Barrán, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en Uruguay. La cultura “bárbara”. El disciplinamiento*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2012.

Barrán, José Pedro, *La medicalización de la sociedad*, Montevideo, Nordan Comunidad, 1993.

Barrán, José Pedro, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del novecientos*, Montevideo, Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias, 2009.

Barrán, José Pedro; Nahum, Benjamín, *Batlle, los estancieros y el imperio británico. Tomo 1: el Uruguay del novecientos*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1979.

Caetano, Gerardo, *La República batllista. Ciudadanía, republicanismo y liberalismo en Uruguay (1910-1933). Tomo 1*, Montevideo, Banda Oriental, 2011.

Caetano, Gerardo, *La República conservadora. Tomo 1. La "guerra de posiciones"*, Montevideo, Fin de Siglo, 1992.

Caetano, Gerardo; Jacob, Raúl, *El nacimiento del terrismo (1930-1933)*, Montevideo, Banda Oriental, 1989.

Caetano, Gerardo; Jacob, Raúl, *El nacimiento del terrismo. Tomo 2: camino al golpe (1932)*, Montevideo, Banda Oriental, 1990.

Coll, Magdalena, *El habla de los esclavos africanos y sus descendientes en Montevideo en los siglos XVIII y XIX. Representación y realidad*, Montevideo, Academia Nacional de Letras, 2010.

Cuadro, Inés, "Los varones reaccionan: masculinidades uruguayas en el novecientos", en *Avances del Cesor*, 2023, vol. 20, núm. 29, Julio-Diciembre, ISSN: 1514-3899 / 2422-6580.

Fernández Saldaña, José María, *Diccionario uruguayo de biografías*, Montevideo, Ediciones Amerindia, 1945.

Funes, Patricia, "Literatura y nación en tiempos del centenario. Argentina y Uruguay (1910-1930)", en Caetano, Gerardo, *Los uruguayos del centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación (1910-1930)*, Montevideo, Taurus, 2000.

Hein, Pablo; Larrobla, Cristina; Nóvoa, Gabriela; Canetti, Alicia; Heuguerot, Cristina; Gonzalez, Víctor; Caligaris, Adriana; Torterolo, María José; *Enigmas y estigmas del suicidio en Uruguay*, Imprensa Rojo SRL, 2020.

Intendencia Municipal de Montevideo, *Estatuas y monumentos de Montevideo*, Servicio de Publicaciones y Prensa de la Intendencia de Montevideo, 1986.

Jacob, Raúl, *La quimera y el oro*, Montevideo, Arpoador, 2000.

Jacob, Raúl, *El Uruguay de Terra. 1931-1938*, Montevideo, Banda Oriental, 1983.

Oddone, Juan Antonio, *Uruguay entre la depresión y la guerra: 1929-1945*, Montevideo, FCE, 1990.

Pellegrino, Adela, *Caracterización demográfica del Uruguay*, Montevideo, Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, 2003, p. 8
http://anep.edu.uy/historia/clases/clase20/cuadros/15_Pellegrino-Demo.pdf

Rodríguez Ayçaguer, Ana María, “La república del compromiso. 1919-1933”, en AAVV, *Historia del Uruguay en el siglo XX*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2008.

Rodríguez Ayçaguer, Ana María, “Política exterior y política económica en el Uruguay de Terra. El proceso de toma de decisiones en relación con la posición a adoptar ante las sanciones impuestas a Italia por la Sociedad de las Naciones. (1935-1936).” Ponencia presentada en III Jornadas de Historia Económica, (Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales, 9-11 de julio de 2003.
https://www.audhe.org.uy/Jornadas_Internacionales_Hist_Econ/III_Jornadas/Simposios_III/06/Rodriguez.pdf

Ruiz Esther, “Del viraje conservador al realineamiento internacional. 1933-1945”, en AAVV, *Historia del Uruguay en el siglo XX*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2008.

Scarone, Arturo, *Diccionario de seudónimos del Uruguay*, Montevideo, Claudio García editores, 1942.

Trochon, Ivette *Las mercenarias del amor. Prostitución y modernidad en el Uruguay (1880-1932)*, Montevideo, Taurus, 2003.

Vanger, Milton, *José Batlle y Ordóñez y la elección de 1926. El fin de la edad dorada del colegiado*, Montevideo, Banda Oriental, 2012.

Modernidad y tiempo histórico

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre los orígenes y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991 [1983].

Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004 [1982].

Castelló, E. “Anderson y los medios. La fuerza de las “comunidades imaginadas”. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 130 (1). 75-80, 2016.

Dubet, François, *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y al resentimiento y desalienta la lucha por una sociedad mejor*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020.

Hartog, François, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad Iberoamericana, A.c., 2007 (2003).

Kohan, Martín, *La vanguardia permanente*, Buenos Aires, Paidós, 2021.

Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993.

Luiselli, Valeria, *Desierto sonoro*, Madrid, Sexto Piso, 2019.

Marchesi, Aldo; Markarián, Vania, *El tiempo no para*, Montevideo, Ediciones del Berretín, 2025.

Markarián, Vania *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Montevideo, Estuario Editora, 2022.

Peset, José Luis; Pesey, Mariano (estudio preliminar), *Lombroso y la escuela positivista italiana*, Madrid, Ediciones Castilla S.A., 1975.

Montevideo y “ciudad metropolitana”

Aguiar, Sebastián; Borrás, Víctor; Cruz, Pablo; Fernández Gabard, Lucía; Pérez Sánchez Marcelo (coords), *Habitar Montevideo: 21 miradas sobre la ciudad*, Montevideo, IM - Friedrich Ebert Stiftung - FCS/UDELAR, 2019.

Alfaro, Milita, *Jaime Roos. El montevideano. Vida y obra*, Montevideo, Planeta, 2017.

Alfaro, Milita, “Otras miradas sobre la crisis de los años 30. Aproximaciones a la articulación entre política y sociedad desde una fuente no tradicional”, en *IV Congreso de Historia Política*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, 2013.

Altezor, Carlos y Baracchini, Hugo, *Historia urbanística y edilicia de la ciudad de Montevideo*, Junta Departamental de Montevideo - Biblioteca José Artigas, 1971.

Álvarez Lenzi, Ricardo; Arana, Mariano; Bochiardo, Livia, *El Montevideo de la expansión (1868-1915)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986.

Antola, Susana; Ponte, Cecilia; “La nación en bronce, mármol y hormigón armado”, en Caetano, Gerardo, *Los uruguayos del centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación (1910-1930)*, Montevideo, Taurus, 2000.

Azarola Gil, Luis, *Ayer. 1882-1852*, Montevideo, Edición de Lausana, 1953.

Bouret, Daniela, Remedi, Gustavo, *Escenas de la vida cotidiana. El nacimiento de la sociedad de masas (1910-1930)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009.

Caetano, Gerardo; Medero, Santiago, *Nuestra Montevideo. Fascículo XV: Montevideo futura*, Montevideo, Intendencia de Montevideo, 2024.

Caetano, Gerardo; Pérez, Cecilia; Tomeo, Daniela, “Baroffio, arquitectura y primer batllismo: las bases físicas de un modelo de ciudadanía”, en AAVV, *Eugenio P. Baroffio. Gestión Urbana y arquitectónica. 1905-1956*, Montevideo, Facultad de Arquitectura - Universidad de la República, 2010.

Castellanos, Alfredo R., *Historia del desarrollo edilicio y urbanístico de Montevideo (1829-1914)*, Montevideo, Junta Departamental de Montevideo - Biblioteca José Artigas, 1971.

Cohen, Verónica Lucila “Automóviles y locomotoras con aires de Postrosfuturismo en la literatura montevideana de Alfredo Mario Ferreiro”, en *Index, Revista De Arte contemporáneo*, (07), 86–93. <https://doi.org/10.26807/cav.v0i07.231>

Couriel, Jack, *De cercanías a lejanías. Fragmentación sociourbana en el gran Montevideo*, Montevideo, Trilce, 2008.

Elisalde, Daniel, *Montevideo a través de 18 de julio. Del camino real a la gran avenida*, Montevideo, s.e., 2024.

Goñi Fitipaldo, Ana Laura, “Un viaje desde la ciudad sin nombre a la fuente simbólica. Las cartografías de ciudad del universalismo constructivo. 1930-1950”, en *Arquisur Revista*, año 9 // N° 16 Jun - Nov. 2019.

Gorelik, Adrián, “Ciudad, modernidad, modernización”, en [Universitas humanística](#), ISSN 0120-4807, N° 56, 2003.

Gorelik, Adrián, *Correspondencias. Arquitectura, ciudad, cultura*, Buenos Aires, SCA/nobuko, 2011.

Gorelik, Adrián, *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Maronna, Mónica, *Prendidos al dial. La radio en Uruguay, de la periferia al centro de la cultura (1922 – 1940)*, Montevideo, Planeta, 2022.

Myers, Jorge, “Montevideo: el anhelo de ser cosmópolis”, en Gorelik, Adrián; Peixoto; Fernanda (orgs), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2016 pp. 116-133.

Romero, José Luis, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.

Torres del Corral, Alicia, *El paisaje costero de Montevideo*, Facultad de Arquitectura (Udelar) - Banda Oriental, 2007.

Torres del Corral, Alicia, *El Paisaje y La mirada. Historia del Parque Rodó. 1896-1930*, Montevideo, Cal y Canto, 2000.

Cultura escrita

Acree, William, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2013.

Aquino Suárez, Andrea, “Ecos lejanos del Futurismo en Uruguay. Claves que aún incomodan”, en *Revista Sic. Revista de literatura y arte de la Asociación de Profesores de literatura de Uruguay*, abril de 2017. En línea: <https://revistasic.uy/ojs/index.php/sic/article/view/196/162>

Alvárez Ferratjans, Daniel, *Historia de la prensa en Uruguay. Desde la Estrella del Sur a Internet*, Montevideo, Montevideo, Fin de Siglo, 2008.

Barbier, Frédéric y Bertho-Lavenir, Catherine *Historia de los medios: de Diderot a Internet*. Buenos Aires, Colihue, 1999.

Baritte, Mario; Ceretta, Gladys, *Guía de revistas culturales uruguayas* Montevideo, El Galeón, 1989.

Barrera, Carlos (coord), *Historia del periodismo universal*, Barcelona, Ariel, 2004.

Briggs, Asa, Burke, Peter, *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, Madrid, Santillana, 2002.

Borrat, Héctor, *El periódico, actor político*, Barcelona, Gustavo Gilli, 1989.

Buonome, Juan “La prensa como símbolo y práctica de libertad. Perspectivas socialistas sobre el rol de periodismo en la década de 1930”, en *Anuario IEHS* 39(1) 2024, 195-221 • doi: 10.37894/ai.v39i1.2020, p. 200.

Caimari, Lila, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, núm. 49, segundo semestre de 2018, pp. 81-116 ISSN 1850-2563 (en línea) / ISSN 0524-9767 (impreso).

Caimari, Lila, “Derrotar la distancia. Articulación al mundo y políticas de la conexión en la Argentina, 1870-1910”, en *Estudios Sociales del Estado* | Vol. 5 N° 10, 2do Semestre 2019, pp. 128-167.

Caimari, Lila, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros policías y periodistas en Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012

Caimari Lila, *La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires 1880-1940*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Caimari, Lila, “Rasgos de una vecindad informativa”, en García Ferrari, Mercedes; González Velasco, Carolina; Rubinzal, Mariela (editoras), *Política y cultura de masas en América Latina: espacios, escalas, temporalidades*, Buenos Aires, Los Polvorines - Universidad Nacional de General Sarmiento, 2023.

Castro, Julio, *El analfabetismo*, Montevideo, s.e, 1940.

Chartier, Roger, *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones de Roger Chartier*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Chartier, Roger, *El Mundo como Representación. Historia Cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1992.

Chartier, Roger, “¿Qué es un libro? ¿Qué es leer?”, Revista *Anales*, Séptima Serie, No 6, junio 2014.

Cornejo, Tomás, *Ciudad de voces impresas. Historia cultural de Santiago de Chile, 1880-1910*, Ciudad de México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos; Santiago de Chile: Biblioteca Nacional de Chile - Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2019.

Cuesta, Ana, Irigoyen, Laura; Mariño, Lucía; von Sanden, Clara, “Las páginas leídas. La ‘Biblioteca de las dos’ en Piedras Blancas”, en Museo Histórico Nacional, *De ellas dos. La biblioteca de Matilde Pacheco y Ana Amalia Batlle*, Ministerio de Educación y Cultura, 2023.

Darnton, Robert, “Historia de la lectura”, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

De Torres, María Inés, “¿Qué es y para qué sirve una Biblioteca Nacional? Disquisiciones históricas sobre una idea en busca de institucionalidad cultural en el Uruguay (1816-1955)”, en *Revista de la Biblioteca Nacional: La Biblioteca*. 11-12, 353-373, 2016. ISSN 0797-9061

Docampo, Federico, *Vanguardia uruguaya y americanismo. Juan M. Filartigas y su grupo del diario Imparcial. 1924-1925*. Monografía de pasaje de curso para el Seminario de Literatura Uruguay sobre vanguardia uruguaya impartido por Pablo Rocca en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Año 2008. En línea: <https://www.fhce.edu.uy/images/SADIL/monografa%20docampo.pdf>.

Domínguez Riera, Ignacio, *Calibre 38 largo. Crónicas de las viejas comisarías*, Montevideo, Arca, 1988.

Duarte, Jacinto, *Brevísima historia y técnica del aviso de prensa*, Montevideo, Editado por el Departamento de Publicidad de La Razón, 1946.

Duarte, Jacinto, *El diario moderno*, Montevideo, edición del autor, 1948.

Duarte, Jacinto, *Dos siglos de publicidad en la historia del Uruguay*, Montevideo, edición del autor, 1958.

Duffau, Nicolás, *Armar al bandido. Prensa, folletines y delincuentes en el Uruguay de la modernización: el caso de El Clinudo. (1882-1886)*, Montevideo, CSIC Udelar, 2014.

Duffau, Nicolás, “La increíble y triste historia de la mujer-perro y su madre desalmada. Enfermedad psiquiátrica y crónica roja en los orígenes de la noción de “estado peligroso” (Uruguay, década de 1930)”, Ponencia presentada en las Jornadas de Investigación de la FHCE 2013).

Espert, Alma *Callejeros. Del grito del canilla al silencio del quiosco*, Montevideo, s.e., s.f. [año 2000 aprox.].

Enciclopedia Británica (2024), “Robert Ripley”
<https://www.britannica.com/biography/Robert-L-Ripley>

Faraone, Roque, *La prensa de Montevideo (estudio sobre algunas de sus características)*, Montevideo, Biblioteca de Publicaciones Oficiales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1960.

Faraone, Roque, *Medios masivos de comunicación*, Montevideo, Nuestra Tierra 25, 1969.

Fessler, Daniel, *Delito y castigo en Uruguay (1907-1934)*. Tesis para defender el título de Doctorado en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad de la República, 2019. En línea:
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/22659>

Frega, Ana; Maronna, Mónica, “La opinión pública como espacio de disputa”, en Tabanera, Nuria y Bonaudo, Marta (coords.), *América Latina. Desde la independencia a la crisis del liberalismo*, Vº 5, Madrid, Marcial Pons Ediciones de Historia, 2014.

Fritzche, Peter, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Fritzche, Peter, *De alemanes a nazis. 1914-1933*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

Gapenne, Camille, *La fabrique del mayo francés. 1968-1974: la construcción de un evento internacional en Uruguay*, Montevideo, Crítica - Asociación de Historiadores del Uruguay, 2025.

Gargurevich, Juan, *La prensa sensacionalista en el Perú*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.

Gargurevich, Juan, *Historia de la prensa peruana*, Lima, La voz ediciones, 1991.

Gayol, Sandra, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés: 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000.

Garrido, Atilio, *Héctor Gómez. Hombre de acción*, Montevideo, Ediciones de la AUF, 2015.

Gellately, Robert, *No solo Hitler. La alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2005.

Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003.

Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Buenos Aires, Ariel, 2016 [1976].

Goldgel, Víctor, *Cuando lo nuevo conquistó américa. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013.

González Demuro, Wilson, *La prensa de Montevideo. 1814-1825. Imprentas, periódicos y debates públicos en tiempos de revolución*, Montevideo, CSIC Biblioteca Plural, 2018.

González Velasco, Carolina, “El género chico teatral: cambio y mixtura cultural en la Buenos Aires de los años '20”. I Jornadas Nacionales de Historia Social, 30, 31 de mayo y 1 de junio de 2007, La Falda, Córdoba. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.9617/ev.9617.pdf

Gramsci, Antonio Gramsci, *Literatura y cultura popular*, Buenos Aires, Cuadernos de la cultura revolucionaria, 1974 [1929-1935].

Hoffmann, Katrin, “¿Construyendo Una ‘Comunidad’? Theodor Alemann y Hermann Tjarks Como Voceros de La Prensa Germanoparlante En Buenos Aires, 1914-1918.” *Iberoamericana* (2001-), vol. 9, no. 33, 2009, pp. 121–37. *JSTOR*. En línea: <http://www.jstor.org/stable/41676781>.

Jimeno Castro, Gloria, *La Novela de Bolsillo (1914-1916). Una colección literaria « de transición»*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2021. En línea: <https://docta.ucm.es/entities/publication/5fc19252-7404-493b-addd-988740c790dc>.

Jimeno Castro, Gloria, “Las colecciones españolas de novela breve en el primer tercio del siglo XX: el otro gran fenómeno editorial de la literatura de la Edad de Plata”, en *Jazz Café Montaigne*. En línea: <https://cafemontaigne.com/las-colecciones-espanolas-de-novela-breve-en-el-primer-tercio-del-siglo-xx-el-otro-gran-fenomeno-editorial-de-la-literatura-de-la-edad-de-plata-i-gloria-jimeno-castro/critica-literaria/admin/>.

Kalifa, Dominic, *Crimen y cultura de masas en Francia, siglos XIX y XX*, México, Cuadernos Secuencia, 2008.

Leibner, Gerardo, *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011.

Linn, Tomás, *De buena fuente. Una aproximación al periodismo político*. Montevideo, ClaeH Argumentos, 1989.

Lobato, Mirta Zaida, *La prensa obrera. Buenos Aires y Montevideo*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

Luongo, Carolina; Mariño, Lucía; von Sanden, Clara; “Ana Amalia y los libros”, en Azpiroz, Andrés; Caetano, Gerardo (coords.), *Una vida breve en el 900*, Montevideo, Planeta, 2024.

Maronna, Mónica, “La prensa uruguaya en tiempos de modernización”, Ortellii, Sara (coord.); Hernández Silva, Héctor Cuauhtémoc (editor), *América del Sur en la época de la Revolución Mexicana. Procesos políticos, sociales y culturales*. Volumen 1, México, Universidad Autónoma Metropolitana - CIESAS, 2014, pp. 235 – 265.

Noel, Gabriel; Seman, Pablo, “El concepto de cultura popular como marco de la religiosidad popular”, en Ameigeiras, Aldo; Alem, Beatriz, *Culturas populares, culturas masivas. Los desafíos actuales a la comunicación*, Buenos Aires, UNGS, 2011.

Palacio Gamboa, Martín; Patiño, Lorena, “Un hombre como un pararrayos. La dirección a distancia de Batlle en *El Día*”, en Medero, Santiago Medero; Caetano, Gerardo (coords.), *Todos los viajes de el viaje. Los años de Batlle y Ordóñez en Europa y su travesía por Oriente (1907-1911)*, Montevideo, Planeta, 2025.

Parker, David S., “Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional”, en Portocarrero S., Felipe; Panfichi H.; Aldo, *Mundos interiores: Lima 1850-1950*, Lima, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, 2004.

Parker, David S., *The idea of the middle class. White-collar workers and peruvian society, 1900-1950*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 1998.

Peyrou, Rosario, “Cien años de Peloduro. Poeta del humor nacional”, en *El País Cultural*, 27 de noviembre de 2009
https://historico.elpais.com.uy/suple/cultural/09/11/27/cultural_456085.asp

Piglia, Ricardo, *Escenas de la novela argentina*. Programa de televisión producido por la Biblioteca Nacional y Televisión Pública de Argentina, 2012. En línea: <https://www.youtube.com/watch?v=fpTjISG4Pso> [Acceso: 27 de marzo de 2017].

Porrini, Rodolfo; Perugorría, Clara, Suárez, Jazmina, “Luchando contra el capital, defendiendo a los trabajadores gráficos y las dificultades de la unificación gremial”, en *100 años del Sindicato de Artes Gráficas. 150 años de la sociedad tipográfica*, Montevideo, SAG, 2020 pp. 32-37.

Rama, Ángel, *La Ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1988.

Rama, Ángel, *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo, Fundación Ángel Rama, 1985.

Rama, Carlos, *Historia social del pueblo uruguayo*, Montevideo, Comunidad del Sur, 1972.

Rama, Germán, *El ascenso de las clases medias*. Enciclopedia Uruguay N° 36, Montevideo, Editorial Arca, 1969.

Rancière, Jacques, *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2010.

Rivera, Jorge B., *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel, 1999.

Rocca, Pablo, “Marinetti en Montevideo (Idas y vueltas de la vanguardia)”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, N° 631, enero 2003.

Rocca Pablo, “La máquina y el tiempo. Alfredo Mario Ferreiro entre la novedad y la historia”, en Rocca, Pablo (ed), *Alfredo Mario Ferreiro: una vanguardia que no se rinde*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Universidad de la República, 2009.

Roldos Serrano, Verónica, *Crónica de tiempos violentos: la construcción de la noticia policial en Montevideo El caso de la revista Al Rojo Vivo (1965-1971)*, Tesis de Maestría presentada a la Maestría en Información y Comunicación, Facultad de Información y Comunicación de la

Universidad de la República, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Magíster en Información y Comunicación, 2024. En línea: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/48163>

Rotker, Susana; *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1992.

Sáitta, Sylvia, “¿El comienzo de una gran amistad? Periodismo escrito y radial a comienzos de los años treinta”. Ponencia presentada en Seminario Internacional de Historia de los medios en América Latina, año 2011. <https://www.youtube.com/watch?v=bNSJGwetXVM>

Sáitta, Sylvia, “El periodismo popular en los años veinte” capítulo XI de *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Tomo VI de la Nueva Historia Argentina, dirigido por Ricardo Falcón, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

Sáitta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Sánchez, Emiliano Gastón, *Batallas de tinta y papel. La prensa de Buenos Aires ante la primera guerra mundial*, Buenos Aires, Tren en movimiento, 2024.

Sánchez, Emiliano Gastón, “Pendientes de un hilo. Guerra comunicacional y manipulación informativa en la prensa porteña durante los inicios de la Gran Guerra”. *Política y Cultura*. 2014, (42), 55-87 ISSN: 0188-7742. En línea: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26732736004>

Sánchez, Emiliano Gastón, “Perfiles intelectuales y trayectorias periodísticas de los enviados especiales de la Argentina a la Gran Guerra”, en *IBEROAMERICANA. América Latina - España - Portugal*, [Vol. 21 Núm. 78 \(2021\)](#).

Sánchez de Aranda, José Javier, “Evolución de la prensa en los principales países occidentales”, en Carlos Barrera (coord), *Historia del periodismo universal*, Barcelona, Ariel, 2004.

Sánchez Lubián, Enrique, “Ramírez Ángel, un Toledano en la Tertulia de Pombo”, en *Archivo secreto. Revista cultural de Toledo*, Nº 6, Toledo, Archivo municipal de Toledo, 2015 p. 173 [acceso en línea: <https://www.toledo.es/wp-content/uploads/2017/02/revista-archivo-secreto-6-parte-07.pdf>]

Santos Discépolo, Enrique, *Escritos inéditos*, Buenos Aires, Ediciones del pensamiento nacional, 1981 [1947].

Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos: narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires, Catálogos, 1985.

Sarlo, Beatriz, *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.

Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.

Tarcus, Horacio, “Sux, Alejandro”, en *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas* (2025) Disponible en <https://diccionario.cedinci.org>

Trochón, Yvette, *Cosecha de sangre. Crímenes que conmovieron al Uruguay del siglo XX*, Montevideo, Fin de Siglo, 2008.

Vidal, Daniel, “Diálogos insospechados: futurismo y anarquismo en los periódicos montevidianos de 1919 y 1921”, Ponencia elaborada con materiales surgidos de la investigación Poesía y dramaturgia social del Novecientos en el Uruguay (1878-1920), Montevideo, Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República, 2007-2009. Responsable: Lic. Ay. Daniel Vidal; Tutor: Prof. Dr. Roger Mirza. En línea: https://www.fhce.edu.uy/images/SADIL/imagenes/Seminario_y_Congresos/daniel%20vidal.pdf

Villanueva, María; “La ‘Revista Oral’, ¿un gesto conservador en las vanguardias porteñas?”, en *Letra, imagen, sonido. Ciudad mediatizada*, N° 1, 2008 ISSN: 1851-8931 - ISSN electrónico: 2545-658X

Weil, George, *El Diario. Historia y función de la prensa periódica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

Williams, Raymond, *La larga revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003 [1961].

Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980 [1977].

Zubieta, Ana María (dir), *Cultura popular y cultura de masas*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

Cultura visual

Amador, Pilar, “La imagen fotográfica y su lectura”, en: Pilar Amador, Jesús Robledano y Rosario Ruiz (eds.). *Segundas Jornadas: Imagen, Cultura y Tecnología*, Madrid, Editorial Archiviana, 2004.

Barolo, Gabriela, “La cobertura visual de la Semana Trágica. Reproducción de imágenes fotográficas y prensa periódica en las primeras décadas del siglo XX”, Ponencia presentada en las *XIX Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Rosario, Argentina, 2024, inédito.

Boglione, Riccardo, *De traje atrayente: diseño gráfico uruguayo y modernidad en libros y revistas*, Montevideo, gegen pres, 2024.

Bourdieu, Pierre, *Un arte medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*, Barcelona, Gustavo Gilli, 2003.

Broquetas, Magdalena, “Derechas, imágenes y anticomunismo. Apuntes para su estudio histórico en Uruguay”, Magdalena Broquetas San Martín (coord), *Historia visual del anticomunismo en Uruguay (1947-1985)*, Montevideo, CSIC-Udelar, 2021.

Broquetas, Magdalena, “Fotografía e identidad. La revista “Mundo uruguayo” en la conformación de un nuevo imaginario nacional en el Uruguay del Centenario”, en *Artelogie*, N° 7, Abril de 2015.

Broquetas, Magdalena, “Fotografía e información. Las imágenes como modelo, ilustración y documento. 1840-1919”, en Broquetas, Magdalena (coord.), *Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales*, CdF Ediciones, 2011.

Bruno, Mauricio, “Entre la información y el entretenimiento. Fotografía y medios de comunicación en la sociedad de masas”, en Magdalena Broquetas y Mauricio Bruno (coord.), *Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales*, Montevideo, CdF Ediciones, 2018.

Bruno, Mauricio, “Esto es Uruguay” Fotografía, imaginario nacional y consenso durante la dictadura uruguaya. El caso del Consejo Nacional de Turismo (1975-1983), [en línea] Tesis para acceder al título de Maestría en Historia Política. Montevideo: Udelar. FCS, 2018, en línea: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/27581>.

Burke, Peter, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2005.

Bustamante, Francisco, "El magazine ilustrado Mundo Uruguayo y las ilusiones y pesadillas urbanas de una modernidad periférica", en de Torres, María Inés (edit), *Territorios en disputa: prensa literatura y política en la modernidad rioplatense*, Montevideo, Prodic Universidad de la República, 2015.

Centro de Fotografía de Montevideo, *El archivo liberado* [exposición], Montevideo, Centro de Fotografía, 2022 <https://cdf.montevideo.gub.uy/exposicion/el-archivo-liberado>

Centro de Fotografía de Montevideo, *Fuerte y claro. Publicidad y propaganda callejera en el siglo XX* [exposición] <https://cdf.montevideo.gub.uy/exposicion/fuerte-y-claro-publicidad-y-propaganda-callejera-en-montevideo-siglos-xix-y-xx>

Centro de Fotografía de Montevideo, *La construcción de la rambla sur*, Montevideo, CdF Ediciones, 2016.

Centro de Fotografía de Montevideo, *Lo perdido, lo conservado y lo transformado*, Montevideo, CdF Ediciones, 2012.

Centro de Fotografía de Montevideo, *Montevideo en carnaval*, Montevideo, CdF Ediciones, 2021.

Centro de Fotografía de Montevideo, *Parques y plazas de Montevideo. Una ciudad diseñada para disfrutar*, Montevideo, CdF Ediciones, 2023.

Centro de Fotografía de Montevideo, *1930. El primer mundial*, Montevideo, CdF Ediciones, 2014.

Cohen-Seat, Gilbert; Fougeyrollas Pierre, *La influencia del cine y la televisión*, México, Fondo Cultura Económica, 1967.

Das Chagas Fernandes Santiago Junior, Francisco, “A virada e a imagem: história teórica do pictorial/iconic/visual turn e suas implicações para as humanidades”, en *Anais do Museu Paulista*, São Paulo, Nova Série, vol. 27, 2019, p. 1-51. e08.

Del Valle, Félix, “Perspectivas para el tratamiento documental de Fotografía”, en: Amador, Pilar; Robledano, Jesús, Ruiz, Rosario (eds.). *Primeras Jornadas de Imagen, Cultura y Tecnología*, Madrid, Editorial Archiviana, 2002.

Feitoza Frederico, O “ato da imagem” de Bredekamp: ontologia e presença dos artefatos visuais”, en *Significação*, São Paulo, v. 49, n. 57, p. 181-197 2022.

Freund, Giselle, *La fotografía como documento social*, Barcelona, GG Mas Media, 1999.

Frizot, Michel, *A new history of photography*, Köln, Könemann, 1998.

Frizot, Michel, *El imaginario fotográfico*, Serieve, 2009.

Gamarnik, Cora, *El fotoperiodismo en Argentina de Siete días ilustrados a la agencia Sigla*, Buenos Aires, Pretéritos imperfectos, 2020.

Knauss, “O desafio de fazer História com imagens: arte e cultura visual”, en *ArtCultura*, Uberlândia, v. 8, n. 12, p. 97-115, jan.-jun. 2006.

Kracauer, Siegfried, “La Fotografía”, en *Estética sin territorio*, Murcia, Colegio de Abogados, 2006 [1927].

Lemagny, Jean Claude, Rouillé, André, *Historia de la Fotografía*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1988.

Lissovsky, Mauricio, “Dez proposições acerca do futuro da fotografia e dos fotógrafos do futuro”, en *Facon. Revista da Faculdade de Comunicação e Marketing da FAAP* - no 23 - 1o semestre de 2011.

Lowe, Donald, *Historia de la percepción burguesa*, México, Fondo de Cultura económica, 1986.

Marzal Felici, Javier, *Cómo se lee una fotografía: interpretaciones de la mirada*, Madrid, Cátedra, 2009.

Mauad, Ana Maria, “O olhar engajado: fotografia contemporânea e as dimensões políticas da cultura visual”, en *Revista ArtCultura*, Uberlândia, v. 10, n. 16, p. 31-48, jan.-jun. 2008.

Mauad, Ana Maria, “Sobre as imagens na História, um balanço de conceitos e perspectivas”, en *Revista Maracanan*, vol. 12, n.14, p. 33-48, jan/jun 2016.

Mauad, Ana; Muaze, Mariana; de Brum Lopes, Marcos Felipe; “Prácticas fotográficas en el Brasil moderno: siglos XIX y XX”; en Mauad, Ana, Mraz, John (coords.), *Fotografía e historia en América Latina*, Montevideo, CdF Ediciones, 2015.

Monteiro Charles (org.), *Fotografía, história e cultura visual*, Rio Grande do Sul, Edipucrs, 2012.

Mraz, John, *México en sus imágenes*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2014.

Nóvoa Méndez, Alexandra, *La fotografía municipal de Montevideo y su rol en la construcción de un imaginario nacional. Similitudes y diferencias en relación al archivo fotográfico de la Prefectura de Río de Janeiro. (1915-1930)*, Tesis para acceder al título de Maestría en Ciencias Humanas, opción Estudios Latinoamericanos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, 2020.

Riego, Bernardo,. “La historiografía española y los debates sobre la Fotografía como fuente histórica”, en: *Ayer*, No 24, Marío P. Díaz Barrado (ed.), Madrid, 1996.

Robles de la Pava, Juliana, Tomassini, Clara (comps.), *La profundidad de las superficies: estudios sobre materialidad fotográfica*, Buenos Aires, Pretéritos imperfectos, 2022.

Rouillé, André. “Las tensiones de la fotografía”. En *La Fotografía, entre documento y arte contemporáneo*, Herder, Ciudad de México, 2017.

Sánchez Vigil, Juan Miguel, *El documento fotográfico: historia, usos y aplicaciones*, Gijón, Ediciones Trea, 2006.

Shultze Schneider, I., “La prensa escrita en los principales países occidentales”, en Carlos Barrera (coord), *Historia del periodismo universal*, Barcelona, Ariel, 2004, pp. 170-171.

Sougez, Marie-Loup (coord.), *Historia general de la fotografía*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2007.

Steyerl, Hito, *Los condenados de las pantallas*, Buenos Aires, Caja Negra editora, 2014.

Szir, Sandra, “Entre el arte y la cultura masiva. Las ilustraciones de la ficción literaria en *Caras y Caretas* (1898-1908), en Malosetti Costa, Laura; Gené, Marcela (comp.), *Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

Szir, Sandra, *El semanario popular ilustrado Caras y Caretas y las transformaciones del paisaje cultural de la modernidad. Buenos Aires 1898-1908*, Tesis de Doctorado, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2011.

Cultura política y derechas radicales

Ahmed, Sara, *La política cultural de las emociones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.

Alpini, Alfredo, *La derecha política en Uruguay en la era del fascismo. 1930-1940*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 2015.

Barrán, José Pedro, *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*, Montevideo, Banda Oriental, 2004.

Bohoslavski, Ernesto, *Historia mínima de las derechas latinoamericanas*, México, El Colegio de México, 2023.

Broquetas, Magdalena, *Ganar la Guerra. Cultura, sociedad y política en el Uruguay autoritario 1967-1973*, Montevideo, Banda Oriental, 2024.

Broquetas, Magdalena; Caetano, Gerardo (coords.), *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay*, Montevideo, Banda Oriental, 2022.

Delacoste, Gabriel, *El misterio de Alberto Methol Ferré. Un estudio sobre el verticalismo latinoamericano*, Montevideo, Estuario Editora, 2025.

Finchelstein, Federico, *Breve historia de la mentira fascista*, Buenos Aires, Taurus, 2021.

Gellately, Robert, *No solo Hitler. La alemania nazi entre la coacción y el concenso*, Barcelona, Crítica, 2005.

González García, Irene, *De ondas nazis a ondas franquistas, un estudio comparativo*. Trabajo final para acceder al grado en Periodista por la Facultad de Filosofía y Letras de Universidad de Valladolid, 2015. En línea: https://uvadoc.uva.es/bitstream/10324/20993/1/TFG_F_2015_156.pdf

Griffin, Roger, *Fascismo. Una introducción a los estudios comparados sobre el fascismo*, Madrid, Alianza Editorial (edición en formato digital), 2019.

Griffin, Roger, *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010.

Griffin, Roger, "Modernity, modernism, and fascism. A 'mazeway resynthesis'." *Modernism/modernity*, vol. 15 no. 1, 2008, p. 9-24. *Project MUSE*, <https://dx.doi.org/10.1353/mod.2008.0011>.

Manini Ríos, Carlos, *Anoche me llamó Batlle*, Montevideo, Imprenta Letras S.A., 1973

Manini Ríos, Carlos, *La Cerrillada*, Montevideo, Imprenta Letras S.A., 1973.

Manini Ríos, Carlos, *Una nave en la tormenta*, Montevideo, Imprenta Letras S.A., 1972.

Oddone, Juan Antonio, "Serafino Mazzolini, un misionero del fascismo en Uruguay (1933-1937)", en Ercoleb Sori (comp.), *Le Marche fuori dalle Marche. Migrazioni interne de emigrazione all'estero tra XVIII e XX secolo*, Ancona, Quaderni de Proposte e Ricerche, 1998.

Paxton, Robert, *A anatomia do fascismo*, Sao Paula, Paz e Terra, 2007.

Rico, Álvaro, *Cómo nos gobiernan la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura. Uruguay. 1985-2005*, Montevideo, Trilce, 2005.

Rodríguez Ayçaguer, Ana María, *Un pequeño lugar bajo el sol. Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguaya. 1935-1938*, Montevideo, Banda Oriental, 2009.

Scurati, Antonio, *M. El hijo del siglo*, Madrid, Alfaguara, 2020.

Scurati, Antonio, *M. El hijo de la providencia*, Madrid, Alfaguara, 2021.

Sternhell, Zeev; Sznajder, Mario, Asheri, Maia; *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

Sztulwark, Diego, *La escena contemporánea y el fascismo*, en <https://lobosuelto.com/la-escena-contemporanea-y-el-fascismo-diego-sztulwark/>

S.f. [sin firma], “En sus 105 años, La Mañana evoca a su fundador”, en *La Mañana*, 29 de junio de 2022. En línea: <https://www.lamañana.uy/opinion/en-sus-105-anos-la-manana-evoca-a-su-fundador/>

S.f. [sin firma], “La Mañana: 106 años de vigencia”, en *La Mañana*, 5 de julio de 2023. En línea: <https://www.lamañana.uy/opinion/la-manana-106-anos-de-vigencia/>